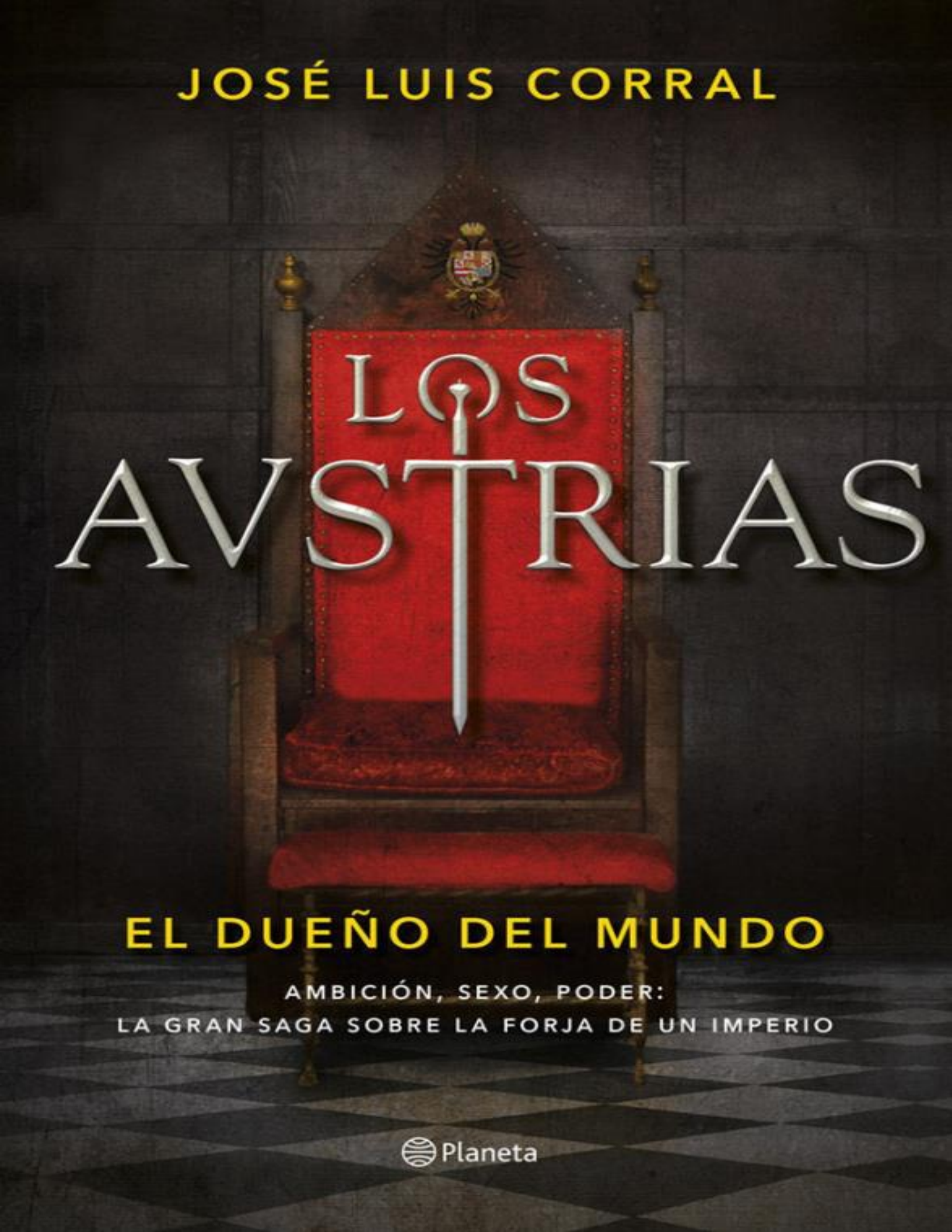
JOSÉ LUIS CORRAL



LOS AVSTRIAS

EL DUEÑO DEL MUNDO

AMBICIÓN, SEXO, PODER:
LA GRAN SAGA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO

Planeta

ÍNDICE

Sinopsis
Portadilla
1. Melancolía
2. Plenitud
3. El brillo del sol
4. Malos tiempos
5. El ocaso
Epílogo

APÉNDICES

Nota del autor

Árboles genealógicos
- Genealogía de la familia de Carlos de Austria (1478-1558)
- Genealogía de la Casa Real de Inglaterra (1491-1558)
- Genealogía de la Casa Real de Francia (1494-1559)
- Genealogía de la Casa Real de Portugal (1469-1557)
- Genealogía de la familia Losantos (1456-1558)

Principales personajes históricos
Principales personajes de ficción
Cronología
Bibliografía
- Crónicas
- Colecciones documentales
- Ensayos

Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Fines de primavera del año de 1539; Carlos de Austria, emperador de Alemania y rey de las Españas y de las Indias, se encierra, desesperado por la muerte de su esposa Isabel, en un monasterio cercano a Toledo. Entretanto, sus enemigos amenazan su poder y sus dominios. En Gante, su ciudad natal, los comerciantes se rebelan en protesta por los excesivos impuestos. Los turcos avanzan hacia Europa y ganan posiciones en el Mediterráneo. Los protestantes cuestionan su autoridad. Francia y el papa le son hostiles. Pero Carlos reacciona. Con los tercios viejos como fuerza de choque, consigue rutilantes victorias, se enamora de una joven alemana con la que tendrá su último hijo y sueña que un día su heredero Felipe se convertirá en el dueño del mundo. Tras vencer a los príncipes protestantes en la batalla de Mühlberg, el emperador alcanza la cima de su reinado, pero enseguida sufre una severa decadencia física que, unida a varias derrotas y no pocos contratiempos, lo obligan a abdicar como emperador y rey, en medio de una soterrada lucha por el poder e intrigas por la sucesión.

Viejo, cansado y enfermo, Carlos de Austria se retira al monasterio de Yuste, donde vivirá su dos últimos años de vida sumido en la melancolía y los recuerdos.

José Luis Corral



Los Austrias III.
El dueño del mundo

Planeta

1

MELANCOLÍA

Toledo, mediados de junio de 1539

—Debemos informar al emperador de los graves sucesos que están aconteciendo en Gante —le dijo el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo y primado de España, al secretario de Estado Francisco de los Cobos.

—Tenéis razón, cardenal, es tiempo de que su majestad vuelva a preocuparse de los asuntos de gobierno.

—La muerte de la emperatriz lo ha sumido en una profunda depresión, pero el Imperio y España necesitan a su soberano. Es hora de que abandone ese estado de melancolía en el que se ha sumido o perderá todos sus dominios.

Los dos principales consejeros de Carlos de Austria acababan de enterarse por un mensajero enviado por María de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, de que la ciudad de Gante, la que vio nacer al emperador, se había rebelado.

—¿La situación es tan grave como dice doña María? —preguntó el cardenal Tavera.

—Parece que sí. La hermana de su majestad es una mujer extraordinaria y con grandes capacidades, como ha demostrado en su acción de gobierno, pero este asunto requiere de la intervención directa del emperador.

—¿Qué ha pasado?

—Hace tiempo que los mercaderes de Gante andan molestos porque dicen que pagan demasiados impuestos. Se han quejado en varias ocasiones ante doña María de la extorsión a la que, según ellos, están siendo sometidos. Dicen que con su dinero se sostiene la guerra que don Fernando, el hermano del emperador, está librando en las fronteras de Hungría contra los turcos y se han negado a seguir pagando —comentó De los Cobos.

—¿Eso es cierto?

—Estimado cardenal, el Imperio necesita dinero, mucho dinero, para mantener las fronteras y defender a la cristiandad, y alguien tiene que pagarlo. Doña María adora a su hermano y solo desea lo mejor para don Carlos. Por ello se ha encargado de recaudar cuanto dinero ha podido en las ciudades de Flandes. Y todo cuanto atesoraba lo enviaba para esos fines. Pero se olvidó de pagar a los soldados destacados en esa región, que la han acusado de quedarse con parte de esos tributos.

—Por lo que decís, la situación es grave.

—Muy grave, cardenal, muy grave. Los ciudadanos de Gante han denunciado que no se respetan sus privilegios y se han alzado en armas. ¿Recordáis la sublevación de los comuneros de Castilla y de los agermanados de Valencia? Pues este caso de los mercaderes de Gante puede ser incluso peor, y acontece todo esto en un momento muy delicado, con los turcos ganando posiciones en el Mediterráneo, amenazando de nuevo las fronteras orientales del Imperio y con

todos esos codiciosos conquistadores matándose entre ellos en sangrientas disputas por adueñarse de las riquezas y el poder del Nuevo Mundo.

—Debemos convencer al emperador para que salga de su ensimismamiento y retorne a gobernar el Imperio.

—Tenemos que hacerlo, sí, y sin demora —asentó De los Cobos.

—¿Creéis que podremos convencerlo?

—Lo que ha ocurrido en Gante no se puede tolerar. Los rebeldes han tomado el poder en la ciudad, han liberado a los cabecillas de la revuelta que doña María había encarcelado, han expulsado a los consejeros y justicias del emperador, han derribado sus casas, han nombrado capitanes propios para su milicia y han acabado con todo signo de autoridad. Además, están procurando que su rebelión se extienda a otras ciudades de Flandes y han escrito al rey de Francia prometiéndole que le entregarán la ciudad y todo Flandes si apoya su revuelta.

—¡Eso es alta traición! —exclamó el cardenal Tavera.

—Sí, lo es. Pero el rey Francisco anda ahora en paz con el emperador y no desea romper, por el momento, esta situación, de manera que ha rechazado la oferta de los de Gante.

—¿Os han informado nuestros espías en París del contenido de esas cartas?

—No. Lo ha hecho el propio rey de Francia. Ayer llegó una misiva suya en la que relata el ofrecimiento de los de Gante y su respuesta negándose a secundar esa traición.

—Nunca entenderé a ese taimado monarca francés. Es capaz de aliarse con los turcos y a la vez de avisarnos de que se está tramando una traición contra el emperador.

—Don Francisco —continuó De los Cobos— dice en su carta que han sido unos pocos los que han logrado engañar a la mayoría de los ciudadanos de Gante y que, con mentiras y embustes, han arrastrado tras ellos a la mayoría del pueblo.

—Supongo que es la forma de evitar que cargue toda la ciudad con la culpa, sino solo los cabecillas de la rebelión.

—En cualquier caso, su majestad debe conocer lo ocurrido y decidir qué hacer. Si os parece, enviaremos un mensajero a don Carlos con la carta de su hermano y con un memorial que detalle lo ocurrido en Gante. Tal vez así reaccione, abandone su aislamiento y retome las riendas del Gobierno.

—De acuerdo, don Francisco, así lo haremos.

Monasterio de Santa María de Sisla, cerca de Toledo, mediados de junio de 1539

El emperador, con los ojos enrojecidos, miró a través de la ventana. La campiña de Toledo se extendía hasta el horizonte azul salpicada de árboles, como aisladas lágrimas verdes.

Encima de la mesa de su celda había dejado su desayuno sin tocar.

Abrió una cajita forrada de terciopelo rojo y extrajo una cruz de su interior. Era la que había sostenido en sus manos la emperatriz Isabel en el momento de su muerte, en la que estaba depositado su último beso. Carlos posó sus labios sobre el crucifijo y volvió a introducirlo en la cajita. Juró que no se separaría de aquella cruz.

«Nunca habrá otra como Isabel, nunca», pensó Carlos. De nuevo musitó las mismas palabras de la noche anterior, cuando vio el cometa brillar en el cielo oscuro sobre el monasterio de San Jerónimo.

Había perdido a su esposa, a la madre de sus dos hijos legítimos, a su mejor compañera, a la mujer que había sostenido con acierto durante sus largas ausencias el gobierno de los reinos de España.

—Majestad…

Una voz respetuosa se oyó a su espalda. Era su confesor, la única persona que lo había acompañado a su retiro en el monasterio tras la muerte de la emperatriz.

—Decidme —musitó el emperador, sin apenas ganas de articular palabras y sin volver la mirada.

—Como habéis ordenado, ya está todo listo para que el cuerpo de doña Isabel, que Dios acoja en su seno, sea trasladado a Granada, donde recibirá cristiana sepultura.

—Granada…

—Mi señor…

—En mis treinta y nueve años de vida, solo he sido plenamente feliz aquellos meses en Granada.

—Pero nunca volvisteis a esa ciudad —alegó el confesor.

—No, no lo he hecho. Solo regresaré allí cuando Dios me llame a su lado para que mi cuerpo yazca para siempre al lado del de Isabel. Será mi hijo don Felipe quien encabece la comitiva que traslade el féretro con los restos de mi esposa la emperatriz a Granada, tras el solemne funeral en la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo.

—Nuestra Santa Madre la Iglesia nos enseña que resucitaremos en cuerpo y alma. Nuestra amada señora la emperatriz murió en gracia de Dios y vuestra majestad es su más fiel servidor, de modo que ambos gozaréis juntos de la vida eterna en el paraíso —dijo el confesor.

—Nunca volveré a casarme, nunca. —Carlos mantenía sus ojos fijos en el horizonte—. No habrá jamás ninguna mujer como Isabel. Ninguna.

—Eso os dejará más tiempo para gobernar el Imperio, mi señor.

—¿Gobernar el Imperio…? No tengo ninguna gana de volver a ocuparme de las cosas de este mundo.

Carlos aspiró un bocanada de aire con toda la fuerza de sus pulmones.

Unos golpes sonaron en la puerta de la sala y tras unos instantes sin respuesta alguien la abrió desde fuera.

—Señor, traigo un mensaje urgente para vuestra majestad —anunció un caballero con el rostro sofocado por las prisas.

—Dije que no se me molestara salvo por casos de extrema gravedad… —comentó Carlos sin dejar de mirar por la ventana.

—Este lo es, mi señor.

Carlos se volvió entonces hacia la puerta y fijó sus ojos en el mensajero, que portaba una carta en su mano.

—¿Qué es ese asunto tan grave? —le preguntó.

—Esta carta es de vuestra tía doña Margarita. La ha traído un correo desde Bruselas reventando caballos por el camino. La ciudad de Gante se ha rebelado.

Al escuchar que los ciudadanos de la localidad donde había nacido se habían sublevado, Carlos apretó los puños.

—¿Qué ha ocurrido?

—La ciudad de Gante no reconoce la autoridad de vuestra tía como gobernadora de los Países Bajos y sus súbditos se han negado a pagar los impuestos que les corresponden.

—Dame esa carta.

El mensajero se la entregó al emperador, que la leyó junto a la ventana.

—¡Aplastaré a esos desagradecidos! ¡Aplastaré Gante! —sentenció—. Llama a un secretario, voy a dictarle una carta.

Carlos le anunció a doña Margarita que saldría en cuanto le fuera posible hacia Gante, a la vez que le pedía que le enviara un retrato de su esposa fallecida, pues, ante su falta, al menos podría confortarse contemplando su rostro en una pintura.

Valladolid, fines de junio de 1539

Pablo Losantos, médico real, acudió a su casa corriendo a través de las calles de Valladolid, con cuidado de no ser alcanzado por las porquerías que algunos de los que hacían sus necesidades en orinales en lo alto de las casas solían arrojar por las ventanas al grito de «¡Agua va!».

Cuando se presentó ante su cama, su esposa ya estaba muerta. Leonor de Urrea, hija de una familia de infanzones aragoneses, había sufrido un ataque al corazón. Avisado de ello por su hija, Pablo llegó demasiado tarde.

Habían estado casados veintisiete años y habían tenido cuatro hijos. Alonso, el primogénito, murió a los dos meses de nacer, y Beatriz, la menor, a los dos años. Luis, que tenía dieciocho años, estaba estudiando en Salamanca, e Isabel, de diecinueve, seguía con su padre, dedicada a preparar las medicinas que este utilizaba como le había enseñado su tía María Losantos, que también vivía en la casa familiar de Valladolid.

—Cayó fulminada mientras estaba preparando la comida con nosotras. Traté de reanimarla, pero su corazón había dejado de latir. Le dije a Isabel que corriera a buscarte. Lo siento, hermano, lo siento. —María Losantos lloraba desconsolada ante el cadáver de su cuñada.

—¡Madre, madre! —gemía Isabel Losantos, angustiada por el trágico acontecimiento que acababa de suceder.

Pablo estaba conmocionado. Una y otra vez, a cada instante, tomaba la muñeca de su esposa para buscar su pulso y colocaba su oreja sobre el pecho para escuchar si latía el corazón de Leonor, pero no sentía nada.

Por fin, tras más de dos horas sin apenas moverse, Pablo se incorporó.

—Está muerta…, muerta… —musitó apenado, consciente de que Leonor de Urrea nunca volvería a abrir los ojos—. Iré a buscar al párroco.

Los Losantos descendían de una familia de judíos de Toledo; dedicados a la medicina y a la fábrica de armas, habían decidido convertirse al cristianismo y bautizarse cuando los Reyes Católicos instauraron la Inquisición en las Coronas de Castilla y de Aragón.

Pablo Losantos había sido bautizado al nacer y no estaba circuncidado. Era hijo de Pedro y de Juana de la Cruz, los dos conversos. Pedro Losantos había sido médico de los hijos de los Reyes Católicos y había asistido a la reina Isabel en los últimos meses de su vida. Luego pasó al servicio del rey Fernando y lo acompañó en sus últimos meses de vida, cuando el abuso de consumo de cantaridina, un polvo elaborado con el caparazón de un escarabajo llamado «la mosca verde», le provocó toda una serie de disfunciones que lo llevaron a la muerte.

Pablo había estudiado medicina en la prestigiosa escuela de Salerno, en el reino de Nápoles, la única de toda la cristiandad donde se practicaban los eficaces remedios de la medicina oriental de los mejores médicos musulmanes. Había sido ayudante de su padre y, tras la muerte de este en el año 1522, fue nombrado médico de la corte. Gracias a sus conocimientos, y a pesar de las reticencias por el origen judío de su linaje, Pablo fue nombrado médico de la corte del emperador Carlos.

A sus cincuenta y cinco años era uno de los médicos más prestigiosos y muy querido en Valladolid porque, a pesar de su categoría como médico del emperador, no dudaba en ayudar a

los necesitados de sus servicios, incluso asistía a aquellos pobres que no podían pagar sus tratamientos ni siquiera con las limosnas que mendigaban a las puertas de las iglesias.

—El entierro será en el templo del Salvador. Tu madre era devota, pues la catedral de Zaragoza, la ciudad donde nació, tiene esa misma advocación. El párroco me ha asegurado que procurará que la sepultura esté lo más próxima que sea posible al altar mayor.

Pablo acababa de regresar de hablar con el párroco de esa iglesia, que le había prometido esa preferente ubicación para la tumba de su esposa a cambio de diez doblas de oro.

—¿Vendrá Luis al entierro? —preguntó Isabel, que echaba de menos a su hermano.

—No le dará tiempo a llegar. Si se apura mucho, hay tres días de camino; dos si se cabalga toda la jornada a lomos de un buen caballo. Le acabo de enviar una carta con un correo real que sale cada dos días. No podrá estar aquí antes de una semana —dijo Pablo.

Así fue. Luis Losantos recibió la carta de su padre con la notificación del fallecimiento de su progenitora cuando los restos de Leonor de Urrea ya estaban enterrados en el suelo de la iglesia del Salvador, en el lado de la epístola, bajo el arco que daba acceso a la capilla de San Juan Bautista, mandada edificar como panteón familiar por Gonzalo González de Illescas, quien fuera alto oficial de los Reyes Católicos.

Pese a saber que ya no llegaría a asistir al entierro de su madre, Luis Losantos se presentó en Valladolid, pues quería estar unos días con su familia en aquellos momentos de duelo.

La casa estaba en silencio. Solo se escuchaba el borboteo de un guiso que se cocía lentamente en un puchero al fuego de la chimenea del hogar.

Sobre la mesa de la cocina María e Isabel Losantos seleccionaban unas hierbas con las que preparar infusiones y remedios para ciertos males, mientras a la luz de una ventana y con la ayuda de una lente, pues los ojos de Pablo Losantos comenzaban a perder claridad, el médico leía una copia manuscrita de unos apuntes de anatomía de un joven médico llamado Andrés Vesalio, que la cancillería imperial le había enviado para que lo revisara y ofreciera su opinión.

Natural de Bruselas e hijo de un boticario de esa ciudad, Vesalio había estudiado en Bruselas, Lovaina y París, y hacía dos años había impartido en la Escuela de Medicina de la Universidad de Padua una lección de anatomía sobre la disección de un cadáver. Aquella clase causó tal impresión que le concedieron una cátedra de anatomía y cirugía, a la vez que le solicitaron que escribiera un libro, que el Senado de la República de Venecia se comprometía a editar con profusión de ilustraciones.

Dos golpes rompieron el silencio en la casa.

—Padre, hermana, soy yo, Luis —se identificó una voz al otro lado de la puerta.

Isabel la abrió y se echó en brazos de su hermano.

Al punto salieron su tía María y su padre, que también lo abrazaron.

—Hijo, no tenías por qué haber venido. Tu madre ya reposa en su tumba.

—Hace tan solo cuatro días acabé mi último examen de este curso, pero quería estar cuanto antes a vuestro lado. ¿Cómo ocurrió?

—Pasa, hijo, y come algo; estarás hambriento por el viaje desde Salamanca.

María le sirvió a su sobrino un buen plato del guiso de carnero con nabos y cebollas.

—Fue un ataque al corazón. Fulminante. No sufrió dolor alguno —se limitó a explicar Pablo a su hijo, quien rechazó un segundo plato que le ofreció su tía.

—Quiero rezar ante su tumba —dijo Luis.

—Iremos mañana temprano, cuando abran las puertas de la iglesia del Salvador.

Luis pasó unos días con su familia en Valladolid. Pretendía contarle a su padre que deseaba dejar la Universidad de Salamanca para continuar sus estudios en la de París, pero no quería interrumpir el duelo y lo dejó hasta que transcurrieron un par de semanas. Por fin, se decidió a hablar.

—Padre, ya domino el latín y gracias a lo que tú me has enseñado desde muy pequeño tengo suficientes conocimientos como para acabar mis estudios sobre medicina en tres años, pero he decidido estudiar… astrología.

—¡Cómo! —se sorprendió Pablo.

—En Salamanca no se presta demasiada atención a esta disciplina. En esta universidad solo interesan la teología y el derecho. Y, además, la mayoría de los tres mil alumnos son de condición eclesiástica, de manera que hay serios recelos hacia esta materia.

—Tu abuelo Pedro, tu bisabuelo Mosés —Pablo Losantos utilizó el nombre hebreo de su abuelo, bautizado como Pablo—, tu tatarabuelo David y así hasta que hay memoria de nuestra familia en Toledo, han sido médicos; yo soy médico, tú deberías ser médico.

—Tu hermano Juan fue armero —dijo Luis recordando a su tío, juzgado por la Inquisición y ejecutado en Toledo por su homosexualidad y por ser culpable de prácticas sexuales contra natura.

—Juan era un hombre… distinto.

—Padre, quiero estudiar astrología.

—Hijo mío, esa disciplina está comenzando a ser mal vista por la Iglesia.

—Pero si los reyes, los nobles e, incluso, los papas y los obispos consultan a los astrólogos antes de tomar sus decisiones. Tú mismo me dijiste que el abuelo Pedro te contó cómo el rey Fernando el Católico pedía informes a astrólogos, como el célebre Basurto.

—Así era antes. Pero desde que ese monje alemán, Lutero se llama, puso patas arriba todos los postulados de la Iglesia de Roma, los papas andan reprimiendo cualquier idea que se salga del estricto dogma. Autores como Erasmo de Rotterdam, tan leído y admirado hace diez o veinte años, ahora son cuestionados. Aunque murió hace tres años y ya nada pueden hacer contra él, no me extrañaría que quienes hoy gobiernan en el Vaticano condenen sus libros, los prohíban e incluso den la orden de quemarlos.

—¡Erasmo era un sabio!

—Eso nada les importa a los cardenales que ahora mandan en la curia romana. Están asustados ante la magnitud de la Reforma y la pérdida de poder en buena parte de la cristiandad. La Iglesia de Inglaterra ya no obedece al papa, pues su rey Enrique se ha proclamado cabeza de su propia Iglesia, y media Alemania y buena parte de los lejanos países del norte de Europa han aceptado las tesis de Lutero; se proclaman reformistas y abominan del papa. El pasado mes de abril ni siquiera el emperador fue capaz de imponer en Alemania las tesis de los católicos y se vio obligado a llegar a un acuerdo por el cual reconoció la igualdad entre la liga católica y la reformista. Imagínate la fuerza que han tomado. Pero Roma no va a consentir que lo que llaman ya «herejía protestante» se extienda hacia el sur, por Francia, Italia y España, pues en ese caso quienes gobiernan el Vaticano perderían todo su poder y esos cardenales, que ahora nadan en los mayores lujos y opulencias, dejarían de vivir como los más ricos de los príncipes. No, no lo consentirán.

—Nada me importan esos cardenales viciosos y corruptos. Quiero estudiar astrología, padre. Quiero conocer las estrellas, las constelaciones, el cielo… Y eso solo puedo hacerlo en París. Deseo ir a esa ciudad este mismo año. El título de Salamanca y el ser hijo de un médico

del emperador me abrirá las puertas de esa universidad. Y, si se trata de dinero…, yo trabajaré en lo que sea para pagarme los estudios y…

—No. Tengo dinero suficiente para correr con tus gastos en París, pero lo que no quiero es que te metas en problemas por estudiar una disciplina que la Iglesia está a punto de condenar. Ya hemos tenido bastante con un ejecutado en la familia.

—El tío Juan vivió como le dictó su conciencia. Siempre me dijiste que fue un buen hombre.

—Claro que lo fue.

—Entonces, ¿su muerte fue en vano? ¿Su valentía ante la vida no sirvió para nada? ¿Su muerte quedará en el vacío? ¿Su recuerdo, en el olvido?

Pablo Losantos miró a los ojos a su hijo y se vio él mismo, treinta años atrás, cuando debatía con su propio padre asuntos semejantes. Y cedió.

—De acuerdo. Le pediré al emperador que te conceda licencia para ir a París; pero dirás que quieres estudiar medicina. Una vez allí, haz lo que estimes oportuno.

—El curso comienza en septiembre.

—Tendrás que darte prisa en preparar todo lo necesario. Hay un colegio en París donde podrías alojarte, el de Montaigu, al que también llaman el de los Lombardos. Es uno de los más baratos; no puedo pagarte uno mejor.

—Gracias, padre, gracias.

—Mañana a primera hora del día se celebra la primera de las misas por tu madre. He dejado pagadas doce, una cada mes durante un año, al párroco del Salvador. No faltes.

Madrid, mediados de julio de 1539

Convencido por los argumentos del cardenal Tavera y del secretario Francisco de los Cobos, el emperador abandonó el convento de San Jerónimo y decidió que era tiempo de retomar el gobierno de sus Estados.

Antes de dejar Toledo para dirigirse a Madrid ordenó que se guardaran dos años de luto oficial por la muerte de la emperatriz y que se cumplieran de manera especial en la casa de su hijo el príncipe Felipe, a cuyo frente como mayordomo nombró a Juan de Zúñiga.

Sabía que su obligación era ocuparse de los despachos que se amontonaban sobre la mesa de trabajo de la cancillería, pero no podía quitarse de la cabeza el atormentador recuerdo de la muerte de su esposa y la idea de que no volvería a verla jamás; si acaso en la otra vida.

Andaba ya a unas pocas millas de Madrid cuando decidió pernoctar en una casa de campo propiedad de uno de sus consejeros. Las semanas pasadas en la soledad del monasterio le habían dejado huella y no quería volver todavía a encontrarse con demasiada gente. No es que se hubiera acostumbrado a la soledad, pero tampoco le apetecía saludar a tantos como demandaban audiencia. Unos días en el campo le vendrían bien.

Por fin, mediado el mes de julio, con el calor apretando de firme, el emperador se instaló en el alcázar real de Madrid. Lo primero que hizo fue firmar un informe sobre las cuentas del tesoro y aprobar unas ordenanzas al respecto. Ese mismo día contestó a una carta del condestable de Castilla en la que le rogaba que le enviara copia de los acuerdos matrimoniales de sus dos hermanas con los reyes de Portugal y de Francia, pues el rey Juan de Portugal los demandaba.

—¿Qué quiere ahora mi primo el portugués? —preguntó el emperador a Francisco de los Cobos, usando el trato familiar que se solían dar entre sí los reyes cristianos.

—No es lo que quiere, majestad, sino lo que no quiere.

—Explicaos, don Francisco.

—Señor, el rey de Portugal se niega a entregar a su hija María como esposa de vuestro hijo el príncipe don Felipe.

—¡Cómo!, pero si eso era lo que habíamos acordado —se enojó el emperador.

—Sí, majestad, pero ese acuerdo se trató hace unos meses. Ahora el rey de Portugal alega que las circunstancias han cambiado y…

—¿Es que no existe un solo rey en toda la cristiandad que sea de fiar? —se preguntó el emperador.

—Hay otro asunto más grave todavía, majestad.

—¿Gante otra vez? Ya le he escrito a mi hermana diciéndole que saldré hacia Flandes en cuanto sea posible para hacerme cargo personalmente de sofocar esa revuelta.

—No, mi señor. Se trata de los turcos; Barbarroja se dirige con una flota poderosísima y más de cincuenta mil hombres hacia la fortaleza de Castelnuovo, en la costa de Dalmacia, donde ha quedado aislado uno de los tercios viejos.

—Pues enviad una flota a su encuentro.

—No tenemos tiempo ni recursos suficientes, señor. El almirante Andrea Doria ha intentado llevar ayuda a esos hombres, pero sus galeras han sido rechazadas.

—¿Eso quiere decir que nuestros soldados en Castelnuovo no van a recibir ayuda alguna de nuestra parte, que están aislados y solos ante un gran ejército turco?

—Me temo que así es —asentó De los Cobos.

—¿Cuántos hombres forman ese tercio?

—Tres mil.

—¿Un tercio completo?

—Así es, majestad.

—¿Qué posibilidades tienen de resistir hasta que podamos enviarles ayuda?

—Muy pocas, probablemente ninguna. Además, no estaremos en condiciones de organizar un ejército de socorro antes de la próxima primavera.

—Para entonces estarán todos muertos.

De los Cobos calló.

—Que Dios se apiade de ellos —dijo Carlos mientras se persignaba.

Castelnuovo, costa de Dalmacia, mediados de julio de 1539

El duelo del emperador por la muerte de Isabel había hecho que se perdiera un tiempo precioso. Los otomanos, asentados en su poderoso imperio a caballo entre Europa y Asia, seguían acordando pactos secretos con Francia. El dominio español en el Mediterráneo se tambaleaba.

En los meses previos al verano de ese año de 1539 varios embajadores enviados en secreto por Carlos de Austria no habían logrado convencer al corsario Barbarroja para que se pasara de su lado, como pocos años antes sí hiciera el genovés Andrea Doria. Sin duda, el sultán turco estaba en condiciones de pagarle más dinero del que podía ofrecerle el emperador. Además, los venecianos, que integraban con el Imperio y con el papado la Santa Liga, no pretendían otra cosa que conseguir mejoras comerciales para sus mercaderes en territorio otomano; Francia seguía boicoteando cualquier alianza entre los Estados cristianos y mantenía sus pactos secretos con los turcos; el papa recelaba de cuantas propuestas hacía el emperador; y el propio Carlos, que tenía serias dificultades en Alemania, no había sido capaz de convencer a las cortes de las Coronas de

Castilla y León y de Aragón para que le concedieran los recursos económicos que demandaba para sostener la guerra naval.

Aquel año los otomanos estaban eufóricos. Unos meses antes habían logrado conquistar las islas de Naxos, Paros, Santorini y Andros, posesiones venecianas en el mar Egeo, aprovechando la decadencia del poderío marítimo de la República de Venecia y las diferencias que enfrentaban a los cristianos. Incluso habían vencido por primera vez al almirante Andrea Doria en una batalla librada en la bahía de Préveza, en la costa oriental de Grecia, el 28 de septiembre del año anterior.

En la fortaleza de Castelnuovo, en la costa de Dalmacia, resistía el tercio viejo mandado por don Francisco de Sarmiento, con dos mil quinientos soldados españoles y unos cientos más de auxiliares alemanes y flamencos que habían quedado abandonados a su suerte, cercados por un inmenso ejército turco apoyado por la poderosa flota de Barbarroja.

Sin posibilidad alguna de recibir ayuda, los veteranos del tercio sabían que estaban condenados a morir, pero rechazaron todas las propuestas de rendición que les formuló Barbarroja. Habían jurado derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de su emperador y de la cristiandad; y aquellos hombres sí sabían lo que significaba cumplir un juramento.

Un caluroso amanecer teñía de una pátina dorada las aguas del Adriático aquel 12 de julio. Desde lo alto de los muros de Castelnuovo los capitanes Juan Vizcaíno y Álvaro de Mendoza, jefes del tercio viejo, contemplaban cómo los otomanos preparaban el asedio a la plaza.

—Son una multitud. No podremos contenerlos por mucho tiempo —comentó resignado Vizcaíno.

—Don Francisco ha dado la orden de resistir hasta el fin. Si aguantamos hasta el otoño, tal vez vengan a socorrernos —alegó Mendoza.

—No acudirá nadie en nuestra ayuda. Estamos solos, amigo. Solos.

Barbarroja mandaba un ejército de treinta mil infantes, siete mil jinetes y quién sabe cuántas tropas auxiliares más. Su flota la formaban cien galeras fuertemente artilladas con cañones de grueso calibre, culebrinas dobles, basiliscos capaces de arrojar proyectiles de más de cien libras y trabucos y morteros capaces de hundir los más firmes tejados. Disponía de diez mil marineros y cuatro mil jenízaros, esos demonios sanguinarios que luchaban como posesos. Los españoles nada podían hacer, salvo resistir hasta el final y encomendar sus almas a la Divina Providencia.

Las galeras otomanas fondeadas en la bahía mostraban desplegados sus estandartes triangulares verdes con la luna creciente en amarillo bordada en el centro. Un millar de hombres comenzaron a desembarcar a lo largo de las costas de la ensenada, en las zonas donde era posible que las galeras fondearan.

—Hay que evitar que consoliden una posición en tierra. Vamos por ellos ahora, los cogeremos desprevenidos —propuso Vizcaíno.

Una veintena de arcabuceros y un escuadrón de caballería salieron de la fortaleza y acudieron al lugar donde habían desembarcado los primeros turcos. Armaron sus arcabuces y dispararon sin previo aviso, batiendo la playa y dejando sobre la arena varias decenas de muertos y heridos.

Sorprendidos por el ataque, los otomanos dudaron y no acertaron a organizarse para responder a la carga de caballería que se les echó encima tras la primera descarga de fuego. En desbandada, subieron a las galeras como pudieron y se retiraron hacia la embocadura de la bahía.

—Les hemos dado una buena lección. Tal vez no vuelvan —quiso confortarse Mendoza.

—Esa avanzadilla estaba compuesta por morlacos y cimerotes, tropas auxiliares sin formación ni disciplina de combate. Miradlos —Juan Vizcaíno señaló a algunos de los cuerpos

tendidos sobre la playa—, la mayoría calza pobres alpargatas y carece de protección alguna en sus cuerpos. Las armas que portan son hondas y arcos ligeros. Las tropas veteranas todavía no han llegado.

—Acude deprisa a avisar a don Francisco de esta escaramuza e infórmale que lo peor está por venir. Entre tanto nos fortificaremos aquí, a la espera de que lleguen más de esos demonios.

A comienzos de la tarde decenas de galeras y barcos de transporte otomanos aparecieron en la embocadura de la bahía.

En el mástil de proa de la galera capitana ondeaba la bandera roja con las seis medias lunas amarillas y la cimitarra de doble hoja en el centro: el estandarte de guerra de la marina otomana.

—Ahí están; ahora sí va en serio —comentó Mendoza.

—Esas sí son las verdaderas tropas de combate del sultán —añadió Vizcaíno, que había vuelto a la playa.

—Debemos replegarnos a posiciones defensivas; solo somos cincuenta hombres. Aquí estamos perdidos —indicó Mendoza.

—No. Somos más. —Juan Vizcaíno señaló a su compañero el destacamento de unos seiscientos hombres que se acercaba desde la fortaleza de Castelnuovo. Al frente de la tropa iba Francisco de Sarmiento.

—Señores, desplegad a los hombres en semicírculo. Van a comprobar esos bastardos de qué material estamos hechos los soldados de los tercios españoles —ordenó Sarmiento.

A las indicaciones de sus capitanes, los soldados del tercio viejo se desplegaron como les habían indicado y tomaron posiciones a la espera del desembarco de los enemigos.

Los guerreros otomanos saltaron a tierra aullando como fieras rabiosas y corrieron hacia los españoles, que aguardaban serenos y a pie firme en la playa.

—¡Que nadie dispare antes de que yo dé la orden! —gritó Sarmiento.

El general del tercio sabía que los arcabuces solo lograban su máxima eficacia si el objetivo que debían abatir se encontraba a una distancia de unos veinte pasos y que eran necesarios de tres a cinco minutos para volver a cargarlos y dejarlos en condiciones de disparar de nuevo; y eso si el tiempo no era adverso, no llovía y no hacía demasiado viento.

Los arcabuceros más veteranos también lo sabían y eran capaces de mantener la sangre fría hasta que el enemigo se encontraba a esa distancia para disparar con la máxima precisión y capacidad para atravesar el hierro de las más recias corazas.

Los turcos corrían blandiendo sus espadas, garfios y alabardas hacia los españoles, que se mantenían firmes a la espera de la orden de disparar.

—¡Ahora! ¡Fuego la primera fila! —ordenó Francisco de Sarmiento.

Sesenta arcabuces tronaron al unísono descargando una lluvia de plomo y hierro sobre los atacantes.

—¡Fuego la segunda! —volvió a ordenar Sarmiento mientras los arcabuceros de la primera fila se agachaban y corrían a colocarse tras la última fila, prestos a recargar sus armas cuanto antes para disparar una nueva andanada.

Tras seis descargas de arcabucería consecutivas, más de trescientos turcos yacían por la playa, muchos de ellos muertos y otros heridos y cubiertos de sangre.

—¡Alzad las picas y a la carga! ¡A la carga! —gritó el capitán Vizcaíno, que ordenó avanzar a su compañía de piqueros, alanceando a cuantos enemigos se ponían por delante. Más atrás, los arcabuceros se apresuraban para tener listas sus armas.

Los terribles alaridos de los turcos no amedrentaron a los piqueros, que siguieron avanzando como un erizo gigantesco, sin oposición a sus aceradas púas.

Rotas sus líneas, los otomanos comenzaron a retroceder y de pronto se encontraron corriendo hacia las galeras de las que habían desembarcado, buscando ponerse a salvo de manera desesperada.

Una nueva andanada de los primeros arcabuceros barrió las cubiertas de las galeras y precipitó al agua a decenas de hombres que trataban de subirse a ellas. La arena de la playa y el agua más próxima a la orilla comenzó a teñirse de rojo con tanta sangre derramada.

Aterrados por lo que estaban sufriendo, los capitanes de la armada turca ordenaron zarpar, abandonando en tierra a algunos heridos de los suyos, que fueron rematados por los españoles.

—¡Bien luchado! —felicitó Sarmiento a los capitanes Vizcaíno y Mendoza, mientras por la bahía se alejaban las galeras enemigas ciando a toda prisa.

—Volverán —presagió Vizcaíno.

—Lo sé, y lo harán con más hombres y armas, y muy enfadados; pero estaremos preparados para cuando eso ocurra.

El recuento de bajas de aquella batalla dejó trescientos turcos muertos y treinta heridos, por tan solo doce españoles caídos.

—Una gran victoria —se alegró Mendoza.

—Sí, pero nosotros no podemos reponer ni a uno solo de los soldados que hemos perdido y ellos pueden hacerlo en proporción de diez a uno.

Cuando Jeireddín Barbarroja fue informado del fracaso de aquellos dos primeros intentos de desembarco, juró que no descansaría hasta ocupar Castelnuovo. No tardó en cumplirlo. Seis días después se presentó en la bahía con una poderosísima flota. Desembarcó hombres, cañones y pertrechos en varios puntos de la costa y dispuso que se fueran tomando posiciones en torno a Castelnuovo.

Los españoles acosaban sin cesar a los sitiadores, pero estos eran demasiados y disponían de una poderosa artillería que impedía que se acercaran los formidables piqueros en formación de combate.

La ira de Barbarroja estalló al enterarse de que uno de sus capitanes y buen amigo había caído en una contraofensiva de los españoles cuando los turcos intentaban alcanzar una ermita ubicada en lo alto de una colina. Allí sucumbieron más de mil otomanos.

Las bajas de los turcos estaban siendo muy cuantiosas, pero al fin consiguieron establecer una posición, levantar baluartes de madera y tapial y cavar unas trincheras para ubicar en ellas sus grandes cañones, a distancia de tiro de los muros de Castelnuovo.

—Hemos intentado evitarlo, pero han logrado asentar sus cañones y ahora estos muros están a su alcance —lamentó Mendoza.

—¿De qué artillería disponen? —preguntó Sarmiento con gesto preocupado.

—Hasta el momento hemos contado cuarenta y cuatro piezas, de ellas siete culebrinas dobles, cuatro grandes cañones de los de Rodas, cuatro basiliscos con calibre para lanzar pelotas de hierro de hasta cien libras y varios morteros y trabucos capaces de alcanzar las casas con bolardos de doscientas libras —informó el capitán Mendoza.

—Con esos pueden hundir todos nuestros tejados.

—Pero no llegarán a nuestras bodegas; podemos hacernos fuertes en ellas. Bajo tierra sus balas no servirán de nada.

—Señores, estamos completamente rodeados —terció Vizcaíno, que llegó con un nuevo informe.

—Decidme, capitán —le pidió Sarmiento.

—Los turcos han colocado su real en lo más alto de ese cerro hacia el norte. Ahí está el puesto de mando de Barbarroja, con su estandarte de combate; han ubicado otra fuerte posición en el este, con cañones y culebrinas de gran calibre; y han desplegado en el mar, frente a Castelnuovo, diez grandes galeras adaptadas con dos y tres cañones gruesos en cada una de ellas. Me temo que van a castigarnos duro, muy duro.

—Si permitimos que se asienten en esas posiciones, al alcance de su artillería, estaremos perdidos. Mendoza, preparad a los hombres. Haremos una salida contra esas fortificaciones; tenemos que destruirlas y desalojarlas de enemigos —ordenó Sarmiento.

Poco después, ochocientos españoles del tercio viejo, la mitad arcabuceros y la otra mitad piqueros, salieron de los muros de Castelnuovo y cargaron contra las trincheras otomanas. No era difícil distinguir a los enemigos: las tropas regulares turcas con sus bonetes rojos calados hasta las orejas, los fieros jenízaros con sus cintas de fieltro colgando de la cabeza y cayéndoles hasta la espalda y los auxiliares con sus vestidos desarrapados, sus hondas de badana y sus arcos pequeños, solo eficaces a muy corta distancia.

Aquella salida fue un nuevo éxito. Mil turcos quedaron muertos, mientras los supervivientes huían despavoridos del flanco este, aunque los defensores jenízaros del real en la colina al norte resistieron el contraataque de los españoles, mas a costa de muchas bajas.

—Esos malditos jenízaros dicen que uno de nosotros vale por dos turcos, pero que un jenízaro es como dos españoles —comentó Mendoza, espada en mano, de regreso a la fortaleza.

—Desde hoy ya no podrán mantener eso —añadió Vizcaíno orgulloso.

Cuando se enteró de que mil de sus mejores hombres habían muerto, Barbarroja estalló furioso. Comprendió que en la pelea cuerpo a cuerpo la carga combinada de los arcabuceros y piqueros españoles era muy superior a los jenízaros y ordenó consolidar todas las posiciones y rehuir el combate frontal.

La superioridad turca radicaba en la potencia de su artillería, de modo que ordenó bombardear sin tregua las defensas de Castelnuovo y arrojar todo tipo de proyectiles sobre la plaza para provocar el mayor daño posible y desgastar a los defensores.

Castelnuovo, finales de julio de 1539

El general Sarmiento mandaba quince banderas en ese tercio viejo. Podía haber evacuado Castelnuovo unas semanas atrás, cuando supo que se acercaba Barbarroja con un ejército y una flota tan poderosos, y consciente de que no podría recibir ayuda, pero no lo hizo y optó por resistir.

Se habían levantado nuevos baluartes y excavado fosos, pero eran pocos hombres para aguantar la embestida de un ejército tan grande como el que se les venía encima. Lo que durante tantas semanas habían temido ya estaba allí.

El bombardeo masivo ordenado por Barbarroja comenzó al alba del día 18 de julio. Con la primera luz del amanecer, todos los cañones dispararon a la vez una descarga de artillería que envolvió con una densa cortina de humo y de polvo todas las fortificaciones de Castelnuovo.

«Arrasaré esa plaza hasta los cimientos», había jurado Barbarroja al comenzar el ataque.

Durante una semana las baterías turcas atronaron una y otra vez y lanzaron miles de proyectiles sobre las defensas de los españoles. Cada día se seguía la misma pauta: tras varias horas de fuego incesante, Barbarroja mandaba detener las andanadas y cuando se disipaban el humo y el polvo observaba el estado de las fortificaciones para evaluar los daños causados. Pero

pese a la potencia de los cañones de los otomanos, apenas se lograban avances sustanciales. Cada lienzo de muralla, cada cortina de muro, cada pedazo de torreón que los otomanos derribaban durante el día, era casi de inmediato reconstruido por los españoles, que trabajaban día y noche para mantenerse firmes.

El 24 de julio los turcos se confiaron. Durante seis días habían castigado de tal manera Castelnuovo que no imaginaban que los españoles serían capaces de organizar una nueva salida.

Pero lo hicieron.

—Don Juan, don Álvaro, preparad durante la noche a seiscientos hombres. Los turcos creen que nos han aplacado y que carecemos de capacidad de respuesta; han descuidado la guardia. Haremos una salida justo al amanecer, con las primeras luces del alba, directos al real de Barbarroja. Concentraremos nuestro ataque en el puesto de mando del campamento de ese demonio. Si logramos llegar hasta allí, tal vez lo capturemos, y entonces todo su ejército se disolverá como las nubes tras la tormenta —ordenó el general Sarmiento a sus dos capitanes.

—Acabaremos con ellos —asentó orgulloso Mendoza.

El horizonte oriental comenzaba a clarear tras las montañas de piedra del este. Pronto saldrían los primeros rayos del sol, pero Sarmiento no esperó a ese momento. En cuanto fue posible distinguir un hilo blanco de uno negro, ordenó cargar contra el real de Barbarroja, los seiscientos hombres a la vez, como una mano gigantesca y vengadora.

Como había previsto el general del tercio, los otomanos no esperaban aquella respuesta tan arriesgada por parte de los sitiados. La imprevista carga de los españoles, en una mañana todavía sin apenas luz, que llamaban «encamisada» porque los españoles se cubrían con una prensa blanca marcada con una cruz para distinguirse entre ellos en la penumbra del alba, fue tan contundente que la guardia de Barbarroja, sorprendida, huyó colina abajo; solo algunos jenízaros tuvieron el valor suficiente para enfrentarse a los españoles y ganar el tiempo necesario para que Barbarroja se pusiera a salvo y se lograran rescatar varias tiendas y la bandera de combate.

Tras la batalla, los cadáveres de dos mil turcos se desperdigaban por la colina donde se había ubicado la tienda del caudillo berberisco.

—¡Solo hemos tenido cincuenta bajas! —exclamó eufórico Mendoza cuando informó al general Sarmiento sobre la batalla librada en aquella colina—. No van a poder con nosotros; no podrán.

—Eso deseamos todos, capitán. Pero ahora repleguémonos a los muros de Castelnuovo. Volverán y lo harán con más furia y rabia si cabe. Conozco cómo se las gasta ese Barbarroja. Debemos estar preparados.

A bordo de la galera capitana, Barbarroja se lamía las heridas como un lobo herido y juraba venganza y muerte para aquel puñado de españoles que resistían y se negaban a entregar Castelnuovo al Gran Turco. Mediante espías había ofrecido el salario de dos meses a cuantos decidieran abandonar voluntariamente la defensa de aquella plaza y garantizar su salida y travesía hasta Italia; pero ni uno solo de los defensores se avino a aceptar aquella propuesta.

Colérico y despechado, el antiguo corsario devenido en almirante de la flota otomana juró que arrasaría Castelnuovo con todos los españoles dentro y ordenó a sus generales que reforzaran los efectivos para el asedio y desplegaran el doble de cañones ante los muros de aquella irreductible fortaleza.

Durante los primeros cinco días de agosto la artillería turca cañoneó los muros sin cesar, hora tras hora, abatió casas y derrumbó torres y puertas. Al amanecer del 6 de agosto solo

quedaban vivos seiscientos españoles, algunos heridos y todos agotados.

—General, apenas tenemos fuerzas para seguir combatiendo y se está acabando la pólvora —se lamentó el capitán Vizcaíno—. Algunos hombres han desertado esta noche. ¿Qué hacemos?

—Resistir —indicó Francisco de Sarmiento— hasta el fin, hasta el último aliento.

Algunos de los desertores le revelaron a Barbarroja que los sitiados carecían de pólvora y que estaban malheridos y destrozados por el inclemente fuego artillero.

El almirante otomano se plantó observando las ruinas de la fortaleza, incapaz de comprender cómo aquel puñado de soldados del emperador era capaz de soportar semejante asedio sin ceder un solo palmo de terreno bajo aquella lluvia de fuego.

De pronto, una enorme explosión lanzó por los aires uno de los fortines de Castelnuovo que aún permanecía en pie. Barbarroja había ordenado que cesara el fuego para comprobar los daños causados, por lo que se enfureció y se dispuso a castigar a quien había desobedecido sus instrucciones. Pero pronto le comunicaron que aquella formidable explosión no la habían causado sus cañones. Uno de los oteadores le informó del estallido de un polvorín de los sitiados. Y así había sido. Un descuido de uno de los artilleros había provocado aquel desastre, y con ello las escasas reservas de pólvora con que contaban los españoles se habían volatilizado.

Barbarroja supo entonces que los españoles no tenían ya defensa posible. Sonrió como un zorro y dispuso que los regimientos de jenízaros y de la caballería otomana se prepararan para asaltar los muros de Castelnuovo.

Sonaron las trompetas, retumbaron los timbales, se alzaron los estandartes de combate y miles de turcos se lanzaron al ataque sobre las ruinas de la fortaleza.

Enseguida ocuparon la primera de las torres del recinto amurallado en el flanco norte, sobre cuyas ruinas ondeó la bandera del sultán.

—Colocad una mina y volad lo que queda de esa torre con todos esos demonios dentro —ordenó Sarmiento al ver ondear la enseña verde con la media luna amarilla.

Los zapadores colocaron una mina bajo la torre, pero no estalló a causa de la mala calidad de la pólvora y porque esa madrugada del jueves 6 de agosto había llovido mucho y estaba húmeda.

—No hemos podido hacer estallar la mina, general, la poca pólvora que tenemos está inservible —lamentó el capitán Mendoza.

—¡Que se replieguen todos los hombres; nos haremos fuertes en el último baluarte! ¡Lucharemos espada en mano! —señaló Sarmiento.

—Combatimos contra bestias, no contra hombres —alegó Mendoza.

—Pero son de carne y hueso y sangran y mueren como nosotros. Arengad a nuestros soldados —se dirigió Sarmiento a Mendoza, a Vizcaíno y a la media docena de capitanes que todavía quedaban vivos— y decidles que no solo luchan por ellos, que también lo hacen por la memoria y el alma de sus amigos muertos y por la vida de los heridos.

Al día siguiente volvió a caer la lluvia. El polvo y el humo se fueron disipando con el agua. Francisco de Sarmiento, herido en la pierna e impedido para caminar, pidió que le trajeran un caballo para recorrer todos los puntos de defensa y dirigirse personalmente a sus hombres.

Los turcos atacaron con sus espadas curvas, aullando bajo la abundante lluvia y el cielo gris. El agua dejó inútiles los arcabuces, la mejor arma de los españoles, quienes desenvainaron sus cuchillos y espadas y enarbolaron sus picas y adargas prestos a combatir cuerpo a cuerpo, en defensa de cada palmo de terreno.

Desde su caballo, Francisco de Sarmiento, cada vez más debilitado por las heridas, iba de un lugar a otro de los muros dándoles ánimos, procurando que no decayeran en la resistencia y

en la lucha. Pero los atacantes eran demasiados y ganaban terreno pese a sufrir numerosas bajas. Por cada soldado español que caía lo hacían tres o cuatro otomanos, pero tras cada uno de ellos venía otro, otro, y otro… Y así en una reposición que parecía no tener fin.

—¡Al castillo, todos al castillo! —gritó Sarmiento con las pocas fuerzas que le quedaban.

Los españoles abandonaron sus posiciones en los muros, desbordados ya por todos los flancos ante el ingente número de asaltantes, y corrieron a refugiarse en el castillo, último bastión de la defensa.

Francisco de Sarmiento apenas podía mantenerse sobre el caballo. El capitán Mendoza lo vio balancearse a uno y otro lado de la montura y se acercó a socorrerlo. El general tenía dos saetas clavadas en la cabeza y una en el rostro, pero seguía vivo. Él mismo las había partido dejando las puntas dentro de la carne.

—General, debéis protegeros en el castillo. La puerta ha sido tapiada, pero haremos que os suban con cuerdas.

—No —replicó con autoridad Sarmiento a la propuesta de Mendoza—. No quiera Dios que yo me salve mientras quede uno solo de mis hombres en peligro de muerte.

—General, no podéis combatir en estas condiciones.

—Mendoza, dadme mi espada —ordenó el general, que ni siquiera podía desenvainarla.

—Sí, general. —El capitán obedeció la orden.

—¡Soldados del emperador, hombres de España!, contemplad, compañeros y amigos, de qué modo luchan esos infieles. Nosotros somos mejores que ellos y la muerte no debe preocuparnos. Antes de que llegue, demostremos a esos bárbaros cómo peleamos los cristianos españoles. ¡Que no huya nadie! ¡Venguemos a nuestros hermanos caídos!

—¡Vamos a por ellos! —gritó Mendoza.

Sarmiento agarró por el brazo a un capitán llamado Sancho de Frías que, asustado, pretendía huir.

—No es este lugar para cobardes. No lo seáis vos. Comportaos como un soldado de España —le conminó.

Sancho de Frías, avergonzado, asintió.

—¡Por el emperador, por España, por Cristo!

Unas pocas docenas de soldados españoles, agotados por tantos días de asedio, malheridos y llenos de andrajos por los incesantes bombardeos, cargaron a la carrera contra los varios regimientos de jenízaros que avanzaban sobre las ruinas de Castelnuovo. Tras llevarse por delante a muchos enemigos, Francisco de Sarmiento, Sancho de Frías, Juan Vizcaíno y Álvaro de Mendoza cayeron abatidos por la abrumadora superioridad de los otomanos.

Era mediodía del 7 de agosto cuando, tras tres semanas de lucha ininterrumpida, sobre el castillo en ruinas de Castelnuovo se enarboló la bandera blanca.

Barbarroja ordenó detener los combates. En veintidós días los cañones otomanos habían lanzado sobre aquella ciudad nueve mil balas gruesas y otras tantas menores desde las baterías en tierra y cinco mil proyectiles desde los cañones ubicados en las galeras sobre el agua.

Los últimos defensores carecían de armas y de municiones con las cuales defenderse. Habían lanzado hasta la última flecha, habían gastado la última pizca de pólvora.

El almirante otomano contempló el campo de batalla bajo la lluvia. Había tantos muertos a su alrededor que el agua que corría a sus pies parecía sangre, de tan roja como estaba teñida por la de los miles de caídos en los combates.

Al día siguiente los generales turcos hicieron el balance de la batalla. Los otomanos habían perdido treinta mil hombres, entre ellos casi todos los jenízaros. De los tres mil quinientos

soldados españoles que comenzaron la defensa solo quedaban vivos, aunque en condiciones lamentables, unos centenares.

A la vista de la masacre y de los hombres perdidos, Barbarroja prometió que concedería la libertad a quien reconociera de entre los muertos a Francisco de Sarmiento y le entregara su cabeza. Nadie lo hizo.

Los soldados querían ejecutar allí mismo a todos los supervivientes como venganza por sus hermanos muertos en el asalto, pero Barbarroja los convenció, abonando de su fortuna personal quince mil ducados en dinero, sedas y ricos paños, para que al menos dejaran vivos a ochocientos entre hombres y mujeres, los más sanos y jóvenes, que envió a galeras y vendió en los mercados de esclavos de Constantinopla. Para apaciguar a sus hombres, mandó degollar a todos los cautivos cristianos que portaban una cruz en sus manos, por considerarlos clérigos, a los enfermos y a los impedidos.

Madrid, fines de agosto de 1539

El emperador se dejó caer en el sillón de cuero repujado. Acababa de comer melón, una sopa de palomino, guiso de lamprea, menudillos de cerdo y pastel de faisán, regados con cinco jarras de cerveza. Había recobrado el apetito tras varias semanas penando por la muerte de su esposa, cuyo cadáver reposaba en Granada, junto a los de los Reyes Católicos y al de su padre el rey Felipe el Hermoso.

Granada… Carlos recordó, una vez más, aquellos meses del año 1526, los más felices de su vida, los alegres días de luz y claveles en la Alhambra, los deliciosos paseos por los jardines del Generalife, las intensas y largas noches de amor bajo las bóvedas de filigranas de yeso de los palacios de los sultanes, las animadas cacerías en los sotos del río Genil, las concurridas fiestas cortesanas y el cuerpo delicado y sedoso de Isabel. Granada… Allí habían engendrado a su hijo y heredero Felipe, quizá aquel atardecer de finales de agosto, en el Generalife, cuando hicieron el amor justo antes de que se produjera un pequeño terremoto. Granada…

—Majestad, acaban de llegar graves noticias —anunció Francisco de los Cobos.

—¿Qué ha ocurrido? —Carlos miró a su secretario de Estado, que había entrado en el comedor del alcázar real de Madrid con rostro serio y ademán compungido.

—Los turcos han tomado la plaza de Castelnuovo, a orillas del Adriático. El tercio viejo de don Francisco de Sarmiento ha resultado completamente aniquilado. Los pocos que han logrado sobrevivir al ataque han sido vendidos como esclavos.

—¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Todo el tercio viejo de Nápoles, unos tres mil soldados, tal vez los mejores de nuestro ejército.

De los Cobos vestía de negro. Sobre su pecho lucía un medallón de oro orlado con una docena de perlas y un enorme rubí en el centro, sobre la cruz roja de la Orden de Santiago, de la que era comendador de León.

—Debimos haber hecho todo lo posible por ayudarlos —lamentó el emperador.

—Lo intentamos, majestad, pero Barbarroja mandaba una flota formidable. No pudimos hacer llegar socorro alguno a esos hombres. Han muerto como héroes, en defensa de la cristiandad y del Imperio. —El rostro del secretario de Estado reflejaba su decaído ánimo. De ojos redondos y oscuros, cejas bien perfiladas y largas, nariz elegante y labios marcados, De los Cobos se había convertido en la persona de mayor confianza del emperador.

—Vengaremos a los caídos en Castelnuovo, pero antes debo sofocar la rebelión de Gante. Quiero encargarme de ello en persona. Entre tanto, vos quedaréis al cuidado del gobierno de los reinos de España, del príncipe don Felipe y de las infantas María y Juana. Contaréis para ello con el apoyo del cardenal Tavera. Disponed de inmediato que los miembros de la casa de la emperatriz pasen a formar parte de la casa de don Felipe y que las infantas, mis hijas, vivan en la villa de Arévalo y cuenten con una guardia permanente de cuarenta alabarderos. Doña María y doña Juana se educarán en la lectura, la música, el canto y la danza. Regulad que cumplan un estricto horario y que recen todos los días como es acostumbrado. Mis dos hijas se casarán algún día con sendos reyes y serán reinas; deben ser educadas para comportarse como tales.

—Todo se hará conforme ordena vuestra majestad.

—No puedo consentir que se derrumbe el mundo a mi alrededor. —Carlos aspiró profundamente, se levantó del sillón y se acercó a De los Cobos, que se había mantenido al otro lado de la mesa.

—Sois su único soporte, mi señor.

—La rebelión de Gante, la derrota en Castelnuovo, la muerte de doña Isabel, la traición del rey de Francia… Parece como si Dios se hubiera olvidado de nosotros.

«Más nos hubiera valido ejecutar a nuestros enemigos cuando pudimos hacerlo; porque si dejas libre a un rival peligroso, como ha ocurrido con el rey de Francia, crecerá, se hará fuerte y es probable que sea él quien te mate», pensó De los Cobos.

Valladolid, fines de agosto de 1539

En casa de los Losantos seguía anclada la tristeza. Pablo apenas se había recuperado de la muerte de su esposa, en tanto Luis estaba ultimando su equipaje, pues en apenas dos horas salía de camino hacia la Universidad de París, donde iba a cursar estudios de astrología.

—No olvides el salvoconducto. Te será necesario para atravesar Francia —le dijo su padre mientras tomaban un copioso desayuno con sardinas ahumadas, salchichas de cordero, garbanzos cocidos y pan untado con manteca.

—Ya lo tengo preparado.

—Aquí tienes la bolsa con el dinero para el viaje. Distribúyelo en varios sitios, al menos en cinco distintos. Y aquí la letra de cambio con el resto del dinero. Está avalada por la más solvente mesa de cambio de Medina del Campo. No tendrás ningún problema para ejecutarla en cualquier banca de París.

—Así lo haré, padre.

—Y, sobre todo, ten mucho cuidado, hijo, mucho cuidado. En el camino busca siempre viajar en grupo. Quizá en Burgos te encuentres con algunos peregrinos que regresan de visitar la tumba del apóstol Santiago en Compostela y vuelven a sus casas antes de que se echen encima las lluvias del otoño. Únete a ellos. Conocen bien la ruta hacia París y es la forma más segura de atravesar los Pirineos, pues en aquellas montañas han aparecido en los últimos tiempos algunas cuadrillas de bandidos.

»Y si se te presentan algunas dificultades, no dudes en esgrimir tu salvoconducto. Lo ha firmado el mismísimo emperador y, aunque el de Francia no es precisamente un reino amigo, su reina Leonor no deja de ser la hermana de nuestro rey.

Acabado el desayuno, Isabel, María y Pablo Losantos se despidieron de Luis.

—Buen viaje, hermano; te echaré de menos —le dijo Isabel al abrazarlo.

—Yo también.

—Cuídate mucho y evita cualquier peligro. Esperaré ansiosa tu regreso a casa —le dijo su tía María, que le dio dos besos en las mejillas.

—Llevo una bolsa con tus hierbas, por si me hacen falta para asentar las tripas, que a saber qué me darán de comer en algunas posadas durante el camino.

—Te acompañaré hasta el inicio de la carretera de Burgos —le dijo su padre.

—No es necesario.

—Lo haré.

—De acuerdo.

Los dos varones Losantos salieron de la casa dejando atrás a las dos mujeres con los ojos humedecidos.

—Hijo, ¿has pensado bien lo de estudiar astrología?

—Sí, padre, es lo que más deseo.

—Si eso es lo que quieres, adelante, pero no olvides que procedes de una familia de médicos.

—No lo olvidaré; es lo que me has enseñado desde que era muy pequeño.

Atravesaron la ciudad, pasaron junto al palacio real y llegaron al puente Mayor, sobre el Pisuerga, que cruzaron entre carretas y acémilas cargadas con fardos de leña y con talegas de alimentos.

Al llegar a la posada al otro lado del puente, desde donde salía una carreta que llevaría a Luis Losantos y a media docena de viajeros más hasta Burgos, padre e hijo se abrazaron con fuerza y se despidieron.

—Francia y España no tienen buenas relaciones, pero quién sabe si algún día podré ir a verte a París.

—Allí te esperaré. En cualquier caso, vendré cada verano, cuando acabe cada curso, a casa. El tiempo pasa deprisa.

—Adiós, hijo. Te escribiré dándote nuevas de lo que ocurra. Y hazlo tú también. En la valija real, en apenas un mes llega el correo de París a Valladolid.

—Así lo haré.

Se dieron un abrazo y se despidieron. Al cruzar el puente de regreso a la ciudad, Pablo Losantos iba llorando.

Madrid, mediados de septiembre de 1539

La carta de Leonor de Austria rezumaba una tristeza infinita.

La hermana mayor de Carlos no era feliz. Casada en segundas nupcias con el rey Francisco de Francia, quien diez años atrás había tenido que aceptar ese matrimonio para poder librarse del cautiverio en España tras ser derrotado y apresado en la batalla de Pavía, no había recibido en todo ese tiempo una sola muestra de respeto de su esposo. A sus casi cuarenta años Leonor ya no era aquella hermosa y joven muchacha que marchó a Portugal a desposarse con su rey Manuel, ni la mujer madura y culta que fue a Francia a casarse con su rey Francisco como garantía de paz.

A pesar de ser la mayor de los hijos de la reina Juana la Loca y el rey Felipe el Hermoso, Leonor siempre había estado atenta a velar por los intereses de su hermano el emperador y había cumplido sin rechistar el menor de sus deseos. Pese a haber sido reina de Portugal y ahora de Francia, a ella lo que le hubiera gustado habría sido casarse con el conde Federico del Rin, del

que se enamoró siendo joven, pero con el que nunca pudo establecer la íntima relación que hubiera deseado.

Tantos años de sometimiento y tanto tiempo despechada, humillada y relegada habían convertido a Leonor en una mujer taciturna y dolida. Su belleza juvenil se había quedado por el camino de la vida. Ya no era hermosa, sino una mujer obesa, de piernas tan gruesas e hinchadas que en ocasiones tenía problemas incluso para caminar y que además había abandonado a su hijita María con seis meses en Lisboa, porque el rey Juan, su hijastro y sobrino a la vez, no consintió que se la llevara con ella a Castilla. Desde aquel momento en que se despidió de su hija en una de las alcobas del castillo real de Lisboa, no la había vuelto a ver.

En la carta, Leonor le decía a su hermano el emperador que María tenía ahora dieciocho años y que, por lo que le habían contado, era una mujercita muy bella, refinada y discreta. Anhelaba encontrarse con ella y, aunque hacía tanto tiempo que no la había visto, no dudaba en que la reconocería nada más ver sus ojos. ¡Cómo no iba a saber quién era su hija! Estaba segura de que su corazón se lo delataría de inmediato.

Carlos tomó papel y pluma y escribió una carta de respuesta a la de su hermana Leonor.

Le anunció que en unas pocas semanas saldría de viaje hacia Flandes para sofocar la rebelión de los ciudadanos de Gante y que tenía la intención de atravesar las tierras de Francia, para lo cual le pedía mediación ante su esposo el rey Francisco y le decía que deseaba poder encontrarse con ella en París.

Una vez que acabó de redactar la carta, el emperador pidió que llevaran a su presencia a su hijo y heredero, el príncipe Felipe.

A sus doce años bien cumplidos Felipe tenía un carácter taciturno, que se había acentuado con la muerte de su madre, pero se mostraba muy maduro para su edad y un punto arrogante; no en vano, era el hijo del césar. De cabello rubio como su madre, ojos de párpados caídos y de natural tristes, frente despejada, nariz recta y gesto noble, estaba siendo educado para ser algún día el soberano de todos los territorios de España y de América, el monarca más poderoso de todo el mundo.

—Padre —Felipe saludó al emperador y se adelantó para besarle la mano.

—Dame un abrazo, hijo. —Carlos acudió a su encuentro y evitó que el príncipe se inclinara, como le habían enseñado que debía hacer en presencia del emperador.

—Felipe, sé que te duele mucho la muerte de tu madre. A mí también; pero ambos debemos sobreponernos a ese dolor y superarlo.

»Porque los Austrias hemos nacido para gobernar el mundo y tú eres, por ahora, el último del linaje Habsburgo, la familia más noble y poderosa sobre la faz de la tierra. Eres mi heredero y algún día te convertirás en el monarca del imperio más extenso jamás gobernado por rey alguno. Comprenderás que se trata de una responsabilidad extraordinaria.

»Eres todavía muy joven, pero ya debes ir preparándote para la empresa que Dios te ha encomendado.

»Ven.

Carlos condujo a su hijo a una pequeña estancia del palacio real de Madrid, donde guardaba algunos secretos.

—En este armario —dijo Carlos, y señaló un mueble de madera de aspecto muy sólido, con dos puertas que cerraba una gruesa cerraja de hierro— se conservan los documentos más importantes de nuestra familia: los testamentos de los reyes que me han precedido, los acuerdos más trascendentes, varios informes confidenciales que casi nadie conoce, las claves para poder

leer los documentos cifrados y las cartas más comprometedoras. Aquí se contiene buena parte de nuestra historia.

»Nuestra familia desciende del viejo linaje del castillo del Halcón, en las montañas del norte de Suiza. Nos hemos hecho grandes porque todos los miembros de la casa de Austria hemos puesto los intereses de Habsburgo, nuestro nombre familiar, por encima de los particulares de cada uno de nosotros. Y tú, Felipe, cuando seas rey, deberás hacer lo mismo.

—Lo haré, señor.

—En ocasiones deberás tomar decisiones que no te gustarán. Tendrás que sacrificar tus sentimientos, relegar tus gustos, renunciar a tus querencias y a tus deseos en beneficio de la familia. Y tendrás que hacerlo también a costa, si cabe, de tus hermanos y de tus hijos cuando los tengas.

»El día que yo falte, tú serás el dueño de medio mundo. Gobernarás muchos reinos y dominarás territorios tan extensos que no podrías visitarlos aunque estuvieras viajando por ellos durante toda una vida. Mandarás ejércitos de miles de hombres y de una sola orden tuya dependerá que salven la vida o que sean arrastrados a una muerte cierta.

»Pero a pesar de todo ese poder en tus solas manos, nada deberás hacer en contra de la familia. Prométeme que cumplirás cuanto te pido.

—Os lo prometo, padre.

—Observa este mapa. —Carlos le mostró a Felipe un mapa del mundo en el que estaban coloreadas todas las posesiones de la casa de Austria—. Estos son nuestros dominios europeos: el Imperio, Flandes, Milán, el reino de Nápoles y de Sicilia, Mallorca y las Españas. Aquí, en el océano Atlántico, las islas Canarias. Y estas son nuestras tierras en el Nuevo Mundo, en América: México, Florida, las islas del mar de los Caribes, el Perú… Y todavía más allá, al otro lado del mundo, en el océano Pacífico, las islas Filipinas, llamadas así en tu honor.

—¿Y esta región? —Felipe señaló Portugal, que estaba sin colorear.

—Es el reino de Portugal. Hubo un tiempo en el que estuvo a punto de unirse al resto de los dominios de las Españas, pero ahora tiene su propio rey; se llama Juan y es tu tío, pues se trata del hermano mayor de tu madre, la emperatriz Isabel, que Dios tiene en su seno. Está casado con otra tía tuya, Catalina, mi hermana pequeña, de modo que es tu tío por partida doble.

—Entonces, ¿algún día yo también seré rey de Portugal?

—Bueno, don Juan tiene varios hijos y un heredero llamado Juan Manuel, pero ¿quién sabe?, tal vez algún día… Si los Austrias consiguiéramos sumar a nuestros dominios los de la Corona de Portugal, entonces tendríamos casi todo el mundo en nuestras manos y podríamos darle una vuelta completa sin dejar de pisar nuestra tierra.

Felipe miró a su padre con asombro. El emperador le acarició el cabello y luego apoyó su mano en el hombro del joven príncipe.

Ambos se quedaron un buen rato mirando aquel mapa sin cruzar una sola palabra. Carlos y Felipe se sabían los dueños de medio mundo, pero ni siquiera eso era suficiente.

Madrid, principios de octubre de 1539

—A su majestad no va a gustarle nada esto —comentó Francisco de los Cobos tras leer el informe que uno de los espías del secretario de Estado traía desde Flandes.

—Pero debe saberlo inmediatamente —añadió el cardenal Tavera.

—Se lo diré ahora mismo. ¿Me acompañáis, cardenal?

—Vamos. Cuanto antes se digieran los malos tragos, mejor.

Los dos altos consejeros se dirigieron a la cámara del alcázar real, donde el emperador almorzaba. Siempre que le era posible lo hacía a solas, pues su deformación en las mandíbulas por su exagerado prognatismo le obligaba a masticar de tal manera los alimentos y con la boca tan abierta que no era agradable verlo comer.

—Su majestad ya ha terminado el almuerzo. Podéis pasar, señores —un ayuda de cámara de Carlos avisó a los dos consejeros.

De los Cobos y Tavera entraron y se inclinaron ante el emperador, que dio la mano al secretario de Estado y besó el anillo del prelado.

—Vuestros rostros están demasiado serios. Supongo que esta visita se debe a algún asunto urgente —dijo Carlos.

—Lo es, majestad —habló De los Cobos.

—Urgente y muy grave —reiteró el cardenal.

—¿Y bien?

—Los rebeldes de Gante han desempolvado viejos pergaminos con los que quieren demostrar que los privilegios de su ciudad tienen más de doscientos años y que contienen derechos que les garantizan su negativa a pagar los cuatrocientos mil florines que vuestra hermana la reina doña María de Hungría les exige como gobernadora —De los Cobos se refirió a la hermana de Carlos con el título que llevó antes de quedarse viuda—. Pero lo peor de este asunto es que han enviado mensajeros con cartas a los concejos de Bruselas, Malinas y otras ciudades para que se unan a su rebelión y pongan fin a vuestro gobierno en Flandes.

—¿Se ha sumado alguna otra ciudad a esa revuelta? —demandó Carlos.

—Ninguna, majestad. Pero todas las ciudades de Flandes han escrito una carta conjunta dirigida a vuestra hermana en la que le suplican humildemente que se suspenda cualquier acción contra los de Gante antes de escuchar sus alegaciones. Doña María les ha concedido tres meses de plazo para ello. Los de Gante se siguen negando a entregar los cuatrocientos mil florines, pero a cambio ofrecen soldados…

—Se acabó —habló Carlos tajante—. Disponed cuanto sea necesario para mi viaje a Flandes lo más pronto posible. La autoridad imperial no puede ser puesta en entredicho por nadie. Aplastaré esa revuelta. Los rebeldes de Gante recibirán un escarmiento por su traición.

—Durante vuestra ausencia de Castilla deberéis nombrar un regente, majestad —dijo De los Cobos.

—Si viviera Isabel… Mi hijo don Felipe será el regente —asentó el emperador.

—Pero todavía no ha cumplido los trece años; ni siquiera alcanza la edad legal…

—Vos, don Francisco, viviréis aquí, en este alcázar real de Madrid, con don Felipe y seréis su tutor; y vos, cardenal, lo ayudaréis en todo cuanto sea menester. Dejaré aprobadas unas instrucciones bien precisas para que se cumplan como norma de gobierno hasta que yo regrese. Incluiré además unos consejos para la educación del príncipe heredero y unas orientaciones para las relaciones que se deben seguir con otros reinos y para acordar una paz definitiva con Francia.

»Ya he dejado dispuesta la composición de la casa del príncipe. Aquí tenéis el documento —Carlos le entregó a De los Cobos la relación de personas y cargos que formarían parte de ella: secretario, diversos oficiales, caballerizos, mozos, maestros, pajes, aposentadores, camareros, porteros, artesanos de diversos oficios, y así una retahíla de hasta ciento cincuenta personas—. Haceos cargo y procurad que no se desaten intrigas para ocupar uno de esos puestos. Que nadie se atreva a discutir mis órdenes.

—Así se hará, majestad.

—Pero antes de partir para sofocar la rebelión de Gante quiero visitar a mi madre en Tordesillas y a mis hijas en Arévalo, y lo haré acompañado del príncipe Felipe. Disponedlo todo.

»¡Ah!, y avisad a don Pablo Losantos; quiero que venga a Tordesillas y que luego me acompañe como médico de la corte en mi viaje a Flandes.

—¿Losantos, señor? —se extrañó el cardenal.

—Sí, es uno de mis médicos; tal vez el mejor de todos ellos —asentó el emperador.

—Pero es hijo de conversos y su hermano fue ejecutado por la Inquisición por cometer pecado contra natura.

—Don Pablo Losantos es cristiano y os aseguro que cumple con todos los preceptos de la ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia —dijo Carlos.

—No lo dudo, majestad, pero…

—Losantos vendrá conmigo. Citadlo para que acuda a Tordesillas y que luego esté preparado para viajar a Flandes.

Valladolid, 19 de octubre de 1539

El mensajero real entregó la carta sellada con el cuño imperial a María Losantos. Su hermano no estaba en casa; había salido a visitar a un paciente.

Al regreso se encontró con la citación.

—El rey me muestra sus condolencias por la muerte de Leonor y me ordena que me presente en Madrid justo dentro de tres semanas. El emperador me indica que vaya allí para encontrarme con él —les dijo Pablo a su hermana y a su hija tras leer la misiva.

—Necesitará de tus servicios; tal vez tenga otro de sus ataques de gota.

—No, no es el caso. Me dice que iremos a Tordesillas para visitar a su madre, pero me indica que lleve equipaje suficiente para viajar a Flandes después.

—¡Flandes! ¿Seguro que dice Flandes?

—Sí. Flandes.

—¡Oh! —exclamó María—, eso quiere decir que estarás fuera bastante tiempo, tal vez un año, quizá más.

—¿Qué haremos nosotras, padre? —preguntó Isabel un tanto preocupada.

—Podría llevaros conmigo, pero será peligroso. Me temo que el emperador va a la guerra. Será mejor que os quedéis aquí.

—¿Guerra con Francia?

—No, al menos por ahora con Francia no. Don Carlos va a ir a someter a los ciudadanos de Gante, la ciudad donde nació. Por lo que he podido saber, se han rebelado contra el gobierno de su hermana doña María, la reina viuda de Hungría y gobernadora de los Países Bajos, y el emperador quiere darles un buen escarmiento a esos rebeldes.

—Iremos contigo, hermano.

—No, María, no. Ya os he dicho que este viaje puede resultar muy peligroso.

—Flandes está cerca de París. Podríamos ir a ver a Luis —terció Isabel.

—Os quedaréis en Valladolid. Alguien tiene que guardar esta casa. Disponemos del dinero suficiente para que no tengáis problemas. Además, me encargaré de que varios colegas médicos de Valladolid os compren vuestros preparados de hierbas y ungüentos; son los mejores remedios contra muchos de los males que tratamos a diario.

—Atenderemos a cuanto necesites para ese viaje, hermano.

Madrid, alcázar real, 11 de noviembre de 1539

La penosa situación de su madre en Tordesillas no despertaba el menor remordimiento en el ánimo del emperador. Hacía ya muchos años que discurría de ese modo, todos lo habían asumido y no había razón para cambiar nada. Las gentes de Castilla y León, que años atrás se habían sublevado contra Carlos agrupadas en el movimiento comunero y le habían ofrecido todo el poder a doña Juana si se ponía al frente, se habían olvidado de su reina legítima. Casi dos décadas después de su derrota en Villalar, los comuneros apenas significaban un débil recuerdo en la memoria de algunos nostálgicos. A la mayoría no le importaba el triste destino de aquella pobre mujer que, aunque seguía siendo la reina de Castilla y de León, vivía encerrada en una casona de paredes de adobe en Tordesillas, ensimismada en sus viejos recuerdos, confusa entre lo real y lo imaginario, sumida entre la realidad y los sueños.

El silencio que Carlos había impuesto sobre el estado de su madre desde que llegara a España hacía ya veintidós años se había extendido por todos sus dominios; nadie se atrevía a preguntar o a interesarse por la situación de la que, pese al olvido y al silencio impuesto sobre su modo de vida, seguía figurando como reina de Castilla y León en las monedas, los documentos oficiales y las inscripciones monumentales.

—¿Vos no estáis de acuerdo con lo que he dispuesto sobre mi madre? —preguntó el emperador a Pablo Losantos, al que había citado poco después del mediodía en el alcázar real de Madrid. El médico había llegado la noche anterior desde Valladolid.

—Jamás osaría cuestionar una decisión de vuestra majestad —respondió Losantos.

—Pero intuyo que no estáis de acuerdo. Nunca lo habéis estado —insistió Carlos.

—Lo que vuestra majestad decida será lo correcto.

—Tampoco os alegra que os haya ordenado que me acompañéis a Flandes, supongo. Hubierais preferido permanecer en Valladolid con vuestra familia.

—Yo me debo al servicio de vuestra majestad.

Pablo Losantos mintió. Ni estaba de acuerdo con mantener el encierro de doña Juana ni le apetecía acompañar al emperador en ese nuevo viaje a Flandes, pero de ninguna manera podía rechazar una invitación real, pues conocía perfectamente que los descendientes de judíos conversos estaban siendo investigados por la Inquisición y muchos de ellos acababan siendo acusados de judaizantes e incluso condenados a penas muy duras como relapsos.

Hacía ya cuatro o cinco años que en algunas diócesis españolas, sobre todo en la Corona de Castilla y León, los inquisidores estaban empeñados en incoar expedientes de limpieza de sangre para evitar que cualquiera que hubiera tenido antepasados judíos pudiera entrar en religión o ejercer oficios públicos.

Eran ya varios los cabildos catedralicios que, siguiendo el ejemplo de las diócesis de Sevilla, Córdoba y León, exigían que el candidato que optara a ocupar un cargo eclesiástico no tuviera una sola gota de sangre judía, al menos en las cinco generaciones precedentes, para lo cual se elaboraba una encuesta para dirimir la pureza del candidato a canónigo, a párroco o a simple beneficiado, que tenía que demostrar sin la menor duda que era un verdadero cristiano viejo y que en su linaje, al menos en esas cinco generaciones, no había ningún pariente con la impura sangre judía.

Lo mismo ocurría con los moriscos. Hacía ya muchos años, casi cuarenta en Castilla y León y catorce en la Corona de Aragón, que los musulmanes hispanos habían sido obligados a bautizarse so pena de marchar al exilio o de sufrir la pena de muerte. Pero aunque la inmensa mayoría había abrazado públicamente el cristianismo y se había bautizado en una ceremonia

pública, mudando su nombre musulmán por un nuevo nombre cristiano, eran multitud los que de manera clandestina y en la intimidad del hogar seguían practicando sus ancestrales ritos mahométicos, rezando a Alá, venerando a Mahoma como su verdadero profeta y cumpliendo las costumbres y ritos de su religión.

—Mentís muy bien y con prudencia. Si os lo propusierais, seríais un excelente diplomático —repuso el emperador a las palabras de asentimiento de Pablo Losantos.

—Perdonad que os contradiga, señor, pero no miento: me debo a vuestras órdenes.

—Vuestro padre estaba en lo cierto cuando me recomendó que os acogiera como médico de la corte. Estáis dotado de una notable inteligencia, Losantos, y esa es una cualidad que no abunda en estos tiempos. Además, sois el mejor de los médicos reales, por eso vendréis conmigo en este viaje a Flandes. Cada año que pasa los dolores que hace tiempo me invaden van a más y solo vos sois capaz de apaciguarlos.

—Y si me hicierais caso, todavía sería mayor el efecto de mis consejos como médico.

—Sí, sí, ya sé: que coma menos, que beba menos, que dé largos paseos…

—Si así lo hicierais, os aseguro que los problemas que os provoca vuestra gota se acabarían en unos pocos meses.

—Dejemos eso por ahora. Esta tarde saldremos hacia Francia, es el camino más corto y rápido para llegar a Flandes. Pero antes quiero visitar a mis hijas doña María y doña Juana en Arévalo y darles algunos consejos. Pero no me acompañarán a ver a la reina doña Juana a Tordesillas. Solo vendrá conmigo el príncipe don Felipe.

—¿No es peligroso atravesar Francia, majestad?

—Algunos de mis consejeros opinan que sí, pero ahora estamos en paz con los franceses, y el rey Francisco ha dado a nuestro embajador en París todas las garantías de seguridad. Mi hermana Leonor también me ha informado por carta que me puedo fiar de su esposo, al menos en esta ocasión. Claro que he exigido que mientras me encuentre en territorio francés me acompañen, y ya desde la misma frontera, los dos hijos varones de don Francisco.

—Como rehenes, supongo.

—Utilizad un lenguaje más diplomático, Losantos. Digamos, usando las formas de los embajadores, que esos dos príncipes estarán a mi lado durante mi travesía por Francia como garantía de nuestras actuales buenas relaciones y como muestra de mi amistad hacia esos dos príncipes y hacia su padre.

—Sí, de ese modo suena mejor. Mucho mejor.

—Partiremos esta misma tarde. Dormiremos en el camino, lo más cerca posible de Segovia, y visitaremos a mis hijas en la villa de Arévalo, y luego a mi madre en Tordesillas. Y acabadas esas dos visitas, saldremos de inmediato hacia Francia.

—Supongo que no hay riesgo alguno en este viaje —persistió en sus dudas Losantos.

—Os seré sincero, don Pablo. —Carlos se acomodó en el sillón—. Sí, tengo algunas dudas. Los consejeros que han cuestionado la ruta a través de Francia me han ofrecido argumentos razonables para evitar ese itinerario y me han propuesto que vaya a Flandes siguiendo el que ya llaman muchos el Camino de los Españoles; es decir, navegar desde Barcelona hasta Génova, de allí atravesar el norte de Italia por la Lombardía y cruzar los Alpes hasta Innsbruck, en el Tirol, bordeando los dominios del rey francés por el este de los cantones suizos, y descender navegando por el río Rin. Pero he considerado que merece la pena correr este riesgo, con la seguridad que me dará mantener en mi poder durante todo el tiempo que dure el camino a los dos hijos mayores de don Francisco, claro. Además, este viaje demostrará mi firme resolución y mi valor. ¿No lo creéis así?

—Supongo que Dios es el dueño de los corazones de los reyes e incluso del corazón del emperador, y que es su voluntad la que se impone; no en vano, sois su católica y sacra majestad.

—¡Condenado bribón! En verdad que sois muy hábil en el uso de la lengua. Imagino que es una cualidad que habéis heredado de vuestro padre quien, además de un excelente médico, se comportó como un hábil consejero de mi abuelo don Fernando el Católico.

—Llevo su sangre, señor.

—Bien. Pero además de ofrecer una señal de valor, de firmeza y de determinación, atravesar Francia supone el camino más recto para llegar cuanto antes a Gante, y con ello quiero que los rebeldes de esa ciudad, la que me vio nacer, entiendan que no pueden desafiar ni enfrentarse a su emperador, al que deben obediencia y lealtad.

—Supongo que así lo entenderán.

—En una carta que acabo de enviar a los oficiales del concejo de Gante les explico que es mi obligación someter a los revoltosos y que lo hago por el alto servicio que le debo a Dios y a la Iglesia. También les digo que, si los flamencos de Gante quieren perderse, yo también estoy dispuesto a arriesgarme, pero no por una causa ilegítima como han hecho ellos, sino en defensa de la ley y la justicia.

—Sí, de ese modo lo entenderán.

—Además, sabed que, desde que murió mi esposa, cada mañana me encomiendo a Dios durante dos horas al menos, y otras dos más por la noche, hincado de rodillas en mi alcoba, que me encomiendo a su voluntad y que le pido que me libre de todo peligro porque cuanto hago es en favor del mismo Dios y de su santa Iglesia.

»Esos rebeldes de Gante no solo se han negado a pagar los tributos que mi hermana doña María, mi gobernadora en los Países Bajos, les demandaba en justa retribución por los privilegios que les hemos concedido y en recíproca compensación por las contribuciones que se requieren en estos momentos para la defensa del Imperio, sino que además se han comportado como traidores, pues le han ofrecido una alianza al rey de Francia, cometiendo un gravísimo delito de lesa majestad que de ninguna manera puede quedar sin castigo.

—Ellos se lo han buscado, señor.

—Durante los últimos meses me he dedicado a preparar esta expedición a Flandes. Mi autoridad ha sido cuestionada en Gante, lo que no puedo consentir de ninguna manera. Por los informes que he recibido de mi hermana doña María y por el conocimiento que tengo de mi ciudad natal, sé que los burgueses de Gante son gentes audaces y que están dispuestos a mantener la rebelión y la desobediencia hasta el fin. Si quiero que mi autoridad se mantenga sin merma alguna, debo poner en su sitio a los rebeldes y reprimirlos con toda severidad. Me juego mucho, tal vez todo, en ello, pues si permito que los de Gante se salgan con la suya, detrás vendrán otras ciudades con las mismas reivindicaciones y el Imperio se tambaleará hasta derrumbarse por completo.

»No puedo equivocarme, no puedo fallar en esto; todo debe estar perfectamente dispuesto. Ya he ordenado que se promulguen los decretos por los que nombro a mi hijo Felipe como regente en todos los reinos de España, al cardenal don Juan Tavera como gobernador en Castilla e inquisidor general, al cardenal de Sevilla como presidente del Consejo de Indias, a Francisco de los Cobos superintendente de Hacienda, al conde de Morata como virrey de Aragón y así con otros cargos para el buen gobierno de estos reinos de España en mi ausencia.

Losantos miró a los ojos al emperador y pudo contemplar en ellos su determinación y su decidida voluntad para imponer su autoridad a cualquiera que pretendiera discutirla. Y pensó que

no le gustaría estar en la piel de los rebeldes de Gante cuando Carlos se presentara en esa ciudad pidiéndoles explicaciones por el acto de desobediencia y la alta traición que habían cometido.

Tordesillas, 19 y 20 de noviembre de 1539

La comitiva imperial salió de Madrid mediada la tarde. La noche otoñal cayó enseguida sobre la sierra y tuvieron que desplegar los pabellones para dormir en pleno bosque, en el camino de Segovia.

En Arévalo el emperador visitó a sus hijas María y Juana, a las que dio consejo y consuelo, pues las dos jóvenes infantas andaban desalentadas por vivir retiradas en aquella villa, vigiladas en cada momento por sus preceptores y sometidas a una disciplina y a una regla tan estricta que más parecía propia de un monasterio que de un palacio real.

Solo la visita de su hermano el príncipe Felipe las consoló un tanto, pero en cuanto se marchó con su padre volvieron a sumirse en una triste melancolía.

Losantos no entendía que el emperador hubiera dado la orden de que su hijo Felipe no pudiera verse con sus dos hermanas salvo en contadas ocasiones y siempre bajo estricta vigilancia.

¿Qué es lo que temía?

¿Acaso él, siendo un joven príncipe, no había convivido con sus propias hermanas en sus palacios de Gante y Bruselas durante tantos años sin que estuvieran presentes sus padres?

¿Acaso temía que la cercanía de los jóvenes, a pesar de sus lazos fraternos, pudiera despertar en ellos otro tipo de sentimientos y pasiones?

¿Acaso temía Carlos que Felipe y María, a los que solo separaba un año de edad, pudieran compartir algo más que fraternidad?

Tenían doce y once años y tal vez no pasara mucho tiempo antes de que se despertaran sus respectivos apetitos carnales. No sería el primer caso en el que un hermano y una hermana cometieran un incesto.

Losantos dudó y le vino a la cabeza que tal vez aquella decisión de separar a Felipe de sus hermanas estuviera condicionada por la propia experiencia de Carlos. ¿Es posible que el emperador hubiera tenido con su hermana Leonor, solo dos años mayor que él, o con Isabel, un año más joven, alguna relación sexual en Flandes en aquellos años en los que vivieron los infantes sin padres que los vigilaran, solo al cuidado de su tía Margarita?

No en vano, los miembros del linaje de los Austrias, tanto los varones como las hembras, no tenían el menor reparo en acostarse entre ellos a pesar de sus lazos de consanguinidad y parentesco.

¿No se había casado el propio Carlos con su prima hermana Isabel?

¿Cuántas veces se habían cruzado los Austrias entre sí? Solo era necesaria una dispensa papal y ya era suficiente para que dos primos hermanos del linaje Habsburgo pudieran casarse y engendrar hijos, pese a que cualquier médico avezado sabía que a la larga semejante consanguinidad solo podía acarrear problemas y deformaciones de los retoños engendrados por parientes tan cercanos.

La reina Juana había cumplido sesenta años. Hacía treinta y tres que vivía encerrada en aquella casona de adobes de barro, baldosas de terracota, maderas bastas y paredes enjalbegadas

con yeso sin refinar. Durante todos esos años solo había sido libre un par de meses, aquellos tan convulsos de finales del año 1521, cuando los comuneros ocuparon Tordesillas y la liberaron de su cautiverio durante ese tiempo.

Maltratada y encerrada por su marido el rey Felipe, por su padre el rey Fernando y por su hijo el emperador Carlos, la reina legítima de Castilla y León vivía en un pequeño universo cerrado del que nunca había pedido salir. Aquella casona de Tordesillas era todo su mundo, limitado por el horizonte de la línea del río Duero y los campos de Castilla. No quería más. Nada más. No lo necesitaba.

Custodiada como si fuera la más peligrosa de las reclusas, Juana de Castilla y León y de Aragón, hija y nieta de reyes, reina, esposa de rey y madre de reyes y reinas, no podía salir de aquella casona, no podía recibir visitas, no podía ser libre. Tampoco quería.

El emperador, como antes hicieran con ella su padre y su esposo, había dado órdenes tajantes a su carcelero, el marqués de Denia, para que Juana estuviera permanentemente vigilada y sin siquiera poder pisar la calle. El control sobre su vida era tal que no le habían permitido abandonar Tordesillas ni aun en las graves ocasiones en las que algún brote de peste se desató en la ciudad, ni incluso cuando la pestilencia mató a varios sirvientes de la reina. Durante una de las epidemias, el propio marqués de Denia pidió al emperador permiso para evacuar el palacio ante el peligro de muerte, pero Carlos se negó. No quería que nadie viera a su madre, a la reina legítima, no fuera a ser que estallara de nuevo una revuelta como la de los comuneros, que años atrás estuvo a punto de costarle el trono.

La comitiva de Carlos y Felipe llegó a las puertas de la casona palaciega de Tordesillas mediada la mañana de aquel soleado día de noviembre. En el camino se cruzaron con varios grupos de campesinos que remataban las últimas labores de la vendimia y la poda de los sarmientos. Los vendimiadores se quitaron las gorras y los sombreros e inclinaron sus cabezas ante el paso de tan poderosos señores.

El marqués de Denia los esperaba a las puertas, con su sombrero de fieltro en la mano.

—Majestad, sed bienvenido a Tordesillas. —El de Denia acudió presto a sujetar el bocado del caballo del emperador y dobló la rodilla hasta clavarla en el suelo.

—Señor marqués, he venido con mi hijo el príncipe don Felipe, mi heredero —le dijo Carlos mientras descabalgaba con ayuda de uno de sus caballeros de escolta.

—Es todo un honor saludar a vuestra alteza —dijo el de Denia incorporándose a la vez que inclinaba la cabeza ante Felipe, que montaba su alazán con la pose de dignidad que le habían enseñado a practicar tantas veces—. En la última ocasión que estuvisteis aquí medíais un palmo menos.

Felipe saludó al marqués elevando ligeramente la barbilla.

—¿Cómo se encuentra doña Juana? —preguntó el emperador.

—Ya conocéis sus repentinos e inesperados cambios de ánimo, majestad. Hay días en los cuales se muestra tranquila y sosegada, habla con claridad y cordura y se comporta con absoluta lucidez. Pero en otras ocasiones, de modo cada vez más frecuente, es presa de un comportamiento violento. Es en esos momentos cuando muestra una ira propia de una persona demente y colérica, si me permitís que me exprese con esta claridad, mi señor.

»Hace tres días, y sin motivo aparente alguno, comenzó a arrojar todo tipo de objetos que se encontraban al alcance de sus manos y a golpear con toda su furia a una de las sirvientas, a la que hirió gravemente en la cabeza.

—¿Dónde está ahora esa criada? —preguntó el emperador.

—Se marchó de aquí, majestad, y con ella se fueron otros dos sirvientes, asustados por lo que habían visto. Los dejé marchar tras hacerles jurar que no contarían a nadie lo ocurrido.

—Compensad a esos criados con una buena cantidad de dinero y ordenadles que guarden silencio para siempre. Si revelan una sola palabra sobre lo ocurrido con la reina, caerá sobre ellos todo el peso de la justicia real.

—Ya lo he hecho, señor, tal cual habéis ordenado en ocasiones similares. Saben a lo que se exponen si se van de la lengua.

—¿Cómo está hoy la reina?

—Muy tranquila. Creo que se asustó cuando vio el rostro de la sirvienta lleno de sangre a causa de la herida que le hizo en la cabeza. Desde ese día se muestra taciturna y apenas ha hablado con nadie.

—Vayamos a verla.

—Seguidme, majestad.

El emperador, el príncipe y el marqués subieron las escaleras principales de la casona y se dirigieron al salón donde estaba la reina Juana, a la que esa misma mañana la habían avisado de la visita de su hijo y de su nieto.

Juana de Castilla y de Aragón contemplaba cómo ardían los gruesos leños en la gran chimenea de la sala grande. Estaba tan absorta en su ensimismamiento que ni siquiera volvió la cabeza cuando su hijo y su nieto entraron en la sala.

—Madre, he venido a veros y he traído conmigo a vuestro nieto Felipe —dijo Carlos.

Las dos damas de compañía que estaban en ese momento con la reina se levantaron prestas y, a una clara indicación con la cabeza del marqués de Denia, se inclinaron ante el emperador y salieron de la estancia.

—Ya se han marchado las alondras. No volverán hasta la próxima primavera —comentó Juana sin levantar la vista del libro de horas que tenía entre sus manos.

Carlos recordó entonces que su madre había pronunciado esas mismas palabras tres años atrás, cuando acudió a Tordesillas con la emperatriz y con sus hijos Felipe y María.

—Este es vuestro nieto, el príncipe Felipe. Ha crecido mucho desde la última vez que os visitamos —dijo Carlos.

—Tres años —musitó Juana, que intentaba recordar el tiempo transcurrido desde aquella primera y última visita, hasta ese momento, de Felipe—. ¿Y mi nieta María?

—María no ha podido venir; se ha quedado con su hermana pequeña Juana en Arévalo, donde he instalado su pequeña corte para que se eduquen como las reinas que serán en un cercano futuro. Os visitarán las dos en otra ocasión.

Juana la Loca dejó el libro sobre la mesa y se levantó de su silla. Solo entonces miró a los ojos a Felipe, que mostraba un rostro serio y un semblante algo asustado.

—Has crecido mucho —le dijo la reina a su nieto—. Te pareces a tu abuelo Felipe. Quizá cuando te hagas un hombre seas tan guapo como él. No. Nadie puede ser tan guapo.

—Madre, en unos días partiré de viaje a Flandes. Los ciudadanos de Gante se han rebelado y debo sofocar esa revuelta. Quiero además que acabe el cisma entre católicos y protestantes. Los protestantes alemanes se han unido en una liga que llaman de Esmalcalda, a la que los católicos han respondido formando la liga de Núremberg, a la que algunos llaman santa. He decidido otorgar a ambas ligas el mismo tratamiento.

»En tanto soluciono este enfrentamiento, estaré fuera de Castilla durante un tiempo; mi hijo Felipe será el regente.

—¿Felipe? ¿Tú eres Felipe? —Juana se fijó de nuevo en el rostro de su nieto.

—Sí, abuela.

—Felipe…, un bonito nombre.

—Mi padre el emperador me puso este nombre en honor de mi abuelo el rey, vuestro esposo, señora.

Juana acarició la mejilla de su nieto.

—¿Qué ocurre? —preguntó de pronto la reina Juana.

—¿A qué os referís, madre? —intervino Carlos.

—Por lo que veo, los dos vestís de negro riguroso, de luto. ¿Qué ha ocurrido?

—Una muy mala noticia, madre, la peor. Hace cinco meses murió mi esposa, la emperatriz Isabel…

—¡Oh!, mi querida sobrina, la hija de mi hermana María. ¡Cuánto lo siento! Era tan bella… De todas las princesas de nuestro linaje, sin duda fue la más hermosa.

»Supongo que pronto volverás a casarte —le dijo Juana a su hijo.

—Ni siquiera lo he pensado. Quise demasiado a Isabel. Será imposible encontrar una esposa que pueda llenar el vacío que ha dejado en mí su muerte.

—Los Austrias no podemos permitir que los sentimientos de cada uno de nosotros se impongan a los intereses de la familia.

Ante aquella contundente sentencia de la reina, Carlos de Austria se estremeció. Siempre había creído que su madre era diferente al resto de las mujeres de la familia, una joven que había querido volar libre, pero solo en ese momento entendió todo. No, la reina Juana no era distinta a las demás. Si se había sacrificado a vivir encerrada toda su vida, si no había aceptado el poder que le pusieron en sus manos los comuneros en aquella lejana revuelta que a punto estuvo de acabar con el gobierno de Carlos, si había permanecido en silencio durante tantos años, si nunca había promovido una conjura contra su hijo era porque entendía y aceptaba que las mujeres de la casa de Austria estaban destinadas a cumplir el papel que se les había encomendado desde que los miembros de este linaje se habían propuesto acumular todo el poder y todos los dominios que pudieran acaparar. Las mujeres de la familia debían entregar sus vidas para la gloria de los Habsburgo y solo para eso, nada más que para conseguir fama, gloria, honor y fortuna, para hacer día a día más grande a una estirpe de reyes que aspiraba a dominar todo el mundo.

—Nunca encontraré a una mujer como Isabel —asentó Carlos.

—Te entiendo, hijo. Yo pasé por una situación muy parecida. Cuando tu padre murió, yo quise morir también, pero aquí sigo. Y aquí seguiré hasta que Dios quiera.

»Y ahora, mis queridos hijo y nieto, me gustaría compartir la comida con los dos. Tenemos que hablar de muchas cosas.

—Losantos, visitad a mi madre la reina y decidme enseguida si veis en ella algún síntoma de enfermedad —le ordenó Carlos a su médico, al que mandó llamar tras acabar la comida con su madre.

—¿Lo sabe la reina? ¿Sabe su majestad que voy a…?

—No, no lo sabe. Espero que podáis convencerla vos mismo, para eso sois médico.

Pablo Losantos tenía la suficiente experiencia como para tratar con una mujer a la que todos consideraban loca. Todos no. Su padre, Pedro Losantos, la había tratado desde que nació en Toledo allá por el año 1479. Y siempre había sostenido que esa mujer no estaba loca y que la declaración de las Cortes de Toro que la inhabilitaron para reinar y su posterior encierro en

Tordesillas no respondían a una enfermedad mental, sino a los deseos de su esposo, de su padre y ahora de su hijo para apartarla del gobierno de Castilla y someterla a un retiro forzado.

Cuando Losantos, siguiendo las instrucciones del emperador, pidió ser recibido por la reina, esperaba una respuesta intempestiva o incluso una absoluta indiferencia, por eso se extrañó cuando el marqués de Denia le comunicó que doña Juana lo recibiría enseguida.

El médico entró con cierta cautela en la estancia donde descansaba la reina y se acercó a ella con todo recelo. Dado el carácter de aquella mujer, no estaba seguro de qué podía suceder en cada instante y cómo iba a reaccionar dado su voluble temperamento.

—Majestad. Soy Pablo Losantos, ¿os acordáis de mí?

—Claro que sí, Losantos, ¿acaso pensáis que he perdido la memoria? —repuso la reina—. Vuestro padre me cuidó desde muy pequeña. Aún recuerdo cómo me quitó aquel terrible dolor de muelas que apenas me dejaba dormir.

Pablo Losantos se quedó pasmado de asombro. Aquella mujer a la que muchos tildaban de loca parecía en ese instante la persona más cuerda y sensata sobre la tierra. Pero, a pesar de esa lucidez, el médico no pudo olvidar que la reina Isabel de Portugal, madre de Isabel la Católica, había pasado muchos años encerrada y silenciada en el castillo de Arévalo a causa de su locura, hasta su muerte en el año 1496, y que corría por ahí el rumor de que las hijas de los Trastámara, la familia de bastardos que había usurpado el trono de Castilla y León casi dos siglos atrás al asesinar uno de los suyos al rey don Pedro y poco más tarde se había hecho con el de la Corona de Aragón tras sobornar a varios compromisarios en la villa aragonesa de Caspe, manifestaban una tendencia natural hacia la locura.

—He venido acompañando a su majestad el emperador…

—Mi hijo.

—Vuestro hijo, mi señora, y le he pedido que me permitiera saludaros.

—Y yo me alegro de que lo hayáis hecho.

—Por vuestro aspecto, deduzco que os encontráis bien, mi señora.

—Nunca he estado mejor que ahora.

—¿Necesitáis alguna cosa de este humilde médico?

—¿Sois el médico de mi hijo?

—Uno de ellos, majestad.

—En ese caso, os pido que lo cuidéis bien, como hizo vuestro padre conmigo.

—Así lo haré.

—Y también al príncipe don Felipe. Algún día ese joven heredará las Coronas de los Reyes Católicos.

—Será un gran rey.

—Sí, lo será. Pese a su corta edad, ya tiene esa altivez propia de los hombres destinados a hacer grandes cosas.

Mediada la mañana del día siguiente a su llegada a Tordesillas, el emperador acudió a despedirse de su madre, a la que encontró arrebujada en una manta de piel de lobo en el mirador de la azotea de la casona.

Apenas cruzaron palabras. Ya no tenían nada que decirse.

Frontera del Bidasoa, 26 de noviembre de 1539

Tras visitar a su madre, Carlos de Austria pasó por Valladolid, donde dispuso que un alguacil de la corte se adelantara con una escolta de seis jinetes para ir avisando en todos los lugares del

recorrido sobre su llegada. Allí se despidió de su hijo Felipe, recordándole que lo dejaba con la inmensa responsabilidad de ser su gobernador en los reinos de España y aconsejándole que confiara en don Francisco de los Cobos, en el cardenal Tavera y en don Juan de Zúñiga, quienes lo ayudarían en su acción de gobierno.

Pablo Losantos pudo visitar a su familia y pasar un par de días en su casa antes de seguir camino como médico del emperador en aquel viaje al norte.

Como estaba previsto desde hacía varias semanas, su intención era dirigirse a Flandes a través de Francia, aprovechando que se había firmado la paz con ese reino. El canciller Granvela salió unos días antes para entrevistarse con el rey Francisco de Francia, que estaba enfermo en Compiègne y no podía moverse, y dejar acordado el paso del emperador por esos dominios.

Desde Valladolid se siguió el camino más corto hacia Francia, por Burgos y Vitoria. El día veintiséis de noviembre, bajo una lluvia fina pero constante, la comitiva imperial llegó a la villa de San Sebastián, una pequeña localidad de pescadores recostada al abrigo de una montaña sobre el mar, cuyos pobladores la habían reconstruido por completo tras un pavoroso incendio que la había destruido cincuenta años atrás.

—Ese monte —señaló Carlos cuando abandonaban San Sebastián camino de la frontera— ofrece una formidable posición estratégica para la defensa. Dispondré que se construyan allá arriba las fortificaciones adecuadas. Si estallara una nueva guerra y los franceses trataran de invadir estas tierras de Guipúzcoa, San Sebastián sería una plaza decisiva.

—Buena observación, majestad —dijo el señor de San Vicente, embajador de Carlos en Francia, que había acudido a San Sebastián para acompañarlo en su viaje.

—¿Cómo se encuentra don Francisco? —Carlos se interesó por la salud del rey francés.

—Ha mejorado de sus dolencias, pero todavía está muy flaco y débil. Me ha encargado que os comunique que no podrá recibiros en Bayona, como hubiera sido su deseo, pues todavía está convaleciente y con pocas fuerzas, pero ha enviado en señal de su amistad hacia vuestra majestad a su hijo el duque de Angulema, que os espera en la frontera de Fuenterrabía, nuestra última plaza.

—¿Está asegurado mi paso por Francia? —preguntó el emperador.

—Don Francisco lo ha garantizado, majestad. Y sus hijos permanecerán siempre con nosotros.

—Ya sabéis que algunos de mis consejeros desconfían de las verdaderas intenciones de don Francisco. Ya nos engañó en el pasado en más de una ocasión; tal vez tenga la intención de volver a hacerlo.

—Como bien sabéis, el rey de Francia no es de fiar, pero en este caso creo que sí cumplirá su palabra. Ahora estamos en paz y creo que a don Francisco le interesa seguir así. Ha ofrecido a su hijo menor don Carlos, su favorito, como garantía de que cumplirá su promesa de permitir el paso franco de vuestra majestad por Francia y además en San Juan de Luz, ya en territorio francés, os aguarda el delfín, su heredero.

—Sí, pero a cambio de esas facilidades para mi tránsito por sus dominios he tenido que prometerle que consideraré su petición de entregarle el dominio de Milán, que tanto ambiciona desde que lo derrotamos en aquella batalla de Pavía.

La comitiva imperial llegaba a orillas del río Bidasoa, justo en la frontera, cuando se acercó un grupo de jinetes. Al frente de ellos iba Carlos de Angulema, hijo del rey de Francia.

En cuanto reconoció al emperador, el joven príncipe se acercó sonriente y gritó en tono jocoso:

—¡Date preso, césar, date por cautivo!

Todos rieron la broma del hijo del rey Francisco, que descendió de su caballo y se inclinó con sumo respeto ante el emperador.

Carlos de Austria sonrió, bajó de su caballo y sin mediar palabra alguna se quitó los guantes dejando ver en su dedo corazón un gran anillo de oro con un diamante, y abrazó al príncipe, que a sus diecisiete años era un joven de ademanes alegres y gestos risueños.

—Majestad imperial, en nombre de mi augusto padre, el rey de Francia, os damos la bienvenida a esta bendita tierra y os recibimos como amigo y señor —dijo Carlos de Angulema, ahora ya con toda solemnidad.

—Gracias, joven príncipe.

El emperador se fijó en los ojos del príncipe francés y le pareció que bizqueaba. No pudo evitar dibujar en su rostro un rictus de sorpresa.

—No os extrañéis por mi extraña mirada, sire; carezco de visión en el ojo izquierdo a causa de la enfermedad de la viruela que contraje siendo un niño —explicó el joven con toda naturalidad y sin perder la sonrisa.

—Vuestra mirada es limpia y sincera, príncipe.

—Gracias, majestad, muchas gracias.

Bayona, 27 de noviembre de 1539

La comitiva, ya con los españoles y los franceses mezclados, cabalgó hacia la ciudad de Bayona, donde llegó al día siguiente después de atravesar la frontera del Bidasoa. El cielo estaba gris y amenazaba lluvia, pero soplaba una suave brisa del sur que no hacía presagiar la inminente llegada del invierno.

En Bayona aguardaba el verdadero comité de recepción, formado por el delfín de Francia, el duque de Orleáns, el cardenal Châtillon y varios nobles, que acompañarían al emperador en su travesía hasta Flandes.

El delfín Enrique era tres años mayor que su hermano Carlos. Más serio y circunspecto, saludó al emperador con la apostura del que se sabe destinado para el trono. Se había convertido en heredero de Francia a la muerte de su hermano mayor, Francisco, con el cual había permanecido como rehén en Castilla durante casi cinco años.

—Os damos la bienvenida a Francia, sire —saludó al emperador en castellano, que hablaba con toda corrección, utilizando un tono serio.

—No habéis olvidado la lengua castellana —le dijo el emperador.

—Cinco años en vuestros reinos son suficiente tiempo para aprenderla. —Enrique no había olvidado los años de cautiverio y las afrentas sufridas en España, cuando fue entregado con su fallecido hermano Francisco como rehén para que su padre el rey fuera puesto en libertad y pudiera regresar a París tras ser derrotado y capturado en la batalla de Pavía.

Carlos aceptó el saludo. Vestía de luto riguroso, todo de negro, como ordenaba el ceremonial de la etiqueta de la casa de Borgoña, que el viudo emperador cumplía con la máxima escrupulosidad.

—Os lo agradezco.

—Lamentamos mucho la muerte de vuestra esposa la emperatriz Isabel.

—Yo también lamento la muerte de vuestro hermano don Francisco.

—No pudo sobreponerse al frío y a la humedad de aquellas vuestras fortalezas en las que estuvimos encerrados durante tanto tiempo —replicó con rostro serio el delfín.

—Señores, señores, este es tiempo de encuentros y de alegrías, no de reproches —intervino risueño el joven Carlos de Angulema—, por eso hemos preparado grandes fiestas y festines.

Y era cierto. El rey de Francia había ordenado que en todas las ciudades por donde pasara la comitiva del emperador se le agasajara con solemnes recibimientos, festejos, torneos y banquetes, todo en homenaje a Carlos de Austria.

Pablo Losantos permanecía siempre atento y muy cerca del emperador, por si en algún momento eran precisos sus servicios médicos.

Valle del Loira, camino de París, diciembre de 1539

Cada día se avanzaba una etapa de la ruta hacia París, por Mont-de-Marsan, Burdeos, Angulema, Lusignan…, hasta que el 12 de diciembre arribaron a Loches, una villa ubicada a orillas del Indre, un afluente del gran río Loira.

El emperador fue recibido a las puertas por diez cardenales y por todos los príncipes y pares de Francia. El rey Francisco, que todavía convaleciente no podía montar a caballo y apenas lograba mantenerse en pie, aguardaba a la entrada del formidable castillo, en cuyo centro se alzaba un gigantesco torreón rectangular.

Francisco, al pie de la escalera de acceso a la fortaleza, se apoyaba en un bastón. Alzó el brazo libre y saludó a Carlos de Austria.

—Querido primo, es un gran placer recibirte en Francia. Es mi deseo que te sientas como en tu propia casa —saludó el rey.

—Y para mí es un honor contar con tu amistad y tu hospitalidad —replicó el emperador.

Los dos monarcas, antaño enemigos irreductibles, se abrazaron como si hubieran compartido desde siempre una amistad inquebrantable.

Pablo Losantos, que formaba unos cuantos pasos más atrás de la cabeza de la comitiva, pudo ver el rostro del rey francés y observó que su aspecto estaba muy desmejorado. La extrema delgadez que se atisbaba bajo el traje de seda, los marcados pómulos, las perceptibles ojeras y la barbilla afilada eran signos manifiestos de que Francisco no había recuperado del todo la salud.

—Hubiera querido acudir a recibirte yo mismo a Bayona, pero ya puedes comprobar, querido primo, que todavía me encuentro débil y convaleciente de mi enfermedad, que me ha mantenido postrado en cama varias semanas. Aún necesito ayudarme con este bastón para caminar.

—Tus hijos han sido magníficos anfitriones y excelentes compañeros de viaje. —El emperador miró a los dos hermanos, que asintieron con una leve inclinación de cabeza; y de inmediato fijó los ojos en su hermana Leonor, la esposa del rey.

—¡Ah!, perdona mi desconsideración. Tu hermana, mi señora la reina de Francia.

Leonor de Austria, a la que Carlos había casado por interés de Estado con Francisco, se acercó a Carlos, lo abrazó y lo besó en las mejillas.

—¡Me alegro tanto de volver a verte! —manifestó Leonor, en cuyos ojos se atisbaba un halo de profunda tristeza.

—Y yo, querida hermana, y yo. Te he echado de menos —mintió Carlos.

La mirada de Leonor, que ya fuera reina de Portugal y ahora lo era de Francia, dejaba traslucir las penas sufridas durante tan largos años de desprecios y de amargura a que había sido sometida por su real esposo.

—Nos acompañan el duque de Some, el conde de…

El rey Francisco fue presentando al emperador a toda la constelación de nobles y damas que se congregaban a su alrededor, alineados según rango y categoría en las escaleras del castillo. Allí se encontraba reunida la flor de la nobleza de Francia.

Juntos continuaron el camino hacia París, deteniéndose cada día en uno de los numerosos e imponentes castillos, donde comían, bebían y celebraban alegres fiestas.

Francisco viajaba la mayor parte del tiempo en su suntuoso carruaje, envuelto en mantas de piel, dada su debilidad, mientras que la reina Leonor lo hacía en una litera forrada con tela azul en la que se lucían estampadas en plata las flores de lis, el emblema heráldico de los Valois.

En el castillo de Amboise, sede familiar del linaje de Valois, Francisco le explicó a Carlos que en su capilla estaba enterrado el artista florentino Leonardo da Vinci, al que el rey de Francia calificó como el más grande pintor de todos los tiempos.

Durmieron en el castillo que Francisco acababa de transformar en un lujoso palacio, desde cuyas torres se contemplaba una formidable vista del valle del Loira, y mediada la tarde se aprestaron a cruzar el río.

El cielo estaba completamente cubierto de nubes grises que se fueron tornando más y más oscuras conforme avanzaba la tarde. Aquellos eran los días más cortos del año, por lo que la oscuridad cayó tan deprisa que apenas podía distinguirse una silueta a media docena de pasos de distancia.

—Estaba previsto cruzar el río esta misma tarde. Las barcas ya están preparadas, pero apenas hay visibilidad. Los barqueros, a pesar de que son expertos, tendrán muchas dificultades para alcanzar la orilla derecha del río en medio de esta negrura —comentó el capitán que dirigía la vanguardia de la comitiva.

—Podemos encender antorchas y linternas y balizar el río para que los barqueros tengan una referencia por donde cruzarlo —se le ocurrió a uno de los oficiales.

—De acuerdo. Hablaré con su majestad y, si lo autoriza, eso es lo que haremos.

Con el beneplácito de Francisco, que ansiaba llegar cuanto antes a París, se encendieron unas lámparas que se alimentaron con aceite procedente de grasa de cerdo. El oficial al mando quiso impresionar a los miembros de la comitiva y ordenó que se llenaran decenas de linternas, candiles y grandes cuencos de aceite, se colocaran en las barcas y se encendieran para iluminar el curso del río.

Cuando se consideró que el cauce estaba lo suficientemente iluminado, los reyes subieron a una barca y comenzaron a cruzar el Loira.

No habían llegado siquiera a la mitad cuando comenzó a soplar un fuerte viento del sur que avivó las llamas de los faroles y derramó parte del aceite sobre las cubiertas de algunas de las barcas, que empezaron a arder en medio de la corriente.

Lo que comenzó siendo una buena idea para alumbrar el paso del río se convirtió en unos instantes en un verdadero infierno de fuego y de humo. La barca en la que iban los dos reyes quedó de pronto envuelta en una nube de humo tan denso y negruzco que apenas permitía respirar a sus ocupantes.

Desorientados, nerviosos y casi a ciegas por la humareda, varios tripulantes se lanzaron al agua para librarse de aquel sofoco que estaba a punto de asfixiarlos a todos. Algunos se ahogaron en las frías aguas.

Carlos supo guardar la calma, no en vano se había encontrado en situaciones mucho más complicadas y peligrosas que aquella, e indicó al barquero que ordenara a sus hombres remar

corriente abajo, en diagonal hacia la orilla derecha.

Cuando lograron desembarcar, todos cuantos se habían mantenido sobre la barca real tosían a causa del humo inhalado y se frotaban los ojos, irritados y casi ciegos por el humo.

Sobre la orilla, acompañado por media docena de hombres que portaban antorchas, apareció Pablo Losantos.

—Majestad, majestad, ¿dónde estáis, don Carlos? —gritó el médico.

—Aquí, aquí —gritó el emperador, que alzó el brazo para que lo localizaran entre cuantos estaban agachados o arrodillados intentando librarse del humo.

—Que todo el mundo se lave los ojos con agua, con abundante agua —gritó Losantos—. Vos también, señor —le dijo a Carlos.

Uno a uno, Pablo Losantos fue atendiendo a los afectados, que seguían tosiendo y frotándose los ojos.

Resuelto el paso del Loira, entraron en la ciudad de Orleans, quizá la más risueña de Francia, bajo unos efímeros arcos triunfales. En la plaza Mayor se celebró un animado torneo, tras el cual el rey Francisco ofreció un magnífico banquete, precedido de unas salvas de artillería y volteo de las campanas de todas las iglesias. En reconocimiento y homenaje al emperador, varios presos fueron liberados como medida extraordinaria de gracia.

Precisamente en Orleans recibió Carlos de Austria una carta procedente de Francisco de los Cobos en la que le comunicaba que en Castilla se había desatado una hambruna que había propiciado la proliferación de enfermedades como la modorra, la calentura y la pestilencia, lo que estaba causando numerosos muertos en varias ciudades y aldeas.

Pasaron las navidades en Fontainebleau, en un palacio que parecía sacado de una de esas delicadas miniaturas de los libros de horas, y por fin avistaron el curso del río Sena y, a lo lejos, el caserío de París.

París, 1 de enero de 1540

Desde la abadía de San Antonio de los Campos, donde se habían detenido para comer, se veía buena parte de la extensión de la ciudad de París, en medio del fértil valle del Sena, con sus altas torres elevándose destacadas sobre un abigarrado caserío de tejados rojos y grises.

Se aproximaron a la villa por la vieja calzada que atravesaba las suaves colinas plantadas de viñas y contemplaron la populosa ciudad, que no cesaba de crecer en torno a la isla en medio del río Sena, donde se alzaban el palacio real, la Santa Capilla y la catedral de Nuestra Señora.

Los parisinos, aleccionados por agentes del rey don Francisco, se echaron a las calles para recibir al emperador. Las damas más distinguidas no bajaron a la calzada para no mezclarse con la plebe, pero se asomaron a las ventanas de sus palacios vestidas con sus mejores trajes. No había en Europa mujeres más elegantes que las parisinas cuando se engalanaban como solo ellas sabían hacerlo.

Carlos de Austria montaba un caballo blanco y cabalgaba bajo un enorme palio dorado, entre los dos hijos del rey de Francia, uno vestido de plata y otro de oro. El emperador mantenía el luto por la muerte de Isabel y seguía vistiendo todo de negro, incluso el sombrero de piel, sin lucir otra joya que el magnífico collar de la Orden del Toisón de Oro, que colgaba de su cuello en señal de su cargo como gran maestre. Delante del palio cabalgaban el duque de Alba, el canciller Granvela y dos cardenales, y tras el palio otros seis cardenales, nobles y cuatrocientos arqueros.

El rey de Francia, aunque bastante recuperado de su enfermedad, aún tenía dificultades para caminar; estaba asomado a una ventana junto a la puerta de San Dionís y su esposa la reina Leonor en otra.

Entre efímeros arcos triunfales, el cortejo avanzó por las calles de París hasta la puerta de la catedral de Nuestra Señora, construida en el viejo estilo que ya no gustaba a casi nadie, pero que confería al templo un aire de misterio inigualable. Allí, entre sus esbeltos pilares de piedra y sus enormes ventanas cerradas con vidrieras de colores, escucharon una misa solemne bajo las bóvedas nervadas.

Luego se dirigieron al palacio real, donde se sirvió una cena de gala a la que asistieron el emperador, el rey Francisco y su esposa Leonor, los dos príncipes, todos los pares y los más destacados nobles de Francia y los miembros del Parlamento, sentados en estricto orden según su categoría.

Acabada la cena en el gran salón, se bailaron danzas moriscas en honor del emperador y pasada la media noche se retiraron a sus habitaciones.

Antes de acostarse, Carlos visitó a Leonor. La reina de Francia nunca dormía con su esposo, que seguía despreciándola.

—Hermano, sé cuánto amabas a Isabel y el enorme vacío que su muerte ha dejado en tu corazón. Yo también la quise mucho; era mi cuñada y mi prima y sé que supo comportarse como la mejor de las esposas y madres. Pero la tristeza que invade tu alma debe acabar. ¿Has pensado en volver a casarte? —le preguntó Leonor.

—Ninguna mujer podrá llenar nunca el vacío que ha dejado Isabel en mi corazón y en mi cabeza —repuso Carlos con rotundidad.

—Ya sé que ninguna mujer te hará olvidarla, pero tal vez una buena esposa te consuele cuando des por acabado el tiempo de duelo.

—Hermana, sabes que tuve varias amantes antes de contraer matrimonio. Amé a algunas bellas damas de la corte de Flandes cuando era poco más que un adolescente y tuve hijos con ellas, a los que reconocí. Visité en muchas ocasiones la cama de doña Germana, la esposa de nuestro abuelo don Fernando el Católico, y me dio a Isabel, una hija a la que nunca reconocí, y por ello doña Germana siempre me lo reprochó, hasta el mismo día de su muerte. Pero ¡cómo podía hacerlo! ¡Cómo podía reconocer que yo, el rey de las Españas, el futuro emperador de Alemania, había dejado embarazada a mi propia abuela! De haberlo hecho, se hubiera desencadenado un gran escándalo en España y se habría comentado en todas las cortes de Europa que Carlos de Austria no respetaba ni a su propia abuela. No, no deseo volver a casarme. No lo haré nunca. No habrá en mi vida otra esposa que Isabel.

—¿Y tampoco quieres que otra mujer te acompañe en tu cama? Tienes cuarenta años, todavía eres un hombre fuerte y con energía, y un hombre necesita… ¿No echas de menos que algunas noches una hermosa mujer duerma a tu lado?

—Isabel colmaba todos mis deseos. Mientras estuve casado con ella no conocí a ninguna otra mujer.

—Los reyes sois los únicos hombres a los que la Iglesia consiente que cometáis adulterio sin condenaros por ese pecado. Si yo cayera en el error de tener un amante, acabaría condenada por adulterio y alta traición, y tal vez sería ejecutada, como le ha ocurrido a alguna de las esposas del rey Enrique de Inglaterra, pero mi esposo el rey Francisco, que hace años que no me ha tocado un solo cabello, mantiene varias amantes de manera pública. Hasta hace poco se paseaba del brazo de Francisca de Foix, condesa de Chateaubriand, a la que trataba como a una esposa legítima, y ahora lo hace con Ana de Pisseleu, a la que ha convertido en su nueva favorita.

—Sé que Francisco no te ha hecho feliz, pero…

—No, hermano, no importa. Sé que tuve que casarme con él para defender tus intereses y los de nuestra familia. Siempre he hecho lo mejor para la grandeza y el triunfo del linaje de Habsburgo. Cuando me ordenaste que me casara con el rey Manuel de Portugal no lo dudé. Entonces yo tenía veinte años y era una joven hermosa. Él había cumplido los cincuenta y era un hombre decrépito y consumido por los abusos cometidos con sus dos anteriores esposas, nuestras tías María e Isabel. ¿Acaso crees que me gustaba ese hombre, un ser lascivo y vicioso? No, hermano, no, pero accedí a que me montara como un garañón a una yegua, y tuve dos hijos con él. Mi pequeño Carlos, al que puse tu nombre, que murió a los pocos meses de nacer, y María, mi querida María, de la que me tuve que separar a los seis meses de su nacimiento y a la que no he vuelto a ver desde entonces.

Los ojos de Leonor se humedecieron al recordar que su hija María se había quedado en Portugal cuando ella se marchó de ese reino a la muerte del rey Manuel y la subida al trono del rey Juan, que era a la vez su hijastro y su primo.

—Si así lo deseas, le pediré a don Juan que deje salir de Portugal a María para que se pueda reunir contigo —dijo Carlos.

—Mi hija ya tiene diecinueve años. La última vez que la vi todavía dormía en una cuna, pero ¿sabes?, hermano, estoy segura de que si me la encontrara cara a cara no tendría dudas en reconocerla.

—Sí, dicen que una madre es capaz de identificar a un hijo aunque haya pasado mucho tiempo sin estar juntos.

—Hermano, sé que hace unos años te encontraste con una hija que tuviste siendo muy joven con una bella dama italiana. ¿La reconociste al estar ante ella?

—Tadea. Se llama Tadea. Esa muchacha fue fruto de un encuentro amoroso que tuve con doña Ursolina della Penna antes de casarme con Isabel. Era una dama muy hermosa, delicada como una flor y elegante como un cisne, tanto que la llamaban la Bella de Perugia. Vino a Bruselas acompañando a su esposo, un mercader italiano que hacía negocios con los comerciantes de paños de Flandes. Supongo que no quiso dejarla sola en Italia, pues a la vista de su formidable belleza cualquier hombre hubiera querido hacerla suya en ausencia del marido. Aquel comerciante murió durante ese viaje y yo me rendí a los encantos de la joven viuda. Ursolina murió al poco tiempo; me dijeron que tal vez la habían envenenado. Lo sentí. Pero no abandoné a su suerte a mi hija ni dejé de interesarme por aquella niña. Dispuse que atendieran a su educación como correspondía a la hija de un emperador. Cuando la visité en Bolonia, Tadea tenía trece años. Pronto cumplirá los dieciocho. Es tan hermosa como lo era su madre.

—Todavía no la has reconocido como hija natural tuya.

—Y no lo haré. Pero sigo pendiente de cuanto le acontece. Acaba de acordar su matrimonio y he ordenado que le envíen tres mil escudos de oro como dote y regalo de boda, y eso a pesar de que se ha comprometido sin pedirme permiso.

—No lo necesita; legalmente no eres su padre, al menos hasta que no la reconozcas como hija. Pero, en cambio, sí que has reconocido a Margarita…

—Sí, Margarita, es una muchacha extraordinaria, por lo que sé de ella. Su madre, doña Juana van der Gheynst, fue la primera mujer a la que amé después de a doña Germana.

—En verdad lo es. Y en buena parte se debe a que la ha educado nuestra tía Margarita en su corte de Malinas y lo ha hecho como si fuera su propia hija.

—También se casó, hace cinco años, con Alejandro de Médici, el duque de Florencia, al que llamaban el Moro por el color de su piel, pues su madre fue una esclava nubia, tan negra

como la noche, según se dice.

—¡Ah!, sí, recuerdo que ese hombre fue brutalmente asesinado por unos sicarios —dijo Leonor.

—Así fue. Una vez viuda, Margarita fue requerida como esposa por Cosme, otro miembro de esa intrigante familia de los Médici. Pero yo me opuse a esa boda y le busqué como marido a Octavio Farnesio.

Carlos había utilizado a Margarita de Parma, su hija natural y de la dama flamenca Juana van der Gheynst, como una pieza más en su estrategia política. Ese matrimonio tenía como finalidad ganarse la alianza del papa Paulo III, pues el novio era su nieto. Margarita, que se opuso en vano a casarse con Octavio, se presentó ante el altar vestida de luto por la muerte de su primer esposo, y cuando el sacerdote le preguntó que si quería a Octavio de Farnesio como legítimo esposo, ni siquiera pronunció la palabra «sí»; sus labios permanecieron cerrados y se limitó a asentir con un leve gesto de aceptación con la cabeza.

—Hermana, te agradezco cuanto has hecho y sigues haciendo por esta familia.

—A las mujeres Habsburgo nos han educado para eso; es lo que debemos hacer y lo hacemos bien. Y ahora, si me lo permites, querido hermano, deseo retirarme a descansar. Con tanto trajín se me han hinchado las piernas. Necesito tumbarme.

—Claro, hermana. Pero mañana visitaremos la Santa Capilla; me lo has prometido.

Aquella noche, Carlos durmió en unos aposentos del palacio real cuyas ventanas de vidrios emplomados daban al río Sena.

París, 2 de enero de 1540

Aquella mañana caía sobre París una débil nevisca que no cuajaba sobre el suelo, ni siquiera sobre los tejados. La reina Leonor había preparado una misa y una visita a la Santa Capilla, la iglesia de dos plantas que muchos estimaban como la más bella del mundo, a pesar de estar construida en el viejo estilo que muchos artistas consideraban propio del gusto de los bárbaros.

El emperador y su hermana Leonor, acompañados de una pequeña comitiva y una escolta de varias docenas de guardias españoles, atravesaron andando el patio que separaba el palacio real del templo.

—Hoy no luce el sol; no veremos las vidrieras en todo su esplendor —lamentó Leonor.

—Hermoso edificio —comentó Carlos a la vista de la Santa Capilla.

—Lo mandó construir el rey San Luis hace trescientos años. ¿Sabes, hermano, que ese rey era hijo de la princesa Blanca de Castilla?

—Sí, lo he leído en los libros de historia. Doña Blanca fue hija del rey don Alfonso, el vencedor en la batalla de las Navas de Tolosa. De modo que San Luis y nuestro rey don Fernando, el conquistador de Córdoba y de Sevilla, eran primos hermanos.

—Pues don Fernando también debería ser santo, por cuanto de bien hizo en favor de la cristiandad.

—Tal vez algún día lo sea —auguró el emperador.

La comitiva entró en la planta inferior de la Santa Capilla.

—¿Qué te parece, hermano?

—El color azul de esa pintura es muy hermoso; me recuerda a los tonos del cielo de Castilla.

—Dicen algunos que el cielo azul de Castilla es el más hermoso del mundo —indicó doña Leonor.

—Lo es. El de Burgos lo es.

—Mira, hay dos tipos de columnas: las azules presentan la flor de lis, el símbolo de los reyes de Francia, pero las rojas lucen un castillo en recuerdo de la reina doña Blanca de Castilla, nuestra antepasada, que fue reina de Francia y madre del rey San Luis.

—Una gran reina —comentó el emperador.

—Aquí están depositadas las más sagradas reliquias de la cristiandad —dijo Leonor—. He ordenado que nos las muestren.

Los dos hermanos se inclinaron ante el arca que guardaba los objetos de la pasión de Cristo, que San Luis había comprado al emperador Balduino de Constantinopla por una fabulosa suma de dinero.

Leonor y Carlos se arrodillaron ante las reliquias sobre dos cojines de terciopelo azul que se habían dispuesto para la ocasión, se persignaron y rezaron un padrenuestro.

—¿Son las verdaderas? —preguntó Carlos.

—Las mismas que resultaron teñidas con la sangre de nuestro señor Jesucristo a la hora de su muerte. Ahora las verás.

Un sacerdote vestido con una dalmática azul bordada con estrellas de hilo de oro tomó un hisopo y asperjó con agua bendita el suelo, luego cogió un incensario y difundió por el aire el humo de incienso antes de abrir la arqueta y mostrar su contenido. Allí estaban un pedazo de la cruz, la corona de espinas, la punta de hierro de la santa lanza, la esponja y los tres clavos.

Durante unos minutos los dos hermanos permanecieron en silencio y de rodillas, venerando con sincera devoción los sagrados objetos de la Pasión de Cristo.

El presbítero entonó una oración, bendijo las reliquias con la señal de la cruz trazada en el aire con su mano derecha, volvió a cerrar la arqueta y la colocó en su lugar. Antes de retirarse bendijo a los presentes y les deseó la paz en latín.

Vistas las reliquias, visitaron la planta superior de la Santa Capilla. Este espacio era mucho más amplio y luminoso. La piedra de las paredes había sido sustituida por estilizadas vidrieras de colores en las que se representaban escenas que se narraban en varios relatos del Antiguo Testamento.

—Ese es el rey David y ese otro su hijo Salomón —indicó Leonor señalando sendas figuras en las vidrieras—. Me han dicho que a ti y a tu hijo Felipe os han comparado con esos dos reyes de Israel en algunas ceremonias.

—Sí, y también con Atlas y Hércules. Son tan bellas como las vidrieras de las catedrales de España.

—Claro, muchas de ellas las hicieron maestros llegados de aquí, de Francia.

—¿Sabes, hermana?, este estilo va siendo relegado por el nuevo arte que llega de Italia. Son pocos los arquitectos que construyen ahora en este viejo estilo, salvo en los reinos de España, donde sigue siendo el más apreciado.

—Pues no debería abandonarse. A mí me gusta y creo que estas iglesias reúnen el ambiente más propicio para adorar a Dios y alabar su obra —alegó Leonor.

—Pero es un estilo antiguo. Los nuevos tiempos requieren de un arte nuevo —asentó Carlos.

Pasearon bajo las bóvedas azules pintadas con estrellas doradas, admirando las escenas fijadas en vidrio.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Leonor.

—Es una obra admirable. Más que una iglesia parece un gigantesco relicario.

—Lo es. Se concibió como tal para guardar las reliquias de la Pasión de Cristo. Dicen que el rey San Luis pagó más dinero por las reliquias que por la construcción de esta capilla.

—Hermana… —Carlos hizo una señal a los miembros de la comitiva para que no siguieran adelante y se alejó unos pasos para hablar a solas con Leonor.

—Dime.

—No eres feliz —afirmó Carlos en voz baja para que nadie pudiera escucharlo.

—Sabes que no. Ya te comenté que mi esposo el rey Francisco no me ama, nunca me ha amado. En verdad los sentimientos de Francisco nunca me importaron demasiado, aunque sí me molesta que me desprecie y me humille. —Leonor dibujó una mueca de amargura.

—Todavía eres una mujer hermosa.

—No mientas, hermano. Lo fui hace tiempo. Mis piernas y mi vientre se han hinchado con el paso de los años. Como mujer, no soy capaz de atraer a mi esposo a mi cama. Hace mucho tiempo que no visita mi alcoba. Prefiere pasar las noches con sus amantes, sobre todo con esa Ana de Pisseleu, como te dije anoche; pero intuyo que pronto la cambiará por otra más joven. Sé que mi esposo anda cortejando a Ana de Heilly, una de mis damas de honor. Supongo que pronto la llevará a su cama.

—Échalas de tu corte, a todas —le propuso Carlos.

—No puedo. El rey no me deja hacerlo. Además, ya la ha nombrado aya de los hijos que tuvo con su primera esposa la reina Claudia, gracias a cuyo matrimonio Francisco logró convertirse en rey.

—Sí, conozco a esos dos muchachos. Me han acompañado a lo largo de toda mi travesía por Francia. Carlos es alegre y bromista, pero Enrique, el delfín, se muestra serio y en ocasiones incluso huraño.

—Recuerda que pasó cinco años de su juventud encerrado en varias prisiones de Castilla como garantía por la liberación de su padre —comentó Leonor, que no dijo que ella también se sentía rehén al haber tenido que casarse con el rey Francisco por cuestiones de intereses políticos de su hermano el emperador.

Acabada la conversación entre los dos hermanos, se celebró la misa.

París, 3 de enero de 1540

El emperador se trasladó con su comitiva al palacio del Louvre, en la orilla derecha del río Sena, aguas abajo de la isla de la Cité. Pablo Losantos le pidió permiso para ir a visitar a su hijo Luis, que hacía ya cuatro meses que residía en París, en cuya universidad estudiaba medicina y astrología.

El médico se dirigió al colegio de Montaigu, al que todos conocían como el de los Lombardos. Era una residencia austera y húmeda donde se hospedaban estudiantes de toda Europa, pero sobre todo los procedentes del norte de Italia y de España.

Pablo tuvo que esperar poco más de una hora a que llegara su hijo, que había asistido a una clase de astronomía sobre el movimiento de los astros errantes.

—¡Padre! —Luis corrió al encuentro de Pablo en cuanto lo vio y ambos se abrazaron con fuerza.

—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. Cuando me llegó tu carta anunciando que venías a París con el emperador agradecí que don Carlos eligiera esta ruta para su viaje a Flandes.

—¡Vaya!, te encuentro más delgado, hijo. ¿Comes bien?

—Sí, padre, sí. París es más caro que Salamanca, pero aquí se come muy bien; quizá demasiada mantequilla en los guisos, pero la comida es muy sabrosa y abundante.

—Entonces, ¿por qué estás tan delgado?

—Tal vez por las muchas horas de estudio, supongo.

—A tu madre le hubiera gustado tanto abrazarte…

—Cuando me comunicaste su muerte, lloré desconsolado. Todavía lo hago algunas noches; su recuerdo apenas me deja dormir.

—Nada pude hacer por ella, nada —se lamentó con amargura el médico Pablo Losantos.

»¿Avanzas en tus estudios? —demandó Pablo a su hijo, cambiando de tema para no abundar en la tristeza por volver a recordar a su esposa muerta.

—Claro que sí. En París están los mejores maestros del mundo.

—Serás un gran médico, el mejor de nuestra familia.

—Padre…, me gusta mucho la medicina, ya lo sabes, pero, como te dije en Valladolid, quiero acabar los estudios de astrología.

—No corren buenos tiempos para estudiar las estrellas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Luis.

—Hace algunos años todos los reyes, e incluso los papas, consultaban a astrólogos antes de tomar cualquier decisión trascendente. El abuelo del emperador, el rey don Fernando el Católico, lo hizo en varias ocasiones y recurrió a afamados astrólogos para que elaboraran un pronóstico judiciario a partir del cual tomar decisiones. Como ya sabes, estando en Nápoles recibió a Basurto, el más famoso astrólogo de su tiempo, para un pronóstico judiciario por el que pagó un buen dinero.

—¿Qué pronóstico?

—Se trataba de una consulta sobre la conveniencia de acudir o no a una entrevista con el papa. Basurto la desaconsejó y don Fernando no acudió a esa cita en Roma.

—¡Vaya!, sí que era importante.

—Pero ahora las cosas están cambiando. En aquellos años no había estallado la Reforma protestante y la única inquietud que tenía la Iglesia era la actitud de los judaizantes y de algunos herejes irrelevantes. Pero desde que el monje Lutero renegó de Roma y el rey Enrique de Inglaterra decidió romper la obediencia de su Iglesia al papa, el Vaticano recela de todo aquel que no se ajusta a su doctrina. Y creo que todo esto va a ir a peor, a mucho peor.

—Padre, el mundo está cambiando y va a hacerlo más y más deprisa en los próximos años. El cielo ya no se contempla como antes. Escucha. Acabo de asistir a una clase en la que uno de los maestros más prestigiosos de la universidad nos ha hablado de las teorías de Nicolás Copérnico.

—¿Copérnico? ¿Quién es Copérnico? —preguntó Pablo Losantos.

—Un astrónomo polaco que estuvo hace años dando clases en Roma y aquí en París. Ahora vive en su país natal, donde sigue con sus estudios sobre el cielo, los astros y las estrellas.

—¿Y qué teoría es esa?

—Copérnico sostiene, y lo ha demostrado con sus grandes conocimientos matemáticos y sus precisas observaciones astronómicas, que el Sol es el centro del universo y que es la Tierra la que se mueve y gira a su alrededor.

—Eso es una herejía —asentó Pablo.

—En Roma conocen esta nueva forma de entender el universo. Hace muchos años Copérnico presentó sus trabajos al papa León X, pero no le hizo caso. Veinte años más tarde el

papa Clemente VII y sus cardenales recibieron un nuevo informe que escucharon con enorme interés y no lo condenaron.

—El papa Clemente era un pusilánime que temblaba de miedo ante cualquier problema, pero el actual, Pablo, no consentirá que se difundan esas tesis.

—El maestro nos ha explicado esta mañana que Copérnico ha avanzado mucho en sus investigaciones y que está a punto de publicar un libro con todas ellas. Cuando esa obra vea la luz no quedará ninguna duda de que el Sol es el centro y la Tierra es la que se mueve a su alrededor.

—¿Qué más herejías te han explicado hoy?

—Mi maestro fue compañero de Copérnico y nos ha resumido sus principales fundamentos. El polaco sostiene que los movimientos de los cuerpos celestes con circulares y se atienen a ciclos regulares; el universo es enorme y su centro está cerca del Sol; Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno, los cinco astros errantes, giran en órbitas regulares a su alrededor; las estrellas fijas no se mueven y, por tanto, no orbitan alrededor del Sol; la Tierra se traslada y gira en torno a un eje inclinado una vez cada día y además en torno al Sol una vez cada año; las estrellas fijas están muy lejos del Sol, y más allá de los astros.

—Pero si se mueven… Durante la noche cambian de posición; cada día del año el cielo es diferente.

—No. Eso es lo que parece a simple vista, porque la que se mueve es la Tierra, que tiene tres tipos de movimientos: rotación diaria, revolución anual y una inclinación con respecto a su eje; por eso hay estaciones y cambios en el tiempo.

—Ese Copérnico está equivocado. Cualquiera puede observar a simple vista que es el Sol el que se mueve en torno a la Tierra. Todos los sabios de la Antigüedad, Platón, Aristóteles y Ptolomeo, así lo escribieron.

—Todos no, padre; todos no. Hace mil ochocientos años, Aristarco de Samos, un sabio de Grecia, ya escribió un tratado en el que señaló al Sol como el centro del universo.

—No conozco a ese Aristarco y nunca he oído hablar de ese libro.

—No queda ninguna copia, pero se sabe que sí existió. Aristarco de Samos fue un ilustre matemático y geómetra que pasó muchos años observando el cielo y estudiando los códices y los rollos de la gran biblioteca de Alejandría, donde se guardaba todo el saber del mundo hasta que ardió y toda esa sabiduría atesorada durante siglos quedó reducida a cenizas.

—Ten cuidado, hijo. Guárdate de difundir y comentar esas teorías; van en contra de la opinión de la Iglesia y podrían acusarte de hereje. Aunque tú naciste cuando yo ya era cristiano y no estás circuncidado, recuerda siempre que eres nieto e hijo de judíos conversos y que la Inquisición vigila con mil pares de ojos a todos aquellos que tenemos en nuestras venas sangre hebrea.

—Padre, conozco la historia de nuestra familia, me la has contado varias veces, y sé qué pasaría si cayera en prácticas judaizantes; pero Copérnico tiene razón.

—Mis ojos no lo ven así. Y además, las Sagradas Escrituras más antiguas, que son las mismas para judíos y cristianos, dicen que Josué, ante los muros de Jericó, le ordenó al Sol que se detuviera. La Biblia es la palabra de Dios, luego el Sol es el que se mueve.

—No, padre, no. Mi maestro estuvo en Polonia el pasado verano visitando a Copérnico en su ciudad natal, donde ha vuelto a residir desde hace algún tiempo. Allí van a verlo algunos astrónomos y matemáticos, y todos cuantos han hablado con Copérnico vuelven convencidos de que dice la verdad. Lo demuestra en un libro que ha escrito durante más de veinticinco años.

—¿Tienes un ejemplar de ese libro?

—Todavía no se ha impreso. Mi maestro animó a Copérnico a que lo hiciera, pero el astrónomo polaco alberga dudas; sabe que la Iglesia no aceptará su descubrimiento y que tendría muchos problemas.

—Pues aprende de ese polaco y haz tú lo mismo: evita los problemas y olvídate de esas ideas. Conviértete en un buen médico, busca una esposa y ten con ella muchos hijos.

—Padre, padre. —Luis abrazó a su progenitor.

—Hazme caso, hijo, hazme caso. No soportaría que la Inquisición te persiguiera por hereje y acabara encerrándote o, peor aún, condenándote a muerte. Ya sufrí bastante cuando ejecutaron a tu tío Juan en Toledo. No puedes imaginar lo que tus abuelos padecieron con la muerte de mi hermano. Si te ocurriera a ti algo similar, yo no podría soportarlo.

—Tendré cuidado, padre; estate tranquilo.

—Soy médico del emperador, pero no podría salvarte de las mandíbulas de la Inquisición. Nadie puede librarse de esos perros cuando muerden una presa y se niegan a soltarla.

—¿Hasta cuándo te quedarás en París?

—El emperador tiene prisa por llegar a Flandes y acabar con la revuelta de los ciudadanos de Gante. Supongo que no estaremos aquí más de una semana.

—En ese caso, todavía tenemos unos días por delante para hablar.

Durante aquellas jornadas en París, los dos Losantos aprovecharon el tiempo para estar juntos y hablar de muchas cosas. Pablo Losantos intentó convencer a su hijo para que se olvidara de la astrología y se centrara en sus estudios de medicina, pero fue en vano. El joven Luis estaba apasionado con el cielo y cada noche, si no había nubes que lo impidieran, subía a la azotea del colegio donde residía y pasaba horas y horas mirando el cielo estrellado y tomando notas en un cuaderno, a veces hasta que el frío del invierno lo obligaba a retirarse, casi al amanecer.

Bruselas, 29 de enero de 1540

El día 7 de enero, pasada la festividad de los Reyes Magos, la comitiva de Carlos de Austria abandonó París. Pablo Losantos se despidió de su hijo y le rogó, una vez más, que tuviera mucho cuidado y evitara cualquier tipo de problemas con la Iglesia.

Desde París se dirigieron hacia el norte, a la cercana abadía de Saint-Denis, a la entrada de cuya iglesia aguardaban los hijos del rey de Francia para acompañarlos hasta la frontera con Flandes. Con el emperador iba su hermana la reina Leonor, que ardía en deseos de salir de París y dejar, siquiera por unos días, el palacio real, donde se sentía más una prisionera que su reina.

Apenas se detuvieron un par de jornadas en Chantilly y luego en San Quintín, donde Leonor se despidió de su hermano con grandes muestras de pena y regresó a París. Los dos príncipes y varios nobles y caballeros, hasta un número cercano a los mil, continuaron escoltando a Carlos.

En Valenciennes, la última ciudad francesa antes de la frontera con Flandes, lo esperaba su hermana María, gobernadora de los Países Bajos, a la que todos seguían llamando reina de Hungría, con un nutrido grupo de caballeros vestidos con ropajes de intensos colores.

Cinco días permanecieron en ese lugar disfrutando de estupendos banquetes, presenciando torneos y participando en diversos juegos. Por fin, los hijos del rey y los nobles de Francia se despidieron del emperador entre grandes abrazos y parabienes. La comitiva imperial entró en Flandes por la ciudad de Mons.

Durante las semanas que había durado aquel viaje desde España, el emperador no había dejado un solo día de oír misa y de dedicar dos horas por la mañana y otras dos por la noche, e hincado de rodillas en la más humilde de las posiciones, a rezar a Dios y rogarle que le

concediera a él y a toda su familia las más abundantes dichas y los librara de cualquier peligro y amenaza.

—¡Bruselas, Flandes, por fin! —exclamó Carlos a la vista del palacio de Coudenberg.

—Nuestro verdadero hogar —le dijo María, que cabalgaba al lado de su hermano tras el portaestandarte que enarbolaba el guion con todos los emblemas y símbolos de las posesiones territoriales de la casa de Austria—. He dejado todo dispuesto para que descanses de tan largo viaje.

—Solo una semana y media. Partiré hacia Gante pasados esos diez días —asentó el emperador con gesto serio.

—La rebelión de los de Gante ha sido muy grave, pero debes obrar con justicia, hermano. Es la ciudad que te vio nacer.

—Precisamente por eso tengo que ser más duro con ella que con ninguna otra. Los ciudadanos de Gante han desobedecido tus órdenes, se han rebelado contra mí y nos han traicionado a ambos. Merecen un castigo ejemplar.

»Además, necesitamos dinero de forma urgente. ¿Sabes cuánto ha costado este viaje? —le preguntó el emperador a su hermana.

—Supongo que mucho dinero.

—Antes de salir de Mons me dijo el secretario del tesoro que hemos gastado unos cien mil ducados.

—¡Cien mil! —se sorprendió María de Austria y Hungría.

—Sí. Una gran suma, y te juro que la van a pagar esas gentes de Gante. Me lo deben.

—¿Y si se niegan? Ya lo han hecho con los impuestos que les impuse el año pasado. Pueden volver a hacerlo.

—Si se empecinan en no pagar y siguen adelante con su traición, arrasaré esa ciudad hasta acabar con la última piedra de sus cimientos.

—Iré contigo.

—Sí, es preciso que nos vean juntos. La familia debe estar unida ante cualquier reto y enemigo. Ahí radica nuestra fuerza.

»Mañana daré orden al virrey de Sicilia para que prepare un ejército de cinco mil hombres. Nos presentaremos al frente de esas tropas ante las puertas de Gante. Y espero por el bien de sus ciudadanos que las abran y que no ofrezcan resistencia alguna, o se arrepentirán.

Gante, febrero de 1540

Tras escuchar a su hermano, María temió que su venganza recayera de manera indiscriminada sobre toda la población de Gante. Para evitar un asalto a la ciudad, envió a un mensajero para que informara a los que la gobernaban que el emperador estaba dispuesto a aplicar toda la fuerza necesaria para aplastar cualquier movimiento si se producía el menor conato de resistencia.

Asustados ante el poderoso ejército que se les venía encima, compuesto sobre todo por mercenarios alemanes que carecían de escrúpulos, las autoridades locales se amedrentaron y abrieron las puertas al ejército imperial sin ofrecer resistencia. Los cinco mil mercenarios alemanes, bien pertrechados con arcabuces, picas y espadas, entraron en Gante desfilando con la ostentación del pavo real cuando despliega como un abanico las plumas de su cola para iniciar el cortejo. Fuera de la ciudad quedaron acampados otros siete mil soldados.

El emperador ordenó que se pusieran guardias y centinelas de día y de noche en todas las puertas de la ciudad y que no se permitiera salir a nadie.

—Han sido sensatos —comentó Carlos a su hermana ante la nula oposición de la población de Gante, mientras entraban en la ciudad sobre sus caballos engualdrapados con los colores de la dinastía de Habsburgo.

—¿Serás misericordioso?

—Seré justo —asentó Carlos—. Pasado mañana comenzarán los juicios contra los rebeldes.

—¿Los castigarás con dureza?

—Seré justo —repitió.

María asintió.

Ella había recibido las mayores ofensas por parte de los rebeldes de Gante. A ella le habían cuestionado la autoridad que tenía delegada de su hermano como virreina de los Países Bajos. Ella había sido la humillada cuando la acusaron de ladrona y de quedarse con parte de los impuestos recaudados. Era María de Austria y Hungría quien tenía más razones que nadie para odiar a aquellas gentes y condenarlas a un duro castigo, pero a pesar de todo procuró aminorar las culpas de los rebeldes ante su hermano.

La justicia fue inclemente. El día 17 de febrero comenzaron los juicios contra los cabecillas de la rebelión, que resultaron condenados a muerte uno a uno. Sus casas fueron derribadas y sobre el solar resultante se ordenó levantar un castillo que simbolizara el poder del emperador, para que cada vez que los de Gante lo vieran recordaran quién era su señor y a quién debían obediencia.

—Gante perderá todos sus privilegios y libertades —anunció el emperador—. Desde el día de hoy esta ciudad y su concejo dejan de tener escudo, bandera y símbolos propios. Abomino de esta raza de víboras, de este nido de traidores.

—Carlos, hermano, sé clemente, te lo ruego —le suplicó su hermana.

—Voy a proponer al rey Francisco de Francia que celebremos el matrimonio de mi hija María con su hijo Carlos de Angulema. Con ello asentaremos y reforzaremos la amistad recién sellada y firmaremos una sólida alianza. Si don Francisco acepta, cederé a Francia el dominio de los Países Bajos, el Franco Condado y el Chalorais, y le pediré a cambio que se olvide para siempre de Italia.

—¡Qué! Esos son los dominios patrimoniales de nuestros padres y la tierra que nos vio nacer —dijo sorprendida la gobernadora de los Países Bajos ante aquella drástica decisión de su hermano.

—Aquí, en la tierra que me vio nacer, no he tenido otra cosa que problemas, problemas y más problemas. Será la mejor manera de acabar con esto.

—El rey de Francia no accederá a ese trato. Sabes bien, querido hermano, que lo que desea don Francisco es el ducado de Milán. Nunca renunciará al Milanesado por Flandes.

—Lo que pretendo es sellar un acuerdo permanente con Francia. Los turcos nos están derrotando en el Mediterráneo. El pasado verano destruyeron un tercio entero en Castelnuovo. Allí cayeron tres mil de los mejores hombres de nuestro ejército. Con Francia amenazando nuestras espaldas, no puedo enfrentarme a los turcos con seguridad. Necesito la paz con Francisco, la necesito.

»Voy a trazar una red de alianzas mediante el acuerdo de matrimonios. Nuestros abuelos Maximiliano y Fernando me enseñaron que se pueden ganar reinos y tierras mediante el acuerdo y el pacto, y de modo más barato y rápido que con la guerra y las conquistas.

—Nuestros abuelos vivieron en otra época, Carlos. Los tiempos han cambiado —repuso María.

—No, no han cambiado. Todo sigue igual: Francia e Inglaterra son una amenaza, los turcos nos hacen la guerra en las fronteras del este y en las costas del Mediterráneo, y los príncipes protestantes alemanes cuestionan mi autoridad y niegan la del papa.

»Y luego están esos insensatos conquistadores en América, matándose entre ellos, ambicionando riquezas sin cuento, peleando por sus intereses particulares y no por el bien de la Corona.

Gante, abril de 1540

La reina María tenía razón. La propuesta de boda entre sus hijos fue rechazada por Francisco de Francia. Carlos volvió a dudar de aquel taimado y mentiroso rey, que siempre andaba conspirando para acabar con el poder del Imperio, usando para ello todo tipo de tretas.

—¡Maldito renegado! —Apretó contra su pecho la carta que acababa de llegar de París en la que Francisco se negaba a acordar la boda de su hijo el duque de Angulema con la hija de Carlos de Austria.

—Sabía que no aceptaría esa propuesta —bisbisó la reina de Hungría—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Le ofreceré un pacto a Barbarroja —asentó el emperador.

—¿A ese pirata? Si no te fías de la palabra de un cristiano como el rey de Francia, ¿cómo vas a hacerlo de la de un corsario sarraceno?

—A veces los piratas son más nobles que los reyes y tienen un código de honor más alto. Le ofreceré a Barbarroja el almirantazgo de la flota imperial en el Mediterráneo.

—¿Estás seguro de lo que haces? Andrea Doria es nuestro almirante.

—Y ha realizado con creces un magnífico servicio al Imperio, pero pronto cumplirá setenta y cuatro años. Si Barbarroja acepta dirigir la del Mediterráneo, Doria dirigirá la flota del Atlántico.

—¿Qué excusa vas a aducir para justificar el envío de esa propuesta a nuestro mayor enemigo?

—Diremos al papa y a los monarcas cristianos que hemos remitido una carta a los embajadores del sultán otomano para solicitar el intercambio de cautivos y la liberación de prisioneros cristianos en Argel. ¿Quién podría negarse a ello?

—Majestad. —Un secretario interrumpió la conversación.

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado el rey de romanos. Don Fernando espera ser recibido por vuestra majestad imperial.

—¡Ah!, Fernando, nuestro querido hermano. Que pase enseguida.

Instantes después entró en la sala del palacio de Prinsenhof el hermano menor de Carlos y de María, el que fuera favorito de su abuelo el rey Católico, que a punto estuvo de nombrarlo sucesor en la Corona de Aragón en contra de los derechos del primogénito.

—¡Hermano! ¡Qué alegría volver a verte! —exclamó el emperador.

—¡Hermano, hermana! —Fernando se dirigió primero a Carlos, ante el cual inclinó ligeramente la cabeza antes de abrazarlo, y luego a María, a la que besó en las mejillas.

—Siéntate, hermano. Me alegra mucho verte.

—A mí también, Carlos, pero ojalá las noticias que traigo fueran mejores.

—Dime, ¿qué ocurre?

—Los turcos están preparando la invasión de los territorios que todavía poseemos en Hungría. La victoria de Castelnuovo los ha enardecido y están dispuestos a seguir adelante hasta donde les sea posible avanzar —dijo Fernando con rostro lleno de preocupación.

—No pude hacer nada. El almirante Andrea Doria se vio bloqueado y no pudo llevar ni suministros ni tropas de ayuda a nuestros soldados en esa plaza.

—Lo sé.

—Hicimos cuanto pudimos. Creo que fue un error ocupar Castelnuovo sin haber asentado su posesión y asegurado una línea de suministros.

—Eso ya pasó. Ahora debemos reforzar la frontera del Danubio o en unos pocos meses la bandera de la media luna ondeará sobre los muros de Viena, pues si cae Viena, Alemania vendrá después, y quién sabe si llegarán hasta este mismo lugar.

Carlos se quedó taciturno. Otra vez, una más, gravísimos problemas pendían amenazantes sobre su cabeza.

Durante el mes de abril se sucedieron en Gante varios procesos en los que decenas de rebeldes fueron juzgados y ejecutados. Casi todos los días se celebraban tétricos espectáculos en los que los condenados eran colgados por el cuello en el patíbulo hasta morir a la vista de sus conciudadanos, que asistían sumidos y abatidos al cumplimiento de la implacable justicia imperial.

El día 3 de mayo los últimos reos condenados por alta traición fueron paseados por las calles de Gante en un desfile tenebroso. Vestidos con sayos negros, las cabezas descubiertas, los pies descalzos y con las sogas al cuello, cincuenta artesanos que habían secundado la revuelta y se habían negado a pagar los impuestos desfilaron desde la cárcel de la ciudad hasta las puertas del palacio de Prinsenhof.

Los agentes del emperador, tras varias semanas de ejecuciones sumarísimas, habían preparado ese desfile como culminación del proceso por el que el emperador había recuperado el control de la ciudad de Gante.

El jefe de la guardia que custodiaba a los cincuenta reos ordenó que se detuvieran delante del palacio. Una nutrida muchedumbre acompañaba a los acusados, cuyos rostros manifestaban la sensación de terror que los invadía. Sabían que muchos de sus compañeros de rebelión habían sido ejecutados y que algunos habían sufrido tormentos muy dolorosos antes de morir.

Carlos de Austria salió a la puerta del palacio tras hacer esperar algo más de una hora a la cuerda de presos. También vestía de negro, pues seguía de luto por la muerte, hacía casi un año ya, de Isabel, pero sobre su pecho lucía el collar de maestre de la Orden del Toisón de Oro y en su gorra de terciopelo brillaba un broche de oro con un gran rubí orlado de una docena de perlas.

El emperador, acompañado de sus hermanos la reina María y el rey Fernando, contempló a los condenados, alineados de dos en dos, cabizbajos, humillados, vestidos hasta los pies con unas humildes túnicas de lienzo burdo; estaban convencidos de que el momento de su muerte andaba muy próximo.

—Majestad, estos desdichados son los últimos rebeldes condenados como culpables de rebelión y traición por el tribunal. Han desobedecido las leyes del Imperio y han quebrantado los estatutos de Gante. Han sido condenados a muerte por los miembros del tribunal imperial, pero han alegado a la justicia de vuestra majestad e imploran clemencia —el presidente del tribunal,

vestido con la toga y el birrete de los jueces de Gante, anunció el motivo de la presencia de aquellos presos ante el emperador.

—¿Quién demanda clemencia? —preguntó Carlos.

El juez indicó al primero de la fila que podía hablar.

—Majestad, en nombre de los condenados, os suplico perdón —imploró aquel hombre con tono compungido y entre sollozos.

—No lo merecéis. Os levantasteis en rebeldía contra el Imperio, desobedecisteis las órdenes de doña María y conculcasteis todas las leyes y todas las ordenanzas. El castigo por semejante delito de lesa majestad es la muerte en la horca —asentó Carlos ante el silencio de la expectante multitud a la que varios centenares de soldados mantenían a distancia de las puertas del palacio.

—Os rogamos misericordia, majestad, misericordia —suplicó el portavoz de los condenados.

Carlos observó a todos aquellos desgraciados y se mantuvo en silencio durante unos minutos. Por su ademán severo parecía que iba a ratificar la condena a muerte de los cincuenta.

—Habéis cometido un gravísimo delito, el mayor de todos, y deberíais ser ejecutados por ello, pero ya ha corrido demasiada sangre. Dispongo que no muráis en el cadalso, pero os condeno a pagar por vuestras culpas, de modo que permaneceréis en prisión y todos vuestros bienes serán confiscados.

Cuando esa resolución llegó a oídos de la gente, varios espías colocados estratégicamente entre los congregados por los servicios de policía incitaron a gritar vivas al emperador. En un instante, el miedo se tornó en gozo y los rostros de los ciudadanos de Gante manifestaron un cierto consuelo.

—Has obrado bien, hermano, muy bien —le comentó Fernando al contemplar las muestras de alegría entre los congregados a las puertas de palacio.

—De momento hemos conseguido detener y sofocar la rebelión, pero no sé por cuánto tiempo. Gante ha sido la primera ciudad de Flandes en alzarse aunque tal vez no sea la última.

—Hermano, por lo que a mí respecta sabes que haré cuanto pueda para mantener tu autoridad y la de la familia sobre estas tierras —le dijo la reina de Hungría.

—Lo sé. Tu trabajo como gobernadora de los Países Bajos ha sido excelente; todo el mundo lo reconoce. Y yo sigo confiando plenamente en ti, en vosotros dos —añadió mirando a su hermano, el rey de romanos.

El emperador mandó destruir las obras de fortificación iniciadas por los rebeldes y ordenó construir una fortaleza sobre sus ruinas.

También ordenó que a partir de ese momento no se editaran libros de herejes, que se persiguiera su difusión en todo el Imperio y que se quemaran los que fueran incautados.

Durante los primeros días del mes de mayo, Carlos, Fernando y María de Austria permanecieron en Flandes trazando futuros planes para mayor gloria de su linaje. Carlos le prometió a Fernando que lo tendría muy en cuenta en su testamento. El emperador sabía que su abuelo el Católico había designado a su hermano menor como rey de la Corona de Aragón y que solo un cambio en el testamento en el último instante había alterado esa situación en su favor. Desde entonces, Fernando de Austria se había mostrado fiel y leal a Carlos, jamás había cuestionado su autoridad y siempre había colaborado con sus fines.

Pero Fernando aspiraba a heredar el Imperio. La renuncia que hizo hace ya años a reivindicar la herencia de la Corona de Aragón debía ser compensada, y así se lo comentó a

Carlos. Ambos hermanos decidieron, antes de volver a separarse, que más adelante celebrarían una reunión familiar en la que hablarían de todos estos asuntos y acordarían el futuro de los Estados de los Austrias.

Carlos le comentó a su hermana que, pese a la negativa del rey Francisco, seguía pensando en casar a sus dos hijas con los hijos del rey de Francia y sellar así una alianza definitiva. La República de Venecia había acordado firmar la paz con los turcos y entregarles algunas de las islas del Egeo. Una guerra con los franceses era menos conveniente que nunca, de modo que incluso imaginó que si murieran los príncipes herederos de España y Francia y quedara vivo Carlos de Angulema, con quien tanto había congeniado durante su paso por Francia, ambas naciones quedarían unidas bajo un mismo monarca, y así convendría el final de todas las guerras.

Carlos y María dedicaron el resto de aquella primavera a recorrer algunas ciudades de Flandes para recoger la fidelidad de sus dirigentes y ratificar su autoridad. Recibieron la pleitesía de los de Amberes, Anvers, Malinas, Lovaina, Brujas y Bruselas, que se opusieron a la posibilidad de que algún día Flandes pasara a formar parte de los dominios de la Corona de Francia.

En julio viajaron a las ciudades del norte y fueron agasajados en Rotterdam, La Haya y Delft, donde se trató con los embajadores del rey Jacobo de Escocia la manera de hacer frente a los piratas que desde Portugal, Holanda y Zelanda acosaban a barcos mercantes de Escocia y del Imperio en las costas del mar del Norte y del Cantábrico.

Algunas jornadas también cazaron en los bosques, acompañados de los nobles, y celebraron banquetes y bailes aprovechando los días cálidos de finales de primavera y de comienzos del verano. Pablo Losantos tuvo que asistir a un par de caballeros que se provocaron fracturas de huesos debido a sendas caídas del caballo cuando perseguían a unos venados entre la espesura del bosque.

En varias cartas llegadas de España, los consejeros del emperador le informaban que una gran hambruna azotaba el reino de Castilla y aún el de Aragón debido a que la primavera había sido muy lluviosa y las cosechas se habían podrido antes siquiera de germinar.

Para Carlos ahora España quedaba demasiado lejos.

Londres, 28 de julio de 1540

Enrique de Inglaterra estaba vistiéndose para su boda con Catalina Howard, que ese día iba a convertirse en su quinta esposa. Pocos meses antes, en enero de ese mismo año, se había casado con Ana de Cléveris, a sugerencia del canciller Tomás Cromwell. Esta mujer era una princesa alemana; a través de su boda con ella, el rey de Inglaterra quería atraerse la amistad de los príncipes protestantes alemanes enemigos de Carlos de Austria.

Pero ese matrimonio había durado muy poco tiempo.

—¡Esa alemana me engañó: no era virgen! —comentó Enrique mientras su ayuda de cámara lo asistía para colocarse los zapatos—. ¡Cómo iba a mantener ese matrimonio si ni siquiera estaba seguro de si Ana estaba embarazada de otro hombre cuando me casé con ella! Cuando vi sus pechos por primera vez estaban tan hinchados que supuse que estaba preñada. Por eso no me acosté con ella ni una sola vez. Quería comprobar con toda certeza que esa mujer no llevaba en sus entrañas un bastardo.

»Pese a todo, he sido magnánimo con Ana: le he ofrecido quedarse en Inglaterra como si fuera mi hermana o marcharse a Alemania; y aquí se ha quedado por su voluntad. No soy tan cruel como algunos suponen. ¿No crees?

—La princesa Cristina de Dinamarca podría haber sido vuestra esposa, señor —le dijo el ayuda de cámara y hombre de toda confianza.

—Pero la alemana me garantizaba la ayuda de los protestantes alemanes, que voy a necesitar si ese ambicioso rey de España se empeña en meter sus narices en los asuntos de Inglaterra.

—La alianza del papa y el emperador supone una amenaza muy peligrosa para Inglaterra, mi señor.

—Sí, es un grave contratiempo. Inglaterra y su Iglesia han dejado de obedecer al papa y Roma no asume esta nueva situación.

El rey recordó entonces que, a pesar de que la nueva Iglesia de Inglaterra había reconocido casi todos los dogmas y ritos católicos como la confesión, el celibato de los clérigos, el misterio de la transubstanciación y la comunión de los fieles en la eucaristía bajo una sola especie, ya no admitía la autoridad del papa.

—Se han quemado estatuas de la Virgen María en Londres y en Boxley Road; en el condado de Kent, unos desconocidos han destrizado a martillazos una imagen de Cristo…

—No debí permitir esos excesos. Tenía que haber ejecutado a aquellos salvajes que asaltaron el santuario de Walsingham y colgaron y descuartizaron a los dos clérigos que lo custodiaban. Pero los ingleses odian a Roma y su rey debe estar con su pueblo; y, además, la Reforma es contraria a todas esas supercherías de las reliquias y las peregrinaciones —se justificó Enrique.

»¡Maldita sea! —protestó el rey.

—¿Qué ocurre, señor?

—¡Estos zapatos!

—¿Qué les pasa a los zapatos, sire?

—Que me van grandes.

—Pero, majestad, me pedisteis estos porque son los más cómodos.

—Pues me van grandes.

El ayuda de cámara se percibió entonces de que el cuerpo de Enrique de Inglaterra parecía haber disminuido de tamaño en las últimas semanas, como si se estuviera encogiendo.

—Buscaré otros. Ya no hay tiempo para encargar que os hagan unos nuevos.

Unos golpes sonaron en la puerta.

—¿Pero quién…? Pasad, ¡maldita sea! —ordenó el rey mostrando su enfado.

—Majestad, Tomás Cromwell ha sido decapitado en la Torre —anunció Tomás Cranmer, arzobispo de Canterbury y principal apoyo de Enrique en su pugna con la Iglesia católica romana.

—Ese malvado traidor… Me engañó cuando me convenció para que me casara con Ana de Cléveris; merecía la muerte —alegó el rey.

—La merecía, pero la decapitación no ha sido todo lo eficaz que se supone a un verdugo experimentado —dijo el arzobispo.

—¿Qué ha pasado? —se interesó el rey.

—El verdugo elegido carece de habilidad para ejercer tan delicado trabajo. Es un joven sin experiencia. Esta ha sido su primera decapitación y ha tenido que golpear repetidas veces el cuello de Cromwell; solo al quinto golpe ha sido capaz de cercenarlo. —El arzobispo Cranmer parecía recrearse con la espantosa muerte de su antiguo rival en la corte.

—He ordenado que se cueza la cabeza de ese felón y se coloque sobre una pica en el puente de Londres, con el rostro vuelto en dirección contraria a la ciudad, para que todo el pueblo sepa

qué tipo de delincuente fue.

—En verdad fue un gran traidor a vuestra majestad y lo ha sido hasta el mismo momento de su muerte. Instantes antes de ser ejecutado ha manifestado en el patíbulo que moría en la fe de la Iglesia de Roma.

—¿Eso ha dicho? ¡Cómo se lo han permitido! —bramó Enrique.

—En realidad ha manifestado que moría en «la fe tradicional», pero todos hemos entendido que se refería a la fe del papa.

—Cromwell, mi buen Cromwell…, muerto. ¿Sabéis, señor arzobispo, que me pidió audiencia la semana pasada? Pero rechacé recibirlo y ordené que siguiera en prisión. Aunque, ¿quién sabe?, quizá debí concederle una última oportunidad. Creo que ese hombre ha sido el más fiel servidor que he tenido a lo largo de mi vida. ¡Ah!, si ahora pudiera hablar con mi loro… Ese pájaro era el único que me entendía.

Enrique se refería a un regalo traído de América veinte años atrás por el rey de España, un papagayo que era capaz de hablar en inglés y en castellano.

El arzobispo de Canterbury miró al rey y supo que estaba en presencia de un hombre cuya demencia crecía con el paso de los años y que iría a peor.

Una hora después de aquella conversación, Enrique de Inglaterra, de cuarenta y nueve años, se casaba en el palacio de Oatlands, a orillas del río Támesis, con Catalina Howard, una joven de dieciocho. Estaba feliz. El rey creyó que aquel nuevo matrimonio le devolvía la juventud perdida. Se equivocaba.

Bruselas, palacio de Coudenberg, 4 de octubre de 1540

Durante el verano, Carlos y María de Austria habían conseguido la promesa de lealtad de todas las ciudades de los Países Bajos y se había disipado cualquier tentación de poner en marcha una nueva revuelta como la de Gante. Para ello habían tenido que visitarlas una a una, ganarse a sus autoridades, celebrar interminables reuniones, prometerles privilegios y franquicias, garantizar su autonomía y asegurar su defensa.

En el gran salón del palacio de Coudenberg, desde su torno con dosel y ante un tapiz con el escudo con todos los blasones de armas de sus reinos y Estados, Carlos de Austria iba a presidir una solemne sesión con las principales autoridades de los Países Bajos. El emperador pensaba comunicarles sus planes para el próximo año y debía dejar cerrados todos los asuntos para evitar que episodios como la rebelión de Gante pudieran repetirse y poner en peligro la estabilidad del Imperio.

Doscientas personas, entre las que se encontraban todos los diputados de los Estados generales, principales nobles y autoridades de las ciudades, aguardaban al emperador, que apareció en el gran salón acompañado por su hermana la reina María.

—Su majestad imperial don Carlos de Austria y su augusta hermana doña María, reina de Hungría y gobernadora de los Países Bajos —anunció solemne el chambelán.

Todos inclinaron la cabeza mientras los dos hermanos se dirigían al estrado donde se habían colocado dos sillones. Carlos se sentó en el de la derecha y su hermana lo hizo en el de la izquierda. El consejero Schore se adelantó unos pasos y pidió permiso al emperador para leer un decreto.

—Su majestad debe ausentarse de esta tierra porque tiene que atender asuntos urgentes en el gobierno del Imperio y en la defensa de la cristiandad. En su ausencia, su hermana la reina doña María ejercerá la regencia de todos los territorios de los Países Bajos; el príncipe de Orange

gobernará Holanda; el señor de Bevre el territorio de Zelanda; el conde de Reux en Flandes y Artois; el duque de Arschot en Hainaut; y el marqués de Berghes en Luxemburgo.

A continuación, el consejero imperial detalló los nombres de los funcionarios a los que se les encomendaban los asuntos de la hacienda y el tesoro. El propio Shore fue nombrado presidente del Consejo privado del emperador.

Acabado de leer el decreto con el listado de nombramientos, Carlos se levantó para dirigir la palabra a los presentes.

—Amados súbditos de Flandes. Yo nací en esta tierra y la siento mía como ninguna otra. Aquí he vivido la mitad de los años de mi vida y sé bien cuán celosos sois de vuestra condición y de vuestros privilegios, que pretendo defender y ampliar en cuanto sea posible.

»Pero, para ello, requiero vuestra ayuda y que sigan llegando las imprescindibles aportaciones con las que las ciudades de Flandes contribuyen al tesoro imperial. El dinero de vuestros tributos es necesario para pagar los ejércitos que os defienden de ambiciosos soberanos que solo pretenden apoderarse de vuestros bienes y acabar con vuestros privilegios y derechos. Os aseguro que no lo voy a consentir.

»También es preciso ese dinero para hacer frente al avance de los turcos, que ambicionan conquistar la cristiandad y someternos a todos a su diabólico reino. Es nuestra obligación como cristianos detenerlos, y aún hacerlos retroceder y ocupar su tierra y liberar de su dominio la ciudad santa de Jerusalén, donde se venera el sepulcro de nuestro señor Jesucristo.

Los asistentes aplaudieron, sin demasiado entusiasmo, el discurso del emperador, que se retiró cariacontecido. Estaba seguro de que, tarde o temprano, las gentes de los Países Bajos volverían a rebelarse contra su autoridad.

Bruselas, fines de octubre de 1540

El secretario del emperador corría por los pasillos de palacio como si lo persiguieran todos los demonios. Acababa de recibir una excelente noticia recién llegada de América y quería transmitirla cuanto antes.

—¡Majestad, majestad! —se presentó jadeando ante Carlos.

—¡Qué prisas son esas! —exclamó el emperador.

—Señor, han descubierto un método muy eficaz para separar el oro del resto de los minerales desechables. Lo llaman la «amalgama».

—¿Cómo ha sido?

—Lo han logrado usando el mercurio, del cual existen abundantes reservas en las minas de Almadén, en la región de la Mancha, en Castilla la Nueva. Con este sistema se puede producir mucho más oro y a mucho menor coste.

—¿Eso es cierto?

—Sí, majestad. Ya se ha probado con éxito.

—Si funciona, nuestros problemas financieros pueden solucionarse pronto.

Carlos se refería a que las finanzas del Imperio estaban siendo estranguladas a causa de los enormes costes que conllevaba el ejercicio del gobierno. Los gastos eran año a año mayores y crecían de tal modo que se hacía preciso recurrir a la imposición de nuevos impuestos para pagar los ingentes intereses de los préstamos, lo que podía provocar una revuelta general como la que ya tuvo lugar en Gante.

Para hacer frente a tanto desembolso se habían establecido impuestos como el llamado del escusado, el de los millones, el de la sisa o el subsidio de galeras; pero seguían siendo

insuficientes. La enorme voracidad de la administración imperial se lo tragaba todo.

La mayor parte de esos impuestos recaía sobre las rentas de los campesinos, artesanos y comerciantes castellanos, que aunque todavía recordaban la derrota de los comuneros sufrida en Villalar veinte años atrás y no parecían predispuestos a repetir una situación similar, podían hartarse de tantos pagos, estallar en cualquier momento y provocar una revuelta general contra el emperador.

—Si con este nuevo método para extraer oro aumenta el dinero que llega de América, será posible rebajar los impuestos a nuestros súbditos castellanos, que además llevan sufriendo varios meses de hambrunas y escaseces, y dejar de pedirles la aprobación de servicios extraordinarios cada cierto tiempo —explicó el secretario imperial.

—Y también podríamos disminuir las cantidades de los préstamos solicitados a los banqueros —añadió Carlos.

—Eso sería de gran ayuda, majestad. Los factores —así se denominaba también a los banqueros— huelen las dificultades de sus deudores como nadie y saben bien cuándo tienen que apretar a la hora de calcular los intereses para cobrar sus préstamos.

—¿En qué situación se encuentran nuestras finanzas?

—Mal, señor, muy mal. Debemos mucho dinero a banqueros de Castilla, de Flandes y de Italia, pero sobre todo a los alemanes.

—¿A los Fugger?

—Sí. La banca Fugger de Augsburgo es nuestro principal prestamista, pero también hemos contraído deudas con la banca de los Welser, que tiene las concesiones de las minas de plata de México, de las tierras de colonización de la isla de La Española y de la explotación de las costas de la tierra llamada Venezuela.

—Confiemos en ese nuevo método…, ¿cómo se llama?

—Amalgama, majestad.

—Pues espero que la amalgama sea de gran beneficio.

Y lo fue. Gracias a ese descubrimiento para separar el oro de otros metales y minerales, las minas americanas comenzaron a producir una mayor cantidad de oro y de plata, una quinta parte de la cual iba a parar directamente al tesoro imperial.

Una vez firmados todos los decretos y nombramientos, Carlos permaneció en Bruselas durante unos días más.

Ya en Gante, en donde se encontraba el último día del mes de octubre, recibió la noticia de que los venecianos habían firmado la paz con los turcos por su cuenta y al margen del resto de los aliados cristianos, y que a cambio habían entregado al Imperio otomano la península de Morea y la costa de Dalmacia, pero habían logrado mantener su posesiones en las islas de Creta, Corfú y Chipre.

Los últimos dos meses del año los dedicó a recorrer las ciudades del sur de Flandes para asentar allí las defensas ante una posible nueva guerra con Francia, que parecía inminente.

París, navidades de 1540

Luis Losantos no fue aquel verano a España, pero recibió la visita de su padre. El médico seguía al lado del emperador, que le dio permiso durante una semana en la Navidad para ir a ver a su hijo a París.

De vez en cuando, Luis recibía una carta de su tía y de su hermana, que seguían en Valladolid, aunque los rumores de que podía estallar la guerra con Francia eran cada vez más

intensos, y en caso de desencadenarse el conflicto sería mucho más difícil comunicarse.

Padre e hijo comían en una posada de París, en la orilla izquierda del Sena, junto al puente de piedra.

—¿Sigues con tus estudios de astrología? —preguntó Pablo.

—Sí, padre.

—Te repito que la Iglesia tiene grandes reticencias hacia esta disciplina.

—Soy consciente de ello.

—Cada vez es mayor el número de clérigos que consideran que la astrología es una práctica demoníaca, y así lo condenan en panfletos y sermones.

—Lo sé, padre. Incluso importantes profesores de la universidad se manifiestan ya contrarios a la astrología. Esta mañana he acabado de leer un libro de un profesor de teología. Se titula *Reprobación de las supersticiones y hechicerías* y se publicó en 1538. El autor es un teólogo español llamado Pedro Sánchez Ciruelo, natural de la ciudad aragonesa de Daroca. En ese libro, el maestro Ciruelo rechaza los encantamientos, la nigromancia, la adivinación y los ensalmos, y acusa a todos los que los practican de estar inspirados por el diablo.

—¿Pedro Sánchez Ciruelo? —preguntó Pablo.

—Sí, así se llama.

—Si no recuerdo mal, ese hombre fue uno de los propuestos como preceptor del príncipe Felipe, el hijo del emperador.

—¿Y lo es?

—No. Fue rechazado porque decían que era muy bajito y que su nombre era demasiado… sonoro.

—¿Por lo de «Ciruelo»? —se extrañó Luis.

—Sí, esa fue una de las causas que se alegaron para retirar su candidatura como maestro del príncipe. Así es España, hijo.

—Pues creo que es un sabio, aunque se muestra muy duro con todos los que no siguen el dogma de la Iglesia.

—¿Qué más dice ese libro?

—Es un alegato contra los que Sánchez Ciruelo considera que engañan a los cristianos. Escribe que los nigromantes utilizan fenómenos naturales, como los truenos y los relámpagos, para aprovecharse de la ignorancia de la gente. Dice que algunos utilizan el miedo a las tormentas para asegurar que dentro de las nubes borrascosas vienen los demonios a fin de hacer el mal y destruir las cosechas, y que así los conjuradores se ganan un buen dinero escantando los nublos mediante conjuros y sortilegios.

—Sí, he visto muchas veces usar esos remedios. Los conjuradores hacen estruendos, tañen las campanas, incluso disparan con fuego de artillería hacia las nubes para liquidar a los demonios que aseguran que vienen dentro de ellas.

—Eso sí son supercherías para engañar a incautos, padre, pero la astrología no se dedica a esas prácticas. Escudriña los cielos para entender el movimiento de los astros y comprobar si influyen en la vida de los hombres. No se trata de supercherías, sino de ciencia.

—La Iglesia no lo entiende así.

—¿La Iglesia? Yo he visto en Salamanca a clérigos provistos de estolas y cubiertos con sobrepellizas subidos a los campanarios proclamando fórmulas y remedios contra las tormentas, creyendo que así se escantaban los nublos. Y también a hombres y mujeres, con candelas encendidas en sus manos, que colocaban ante los altares las más extravagantes reliquias, y cómo pedían y rogaban a Dios para que disolviera una mala nube, mientras cantaban salmos y leían los

Evangelios o hacían una especie de procesión por la iglesia y por el claustro. ¿Cómo denominarías esas prácticas, padre: supercherías, supersticiones, magia…?

—La Iglesia las permite.

—Pues para mí son las mismas supercherías que la práctica de la quiromancia, del mal de ojo o de los exorcismos para expulsar del cuerpo a un espíritu maléfico que te ha poseído.

—Escucha, hijo. En nuestra familia se guardaban algunos libros que la Iglesia consideraba diabólicos. Como éramos conversos, tuvimos que destruirlos, porque si nos hubieran sorprendido con ellos en las manos hubiéramos acabado en prisión y quién sabe si incluso ejecutados en el cadalso por la Inquisición. Teníamos más de treinta libros en casa y tuvimos que deshacernos de más de la mitad.

»Hace unos años, los judíos eran considerados en España como sabios, pero la gente les atribuía prácticas demoníacas. Los acusaban de elaborar pócimas para que las mujeres cristianas no se quedaran embarazadas, de fabricar venenos con los que acabar con los buenos cristianos, de destilar bebedizos para que los fieles devotos renegaran de Dios y de los santos y adoraran al diablo, y de otras muchas maldades.

»Mi madre, Juana de la Cruz, tu abuela, tuvo que ocultar durante toda su vida que lo único que hacía era elaborar medicinas para sanar enfermedades y ungüentos para curar heridas, y no pócimas para envenenar a los creyentes. Mi hermana María hace lo mismo y le está enseñando a hacerlo a tu hermana Isabel, para que los conocimientos en el tratamiento de las hierbas medicinales no se olviden.

»Pese a ello, algunos clérigos ignorantes están dispuestos a condenar a quienes no hacen otra cosa que buscar remedios a los males del cuerpo.

—¿Qué libros tuviste que destruir?

—Lo hice junto con mi padre. Quemamos en el fuego de la cocina *La clavícula de Salomón*, una obra que condenó el papa Inocencio IV y que ordenó que se destruyera. Lo tuvimos que hacer porque, si nos hubieran sorprendido con él, tu abuelo y yo hubiéramos acabado en la hoguera. También nos deshicimos del *Libro de San Cipriano*; este santo de Antioquía escribió esta obra para acabar con las posesiones demoníacas, pero algunos entendieron que contenía la manera de invocar al demonio. Y así unos cuantos más, como un grimorio, del que se dice que contiene fórmulas mágicas, pero que en realidad no son sino recetas de todo tipo. En algunos de ellos se atesoraban saberes ancestrales que quizá se pierdan para siempre.

Pasada la Navidad, Pablo Losantos regresó a Flandes. No pudo convencer a su hijo para que abandonara los estudios de astrología y se dedicara a la medicina.

Luxemburgo, principios de enero de 1541

Los Austrias tenían muchos enemigos, demasiados, y algunos de ellos eran muy poderosos. Carlos solo podía fiarse de los miembros de la familia Habsburgo, que desde muy pequeños, tanto los varones como las hembras, recibían una y otra vez la enseñanza de que su linaje se mantendría en el poder si permanecían unidos, si entregaban toda su vida a la causa de la familia, a la defensa de sus intereses de sangre.

Los Austrias eran la dinastía más poderosa del mundo: dueños de media Europa y de las Indias, aspiraban a dominar el mundo. Todo el mundo conocido.

Así lo anunciaban las profecías que algunos interesados visionarios se encargaban de divulgar en libros, panfletos y carteles, en los que Carlos aparecía como el emperador del mundo, el monarca designado por Dios para hacer cumplir su plan divino en la tierra. Carlos aparecía

como el garante de la obra de Dios, el martillo de los herejes, el azote de los turcos, el vengador de los cristianos. Era el césar, el encargado de devolver a la cristiandad su grandeza, el destinado a recuperar Jerusalén y asentar de nuevo en Tierra Santa el dominio cristiano.

Aquel día 2 de enero, recién llegado a Luxemburgo, en medio de una ventisca de nieve, Carlos supo que el avance de los conquistadores en las tierras del antiguo imperio de los incas, en el Perú, estaba atravesando por graves problemas, dados los enfrentamientos entre los mismos capitanes españoles.

Por un momento, mientras contemplaba el ocaso entre la nieve, pensó en embarcarse y acudir a América, ajustar cuentas con los rebeldes y dar un buen escarmiento a aquellos hombres ávidos de oro y fortuna.

Durante un buen rato reflexionó sobre ello y pensó que aquellos españoles, apenas un puñado entre millones de indios, tenían derechos a la riqueza, siempre y cuando mantuvieran la lealtad al emperador y compartieran sus ganancias. Estaba dispuesto a perdonarles casi todo: los abusos sobre la población indígena, el saqueo de sus tesoros, la violación de sus mujeres, casi todo salvo la rebelión contra su persona y la desobediencia a sus órdenes. Porque en ese caso sería implacable con quien osara cuestionar su autoridad.

Pero los conquistadores del Nuevo Mundo no estaban siendo convenientemente atendidos por el emperador, que no prestaba el interés que requería semejante empresa. Quizá por ello personajes como Diego de Almagro, que fue decapitado dos años antes, y los Pizarro se habían enfrentado en una guerra fratricida en el Perú, y otros andaban en expediciones por su cuenta buscando El Dorado, la fuente de la eterna juventud o la tierra de la canela.

Entre todos aquellos hombres de acción había algunos carentes de escrúpulos, dispuestos a arriesgar su vida, a adentrarse en territorios desconocidos y peligrosos e incluso a enfrentarse con su rey para conseguir riquezas a costa de lo que fuera; pero también los había leales servidores de su majestad, como Pedro Valdivia, que había iniciado aquel año la conquista de un lejano territorio al sur del Perú llamado Chile, o el propio Hernán Cortés, quien, cumplida su misión en México, acababa de regresar a España para ponerse a las órdenes de Carlos en sus campañas militares contra los turcos.

Aranjuez, mediados de enero de 1541

Hacía ya varios meses que la hambruna asolaba Castilla. Las cosechas del año anterior habían sido muy escasas y apenas quedaban provisiones en los graneros con las que alimentar a la famélica población.

En todas partes hubo pestilencia y fiebres con modorra, en algunas comarcas con tanta gravedad que falleció hasta una cuarta parte de la población. Primero, durante el invierno, murieron los pobres, que no tenían nada que llevarse a la boca, pero en la primavera sucumbieron algunos ricos a causa de las enfermedades.

Si las lluvias de la próxima primavera se retrasaban, como ocurrió el año anterior, otros muchos miles de personas morirían de hambre y también miles de cabezas de ganado; subirían los precios del pan, habría levantamientos y motines en pueblos y ciudades y, en ese caso, la ruina de España sería total.

Felipe, que había pasado varios meses en Madrid aprendiendo de sus consejeros como el cardenal Tavera y Juan de Zúñiga, había recibido al fin permiso de su padre para encontrarse con sus hermanas, a las que tanto echaba de menos.

Los tres hermanos se reunieron en la villa de Aranjuez a comienzos del mes de enero. Los campos del camino desde Madrid estaban esmaltados de escarcha, pero el hielo y el frío no fueron impedimento alguno para que el príncipe heredero se desplazara hasta allí.

—¡Felipe! —gritó Juana, que a sus seis años no anhelaba otra cosa que jugar y divertirse todo el tiempo.

—¡Juana, hermanita! —Felipe cogió entre sus brazos a la pequeña, que había salido corriendo hacia el heredero en cuanto lo vio.

—Estás muy guapo —le dijo María, a sus doce años era ya una mujercita, que llegó tras su hermana menor.

—¿Vas a quedarte para siempre con nosotras? —preguntó Juana.

—No, solo por un tiempo. Nuestro padre ha dado su autorización para que pasemos juntos unos días, pero luego tendré que regresar a Madrid. Tengo que aprender cómo gobernar un reino.

—¿Cuándo serás el rey? —preguntó de nuevo María.

—Algún día lo seré, pero para eso tendría que morir nuestro padre, y no queremos que suceda eso, ¿verdad?

María se conformó con la respuesta de Felipe.

Los tres hermanos pasaron aquellos días juntos tocando la vihuela como les había enseñado el músico Luis de Narváez, cantando romances y escuchando la lectura de relatos sobre la vida de sus antepasados los reyes de Castilla y de Aragón.

Al despedirse, María se abrazó durante un buen rato a la cintura de su hermano; los tres lloraron.

Núremberg, mediados de febrero de 1541

Tras despedirse en Luxemburgo de su hermana, a la que pidió que gobernara los Países Bajos con toda prudencia, el emperador recorrió durante un mes las comarcas del occidente de Alemania, visitando una tras otra todas las ciudades importantes de esa región del Imperio y

entrevistándose con algunos de los grandes electores. El futuro era incierto y, aunque Carlos cumplía ese mes cuarenta y un años, ya estaba pensando en redactar su testamento.

Acompañado de una gran comitiva, lo que generaba cada día unos gastos enormes para el tesoro, Carlos había enviado por delante al canciller Granvela, quien había viajado a mediados de enero a Ratisbona para preparar la Dieta en la que se decidiría el futuro del Imperio.

Pablo Losantos lo acompañó en el camino a Núremberg, ciudad imperial libre que solo pagaba tributos al emperador. La villa era famosa porque dentro de sus murallas, cuyo recorrido llevaba una hora de camino, se guardaban las reliquias y las insignias imperiales. Pero además, en Núremberg estaban los mejores talleres artesanos donde se fabricaban precisos instrumentos para la observación astronómica.

Hacía ocho años que la mayoría de su población se había decantado por seguir las tesis de Lutero, pero también había jurado fidelidad al emperador.

Pablo Losantos, al que instalaron en unas dependencias de la planta baja del castillo, donde se ubicó el emperador, pues lo quería tener cerca ya que había sentido algunas molestias durante el viaje a Núremberg, quiso visitar alguno de los talleres donde se fabricaban los instrumentos para la observación astronómica que tanta fama habían dado a esa ciudad.

Quería buscar algún instrumento que regalar a su hijo Luis, y preguntó por el mejor de los talleres. Le aconsejaron que visitara la casa de la familia Behaim.

La tienda y taller de los Behaim ocupaba un edificio de ladrillo y madera de tres plantas, que se abría a la placita de la iglesia de San Sebaldo, un mártir de Núremberg sobre el que no se tenían demasiadas noticias; incluso había algunos luteranos, a pesar de que esta iglesia estaba bajo su control, que dudaban sobre si alguna vez había existido ese santo.

Losantos entró en la tienda y enseguida observó varios instrumentos metálicos colocados en estanterías.

—Señor, ¿qué deseáis? —le preguntó en alemán un hombre de unos cuarenta años que vestía un delantal de cuero.

—¿Sois el dueño? —demandó Pablo también en alemán, idioma que entendía bien, pero hablaba con alguna dificultad.

—Uno de ellos. Mi nombre es Paul Behaim, soy sobrino nieto de Martin Behaim, del que supongo habréis oído hablar.

—No, lo siento.

—¿Buscáis alguna cosa en concreto?

—Soy médico de su majestad imperial. Mi nombre es Pablo Losantos y vengo de España.

—¡Vaya! Me alegra conoceros. En esta casa no fabricamos instrumentos quirúrgicos; si necesitáis un bisturí o unas pinzas os aconsejo que os dirijáis a…

—No, no. No deseo comprar nada para mí. Busco algún instrumento para la observación de las estrellas. Es para mi hijo; estudia en la universidad de París y me gustaría regalarle algo que le fuera de utilidad.

—Pues en ese caso habéis venido al lugar adecuado. Pasad, señor Losantos, os enseñaré algo que os gustará.

—Os lo agradezco.

Paul Behaim le indicó que lo siguiera a la trastienda, donde estaba ubicado el taller. Había media docena de personas trabajando en varias mesas, todos con instrumentos de astronomía entre sus manos.

—Aquí fabricamos los mejores instrumentos del mundo, si me permitís el exceso de vanidad. Mirad —Paul le indicó una esfera terrestre que estaba colocada sobre una mesa al fondo

del taller.

—¿Una esfera armilar? —le preguntó Pablo Losantos.

—La primera que se fabricó en la cristiandad. La construyó mi tío abuelo hace ya medio siglo. Si os fijáis, ni siquiera está dibujada América, pues no se sabía aún de su existencia. Martin Behaim fabricó esta esfera para el rey de Portugal en el año 1492, unos meses antes de que el genovés Cristóbal Colón viajara a las islas de las especias y se encontrara de por medio con el Nuevo Mundo.

—Es extraordinaria —comentó Losantos.

—Ahora las fabricamos mucho mejores, pero esta fue la primera.

—¿Y qué otros objetos tenéis en el taller?

—Además de las esferas armilares, que solo fabricamos por encargo y previo pago, podemos ofreceros cuadrantes, brújulas y astrolabios. ¿Queréis ver algunos?

—A eso he venido.

—Bien. ¿Cuánto dinero estáis dispuesto a gastar en ese regalo para vuestro hijo, don Pablo?

—Me gustaría comprar un astrolabio, pero no creo que lo pueda pagar.

—Veamos. —Paul Behaim se dirigió a una estantería y cogió un astrolabio de pequeño tamaño, apenas de un palmo de diámetro—. Este es el más barato que fabricamos. Usamos para ello el latón: la mejor aleación de metal para estos casos. Seguimos la técnica del taller de George Hartmann, uno de los mejores artesanos de Núremberg, con el cual yo trabajé hace diez años. Tomad y comprobad vos mismo su calidad.

—Sí, la factura es excelente.

—No encontraréis ninguno mejor; ni siquiera los que se están fabricando ahora en un taller de la ciudad de Lovaina, en Flandes.

—¿Cuánto vale este?

—Dejadme que os explique antes. Un astrolabio es una pieza magnífica; su nombre en griego significa «el que busca las estrellas». Lo inventó hace más de mil quinientos años un sabio griego llamado Hiparco de Nicea, pero lo perfeccionaron astrónomos árabes hace unos cinco siglos. Sus marinos necesitaban conocer en qué latitud se encontraban en alta mar durante sus travesías comerciales por los mares orientales y con este aparato lo podían lograr. Esta es la parte principal, el disco o tímpano, en cuyo filo están marcadas las 24 horas del día, con el amanecer arriba y el anochecer abajo, y aquí, en la zona del centro, está grabada la latitud local y los círculos de acimut o altura de varias latitudes. Este otro disco con puntas es la red o la araña; cada una de estas puntas presenta una de las principales estrellas fijas que, como veis, lleva grabados sus nombres. Gira igual que las estrellas en el cielo nocturno, de modo que es una representación del universo a pequeña escala. Y aquí está la regla o aliada, con la cual se calcula la latitud sobre el disco según la altura en el cielo de los astros errantes y las estrellas fijas.

—Estupendo, pero ¿cuánto vale?

—Aguardad un momento. Con un astrolabio se puede averiguar la hora tanto de día como de noche, la hora del orto y del ocaso en cada estación del año; se pueden localizar los astros y estrellas porque determina sus posiciones en el cielo; calcula la latitud de cualquier lugar y, además, se pueden localizar los doce signos del zodíaco y, por tanto, elaborar cualquier horóscopo. Me habéis dicho que vuestro hijo estudia astrología en París, pues en ese caso este es el instrumento que necesita.

—¿Y el precio? —insistió Losantos.

—Humm… Por ser vos, un médico que cuida de nuestro señor don Carlos, podría dejaros este ejemplar en…, digamos cincuenta ducados.

—¡Qué! ¡Cincuenta ducados! No tengo tanto dinero.

—Podéis financiarlo con un préstamo. Conozco un par de banqueros de esta ciudad que no dudarían en prestar ese dinero a un médico del emperador.

—¿Tenéis algo más barato?

—Un cuadrante. Os lo puedo vender por doce ducados.

Paul Behaim cogió uno de esos instrumentos de otra estantería.

—¿Doce ducados decís?

—Sí, y os regalaré una brújula y un compás.

—¿Cómo funciona?

—Es muy sencillo, aunque no tiene tantos usos como el astrolabio. El cuadrante sirve para medir la altura de los astros. Son más precisos cuanto más grandes, pero si se tiene buen pulso y buen ojo, este es suficiente. Fijaos que hay dos reglas en ángulo recto y esta zona curva. Bien, hay que colocar una de ellas en la línea del horizonte y la otra en el astro cuya altura se quiere medir. ¿Y veis esta plomada?, pues en esta zona curva, donde están marcados los grados, la cuerda señala el punto exacto de la latitud. Vuestro hijo sabrá cómo usarlo.

—¿Doce ducados…?

—Y la brújula y el compás de regalo.

—De acuerdo. ¿Podéis llevármelo al castillo imperial? Es ahí donde resido.

—Por supuesto. Mañana mismo os lo haré llegar. Habéis hecho una buena compra; a vuestro hijo le gustará.

—Os pagaré los doce ducados mañana.

—Como os plazca, don Pablo. Prepararé el albarán de compra. Vos solo tendréis que firmar el recibo.

Núremberg le pareció a Pablo Losantos una ciudad habitada por gente extraordinaria. No solo había talleres y tiendas de todo tipo de artesanías, donde se elaboraban productos de gran calidad, sino que además varios artesanos habían constituido una prodigiosa sociedad llamada Meistersinger en alemán, es decir, los Maestros Cantores. Se trataba de un grupo de poetas y músicos que ejercían diversas profesiones, pero que se unían para componer canciones y melodías y cantar juntos.

Uno de sus miembros más relevantes era Hans Sachs, un afamado poeta cuya profesión era la de zapatero, pero que también escribía poemas, canciones e incluso obras de teatro. Sachs era un ferviente seguidor de Lutero y admiraba las ideas del fraile impulsor de la Reforma.

Durante aquellos primeros días en Núremberg, Losantos pudo visitar el ayuntamiento de la ciudad, donde se exponía la obra más famosa del más célebre hijo de esa ciudad. Eran dos tablas en las que Alberto Durero, un artista fallecido hacía ya trece años, pero cuya impronta seguía visible por todo Núremberg, había pintado las figuras de Adán y de Eva, ambos completamente desnudos.

Los dos cuadros habían despertado una tremenda polémica entre la gente, y había algunos puritanos, tanto católicos como reformistas, que pedían que esas dos obras fueran quemadas, pues decían que atentaban contra la decencia.

Losantos se plantó ante las dos tablas y las observó con detalle; su cargo de médico del emperador le permitía disfrutar de ciertos privilegios.

Admiró la precisión en el tratamiento anatómico de ambos cuerpos, en lo que Durero había sido un verdadero maestro, y su dominio de la geometría y la proporción, pues no en vano este artista había escrito sendos tratados en cuatro libros cada uno sobre esos dos asuntos.

Adán se cubría sus atributos varoniles con unas hojas de una rama de la que pendía una manzana; era un hombre joven, en la plenitud vital, con el cuerpo digno de un dios antiguo, pelo rubio y mirada sensual. Eva estaba representada como una mujer de unos veinte años, completamente desnuda, cabello rubio al viento, de piel más clara que la de su compañero, con sus pechos redondos, el derecho algo mayor que el izquierdo, de pezones rosados; también cubría su sexo con unas hojas; portaba en la mano izquierda una manzana roja, que le acababa de ofrecer una serpiente enroscada en un árbol; junto a ella había una cartela con una leyenda escrita en alemán que Losantos pudo traducir: «Alberto Durero, alemán, lo pintó tras el parto de la Virgen, en el año del Señor de 1507». Aquellas dos figuras parecían dos modelos copiados de los más bellos jóvenes de Núremberg.

Madrid, primavera de 1541

El príncipe Felipe todavía no había cumplido los catorce años. Parecía tímido, pero en ocasiones mostraba unas considerables dotes de mando y de autoridad.

Acababa de recibir a Cristóbal Calvete de Estrella, hombre de confianza del emperador, que lo había nombrado para ejercer el cargo de maestro de gramática del príncipe, aunque en realidad le había ordenado que vigilara a Felipe y lo guiara y aconsejara en la toma de sus primeras decisiones.

El príncipe había tomado la primera comunión, un poco tarde para la costumbre, lo que significaba que ya podía ejercer en plenitud como soberano cristiano.

—Alteza —lo saludó Calvete con una reverencia—, con la aprobación de vuestro padre el emperador, he ordenado la compra de varios libros que han de ser esenciales en vuestra formación como futuro soberano del mundo.

—¿De qué libros se trata? —demandó el príncipe.

—Las mejores obras de los maestros romanos: las historias de César, la dialéctica de Cicerón, el teatro de Plauto y Terencio, la poesía de Virgilio, la filosofía de Séneca, las historias de Plinio…

—Obras en latín. Don Juan de Zúñiga insiste en que aprenda bien el latín.

—Es un buen consejo, pues conociendo el latín, vuestra alteza podrá entenderse con las gentes cultas en cualquier rincón de la cristiandad y no os será preciso aprender otro idioma.

—¿Qué más libros habéis comprado?

—Obras de maestros contemporáneos; los libros de Erasmo de Rotterdam, Juan Vives…, e incluso he adquirido *De Art Docendi*, una obra en la que se explica el arte de cómo enseñar. Aunque tendremos que guardar ese libro bajo llave —dijo Calvete.

—¿Y eso?

—Su autor es Melanchton, un hereje protestante discípulo de Lutero, el fraile agustino que ha provocado el cisma en la cristiandad.

—¿Puedo leerlo?

—Sí, pero bajo mi estricta supervisión. Vuestro padre me ha autorizado a ello. Pretende que conozcáis los textos de los herejes para que podáis combatirlos con conocimiento de su errónea causa.

—¿Cuántos libros habéis adquirido?

—Ciento cuarenta, por ahora. Son los primeros ejemplares de vuestra biblioteca personal. Un futuro rey necesita conocer el contenido de esos libros. Sus conocimientos y sus enseñanzas os ayudarán a gobernar con mayor mesura y justicia.

—Mi propia biblioteca…

—Todos los ejemplares serán encuadernados en cuero y llevarán impreso el escudo de armas de vuestra alteza. Sois el heredero de la casa imperial de Austria y de Habsburgo, pero también de los Estados hispanos de los Reyes Católicos, vuestros egregios bisabuelos don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla.

»Mirad, don Felipe, os he traído una muestra para que veáis cómo quedarán todos vuestros libros.

Calvete le mostró el ejemplar que llevaba en su mano.

—La *Ilíada* —leyó Felipe el título—, y está impresa en griego.

—Lengua que ya conocéis un poco y que este libro os ayudará a dominar. Además, en sus páginas encontraréis los combates más prodigiosos librados ante las puertas de Troya y las hazañas de los más grandes héroes. Aquiles, Héctor, Ajax, Agamenón…, todos están aquí dentro.

Felipe ojeó algunas páginas y se detuvo en una de ellas.

—La muerte de Aquiles… —musitó Calvete—. Ni siquiera él, el más poderoso de los guerreros griegos, hijo de un dios y una mortal, pudo lograr la inmortalidad, pero gracias a este libro se ha convertido en inmortal.

—No os entiendo, don Cristóbal.

—Quería decir que los libros hacen inmortales a los grandes hombres cuando un poeta tan excelso como Homero escribe sus vidas y así pueden ser leídas y recordadas para siempre. Alguien lo hará alguna vez con la vuestra, como ya lo están haciendo con vuestro padre.

—Aquiles… —bisbisó Felipe, pasando su mano por encima de la página donde se narraba el final del héroe herido de muerte por una saeta en el talón, el único punto en el que era vulnerable.

—En la siguiente compra procuraré adquirir algunos libros en hebreo y en arameo. Son lenguas que debéis conocer, pues en ellas se expresaba nuestro señor Jesucristo.

—Ya sé rezar el padrenuestro en arameo: *Avvon d-bish-maiya, nith-qaddas shim-mukh, tih-teh mal-chootukh, nihueh ziu-yanukh ei-chana debish-maiya ap bar-ah…* —recitó el príncipe de corrido las primeras frases de la oración.

—Eso está muy bien. Pronto recitaréis todo el Nuevo Testamento en arameo y en griego. Tenéis una memoria prodigiosa, don Felipe, pero debéis practicarla; así, lo recordaréis todo.

Ratisbona, mediados de abril de 1541

Durante los primeros meses de aquel año, en su visita a las ciudades del occidente de Alemania, el emperador había preparado de la manera más conveniente a sus intereses la Dieta que se iba a celebrar en Ratisbona.

Carlos era muy consciente de la importancia de aquella cita para el futuro de su Imperio. Urgía solucionar la cada vez mayor división entre católicos y protestantes, que amenazaba con partir en dos el Imperio e incluso abocarlo a desaparecer.

La Dieta de Ratisbona era la gran oportunidad que Carlos de Austria tenía para intentar que ambos bandos se pusieran de acuerdo. Estaba dispuesto a ceder en algunos puntos para que los partidarios de Lutero, ese permanente dolor de muelas, aceptaran retornar a la obediencia de la Iglesia de Roma. En sus planes para conseguirlo era fundamental contar con el apoyo de los siete grandes electores del Imperio. Ya había conseguido el del cardenal de Maguncia, el primero en llegar a Ratisbona el segundo día de abril.

La comitiva imperial dejó Núremberg, pasó por Worms, donde católicos y protestantes andaban metidos en un gran debate, y se dirigió a Ratisbona. A lo largo de la primera semana de abril fueron llegando los miembros que iban a tomar parte en las sesiones de la Dieta.

Los príncipes electores y los diputados de las ciudades imperiales acudieron a una misa solemne en la catedral de Ratisbona, ante cuyo altar hicieron generosas ofrendas y se comprometieron a llegar a un acuerdo satisfactorio para católicos y protestantes.

Tras aquella misa, el emperador reunió a todas las partes en el palacio de la ciudad. Carlos estaba sentado en un trono, rodeado de todos aquellos altos señores. Cuando se hizo el silencio, dio orden al consejero real Naves para que leyera las propuestas que se iban a discutir en aquella reunión.

Acabada la lectura, el emperador se levantó para dirigirse a los presentes. Al hacerlo sintió un pinchazo en su pie derecho. Frunció el ceño. Sabía que la enfermedad de la gota estaba de nuevo a punto de aparecer, pero apretó los dientes, soportó el dolor y habló:

—Señores, el Imperio y la cristiandad viven tiempos de zozobra. Lo que se decida en esta Dieta imperial de Ratisbona será definitivo para el futuro de ambos. Quiero que conozcáis de mi propia voz los momentos tan difíciles que atravesamos.

»Hace unos meses estuvimos a punto de cerrar un tratado de paz con el reino de Francia. Conocéis bien que su rey anhela poseer el Milanesado. Ya desató una guerra, que perdió, para conquistar esa tierra hace dieciséis años. Fue hecho prisionero y juró que no volvería a intentarlo a cambio de la libertad. Pero ahora dudo de su promesa, porque sabemos que sigue empeñado en poseerlo. El Imperio no puede ceder Milán a Francia, porque su posesión es fundamental para nosotros. La sublevación de Gante ha servido para entender que necesitamos seguir dominando Milán, porque es un territorio esencial para la defensa del Imperio y para la facilidad de comunicación entre nuestras posesiones en el sur de Italia y los Países Bajos.

»No obstante, conseguir una paz duradera con Francia es un objetivo esencial en nuestras relaciones internacionales, porque una nueva guerra entre las dos naciones cristianas solo beneficiaría a los turcos, que andan deseando que luchemos entre nosotros para seguir avanzando hacia el oeste sin que nadie les ofrezca resistencia. Por eso, porque deseo más que nadie la paz con el rey Francisco, he procurado que se acuerde el matrimonio de mi hija la princesa doña María con el duque de Angulema, segundo hijo del rey de Francia, al que conocí bien porque hace año y medio me acompañó durante mi travesía por esa tierra camino de Flandes. Ofrecí, como dote de doña María, los Países Bajos y el Franco Condado, pero don Francisco ha rechazado esa generosa oferta. No tengo duda de que lo que pretende es poseer Italia, y no solo Milán, sino todo ese territorio.

»Pero si eso ocurriera, correríamos gravísimo peligro, pues hemos conocido que Francia tiene un acuerdo secreto con los turcos y estoy seguro de que han pactado repartirse todo el territorio del Mediterráneo occidental.

»Además, la República de Venecia también ha pactado con el turco. Nuestros agentes nos han informado que los venecianos han obtenido algunas ventajas comerciales a cambio de prestarles ayuda en sus planes de conquista del Mediterráneo occidental. Los taimados venecianos nada hicieron por ayudar a nuestras tropas, cristianos como ellos, que fueron asediadas y masacradas en Castelnuovo por los turcos musulmanes, ante la indiferencia de la flota de guerra veneciana.

»Señores, esta es la verdadera situación y por eso el Imperio debe permanecer unido. Si manifestamos la menor muestra de debilidad, nuestros enemigos se lanzarán sobre nosotros con todas sus fuerzas y no solo perderemos la tierra, sino también la vida.

Acabado el discurso, los asistentes aplaudieron al emperador, que se retiró a una sala contigua al gran salón del palacio.

—Habéis estado magnífico, majestad —le dijo el canciller.

—Pero no he convencido a los luteranos para que abandonen su actitud, renieguen de sus errores y se unan a nuestra causa común. Ni siquiera mi orden de buena voluntad para que se detengan los procesos judiciales en marcha contra los luteranos ha causado el menor efecto entre esos rebeldes. Y lo peor es que, sin su ayuda, con la enemistad de Francia y la vaga y confusa posición de Venecia y el papado, estaremos perdidos ante una ofensiva total de los otomanos.

Ratisbona, finales de mayo de 1541

Las reuniones de la Dieta se prolongaron durante varias semanas a lo largo de aquella primavera. En cada sesión quedaba más patente que los protestantes no estaban dispuestos a ceder en su rechazo a la obediencia a la Iglesia de Roma y que iba a resultar imposible llegar a un acuerdo que acabara con la ruptura en el seno de la cristiandad. El Imperio podía saltar hecho añicos.

En las primeras sesiones los luteranos habían aceptado algunos principios que indicaban que podían estar dispuestos a ceder en ciertos asuntos, lo que despertó en el emperador esperanzas de poder llegar a un pacto. Incluso algunos obispos católicos tomaron en consideración algunas propuestas de los clérigos luteranos, como debatir sobre el celibato de los sacerdotes y la posibilidad de aceptar el matrimonio, pues alegaban que algunos de los apóstoles de Cristo estaban casados y que no había en las Sagradas Escrituras nada que lo impidiera, y admitieron también la posibilidad de administrar la comunión bajo las dos especias, el pan y el vino, como hicieron los discípulos del Señor en la primera eucaristía cristiana durante la Última Cena en Jerusalén.

Con muchas reticencias, algunos teólogos católicos aceptaron considerar la doctrina luterana sobre la justificación de los actos por la fe. Pero estas esperanzas no fueron sino un pasajero espejismo y se vinieron abajo cuando los representantes de las dos partes enviaron sus informes sobre las reuniones mantenidas en Ratisbona: unos a Lutero, otros al papa Paulo.

Las respuestas de ambos fueron muy similares. Martín Lutero se negó a admitir cualquier modificación de las noventa y cinco tesis que había publicado aquel día del año 1517 en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg y el papa ni siquiera aceptó la más mínima cesión en la doctrina de la Iglesia católica ante las demandas de los protestantes, ni en las formas ni mucho menos en el fondo.

Cuando le comunicaron la decisión de Lutero y del papa Paulo, el emperador sintió que había fracasado. Todo su esfuerzo por la reconciliación y para evitar la fractura y el cisma en la cristiandad no había servido de nada.

—Lo siento, majestad —se lamentó el canciller Granvela ante la cara de amargura de Carlos de Austria.

—Se acabó. Se han impuesto el egoísmo del papa y la sinrazón de ese monje perverso y tozudo. La cristiandad está rota —sentenció el emperador, que se dejó caer, abatido, en un sillón.

—Hay otra noticia —añadió el canciller titubeante.

—¿Los turcos, Francia, Inglaterra…? ¿Qué más puede pasar?

—Barbarroja ha respondido a vuestra invitación; acaba de llegar una carta que lleva su sello.

—Dejadme verla. —Carlos tomó la misiva que le ofrecía el canciller y la observó. Estaba escrita en letras árabes.

—Supongo que habéis mandado traducirla.

—Así es, majestad.

—¿Qué dice Barbarroja?

—Rechaza el ofrecimiento que le hizo vuestra majestad para ser el almirante de la flota imperial en el Mediterráneo y gobernador de todo el norte de África. —Granvela calló que Barbarroja también había rechazado la fuerte suma de dinero que le ofrecía Carlos para pasarse a su lado.

—¿Ha dado alguna razón?

—No, pero nuestros agentes dicen que ese hombre odia a vuestra majestad y a todos los españoles por la muerte de su hermano Aruj. Afirma que es un buen musulmán y que jamás se aliará con los cristianos para combatir contra sus hermanos de religión.

—Creo que nuestros hombres en Argel no han sido suficientemente persuasivos. Barbarroja es un pirata que solo atiende al dinero. Deberían haberlo comprado.

—Pues por lo visto no han sabido hacerlo.

—Todo hombre tiene un precio y ese Barbarroja también. Lo único que hace falta es saber cuánto vale o qué hay que ofrecerle.

Carlos estaba muy irritado. Había contado con que sus agentes serían capaces de sobornar a Barbarroja y atraérselo a su lado, pero o habían subestimado al antiguo corsario o no habían sabido calcular su precio.

—Es probable que el sultán Soleimán le haya ofrecido mucho más que vuestra majestad. Las arcas del tesoro turco rebosan de oro y plata.

—Bien, si no hemos podido comprarlo, tendremos que derrotarlo. Dictaré una carta para el almirante Andrea Doria. Este próximo otoño tomaremos Argel, la base de operaciones de ese pirata, y acabaremos con su flota.

—¿En otoño, mi señor? El almirante Doria no es partidario de navegar en esa estación; siempre ha dicho que es demasiado arriesgado, que las tempestades…

—En otoño he dicho —asentó con toda su autoridad el emperador—. Enviad una carta de inmediato a don Andrea, que en octubre tenga la flota lista para ocupar Argel. Destruiremos el cubil de la bestia. —Así denominó Carlos el puerto donde tenía Barbarroja su principal base de operaciones y suministros.

—Sí, majestad.

—Y ahora llamad a don Pablo Losantos. ¡Otra vez esta maldita gota!

Ratisbona, 29 de julio de 1541

—¡Casi cuatro meses, más de cien días esperando una respuesta de los protestantes, para nada!

Carlos de Austria estaba de muy mal humor. Esa misma mañana las negociaciones que durante tantas semanas habían celebrado católicos y protestantes en Ratisbona se habían roto; cualquier esperanza de llegar a un acuerdo se había difuminado como la neblina ante la fuerza del sol. El único acuerdo concreto adoptado tras todas aquellas semanas de debates fue celebrar una nueva Dieta en el plazo de año y medio. Durante ese tiempo todo quedaría como estaba en ese momento; católicos y protestantes deberían abstenerse de encabezar cualquier enfrentamiento.

La única alegría que los alemanes concedieron al emperador fue la aprobación de contribuir con varios miles de soldados a la guerra contra el turco en Hungría y el apoyo militar si estallaba una nueva guerra contra Francia.

—No os mováis, majestad, os lo ruego. —El médico Pablo Losantos intentaba calmarle el dolor que la gota le provocaba en la pierna desde hacía un par de meses, mientras el emperador permanecía sentado en una silla en su alcoba del palacio imperial.

—El papa Paulo no ha cedido ni una pulgada en las posiciones iniciales de la Iglesia y los protestantes, tras acordar algunos puntos en los primeros días, se han vuelto atrás acusando a Roma de actuar con intransigencia. El papa solo acepta perdonar a Lutero y a sus seguidores si todos ellos admiten públicamente la renuncia a todas sus reivindicaciones y juran abandonar cualquier idea ajena a las de la Iglesia romana.

—Señor, me alegro de que vuestra hija María se encuentre mejor de su enfermedad. —El médico procuró que se calmara el enfado del emperador. Había llegado la noticia de que María de Austria había superado unas fiebres que la habían aquejado aquella primavera.

—Es una jovencita muy fuerte, como su abuela la reina doña Juana —asentó Carlos recordando la fortaleza de Juana la Loca, la reina legítima de Castilla y de León pese a su forzado encierro en Tordesillas.

»¿Cómo veis esa pierna, don Pablo?

—Mal, majestad. No podéis seguir comiendo ni bebiendo como lo hacéis.

—Hace años que venís diciéndome lo mismo.

—Y no hacéis caso alguno a mis consejos. La gota es una enfermedad provocada por un excesivo consumo de carne y de cerveza. Avicena así la describe.

—¡Ese médico era un infiel!

—Avicena ha sido uno de los más grandes médicos de la historia, majestad. Gracias a él sabemos cómo curar muchas enfermedades.

—Pues sus remedios no han servido de nada con mi gota.

—Porque no seguís mis indicaciones. No comáis carne de buey ni de aves y dejad de beber cerveza y vino en cantidades tan elevadas. Cuando habéis hecho dieta y habéis seguido mis indicaciones, la gota y los dolores que conlleva han desaparecido, pero regresan al poco de volver a beber y a comer lo que os gusta.

—Os haré caso, don Pablo, pero ahora procurad que desaparezca este dolor. ¿Sabéis algo más de mi hija doña María?

—Lo mismo que vos, majestad; lo que dice su médico en la carta que os envió hace unos días y que me permitisteis leer.

—María solo tiene doce años, pero ya es casi una mujer. El año que viene tendrá la edad legal para casarse. Pronto podría darme un nieto. ¡Un nieto!

—Yo también quisiera tener algún nieto.

—Tenéis dos hijos, si no recuerdo mal.

—Me sobreviven dos, señor, pero mi esposa, que en paz descanse, y yo tuvimos cuatro. Dos de ellos, Alonso y Beatriz, murieron al poco tiempo de nacer. Isabel acaba de cumplir veinte años, pero sigue soltera y creo que no tiene la menor intención de casarse. Y Luis, de diecinueve, estudia, como sabéis, en París. Supongo que no se casará hasta que no acabe sus estudios de medicina. —Pablo Losantos ocultó que lo que en verdad interesaba a su hijo era la astrología.

—Un médico no necesita un cuadrante —asentó el emperador ante la cara de sorpresa de Losantos.

—Bueno, eso… Sí, se trata de un regalo.

—Sabed, don Pablo, que nada se mueve en la corte sin que yo me entere. Supe que comprasteis hace una semana ese cuadrante en uno de los talleres de Núremberg y que lo enviasteis a vuestro hijo a París.

—Luis, mi hijo, es aficionado a escrutar las estrellas, supuse que le gustaría ese regalo.

»Ya está, majestad, ahora deberéis observar una alimentación estricta, como os he indicado, o los dolores de la gota volverán, con más fuerza si cabe.

—Necesito recuperar la salud, don Pablo. Hace unos días apareció muerto el cuerpo de un tal Antonio del Rincón. Era de origen español, pero había vendido sus servicios como espía al servicio del rey de Francia. Lo detectamos y lo estábamos vigilando, pero alguien se tomó la justicia por su mano y lo liquidó, según parece, cuando navegaba en una barca por el río Po camino de Venecia. Don Francisco supone que esa muerte se debió a una orden mía y ha acusado al marqués del Vasto de ejecutarla. Ha jurado vengarse. Creo que habrá una nueva guerra con Francia con esa excusa.

—Mala noticia, majestad.

—Por eso debo estar bien de salud y poder moverme sin estos malditos dolores. Voy a desencadenar un gran ataque contra los turcos en el norte de África antes de que don Francisco nos declare la guerra y quiero dirigir el ejército personalmente, como hice en la campaña de Túnez hace unos años. Los soldados de los tercios quieren ver a su rey a la vanguardia de las tropas. De modo que dejadme en condiciones para que pueda hacerlo.

—Señor, si seguís la dieta que os voy a recetar, en un mes estaréis corriendo al frente de vuestros hombres por las playas de África.

Norte de Italia, principios de septiembre de 1541

El canciller se cubrió el rostro con las manos. El correo que le había entregado la carta con la terrible noticia aguardaba una respuesta.

—Retiraos a descansar; lo tenéis merecido —le ordenó—. Yo me encargo de informar personalmente al emperador.

—Gracias, señor.

Lo que tanto temían ya estaba ocurriendo. El canciller volvió a desplegar la carta y leyó de nuevo para sí, ahora con más calma:

«Del gobernador de Viena a su Santa Católica Majestad Imperial, que Dios guarde: Señor, el pasado 28 de agosto el numerosísimo ejército del sultán Soleimán entró en las ciudades de Buda y de Pest, que son la llave del Danubio. Al día siguiente el sultán se proclamó señor de Hungría y declaró anexionado este reino al Imperio otomano.

»Nuestros hombres en la fortaleza de Buda y en las murallas de Pest intentaron rechazar al enemigo, pero los contingentes que formaban su ejército eran tan numerosos como una nube de langostas y abrumaron a los defensores en superioridad de combatientes y de armas.

»Pese a combatir con fiereza y con lealtad a vuestra majestad, nada pudieron hacer para rechazar las acometidas de los jenízaros, que fueron los primeros en rendir Buda. Poco antes de morir, el rey Juan de Hungría dejó como heredero de este reino a vuestro hermano don Fernando de Austria, pero Segismundo, el hijo del rey Juan Zapolya, ha reclamado el trono, se ha aliado con el sultán y se ha proclamado su vasallo.

»Hungría ha dejado de ser un reino cristiano para convertirse en una especie de protectorado de los turcos. Dada la voracidad con la que estos infieles se comportan, pienso que la próxima conquista que ambicionan es la de esta ciudad imperial de Viena. Por ello, majestad, os ruego que nos prestéis protección y enviéis cuanta ayuda sea posible en nuestro auxilio».

«Si cae Viena en manos de los turcos, toda la cristiandad estará perdida —dijo para sí el canciller—. Veamos qué piensa el emperador».

Hacía un par de semanas que Carlos había dejado Alemania y andaba atravesando el norte de Italia: había ordenado que se concentraran en el puerto de La Spezia la flota y el ejército para iniciar la campaña que había programado contra los turcos en el norte de África. Tras sopesar varios objetivos, se había decidido por atacar la plaza de Argel, el principal puerto de la armada turca en el Mediterráneo occidental y base de operaciones del corsario Barbarroja.

—Señor, llegan muy malas noticias de Hungría —le comunicó el canciller al emperador, que andaba estudiando un mapa de la costa de Argel para preparar el desembarco en el lugar más adecuado.

—¿Los turcos?

—Sí, majestad. Las ciudades de Buda y de Pest han caído en sus manos. La mayor parte del reino de Hungría es ahora una provincia del Imperio otomano.

—Tenía que ocurrir algo así. Lo esperaba. Ya lo predije hace un par de meses. Estarán contentos esos protestantes. Mientras católicos y protestantes discutían en Ratisbona sobre el sexo de los ángeles, los turcos avanzaban Danubio arriba y supongo que ahora el rey de Francia nos declarará la guerra. Es lo que estaba esperando.

—¿Qué hacemos, majestad?

—Lo que estaba previsto. Pasaremos a la ofensiva de inmediato; defenderemos Viena y conquistaremos Argel. Necesitamos una victoria contundente en África que frene las ambiciones de Soleimán y devuelva la confianza a nuestros hombres.

»Barbarroja está en Estambul, de modo que los corsarios no tendrán a su almirante al mando. Ordenad a los comandantes de todo el ejército que estén listos en un mes para la toma de Argel.

—¡Un mes! Pero si el plan era lanzar esa ofensiva la próxima primavera —se sorprendió el canciller.

—Un mes —asentó el emperador con toda firmeza.

A la semana siguiente se supo en Viena y enseguida se comunicó al emperador que el sultán otomano no aprobaba que un hijo de Juan Zapolya fuera rey de Hungría, ni aun bajo la soberanía de los turcos. Los planes de Soleimán para Hungría pasaban por convertirla en un protectorado de su imperio, para desde allí acometer su gran objetivo, la conquista de Viena, y luego de toda Alemania, hasta el curso del río Rin.

Las cartas que llegaban de España destilaban los mismos miedos. Los gobernadores de las regiones costeras del Mediterráneo suplicaban al emperador que dispusiera los medios necesarios para acabar con las constantes incursiones de las galeras corsarias del pirata Barbarroja, lo que implicaba llevar a cabo un contundente golpe de mano en el puerto de Argel para acabar con esta base de operaciones, desde donde las galeras berberiscas acosaban una y otra vez a los barcos mercantes y a las aldeas costeras de los cristianos.

«La unión de la cristiandad; soy el garante de la unión de todos los cristianos», se repetía en vano, una y otra vez, el emperador, a quien sus consejeros no cesaban de halagarle los oídos repitiéndole que era él el monarca destinado por Dios para mantener vivo el sueño de la unión de la cristiandad: «Un solo dios y un solo rey bajo un único sol».

Pero ¿dónde anidaban ahora esos deseos? ¿Dónde habían quedado olvidados? ¿Cómo era posible encabezar a toda la cristiandad si la mitad de los príncipes alemanes prefería alinearse con los turcos antes que pedir perdón al papa?, ¿si tenía que enfrentarse a los reformadores

protestantes de Alemania? ¿Cómo iba a hacerlo si tenía que discutir una y otra vez con el sucesor de san Pedro? ¿Cómo lo lograría si no se fiaba de la actitud de la República de Venecia?

El emperador no podía relajarse, no podía rendirse. Sobre sus hombros se asentaba la causa y la esperanza de millones de cristianos.

En aquellos tiempos de mediados de la decimosexta centuria el poder otomano estaba en uno de sus momentos de máximo apogeo. De la mano firme y poderosa del sultán Soleimán, los turcos dominaban todo el Mediterráneo oriental y la mitad sur del occidental, los territorios del antiguo imperio de Bizancio y una buena parte de Asia occidental. Su soberano era el único que podía discutirle a Carlos de Austria el título de dueño del mundo.

Como había pensado hacía meses, la única esperanza en esas circunstancias era un contraataque en el norte de África y arrojar del Mediterráneo occidental a las naves turcas; luego, ya se vería.

Carlos emitió las órdenes correspondientes para que el ejército estuviera preparado para la guerra contra el turco. Y propició que se sumaran a él un gran número de aventureros y hombres de fortuna, nobles acompañados de sus correspondientes séquitos, hidalgos y escuderos que no tenían ni un mal guiso para llevarse a la boca. Entre los capitanes que se enrolaron en el ejército se encontraba Hernán Cortés, que había vuelto a España rodeado de la aureola por haber sido el conquistador de México.

Desde que el emperador había revelado su plan de atacar las bases navales turcas en las costas de África varios de sus consejeros y generales le habían informado que no era acertado arriesgarse a una empresa militar en el Mediterráneo cuando los otomanos estaban acercándose a Viena, y mucho menos en otoño, la peor época de tormentas en ese mar.

Andrea Doria le recomendó que abandonara esa idea y que se quedara en el norte de Italia al menos hasta la primavera.

La Spezia, 27 de septiembre de 1541

Decenas de galeras fondeaban en el puerto de La Spezia listas para zarpar en cuanto se diera la orden.

El emperador había decidido, como hiciera unos años atrás en Túnez, dirigir personalmente la campaña contra Argel, el puerto que se consideraba como un nido de piratas y el principal refugio de los corsarios berberiscos en el Mediterráneo. De nada habían servido las recomendaciones de sus consejeros para que anulara esos planes.

Los estrategas lo habían convencido de que, si tomaba Argel y asentaba allí una guarnición que lograra mantener bajo su dominio esa ciudad, los turcos perderían su mejor base de operaciones en el Mediterráneo occidental, se verían obligados a replegarse a las islas del Egeo y las costas de España y de Italia quedarían libres de la permanente amenaza de una invasión otomana.

—Majestad, la flota está lista. ¡Que tiemble la Sublime Puerta! —informó Andrea Doria, el viejo almirante genovés, jefe supremo de la flota imperial en el Mediterráneo.

—¿La Sublime Puerta? —se extrañó el emperador.

—Así es como se refieren ahora algunos al Imperio otomano, majestad. Ese es el nombre del portal que da paso a las dependencias del sultán en el palacio de Topkapi, en Constantinopla —Doria utilizó el nombre antiguo para denominar a la capital del Imperio que los turcos llamaban Estambul—, y que se usa, por extensión, para englobar todos sus dominios.

—La Sublime Puerta…

—Esperamos vuestra orden para zarpar —le indicó Andrea Doria.

—Pues ¡adelante! ¡Derribemos cuanto antes esa Sublime Puerta! —Carlos asintió sin dejar de contemplar el formidable despliegue de los navíos de guerra, que enarbolaban las banderas de los reinos de España y de la casa de Austria.

—Transmitid la orden a todas las embarcaciones de la flota: levad anclas y rumbo al oeste —ordenó Doria a sus ayudantes.

Mediante banderas de señales se comunicó a los capitanes de todos los barcos que iniciaran las maniobras para salir del puerto.

—¿Cuántas naves forman la flota? —preguntó Carlos a Andrea Doria.

—Sesenta y cinco grandes galeras de guerra y trescientos navíos de menor tamaño para transporte de tropas y de pertrechos, majestad. De Málaga saldrán en dos días otras quince galeras y doscientos barcos de apoyo. La flota se concentrará en Mallorca y en Menorca en tres días, y de allí pondremos rumbo a Argel.

—¿Cuántos soldados componen la expedición? —le preguntó el emperador a Fernando Álvarez de Toledo, capitán general del ejército.

—Hemos embarcado a cuarenta y cinco mil infantes y dos mil jinetes con sus correspondientes caballos, además de doscientos guzmanes, esos soldados de fortuna que combaten con tanto arrojo —respondió el duque de Alba.

—¿Serán suficientes para tomar Argel?

—Deben serlo, señor; no tenemos más efectivos que estos.

—¿Y si fracasamos?

—En ese caso, que no se producirá, las costas de España e Italia quedarían desprotegidas.

—¿Habéis revisado el plan de ataque? —preguntó de nuevo Carlos.

—Una y otra vez, majestad. Ahora vamos a Mallorca, donde nos aprovisionaremos y reuniremos a toda la flota, y saldremos a acabar con esos piratas.

—No podemos fallar —asentó Carlos.

—Esta vez no ocurrirá como en Castelnuovo. Ahí nos derrotaron por falta de suministros, pero en esta ocasión iremos bien pertrechados —se justificó el duque de Alba.

El almirante Andrea Doria no estaba tan seguro, pero calló.

Formaban aquel ejército un complejo conglomerado de soldados veteranos y noveles procedentes de España, Alemania e Italia, y al frente estaba lo más granado de la nobleza española, desde miembros del linaje del Gran Capitán a notables marqueses, duques y miembros de las órdenes militares.

Bahía de Mallorca, mediados de octubre de 1541

—No os veo convencido de ganar esta guerra —le dijo el duque de Alba a Andrea Doria cuando el emperador los dejó solos en el puente de mando de la galera capitana, fondeada ante el puerto de Mallorca.

—Ni yo a vos, don Fernando —replicó el almirante.

—Porque no lo estoy. Hace ya varias semanas que le aconsejé al emperador que abandonara esta idea de emprender una campaña en otoño, cuando las tormentas son más frecuentes en las aguas costeras del norte de África. Pero me miró con cierto desinterés y se limitó a decirme que quería acabar cuanto antes con ese nido de serpientes que es Argel.

—¿No pudisteis convencerlo de lo inoportuno, según vuestra opinión, de esta expedición?

—No. El emperador necesita una victoria contundente contra los turcos y sus aliados. La caída de Buda y de Pest ha sido un duro golpe y pretende devolverlo cuanto antes. Cree que la mejor manera de impedir el avance de los turcos por el centro de Europa es asestándoles un duro golpe en el Mediterráneo. Además quiere demostrar a sus súbditos de España que está dispuesto a eliminar la amenaza de los piratas berberiscos que tantos daños están causando.

En la bahía de Palma de Mallorca se estaban concentrando las galeras y naves auxiliares de las dos flotas llegadas desde La Spezia y desde Málaga.

A las órdenes directas del emperador formaban los mejores generales del ejército, encabezados por el duque de Alba. Allí estaba el capitán Hernán Cortés, cuyo prestigio como conquistador del Imperio de los aztecas y los mexicas exaltó el ánimo de los soldados, que lo veían como un soldado casi invencible.

—Este ejército está formado por los más valerosos y experimentados veteranos de los tercios españoles. Si nos lleváis hasta Argel y logramos desembarcar todas las tropas, esa ciudad y todo su territorio caerán en menos de una semana en nuestras manos —asentó el duque de Alba.

—En condiciones normales de navegación alcanzaríamos esas costas en dos días, pero en esta época del año el tiempo cambia muy deprisa. El éxito de esta empresa dependerá más del caprichoso cielo que de nosotros mismos —asentó el almirante Doria.

—Dios está con nosotros —dijo el duque.

—Eso espero.

Antes de zarpar hacia Argel se revisó toda la intendencia de la flota. Los artilleros dieron cuenta del estado de los cañones, la munición y la pólvora; los armeros de las picas, las espadas, los arcabuces, los picos y las demás armas; los cocineros recontaron los barriles y botellas de agua, el bizcocho, la cecina, el queso, las legumbres, el vino, el aceite, la manteca y los frutos secos.

Con todos los informes sobre su mesa, el emperador dio orden de zarpar a las galeras, los escorchapines, las tafurcas y las demás naves menores llegadas de todos los puertos de España.

Costa de Argel, 20 de octubre de 1541

Como había previsto Andrea Doria, la travesía desde Mallorca hasta Argel duró dos días.

Durante la primera jornada todo parecía ir bien. El mar estaba en calma, el viento soplaba favorable y no se veían nubes amenazadoras. Además, los oteadores enviados a bordo de naves ligeras para informar sobre la posición del enemigo revelaron que la mayoría de la flota de Barbarroja no estaba fondeada en la bahía de Argel, cuyas fortificaciones eran mucho menos imponentes que las que hacía seis años habían sido superadas y vencidas en Túnez. Cuando en la galera capitana del emperador se recibieron aquellos datos y los comentaron sus generales, todo parecía indicar que el triunfo estaba en sus manos.

—Señores —dijo el emperador ante sus capitanes, reunidos en la galera desde la que se comandaba la flota imperial—, aunque se haya reforzado al saber de nuestra llegada, Argel apenas tiene defensas que oponer a nuestras tropas. Nuestros informadores dicen que solo la defienden un millar y medio de turcos con experiencia en el manejo de las armas y unos cinco mil hombres sin instrucción militar. Además, apenas hay un puñado de galeras de guerra amarradas en su puerto.

Ante las palabras de Carlos, los capitanes se miraron sonrientes. Muchos de ellos ya se veían entrando triunfantes en Argel, cuyos cinco mil vecinos no podrían resistir a una armada tan

poderosa.

—Será un paseo —comentó uno de ellos.

—No estéis tan seguro —replicó Andrea Doria, quien, pese a las palabras del emperador, parecía intranquilo.

—¿Qué os inquieta, don Andrea? —demandó Carlos, que se dio cuenta enseguida de las reticencias del almirante.

—No va a ser tan fácil, señor.

Carlos sonrió. Doria era su mejor comandante, el almirante en jefe de la Marina, un hombre experimentado y valiente, pero era ya mayor y el emperador achacó esas reticencias a la edad de don Andrea, que ya había cumplido los setenta y cinco años y era, con mucho, el soldado más viejo de todo el ejército.

Doria era un veterano marino, había surcado cientos de veces las aguas de ese mar y conocía muy bien cuán variables e imprevisibles podían ser los cambios de tiempo en otoño.

Y tenía razón.

Al amanecer del segundo día ante las costas de Argel el tiempo dio un brusco giro.

Lo que hasta ese momento era un mar en calma y un cielo azul y despejado fue tornando en apenas una hora en un mar rizado y unos vientos de poniente que anunciaban la inminente llegada de una tormenta.

El cielo se encapotó muy deprisa, como si la mano invisible de un gigante arrastrara un manto de oscuras nubes grises ocultando el azul celeste; las aguas se embravecieron y se agitaron en una vorágine de olas que azotaban los cascos de las naves y barrían con una fuerza demoledora sus cubiertas.

Comenzó entonces a caer agua entre truenos y relámpagos, como una densa cortina que impedía ver con claridad más allá de la longitud de una galera.

Las primeras naves en sufrir el envite de la galerna fueron las que formaban el grupo de la retaguardia, hacia poniente. El huracán las dispersó como si se tratara de un montón de hojas secas batidas por un vendaval.

—¡Hacia la costa, hacia la costa! —ordenó Andrea Doria que se transmitiera este mensaje mediante las banderas de señales, pero muchas de las embarcaciones ni siquiera pudieron atisbarlo.

—Señor —le dijo el vigía de la galera capitana—, las naves de la retaguardia se están dispersando. La mitad de la flota al menos no ha podido recibir nuestro mensaje.

—¡Poned la nave rumbo a tierra! Las demás nos seguirán —ordenó Doria.

A fuerza de remos, varias galeras lograron alcanzar la costa y buscar refugio en un puerto que llamaban Matafú, y consiguieron desembarcar las tropas que transportaban en una playa a unas cinco millas al oeste de Argel.

Desde la proa de su nave, donde el emperador se mostraba en posición destacada para que todos sus hombres pudieran verlo, el viejo almirante observó el desembarco de los soldados, muchos de ellos veteranos de la campaña de Túnez, y respiró con cierto alivio.

Pero el tiempo empeoraba y el viento soplaba a cada momento con mayor fuerza, hasta que se desató una tempestad colosal.

Doria miró hacia el oeste y vio acercarse una masa de nubes que se hicieron a cada momento más densas y oscuras, hasta que un relámpago rasgó el cielo, un trueno ensordeció a las tropas y parecieron abrirse las nubes para dejar caer otro mar desde lo alto.

Mar Mediterráneo, frente a la costa de Argel, noche del 22 al 23 de octubre de 1541

Hacía ya dos días que la flota se había desplegado frente a la costa de Argel. Unas naves habían logrado alcanzar la orilla y habían quedado varadas en la playa, otras resistían a duras penas el envite de las olas y el viento y la mitad al menos había desaparecido del horizonte. A la vista de la tormenta que se les había venido encima, Andrea Doria había sugerido al emperador poner rumbo a Sicilia y esperar a resguardo de sus puertos a que se calmara el tiempo. Su experiencia le decía que, tras los reiterados envites de la tormenta que estaban soportando, no tardaría en desencadenarse una gran tempestad, mayor que todas esas oleadas juntas, y que si los sorprendía en aguas abiertas sería un verdadero desastre.

Al atardecer, en el horizonte occidental resplandecieron unos relámpagos que anunciaban una nueva e inminente acometida.

De inmediato, Andrea Doria ordenó que todos los barcos de la flota que seguían navegando se colocaran al pairo. Los capitanes bracearon las gavias y arriaron las velas superiores, rolando a barlovento, para que el viento, que iba aumentando de fuerza conforme se acercaba el ojo del huracán, entrara por la proa. A la vez, las cañas de los timones se colocaron a sotavento, para tratar de paliar los efectos del gigantesco vendaval que se avecinaba.

—No debimos zarpar en esta época del año —lamentó Doria, una vez más, cuando llegaron las primeras ráfagas de viento huracanado y zarandearon las primeras naves de la formación.

Los barcos más grandes aguantaron firmes, pero los más ligeros fueron desarbolados y arrastrados hacia la costa.

—¡Recoged todas las velas y ciad con fuerza, con fuerza, de proa a la tormenta! —ordenó Doria a los marinos de la galera capitana, que respondieron enseguida remando hacia atrás.

—¡Almirante! —Carlos de Austria apareció en cubierta y llamó a Andrea Doria, que acudió presto.

—Majestad…

—¿Por qué no seguimos navegando hacia la costa? Allí hay ya muchos soldados que esperan nuestra ayuda.

—Se nos echa encima una gran tempestad con fuertes vientos del oeste, mi señor. La única forma de evitar que arrastre a toda la flota y la desbarate es colocarnos al pairo e intentar soportar los vientos de proa.

—Eso nos retrasará. Y nuestros hombres en tierra pueden ser atacados entretanto.

—Es mejor esperar un día más que arriesgarnos a que el viento nos alcance por estribor, arrastre las naves a la deriva y nos estrelle contra la costa, señor.

—No podemos perder tiempo. Según nos han informado nuestros agentes, las tropas enemigas que hay acantonadas en Argel son muy inferiores a las nuestras, si atacamos sin darles tiempo a reforzarse podremos derrotarlas con facilidad.

—Majestad, por lo que sabemos, tras los muros de Argel solo hay mil quinientos soldados. Sí, los defensores son inferiores en número, pero nosotros carecemos de artillería de tierra para abatir esos muros y con estas olas no podremos apoyarnos en los cañones que montan las galeras.

—Dirigid las naves hacia la costa. Tenemos que desembarcar. No es el momento de echarnos atrás —ordenó el emperador.

—Si hacemos eso, vamos directos al desastre, sire.

—O a la gloria. Dad la orden, almirante. ¡A la costa!

—¡Todos los timones a babor! —ordenó Andrea Doria a su piloto—. Transmitid la orden a todos los barcos. Rumbo a la costa.

Costa de Argel, amanecer del 23 de octubre de 1541

Al amanecer, con la tempestad todavía desatada, el panorama que observó Carlos de Austria desde la proa de la galera capitana fue desolador. La línea de la flota había sido desbaratada por el vendaval. Decenas de barcos de todo tipo cabeceaban ante la furia de las olas: unos se alejaban y se perdían arrastrados mar adentro, otros eran lanzados hacia la costa hasta embarrancar en las playas o estrellarse contra las rocas.

—¡Arriad todas las velas y usad solo los remos! ¡El timón todo a babor, hacia la costa! —ordenó Doria a su piloto, que manejó la pala del timón procurando cumplir la orden del almirante.

—El oleaje es muy fuerte, no sé si lo conseguiremos —dudó el piloto.

—Allá, hacia aquella playa —indicó Doria en medio de una lluvia torrencial que barría la cubierta de la galera.

La quilla del enorme navío de guerra encalló en la arena de la playa que había indicado el almirante.

Varios hombres saltaron por la borda, con el agua cubriéndoles hasta la cintura, y tiraron de la nave con unas cuerdas atadas a la base del mástil de proa y a las amuras.

—Asegurad la galera y que los arcabuceros desembarquen rápido y formen una línea de protección.

—Lo habéis conseguido, almirante, enhorabuena —felicitó Carlos a Andrea Doria.

—Gracias, majestad; espero que el cielo nos ampare.

Buena parte del ejército había logrado desembarcar en la costa de Argel aquella mañana, pero el oleaje había desplazado y dispersado a las naves a lo largo de una línea de unas cinco millas al este. Además, la mayor parte de los caballos, las armas pesadas, las municiones y la impedimenta no habían podido ser desembarcados.

—Asentad en ese altozano una posición de defensa. Allí ubicaremos el puesto de mando —Carlos señaló una elevación que dominaba esa zona de playa.

El viento seguía soplando con fuerza de poniente, lo que dificultaba las maniobras de aproximación de muchas embarcaciones, cuyos pilotos pugnaban por dirigirse a la costa. El viento huracanado alejó a las naves de suministros, más lentas y menos maniobrables, que bogaban tras las galeras de guerra. Los generales contemplaron desde la playa cómo se alejaban los barcos que transportaban las provisiones, las armas y las municiones.

Pablo Losantos, que viajaba a bordo de la galera imperial, pensó que, si salía vivo de esa, tendría como médico mucho trabajo por delante.

Costa del norte de África, 2 de noviembre de 1541

Durante dos días y una noche no dejó de soplar un vendaval huracanado del oeste.

Solo unas pocas galeras habían logrado desembarcar en las playas de Argel; otras muchas habían naufragado desarboladas y no pocas habían perdido su artillería, arrojada al mar por sus capitanes ante el peligro de zozobrar e irse a pique.

Pero lo peor estaba por llegar. La noche del 24 de octubre se desató un huracán que acabó hundiendo un centenar y medio de barcos. Abandonados en las playas, sin suministros de comida ni de municiones, miles de soldados estaban a merced de los enemigos.

El emperador contemplaba el desastre desde su puesto de mando en un altozano, junto a la playa donde hacía una semana había fondeado la galera capitana. A lo largo de la línea de costa vio acercarse a varios regimientos de la caballería ligera otomana que habían salido de Argel. A su lado estaba el capitán Hernán Cortés.

—Capitán, preparad una línea de defensa de arcabuceros en esa zona —le ordenó Carlos.

—Apenas tenemos munición, majestad. No podremos detenerlos durante mucho tiempo —respondió Cortés.

—Pues hacedlo con picas, espadas, escudos…, ¡con lo que sea!

—¡Malditos cobardes! —gritó de pronto el conquistador de México.

—¿Qué pasa? —se turbó el emperador.

—Son los italianos, majestad, están abandonando sus puestos; huyen hacia el este.

Carlos comprobó que varios cientos de soldados de los regimientos italianos embarcados en La Spezia se alejaban corriendo por la línea de costa hacia levante, en dirección contraria al enemigo.

La caballería otomana se acercaba al galope y Carlos solo tenía a su lado medio millar de lansquenetes alemanes. Se acordó entonces de la batalla de Túnez y de cómo su arenga y su decisión los llevó a la victoria en una situación muy difícil.

Se quitó la cimera de combate para que todos le vieran bien el rostro y lo identificaran como su emperador, desenvainó su espada, la alzó al aire y gritó:

—¡Soldados del emperador, hombres de Alemania!, estamos solos ante esos demonios sarracenos, pero somos más fuertes que ellos y tenemos más valor. Formad en filas apretadas, enristrad las picas con todas vuestras fuerzas, mantened firme la línea y combatid por vuestra fe con todo vuestro valor. Demostremos a esos infieles de lo que es capaz de hacer un soldado alemán.

Los mercenarios alemanes, al escuchar en su propio idioma la arenga del emperador, alzaron sus armas, gritaron como un solo hombre y se aprestaron a combatir.

Sin pólvora, sin caballos y sin artillería, los lansquenetes alemanes apuntaron con sus picas al frente y asentaron firmes sus botas sobre la arena, esperando la carga de los jinetes turcos.

La embestida de la caballería otomana, con sus caballos amedrentados por la muralla de púas de hierro, no tuvo la contundencia necesaria como para desarbolar la línea de defensa de los alemanes, que se mantuvo firme y sólida al lado de su emperador. Los arcos ligeros de los jinetes turcos acabaron con algunos soldados imperiales, pero la carga fue rechazada.

—En el terreno abierto de esta playa no podremos aguantar un segundo ataque de esos jinetes —le dijo Hernán Cortés al emperador.

—¿Qué sugerís, entonces, don Hernán?

—Contraatacar ahora que no lo esperan y asaltar las murallas de Argel.

—Reuniré al consejo militar con todos los capitanes y veremos qué hacer.

Una hora más tarde, en el pabellón del emperador, los generales y capitanes del ejército debatían sobre las circunstancias del momento.

—Señores, nuestra situación es desesperada. Hemos logrado rechazar la primera carga de la caballería ligera enemiga, pero hemos gastado en ello la escasa munición que nos quedaba. En cuanto se den cuenta de nuestra situación, y no será a mucho tardar, volverán con artillería y nos batirán con suma facilidad. ¿Qué proponéis?

—No nos queda otro remedio que retirarnos en busca de un lugar seguro y hacernos fuertes allí hasta que podamos recibir suministros. El temporal ha amainado y nuestros barcos pronto podrán hacernos llegar armas y pólvora —propuso el duque de Alba.

—Casi no quedan barcos en el mar, majestad —alegó Hernán Cortés—. Yo propongo que ataquemos Argel mañana mismo. Los defensores son pocos y estarán descuidados porque no esperan un contraataque por nuestra parte. Los podemos coger por sorpresa y una vez dentro de Argel será fácil alzarnos con la victoria.

—El capitán Cortés habla con valentía, majestad, pero, sin artillería para abatir los muros de Argel y sin pólvora para nuestros arcabuces, nunca podremos tomar esa ciudad. Debemos retirarnos o perderemos todo el ejército —intervino el duque de Alba.

—Yo ataqué Tenochtitlán, una ciudad diez veces más grande y poblada que Argel, con un puñado de hombres y la conquisté para vuestra majestad. Dejadme dirigir el asalto y os entregaré Argel antes de dos días —dijo Cortés.

—Nos retiramos —ordenó el emperador alzando la mano y bajando los ojos—. El duque de Alba tiene razón: no podemos atacar Argel sin los arcabuces y sin artillería.

—Si nuestros enemigos, majestad, se enteran de este fracaso, no dudarán en combatirnos en todos los frentes —añadió Cortés.

—Enviaremos cartas en las que se exponga que estamos bien y que esta campaña ha sido el primer paso de una cruzada que continuará. Nuestros embajadores lo explicarán de este modo en todas partes —indicó el emperador.

Carlos se retiró a su tienda apesadumbrado y dolido ante el fracaso. La empresa de Argel había acabado en un gran fiasco. En la playa había desplegados varios miles de hombres, pero estaban indefensos y carecían de munición y alimentos, por lo que había que embarcarlos con toda celeridad antes de que los otomanos y sus aliados berberiscos se reorganizaran y lanzaran un ataque aniquilador.

Por fortuna, cuando se realizó el recuento de bajas solo se había perdido un tercio de la flota. Gracias a la pericia de Andrea Doria se había conseguido que el desastre no fuera total. Con lo que restaba se podía embarcar a todos los hombres y regresar respectivamente a España e Italia.

Desde la puerta del pabellón imperial, cerca de la ciudad de Bujía, a noventa millas al este de Argel, el emperador observaba cómo los soldados embarcaban en los navíos que habían resistido a las tormentas de la semana anterior.

Pablo Losantos estaba curando una herida que el emperador tenía en su pie izquierdo, ya muy delicado por los constantes ataques de gota.

—Os vendaré esta herida, pero deberéis curarla bien en cuanto sea posible, majestad —le dijo el médico.

—En cuanto volvamos a España —asentó el emperador.

—Entre tanto, procurad no caminar y guardad todo el reposo que os sea posible.

—Don Andrea Doria tenía razón. Nunca debimos emprender esta campaña en otoño.

—Una tormenta puede presentarse en cualquier mes del año en estas costas, majestad.

—He fracasado. Me dejé llevar de forma precipitada y a causa del ansia de revancha por la pérdida de Hungría. El ejército no estaba bien organizado, lo hicimos todo muy deprisa y sin tener en cuenta los suministros que requiere un ejército tan grande. Puse esta empresa en manos de Dios, pero no hice caso a los consejos de mis mejores hombres.

»Dios me ha castigado por ello, por vanidoso —se lamentó el emperador.

—Pero, majestad, ¿por qué razón iba a hacerlo? Vos sois su mejor valedor en este mundo.

—Hay un motivo.

—Ni siquiera puedo adivinarlo.

—He permitido que los indios del Nuevo Mundo sean tratados por algunos de mis capitanes con una crueldad excesiva. Eso es lo que ha desatado la ira divina contra nosotros —dijo el emperador, que comenzó a derramar lágrimas de amargura y dolor.

—Dios está con vuestra majestad —afirmó Pablo Losantos.

—No, no lo está. He sido un terco, he actuado con soberbia y he cometido muchos errores. Dios no ha querido darme el triunfo y me ha castigado por ello.

»Esto es el fin de nuestra presencia en África. Nunca más volveré a estas tierras. Dios no quiere que siga este camino.

El emperador se dirigió hacia la galera capitana y, al verlo, todos sus hombres se sumieron en una gran desesperanza, pensando que iba a abandonarlos a su suerte.

Pero Carlos de Austria volvió a la playa, se subió a una elevación de arena y con rostro risueño arengó a sus soldados:

—No temáis, amigos míos, que no voy a abandonaros. Id embarcando todos, primero los italianos, luego los alemanes y por fin los españoles. Yo lo haré en último lugar.

Una vez a bordo el último soldado, el emperador subió a su galera y dio orden de zarpar.

Ocaña, 19 de diciembre de 1541

La mayor parte de lo que quedaba de la flota atracó en el puerto de Mallorca; algunas naves embarrancaron en la costa de Orán y sus tripulaciones fueron asesinadas por los berberiscos o vendidas como esclavos; otros libraron combates en la costa para salvar la vida; unas pocas naves fueron a Cerdeña y otras a Sicilia; y Carlos se dirigió a Caller, luego a Mallorca y por fin a Cartagena; quería encontrarse cuanto antes con sus hijos, sobre todo con su heredero Felipe, que se habían desplazado hasta la villa de Ocaña para reunirse allí con su padre.

—Felipito, tu padre el emperador está a punto de llegar —le anunció Francesillo de Zúñiga, el bufón que siempre acompañaba a Felipe desde que así se lo ordenara Carlos—. Debes estar preparado; tus hermanas ya esperan a la puerta de palacio.

—Francesillo, va siendo hora de que comiences a tratarme como tu príncipe y señor, y no como a un chiquillo —Felipe se puso serio.

—Pero siempre te he llamado Felipito…

—Pues va siendo hora de que me llames alteza. Ya he cumplido catorce años y no soy ningún niño. De modo que te prohíbo que en adelante te dirijas a mí como Felipito. ¿Lo has entendido?

El rictus del rostro del príncipe y su aire de determinación no admitían la menor duda sobre ello.

—Sí, alteza, lo he entendido —respondió circunspecto Francesillo de Zúñiga.

El príncipe cogió una chaqueta de piel y se la colocó sobre los hombros. Hacía frío aquella mañana de diciembre y un viento gélido y cortante recorría inclemente la llanura manchega.

A la puerta del palacio de los Cárdenas, uno de los más lujosos de cuantos esmaltaban las calles de Ocaña, las dos infantas esperaban a su hermano mayor. María, de trece años, y Juana, de seis, estaban serias. Educadas para casarse algún día con a saber qué rey y convertirse así en reinas, habían sido adoctrinadas convenientemente en la lealtad a la familia.

Felipe, que amaba a sus hermanas, las saludó con sendos besos.

—Padre está a punto de llegar —les dijo—. Supongo que estará triste, pues no ha podido vencer a los turcos, de manera que tenemos que mostrarnos cariñosos con él. ¿Entendido?

Las dos infantas asintieron.

La comitiva del emperador apareció al rato ante la puerta del palacio de los Cárdenas. Francesillo de Zúñiga se apresuró a saludar a Carlos con una exagerada reverencia que le devolvió el saludo. El bufón hizo un mohín gracioso que despertó varias sonrisas en los presentes.

—Mi fiel Francesillo… ¿Has cuidado bien de don Felipe? —le preguntó Carlos nada más descender del caballo.

—Como si se tratara de mi propio hijo, majestad.

Una broma como esa le hubiera costado una reprimenda o incluso un castigo a cualquiera, pero Carlos sonrió y su risa contagió a todos los demás.

—Hijos… —Carlos se dirigió hacia los tres hermanos con los brazos abiertos.

Primero abrazó a Felipe y después besó en la mejilla a María y a Juana.

—Padre, majestad… —dijeron los tres casi al unísono.

—Os he echado de menos, pero esos malditos turcos no nos dejan en paz y he tenido que ir a darles un escarmiento.

»Pero ya estoy de vuelta y quiero permanecer con vosotros tres una buena temporada. Hay mucho que hablar.

Al día siguiente a su encuentro en Ocaña, Carlos ordenó que Felipe acudiera a su presencia. En cuanto recibió al príncipe, ordenó que los dejaran solos.

—No he podido vencer a los turcos y Argel sigue en sus manos, pero el sultán ya sabe que estoy decidido a combatirlo en su terreno. ¿Lo entiendes? —Carlos le preguntó a su hijo.

—Sí, padre. Mis maestros me han explicado todo eso.

—Entonces ya sabrás que los turcos han ocupado Hungría.

—Sí. Me lo explicaron sobre un mapa.

—Algún día, quizá no muy lejano, me sucederás en el trono, y quiero hablarte de ello. Escucha con atención.

»Cuando vine a España para hacerme cargo de los reinos de mis abuelos los reyes Fernando e Isabel, yo apenas tenía tres años más que tú ahora. Desconocía las costumbres de España y ni siquiera entendía uno solo de los idiomas que hablan los españoles. Todo lo que veía me parecía extraño y no me sentía parte de esta gente; quizá por ello los españoles nunca me aceptaron como a su señor; pero lo era, y lo sigo siendo.

»Por el contrario, mi hermano Fernando, tu tío, había nacido aquí, en Alcalá de Henares, y se había criado con nuestro abuelo el rey Católico. A él sí lo querían. Incluso don Fernando pretendió saltarse la ley, que también nos obliga a los monarcas, y dispuso en un testamento que su heredero en los reinos de la Corona de Aragón sería mi hermano y no yo. Pero esa herencia, según la ley sucesoria aragonesa, me correspondía a mí, y solo a mí. De modo que el Católico cambió su testamento poco antes de morir, me nombró heredero y se restableció la ley.

»Mi hermano, a quien le había prometido la Corona de Aragón, se mantuvo leal a la familia y me aceptó como su rey. Cuatro años más tarde también murió nuestro otro abuelo, el emperador Maximiliano, y yo fui proclamado emperador. Tú ni siquiera habías nacido, de modo que yo no tenía un hijo que me sucediera. Había muchas guerras que librar, muchas batallas que

combatir y muchos peligros que sortear. Si yo moría sin engendrar un hijo, mi hermano Fernando sería mi sucesor en todos los reinos y señoríos de la casa de Austria.

»De modo que le otorgué el título de rey de romanos, lo que lo señalaba como mi sucesor legítimo, al menos en el Imperio. Un día, cuando el peligro acechaba por todas partes, le dije que si yo tenía un hijo lo nombraría sucesor en todos los reinos y dominios de la casa de Austria, es decir, los territorios hispanos, las Indias, los Países Bajos y las posesiones en Italia, pero también le prometí que, si me sobrevivía, él sería mi sucesor al frente del Imperio.

»Pero luego naciste tú, mi hijo, fruto del amor que sentí hacia tu madre, y me asaltaron las dudas. Pero le di mi palabra a mi hermano, la palabra de un rey, la promesa de un emperador.

—Padre —habló Felipe de pronto—, yo acataré vuestros deseos, sean cuales sean.

—Por los informes que recibo de tus maestros sé que eres un joven prudente y responsable, y que lees libros muy apropiados para tu formación.

—En esos libros se aprende a gobernar, padre. Yo procuro seguir vuestro ejemplo y el de los grandes hombres que os han precedido, como el Cid.

—¿El Cid? ¿Has leído su historia?

—Sí, en tres ocasiones. Siendo muy pequeño, uno de mis maestros me la leyó a la vez que la comentaba. Fue un gran caballero.

—Aunque desobedeció a su rey, por lo que tuvo que ser expulsado de su tierra.

—Sí, pero conquistó el reino de Valencia y se convirtió en un gran señor.

—Tú también lo serás. Quiero permanecer algún tiempo a tu lado y que estés preparado para el momento en el que te toque ocupar mi lugar. Yo cometí el error de no conocer a mis súbditos, pero tú sí lo harás. Visitaremos cuantas ciudades, villas y aldeas nos sea posible. Hablaremos con sus gentes y escucharemos lo que tengan que decir.

»Serás un gran rey, Felipe, un gran rey.

—¿Y el Imperio?

—Dejemos de momento ese tema; ya habrá tiempo para hablar de ello. Además, hay asuntos mucho más urgentes: la tensión con Francia, la amenaza de los turcos, la situación en Inglaterra…

Londres, diciembre de 1541

El mensajero que le dio la noticia al rey Enrique fue recompensado con diez ducados de oro. El soberano de Inglaterra respiró tranquilo. La destrucción de la flota imperial ante las costas de Argel por una cadena de tormentas parecía un castigo divino por la soberbia con la que Carlos de Austria se había mostrado tantas veces.

Aquel tampoco había sido un buen otoño para Inglaterra ni para su rey. Enrique había perdido mucho dinero con los juegos de azar y las apuestas, a los que era muy aficionado; también había gastado mucho dinero en fiestas y ceremonias; y había estado enfermo durante cuatro semanas.

Una epidemia de peste que había asolado Londres, donde llegaron a morir hasta trescientas personas cada día de aquel otoño, había obligado a la corte a abandonar la ciudad e instalarse en el campo, alejados del foco de la pestilencia.

Enrique, ya repuesto de la enfermedad que le impedía cabalgar, y su esposa Catalina Howard recorrieron las tierras del norte de Inglaterra. Durante aquel viaje el rey sospechó del comportamiento de su joven esposa, que aprovechaba cualquier ocasión para alejarse de él unas horas, e incluso un par de días, recurriendo a todo tipo de excusas.

—Vigilad a la reina —había ordenado a sus más fieles agentes— y mantenedme informado de cada uno de sus movimientos y de cualquier cosa que haga, hasta la más insignificante.

Antes de casarse con el rey de Inglaterra, Catalina Howard había sido amante de Enrique Manor, un apuesto profesor que le había dado clases de música y de otro tipo de artes, incluidas las amatorias. También lo había sido de un individuo poco recomendable llamado Francis Dereham, con el cual decían algunos que se había llegado a casar en secreto, y al que nombró su secretario particular una vez convertida en reina de Inglaterra.

Pero el gran amor de Catalina Howard era Tomás Culpeper, con el cual solía encontrarse a escondidas en viviendas particulares y posadas.

Así pasaron varios meses hasta que un día Francis Dereham, despechado porque Catalina no quiso atender a su requerimiento en recuerdo de los viejos tiempos y rechazó su propuesta de acostarse con él, decidió vengarse y se presentó ante el canciller Tomás Cranmer.

—Señor —le dijo Dereham al cardenal y canciller—, acuso a la reina de ser una mujer infiel y adúltera.

—¿Os dais cuenta de la gravedad de vuestra denuncia? —le preguntó Cranmer.

—Soy consciente de ello, señor canciller, pero es mi obligación desenmascarar a quien está traicionando de manera tan grave a nuestro rey.

—¿Tenéis pruebas que sostengan semejante acusación?

—Por supuesto, nunca hubiera denunciado este caso sin poseer la certeza de que es cierto lo que digo.

—Veamos esas pruebas.

Uno a uno, Francis Dereham fue relatando todos los detalles de los encuentros furtivos de la reina con su amante Culpeper: días, horas, lugares, nombres, cómplices…

—Y además de todo esto, tengo esta carta —Dereham le entregó al cardenal de Canterbury un pliego de papel cuidadosamente doblado.

«… Vuestra para toda la vida. Catalina». Así concluía aquella misiva escrita con la mano de la propia reina.

—¿Cómo habéis conseguido esta carta? —le preguntó Cranmer tras leer el comprometedor texto.

—Os juro que es auténtica; solo puedo deciros esto.

—¿Sois consciente de lo que puede suponer este delicado asunto?

—Lo soy. Y vos, canciller, ¿vais a contárselo al rey?

El arzobispo de Canterbury reflexionó durante unos instantes.

—Sí, lo haré, pero antes lo consultaré con el Consejo privado. Necesito la opinión de todos los consejeros en este tema tan grave. Si la reina es acusada y condenada como culpable de adulterio, le espera la muerte.

—No será la primera —ironizó Dereham.

—Cuidad esa boca —le reprendió el canciller—. Su majestad don Enrique ha perdido ya a cuatro esposas, no creo que le agrade condenar a una quinta.

—Ana Bolena ha sido la única de las cuatro anteriores ejecutada por adulterio.

—Retiraos, impertinente.

—Quedo a las órdenes de vuestra excelencia. —Dereham inclinó la cabeza ante el canciller Cranmer y se marchó sonriente.

Su plan de venganza estaba en marcha tal como había previsto.

—Señores, os he mandado llamar porque lo que hemos averiguado es de una gravedad extraordinaria —el canciller se dirigía a los miembros del Consejo privado de Inglaterra, reunidos por convocatoria de urgencia.

—Si ese asunto es tan molesto como los signos de preocupación en vuestro rostro dan a entender…

—Lo es. Leed esto. —Enrique entregó a un secretario la carta de la reina Catalina dirigida a su amante Culpeper.

—«… Vuestra para toda la vida. Catalina» —acabó de leer el secretario ante el silencio doloso de los miembros del Consejo privado del rey de Inglaterra.

—Tenemos las pruebas de que la reina Catalina ha cometido adulterio con el caballero Culpeper con la colaboración de doña Juana Rochford, quien propiciaba y organizaba sus encuentros clandestinos.

—¡Doña Juana Rochford, la viuda del hermano de Ana Bolena! —exclamó un consejero.

—La misma —ratificó el arzobispo—. Supongo que se trata de una forma de venganza por la ejecución de su esposo.

—¡Dios santo!

—La Corona de Inglaterra está en peligro y nuestra obligación es hacer todo lo posible para salvarla —asentó el canciller Cranmer.

—Hay que informar inmediatamente de todo esto a su majestad —propuso un consejero.

—Estoy de acuerdo —añadió otro.

Todos asintieron.

—Así se hará. Con el conocimiento y la autorización de este Consejo, acudiré ante su majestad y le enseñaré esta carta que demuestra la alta traición de la reina. Pero sabed, señores, que esto significa la muerte de doña Catalina —aceptó el arzobispo de Canterbury.

El arzobispo Cranmer se presentó en el palacio de Hampton Court, quince millas aguas arriba de Londres, donde el rey Enrique había establecido su residencia desde hacía cinco años. El palacio había sido construido por Tomás Wosley, pero Enrique Tudor lo había requisado para la Corona cuando este canciller cayó en desgracia.

Enrique de Inglaterra estaba escuchando a su juglar favorito, que declamaba un soneto de sir Tomás Wyatt, a quien había acusado y encarcelado por considerarlo amante de Ana Bolena, pero al que había perdonado, liberado y nombrado poeta de la corte.

—Allí hay muchas aves, a la vista hermosas, / cuyos ojos se protegen del sol / y pugnan por librarse de la luz que las ciega… —recitaba el juglar.

—¡Ah! Ese Wyatt es un bastardo, pero qué bellos versos escribe —comentó el rey sentado en su sillón de terciopelo rojo.

—Majestad, el Consejo privado me ha encargado que os transmita una información urgente y delicada —el canciller dijo estas palabras mirando de soslayo al juglar.

—Está bien. Vamos, vamos; ya has oído al canciller, marchaos, largo de aquí —ordenó el rey. El juglar hizo una indicación a los dos músicos que lo flanqueaban; los tres inclinaron las cabezas ante Enrique y salieron de la sala—. Ya estamos solos, ahora contadme ese asunto tan urgente. Espero que sea lo suficientemente importante como para interrumpir el recitado de un poema de Wyatt.

—Majestad, todo está en esta carta y en este informe. Os ruego que lo leáis a solas y que lo meditéis antes de tomar una decisión.

—¿A qué viene tanto misterio?

—Os lo ruego, majestad, hacedlo así.

—Bien, si ese es el deseo del canciller de Inglaterra, así lo haré.

—Os lo agradezco, señor. Aguardaré fuera.

Cranmer entregó una carpeta de cuero que contenía la carta de la reina Catalina a su amante Culpeper y un completo y detallado informe sobre sus relaciones incestuosas. El arzobispo de Canterbury se mantuvo en pie y salió caminando de la estancia, aunque notó cómo le flaqueaban las piernas.

En cuanto se quedó solo en la sala, el rey Enrique abrió la carpeta y comenzó con la lectura de la misiva:

«… Vuestra para toda la vida. Catalina», leyó, y dejó caer la carta al suelo a la vez que se le oscurecía la mirada y se levantaba del sillón.

Inglaterra estaba llena de traidores. ¿Quién había sido capaz de engañarlo otra vez?

Cogió entonces el informe del arzobispo y lo leyó.

«¡Culpeper, ese canalla!», masculló con ira.

Enrique Tudor sintió un pinchazo en su corazón, que se inundó de un dolor agudo. Su quinta esposa, la más joven, la muchacha que lo había hecho sentirse joven y feliz de nuevo, era una adúltera.

Sus sospechas estaban fundadas. Aquel detallado informe no dejaba lugar a la menor duda. Allí estaba reflejado todo cuanto había hecho Catalina Howard en los últimos meses: los lugares donde celebró sus encuentros ilícitos y clandestinos con Culpeper, quién los preparó, cuándo se vieron, cuántos fueron; todo estaba escrito y probado en ese informe, ratificado por los testigos que lo firmaban bajo solemne juramento.

¿Cómo podía haber cometido la reina Catalina semejante traición? Catalina, la dulce e inocente Catalina, la muchacha a la que el rey amó apasionadamente cuando ella apenas había cumplido los diecisiete años aquel plácido verano en el castillo de Oatlands, en la verde campiña de Surrey.

«Catalina, Catalina, Catalina…», sollozó el rey Enrique, dejando caer su pesada humanidad sobre el sillón rojo.

Necesitaba tranquilizarse. El rey de Inglaterra dejó pasar un buen rato antes de ordenar que entrara el canciller en la sala. Lo necesitaba.

—¿Hay más pruebas del adulterio de la reina? —se limitó a preguntar.

—Sí, majestad. Tenemos toda una larga relación de testigos y las declaraciones de Francis Dereham y de Enrique Mannox, que también han confesado haber sido amantes de doña Catalina.

—¿Cómo no me he enterado antes de todo esto?

—Señor, la reina ha llevado sus encuentros clandestinos con sumo sigilo y secreto. Además, pagaba notables sumas de dinero para que nadie la delatara.

—¿De dónde sacaba todo ese dinero?

—De vuestros regalos, majestad.

—¿Qué estáis diciendo, Cranmer? —se enojó el rey.

—Doña Catalina empeñaba las joyas y otros regalos que vos le hacíais; con el dinero que obtenía por ello pagaba confidentes y compraba el silencio de los testigos.

—¡Maldita zorra! ¡Inmunda traidora! Yo era feliz con ella a mi lado. Esa mujer me había rejuvenecido, pero ahora todo se derrumba. ¡Dios!, ¿qué he hecho para merecer este castigo?

—Vuestra majestad trató a doña Catalina con suma atención. No sois culpable de nada, mi señor.

—Dadme una espada, Cranmer, dadme una espada y yo mismo atravesaré el corazón de esa ramera.

»¡Dios, Dios! Catalina era mi rosa sin espinas, mi joven amor puro, mi delicada mariposa… ¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo ha podido engañarme de semejante modo? La colmé de atenciones, de regalos, de joyas, de vestidos elaborados con las mejores sedas y terciopelos, de propiedades y riquezas. Me desviví por ella, por ella, por ella… Incluso soporté el dolor que sufría en mis piernas ulceradas para bailar con ella tras los banquetes, porque le gustaba danzar.

»Hasta perdoné a los embajadores de España, Escocia y Francia, que estaban espiando en Inglaterra, solo porque ella me lo pidió. ¿Acaso eran también sus amantes todos esos? ¿Acaso ha sido la reina de Inglaterra la mayor ramera de este reino? ¿Y cómo me ha pagado todos mis desvelos, todas mis atenciones, todo mi amor?: con la traición y el adulterio.

—¿Qué hacemos ahora, majestad?

—Id inmediatamente a buscar a la reina, a esa puta, y encerradla en la antigua abadía de Syon. Quedará allí custodiada hasta que sea juzgada y condenada por su terrible delito. No quiero volver a verla.

—Señora, su majestad ordena vuestro traslado a la antigua abadía de Syon, en Middlesex, hasta que se dicte sentencia por vuestra traición —el canciller Cranmer se presentó ante la reina Catalina, que había sido recluida en sus aposentos por orden del rey Enrique.

—¿Qué va a ser de mí? —preguntó la joven reina, que permanecía abrazada a la única dama de compañía que se le había permitido mantener.

—Habéis sido acusada de adulterio y eso significa que habéis cometido un delito de alta traición a la Corona de Inglaterra, cuya pena es…

—¿La muerte…?

El canciller asintió con la cabeza.

—¿Cómo pudisteis hacerlo, señora? Sabíais a lo que os exponíais en caso de que se descubrieran vuestros amoríos.

—¿Cómo pude hacerlo, me preguntáis? —De pronto la reina Catalina cambió el semblante y se desató—: Señor arzobispo, estoy casada con un viejo obeso y maloliente que me monta cuando puede como un garañón seboso. Me desagrada su cuerpo purulento, el contacto con su piel grasienta, sus groseras manos, su pestilente aliento, su lascivia senil… ¡No puedo soportarlo, no puedo!

—Vuestros amantes Culpeper y Dereham han sido conducidos a la Torre de Londres y serán ejecutados inmediatamente; también lo será doña Juana Rochford, por haber acogido y preparado vuestros encuentros, y todos cuantos participaron en esta traición.

—¿Y qué será de mí?

—Vuestro caso es especial, pues todavía sois la reina; se verá en el Parlamento y luego el rey decidirá vuestro destino —zanjó el canciller.

—¿Correré la misma suerte que mi prima, la reina Ana Bolena?

—Eso solo depende de la voluntad del rey… y de Dios.

El 10 de diciembre, bajo una débil nevada, Culpeper y Dereham fueron conducidos al cadalso en la Torre de Londres. Poco antes de ser decapitados, ambos confesaron una vez más haber sido amantes de la reina Catalina, quien al conocer semejante baño de sangre se derrumbó aquejada por un ataque de pánico. No le cupo duda de que la próxima víctima sería ella.

Toledo, 1 de enero de 1542

En cuanto supo del fracaso de la expedición a Argel, el rey de Francia envió cartas secretas a todos los reinos de la cristiandad para animarlos, como había hecho él mismo, a levantarse contra la tiranía del emperador, pues decía el francés que la intención de Carlos era conquistar todo el mundo y someterlos a todos a su voluntad.

Escocia, Dinamarca y Suecia habían manifestado su intención de alinearse con Francia, y solo Venecia e Inglaterra habían mostrado su apoyo al emperador. Desde luego el conflicto con Francia se presentaba como una guerra total, de manera que se dio orden a todos los comandantes de las zonas fronterizas para que estuvieran preparados para enfrentarse a un ataque en cualquier momento.

El único consuelo que Carlos tenía en aquellos días tan nefandos era que su hijo Felipe, pese a su juventud, aprendía deprisa las lecciones que recibía para el buen gobierno de sus Estados.

En el alcázar de Toledo, que fuera palacio de los moros y después de los reyes de Castilla, el emperador acababa de leer un informe sobre las intenciones del rey de Francia. Ya había perdido toda esperanza de llegar a una paz duradera. Francisco no solo pretendía apoderarse de Milán, sino también de los Países Bajos, de todos los señoríos al este de Francia hasta el río Rin y los Alpes, de Nápoles y de los territorios españoles de Navarra y de Cataluña al norte de los Pirineos.

Hasta ese día estaba dispuesto a entregar Milán a los franceses a cambio de una paz eterna, pero dada la nueva situación decidió ir a una guerra total. Dejaría claras sus intenciones, pues concedería a su hijo Felipe el señorío de Milán y casaría a su hija María con el príncipe Maximiliano, el hijo de su hermano Fernando, rey de romanos.

Con esas dos decisiones mostraría al mundo que la casa de Austria seguía siendo una familia unida y que estaba dispuesta a combatir contra cualquier enemigo y a cualquier precio. Los lazos de la sangre continuaban siendo la poderosa argamasa en la que fraguaba el poder de los Habsburgo. Así había sido en los últimos trescientos años y así seguiría siendo para siempre.

Durante las fiestas de la Navidad había vuelto a comer y a beber demasiado. El régimen que le había preparado Pablo Losantos quedó olvidado al regreso de Argel y la mesa del emperador volvió a estar bien surtida de embutidos, carnes asadas y guisadas, vino y cerveza. Y volvió a tener un ataque de gota.

Aquel primer día del año del Señor de 1542, tras levantarse a media mañana, pues la última noche del año la había pasado comiendo y bebiendo en exceso, sintió un conocido pinchazo en su pie y ordenó que llamaran a Pablo Losantos.

—Supongo, majestad, que anoche os saltasteis la dieta que os receté —comentó el médico a la vista del pie de Carlos.

—Tal vez dos o tres jarras de cerveza.

—Señor, yo no puedo hace nada por mejorar la salud de vuestra majestad si no seguís el régimen de comida que os indico. ¿Por qué no hacéis caso?

—Demasiados problemas tengo ya como para renunciar a los únicos placeres que me confortan.

—Pues olvidaos de ello. Perdonad que me meta en asuntos que no me competen, pero, en consideración a vuestra majestad y a vuestra salud, creo que deberíais tomar un largo descanso.

—¿Y dejar ahora abandonadas mis obligaciones? No, no puedo hacerlo.

—Vuestro hijo don Felipe muestra elevadas dotes para el gobierno. En vuestra ausencia ha gobernado con buena mano los reinos de España…

—¿Me estáis sugiriendo que abdique, Losantos? Tengo cuarenta y un años. Todavía no soy un anciano.

—No, no, no me refería a eso, señor. Solo que toméis un descanso. Desde que estoy a vuestro servicio no os he visto parar, salvo cuando padecéis un fuerte ataque de gota, ni un solo día.

—Tal vez tengáis razón. Sí, mi hijo está preparado, no en vano ha tenido los mejores maestros y preceptores a su lado, y puedo confiar en él como gobernante, pero, si me retiro ahora y renuncio al gobierno, mis enemigos, sobre todo ese traidor rey francés, lo tomarían como una muestra de cobardía, lo que enardecería sus ánimos. No, de ninguna manera puedo mostrar el menor síntoma de debilidad.

—En ese caso, seguid estrictamente la dieta que os prescribí o la enfermedad os dejará postrado por mucho tiempo.

Montes de Segovia, 18 de enero de 1542

El emperador dejó Toledo y se dirigió a Madrid, donde estuvo una semana dirimiendo asuntos menores, nombrando algunos cargos que habían quedado vacantes en alcaldías y dando instrucciones sobre la próxima Dieta imperial, que quería convocar para el año siguiente.

Al sentirse algo mejor de su gota, decidió salir a cazar por los bosques de la sierra de Segovia, por los que anduvo durante cinco días sin saber muy bien qué hacer.

Acompañado siempre por su hijo Felipe, con el que mantenía largas conversaciones antes y después de cada partida de caza, parecía haberse olvidado de los graves asuntos que acechaban. Durante aquella semana no hizo la menor mención a la guerra con el turco y el francés, ni a las relaciones con Venecia e Inglaterra, sus únicos aliados, ni a los asuntos de América, de donde seguían llegando inquietantes noticias sobre enfrentamientos entre grupos de soldados españoles, que parecían más interesados en luchar entre sí por el poder que en defender los intereses del rey de las Españas.

Aquellas jornadas de caza servían al menos para que el príncipe Felipe ejercitara sus músculos y su habilidad en el manejo de las armas, en lo que desde niño había mostrado gran destreza.

Una tarde, nada más ponerse el sol, un gélido relente cayó sobre aquellos montes como una losa de hielo. Habían estado cazando en un soto a tres horas de camino de Segovia y se refugiaron en el pabellón imperial, alzado a la orilla de un arroyo congelado, en el lindero de un bosquecillo de robles.

Un brasero provisto de unos gruesos tizones de madera de encina caldeaba la tienda de grueso fieltro. Carlos y Felipe se quitaron sus abrigos de piel y se calentaron las manos al calor de las brasas.

Carlos contempló a su hijo y, por un momento, vio en él los rasgos de su amada y recordada Isabel.

El príncipe aún no había cumplido los quince años, pero ya mostraba una determinación y una seguridad propias de un adulto. Su pelo rubio, ensortijado, muy parecido al de su madre, destacaba entre todos aquellos hombres de su séquito, y también su piel pálida, casi de un albino, más propia de los habitantes de Flandes o de Alemania que de sus súbditos hispanos, entre los que predominaba la piel morena, el pelo castaño y la faz cetrina.

La mandíbula inferior de Felipe presentaba un ligero prognatismo, aunque en modo alguno tan acusado como el de su padre. Esa característica era propia de los Austrias; resultaba muy sencillo identificar a un varón de ese linaje tan solo con observar la zona inferior de su rostro.

Los labios gruesos y sensuales, dotados de un color rojizo natural; la boca delicada, que un pintor hubiera calificado como perfecta; los ojos grandes y garzos, de un delicado azul; la frente y el cráneo, como los de su padre; los rasgos finos; la nariz recta, proporcionada con el resto del rostro, ni grande ni pequeña; el cuerpo mediano y el andar firme y elegante conferían al príncipe un aura de majestad que todos admiraban.

Tras calentarse las manos, el emperador tomó de una bandeja que estaba sobre una mesa un pedazo de carne, todavía humeante, y se lo entregó a su hijo.

—Tienes una magnífica puntería, hijo.

—Como vos, padre.

—Repón fuerzas, Felipe, ha sido una dura jornada de caza y esta noche va a ser muy fría.

—Gracias, padre. —El príncipe tomó la tajada y le dio un buen bocado.

—Sentémonos —dijo Carlos señalando dos escabeles junto al brasero—. Hijo, tenemos graves problemas que afrontar. El rey de Francia, olvidando su condición de monarca cristiano, nos ha declarado la guerra y tiene la intención de ganar cuantas tierras pueda de nuestros dominios. Supongo que busca venganza y resarcirse de aquella derrota que le infligimos dos años antes de que tú nacieras. No la ha olvidado.

—La batalla de Pavía —precisó Felipe.

—Sí, Pavía, una de las mayores victorias de nuestros tercios viejos. Pues bien, ahora pretende derrotarnos en una nueva guerra y ha puesto en nuestra contra a varios reinos de la cristiandad, a los que ha convencido con mentiras y traiciones. Algún día, cuando Dios lo quiera, yo faltaré y tú tendrás que sucederme. Si para entonces sigue como rey de Francia don Francisco, cuídate de él, nunca confíes en su palabra y mantente siempre alerta.

—Así lo haré, padre.

—Escucha esto con atención: los Austrias somos la familia más poderosa de Europa, tal vez del mundo, y así debe seguir siendo. Y si lo somos es porque hemos permanecido unidos y porque siempre hemos puesto los intereses de nuestro linaje por encima de cualesquiera otros, incluso por delante de los propios de cada uno. En ocasiones hemos tenido que hacer cosas que no nos han gustado y las hemos aceptado sin rechistar porque se trataba de un bien para la familia.

»Así somos, así nos han educado nuestros padres y así debemos educar a nuestros hijos. Así lo he hecho yo contigo y con tus hermanas y así deberás hacerlo tú con los tuyos cuando los tengas.

—Mis maestros así me lo han enseñado, padre.

—Tenían instrucciones mías muy precisas para hacerlo.

—Don Cristóbal Calvete, mi maestro de gramática, me lo enseñó explicándome que mi madre adoptó la divisa *Aut Cesar aut nihil*.

—¿Y qué más te dijo?

—Que esa divisa significa que lo más importante es lo que vos, padre, me habéis dicho en varias ocasiones: que la familia debe estar sobre todas las cosas.

—«O César o nada»; sí, ese fue el lema que eligió tu madre para sí —recordó Carlos con un aire de melancolía.

—La echo de menos —musitó Felipe.

—Yo también, hijo, yo también. No hubo nunca una mujer más bella ni mejor sobre la tierra.

—Padre, yo también quiero adoptar una divisa.

—¿Y has pensado alguna ya?

—Sí.

—¿Cuál?

—*Nec spe nec metu*.

—«¿Ni esperanza ni miedo?» —tradujo Carlos del latín.

—«Sin esperanza, pero sin miedo» —precisó Felipe.

—¿Qué divisa es esa?

—Es una frase que me explicó el maestro Calvete. Su autor es un filósofo griego llamado Hecatón de Rodas, que vivió cien años antes de Cristo, y discípulo de Panecios. El estoico romano Séneca, que lo estudió, la asumió como propia y yo quiero que sea mi lema.

—Explícate.

—Para esos tres filósofos, la virtud es suficiente valor para el hombre bondadoso, pues no existe mayor bien que la honradez.

—Séneca…

—He leído alguno de sus libros; los tengo en mi biblioteca. Séneca es uno de los autores favoritos de don Cristóbal y sus libros fueron de los primeros que adquirió para mí.

—«Sin esperanza, pero sin miedo» —repitió Carlos—. ¿Qué quieres decir con ello?

—En la obra de Séneca *Cartas a Lucilio*, en la número cinco, el filósofo romano dice que «Si dejas de esperar, dejas de temer». Yo creo que esa es una buena divisa. Significa que, si tienes esperanza, o interés, en algo, puedes tener miedo a perder lo que más deseas, pero si no te obsesiona ese deseo de poseer algo, entonces perderás el miedo.

—*¿Cartas a Lucilio?*, tendré que leerlas.

—Séneca era un hombre sabio —asentó Felipe.

—Y tú también debes serlo. Por eso entenderás lo que voy a decirte. Escucha con atención. Es hora de que tengas una esposa y he pensado que lo más conveniente para ti, para la familia y para estos reinos es que te cases con mi sobrina, tu prima por tanto, la princesa María Manuela de Portugal. Y además es prima hermana tuya por partida doble, pues es hija de Catalina, la menor de mis hermanas, y del rey Juan, que es el hermano de tu madre doña Isabel.

—¿Doña María Manuela será mi esposa?

—Así lo he decidido.

—¿Es hermosa?

—Tiene tu misma edad; a los quince años todas las mujeres son hermosas, y además es una Habsburgo. Te gustará.

Felipe asintió. Nada tenía que objetar ante los deseos de su padre.

Al día siguiente, mientras los criados recogían el campamento, Carlos llamó al médico Losantos.

—Don Pablo, ¿habéis leído a Séneca?

—Sí, majestad, era un gran sabio.

—¿Qué libros?

—Varios de ellos, las *Cartas a Lucilio*, *Cuestiones naturales*… Por cierto, en esta obra Séneca dice que la bebida, la comida, el sueño y la vigilia son saludables, pero con medida.

—¡Otra vez venís con esas!

—Lo siento, majestad, solo he respondido a vuestra pregunta sobre Séneca.

—Mi hijo quiere adoptar como lema en su escudo de armas la leyenda *Nec spe nec metu*, de la que habló Séneca.

—«Sin esperanza, pero sin miedo», sí es una máxima de ese filósofo, pero también dijo que «Si quieres no temer nada, piensa que todo debes temerlo». No sabía que vuestro hijo fuera un estoico.

—Pues, al parecer, lo es.

—Si no recuerdo mal de mis clases de filosofía en la escuela de medicina de Salerno, el estoicismo busca controlar los sentimientos y las pasiones que perturban una vida serena y calmada, y alega para ello la aplicación de la valentía personal y la razón. Los estoicos buscan la felicidad personal y alcanzar la sabiduría dejando de lado los bienes materiales.

—¿Qué consideración os merece mi hijo Felipe? Y sed sincero, aunque no me guste vuestra opinión.

—Majestad, no soy quién para juzgar al príncipe.

—Olvidad que estáis ante vuestro rey y dadme vuestra opinión.

—No conozco demasiado a su alteza, pero considero que es un joven en cuyo temperamento se mezclan lo sanguíneo y lo melancólico, de carácter bilioso, de gran ingenio y de prodigiosa memoria. Es serio y prudente.

—En ese caso, ¿consideráis que será un buen rey?

—Lo será, majestad; pero debe tener cuidado. Por lo que sé por sus médicos, tiene de vez en cuando algunas calenturas que no son graves, pero que pueden causarle problemas de salud si no las atiende como se requiere.

La comitiva se puso en marcha. Quinientas personas, entre la corte del emperador y la del príncipe, formaban aquella larga caravana de diez docenas de carros y dos centenares de mulas y acémilas.

Valladolid, fines de enero de 1542

Camino de Valladolid, donde Carlos pensaba instalar su corte de manera permanente, aunque seguía dudando si sería mejor hacerlo en Madrid, cuya posición más central, mejores aguas y clima más saludable le parecía más adecuada, o en Toledo, donde había estado la capital del reino de los visigodos y cuya raigambre consideraba más noble, se detuvo cuatro días en Tordesillas.

Doña Juana ni siquiera parpadeó cuando le anunciaron la llegada de su hijo el emperador y de su nieto el príncipe de Castilla y de Aragón. A sus sesenta y dos años no esperaba nada de la vida. Absolutamente nada.

Madre e hijo apenas tenían de qué hablar. La reina Juana se sumía año a año en su ensimismamiento y ya no le interesaba otra cosa que leer libros de horas y escuchar canciones acompañadas por el tañido de un laúd y una lira.

Había convocado en Valladolid las Cortes de Castilla y León, a las que ya no acudieron ni los nobles ni los eclesiásticos, pues esas reuniones solo servían para que el emperador les demandara más y más dinero. Juana era todavía la reina legítima de esos reinos y Carlos pretendía dar a la convocatoria un aire de escrupulosa legalidad con la visita a su madre.

Las deudas acuciaban a la Corona. Los banqueros alemanes, sobre todo los Fugger, y los genoveses poseían varias letras por valor de muchos miles de ducados o de florines en su caso. Necesitaba más dinero para hacer frente a tantos gastos y, pese a que su hijo, asesorado por sus consejeros, le había informado en varias ocasiones que Castilla y León no podían aportar ni un maravedí más, el emperador seguía presionando para obtener nuevas rentas de los castellanos.

Pero a Pablo Losantos esos problemas que vivía cotidianamente al lado del emperador le parecieron poco relevantes cuando se presentó en su casa, después de tanto tiempo ausente.

Su hermana y su hija sabían de su llegada por una carta que les había enviado desde Madrid, y lo estaban esperando ávidas de conocer sus noticias.

—¡Padre! —fue Isabel la primera en abrazarlo.

—Pablo, hermano, ¡qué alegría volver a tenerte en casa después de tanto tiempo! —lo saludó María Losantos con un beso en la mejilla.

—¿Cómo estáis vosotras? —preguntó Pablo mientras se quitaba el abrigo y el sombrero de ala ancha de viaje.

—Bien, muy bien —dijo María, pero en su tono el médico no apreció ninguna suerte de dicha.

Extrañado por ello, miró a su hija, que bajó los ojos y mostró un semblante serio.

—¿Ocurre algo? Por vuestros rictus veo que estáis preocupadas. ¿Qué pasa? —preguntó Pablo.

—Hace unos días, poco después de la fiesta de Reyes, se presentaron en casa unos familiares del Santo Oficio. Según nos dijeron, existe una denuncia sobre nosotras —explicó María.

—¡Qué! ¿Quién ha podido…?

—No lo sabemos. Las denuncias ante la Inquisición suelen ser anónimas.

—¿De qué os acusan?

—De realizar prácticas mágicas en contra de la Santa Madre Iglesia. Dicen que somos siervas de los demonios y que van a incoar un proceso contra nosotras.

—¿Han registrado esta casa?

—Sí, ya lo han hecho —respondió Isabel.

—No estáis detenidas, luego supongo que no encontraron nada.

—Revisaron los frascos de botica que tenemos en la cocina, pero no sabían de hierbas ni de ungüentos. Solo se llevaron un bote de algalia. Preguntaron por ello y cuando les dijimos que era una grasa de un gato de oriente, que se usa para elaborar perfumes, uno de ellos dijo que el gato era un animal del demonio. Entonces, el que encabezaba la partida comenzó a persignarse y citó el nombre de varios demonios. Dijo que él creía que trabajábamos para Belcebú, que éramos las novias de Asmodeo, que servíamos a Leviatán y que copulábamos con Astaroth.

»Otro cogió el frasco del almizcle, lo olió y preguntó qué era aquella sustancia líquida y untuosa. Le dijimos que el almizcle se utiliza para confortar el mal de corazón, clarificar los ojos, eliminar el mal olor del cuerpo y purgar el menstruo. Cuando lo oyeron, nos tildaron de brujas y de emplear estas pócimas del demonio para realizar encantamientos y doblegar voluntades. Nos acusaron de hechiceras y de preparar pócimas para curar el llamado «mal de madre», camuflándolas como perfumes.

—¡Malditos ignorantes! ¿Han vuelto una segunda vez?

—No, no hemos tenido ninguna noticia desde entonces.

—No os preocupéis. Ahora yo estoy con vosotras. Hablaré con el emperador si es preciso para que el Santo Oficio os deje en paz.

Londres, febrero de 1542

Hacía varias semanas que Catalina Howard permanecía encerrada en la antigua abadía católica de Syon, que hacía solo dos años que el rey Enrique había suprimido. Ubicada cerca del Támesis, a unas diez millas aguas arriba al oeste de Londres, había sido un convento bajo la advocación de Santa Brígida. Había tomado el nombre del monte Sion por la colina de Jerusalén que los cruzados consideraban como uno de los lugares más sagrados de Tierra Santa.

Los miembros del Parlamento, reunidos en sesión extraordinaria y ante las numerosas pruebas que certificaban el adulterio de la reina, decretaron que debía ser condenada a pena de muerte por alta traición, y así lo comunicaron al rey, que tenía la última palabra.

La joven Catalina aguardaba en su celda, una de las que utilizaban las monjas de la Orden de Santa Brígida antes de ser expulsadas de allí tras la ruptura de la Iglesia anglicana con Roma, la llegada de la guardia que la conduciría a la Torre de Londres para proceder a la ejecución.

Aquella tarde, avisada de que iba a ser trasladada de Syon House, la reina se había vestido con un traje de terciopelo negro, se había depilado las cejas al estilo italiano, casi hasta hacerlas desaparecer, empolvado y blanqueado el rostro con polvo de albayalde, perfilado los ojos con una raya negra y pintado los labios con carmesí.

—Señora —le dijo el alguacil al mando de la guardia—, debéis seguirme.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó la reina.

—A Londres, por orden del Parlamento y de su majestad el rey.

—¿A la Torre?

—Sí, señora.

—Entonces, eso significa que estoy condenada a muerte.

El alguacil calló.

Una barca esperaba a orillas del río Támesis. Estaba anocheciendo. Catalina subió a ella entre sollozos, como una adolescente a la que le acaban de quitar su regalo más valioso.

Los remeros ciaron varias paladas hasta colocar la nave en el centro del río y a la orden del timonel frenaron la embarcación y comenzaron a bogar a favor de la corriente.

Habían pasado ya tres días desde que Catalina Howard aguardara el momento de ser ejecutada en la Torre. Llevaba el mismo vestido que se había puesto la noche en que se la llevaron de Syon House.

Tenía miedo, pero quería morir con la dignidad de una reina. Había pasado la noche anterior al día fijado para la ejecución practicando la mejor posición para colocar la cabeza sobre el tronco de madera donde su cuello iba a ser cercenado, y lo hacía como si se tratara de un juego macabro.

Subió las escaleras del cadalso en el patio de la Torre de Londres con toda la dignidad de que fue capaz. El verdugo, un experimentado profesional, aguardaba la llegada de la reina con el hacha entre sus manos y el rostro cubierto por una capucha.

Cuando Catalina Howard se colocó ante él, el verdugo se arrodilló y rogó el perdón de la mujer a la que iba a cortar la cabeza. La reina se lo otorgó. Después, con pasmosa calma, alzó la cabeza al cielo y rezó una oración.

No parecía aterrorizada, pero los ojos llorosos y el semblante pálido denotaban su estado de contenido pavor. Se había recogido el pelo en un sencillo moño. Sus manos se movían con un ligero temblor, como si estuviera aterida. Lo estaba.

—Pido perdón a mi familia por mi comportamiento. Pido perdón al rey y también a Inglaterra. Y a vosotros —se dirigió a los que contemplaban el cadalso— os pido que recéis una oración por mi alma.

Acabadas estas palabras miró al verdugo, que le sostuvo la vista.

—Señora… —el verdugo extendió su mano en espera de recibir la moneda con la que los reos de muerte pagaban su trabajo.

—Muero como reina, aunque hubiera preferido hacerlo como esposa de Tomás Culpeper —alzó la voz Catalina ante la sorpresa de los presentes por estas palabras—. Espero que Dios todopoderoso me acoja en su seno.

El rey había ordenado que el ejecutor fuera un experto avezado en ejecuciones. De ninguna manera quería que volviera a repetirse el espectáculo sangriento que protagonizó el incompetente verdugo que tuvo que golpear varias veces el cuello de Tomás Cromwell hasta acabar con la vida del canciller.

El golpe fue duro, seco y eficaz. El fino cuello de la reina de Inglaterra quedó seccionado de un corte limpio. Aquel verdugo sí era un profesional que sabía hacer bien su trabajo.

La quinta esposa de Enrique Tudor fue enterrada en la nueva capilla de San Pedro ad Vincula, construida unos pocos años antes en el interior del patio de la Torre de Londres. A su lado reposaban los restos de su prima Ana Bolena, la que fuera segunda esposa del rey.

Cuando le informaron del cumplimiento de la sentencia de muerte de Catalina Howard, Enrique Tudor se limitó a decir que ella no sería su última esposa y anunció que volvería a casarse. Pronto.

Valladolid, fines de febrero de 1542

El emperador estaba leyendo el informe de su embajador en Londres en el que le relataba la serie de ejecuciones que se habían producido con motivo del adulterio de la reina Catalina Howard. Enrique VIII era su aliado, pero ese hombre parecía haberse vuelto loco, de modo que no estaba seguro de que su amistad fuese auténtica, aunque lo necesitaba en la guerra contra Francia.

Todavía no se había recuperado del desastre de Argel, que lo había llevado a un estado de turbación y desánimo como hacía tiempo que no recordaba. Todo parecía derrumbarse a su alrededor. El sueño de grandeza que imaginó poco antes de la muerte de su esposa la emperatriz Isabel se estaba diluyendo como la arena de la playa ante las olas desencadenadas por una terrible tempestad.

Humillado por una banda de piratas en el Mediterráneo, fracasado su intento de lograr un acuerdo entre católicos y protestantes, engañado por los venecianos, a punto de estallar un nuevo conflicto con Francia, debilitadas sus relaciones con Inglaterra y con sus hombres en América empeñados en matarse entre ellos para hacerse con el poder y la riqueza de esas nuevas tierras, Carlos de Austria sentía que su empresa estaba abocada al fracaso.

Dejó el informe sobre el rey de Inglaterra a un lado y volvió a contemplar el gran mapa del mundo que tenía desplegado sobre la mesa, con la cartografía de las tierras hasta entonces

conocidas. Observó con cierta melancolía la línea de las costas del Nuevo Mundo, el perfil de América hasta los confines donde los españoles habían llegado, leyó los nombres de aquellas nuevas tierras integradas en su enorme Imperio, sobre el que ya nunca se ponía el sol, e imaginó una realidad distinta.

Unos días antes, en la inauguración de las Cortes de Castilla y León en la iglesia de San Pablo de Valladolid, el emperador había presentado un informe sobre lo ocurrido en los últimos tres años y había advertido a los nuncios sobre los graves peligros que acechaban a España.

Le habían respondido los procuradores de las ciudades de Burgos y de Toledo que sus constantes viajes y ausencias provocaban una gran zozobra e inquietud en estos reinos, y le habían suplicado que no volviera a estar tanto tiempo alejado de ellos. Para calmarlos, el emperador les prometió que no dejaría esas tierras salvo en caso de urgencia.

A la vista de aquel mapa, Carlos de Austria sabía que no podría cumplir aquella promesa. Era el dueño de medio mundo, cabeza de un imperio cuyas posesiones se extendían por media Europa y por todo el Nuevo Mundo, y aún más allá, por las islas del gran océano Pacífico. Y como cabeza que era de esos vastos dominios tenía que estar al tanto de cuanto ocurría en cada uno de sus rincones.

Pensó, otra vez, en cruzar el océano Atlántico y visitar sus posesiones en las Indias. El Nuevo Mundo: América.

—Majestad. —El secretario del emperador entró en el gabinete tras dar unos ligeros golpes en la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Don Bartolomé de las Casas ya está aquí; aguarda a que lo recibáis —anunció.

—Decidle que pase.

Instantes después el fraile dominico atravesó la puerta y saludó con respeto al emperador.

—Majestad, agradezco vuestra llamada.

—Y yo que hayáis aceptado venir a verme. Sentaos, fray Bartolomé —le indicó Carlos señalando una silla al otro lado de la mesa donde tenía desplegado el mapa.

—Gracias, majestad.

—Estaba contemplando este mapa de América, que vos conocéis bien. Es obra del cartógrafo alemán Martin Waldseemüller y es el primero en el que se denomina con el nombre de América al Nuevo Mundo. ¿Qué os parece?

—¿Me permitís? —El dominico solicitó permiso para aproximarse al mapa y verlo de cerca.

De las Casas tenía más de sesenta años, pero mantenía un aspecto saludable, casi juvenil. Su calvicie, su prominente entrecejo, sus ojos muy separados y su gran nariz le conferían un aspecto extraño.

—¿Es correcto, en vuestra opinión? —preguntó el emperador.

—Este mapa se dibujó hace más de veinte años; ahora se conocen nuevas tierras.

—Waldseemüller lo dibujó según el relato de los viajes del marino Américo Vespucio, quien ha dado nombre al Nuevo Mundo. Supuso que había sido Vespucio el descubridor y no don Cristóbal Colón, por eso mandó imprimir sus mapas con ese nombre. Luego intentó cambiarlo por el de Tierra Nova, pero ya era tarde, pues en toda Europa llamaban al nuevo continente con el nombre de América.

—Lo sé, majestad. Yo viajé a las Indias por primera vez en el año 1502, cuando todavía era el Nuevo Mundo, y fue allí donde me ordené sacerdote.

—¿Sabéis por qué os he hecho llamar?

—Supongo que para hablar de lo que sucede en América.

—Estoy preocupado por lo que allí ocurre. Hay graves enfrentamientos entre españoles. Francisco Pizarro, que se casó con una hija del emperador inca Atahualpa, fue asesinado el pasado verano en su propia cama por uno de los hijos de Diego de Almagro, el que tuvo con una india sin llegar a casarse. Ahora los hijos de Pizarro, Gonzalo y Fernando, se toman la justicia por su mano. Incluso me aseguran que Gonzalo Pizarro aspira a convertirse en rey del Perú y se comporta desde su palacio en la ciudad de Quito como un verdadero tirano.

—Así es, majestad. Yo mismo he vivido en el Nuevo Mundo situaciones semejantes. Debéis poner orden o perderéis las Indias en manos de esa chusma de ambiciosos conquistadores.

—Sabed, don Bartolomé, que resulta harto complejo mantener el buen gobierno del Nuevo Mundo. Por el momento, mantenemos una constante comunicación gracias a la flota de las Indias que llega y sale regularmente del puerto de Sevilla, pero a veces nuestras órdenes y nuestros enviados tardan demasiado tiempo en llegar al otro lado del océano.

»He leído vuestra *Breve relación de la historia de las Indias* y varios informes que habéis hecho sobre la situación de la población indígena, pero quiero conocer las razones de vuestra propia voz.

—Señor, yo estoy dispuesto a informaros para que tengáis noticias ciertas de cuanto sucede en América —asentó De las Casas—. Sabed que cuanto he escrito sobre los abusos cometidos por muchos de los españoles en el Nuevo Mundo es cierto. Hace años denuncié que la institución de la encomienda era una forma de legalizar la esclavitud, condición abominable para todo ser humano. Dios, en su infinita bondad, nos creó a todos los hombres libres e iguales en naturaleza. Ese mandato divino se está incumpliendo por parte de los conquistadores.

—¿Qué proponéis?

—Creo, señor, que evangelizar en la fe de Cristo a los indios es la única manera de acabar con tantos abusos y delitos como se están cometiendo. Las actuales leyes son perjudiciales para la mayoría de la población, por eso os ruego que se modifiquen y se promulguen leyes nuevas.

»Debería suprimirse el régimen de encomiendas, que otorga todos los privilegios a los colonos y carga todos los deberes sobre los hombros de los indios, y crear las bases para establecer comunidades donde españoles e indígenas tengan los mismos derechos.

—Hace veinte años propusisteis unas acciones semejantes y se os encomendó llevarlas a la práctica, pero mis informes señalan que fracasasteis en ello —alegó Carlos.

—No se me permitió hacer todo lo que pretendía. Los conquistadores no colaboraron como yo esperaba y pusieron todo tipo de impedimentos a mis planes. Tuve que abandonar ese proyecto. Fue entonces cuando decidí ingresar en la Orden de los dominicos, quienes defendían a los indios, mientras los franciscanos preferían el sistema injusto de las encomiendas.

—Habláis con una claridad y de una manera tan rotunda que no es frecuente encontrar en estos tiempos. Os creo.

—¡Gracias, majestad! Entonces, ¿vais a cambiar las leyes?

—Sí. Se cambiarán. También me lo ha aconsejado el jurista don Francisco de Vitoria. Tengo en muy alta consideración la sabiduría de este dominico, que ejerce con gran autoridad y prestigio su magisterio en la universidad de Salamanca. Seguiré los consejos de ambos y en las nuevas leyes los indios serán considerados hombres libres que nunca podrán ser esclavizados, ni sometidos a servidumbre ni a trabajos forzados, y prohibiré la creación de nuevas encomiendas.

—Es lo justo y digno del gobierno de vuestra majestad.

—Con estas nuevas leyes pretendo que se suavice el comportamiento de los conquistadores hacia los indios. Sé que ha habido abusos, como relata don Francisco de Vitoria en su obra *Sobre*

las Indias y vos mismo en vuestra *Historia*. Ambos, y tenéis razón, consideráis que los indios deben tener los mismos derechos que los españoles y que pueden ser dueños de tierras y haciendas. Llevaré vuestras tesis a las Cortes, las defenderé ante los procuradores y las incluiré en las nuevas leyes.

—Vuestro gobierno será ensalzado por ello.

—Tengo intención de enviaros de regreso a América como obispo de una de sus diócesis, la de Chiapas, donde podréis desarrollar vuestros planes de evangelización de los indios.

—Aquí —De las Casas señaló con su dedo índice el lugar donde estaba la región de la que iba a ser obispo.

—Deseo que tengáis éxito en esta empresa. Son muchos los que no desean estos cambios.

—No fracasaré en mi empeño de que los indios sean tratados con la dignidad que merecen como seres humanos —asentó el fraile dominico.

—No esperaba otra cosa de vos.

Carlos de Austria y De las Casas no comentaron que cada año se estaban enviando a América centenares de esclavos negros, con los cuales se suplía la mano de obra que era necesaria para trabajar en las plantaciones y en otros diversos oficios de gran dureza.

Valladolid, abril de 1542

Desde que Pablo Losantos había regresado a Valladolid, los familiares de la Inquisición, oficiales de segunda fila encargados de llevar a cabo las pesquisas previas tras una denuncia del Santo Oficio, no habían vuelto a dar señales de vida.

Pero aquella mañana de abril cuatro de ellos estaban apostados en la calle de la vivienda de los Losantos. Esperaban a que saliera Pablo y a que las dos mujeres se quedaran solas para interrogarlas.

Cuando vieron que el médico se alejaba camino del palacio real, donde tenía previsto visitar al emperador por una dolencia en la garganta que le dificultaba tragar alimentos sólidos, estos se dirigieron con grandes zancadas a la puerta de la casa de los Losantos.

Isabel abrió nada mas escuchar los golpes, creyendo que era su padre que regresaba tal vez por haberse olvidado algo, pero se le mudó la faz cuando vio a los cuatro inquisidores, cubiertos con sus medias capas, tocados con sus gorros negros y con sus cruces de hábito sobre el pecho. Dos de ellos llevaban la cruz de los dominicos, pero eran artesanos; un tercero portaba en el lado del corazón una cruz de Alcántara, aunque era un mercader; y el cuarto, que parecía el jefe de la partida, lucía una cruz de Santiago y era hidalgo de condición.

—En nombre de la Santa Inquisición, venimos a registrar esta casa —dijo el de la cruz de Santiago.

—Señores, ya lo hicisteis…

—Ha habido una nueva denuncia.

—¿Quién la ha hecho?

—Eso es un secreto. Haceos a un lado y dejadnos pasar.

Isabel se apartó y los cuatro hombres entraron en la casa.

—¿Qué ocurre, qué es esto? —preguntó María, que se encontraba en la cocina y había salido hasta la entrada al oír la voz de aquel hombre.

—Un registro por orden del Santo Oficio. Colaborad, señora.

—Mi hermano es médico personal de emperador.

—Lo sabemos, pero nadie está por encima de la ley; vuestro hermano tampoco.

—En esta casa no hay nada que pueda interesar a la Inquisición. Unos compañeros vuestros ya la registraron hace unos tres meses y no encontraron nada.

—Enseñadme la cocina.

María los condujo hasta allí.

Sobre la chimenea pendía colgado de un gancho un buen pedazo de tocino para que se ahumara y conservara con el humo del hogar. Aquel pedazo de carne de cerdo era, además, una señal de que en esa casa vivían cristianos y no se practicaban ritos de judaizantes ni de moriscos.

—Revisad esos botes y todas esas cazuelas y frascos —ordenó el de la cruz de Santiago a los otros tres.

—Esos frascos solo contienen hierbas medicinales: manzanilla, romero, malvavisco, culantrillo, coronilla, saúco, espliego, laurel blanco y gramosilla con los que elaboramos infusiones con las que tratar ciertas enfermedades; esos otros, aceites y grasas de vaca y ballena para hacer apósitos y cicatrizar las heridas; y aquellos de allá, esencia de rosas, azahar, jazmín, trébol, madreselva y clavelinas para las torceduras. Ya os he dicho que mi hermano es médico —asentó María, que abrazó a Isabel como protegiéndola—. ¡Aquí no hay nada malo!

—Eso ya lo veremos. ¿Tenéis algunos libros en esta casa?

—Sí, en esa estancia, en los anaqueles de la derecha.

—Veamos —el inquisidor revisó uno a uno las dos docenas de libros que llenaban tres estanterías de madera—. Son tratados de medicina.

—¿Acaso estáis sordo? Ya os he dicho que…

—¡Tratadme con respeto, señora! —El inquisidor cogió a María por el cuello con una sola mano y la sujetó con fuerza, impidiendo que siguiera hablando—. Soy un oficial de la Inquisición y podría llevaros ahora mismo presa.

La soltó. María se echó las manos a la garganta y tosió, consolada por su sobrina Isabel.

—Tal vez sean dos súcubos —terció el que portaba el hábito de la cruz de Alcántara.

—Dos demonios con forma de mujer… Sí, tal vez. Pero, descuidad, amigos, si lo son, estos hábitos —el de Santiago señaló las cruces de los cuatro— son amuletos que nos protegerán de sus diabólicos hechizos y sus malas artes.

—Y también esta reliquia —intervino uno de la cruz dominica mostrando el pomo de su espada, donde llevaba guardado un pedacito de hueso de san Indalecio.

—Veamos qué hay de cierto en esto. —El de la cruz de Santiago se acercó a Isabel con gesto lúbrico y la sujetó por el brazo—. Quedaos aquí y sujetad a esa bruja —les ordenó a los otros señalando a María, y tiró del brazo de la joven.

—¡Canalla! —exclamó María, sujetada por dos de los inquisidores mientras su sobrina era sacada de la cocina.

Ya a solas en la alcoba contigua, el inquisidor comenzó a manosearle los muslos y a sobarle los pechos por encima de la ropa.

Muy excitado, le levantó la saya e introdujo la mano derecha por debajo, hasta llegar al pubis de Isabel, mientras mantenía la izquierda asida a la empuñadura del espadín que portaba al cinto.

Apretó los dedos sobre el sexo de Isabel y comenzó a tocarlo, hasta que metió el anular e índice en el interior de su vagina, una y otra vez.

Tras unos momentos, los sacó y se los llevó a la nariz.

—Esto es solo el principio. Ahora viene lo bueno.

Sujetó a María por la cintura y la giró, quedando a su espalda. Con la mano izquierda se aflojó el cinto de cuero, el espadín cayó al suelo emitiendo un sonido metálico, y se bajó las

calzas. Empujó a la muchacha por la nuca para que doblase la espalda y le apartó las faldas, dejando sus nalgas descubiertas. Mientras la sujetaba con su brazo derecho por la cintura, intentó penetrarla ayudándose de su mano izquierda.

María, que hasta entonces había estado como paralizada, reaccionó de pronto, gritó e intentó zafarse del abrazo del inquisidor.

—¡Calla, zorra, calla!

Los gritos de Isabel distrajeron por un instante al agresor, que aflojó la presión de su brazo, momento que aprovechó la joven Losantos para darle un empujón, zafarse y salir de la alcoba.

Ya en la cocina se abrazó a su tía, que seguía retenida por los otros familiares del Santo Oficio.

—Sí, es posible que sean dos demonios súcubos, o tal vez brujas —se burló de ellas el de la cruz de Santiago, que entró en la cocina abrochándose el cinto y recolocándose el espadín—. Vámonos ya —indicó a sus colegas—, pero contad, señoras, con que volveremos.

Cuando las dos mujeres se quedaron solas, Isabel rompió a llorar.

—¿Te ha hecho daño ese malnacido?

—Ha metido sus dedos en mi… ¡Oh, tía! ¡Tía! —se dolió Isabel.

—¿Te ha penetrado?

—Con sus dedos sí.

—¿Y con su pene?

—No, no…

—Escucha. No le diremos nada de esto a tu padre. Si se entera de lo que ha pasado, podría actuar de manera precipitada e imprudente, y sería perjudicial para él y para toda nuestra familia.

Valladolid, fines de mayo de 1542

Las Cortes de Valladolid se clausuraron mediado el mes de mayo con el acuerdo de entregar al emperador cuatrocientos cincuenta millones de maravedíes, es decir, un millón doscientos mil ducados; algo menos del millón y medio que les había pedido. Tras semanas de negociaciones, los delegados en las Cortes habían cedido ante la amenaza de que, si no se obtenían los fondos necesarios para sostener la guerra con Francia, su rey podría presentarse en España y someterla.

Los procuradores de las principales ciudades de Castilla y León no estaban contentos. No habían tenido más remedio que ceder ante las presiones de Carlos y aprobar el pago de esa enorme suma de dinero; la amenaza de que volviera a reproducirse una guerra civil, como ocurrió con la revuelta de los comuneros, todavía flotaba en el aire.

—Su majestad está esquilmando las rentas de Castilla; si sigue así, va a dejar este reino en la ruina más absoluta —decían unos.

—A ver si los aragoneses contribuyen con la misma cantidad que nosotros los castellanos —comentaban otros.

El emperador acababa de convocar Cortes Generales de la Corona de Aragón en la localidad aragonesa de Monzón y pretendía obtener más dinero para sus empresas en Italia y Alemania.

El tesorero estaba dando cuenta a Carlos de los gastos que se amontonaban en la Hacienda imperial.

—Hay que pagar a los soldados que defienden las fronteras de Hungría del ataque de los turcos y a los tercios de Flandes e Italia; la casa de las infantas doña Juana y doña María cuesta ocho millones de maravedíes al año; la casa del príncipe Felipe en Madrid todavía más; las galeras…

—¡Basta, basta!, luego seguiremos con esto —ordenó el emperador, abrumado ante la retahíla de las cifras de gastos que le estaba leyendo el tesorero—. Ahora retiraos y llamad al canciller Granvela.

El canciller acababa de llegar a Valladolid desde Italia y había solicitado reunirse con el emperador con toda urgencia.

—¡Don Antonio! —lo saludó Carlos—. ¿Cómo estáis? Ya tenía ganas de veros.

—Muy bien, majestad. —El canciller se inclinó respetuoso. Su rostro serio y circunspecto no reflejaba buenas sensaciones.

—Por vuestro semblante, os noto preocupado.

—Lo estoy, señor. Me han informado que el rey de Francia está movilizando tropas en las fronteras de Flandes y de los Pirineos, y que el papa Paulo no tiene ninguna intención de ayudarnos a vencer al turco, que ha consolidado sus conquistas en Hungría y vuelve a amenazar a Viena. Me temo, majestad, que en esta guerra estamos solos.

Carlos mudó el rostro. La situación del Imperio ya era grave y Granvela lo corroboraba con peores noticias.

—Ayer aparecieron unos pasquines en la iglesia de San Pablo. Tomad. —Carlos cogió unos papeles de encima de una mesa y le entregó uno de aquellos panfletos al canciller.

—Son una ofensa contra vuestra majestad —dijo el canciller tras leer el contenido.

—Sí; ahí me acusan de robar al pueblo de Castilla y de saquear sus haciendas —lamentó el emperador.

—Ordenaré de inmediato que se investigue quiénes son los culpables de esta infamia. Serán castigados con toda dureza.

—Hacedlo, porque yo saldré en dos días camino de las Cortes de Aragón que he convocado. Pero antes iré a Pamplona, adonde me acompañará el príncipe don Felipe. Quiero que el reino de Navarra conozca a quien será su siguiente rey.

—Todavía os quedan muchos años de reinado, majestad.

—Si Dios lo quiere, pero hay que ser previsor. Por cierto, he dejado firmada la respuesta al cuaderno de peticiones que me han entregado los procuradores de las Cortes de Castilla en el momento de clausurarlas. Encargaos vos de hacérsela llegar.

—Lo haré de inmediato.

Carlos se mostró angustiado. Estaba seguro de que Francia atacaría de nuevo en el Rosellón y en Luxemburgo, y sabía que los turcos estaban reforzando sus posiciones en Hungría, donde algunos cristianos se estaban convirtiendo al islam.

España y el Imperio corrían peligro. La solución tal vez fuera dividir los dominios de los Austrias y entregar España, las Indias, Italia y los Países Bajos a su hijo Felipe y el Imperio a su hermano Fernando. Tenía que obrar con gran prudencia y tino, pues en caso contrario podría encontrarse no solo con la guerra con Francia y el turco, sino con una guerra civil entre su hermano y su hijo, además del enfrentamiento, que ya parecía inevitable, entre católicos y protestantes.

Decidió que lo haría así. Felipe fue investido en secreto con el título de duque de Milán y Fernando fue proclamado rey de romanos, lo que significaba otorgarle la herencia del Imperio. Por primera vez, el cabeza de la casa de Austria admitía la división de los dominios de los Habsburgo, quizá porque consideraba que era la única manera de mantenerlos en el seno de la familia, aunque fuera con dos monarcas distintos.

Clausuradas las Cortes de la Corona de Castilla, quedaban por convocar las de la Corona de Aragón. El emperador ordenó a su cancillería que citara a los delegados y nuncios del reino de

Aragón, del reino de Valencia y del principado de Cataluña en la villa aragonesa de Monzón para comienzos del verano.

Tafalla, 16 de junio de 1542

Carlos y su hijo Felipe salieron de Valladolid para asistir a las Cortes de la Corona de Aragón convocadas en Monzón, pero antes pasaron por Navarra.

En el camino se detuvieron una semana en Burgos, donde visitaron el monasterio cisterciense de Las Huelgas. Allí profesaba como abadesa doña María, a la que se conocía como la Excelenta. Era una de las hijas bastardas de Fernando el Católico, sobre cuya azarosa vida andaba escribiendo una crónica una monja alavesa de mucho genio y lucida inteligencia llamada Esperanza Martínez de Lezea.

El emperador se demoró en esa ciudad unos días más de lo previsto porque cayó enfermo y tuvo que recuperarse de sus achaques en el palacio del Condestable, el mismo lugar donde había muerto su padre Felipe el Hermoso. Repuesto de sus dolencias gracias de nuevo a los cuidados de Pablo Losantos, la comitiva partió de Burgos hacia Logroño por el camino que siguen los peregrinos a Santiago de Compostela a través de los montes de Oca, Santo Domingo de la Calzada y Nájera.

En Logroño fue muy bien recibido. La ciudad celebró su entrada con una procesión encabezada por trompeteros, reyes de armas y maceros, a los que seguían nobles y eclesiásticos y los doscientos alabarderos y los cien arqueros de la guardia imperial, que mandaba el duque de Alba.

Ya en Pamplona, Carlos de Austria recibió al virrey de Navarra, al obispo de la ciudad, al presidente del Consejo del Reino, a un nutrido grupo de representantes de los pamploneses y a mil quinientos soldados de la guarnición.

Al día siguiente el emperador asistió con el príncipe Felipe a una misa solemne en la catedral y luego giró una visita al castillo y a las fortificaciones de Pamplona. A la vista de ellas, dio órdenes para que se reforzaran las defensas ante la posibilidad de que el rey de Francia declarara la guerra e invadiera, como ya había ocurrido en alguna otra ocasión, las tierras de Navarra.

Tafalla los recibió con toda la pompa que fue capaz de poner en marcha el concejo de esta villa navarra. Los munícipes, que esperaban obtener notables privilegios del emperador, le ofrecieron una comida en la que abundaron los mejores manjares del reino: exquisitas verduras cocidas y servidas en salsa de queso y piñones, espárragos asados con salsa de almendras y leche, chuletas de buey aderezadas con crema de arándanos, pasteles de miel y huevo, vinos blancos y tintos, cerveza y licor de arándanos.

Tras la comida, Carlos y Felipe se retiraron a rezar. El emperador había ordenado a los preceptores de sus hijos que los educaran en la fe cristiana y que les inculcaran una profunda devoción religiosa.

El príncipe Felipe era un joven piadoso que cumplía escrupulosamente los mandamientos de la Iglesia. Acudía a misa diaria, rezaba el rosario antes de acostarse y siempre llevaba con él preciadas reliquias, a las que era muy aficionado a pesar de sus catorce años de edad.

Por la noche el emperador pidió cenar a solas con su hijo.

—A tu madre le hubiera gustado verte ahora. Eres un joven apuesto y tienes el mismo color rubio de sus cabellos —comentó Carlos.

—La echo mucho de menos, padre.

—Yo también. Fue la mejor esposa que hombre alguno pueda tener. Me dio hijos, guardó la casa y la familia, gobernó mis reinos en mi ausencia y siempre lo hizo con la prudencia y dignidad de la formidable mujer y emperatriz que era.

—Espero ser digno de su memoria.

—Deberás seguir preparándote para ello no solo en las letras, sino también en las armas. Un rey debe saber gobernar y aplicar la justicia y las leyes, pero también manejar la espada y la ballesta, la lanza y el arcabuz, pues debe ponerse al frente de sus hombres cuando estos se juegan la vida por su señor y por su reino.

—Estoy practicando duro para ello, padre: equitación, esgrima, tiro con ballesta y arcabuz…

—Lo sé. He dado instrucciones para ello. Pronto tendrás la edad suficiente para participar en torneos y justas. Deberás estar preparado para esos envites.

—Ya lo estoy —asentó ufano Felipe.

—Todavía no. Sé bien cuán impaciente es el corazón de un joven; yo lo fui también, pero aprendí a escuchar los consejos de mis mayores y las razones de la experiencia: la serenidad, la reflexión y la prudencia son virtudes que siempre ayudan a tomar las decisiones más acertadas y al buen gobierno.

—Siempre atenderé a vuestras enseñanzas, padre.

—Lo sé. Y ahora vayamos a dormir. Nos esperan días de duro trabajo. Todavía tenemos que ir a Pamplona. En cuanto dejemos listas las defensas de Navarra, en prevención de un ataque francés, saldremos hacia las Cortes de Monzón; y te aseguro que negociar con los aragoneses cuestiones de dinero es peor que sufrir el más grave dolor de muelas.

Monzón, fines de junio de 1542

La comitiva imperial recorrió el camino de Pamplona a Monzón sin apenas detenerse; solo lo imprescindible para comer, dormir y descansar.

Antes de salir de Navarra se entretuvo unas horas en la villa de Olite y en el monasterio de la Oliva; luego se dirigió por Sádaba, Ayerbe y Almudévar hasta Monzón, donde llegó el jueves 22 de junio. El recibimiento no fue tan efusivo como en Burgos o en Tafalla; los súbditos de la Corona de Aragón no auguraban nada bueno de aquellas Cortes.

Agotado por el viaje y solo con una noche de descanso, el emperador se dirigió a la iglesia de Santa María, donde lo aguardaban los diputados de los reinos de Aragón, de Valencia y del principado de Cataluña, reunidos en las Cortes Generales de la Corona de Aragón.

La primera sesión se celebró el viernes. Carlos presidía desde un trono las solemnes Cortes acompañado de su hijo Felipe y de los duques Hernando de Aragón y el de Alba, siempre tan leal a su señor.

Habían pasado las cinco de la tarde cuando en la iglesia de Santa María el secretario Clemente leyó las razones para convocar aquellas Cortes Generales.

—… Su majestad imperial don Carlos, rey de Aragón, rey de Valencia y conde de Barcelona, convoca estas Cortes para dar cuenta a los diputados de estos reinos y Estados de la amenaza que pende sobre la cristiandad con la ofensiva del turco. Los infieles han ocupado parte del reino de Hungría, se han posicionado en el mar Mediterráneo y en el Adriático, y amenazan con invadir las tierras de Italia y de España.

A continuación, Carlos tomó la palabra.

El emperador no tenía buen aspecto. A sus cuarenta y dos años parecía un hombre mayor, mucho mayor.

—Señores diputados de la Corona de Aragón —habló con toda solemnidad—, desde que pisé por primera vez esta tierra de España, hace ya veinticinco años, he visitado muchos reinos, ciudades, castillos y villas. En esos viajes he podido constatar que no estamos preparados para una guerra total contra el turco. Para rechazar un ataque, que se avecina pronto, de esos fieros infieles necesitaremos dinero y hombres, y os pido que contribuyáis con ambos.

»La guerra con el turco nunca ha cesado del todo, pero, además, ahora parece inminente que se desate una nueva contienda con Francia. El rey Francisco está concentrando tropas en las fronteras de Flandes y en la de los Pirineos; supongo que está esperando a coordinar su ataque con el de los otomanos, pues mantienen un pacto secreto. En esta peligrosa tesitura, la Corona de Aragón debe contribuir a la defensa común. Corren tiempos muy peligrosos que demandan la presencia del emperador al lado del ejército, por eso os pido que las Cortes que hoy comenzamos discurran con toda fluidez y se abrevien todo el tiempo que sea posible.

Los obispos de Vich, Huesca y Gerona, que estaban sentados en el primer banco del brazo de los eclesiásticos, se levantaron y comenzaron a aplaudir a Carlos. Acabados los aplausos, el de Vich permaneció en pie y pidió la palabra.

—Majestad, en nombre del estamento eclesiástico de estas Cortes Generales de la Corona de Aragón os damos las gracias por vuestros desvelos y vuestra lucha en defensa de la cristiandad. Estas Cortes deberían apoyar y satisfacer vuestras demandas, porque son justas y beneficiosas para estos reinos y sus naturales. Queremos haceros saber que, en la medida que sea posible, la Iglesia de la Corona de Aragón contribuirá con cuantos recursos pueda para que detengáis el avance de los turcos e impidáis que se apoderen de nuevas tierras cristianas y sometan a su tiranía a más siervos de Cristo.

Varios nuncios de las universidades y de la nobleza fruncieron el ceño ante las palabras del obispo. La mayoría no estaba dispuesta a ceder y entregar más dinero al emperador; estimaban que ya pagaban demasiado y no querían desembolsar ni un maravedí de más.

—Agradezco, señor obispo, la disposición de la Iglesia. Ahora me retiraré a mi alojamiento. El canciller Granvela continuará presidiendo esta sesión de Cortes en mi nombre.

El emperador salió de la iglesia de Santa María cojeando. La gota lo estaba atormentando una vez más.

Monzón, 21 de julio de 1542

Sentado en un escabel de terciopelo rojo, Carlos repasaba las instrucciones que había dictado esa misma mañana para remitir a los comisionados que se iban a reunir en la Dieta imperial convocada en la ciudad de Núremberg para dentro de unos meses, si era posible celebrarla.

El secretario particular interrumpió la lectura del emperador.

—Majestad, el médico Losantos espera…

—Que pase inmediatamente —ordenó.

El secretario hizo una leve reverencia e indicó con un gesto desde la puerta que entrara el médico real.

—Buenos días, majestad —saludó Pablo.

—¿Cómo se encuentra el príncipe esta mañana? —le preguntó Carlos.

—Un poco mejor que ayer. Sigue teniendo fiebre, pero menos alta que en estos días pasados. Va remitiendo la calentura gracias a las medicinas que le hemos recetado y a los paños

de agua fría que le estamos aplicando.

—No dejéis de vigilar su estado.

—Lo visito tres o cuatro veces al día, majestad, y nunca lo dejamos solo. En cada momento hay alguno de los médicos reales o de los ayudantes a su lado. Don Felipe es un joven fuerte; superará bien estas fiebres tercianas.

—Necesito a mi hijo, don Pablo, y lo necesito con todas su facultades plenas. Si don Felipe muriera…

—Esta fiebre no podrá con su alteza; os lo aseguro, señor.

—Fijaos en esta mesa —Carlos señaló un montón de papeles—: instrucciones para la próxima Dieta que se va a celebrar en Núremberg, cédulas con concesiones de hábitos de Órdenes militares a personas destacadas, cartas para armar caballeros, privilegios para que puedan vestir trajes con colores algunos nobles, libramiento de salarios a procuradores, nombramientos de priores en conventos y abadías, certificados para que pudieran pasarse esclavos a las Indias… ¡Papeles, papeles, papeles…! ¡Malditos papeles!

—¡Majestad, majestad! —el secretario privado llamó a la puerta muy alterado.

—¿Qué ocurre? —demandó Carlos.

—¡Señor, el rey Francisco de Francia nos ha declarado la guerra! —anunció el secretario, que jadeaba con excitación.

—¡Ese traidor!, otra vez…

El canciller Granvela venía tras el secretario.

—Señor —intervino Granvela—, el pasado 12 de julio don Francisco proclamó el Estado de guerra del reino de Francia contra vuestra majestad y contra todos vuestros dominios.

Granvela miró a Losantos, que se había apartado a un lado.

—Proseguid, canciller, don Pablo puede escuchar cuanto tengáis que decir.

—El rey de Francia os acusa de ser el culpable de la muerte de dos de sus embajadores y de no devolverle el Milanesado, que considera de su propiedad. Ha enviado cartas a todos sus generales y a los gobernadores de todas las provincias indicándoles que la guerra declarada contra vuestra majestad es total y que todo súbdito francés tiene el deber de atacar y combatir vuestros intereses, bienes y propiedades en cualquier lugar y en todo momento. Solo ha puesto una excepción: don Francisco ha excluido de los objetivos militares que pueden ser atacados a los dominios y bienes de los príncipes alemanes, sobre todo a los que han manifestado su simpatía por las tesis de la Reforma de Lutero.

—Francisco anhela sentarse en el trono imperial y considera que dejando fuera de su declaración de guerra a los príncipes alemanes se ganará su confianza y podrá utilizarlos en mi contra.

»Bien. Responderemos al rey de Francia aceptando esa declaración de guerra, romperemos todas las relaciones y pondremos en marcha el acuerdo de defensa mutua que cerramos en secreto con el rey Enrique de Inglaterra.

—¿Y en cuanto al papa? Su Santidad Paulo III se ha declarado neutral y aboga por que se asiente la paz entre Francia y vuestra majestad —intervino Granvela.

—El papa Paulo ha convocado el gran concilio que tanto le hemos demandado para debatir sobre la Reforma protestante, pacificar y reunificar a la cristiandad. Ahora es lo único que le interesa.

—Sí, majestad, ha citado a los miembros del concilio a una reunión en la ciudad de Trento para el próximo 1 de noviembre.

—El papa es sabedor de que una nueva guerra entre naciones cristianas debilita sus planes y pone en cuestión ese concilio en Trento.

—Don Francisco ya ha rechazado el concilio y se ha manifestado en contra de su celebración.

—Claro, el francés sabe que, si ese concilio se celebra y tiene éxito, nuestra posición dentro de la cristiandad saldrá muy reforzada —dijo Granvela.

—El papa quiere parecer equidistante, pero es injusto con esa postura. La Iglesia no puede tratar igual a alguien como don Francisco, que ha pactado acuerdos secretos con los turcos en contra de los intereses de la cristiandad y ha puesto en peligro toda la Europa cristiana, que a nosotros, que hemos luchado contra los otomanos y hemos salvado la cristiandad y al mismísimo papa. Si no nos hubiéramos enfrentado a los turcos en Túnez, en Castelnuovo y en Argel, si no los hubiéramos detenido en el Danubio central y en el Mediterráneo, es muy probable que la bandera roja con las seis medias lunas y la espada de doble hoja de combate del sultán Soleimán ondeara hoy mismo en lo alto de la cúpula de la basílica de San Pedro, y que el papa Paulo estuviera pudriéndose en una cárcel de El Cairo o de Estambul.

El emperador estaba muy enojado por la actitud del papa.

—¿Ponemos en marcha entonces el protocolo del pacto secreto con Inglaterra? —demandó Granvela.

—De manera inmediata. Y ordenad al duque de Alba que salga con un ejército hacia Perpiñán y que dé las instrucciones oportunas para que se refuerce la defensa de todas nuestras fronteras.

»Y vos, don Pablo —el emperador se dirigió a Losantos, que había permanecido callado—, haced cuanto esté en vuestra mano para que el príncipe don Felipe mejore de su calentura cuanto antes.

Monzón, 23 de agosto de 1542

La fiebre había desaparecido por completo y el príncipe Felipe, aunque muy delgado, lucía su mejor rostro. Carlos había dispuesto que en aquellos días tan difíciles su heredero estuviera siempre a su lado, de modo que aprendiera la manera de actuar en una situación de guerra abierta, en este caso con Francia.

Padre e hijo habían comido juntos y ambos recibieron al obispo de Westminster, a quien el rey de Inglaterra había enviado como embajador ante el emperador para tratar de su alianza contra Francia.

—Señor obispo —lo saludó Carlos en latín—, sed bienvenido a Monzón.

—Os traigo los mejores deseos de mi señor, el rey don Enrique —respondió el prelado de Westminster.

—Os agradezco la pronta respuesta a nuestra demanda. Este pacto entre Inglaterra, España y el Imperio será muy beneficioso para todos.

—Así lo desea su majestad don Enrique.

—¡Ah!, supongo que no os importará que mi hijo el príncipe Felipe esté presente en esta entrevista.

—En absoluto, majestad. Alteza… —el obispo saludó a Felipe, que le devolvió el saludo besando la mano del prelado, tal como le habían enseñado.

—Inglaterra, España, el Imperio y el papado han de estar unidos ante la grave amenaza que supone el pacto entre Francia y los turcos —dijo Carlos, que miró a su hijo con un gesto

cómplice—. Y debemos sumar a esta causa más reinos cristianos: Dinamarca, Escocia…

—Eso es lo que desea mi rey y señor, aunque será difícil, pues Escocia se comporta como fiel aliada de Francia y con los daneses nunca se sabe qué pensar.

El obispo de Westminster no le dijo a Carlos que en aquellos días de verano, tras haber anexionado Gales a su Corona la pasada primavera, el rey de Inglaterra había enviado una expedición militar contra Escocia con la intención de ocupar ese frío y lejano reino en el norte de Gran Bretaña, cuya posesión ambicionaban los reyes ingleses desde hacía siglos.

Pero una vez más, como ya ocurriera en la batalla de Bannockburn, hacía de ello más de dos siglos, cuando poco más de cinco mil escoceses mal equipados y hambrientos derrotaron, como si de un milagro se tratase, a veinte mil ingleses y lograron mantener la independencia de Escocia, los escoceses vencieron a los ingleses en Haddon Rig y capturaron a más de quinientos de sus mejores soldados, justo al día siguiente a esa entrevista en Monzón. Enrique VIII prometió que volvería al norte para conquistar Escocia.

En aquella entrevista se cerró el pacto y se acordó que Inglaterra sería una fiel aliada del emperador. Por el momento se dejaron de lado los temas más conflictivos, como la separación de la Iglesia de Inglaterra de la de Roma y la demanda de Enrique VIII sobre la Corona imperial. La prioridad era derrotar a Francia e impedir que una gran coalición franco-turca se impusiera en Europa.

Monzón, finales de agosto de 1542

En aquellos meses, mientras tenían lugar las sesiones de Cortes de la Corona de Aragón, la villa de Monzón se convirtió en el centro de la monarquía de Carlos de Austria.

La actividad en los despachos oficiales habilitados en varios palacios de la localidad aragonesa era incesante. Todos los días salían de Monzón decenas de cartas y cédulas con las más variadas instrucciones. El emperador se encargaba personalmente, y siempre teniendo a su lado al príncipe, de dictar disposiciones sobre todos los temas de gobierno: solicitud de dinero a las ciudades y villas de sus reinos hispanos para sostener la guerra contra Francia y los turcos, cuya dirección se había encomendado al genio militar del duque de Alba, el mejor estratega, nombrado capitán general del ejército; instrucciones para el despliegue de las tropas y la defensa de las fronteras en Perpiñán y Navarra ante la llegada del ejército francés; recomendaciones o nombramientos directos de todo tipo de cargos; salvoconductos para comerciantes…

En Monzón se recibían todos los días visitas de ilustres personajes que querían entrevistarse con el emperador: embajadores, soldados, nobles, nuncios en las Cortes, diputados de ciudades y villas, eclesiásticos…

Aquellas Cortes, pese a la recomendación de brevedad que había expresado Carlos en su discurso de apertura, se estaban alargando demasiado. Los diputados y nuncios de Aragón, Valencia y Cataluña parecían no tener ninguna prisa en finalizarlas. Para los representantes de las universidades, cada día que pasaba significaba una dieta más que cobrar.

Todas las posadas y casas de Monzón estaban llenas. Se hacía negocio con las Cortes y eran muchos los interesados en que se prolongaran en el tiempo. Incluso se habían trasladado a esa villa decenas de prostitutas de ciudades cercanas como Barbastro, Lérida y Huesca, que apenas daban abasto para atender a la numerosa clientela que allí se congregaba.

La guerra con Francia constituía la prioridad absoluta, pero la dilación de las Cortes estaba impidiendo que Carlos se ocupara de ello con toda la intensidad que la grave situación requería.

—Hijo —se dirigió Carlos al príncipe Felipe—, estos días tienes la ocasión de ser testigo de cómo se gobierna un imperio. Ya has cumplido quince años; tienes edad suficiente para conocer muchas cosas. Es hora de pedir a las Cortes que te juren como heredero y futuro rey y señor de Aragón y de toda su Corona.

»En cuanto acaben estas Cortes tendré que dejarte solo en España, pues se requiere mi presencia en Alemania y Flandes con motivo de la guerra con Francia. Tú serás mis ojos, mis oídos y mi voz aquí.

—No sé si podré hacerlo como gustáis. Tal vez no esté del todo preparado —dijo Felipe.

—Lo estarás cuando llegue el momento. Habrás de tratar asuntos muy delicados y negociar con reyes y papas que procurarán engañarte. Deberás conocer sus verdaderas intenciones y adelantarte a ellos en todo.

—¿Y cómo sabré hacerlo?

—Rodéate de los mejores, dispón espías en todas partes, que te mantengan informado de cuanto pasa hasta en el más alejado rincón de tus reinos. Nunca te relajes, nunca dejes para mañana lo que puedas resolver hoy. Sé constante y paciente, prudente pero firme.

»Mira. —El emperador cogió por el hombro a su hijo y lo acercó hasta la mesa de su gabinete—. Esta mañana he escrito una carta al papa Paulo asintiendo a su propuesta de celebrar un concilio en Trento y otra dándole cuenta de la traición del rey de Francia, he escrito una cédula a los virreyes y capitanes generales de todos mis dominios para que persigan a cualquier súbdito francés, un mandamiento para que envíen caballos, bueyes y carneros de Cerdeña para la provisión del ejército, y una carta a tu tío el rey Fernando para que también esté al tanto de las maldades que está cometiendo el rey Francisco y aperciba a todos sus hombres de su malvado comportamiento, y que prepare la próxima Dieta imperial en Núremberg. Y así un día y otro. Ser rey supone una enorme tarea y deberás afrontarla con el ánimo que te he explicado. No hay otra manera de ser un buen monarca.

Monzón, principios de octubre de 1542

Aquellas Cortes parecían interminables.

Hacía ya varios meses que Carlos y Felipe, con toda la corte imperial, residían en Monzón a la espera de que aragoneses, valencianos y catalanes decidieran aportar las cantidades que el emperador les solicitaba para su lucha contra los turcos y desde mediados de julio también para la guerra declarada por Francia.

La necesidad de dinero de la Corona era imperiosa, pero las Cortes daban largas para conceder los subsidios requeridos. A mitad del mes de agosto el propio Carlos tuvo que ordenar que vendieran algunas joyas de la casa de Austria para poder hacer frente a los pagos más urgentes. Varias joyas de doña Margarita, la tía de Carlos, que estaban depositadas en el tesoro real, fueron empeñadas tras ser valoradas y tasadas por el guardajoyas Pedro de Curteville.

La guerra contra Francia apremiaba. Carlos tuvo que emplearse a fondo para convencer a los nuncios a fin de que pusieran fin a las Cortes de manera inmediata.

Un soldado milanés que había servido como mercenario con los franceses desertó de sus filas y se presentó ante el duque de Alba, a quien informó de los planes de los generales franceses; fue recompensado con doscientos ducados. La información de este desertor fue fundamental para detener el avance francés hacia los Pirineos.

Ese mismo soldado, ahora espía del rey de España, informó que Francisco I había enviado un embajador a Estambul para acordar una acción militar conjunta de turcos y franceses. Por su

parte, Carlos envió una carta a su hermano Fernando indicándole que mantuviera a los turcos ocupados en Hungría y que lanzara un ataque de distracción a la ciudad de Buda con la intención de que los otomanos reforzaran sus defensas y mantuvieran a sus tropas en el Danubio central, a fin de que no pudieran enviar contingentes de esos destacamentos a un posible enfrentamiento en tierras de Italia.

A fines del mes de septiembre, a falta de un acuerdo entre los tres grandes Estados de la Corona de Aragón, los diputados del reino de Valencia, reunidos en la iglesia de Santa María de Monzón y en presencia del emperador y de su hijo, decidieron por unanimidad acordar el juramento del príncipe Felipe como heredero y futuro rey de Valencia. Con ello, los nuncios valencianos rompían la costumbre hasta entonces seguida en las Cortes Generales de la Corona de Aragón por la cual los tres grandes Estados que la integraban solían acordar la misma acción.

Las cosas se estaban poniendo realmente muy difíciles, hasta el punto de que a comienzos de octubre aragoneses y catalanes cedieron. En la última sesión de las Cortes de Monzón los diputados aprobaron la concesión del tributo habitual, que se fijó en quinientos mil ducados, y ratificaron el juramento colectivo como heredero a Felipe, al que calificaron como príncipe de España y futuro soberano.

Carlos respiró tranquilo. Su hijo se había convertido en su sucesor legítimo en toda la Corona de Aragón; ya podía dedicar todos sus esfuerzos y toda su atención a la guerra contra Francia.

Barcelona, 20 de octubre de 1542

Clausuradas con éxito las Cortes de Monzón, Carlos y Felipe se desplazaron hasta Barcelona recorriendo un camino que los llevó a visitar varias villas y ciudades de Cataluña. Fueron recibidos con especial boato por el concejo de Lérida, la ciudad que por algún tiempo oscilara entre su pertenencia al reino de Aragón o a Cataluña, y luego visitaron Cervera.

Allí se despidió Carlos de su hijo. Tras reiterarle los consejos que le había dado en Monzón, le encomendó el cuidado de sus hermanas, pues le confesó que las mujeres de la casa de Austria eran los bienes más preciados del linaje de Habsburgo y que gracias a ellas su familia había crecido en poder, títulos y tierras.

Carlos abrazó a su hijo antes de verlo marchar hacia Zaragoza y continuó su ruta hacia Barcelona, tras pasar a visitar en su camino el monasterio de Monserrat, al que tanto había favorecido y a cuya Virgen profesaba una gran devoción.

Mediado octubre, el emperador entró en Barcelona, no sin antes enviar otra carta al papa Paulo III en la que volvía a quejarse de la traición perpetrada por el rey de Francia con su declaración de guerra y por estar tratando en secreto con los turcos. Le pedía al papa que no mantuviera esa ambigua equidistancia y que condenara la actitud de Francisco I, impropia de un monarca cristiano.

La entrada de Carlos en Barcelona, a cuyas puertas lo esperaban el duque de Alba, que había derrotado a los franceses en Perpiñán, el duque de Cardona y los obispos de Barcelona, Vich, Elna y Gerona, fue acompañada de salvas de cañón y luminarias.

Se encontraba bien en Barcelona. La bondad de su clima, la amabilidad de sus gentes y la laboriosidad de sus artesanos hacían que esa ciudad fuera una de las preferidas por el emperador.

Acompañado del duque de Alba, visitó las fortificaciones.

—Barcelona es la ciudad más importante de toda esta región. Su defensa debe ser primordial ante un posible ataque francés —comentó Carlos desde lo alto de Montjuic, la

montaña desde la que se dominaba la llanada de Barcelona, toda su comarca y buena parte de la costa central de Cataluña.

—Estamos reforzando las murallas en la zona del puerto y en las atarazanas, majestad. He ordenado que se instalen cañones y morteros sobre los muros y que se habiliten baluartes cada cincuenta pasos. En cada torre, convenientemente protegidas, se dispondrán municiones para la artillería —repuso el duque de Alba.

—Los franceses no deben ocupar esta ciudad jamás.

—No lo harán.

—Ya lo intentaron en alguna ocasión hace muchos años, sin conseguirlo. Mi abuelo el rey Fernando lo impidió.

Carlos se refería a aquella lejana ocasión en la que los campesinos catalanes se rebelaron contra el anciano rey Juan, padre del Católico, y este tuvo que acudir a poner orden en Barcelona y reintegrarla a la Corona de Aragón. Aquella acción, que culminó con la toma de Barcelona, se atribuyó al príncipe Fernando, pero lo único que hizo este soberano fue desfilar triunfante en su entrada en la ciudad tras su rendición, pues el futuro rey Católico apenas tenía trece años en esa época.

—Solo habría una posibilidad de que Barcelona corriera peligro de caer en manos de los franceses —dijo el de Alba.

—¿A qué os referís?

—Si se produjera un ataque combinado de los turcos por mar, con sus innumerables galeras, y de los franceses por tierra, con su artillería y su caballería, tal vez pudieran rendir Barcelona.

—Tenéis razón, don Fernando. Vuestra defensa de Perpiñán ha sido excelente; gracias a ello el delfín don Enrique no ha podido progresar hasta los Pirineos.

Carlos se refería a la magnífica defensa que Fernando Álvarez de Toledo había organizado unas semanas antes en la ciudad de Perpiñán ante el ataque francés comandado por el hijo y heredero de Francisco I.

—El delfín es un joven de poco más de veinte años, más preocupado por satisfacer en la cama a su ardiente esposa doña Catalina de Médici y a su amante Diana de Poitiers que en ganar esta guerra —se limitó a comentar el duque de Alba.

—En cualquier caso, le habéis dado una buena paliza que nunca olvidará.

»Conozco bien a ese joven. Lo retuve preso algunos años en Madrid, junto con su hermano, como garantes de que su padre el rey don Francisco, una vez liberado del cautiverio tras ser apresado en la batalla de Pavía, no volvería a declararnos la guerra. Cuando atravesé Francia, hace ahora tres años, los dos hermanos me acompañaron en todo momento; se mostraron amables y gentiles, pero don Enrique tenía en su mirada el rencor, todo lo contrario que su hermano don Carlos, siempre tan gracioso y dicharachero.

—Don Enrique será el futuro rey de Francia y supongo que en ese momento será mucho más peligroso —asentó el de Alba.

—No lo dudéis, don Fernando, no lo dudéis. Y creedme si os digo que considero que ese joven Enrique nunca olvidará que lo habéis derrotado y humillado, y que procurará vengarse.

—Lo tendré siempre presente, majestad.

—Don Francisco tampoco estará precisamente feliz. A ningún padre le gusta que derroten a su hijo, y mucho menos a un rey si el derrotado es su heredero.

»Y en cuanto a vuestra observación del éxito de un posible ataque combinado de turcos y franceses a Barcelona, lo considero muy pertinente. De modo que escribiré al maestre de Rodas para que refuerce las defensas de la isla de Malta, que hace años le cedí. Mientras Malta

permanezca en manos cristianas, los turcos no se atreverán a lanzar un ataque decisivo sobre Barcelona.

—Buena idea, majestad.

Aquel mismo día llegaron a manos de Carlos varias cartas de los diputados de Cataluña en las que comunicaban que el juramento solemne de los nuncios catalanes como heredero del príncipe Felipe, según lo acordado en las Cortes de Monzón, tendría lugar el próximo 9 de noviembre en Barcelona.

Barcelona, 9 de noviembre de 1542

El príncipe Felipe había llegado la noche anterior desde Zaragoza. Se había alojado en secreto en el monasterio de Valdonzella, al pie del monte Tibidabo, a una hora de camino de las murallas de Barcelona.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, don Felipe salió del monasterio camino de Barcelona, donde se estaban celebrando grandes fiestas. A su encuentro acudieron los jurados de la ciudad, el gobernador, los altos hombres del clero y los representantes de los gremios y oficios, todos ellos con sus banderas y estandartes enarbolados al frente. Tras ellos formaban los gentilhombres de la casa de su majestad el emperador, los nobles principales de España, con los duques de Sesa, Alburquerque y Nájera a la cabeza, marqueses y condes, almirantes y generales de la armada y el ejército, todos ellos precedidos por una banda de trompetas y tamborinos y escoltados por maceros, farautes y reyes de armas.

El príncipe, vestido con un traje de terciopelo encarnado orlado con hilo de oro, y ubicado bajo un paño de brocado dorado, cabalgaba entre los regidores de Barcelona con sus emblemas y gorros, y junto a él el duque de Alba y otros nobles y grandes señores de Castilla. A los lados y al fondo, desfilaba una nutrida escolta de capitanes del rey, arqueros y alabarderos a pie.

La cabalgata entró en la ciudad de Barcelona por la puerta de San Francisco, ante cuyo umbral descabalgó don Felipe para subirse a un tablado de madera en el cual juró fidelidad y respeto a las leyes y ordenanzas de Barcelona. Volvió a subir al caballo y atravesó las calles; por el camino pasó por delante del palacio real mayor y miró hacia la ventana que le indicó el duque de Alba. Al otro lado, oculto por una celosía, el emperador observaba el desfile triunfal de su hijo. A una indicación del duque, todas las banderas que portaban los miembros de la comitiva se inclinaron por tres veces hasta el suelo, mostrando así su respeto al emperador. Entró en la catedral, cuya fachada inconclusa se había cubierto con arcos triunfales de cartones y enramadas, y rezó una oración de acción de gracias. Luego fue llevado en caballo al palacio real menor, a cuya puerta el príncipe descabalgó a la vista de un par de centenares de personas que esperaban ver a su próximo soberano, y entró en palacio para ser acomodado en sus aposentos.

Esa noche se dispararon salvas de artillería desde el castillo de Montjuic y desde las galeras de guerra ancladas en la playa; se lanzaron luminarias en la rambla de San José y hubo bailes de máscaras y música en las plazas.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, el príncipe Felipe, vestido de terciopelo gris y acompañado por la misma comitiva del día anterior, salió del palacio real menor y se dirigió hacia el palacio real mayor, donde tenían su casa en Barcelona los reyes de Aragón.

Allí lo esperaba su padre el emperador, y en ese lugar, en el salón principal, fue jurado como heredero por todos los nobles, universidades y estamentos de Cataluña.

Una vez acabó la ceremonia, el príncipe se despidió de su padre y se dirigió al palacio real menor, mientras el emperador subía con el duque de Alba a la montaña de Montjuic, desde

donde quería contemplar las obras de defensa que se estaban acometiendo en las fortificaciones de Barcelona.

—La zona de la playa es de fácil acceso para una flota de galeras enemigas —comentó Carlos indicando desde lo alto esa zona.

—Estamos reforzando los muros que dan a la plaza y los alrededores de las atarazanas. En lo alto de los muros dispondremos una batería de piezas de artillería apuntando hacia los lugares donde podrían desembarcar galeras en caso de que nos atacasen —indicó el duque de Alba.

—Este castillo ocupa una posición fundamental. Mientras se domine Montjuic, se poseerá Barcelona. Disponed que se profundicen los fosos y que construyan aljibes y pozos, y que se edifiquen almacenes con capacidad suficiente para albergar suministros con los que soportar un asedio prolongado.

»Y que se refuercen todas las puertas de la ciudad y se defiendan con baluartes —añadió el emperador.

—Se hará como ordenáis, majestad.

—¿Cómo habéis visto al príncipe? —le preguntó Carlos a su capitán general.

—Su alteza don Felipe es prudente, serio y de gran devoción. Cuando vos, señor, faltéis, y Dios quiera que sea dentro de muchos años, será un gran rey. A su edad demuestra ya una responsabilidad poco común en cualquier hombre: sabe cumplir con su deber y no tiene pereza alguna en hacerlo. Y hay algo, además, que me asombra en su alteza —dijo el de Alba.

—Decidme de qué se trata, don Fernando.

—De su enorme memoria. Es capaz de aprender cualquier texto con apenas leerlo un par de veces. Nunca he conocido a nadie con semejante capacidad.

—Ese don es bueno para un rey —asentó el emperador.

—Pues vuestro hijo, señor, tiene una memoria prodigiosa.

—Dad las órdenes oportunas para que se mejoren las fortificaciones de Barcelona, y descendamos a la ciudad antes de que oscurezca. Esta noche el concejo ha preparado unas luminarias y fuegos de artificio extraordinarios para festejar que Barcelona ha jurado ya a su heredero y al que será su futuro conde, y señor de toda Cataluña.

—Majestad, ¿me permitís una pregunta? —habló el duque de Alba a la vez que sostenía el estribo del caballo para que el emperador lo montara con mayor facilidad.

—Preguntad.

—¿Por qué no erigís a Cataluña en un reino, como lo son el de Aragón o el de Valencia? Los catalanes y el título de conde de Barcelona siempre van por detrás de los aragoneses y del título de rey de Aragón en todos los documentos e inscripciones, y no parecen muy contentos con ello. Si Cataluña fuera un reino, tal vez…

—Todo este territorio —dijo Carlos ya sobre su caballo, y señaló con el brazo extendido toda la tierra al oeste del mar— se unió en torno al condado de Barcelona y tiempo después uno de sus condes se casó con la reina de Aragón; y de ese matrimonio nació la Corona de Aragón, que yo he heredado de mi abuelo el Católico.

»Los catalanes siempre han sido gobernados por el conde de Barcelona y nunca han reclamado que su tierra se convierta en un reino. Creo, mi querido don Fernando, que los señores catalanes prefieren que el título principal de su gobierno sea el de conde y no el de rey.

—Pues no entiendo que pudiendo ser un reino se conformen con ser un condado.

—Uno de mis antecesores, el rey Pedro, al que llamaron el Ceremonioso por su afición a la etiqueta y las normas, dictó un decreto por el cual nadie podría separar los reinos y Estados que en ese momento, hace de ello ya doscientos años, formaban su Corona; ni el mismo rey ni

siquiera las Cortes de cualquiera de esos territorios. Y creedme, señor duque, que yo considero que fue una decisión acertada y que la cumpliré en todos sus términos.

»Recordad lo que algunos dicen sobre la profecía que se cumplirá en mí: “Un solo soberano, un solo reino, un solo Dios”.

El duque de Alba asintió y espolearon los caballos camino abajo por la montaña de Montjuic, hacia la ciudad de Barcelona.

Como había anunciado el concejo de la ciudad en bandos y pasquines, aquella noche se lanzaron al cielo nocturno decenas de luminarias y se celebraron danzas, músicas y otros pasatiempos en las calles y plazas. Los consejeros, que iban escoltados por guardias armados, sayones y algunos soldados de la guardia imperial, recorrieron las calles para que en medio de la fiesta no se produjeran desmanes y altercados como solía ocurrir algunas veces en las que la fiesta, a causa del exceso de consumo de vino y licores, derivaba en peleas y trifulcas.

El príncipe Felipe asistió a los jolgorios vestido con un coleto de cuero grueso oculto bajo la capa, una especie de chaleco que le protegía el cuello y el pecho. Se lo había recomendado uno de sus consejeros, al que le habían contado que hacía unos cincuenta años un loco de Barcelona apuñaló en el cuello al rey don Fernando, el abuelo del emperador, cuando este se encontraba en las escaleras de acceso al palacio real. Las heridas que le provocó aquel atentado estuvieron a punto de costarle la vida al rey Católico de no haber sido porque llevaba un collar que desvió las cuchilladas y evitó que fueran mortales.

Tortosa, 28 de noviembre de 1542

Los días que siguieron al solemne juramento de don Felipe como heredero del trono condal de Barcelona estuvieron repletos de actos y ceremonias religiosas: misa solemne en el convento de San Agustín el sábado y misa cantada en la iglesia de Santa Catalina del convento de dominicos el domingo.

Pero también se celebraron grandes fiestas en las que hubo torneos a pie y a caballo, bailes de máscaras en los que las damas acudieron ricamente vestidas con sus mejores trajes y joyas, recepciones de nobles y altos eclesiásticos con el príncipe vestido con terciopelo encarnado y el emperador con un traje de damasco amarillo, opíparos banquetes, juegos de cañas y sesiones de baile que duraban hasta mediada la madrugada.

Pero ni entre tantas fiestas y alegrías el emperador descuidaba la atención a las obras de fortificación de la ciudad de Barcelona. Cada día recorría algunos tramos de los muros y revisaba la marcha de los trabajos.

Y tampoco olvidaba sus obligaciones como soberano de medio mundo y despachaba con sus secretarios las nuevas ordenanzas del gobierno del Consejo de Indias, firmaba la constitución de la Audiencia y Cancillería Real de Lima, en el Perú, o disponía sobre el gobierno de los virreyes del Perú y de la Nueva España, territorios que recibieron el título de «reinos».

Aquella mañana la actividad en el palacio real mayor y en el menor era mucho mayor que la habitual. El emperador y el príncipe partían ese mismo día en camino a Valencia, y con ellos se movía toda la corte: centenares de nobles, secretarios, altos funcionarios, soldados, sirvientes, pajes, criados, muleros, cocineros…, toda una retahíla de gentes que formaban un acompañamiento de más de quinientas personas.

La comitiva imperial salió de Barcelona por el camino del sur, recorriendo cada día unas veinte millas y pernoctando en las principales localidades de la ruta. En todas ellas fueron recibidos con grandes muestras de alegría: Martorell, Villafranca, Tarragona, Cambrils… En todas ellas se esmeraban por agradar a su majestad don Carlos y a su alteza don Felipe.

Al llegar al curso del Ebro, donde recibieron nuevas de los movimientos de las tropas francesas, embarcaron en una galera y navegaron aguas arriba hasta Tortosa, donde los consejeros de la ciudad los aguardaban a bordo de dos bergantines engalanados con banderas imperiales y gallardetes con los colores rojos y amarillos de la Corona de Aragón.

Aquella mañana en Tortosa aprovecharon para ir a cazar a unos sotos cercanos. Carlos echaba de menos la caza, que tanto le gustaba, y disfrutó mucho al abatir un par de venados y algunas piezas menores con fuego de arcabuz.

De regreso a la ciudad, a caballo con el príncipe Felipe, el emperador le comentó algunos asuntos.

—Hijo, en unos pocos meses cumplirás dieciséis años. A esa edad muchos príncipes ya están casados. Va siendo hora de pensar en tu boda.

—Todavía no tengo novia —dijo Felipe, que ya había disfrutado de algunos episodios amorosos con varias damas de la corte.

—Yo me encargaré de buscarte una esposa que convenga a tus intereses como futuro rey de España. —Carlos omitió cualquier referencia al Imperio, pues le había prometido esa Corona a su hermano Fernando.

—La esposa que elijáis para mí será la adecuada —admitió el príncipe.

—Nuestra familia es lo más importante. La casa de Austria ha de estar en primer lugar, por encima de cualquiera de sus miembros, incluso de la cabeza del linaje, que ahora soy yo, pero que algún día recaerá en tu persona.

»El linaje de Habsburgo ha crecido desde el pequeño señorío del castillo del Halcón y se ha hecho poderoso gracias a que todos sus miembros lo han colocado delante de sus intereses y beneficios personales.

»Y en ese largo camino que nos ha llevado a la cumbre, los matrimonios han tenido una gran importancia. Mis abuelos paternos, Maximiliano y María, unieron la casa de Austria y la de Borgoña; mis abuelos maternos, los Reyes Católicos, hicieron posible con su matrimonio que yo heredara las Coronas de Castilla y León y la de Aragón, además de los territorios de Italia y de las Indias. Yo me casé con tu madre, mi querida Isabel, para reforzar los lazos de los reinos de España con el de Portugal. Y ahora te toca a ti.

—¿Y con quién me casaré, padre?

—He acordado que lo harás con tu prima doña María Manuela de Portugal. He enviado un embajador a Lisboa para que cierre el contrato matrimonial. Mi hermana doña Catalina, la esposa del rey don Juan, lo ha convencido y ya está hecho. Además, tu esposa vendrá con una dote de trescientos mil ducados. Ese dinero nos vendrá muy bien para las guerras contra el turco y el francés.

»Claro que también he pensado en otras posibles opciones: la princesa María de Portugal podría ser la llave para que en el futuro se abriera la posibilidad de que ese reino se una a la monarquía hispana; pero una princesa de Inglaterra reforzaría nuestro pacto con ese reino y la alianza contra Francia; y si te casaras con una hija del rey de Francia, es probable que se acabaran las guerras con ese reino y podríamos dedicar todos nuestros esfuerzos a la guerra con el turco.

»¿Sabes, hijo, que en muchas ocasiones he imaginado que algún día entraría en Jerusalén y recuperaría Tierra Santa para la cristiandad?

—Algunos dicen que habéis sido predestinado para ello, que sois el monarca que recuperará el dominio cristiano sobre el sepulcro del Señor.

—Eso han escrito algunos, sí; incluso alegan que hay profecías que así lo auguran. Pero para que esos vaticinios se cumplan hay que derrotar al Imperio otomano y, para lograrlo, además de la ayuda divina, hacen falta medios: soldados, galeras de guerra y dinero con que pagar todo eso.

—Yo preferiría casarme con mi prima doña María Manuela de Portugal.

—Pues ella será tu esposa.

Aquella noche durmieron en Tortosa, en un castillo que llamaban la Zuda, donde se decía que se había levantado en otro tiempo el palacio de un rey sarraceno.

Valencia, mediados de diciembre de 1542

Abandonaron Tortosa, no sin sentir cierto pesar por lo agradable de aquella ciudad, dejaron tierras de Cataluña por Ulldecona y entraron en el reino de Valencia por San Mateo, Villarreal y Sagunto.

En esta ciudad, ya acompañados por el duque don Fernando, virrey de Valencia, que fue a su encuentro, un miembro del concejo saguntino les explicó que la suya era una de las poblaciones más antiguas de España, tan antigua que la habían llamado Murviedro, que significaba «los muros viejos». Les enseñaron las ruinas de un enorme teatro construido por los

antiguos romanos, donde les mostraron una estatua de Escipión el Africano, el general romano que venció a Aníbal en la batalla de Zama. Vieron también muchas otras antigüedades, vasijas, monedas y pedazos de estatuas, que los campesinos encontraban a menudo cuando labraban los campos de Sagunto o que quedaban al descubierto después de una tormenta.

El día 4 de diciembre avistaron las murallas de Valencia, a la que el duque de Segorbe, que se había unido a la comitiva en Sagunto, denominó la Grande y de la que dijo que era la mejor ciudad del mundo.

Antes de entrar en Valencia la Grande, el emperador ordenó que el príncipe se quedara a media legua de sus murallas, a fin de que hiciera una entrada triunfal él solo, pues en caso de ir con el emperador perdería protagonismo.

Carlos entró en Valencia sin ninguna alharaca, casi de manera clandestina, y se instaló en el palacio real, en el centro de la ciudad. Allí fue recibido por la esposa del virrey, el duque don Fernando. Al contemplarla, el emperador sintió algo que hacía mucho tiempo, desde la prematura muerte de su esposa Isabel, que no se había vuelto a despertar en él, y se dio cuenta de que tal vez había llegado el momento de volver a sentir entre sus brazos la piel cálida y suave de una mujer.

Cualquier fiesta de cualquier otra ciudad palidecía en comparación con las de Valencia. Los habitantes de esa localidad, que daba nombre a todo un reino, la que fue conquistada para la cristiandad primero por el Cid y luego por el rey Jaime de Aragón, sabían bien cómo divertirse.

Rodeada de unos campos y unas huertas feraces y abundantes en todo tipo de frutos, bañada por un aire cálido y húmedo y envuelta en un aroma de azahar y de mar, Valencia era una ciudad próspera en la que se desarrollaban los mejores talleres de seda de toda Europa, comparables con los de Granada y los de Estambul, llena de artistas prodigiosos en la pintura, la escultura y de notabilísimos ceramistas. Todo era abundante y hermoso.

Sabedora del gusto del emperador y de su hijo por las fiestas, los bailes y los torneos, la duquesa, acompañada por sesenta damas de la ciudad, ofreció una fiesta que duró hasta pasada la media noche. Iba vestida de rojo carmesí, toda recamada de oro, y miraba a Felipe como la leona que está a punto de devorar una presa.

Y hubo más fiestas y bailes, todo ello con las mujeres más hermosas de Valencia, aderezadas con sus mejores vestidos de sedas primorosamente bordadas, carreras de cintas que casi siempre ganaba Felipe, comidas sabrosísimas, vinos, dulces y cerveza al gusto del emperador.

También cazaron en las orillas de la Albufera, entre juncos y cañaverales, y asistieron a justas y torneos en la plaza del mercado; y más bailes, y más fiestas y más justas y más torneos a pie y a caballo…

Un día se corrieron en la plaza Mayor ocho toros que los jinetes más arrojados alancearon hasta abatirlos, y luego jugaron a cañas hasta ochenta caballeros.

Valencia… No había otra ciudad como aquella para celebrar un festejo.

—Mi señor, un mensaje de nuestro embajador en Londres —anunció Granvela a Carlos, que acababa de regresar de presenciar el torneo y estaba comentando con su hijo la habilidad de los contrincantes.

—Puede esperar a después de la cena —dijo Carlos.

—Es muy urgente, majestad —Granvela llevaba un papel en la mano con el mensaje del embajador.

—Adelante, canciller.

—Las tropas del rey Jacobo de Escocia han sido derrotadas en la batalla de Solway Moss —a Granvela le costó pronunciar ese nombre— por el ejército de don Enrique. Los ingleses se han tomado la revancha de la derrota sufrida hace unos meses.

—Mi tío —Carlos utilizó este apelativo familiar para referirse a Enrique VIII de Inglaterra — no cesará en su empeño de conquistar Escocia.

—Esa obsesión no es buena para nuestra alianza con Inglaterra contra Francia.

—Francisco de Francia está intrigando para que la guerra entre Escocia e Inglaterra se incremente, así debilita la ayuda que los ingleses puedan ofrecernos, pues tiene que destacar tropas en su frontera norte.

—Podríamos mediar entre ambos reinos para que firmaran la paz —sugirió Granvela.

—Sí, dadle instrucciones a nuestro embajador para que así se lo proponga a don Enrique.

Al día siguiente, Carlos y Felipe se despidieron de los nobles que los habían agasajado con tanta abundancia durante su estancia en Valencia, y dos días después abandonaron la ciudad camino de Madrid, donde llegaron el último día del año en medio de una considerable nevada. Todos echaron de menos el tibio clima valenciano.

Camino de Madrid, Pablo Losantos escribió una carta a su hermana y a su hija, de las que hacía al menos dos meses no tenía noticias.

Desconocía la segunda visita que habían recibido de los familiares del Santo Oficio y la humillación a la que uno de ellos había sometido a su hija, pues nada le habían dicho de aquello para no comprometerlo.

El acoso se había mantenido en los meses siguientes y el oficial de la cruz de Santiago había vuelto a casa de los Losantos en alguna ocasión para requerir de la joven Isabel ciertos servicios de cama, a lo que siempre se había negado la hija de Pablo.

El médico estaba confiado, pues creía que el aviso que su hermana y su hija habían hecho a los acosadores, señalando que eran familia del médico personal del emperador y que por ello disfrutaban de su protección, sería suficiente para disuadirlos de su empeño. Se equivocaba.

Lo que buscaba el de la cruz de Santiago era acostarse con Isabel, de la que se había encaprichado hacía algún tiempo, y más aún cuando le tocó el sexo y le introdujo dos dedos en su interior. Desde ese día, el familiar de la Inquisición vallisoletana no dejaba de pensar en la joven y de vez en cuando se llevaba los dedos a la nariz, aspiraba aire con fuerza e intentaba recordar el olor íntimo de la joven.

La imaginaba desnuda en una cama, abierta de piernas para él, sumisa y entregada mientras la poseía con toda la fuerza de una pasión animal y salvaje. Se había convertido en tal obsesión que no estaba dispuesto a dejar pasar otra oportunidad para hacerla suya.

Madrid, mediados de enero de 1543

Un frío viento del norte barría inclemente las intrincadas calles de Madrid, la villa que Carlos había elegido durante aquellas navidades para convertirse en el centro de sus dominios hispanos. Había tomado esta decisión dada su posición central y la equidistancia a las partes más lejanas de España. Toledo y Valladolid eran ciudades con mayor raigambre y presencia, pero al emperador siempre le había gustado aquel poblachón al pie de la sierra Central, en cuyos alrededores abundaba además la caza.

—Hace seis años, el papa emitió dos bulas, la *Veritas ipsa* y la *Sublimis Deus*; en ambas declaraba que los indios no debían ser tratados como brutos, que no podían ser convertidos a nuestra fe a la fuerza y que no estaba justificada su esclavización. No. Los indios no serán esclavos —asentó con toda rotundidad Carlos ante varios miembros de su consejo.

—Pero, majestad, necesitamos brazos para cultivar la tierra de las Indias. Esas tierras producen alimentos que pueden paliar las hambrunas en Europa, como las patatas, el cacao y el maíz. Y a la vez podemos llevar allí naranjas, trigo, aceitunas, espárragos, ajos… —alegó el secretario De los Cobos.

—Se lo prometí a fray Bartolomé de las Casas. Además, dicen que los indios no sirven para el trabajo duro. Emplearemos para ese menester a negros. Daremos las licencias necesarias para que esclavos africanos sean trasladados a las Indias para que trabajen en los campos.

El emperador había convocado a mediodía en el alcázar a todos los miembros del Consejo de Castilla que estuvieran en Madrid.

Estaba preocupado por las noticias que llegaban de América, donde algunos conquistadores se estaban tomando la justicia por su mano. Usaban perros de presa para amedrentar a los indios, los sometían a duros turnos de trabajo y se enzarzaban constantes disputas entre españoles.

Para acabar con aquella situación e imponer la administración real, se había creado el virreinato del Perú, promulgado las Leyes Nuevas para mejorar la situación de la población indígena y ratificado las instrucciones dadas por el emperador dos meses atrás en la ciudad de Barcelona para que cesasen inmediatamente las maldades que algunos conquistadores causaban a los indios.

—Las copias con los decretos sobre la administración y gobierno de las Indias ya han salido hacia América, majestad —anunció el secretario De los Cobos—, pero creo que pronto habrá que dictar otras nuevas. Tenemos recientes informes sobre el descubrimiento de nuevas y extensísimas tierras.

—Detallad eso —le dijo Carlos—. Al príncipe —indicó y miró a su hijo, que estaba presente— le gustará escucharlo.

—Los capitanes Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana han salido con varios de sus hombres a recorrer un caudaloso río que han denominado Amazonas, por las mujeres que habitan un tramo de su ribera. Algunos indígenas aseguran que en sus orillas hay un reino gobernado por mujeres de piel muy blanca, alta estatura, delicados peinados y excelente habilidad manejando el arco. A diferencia de las mujeres del Perú, que se cubren su honestidad con un trapito, estas mujeres llamadas «amazonas» van desnudas, sin el menor pudor en enseñar sus cuerpos a los ojos de cuantos las contemplan.

»Dicen los habitantes de aquellos parajes que las amazonas viven en poblados habitados solo por mujeres, aunque durante una sola ocasión cada año, y durante quince días, reciben la visita de hombres con los cuales se aparean una y otra vez con el fin de quedarse preñadas. A los nueve meses, los niños recién nacidos son entregados a sus padres, pero se quedan con las niñas, a las que educan para ser amazonas también. Por eso le han dado ese nombre al gran río.

Felipe escuchaba aquella historia con la boca entreabierta. El príncipe había heredado la prominente mandíbula inferior característica del linaje de Habsburgo, pero sin el acusado prognatismo de su padre y sin tantos problemas a la hora de masticar cualquier alimento sólido.

—¿Me permitís, padre? —el príncipe pidió la palabra.

—Claro —el emperador le hizo un gesto para que hablara.

—Esas no son las verdaderas amazonas.

—¿Cómo lo sabes?

—Las amazonas vivían al norte de Grecia. Lo he leído en varios libros de mi biblioteca. Lo cuentan el historiador griego Herodoto y el romano Amiano. Las amazonas eran mujeres guerreras descendientes de Ares, el dios de la guerra para los griegos, y de una ninfa llamada Harmonía. Eran prodigiosas manejando el arco, para lo que se amputaban un pecho.

—¡Vaya!

—Hay una posibilidad, alteza, de que las mujeres que viven a orillas de ese gran río sí sean las descendientes de las verdaderas amazonas —terció De los Cobos—. Por temor a ser eliminadas, varias de ellas pudieron viajar hasta las Indias hace muchos siglos.

—¿Antes que don Cristóbal descubriera el Nuevo Mundo? —preguntó Carlos.

—Pudieron hacerlo por el camino de oriente, majestad. La tierra es redonda, de modo que, como demostraron Magallanes y Elcano en la expedición que patrocinó vuestra majestad, se puede llegar a cualquier punto yendo en una dirección o tomando la contraria. El almirante Colón encontró las Indias navegando siempre hacia el oeste. Las amazonas bien pudieron hacerlo caminando desde el Cáucaso siempre hacia el este. En ambos casos el destino siempre será el Nuevo Mundo.

—Tenéis razón, don Francisco —asintió Felipe ante el razonamiento de De los Cobos—. Bien pudo suceder así.

—Hijo, ya te dije que atendieras siempre a los consejos de don Francisco, también en estos asuntos de la historia.

—Además del reino de las amazonas, algunos de los hombres de su majestad andan buscando El Dorado —siguió el secretario De los Cobos—. Cuentan algunos nativos de unos poblados asentados a orillas de un lago que llaman Titicaca que en sus profundidades hay una ciudad construida toda de oro y llena de tesoros.

—Pero si está sumergida, ¿cómo podemos llegar a ella? —demandó Felipe.

—Quizá sea una estratagema para evitar que la busquen en otro lugar —supuso el secretario.

—Tal vez, tal vez —dijo el emperador—. Pero lo más urgente por ahora es afrontar la guerra contra Francia. El canciller Granvela no ha podido viajar hasta Alemania, como le pedí, y le he ordenado que tenga previsto que pronto iré a Alemania, pero antes necesitamos que todos nuestros súbditos de España estén preparados y contribuyan a los gastos de esta guerra.

—Enviaremos esa cartas enseguida, majestad.

—Y comunicad a las autoridades de Barcelona que muy pronto viajaré de nuevo a esa ciudad antes de acudir a Alemania.

Madrid, fines de enero de 1543

Se estaba preparando la estrategia que se debía seguir en la guerra contra Francia cuando en Madrid se conoció la muerte del rey Jacobo V de Escocia, que había llegado al trono siendo un niño, al morir su padre en batalla contra los ingleses.

Jacobo era un fiel aliado de Francia, e incluso se había casado en Nuestra Señora de París con Magdalena, una de las hijas de Francisco I, aunque esta murió solo seis meses después en el palacio real de Edimburgo. La muerte le había sobrevenido a los treinta años, pocas semanas después de ser derrotado por los ingleses en Solway Moss. Muertos al poco de nacer sus dos hijos varones, su única heredera, fruto de su segundo matrimonio con la también francesa María de Guisa, era la pequeña María, que se acababa de convertir en reina de Escocia.

—Dicen que el rey Jacobo pronunció estas palabras poco antes de morir: «Nuestra dinastía se inició con una mujer y acabará con otra mujer». Si los Estuardo pierden Escocia y la anexiona Inglaterra, Francia se quedará sin su único aliado, además de los turcos —explicó De los Cobos, que estaba reunido en el alcázar real de Madrid con Carlos y Felipe.

—Humm…, esa niña… ¿Qué edad tiene? —preguntó el emperador.

—Poco más de un mes. Nació a comienzos del pasado diciembre. Su padre solo tuvo una semana para conocerla antes de morir —explicó De los Cobos.

—Si no estuvieras ya comprometido con doña María Manuela de Portugal, tal vez esa niña, ya reina, sería una buena esposa para ti, Felipe.

—¡Padre…, majestad!, pero si no puede caminar siquiera y ya habéis firmado las capitulaciones matrimoniales con Portugal —protestó el príncipe heredero, que había visto un cuadro de su futura esposa y le había gustado mucho.

—Bueno, en el caso de la escocesa tendrías que esperar trece o catorce años para consumar el matrimonio, pero lo harías como rey de Escocia. Ese matrimonio supondría que Francia perdiera a su principal aliado. El Imperio, España, Inglaterra, ahora también Escocia, pronto Dinamarca…; Francisco I no tendría más remedio que suplicar la paz.

»Pero no, tienes razón, ya está acordado con el rey de Portugal y le he manifestado a don Juan que tu boda con su hija es un acuerdo excelente para ambos reinos. Doña María de Portugal tiene tu misma edad y podrás consumar el matrimonio inmediatamente después de la boda. Además estamos negociando que tu hermana Juana se case con Juan Manuel, el príncipe heredero portugués. Este doble matrimonio sellaría un pacto muy sólido con ese reino, y quién sabe si alguna vez, no muy tarde, podríamos incorporarlo a los dominios de la casa de Austria.

—María de Portugal es hija de vuestra hermana pequeña, mi tía Catalina —recordó Felipe.

—Por eso su madre, mi hermana, sabrá qué decirle y educarla para que cumpla fielmente con su papel, como hacen todas las mujeres de esta familia. Yo me casé con mi prima Isabel, que era hija de mi tía María de Castilla y Aragón, hija de los Reyes Católicos, como mi madre la reina doña Juana.

—En estos tiempos, las alianzas más sólidas se fijan mediante los lazos de la sangre y de la estirpe, alteza —terció De los Cobos.

—¿Ya habéis decidido cuándo se celebrará la boda?

—Este mismo año, alteza, en Salamanca, y en cuanto estén listos los preparativos.

—¿Cómo es mi futura esposa?

—Nuestros informes y las cartas de vuestra tía doña Catalina coinciden en que es una joven de firme fe religiosa y muy devota, que cumple con todos los sacramentos. Dada vuestra relación de parentesco, solicitamos la preceptiva dispensa papal, que ya ha llegado de Roma.

—Es decir, que ya no existe ningún impedimento para que doña María se convierta en tu esposa legítima —asentó el emperador.

Madrid, 11 de febrero de 1543

«Yo, Rey y Emperador». Carlos trazó la firma sobre el tratado secreto con firmeza y rotundidad, y lo hizo como rey de España y como emperador de Alemania, para que no cupiera duda de sus intenciones.

—Ahora sí, majestad, Francia está perdida —dijo De los Cobos tras colocar el sello sobre el lacre caliente que cerraba el tratado secreto que se había acordado entre Carlos de Austria y Enrique Tudor.

—Con este tratado firmado con Inglaterra y los trescientos mil ducados recién llegados de Portugal por la dote de la boda de Felipe con doña María Manuela hemos obtenido una buena posición ante Francia, pero no hemos ganado aún la guerra, don Francisco.

—Señor, no quería pecar de un exagerado optimismo, pero todo hace indicar que Francia será derrotada —insistió De los Cobos.

—Mi cuñado el rey de Portugal también parece creerlo así, pero Francia posee muchos recursos en dinero y en hombres. Es el reino más poblado de Europa y por ello dispone de capacidad suficiente para reemplazar una y otra vez a sus soldados caídos en el campo de batalla. Es probable que viva tanta gente en París como en todo el reino de Aragón. ¿Os dais cuenta, don Francisco, de lo que eso supone? Sus generales pueden perder mil, diez mil soldados en una batalla y no tardarían en reponer esas bajas. España no podría hacerlo.

—Pero también sois el emperador, señor. Alemania, los Países Bajos, Nápoles y Sicilia…, en esas regiones hay población…

—No tengo plena confianza en ellas. Las ciudades de los Países Bajos tienen intereses propios, que no coinciden con los nuestros; Alemania está dividida entre católicos y protestantes, y la mitad al menos me considera más como un enemigo que como su señor; e Italia es, como siempre, una guarida de conjuras y traiciones. No, amigo Francisco, no. Solo puedo fiarme de los mercenarios alemanes, mientras reciban su soldada a tiempo, y de los tercios españoles… —se sinceró el emperador.

—¿Cuándo partiréis hacia Alemania, majestad?

—A comienzos del próximo mes de marzo. Pero antes debo dejar solucionados ciertos nombramientos y arreglada la boda de mi hijo, a quien vos ayudaréis a gobernar estos reinos durante mi ausencia.

—Seguiré vuestras instrucciones, mi señor.

—Sois un leal servidor, don Francisco, y os agradezco vuestra fidelidad y entrega. En estos tiempos no es fácil encontrar a hombres de palabra como vos.

—Yo siempre estaré a vuestro lado, majestad.

—Bien, vayamos ahora a firmar esas cédulas que llevan ya tres días sobre la mesa de mi gabinete.

Entre aquellos papeles había una petición de Pablo Losantos. El médico solicitaba autorización al emperador para viajar a Valladolid y poder visitar a su hermana y a su hija. A pesar de que en la carta que se cruzaban cada dos o tres meses le decían que estaban bien, Pablo tenía la impresión de que las cosas no eran tan fáciles como ambas presumían.

La petición de Losantos fue denegada alegando que su presencia en la corte era necesaria y que en unos pocos días saldrían hacia Barcelona. Pablo escribió a su familia explicándoles que no podría ir a Valladolid y que había recibido noticias de Luis, que seguía estudiando astrología en París, en las que le decía que el próximo verano volvería a Castilla.

Alcalá de Henares, 1 de marzo de 1543

En el patio del alcázar real de Madrid todo estaba listo para la marcha del emperador. Carlos había decidido que Felipe lo acompañara en su viaje hasta Alcalá de Henares, donde lo esperaban sus dos hijas. Quería despedirse de los tres antes de abandonar España camino de Alemania.

La comitiva se puso en marcha por el camino real de Aragón, hizo un alto en la aldea de Rejas para comer y descansar a mediodía y continuó la marcha hasta Alcalá, donde llegó

mediada la tarde.

Por el camino fue dando instrucciones para que se remitieran cartas a varias ciudades del norte de Castilla para que estuvieran prevenidas por si se producía una invasión de los franceses por la frontera del río Bidasoa.

El encuentro de la familia real fue muy emotivo. Carlos seguía acordándose de su esposa Isabel y cada uno de sus tres hijos le recordaban algún gesto, alguna facción, algún rasgo de la mujer a la que tanto amó.

Aquel mismo día, tras la cena, el emperador se quedó a solas con su hijo Felipe y con su preceptor Sepúlveda.

—Sentaos, señores —les dijo Carlos señalándoles sendos escabeles—. ¿Conocéis este libro? —le preguntó a Sepúlveda.

—Sí, mi señor. Su autor es Alejo Venegas y ahí cuenta cuáles son los vicios de los españoles.

—¿Y estáis de acuerdo con lo que dice Venegas?

—No en todo, majestad, pero reconozco que en muchas cosas sí tiene razón.

—Y tú, Felipe, ¿lo has leído?

—No, padre, todavía no.

—Pues escucha, porque es importante que sepas cómo son los hombres de los reinos que vas a gobernar. Según Alejo Venegas, los españoles tienen cuatro vicios fundamentales. El primero es el exceso en los trajes.

—Si me permitís, majestad, os diré que en mi opinión ese vicio es común en muchos países de Europa, sobre todo entre los nobles y los hacendados.

—Tenéis razón. Fijaos en cómo vestimos: brocados, damascos, sedas, hilos de oro y plata, y joyas… ¡Demasiada ostentación! ¡Demasiado derroche! Procura ser más discreto en el vestir, hijo mío, que un exceso de ropero bien puede menguar cualquier hacienda.

»El segundo vicio es la deshonra que se achaca a la práctica de un oficio. ¿Compartís este juicio, Sepúlveda?

—En este caso, majestad, estoy muy de acuerdo con Venegas. Sí, los hidalgos, infanzones y caballeros españoles estiman que ejercer un oficio manual no es propio de hombres de condición noble y rechazan dedicarse a trabajar con sus manos. Consideran que un hidalgo debe vivir de las rentas o, a lo más, del oficio de las armas. Esto no es bueno para estos reinos, pues semejantes ideas producen gente ociosa y generan la proliferación de holgazanes que no quieren trabajar. El exceso de ocio crea zánganos.

—Ya lo has oído, Felipe. Tu preceptor tiene razón. Un rey ocioso tiene muchas posibilidades de perder su reino, de modo que deberás poner mucho trabajo en el gobierno y en la defensa de los reinos que vas a heredar.

»El tercer vicio es el orgullo de pertenecer a un linaje.

—En esta apreciación no estoy de acuerdo, mi señor —dijo Venegas adelantándose.

—Yo tampoco. Ya me has oído decir en otras ocasiones —el emperador se dirigió a su hijo — que nuestra familia y nuestro linaje son más importantes que cada uno de nosotros. La casa de Austria se ha hecho grande porque ha sido capaz de poner en primer lugar el honor y la gloria de la familia antes que los deseos de cualquiera de sus miembros. Tú, Felipe, serás algún día la cabeza de esta familia y deberás gobernarla con la misma prudencia pero con similar determinación a como gobiernes tus reinos. Porque cada uno de nosotros pasa por la vida y acaba en una tumba, pero el linaje permanece a lo largo del tiempo. Tú y yo solo somos dos eslabones de una cadena que nunca debe cortarse. No lo olvides.

»Y el cuarto de los vicios es el cultivo de la ignorancia y el elogio de la misma. Aquí sí estáis de acuerdo, supongo, pues sois un educador.

—Sin duda es el primer vicio que habría que erradicar de España, majestad.

—La ignorancia… Un rey ignorante acaba cometiendo los más graves errores. Por eso he procurado que te eduques para ser el mejor de los reyes. Cuando le encomendé a don Juan tu formación le dije que no escatimara en gastos y que comprara para tu biblioteca los mejores libros, aquellos que te ayudarían a comprender mejor el mundo.

—Los libros atesoran la sabiduría, alteza. Con permiso de vuestra majestad, creo que es lo mejor que habéis hecho para la buena educación de vuestro hijo. Ojalá la de su alteza pueda superar algún día a la biblioteca de don Hernando Colón, el hijo del almirante don Cristóbal, que al morir dejó quince mil libros.

—Una buena biblioteca dignifica cualquier casa. Recuérdalo, Felipe. Claro que también es preciso cultivar el ejercicio y cuidar el cuerpo. Ya se encarga de recordarme eso una y otra vez mi médico Pablo Losantos. No olvides hacer ejercicio en mi ausencia, hijo. Sal a cazar, pues te gusta, practica equitación y esgrima, y cuida cuanto puedas de tu cuerpo. Yo no lo he hecho y por eso tengo estos malditos ataques de gota.

»Bien, se ha hecho tarde. Mañana seguiremos.

El príncipe y Sepúlveda se levantaron de sus escabeles, hicieron una reverencia al emperador y salieron del gabinete. Carlos se quedó solo, pensativo. Acababa de cumplir cuarenta y tres años y se había dado cuenta de que se sentía mayor, como si fuera ya un hombre en el umbral de la ancianidad.

Pensó entonces en aquel día en Valencia, cuando a la vista de la duquesa y esposa del virrey sintió despertar una sensación que ya creía olvidada desde la muerte de su esposa Isabel. Sí, tal vez esa desgana por la vida propia y esa sensación de estar como encerrado dentro de su propio cuerpo pudieran acabarse entre los brazos de una hermosa mujer. Tal vez.

Costa del Mediterráneo, entre Barcelona y Génova, mayo de 1543

En Alcalá, Carlos se despidió de su hijo, al que dejó como gobernador de todos sus reinos en España y le dio un último consejo:

—Hijo mío, compórtate como rey de todos los reinos de España, gobiérnalos con prudencia y justicia, cuida de tus hermanas y protege y defiende a tus súbditos.

El viaje desde Alcalá de Henares hasta Barcelona duró un mes y una semana. El emperador apenas se detuvo una noche en cada una de las etapas, por Guadalajara, Sigüenza, Medinaceli y Calatayud, donde llegó el 8 de marzo.

Cinco días permaneció en Zaragoza, donde despachó diversos asuntos menores y dictó instrucciones sobre el pleito que mantenían los partidarios de los conquistadores Pizarro y Almagro. De Zaragoza a Barcelona siguió el camino real, pasó una noche en el monasterio de Montserrat, donde rezó ante el altar de la Virgen y asistió a una misa solemne oficiada por su abad. Y no dejó de enviar cartas y cédulas para organizar la guerra contra Francia.

Por fin, el 10 de marzo entró en Barcelona, donde fue recibido con el entusiasmo que siempre le dispensaban los diputados y consejeros de esa ciudad, en donde el emperador se encontraba siempre tan a gusto.

El domingo 15 de marzo acudió a misa a la catedral. Lo hizo portando la pequeña cajita de madera de cedro forrada de terciopelo rojo que siempre llevaba consigo y dentro de la cual guardaba la cruz de oro que su esposa Isabel lucía en el cuello el día que falleció. Muchas

noches, antes de dormir, Carlos abría la cajita, cogía el pequeño crucifijo y lo besaba cerrando los ojos, intentando sentir a su esposa a su lado. Y le pedía a Dios que, en la otra vida, le permitiera encontrarse con ella y estar a su lado por toda la eternidad.

El primero de mayo embarcó en la playa de Barcelona, poco después de comer, firmó varios documentos sobre los testamentos de los españoles que morían en las Indias y sobre ciertos asuntos para el buen gobierno del Perú; embarcó en la galera de Andrea Doria y puso rumbo a Marsella.

A la vista de la costa de Cataluña, el emperador dictó una carta dirigida a las principales ciudades de España y a los comendadores mayores de las Órdenes militares en la que les comunicaba que se dirigía ya hacia Alemania, previo paso por Italia, para combatir contra el turco y el francés, a la vez que les ordenaba que obedecieran a su hijo el príncipe Felipe, que quedaba como gobernador en su ausencia a causa de la guerra.

Poco antes de anochecer, mientras tomaba una cerveza y un pedazo de queso en compañía del almirante Andrea Doria y del secretario Francisco de los Cobos, Carlos les confesó que había escrito de su puño y letra en aquellos primeros días de travesía unas instrucciones destinadas a su hijo Felipe, que completarían las que le había dado en Alcalá de Henares.

—Señores, mi hijo es todavía demasiado joven para gobernar España por sí mismo. Por eso, durante estos días de navegación, he redactado estas nuevas instrucciones que quiero exponer a vuestro criterio.

—Os escuchamos, majestad —dijo De los Cobos, ante lo que asintió el almirante Doria.

—Se trata de unas instrucciones para el buen gobierno. Le aconsejo que en las decisiones tocantes a los territorios de la Corona de Aragón tenga siempre en cuenta que aquí rige desde hace siglos el poder de sus Cortes y que ello supone un contrapeso al poder del rey, de modo que observe la voluntad pactista de sus parlamentos.

»También le recomiendo que en lo que se refiere a los asuntos de Castilla siempre consulte la opinión de los miembros del Consejo de Justicia de ese reino, y que escuche con atención a su presidente, al cardenal de Toledo y al comendador de León, hombres de mi plena confianza.

—Majestad, su alteza el príncipe es un joven prudente y sabio, sabrá obrar en consecuencia —dijo De los Cobos.

—Así es, don Francisco, pero el gobierno de un reino requiere de mucho tiento y paciencia, y mi hijo es todavía muy joven, y puede ser que le apremie la urgencia que tiene la juventud para hacer ciertas cosas, lo que conduce a veces a tomar decisiones precipitadas que suelen ser erradas.

»También le encomiendo que ponga especial celo en la defensa de las fronteras, pues la amenaza de una invasión francesa se puede concretar en cualquier momento, y que oiga misa diaria, si le es posible, y en cualquier caso siempre los domingos y fiestas de guardar, pues para un cristiano no hay mejor manera de ponerse a bien con Dios.

—Estar atento y prevenido ante cualquier ataque del enemigo es ya una victoria —comentó el almirante Doria.

Carlos fue comentando algunos otros apartados, como los despachos de los asuntos de las Indias, que también dejó en manos de su hijo, que escuchara la voz de la gente y que celebrara los consejos de gobierno en el alcázar real de Madrid.

—Excelentes instrucciones, majestad —dijo De los Cobos.

—Hay una última cuestión —añadió el emperador.

—Señor…

—Ha dedicado un apartado a recomendaciones más personales e íntimas. Creo, por lo que me han informado mis consejeros en su corte, que mi hijo todavía no ha conocido mujer. Espero que no me hayan engañado en esto. Pero don Felipe ha cumplido dieciséis años, edad a la que un joven varón tiene ya sus instintos naturales muy despiertos.

—Su alteza el príncipe es un joven apuesto, muchas mujeres…

—Eso es lo que trato de evitar —cortó Carlos a Andrea Doria—. Y así, le recomiendo que tenga cuidado en lo concerniente a acostarse con mujeres. Alguno de mis médicos me ha dicho que la práctica reiterada del coito estorba el hacer hijos sanos y fuertes y acaba incluso quitando la vida si se abusa de ello. Algunos dicen que el príncipe don Juan, el único hijo varón de mis abuelos los Reyes Católicos, murió a la edad de diecinueve años a causa de la reiteración del coito con su esposa doña Margarita, hermana que fuera de mi padre el rey don Felipe.

—Señor, vuestro hijo se va a casar en breve con doña María Manuela de Portugal —recordó De los Cobos.

—Por eso le recomendaré que no abuse del coito con su esposa. Ordenaré al cardenal de Toledo, a don Juan de Zúñiga y al inquisidor general que como principales consejeros de don Felipe no permitan que esté todo el tiempo con su esposa y que los mantengan separados durante algunos periodos para evitar el abuso del sexo.

—Perdonad mi indiscreción, majestad, pero ¿no creéis que, si el príncipe conoce carnalmente a su esposa y luego es separado por un tiempo de ella, no buscará en otras damas los placeres a los que no pueda acceder por mantenerlos alejados?

—Sí, eso es probable. El amor carnal, una vez que se prueba, y si se produce un gran deleite con ello, puede provocar una atracción irresistible. —Carlos se acordó entonces del amor tan apasionado que había vivido con Isabel.

—En ese caso, mi señor, ¿no sería más prudente dejar que su alteza conviva sin restricciones con su esposa? Ya sabéis que la juventud suele desear todo aquello que se le prohíbe —añadió Andrea Doria.

—Por el momento dispondré que el príncipe y la que será pronto su esposa se mantengan alejados de tiempo en tiempo y, si no surte buen efecto esta práctica, entonces ya la modificaremos si es preciso.

La galera imperial tomó tierra en la localidad de Palamós, pues se había desatado una tormenta que amenazaba la integridad de la flota. Fue allí donde el emperador ordenó que se pusieran por escrito las instrucciones que había ido pensando durante los últimos días. Se redactó una copia y se enviaron a los consejeros del príncipe, con la orden de que las hicieran cumplir de manera rigurosa.

Tras permanecer dos días en Palamós, don Carlos volvió a embarcar en la galera capitaneada por Andrea Doria y ordenó poner rumbo a Italia.

Apoyado en la amura de estribor, el médico Pablo Losantos contemplaba la costa de la bahía de Rosas, con los riscos y acantilados del cabo de Cruces, que los catalanes llamaban de Creus, cayendo sobre el mar como los dedos de un gigante hundiéndose en el océano. Soplaba un suave viento del sur que empujaba a las galeras de la flota imperial hacia el noroeste, en paralelo a la costa.

Pasaron una noche en Rosas y otra en el puertecito pesquero de Cadaqués, y siguieron rumbo a Italia.

—¿Fuisteis vos quien le recomendó a su majestad que se vigilen y controlen los encuentros amorosos de su hijo con la que será su esposa?

—Señor secretario… —Pablo Losantos se topó con el rostro de Francisco de los Cobos nada más girarse al oír aquella pregunta—. No, no he sido yo. Aunque su majestad me preguntó por ello.

—¿Y qué le aconsejasteis entonces?

—Que le recomendara moderación a su hijo en cuanto al número de veces que practicara el coito, pero que no separe a los que serán marido y mujer, pues no parece conveniente que dos esposos tengan que vivir y comportarse según les dicten otros.

—Mal consejo, don Pablo, mal consejo; y peor todavía si quien lo recibe es el cabeza de la casa de Austria. Sabéis bien, pues lo habéis vivido muy de cerca, que los Austrias se deben a la familia, no a sus placeres. Y, además, su majestad tuvo que pasar mucho tiempo alejado de su esposa, a la que tanto amó —comentó De los Cobos.

—Tenéis razón, pero cuando su majestad me preguntó, dejé que hablara mi corazón y no mi cabeza. Mi padre y yo mismo hemos vivido mucho tiempo alejados de nuestras esposas y sé cuánto se anhela a la mujer que se ama cuando esta no se encuentra cerca.

—Deberíais ser más prudente y atender a vuestra razón cuando se trata de dar consejos al emperador. Su majestad está abatido y no pasa por su mejor momento.

—Lo sé.

—Pues cuando habléis con él, animadlo y no contribuyáis a que su ánimo decaiga más todavía. Nos va algo más que la vida en ello a todos nosotros, incluso a vos, señor médico real.

—Así lo haré, señor secretario, así lo haré.

La flota siguió navegando de cabotaje durante varios días, la costa siempre a la vista, los vigías atentos en lo más alto de los mástiles oteando el mar por si vislumbraban la presencia de alguna nave francesa o turca que pudiera indicar que estaban a punto de ser atacados por la flota enemiga.

Pero eso no ocurrió. Solo a la altura de Marsella los vigilantes de las galeras de la retaguardia observaron muy a lo lejos un par de embarcaciones que parecían seguirlos en la distancia.

Desembarcaron en Savona, donde el emperador pasó la noche, y el 25 de mayo llegaron al fin a Génova; allí fue recibido por el duque y los miembros de la Señoría de la República genovesa, firme aliada del Imperio. La flota estaba formada por ciento cuarenta navíos, de los cuales cincuenta eran formidables galeras de guerra, muchas de ellas recién construidas en las atarazanas de Barcelona.

Al desembarcar se recibió la noticia de que, pasado el invierno, los otomanos habían reanudado el ataque sobre las regiones de Hungría que todavía se mantenían bajo dominio imperial. El avance turco por el centro de Europa parecía imparable. Ocupadas las ciudades de Buda y de Pest, la caída de Viena podía ser inminente, aquel mismo verano incluso. Y si caía Viena, todo el Imperio se tambalearía y quién sabe si los turcos podrían llegar entonces hasta el mismísimo corazón de Alemania.

Mejores noticias llegaban de la guerra con Francia.

El emperador se había instalado en el palacio de Andrea Doria.

—Señor —informó De los Cobos al emperador—, don Francisco ha fracasado en su triple ofensiva. En el norte de Cataluña el ataque ha sido rechazado por las tropas del duque de Alba,

que han obligado a retirarse a los franceses. Su avance hacia Milán ha sido detenido por nuestras tropas del tercio de Italia, que han bloqueado a su ejército en los Alpes. Solo estamos teniendo algunas dificultades en Flandes.

—Lo temía —dijo el emperador.

—El duque de Orleans se ha apoderado de Luxemburgo, donde no ha encontrado apenas resistencia, y el duque de Clèves ha derrotado al príncipe de Orange. Hemos estado a punto de perder Amberes, aunque hemos logrado detener su avance a cincuenta millas al sur de Bruselas.

—Nuestras posiciones en el sur son fuertes y sus defensores tienen la determinación de resistir sin dejarse amilanar por el enemigo. Pero en el norte las cosas son bien distintas. Nuestras defensas en Flandes siempre se han mostrado muy vulnerables, por ello debemos ponernos al frente de las tropas en aquellos lugares donde nuestra debilidad es manifiesta.

—¡Majestad!, perdonad mi brusca interrupción —Andrea Doria se presentó de improviso ante el emperador y el secretario De los Cobos.

—Hablad, almirante.

—Un embajador del papa ha estado aguardando desde hace dos días nuestra llegada a Génova y ha hecho una oferta asombrosa: el papa quiere adquirir el Milanesado a vuestra majestad por el precio de dos millones de ducados.

—¡Cómo!

—Dos millones de ducados por Milán, majestad.

—La oferta es muy tentadora —terció De los Cobos.

—Sí, lo es, pero debo consultarlo con mi hijo don Felipe y con mi hermano don Fernando, pues uno es mi heredero también en Milán y otro el rey de romanos; y también con mi hermana doña Margarita pues, como gobernadora de los Países Bajos que es, quiero saber su opinión. Este es un asunto que atañe a las posesiones de la familia Habsburgo —reflexionó Carlos—. Don Francisco, enviad cartas a los tres y demandadles su consejo sobre este asunto de la venta de Milán.

—Y hay una segunda propuesta del papa, majestad —indicó Andrea Doria—. Os solicita que celebréis una entrevista con él en cuanto os sea posible. Propone su santidad que se realice en la localidad de Busseto justo dentro de tres semanas.

—¿Dónde está Busseto?

—A tres días de camino al noreste de Génova y a otros tres al sureste de Milán.

—Decidle al embajador del papa que dentro de tres semanas allí estaré.

Pavía, mediados de junio de 1543

El día 2 de junio el emperador salió de Génova camino de Pavía. Antes de entrevistarse con el papa en Busseto deseaba visitar a su hija Margarita en Pavía.

Margarita había sido la segunda hija de Carlos. Tras haber engendrado a su hija Isabel con su abuelastra Germana de Foix, el emperador, todavía soltero, dejó embarazada a la dama flamenca Juana van der Gheynst, de la que nació Margarita. Casada a los catorce años con Alejandro de Médici, hijo del papa Clemente VII y de una sirvienta negra, quedó muy pronto viuda al ser asesinado su esposo. De vuelta a los Países Bajos, Margarita fue enviada por su padre por segunda vez a Italia para casarse con Octavio Farnesio, hijo del duque de Parma.

Carlos fue recibido a la puerta del palacio de los duques de Parma. Octavio y Margarita esperaban pacientes.

Cuando apareció el emperador, Margarita se arrodilló y agachó la cabeza ante su padre, que se apresuró a cogerla por los hombros e izarla de inmediato.

—Señor, bienvenido seáis a esta ciudad de Pavía —le dijo Margarita.

—Hija mía, sois igual que vuestra madre. —Carlos recordó en el rostro de su hija a su amante flamenca.

—Majestad, recibid toda mi lealtad y fidelidad —dijo Octavio Farnesio inclinándose.

—Luchasteis bien en Argel —le comentó Carlos recordando que su yerno había estado combatiendo a los turcos en la frustrada expedición.

—Lástima que aquellas tormentas nos impidieran destruir ese nido de piratas, sire.

—Algún día volveré y espero que estéis conmigo en ese momento.

—Mi espada siempre estará a vuestro servicio, majestad.

Entraron en palacio y Carlos pidió quedarse a solas con Margarita, a la que pese a haber nacido fuera del matrimonio, había reconocido como hija suya.

—Tuve noticias de que te has reconciliado con tu esposo —Carlos se refería a que cuando Margarita fue obligada a casarse, tras quedarse viuda a los quince años, con el hijo del duque de Parma, el matrimonio pasó por muy malos momentos. Al fin y al cabo eran dos jóvenes de apenas veinte años obligados a casarse por sus respectivos padres.

—Así es, mi señor…

—Prefiero que me llames padre, al menos cuando estemos a solas.

—Así es…, padre. Al principio no quería estar con Octavio. Era orgulloso, egoísta y engreído, pero cuando volvió de la guerra de Argel parecía otro hombre. Ahora lo amo y soy feliz con él.

—Hija, aunque naciste fuera del matrimonio, eres una Habsburgo y llevas la sangre de nuestro linaje en tus venas. Sé que cuando eres joven y te obligan a casarte con una persona a la que ni siquiera conoces deseas morirte o desaparecer. Pero nuestra familia es lo más importante y tú eres miembro de ella. Tu tía, que tan bien te conoce pues ella te crio en Flandes, me dijo que eras inteligente y despierta. Y creo que tenía razón.

—Como vuestra hija, solo pretendo cumplir con mi deber.

—Los dominios de la casa de Austria son extensísimos y siguen creciendo. Las mujeres de nuestra familia han sido siempre los más firmes pilares sobre los que se ha sostenido nuestra fortaleza. Tú eres una de ellas, de modo que deberás comportarte como tal.

—Así lo haré, padre.

Carlos le dijo a su hija que necesitaba su apoyo para influir en el gobierno del norte de Italia, un verdadero mosaico de señoríos y repúblicas enfrentadas entre ellas y con intereses muy diversos, que tan pronto buscaban la alianza con el Imperio como con Francia o con el papado.

El emperador quedó muy satisfecho con Margarita. Pese a sus veintiún años, ya era una mujer con experiencia y consciente del papel que como hija natural del emperador le había tocado interpretar. Así lo seguiría haciendo el resto de su vida.

Seis días permaneció Carlos en Pavía, donde habló durante muchas horas con su hija natural e incluso tuvo tiempo para tratar asuntos de gobierno con Cosme de Médici, señor de Florencia, para que le enviara soldados para la guerra contra Francia.

Camino de Busseto con su hija Margarita, a la cual pidió que lo acompañara a la entrevista con el papa, se detuvo en Ferrara, donde mantuvo un encuentro con su duque para lograr su lealtad. Desde allí envió una carta al concejo de Barcelona en la que le comunicaba que estuviera atento a la defensa de la ciudad, pues la armada turca dirigida por el corsario Barbarroja estaba merodeando por las costas de Italia y amenazaba con atacar a la propia ciudad de Roma y con

saquear las costas de la región del Lacio, la ciudad de Niza y aún podría acercarse hasta las de Cataluña. El jefe corsario comandaba una formidable flota de doscientas galeras de guerra y diez mil soldados con los que pretendía que el emperador destinase más tropas al Mediterráneo para así dar al rey de Francia una mayor oportunidad de victoria en la campaña de Luxemburgo y del sur de Flandes.

Busseto, fines de junio de 1543

Estaba Carlos preparando su entrevista con el papa cuando una carta enviada por el embajador en Londres daba cuenta de que el rey Enrique de Inglaterra se había vuelto a casar con Catalina Parr, una noble y rica dama que había rechazado ser la amante real.

Era una mujer de treinta y tres años que había enviudado dos veces y que había cautivado a don Enrique por su seriedad y aplomo. Era la esposa que necesitaba el monarca inglés, desalentado por sus cinco anteriores matrimonios, algunos de ellos muy turbulentos.

El embajador también informaba que Inglaterra y Escocia, tras años de guerra y de duras batallas, habían acordado una tregua y habían firmado un tratado de paz en Greenwich, en Londres. Aquella no era una buena noticia, pues Escocia era aliada tradicional de Francia y esa circunstancia podía cambiar los inestables equilibrios políticos en Europa. Nuevos y graves problemas se atisbaban en el horizonte.

Para los partidarios de los augurios, aquella entrevista no tenía buenos presagios. Un terremoto había asolado las comarcas cercanas a Florencia y una plaga de langostas arrasó las cosechas de todas las tierras a orillas del Mediterráneo entre Turquía y España. Ciertos visionarios predicaron que semejantes calamidades eran el anuncio de que los turcos invadirían Europa y destruirían la cristiandad.

El emperador llegó a Busseto acompañado por una nutrida comitiva de quinientos soldados de a pie y doscientos de a caballo. Se presentó a las puertas del castillo, protegido por una guardia papal similar a la del emperador, tal cual ambas partes habían pactado. Trece cardenales salieron a recibirlo, todos ellos tocados con sus capelos y sus hábitos carmesíes.

Tras ellos iba el viejo papa Paulo III, que a sus setenta y cinco años lucía una barba blanca en forma de abanico, mantenía casi todo su cabello y miraba además con firmeza desde sus profundos ojos oscuros, que parecían estar clavados en un rostro enjuto.

Cuando el emperador se encontró con el papa, Carlos hizo un intento de agacharse para besarle los pies, pero el santo padre no lo permitió.

—Hijo mío, has dado muestras suficientes de fidelidad y amor a la Iglesia de Pedro, no es necesario más.

—Padre santo, como emperador y rey católico os presento mis respetos y me pongo al servicio de la Iglesia de Roma.

El papa abrazó al emperador y ambos entraron en el castillo parar celebrar una primera vista en la sala principal. Los cardenales de Mantua, Santa Cruz y Farnesio acompañaban al papa mientras los duques de Brunswick, Alburquerque y Nájera lo hacían por parte del emperador.

—Santidad —comenzó a hablar el emperador una vez sentados—, el rey de Francia está poniendo en grave peligro a toda la cristiandad. De manera injusta y sin aviso alguno ha iniciado una guerra contra España y el Imperio, y lo ha hecho cuando los turcos están en campaña militar en las llanuras de Hungría, amenazando con avanzar hacia Viena. Una vez más solicitamos de la Iglesia que se recrimine esta actitud de don Francisco, que ponga fin a su ataque a nuestras

fronteras y que se una a nosotros para combatir contra el turco, la gran amenaza para la cristiandad.

—Sire —habló el papa—, querido hijo, la Santa Iglesia Romana se ha manifestado en varias ocasiones por mantener la neutralidad en cualquier enfrentamiento entre naciones cristianas. Francia y España son hijas muy queridas de la Iglesia, y este viejo papa no anhela otra cosa que el buen entendimiento y la paz duradera entre ambas, por ello no puede ni debe intervenir a favor de una de las dos o en contra de alguna de ellas.

—Santidad, el rey Francisco ha pactado en secreto una alianza con el sultán otomano Soleimán. Ese pacto es una traición y una gravísima amenaza para toda la cristiandad. Os pedimos, como cabeza visible de la Iglesia, que le recriminéis esa actitud y que le conminéis a seguir avanzando por la senda de la paz y no mediante la guerra —insistió Carlos.

—Bien sabes, querido hijo, que nada me agradaría más, pero el papa debe velar por todas y cada una de sus hijas y no debe mostrar predilección hacia ninguna en particular. Recuerda la parábola de Jesús.

Carlos no entendió bien a qué parábola se refería el papa Paulo, si a la del hijo pródigo o a las de las diez vírgenes. En cualquier caso frunció el ceño y pensó por un momento que tal vez debiera ordenar a su ejército volver hacia el sur, presentarse ante las puertas de Roma y saquear de nuevo la ciudad, como ya ocurriera unos años atrás. Tal vez así el viejo pontífice se diera cuenta de quién era el más fuerte y se atuviera a otras razones más convincentes.

—El rey de Francia no está obrando con la honorabilidad que debe exigirse de un príncipe de la cristiandad. Está permitiendo que la armada turca, al mando del pirata Barbarroja, utilice el puerto de Tolón como base de operaciones en sus expediciones corsarias contra ciudades y naves cristianas. No lo podéis consentir.

—No es labor de la Iglesia ayudar a una de sus hijas en contra de otra, sino mediar entre ambas en caso de conflicto —reiteró el papa—. Además, toda nuestra atención debe fijarse ahora en perseguir a los herejes protestantes que amenazan con la fractura de la cristiandad.

Ante la tenaz resistencia del papa a condenar a Francia, el emperador optó por reclamar su ayuda para luchar contra los turcos, a lo que el papa accedió, pero sin demasiadas muestras de entusiasmo.

Durante tres días más ambos dignatarios celebraron varias entrevistas. Carlos se sintió indispuesto durante una de ellas y el papa se aprestó a hacerle compañía y consolarlo como vicario de Cristo en la tierra.

Pese a las buenas palabras del papa, no llegaron a ningún acuerdo y las vistas de Busseto acabaron con un sonoro fracaso. Los agentes del rey de Francia habían hecho bien su trabajo y habían logrado que el papa no se decantara a favor de Carlos.

El mismo día que el emperador se despidió del papa llegó una carta del príncipe Felipe en la que se mostraba dispuesto a renunciar a su herencia sobre Milán si ello suponía la firma de la paz con Francia, y al pago de los dos millones de ducados, claro, pues ese dinero era muy necesario para la Hacienda imperial. Pero la carta de Felipe llegaba tarde, pues la entrevista con el papa se había saldado ya con un notable fracaso y no había oportunidad alguna de arreglarlo.

No hubo manera. Tres días de intensas conversaciones no sirvieron para convencer al papa para que condenara a Francia por su declaración de guerra ni para que denunciara la alianza que Francisco I tenía acordada con el sultán Soleimán.

Fracasado el plan del emperador de convencer al papa, que se mantuvo firme en su neutralidad en el conflicto entre Carlos y Francisco I, se despidió de su hija Margarita, a la que acompañaba Constanza, una hija natural del papa Paulo III.

Alemania y la guerra contra el francés esperaban al emperador.

Valladolid, mediados de julio de 1543

A pesar de las dificultades que la guerra provocaba en los caminos, Luis Losantos logró llegar a Valladolid.

Había salido de París hacia Chartres y allí se había unido a una caravana de peregrinos que hacían el camino a Compostela, con la que había atravesado Francia y los Pirineos hasta Burgos, para viajar desde esa ciudad castellana a Valladolid con una compañía de titiriteros que iban de pueblo en pueblo ganándose el pan con chanzas cómicas, juegos malabares, música de juglarías y representaciones teatrales de églogas pastoriles.

La alegría de la hermana y la tía de Luis fue inmensa cuando vieron a su familiar plantado en la puerta de la casa.

Tras los abrazos, las bienvenidas y una copiosa comida, los tres se sentaron a la mesa de la cocina. Luis Losantos tenía veintitrés años y había terminado sus estudios de astrología en París. En su equipaje portaba el título de maestro en Artes expedido por la universidad.

—¿Te quedarás con nosotras? —le preguntó Isabel.

—De momento sí, hermanita.

—¿De momento? —preguntó María.

—Me gustaría enseñar en Salamanca. Cuando comience el nuevo curso quiero ir a esa universidad y solicitar una plaza para impartir clases de astrología.

—Creo que esa disciplina no está bien vista.

—Lo sé; he estudiado allí y conozco bien cómo piensa la mayoría de sus profesores, pero alguien tiene que cambiar las cosas.

—Si te lo propones, seguro que lo conseguirás —asentó Isabel, que tanto admiraba a su hermano, apenas un año menor que ella.

—El príncipe Felipe parece aficionado a la astrología.

—Los reyes no deben temer nada, pero tú ten cuidado —le advirtió María.

—¿Por qué?

—Porque somos descendientes de judíos. Vosotros dos —María Losantos señaló a sus sobrinos— y antes vuestro padre y yo fuimos bautizados al nacer y además fuimos engendrados por padres ya cristianos, pero la Inquisición no se fía de los que llama «marranos».

—¿Marranos? —se extrañó Luis, que no había escuchado ese apelativo antes.

—Así es como denominan ahora los inquisidores a los judíos conversos.

—Pero nosotros no lo somos. Tú lo has dicho, tía: hemos nacido cristianos y de padres cristianos.

—Sí, pero hay muchos en el Santo Oficio que creen que los descendientes de judíos nunca se llegan a cristianizar del todo y que mantienen sus creencias y sus ritos judaizantes en secreto.

—Pero no es así en nuestra familia.

—La Inquisición no hace distingos; considera a todos los descendientes de judíos conversos como posibles judaizantes.

—¿Con qué criterio? —le preguntó Pablo a su tía.

—No necesita ninguno. Además, han interceptado cartas secretas, dirigidas a conversos que han vuelto al judaísmo en la clandestinidad, de algunos rabinos del norte de África en las cuales les dicen que pueden fingir su conversión al cristianismo si consideran que su vida está en peligro y que basta con que mantengan la fe en la Torá en sus corazones aunque no cumplan sus

ritos y preceptos si con ello se juegan la vida. De modo que los familiares del Santo Oficio recelan y sospechan de todos los que tenemos un pasado judío, aunque nos comportemos como el mejor de los cristianos y cumplamos todos los ritos. Suponen que fingimos tener fe en Cristo y que cumplimos los preceptos de la Iglesia y nos comportamos como cristianos solo por conveniencia, pero que seguimos siendo judíos en nuestro interior.

María juntó sus manos y se las llevó a la cara. Isabel tenía una expresión de temor en el rostro que inquietó a su hermano.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Luis.

—¿A qué te refieres? —demandó María.

—Estáis asustadas, muy asustadas. Lo intuyo en vuestros ojos, en cada una de vuestras miradas, en todos vuestros gestos.

Isabel miró a su tía y en su mirada Luis pudo observar el miedo reflejado en su expresión.

—Decidme la verdad —asentó Luis con firmeza.

—Hace varios meses que unos familiares del Santo Oficio vienen por esta casa de vez en cuando…

—¿Os han hecho algún daño?

—Nos acosan con preguntas, han registrado la casa un par de veces, nos amenazan con llevarnos ante un tribunal…

—¿Os han acusado de algo?

—De manera formal todavía no, pero aseguran que hay denuncias contra nosotras. Dicen que son denuncias anónimas que nos acusan de dedicarnos a elaborar pócimas y ungüentos por encargo del diablo —dijo María.

—¿Quiénes son esos canallas?

—Desconocemos sus nombres, salvo el de uno de ellos, un hidalgo venido a menos que viste hábito con la cruz de Santiago.

—¿Cómo se llama?

—José de Béjar.

—¿Qué os ha hecho ese malnacido? —preguntó Luis.

Las dos mujeres callaron y bajaron la mirada. María alargó el brazo y cogió la mano de Isabel, que estaba muy compungida.

—Nada… —balbució María.

—Habéis permanecido demasiado tiempo solas, pero ahora estoy yo aquí para protegeros. Supongo que no le habéis comentado nada a nuestro padre porque, de ser así, ahora estaría con vosotras. Contadme todo lo que ha ocurrido, os lo ruego a las dos.

María e Isabel fueron relatando las presiones del tal José de Béjar, sus amenazas, su acoso, sus malos modos y los abusos y tocamientos a Isabel.

—Y eso es todo —finalizó María.

Pablo abrazó a su hermana con delicadeza y la besó en la frente.

—¿Por qué no le habéis dicho nada a padre?

—Porque no queríamos comprometerlo ni causarle más preocupaciones. Si se lo hubiéramos dicho, quién sabe qué terribles consecuencias se hubieran podido producir.

—Nuestro padre tiene acceso al emperador; él hubiera sabido cómo solucionar esto —dijo Luis.

—No. Escuchad los dos esta historia; ya es tiempo de que la conozcáis. —María se puso muy seria y habló—. Cuando tú naciste —dijo María señalando a Luis— yo solo tenía catorce años, pero recuerdo bien lo ocurrido. Vuestro padre y yo teníamos un hermano menor, vuestro

tío Juan, como sabéis. Juan no quiso seguir los pasos de los varones de la estirpe toledana de los Leví —explicó. María se estaba refiriendo a los Losantos con su apellido judío anterior a la conversión— y prefirió dedicarse a la artesanía de la fábrica de armas en el taller de los Rubio, la familia de mi abuela materna, que también era un linaje de conversos. Juan se convirtió en un afamado maestro armero, uno de los mejores orfebres de Toledo, pero cometió un grave pecado a los ojos de la Iglesia: se amancebó con otro hombre y convivió con él. Por ello fue acusado de pecar contra natura, lo denunciaron por sodomita y lo condenaron… a muerte.

»El tribunal que lo juzgó lo halló culpable de asesinato, robo, traición al rey y pecado contra natura. El denunciante que provocó su condena fue el hombre al que Juan amaba, Andrés, quien, arrepentido de lo que había hecho, se ahorcó varios meses después, tras deambular como alma en pena por Toledo.

»Desde entonces los Losantos hemos tenido que obrar como buenos cristianos y cumplir todos los preceptos de la Iglesia, pero ni aun así nos han perdonado.

—Cuando ejecutaron al tío Luis, el abuelo Pedro ya había muerto —comentó Pablo.

—Sí, un año y medio antes. Así se evitó el terrible disgusto de ver cómo ejecutaban a su hijo. Pero vuestro padre sufrió como nadie la muerte de nuestro hermano. ¿Entiendes ahora por qué no hemos querido decirle nada?

—Vendréis conmigo a Salamanca —asentó de pronto Luis.

—Esta es nuestra casa —dijo Isabel.

—Aquí no estáis seguras, al menos mientras padre permanezca lejos de Valladolid. Además, tal y como están las cosas, supongo que tardará tiempo en regresar. Nos instalaremos los tres en Salamanca y le escribiremos a padre diciéndole que habéis decidido acompañarme para así estar juntos los tres.

Düren, septiembre de 1543

Desde Busseto, la comitiva imperial atravesó el norte de Italia durante los primeros días del verano por Cremona, hacia tierras de la República de Venecia.

Por el camino se fueron dando instrucciones para el gobierno de las repúblicas aliadas con el Imperio, como Ferrara, Florencia o Siena. En Dolcel, los venecianos fabricaron un puente de barcas para que el emperador cruzara el río Ada y lo agasajaron con fiestas y regalos. Desde Trento, donde fue recibido por el cardenal legado del papa para el concilio convocado en esa ciudad, cruzó los Alpes, aprovechando el buen tiempo de comienzos de julio, y el día 9 llegó a Innsbruck, donde lo esperaba un hijo de su hermano Fernando, rey de romanos.

Solo se detuvo dos días en esa ciudad para reponerse del paso de las montañas, pues enseguida salió hacia Alemania y los Países Bajos.

A lo largo de su paso por tierras del Imperio fue reclutando levas de tropas para la guerra contra Francia. Miles de soldados, mercenarios de otras guerras, jóvenes en busca de fama y gloria, guerreros de fortuna y segundones sin hacienda se fueron sumando al ejército imperial, cuyo núcleo lo formaban los tercios españoles, que algunos ya consideraban invencibles, y los regimientos de veteranos piqueros y arcabuceros alemanes y flamencos.

Mientras el emperador se dirigía hacia la guerra contra Francia, Barbarroja atacó Niza, lo que causó grandes daños en sus defensas, y envió varias galeras corsarias a saquear las costas del norte de Cataluña, donde se alzó con un buen botín y apresó a varios centenares de hombres que se llevó cautivos a Argel.

A fines de julio se celebró durante cinco días la Dieta imperial en la ciudad de Espira, y allí Carlos pasó revista a la artillería: cien piezas de diversos calibres que se estimaron suficientes para enfrentarse a los franceses y veinte mil soldados alemanes, fieles a su emperador. Recibió a los protestantes en audiencia, pero no obtuvo ningún compromiso por parte de ellos.

Acabada la Dieta, en la que algunos príncipes pidieron que el emperador demandara del papa la excomunión del rey de Francia por andar en tratos con el turco, descendió el río Rin en sesenta bajeles hasta Bonn, donde se concentraron las tropas.

El 20 de agosto el ejército imperial estaba acampado a las afueras de la ciudad de Bonn, muy cerca del frente de batalla que habían formado los franceses.

—Mi señor don Carlos —informó el duque de Brunswick, ya como general al mando—, todos los regimientos están preparados. Los tercios están ansiosos por entrar en combate.

—Gracias, duque. ¿Cuántos hombres forman nuestras tropas?

—Cuarenta y cinco mil infantes y seis mil quinientos caballos. Además disponemos de un centenar de piezas de artillería. El francés lamentará haber desafiado a vuestra majestad.

»El duque de Clèves ha establecido su frente de batalla en Düren, a unas pocas millas al oeste de aquí. Mi plan es avanzar hasta esa ciudad y atacarla con todas nuestras fuerzas.

—He oído que la plaza de Düren está bien fortificada.

—Algunos la consideran inexpugnable, pero podremos ocuparla, majestad. No hay fuerza en el mundo capaz de detener a nuestros tercios.

—Adelante —se limitó a ordenar el emperador.

Con los soldados españoles veteranos al frente de los tercios viejos de Italia, el ejército imperial avanzó como una riada incontenible. Una a una las defensas francesas fueron derrotadas, los baluartes tomados y las posiciones avanzadas destrozadas.

Düren fue conminada a rendirse por el príncipe de Orange, quien dirigía las tropas de ataque, pero sus defensores decidieron resistir. La ciudad fue sitiada y sometida a un intenso bombardeo durante toda una jornada y una noche. Cuando las defensas cedieron, los soldados españoles del tercio y los regimientos mercenarios italianos la tomaron al asalto durante el amanecer. El ataque combinado de trece mil infantes y dos mil quinientos jinetes fue incontenible; la ciudad fue saqueada y la mayoría de sus defensores cayeron muertos. Los franceses que sobrevivieron comenzaron a huir despavoridos. A veces era suficiente anunciar que se acercaba un tercio español para que cundiera el pavor entre los regimientos franceses, muchos de ellos integrados por jóvenes inexpertos reclutados a toda prisa y sin la adecuada formación para la batalla. Fueron presas demasiado fáciles para los veteranos tercios españoles, curtidos en la batalla contra el turco y acostumbrados al fuego, al sudor y a la sangre.

Varios pueblos de los alrededores fueron tomados por los imperiales y también resultaron saqueados.

El emperador permitió los saqueos, pero ordenó tajante que no se profanasen las iglesias, que no se matase a los niños y que no se violara a las mujeres, que fueron llevadas a los templos, adonde se prohibió la entrada a los soldados.

El sábado 25 de agosto la ciudad de Düren ardía como una tea. Seiscientas casas quedaron abrasadas. A la vista del fuego, el emperador ordenó que varios obispos que acompañaban al ejército entrasen en la ciudad y rescatasen los sagrarios, reliquias y demás ornamentos sagrados y los llevasen al campamento imperial.

También fueron conducidas allí varias mujeres y unas monjas, que quedaron en una tienda bajo la protección directa del emperador.

En los primeros días de septiembre fueron cayendo todos los pueblos y fortalezas que el duque de Clèves había dispuesto en la línea de frontera. Los generales de Carlos de Austria, con los grandes nobles alemanes y los duques de Nájera y Alburquerque a la cabeza, ocuparon los pueblos y reunieron en las plazas principales a los habitantes para que prestaran juramento al emperador.

Rebasado por todos los flancos, carente de una fortaleza sólida donde apoyar su última defensa, el duque de Clèves rindió las armas el 6 de septiembre y se entregó al canciller Granvela, que lo invitó a comer en su propia tienda.

Eran las diez de la mañana del 7 de septiembre. Carlos de Austria y Fernando Álvarez de Toledo acababan de revisar el frente de guerra tras la victoria. Las defensas francesas se habían derrumbado y los burgomaestres de las aldeas y pueblos conquistados imploraban el perdón imperial y pedían ser recibidos por el emperador para pactar las condiciones de su rendición.

Dentro del pabellón imperial, en el campamento principal de su ejército, Carlos permanecía sentado acompañado de muchos príncipes, marqueses, nobles y miembros de su Consejo. Había pedido que trajeran a su presencia al duque de Clèves, que había pasado la noche retenido tras entregarse a Granvela.

—Sire, en la batalla ha caído el príncipe de Orange. Don Renato de Châlon ha combatido con valor, pero ha sido alcanzado por un disparo —informó el secretario De los Cobos—. No tiene otro heredero que su sobrino Guillermo, pero es menor de edad.

—Yo me haré cargo del gobierno de los dominios de la casa de Orange hasta que el joven Guillermo alcance la mayoría de edad para poder hacerlo por sí mismo —dijo el emperador.

—Esa familia es seguidora de la herejía de Lutero —comentó De los Cobos.

—Lo sé —asentó Carlos—. Descuidad. Enviaré a Guillermo para que sea educado en la fe católica bajo la supervisión de mi hermana doña María. Si es capaz de gobernar a ese joven como lo hace con los Países Bajos, hará de él un buen católico.

El canciller Granvela entró entonces en el pabellón imperial e informó a Carlos que el duque de Clèves esperaba afuera.

—Hacedlo pasar.

El duque de Clèves entró escoltado por el coadjutor de Colonia y el duque de Brunswick, y al llegar ante Carlos se puso de rodillas.

—Sire —dijo en alta voz en la lengua alemana—, me declaro culpable y reconozco haber cometido graves faltas contra vuestra majestad imperial. Me postro aquí y manifiesto mi arrepentimiento por lo que he hecho. Y por ello os pido perdón y os suplico que tengáis piedad de mí, ya que cuanto he obrado es el resultado de haber seguido malos consejos.

Carlos se mantuvo callado ante el alegato del de Clèves. Hizo una indicación a uno de sus consejeros, que se acercó hasta el sitial donde estaba sentado, y durante un rato le dio instrucciones al oído. El consejero asintió, se puso firme frente al duque de Clèves y dijo:

—Su majestad ha sido objeto de unas gravísimas ofensas por vuestra parte, señor duque. Por ello, podría aplicarse sobre vuestra persona todo el rigor de la ley.

—Acataré lo que vuestra majestad decida —se sometió el duque.

—Su majestad, visto que habéis reconocido vuestro delito y os habéis arrepentido de vuestros errores, no aplicará contra vos ningún acto de crueldad, sino que desea mostrar su dulzura y será clemente con vos.

Pese a la victoria, Carlos de Austria tenía la mirada triste y sus ojos transmitían una extraña sensación de melancolía. Su mandíbula inferior tan prominente, pese a la barba con la que intentaba disimular su prognatismo, lo hacía inconfundible.

—Señor duque —habló el consejero tras una señal del emperador—, podéis levantaros. Habéis luchado bien, pero en el bando equivocado. En tanto su majestad decida, permaneceréis en la tienda del canciller Granvela. Ahora podéis retiraros.

Carlos, que seguía sin pronunciar una sola palabra, alargó el brazo y le dio la mano al duque, que se la estrechó y luego le besó el dorso.

—Gracias, sire, gracias —balbució el de Clèves antes de marcharse.

Cuando el duque de Clèves salió del pabellón, Carlos se dirigió a sus más cercanos consejeros.

—Señores, todos los ataques del rey don Francisco contra España y el Imperio han fracasado. Varias flotas francesas han sido rechazadas y sus ejércitos han resultado diezmados y abatidos.

—Es el momento de aplastar para siempre a Francia —dijo el duque de Brunswick.

—Seremos prudentes. Prefiero a esos enemigos como aliados antes que humillados. Necesitaremos a todos para vencer a los turcos. Por eso quiero lanzar a todos los cristianos que combaten contra nosotros un mensaje de generosidad. Voy a perdonar, a liberar y a reponer al frente de sus dominios al duque de Clèves, si bien antes tendrá que jurar que no volverá a alzarse en armas contra el Imperio.

—Señor, esa magnanimidad os honra, pero el duque de Clèves juró obediencia al rey de Francia; con todo respeto, creo que no es oportuno dejar que recupere todos esos dominios —dijo Brunswick.

—El vencedor debe demostrar grandeza con el vencido —apostilló el emperador.

Todos asintieron a las órdenes de su señor, aunque varios no estaban de acuerdo con liberar al duque de Clèves, pues no eran partidarios de perdonar a los vencidos y mucho menos de permitirles que se repusieran de una derrota para convertirse de nuevo en un peligro potencial.

A las buenas noticias de los Países Bajos se unieron otras tan buenas llegadas desde España, donde varias expediciones marítimas francesas habían fracasado. Solo en el Mediterráneo había dificultades, ya que la armada francesa, aliada con Barbarroja, sembró el mar de miedo y caos. No obstante, el ataque de los turcos y franceses sobre Niza y el amarre de la flota turca en Tolón para pasar el invierno beneficiaron a Carlos, ya que, de nuevo, Francisco I aparecía ante la cristiandad como el enemigo al que debían vencer; así, muchos príncipes alemanes, indignados con la posición del rey francés, decidieron ayudar al emperador en su lucha contra el turco.

La llegada de las lluvias a mediados de septiembre impuso una tregua en el frente, momento que aprovechó Carlos para fortalecer sus posiciones. Para ello, envió cartas a su hijo Felipe en las que le pedía que Castilla aportase más dinero y tropas para sostener la guerra, y al rey Enrique de Inglaterra para estrechar todavía más su alianza.

El príncipe heredero, aconsejado por Zúñiga y Calvete, se mostró como un gobernante maduro y con criterio propio, pese a su juventud. Le pidió a su padre que no continuara con aquella guerra y que firmara en cuanto fuera posible una paz duradera con Francia.

Pero Carlos había decidido que Francisco I no merecía ni una pizca de crédito más. Siempre que había llegado a un acuerdo con el francés, este lo había incumplido. El rey de Francia no tenía palabra, de modo que la experiencia le había enseñado al emperador que no había más alternativa que acabar con aquel conflicto mediante la derrota total de Francisco I.

Salamanca, septiembre de 1543

Los Losantos se habían marchado de Valladolid para instalarse en Salamanca a comienzos de septiembre.

Habían alquilado una casita junto a la iglesia de San Esteban, al lado del convento de los dominicos, intramuros de la ciudad nueva. Acordaron con el propietario, un noble que poseía una docena de casas en la ciudad, el pago de un real al mes, lo mismo que cobraban por el alquiler de su casa en Valladolid a un médico amigo de su padre.

Gracias a la universidad, donde cada año se matriculaban más de cinco mil alumnos, Salamanca estaba creciendo mucho. La pequeña ciudad vieja, levantada junto al puente sobre el río Tormes, había crecido hacia el norte, cuadruplicando su extensión. Una ciudad de planta circular, abierta en abanico hacia el río, había surgido alrededor de la iglesia de San Martín, donde estaba el nuevo centro de la urbe.

El crecimiento era tan rápido que la catedral de Santa María se había quedado muy pequeña y el concejo estaba construyendo una nueva, mucho más grande y luminosa, al lado de la antigua, que todavía se mantenía en pie, pues habían decidido, al menos por el momento, no derribarla.

Luis había solicitado una plaza en la universidad, mostrando su título de maestro en Artes por la de París como aval, pero le habían respondido que en aquel curso no había plazas libres para nuevos profesores. Ni siquiera lo había logrado Pedro Sánchez Ciruelo, que llevaba cuatro años en Salamanca, y pese a sus reconocidos méritos y a su experiencia como profesor en varias universidades, incluida la de París, no había logrado una plaza en la salmantina.

Cuando este se enteró de que Pedro Sánchez Ciruelo estaba en Salamanca, donde ejercía como eclesiástico, decidió ir a visitarlo.

El matemático, teólogo y astrónomo era muy bajito, como ya le habían dicho a Pablo, y lucía una perilla hirsuta que acentuaba más si cabe su mentón agudo y fino.

—¿Qué os trae por aquí? —le preguntó Pedro Sánchez Ciruelo con tono áspero y poco amable a Luis Losantos.

—Perdonad mi atrevimiento, doctor, pero he sabido que os encontrabais en esta ciudad, a la que me he trasladado hace unos días, y quería conoceros en persona. Os admiro mucho desde que leí vuestras obras. Me llamo Luis Losantos y soy hijo de don Pablo, médico personal de su majestad el emperador Carlos.

—¿Y qué hacéis en Salamanca? —continuó Ciruelo con el mismo tono.

—Me gustaría ocupar una plaza de profesor de astrología en la universidad.

—¿Una plaza de profesor, decís?

—Pues sí. Estudié aquí dos cursos y luego tres más en la universidad de París, donde acabé el último curso hace tres meses. Soy maestro en Artes.

—¿Qué edad tenéis?

—Veintitrés años, señor.

—Sois un iluso, joven.

—Soy maestro en Artes por París.

—Y yo en Teología. He dado clases en esa universidad, en la de Sigüenza y en la de Alcalá de Henares, donde ayudé al cardenal Cisneros a fundarla. Hace cuatro años que vivo en Salamanca y no he podido lograr una plaza como profesor.

—Pues la merecéis. Vuestras obras son extraordinarias. Todos los alumnos de esta universidad deberían estudiar con vuestros libros.

—¿Cuáles de ellos habéis leído?

—Pues el libro de astrología, vuestros comentarios a la cábala judía y la *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*.

—Habéis dicho que queréis enseñar astrología; en ese caso, supongo que refutaréis las falsedades de la astrología judiciaria.

—Sí. He leído vuestra opinión sobre los excesos deterministas de la astrología judiciaria y estoy de acuerdo.

En ese momento, Ciruelo pareció interesarse algo más por Luis Losantos.

—Sabed, joven amigo, que los ríos crecen conforme sus afluentes les aportan flujos continuos de agua. Así son las ciencias, que solo progresan con aportes nuevos y permanentes. Salvo el caso de la astrología, que no sirve para progresar, sino todo lo contrario. De modo que os recomiendo que os dediquéis a cualquier otra materia y abandonéis el estudio de la astrología.

—Pero, don Pedro, yo mismo he podido comprobar en París cuán grande es la pasión de mucha gente, incluidos los más poderosos, por la astrología. Reyes, nobles, potentados, banqueros, papas y cardenales incluso hacen consultas a astrólogos. No hay general que no consulte a su astrólogo antes de librar una batalla ni mercader que no lo haga antes de iniciar un viaje o poner en marcha un negocio; también se consulta a los astrólogos sobre el momento más conveniente para recoger la cosecha o para cuestiones médicas.

—Eso cambiará pronto. La Iglesia no admite semejantes digresiones. Los astros no marcan ni rigen la vida de los hombres; es Dios el único regidor del universo.

—Pero Dios creó el mundo como un todo, en donde cada pieza tiene su misión y su sentido.

—Las fuerzas del mal acechan para sabotear el plan divino del mundo y suelen emplear todo tipo de trucos y recursos. La magia y la hechicería son dos de ellos; la astrología está derivando hacia la superchería.

—Yo estudio los astros y las estrellas, señor, sus movimientos, sus órbitas, sus variaciones…

—Eso mismo dicen los astrólogos, pero al final todos acaban ocupándose de la adivinación. Escuchad este consejo: dejad la astrología y estudiad leyes y derecho. Aquí en Salamanca da clases Francisco de Vitoria, un fraile de la Orden de Predicadores que es una verdadera eminencia. Pedid permiso y acudid a algunas de sus clases, me lo agradeceréis.

»Y ahora os pido que os retiréis, tengo que celebrar una misa.

—Los hombres no nacen esclavos, sino libres. El derecho natural nos enseña que nadie es superior a los demás, que nadie existe por razón de otro, sino por sí mismo. El derecho de cada persona no puede servir para violentar los derechos de los demás y, si se produce un conflicto, es mejor renunciar al propio derecho que anular el ajeno. La posesión de bienes es algo lícito, pero en caso de necesidad hay que compartirlos con los que no los tienen, porque el derecho a la vida es superior al derecho a la propiedad. Todos los hombres tienen derechos, incluso los locos; quienes han perdido la cordura y el uso de la razón también deben ser atendidos, aunque nunca puedan curarse de sus males. La vida y la libertad son magnitudes equiparables, de modo que es lícito que el condenado a muerte trate de escapar. Los jueces deben tener presente que los reos también tienen derechos y que no deben ser objeto de tormento, porque las confesiones obtenidas con la violencia de la tortura no han de ser tomadas en cuenta. Ningún juez puede condenar a muerte a nadie sin antes escucharlo y juzgarlo. Todas las naciones del mundo tienen el derecho a gobernarse a sí mismas y aceptar la forma de gobierno que crean más oportuna, aunque no sea la mejor. Pero todo el orbe debería ser una única república dotada de leyes justas para todos los

hombres, donde los conflictos se resolvieran con el derecho y no con la guerra. Y así ningún súbdito de ningún rey debería ir a la guerra, ni aunque lo ordene su príncipe y señor.

Luis Losantos asistía asombrado a una clase de Francisco de Vitoria. Nunca había escuchado palabras como aquellas, ni siquiera en boca de los más brillantes doctores en derecho de la universidad de París.

Agradeció el consejo que le había dado el maestro Ciruelo y cuando regresó a casa le contó aquella lección a su hermana y a su tía.

—Ojalá el emperador hubiera escuchado las palabras de don Francisco.

—Supongo que tiene cosas más importantes de las que ocuparse —comentó María.

—Dice cosas hermosas ese jurista, pero creo que esas ideas no triunfarán nunca —habló Isabel.

—Habla de libertad, de derechos iguales para todos, de justicia…

—Los poderosos que gobiernan el mundo solo entienden la justicia como el cumplimiento de su voluntad —indicó María—. Quizá los hombres tengan los mismos derechos, como dice ese maestro, pero la realidad es muy distinta. Esta mañana, en el mercado, he escuchado una conversación en la que dos comerciantes hablaban de un barrio de Salamanca, en el extremo norte de la ciudad, que está abandonado y cerrado por unas tapias. Lo llaman el Conejal, porque al parecer solo lo habitan conejos. Me he enterado de que este barrio era la antigua judería. Cuando fueron expulsados los judíos, todas las casas quedaron vacías y el concejo decidió tapiar las entradas y salidas de él. A falta de personas que lo habitaran, se llenó de conejos y ahí siguen cincuenta años después.

—¿Nadie quiere ir a vivir allí? —preguntó Isabel.

—Parece que no. ¿Quién viviría en una casa donde han habitado los *impuros* judíos?

Bosque de Bouchain, 5 de noviembre de 1543

La guerra con Francia seguía adelante.

Tras sus victorias en la región de Düren, Carlos sometió toda la zona de frontera entre Luxemburgo, Francia y Alemania. Los señores de aquellos condados le prestaron juramento de fidelidad.

El ejército imperial, con Carlos aquejado de algunos ataques de gota, recorrió las tierras del sur de Flandes, en un alarde de fuerza y de poder. La campaña resultó una marcha triunfal durante todo el mes de octubre. Todo Flandes se sometió al emperador.

A comienzos de noviembre llegó la noticia de que Francisco I andaba pavoneándose en la ciudad de Cateau-Cambrésis, donde había establecido un campamento, de que daría batalla al emperador y que lo derrotaría sin apenas dificultades.

En cuanto se enteró de aquello, Carlos marchó hacia ese lugar al frente de su ejército y acampó a una legua y media del campamento francés. El 3 de noviembre las tropas españolas y alemanas lanzaron un ataque a las posiciones francesas, pero no hubo batalla. Los franceses no salieron a campo abierto a repeler el envite y se replegaron a sus trincheras.

—Mañana aplastaremos a los franceses —ordenó Carlos a sus generales.

—Estaremos preparados, sire —dijo el duque de Brunswick, que ardía en deseos de entrar en combate.

Era medianoche del domingo cuando un mensajero interrumpió la velada de Carlos, que estaba estudiando con sus generales la ofensiva que pensaban lanzar al día siguiente.

—Sire —se inclinó el mensajero ante la presencia del emperador—, el rey de Francia ha huido.

—¿Cómo es eso?

—Ha sido hace un par de horas. Don Francisco pidió que le llevaran su caballo a su residencia en Cateau-Cambrésis. Varios pensaron que se preparaba para ofrecer batalla, pero en ese momento ordenó que se colocaran todos los pertrechos en unas mulas a las que les quitaron las campanillas para no hacer ruido, y se dio a la fuga, a la vez que ordenaba a su ejército que se retirara.

—Señor duque —Carlos se dirigió al duque de Brunswick—, que todo el mundo esté preparado. Al amanecer atacaremos a los franceses.

El duque sonrió; hacía tiempo que estaba esperando esa orden.

Con las primeras luces del alba de aquel lunes de noviembre la caballería imperial avanzó al galope hacia las líneas enemigas. Los franceses se estaban batiendo en retirada en cierto orden aprovechando la oscuridad, pero todo cambió cuando advirtieron que los españoles se les echaban encima.

Atravesaron como rayos el bosque de Bouchain y cayeron sobre la retaguardia francesa, que no esperaba semejante ofensiva. Alcanzados a la carrera, los sorprendidos franceses que marchaban en la retaguardia apenas pudieron organizar la defensa.

Tras la caballería llegaron al paso los tercios, formados en escuadrones cuadrados, con las largas picas apuntando como las púas de un erizo gigante.

Desde que el Gran Capitán creara aquellas unidades en la guerra contra los franceses por la conquista de Nápoles, hacía ya cuarenta años, los tercios españoles se habían hecho invencibles. Solo habían perdido una batalla desde entonces, la del sitio de Castelnuovo, en la costa de Dalmacia, pero en esa ocasión la superioridad numérica de los turcos fue tal que no hubo ninguna posibilidad de victoria.

La retaguardia francesa fue arrollada y aniquilada en apenas una hora de combate. Decenas de soldados fueron muertos, heridos o apresados. En su huida abandonaron víveres, armas y pertrechos que cayeron en manos de los imperiales.

Carlos entró en Cateau-Cambrésis y tomó posesión de la ciudad. No había ni rastro del ejército francés.

—Señor secretario —le ordenó el emperador—, escribid a la reina doña María —se refería a su hermana, gobernadora de los Países Bajos y reina de Hungría— solicitándole que nos envíe víveres a esta ciudad, y decidle que Dios nos ha favorecido en esta campaña. Pernoctaremos aquí.

—¿No vamos a perseguir a los franceses? —preguntó extrañado el duque de Brunswick.

—No. Liberaremos todo el sur de Flandes desde aquí hasta la costa del mar de cualquier atisbo de presencia de los franceses y regresaremos a nuestras posiciones.

—Pero, majestad, han huido, su rey los ha abandonado y están atemorizados; esta es nuestra gran oportunidad para propiciar una derrota decisiva y acabar para siempre con el ejército de Francia.

—Los turcos son una amenaza mayor que los franceses; no podemos distraer nuestras fuerzas en ambos frentes. Hemos detenido a los otomanos en Niza, pero siguen amenazando nuestras costas y el oeste de Hungría. No, no perseguiremos a los franceses. Con este escarmiento ya han tenido suficiente.

María de Hungría acudió al día siguiente al lado de su hermano; juntos celebraron la victoria.

Las tropas imperiales siguieron avanzando hasta Cambrai, dejaron protegida toda esa región y ahuyentaron al delfín de Francia, que había acudido con algunas tropas a la zona. Se fijaron las posiciones defensivas de cara al invierno y se distribuyeron los soldados por las diferentes guarniciones.

Las dos partes querían acordar una tregua, de modo que Francisco envió ante el emperador al duque de Lorena para acordarla.

Carlos se retiró a Bruselas. La guerra podía esperar.

Salamanca, noviembre de 1543

María atravesó Portugal desde Lisboa a Elvas, la última ciudad en la frontera con España, en los primeros días de octubre.

En la orilla española del río Caya, que durante un pequeño tramo hace frontera con Portugal, la esperaban Juan Martínez Silíceo, maestro del príncipe Felipe y recién nombrado obispo de Cartagena, y el duque de Medina Sidonia, a cuyo cuidado quedaba la princesa, además de una variopinta lista de personajes.

Formaban la comitiva caballeros de armas, damas, reposteros, pajes, escuderos y criados. Todos llevaban sus mejores vestidos, uniformados con libreas de seda y de terciopelo, adornadas con cintas doradas, escudos reales bordados al pecho y sombreros tocados con plumas.

El duque había organizado su propio acompañamiento, con doscientas acémilas, con todos los criados vestidos con levitas azules con las armas de Medina Sidonia bordadas en oro. Además, encabezaban la comitiva del duque ocho indios que portaban grandes escudos redondos de plata con un águila grabada que llevaba en las garras las armas del ducado. Tras los indios desfilaban tres juglares llamados Cordobilla, Calabaza y Hernando, vestidos con ropajes estrambóticos hechos con retazos de los más variados colores, un enano que corría persiguiendo a los niños que se acercaban a ver semejante comparsa y una banda de música que tocaba al paso canciones y melodías.

Cuando María Manuela iba a atravesar el río, el embajador de Portugal en Castilla, el obispo de Cartagena y el duque de Medina Sidonia comenzaron una agria discusión sobre cómo debía hacerse la recepción de la princesa y quién debía ser el primero en ofrecerle la mano y saludarla. El obispo alegaba que debía ser él quien lo hiciera, pues era el representante del emperador y del príncipe, en tanto el duque sostenía que ese honor le correspondía solo a él, pues le habían encomendado la custodia y protección de la portuguesa, pero el embajador portugués alegaba que el mayor privilegio le correspondía a él.

La discusión se fue elevando de tono hasta el punto que el duque de Braganza, que iba a entregar a María, decidió dar media vuelta y detener el paso del río.

Durante todo un día continuaron las discusiones, en tanto los portugueses y españoles aguardaban cada cual a su lado del río a ponerse de acuerdo. María se impacientaba y a punto estuvo de ordenar a sus escoltas que dieran media vuelta y la llevaran de regreso a Lisboa.

Por fin, los españoles cedieron ante el portugués, a la vista de que la entrega de la princesa podía frustrarse y suspenderse incluso la boda. El embajador recibiría a María Manuela en la frontera y el duque y el obispo la escoltarían hasta Badajoz.

Así, el duque de Braganza cruzó el río, de apenas una cuarta de caudal, llevando las riendas de la mula que montaba la princesa, y la entregó al embajador y luego al duque de Medina

Sidonia, que estaba a la izquierda, y al obispo de Cartagena, colocado a la derecha.

Ya en la orilla española, se firmaron los documentos de entrega y el duque de Braganza dio testimonio ante el notario de que había cumplido con lo encomendado por el rey Juan III. Entonces los portugueses se colocaron en fila, bien ordenados, delante de la princesa y uno a uno le fueron besando la mano antes de volver a cruzar el río de regreso a su reino.

La princesa de Portugal entró al fin en España. Fue llevada al palacio del duque en Badajoz y allí fue agasajada con comida y vinos en tal abundancia como nunca se había visto en esa ciudad. Todo el palacio se había engalanado con doseles, guirnaldas, cortinas y colgaduras de oro y plata y se habían desplegado por las mesas ricas vajillas de plata.

Tras descansar un par de días en Badajoz, la comitiva real, ya con la princesa María Manuela, se puso en marcha camino de Salamanca, donde se iba a celebrar la boda.

Diez jornadas bastaban para hacer ese camino, pero aquella comitiva tardó un mes. Todas la villas y ciudades por las que pasaba ofrecieron a la que estimaban que iba a ser su futura reina festejos, torneos y juegos de todo tipo.

Por su parte, el príncipe tenía prohibido por orden de su padre visitar a la princesa antes de la boda, pero Felipe estaba ansioso por contemplar a la que iba a ser su esposa. Le habían enviado varios retratos y por aquellas pinturas imaginaba cómo era, pero quería verla en persona, al menos en la distancia.

Para ello acudió a la frontera de incógnito y siguió a la comitiva en su marcha a Salamanca. En algunas ciudades se ocultaba, bien embozado con un capuz, la capa larga al estilo castellano, o con un pañuelo y tocado con un sombrero de ala ancha para que nadie lo reconociese, o se colocaba en algún lugar por donde fuera a pasar la princesa para contemplarla lo más de cerca posible tras alguna ventana.

Semanas antes de su boda en Salamanca, Felipe había acudido a Tordesillas para solicitar la bendición de su abuela la reina Juana. No era una mera formalidad; Juana seguía siendo la reina legítima de Castilla y León y se requería de su consentimiento para poder celebrar ese matrimonio. El príncipe iba acompañado por el cardenal Tavera, el almirante de Castilla y Juan de Zúñiga. Se arrodilló ante su abuela y le pidió la mano para besársela, pero la reina se la negó. El marqués de Denia, carcelero real, alegó que su majestad nunca daba la mano a nadie.

«Tienes mi consentimiento», se limitó a proclamar la reina Juana antes de seguir ensimismada en sus pensamientos.

Felipe le dio las gracias y le prometió que lo primero que haría tras la boda sería regresar a Tordesillas con su esposa.

Treinta días después de atravesar el río y cruzar la frontera, la princesa María Manuela llegó a Salamanca. Pasó el puente con los toros de piedra, donde la esperaban las autoridades del concejo y los miembros de la universidad, que le ofrecieron una grandiosa entrada con música y danzas, y un torneo donde lidiaron los mejores caballeros de la ciudad.

El príncipe Felipe se había apostado en un balcón del palacio de Olivares, disfrazado para que nadie lo reconociera. Al pasar bajo el balcón, alguien le dijo a María que su novio la estaba observando y ella se cubrió entonces el rostro con un abanico de plumas. Pero entre los bufones que acompañaban a la portuguesa para hacerle más ameno y divertido el camino estaba el del conde de Benavente, uno muy gracioso y atrevido al que llamaban Periquito de Santervés, que le quitó el abanico y dejó al descubierto su rostro. Felipe sonrió ante la gracia del bufón, al cual se le permitían algunas impertinencias, y se sintió satisfecho.

Salió de Salamanca para hacer su entrada de manera solemne, y al día siguiente, ya con todo su séquito y pompa, hizo su entrada triunfal por la puerta de Zamora. Lo acompañaban el cardenal de Toledo, el duque de Alba y varias decenas de caballeros, nobles, guardias, siervos y criados, hasta dos centenares y medio de personas. Solo su ropa y ajuar llenaban seis carretas y cuatro docenas de fardos y cajas cargados sobre veinticinco mulas.

La catedral nueva, todavía en obras, estaba dispuesta para la ceremonia de la boda. Apenas se había acabado la cabecera y parte del crucero, pero se había acondicionado el altar y se había cerrado la nave del templo con muros efímeros.

Felipe apareció vestido todo de blanco. La novia se estremeció al ver a quien iba a ser su esposo. El príncipe era un joven apuesto, de cabello rubio y ojos azules, como su madre la emperatriz Isabel; tenía la frente despejada, las cejas finas y alargadas, la nariz recta y elegante, los labios rojos y carnosos, el rostro rosado y un mentón prominente.

Al llegar ante el altar, la princesa María dobló su rodilla e hizo ademán de inclinarse ante Felipe, pero este se apresuró a cogerla por los hombros.

—Mi señora, sed bienvenida a estos reinos de España —le dijo.

—Me siento muy dichosa por convertirme en vuestra esposa —María Manuela habló en portugués, pero usando algunas palabras castellanas.

Se celebraron los esponsales y después Juan Pardo de Tavera, arzobispo de Toledo, ofició la ceremonia nupcial e impartió las bendiciones a los nuevos esposos aquella medianoche del 14 de noviembre. Tras la misa, Juan de Zúñiga, padrino de don Felipe, acompañó a los nuevos esposos a la habitación donde habían de consumar el matrimonio.

Durante dos horas, el hombre de mayor confianza del emperador aguardó paciente en la antesala de la alcoba. A las tres de la madrugada llamó con los nudillos a la puerta y conminó a Felipe y a María Manuela a que salieran y se fueran a sus respectivas habitaciones a dormir.

La noche de bodas fue satisfactoria para Felipe, que llevaba varios meses aguardando ese momento. Se quejó por no poder estar toda la noche con su esposa, pero se resignó a la separación, condición impuesta por su padre.

En la casa de los Losantos se comentó aquella entrada y la boda consiguiente, una de las más lujosas que se habían visto hasta entonces en cualquiera de los reinos de España. Pablo no había asistido al desfile, pero María e Isabel sí lo habían hecho y estaban asombradas por la riqueza exhibida.

—La portuguesa no es tan bella como decían —comentó María.

—No, no lo es. Quizá nuestro príncipe don Felipe supuso que sería tan bella como su madre la emperatriz Isabel, al fin y al cabo era tía carnal de la portuguesa —añadió la hermana de Pablo.

—Esa familia terminará mal —terció Pablo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Isabel.

—Porque se están reproduciendo entre ellos, lo que provoca debilidades que acaban minando la salud. Los médicos no saben por qué ocurre, pero, si se mezclan durante algún tiempo miembros de una misma familia, acaban deteriorándose como individuos —explicó Pablo —. El príncipe Felipe y esta princesa portuguesa son primos hermanos por vía doble, y también lo eran sus padres y sus abuelos. Si tienen hijos, es probable que no nazcan sanos.

—¿Como ese enano que muestran los portugueses? —preguntó Isabel.

—¿Qué enano?

—¿No has ido a verlo? Pues debes ser el único vecino de toda Salamanca que no lo ha hecho. Unos portugueses enseñan en una jaula a un hombrecillo con largas barbas que apenas mide tres palmos de altura. Cobran media blanca, un cuarto de maravedí, tan solo por entrar a verlo.

—¿Tú lo has hecho?

—Hemos entrado las dos —terció María.

—«Todos los hombres nacen iguales y libres»; así lo enseña don Francisco de Vitoria. No deberíais haberlo hecho.

—Pero así es como se gana el pan ese hombre, supongo. Si nadie fuera a verlo, ese hombrecillo moriría de hambre, pues dado su tamaño, seguro que no es capaz de trabajar en nada.

Tordesillas, fines de noviembre de 1543

Acabados los festejos de la boda, don Felipe quiso visitar a su abuela, la reina Juana, tal como su padre le había indicado por carta que debía hacer.

Los campos del Duero estaban cubiertos por una ligera capa de nieve recién caída durante la noche. La comitiva principesca se acercaba a Tordesillas por el camino de Salamanca, tras tres días de marcha.

María Manuela viajaba en una lujosa carreta forrada de pieles y en compañía de dos damas de su corte. Estaba feliz. La gente de los pueblos por los que había pasado la comitiva desde Salamanca había salido a los caminos a saludar a sus jóvenes príncipes, a quienes habían lanzado vítores y colmado de regalos.

Al llegar ante la casona de Tordesillas, Felipe se acercó a la carreta de su esposa y la ayudó a bajar ofreciéndole la mano con elegancia.

María sonrió al ver a su esposo. Los dos eran jóvenes y bellos, solo tenían dieciséis años, pero eran los herederos de unos reinos poderosos y de inmensos territorios que se extendían por toda la tierra y que seguían creciendo año tras año.

Los acompañaba el secretario Francisco de los Cobos, que no se separaba del heredero, tal cual le había encargado el emperador.

—Altezas, siento una gran alegría por vuestra boda y os deseo todo tipo de dichas y venturas; que Dios os bendiga con muchos hijos —saludó el marqués de Denia a los jóvenes esposos. Don Luis de Sandoval había sustituido a su padre como carcelero de la reina hacía cinco años. Su régimen era, si cabe, más duro que el de su progenitor.

—¿Está avisada la reina de nuestra llegada? —demandó Felipe.

—Por supuesto, alteza. Os espera en la sala grande del palacio.

Al oír esa palabra, «palacio», la princesa María Manuela repasó con sorpresa aquel edificio: un enorme caserón de barro y madera que solo alguien con mucho optimismo hubiera denominado así.

Doña Juana estaba vestida con una ropa muy humilde de tela de buriel rojo, basto y grosero, como el que usaban los campesinos de la zona, con amplias mangas, como las de los hábitos de los frailes. Se tocaba el cabello con un paño a la flamenca, que se ataba a la barbilla con una sencilla lazada.

—Majestad, vuestros nietos el príncipe don Felipe y su esposa la princesa doña María Manuela —anunció Luis de Sandoval.

La reina Juana, acompañada por dos damas, leía una vida de Jesucristo.

—Señora, como os prometí, aquí estoy con mi esposa —habló Felipe, que cogió de la mano a la portuguesa y se acercó hasta la reina, ante la cual se puso de rodillas, tal como había hecho unas semanas antes.

Entonces Juana de Castilla hizo un gesto que llamó la atención de todos cuantos la conocían. Extendió su mano y se la dio a besar a sus nietos.

—Cúbrete —le ordenó la reina.

Felipe llevaba su sombrero en la mano y se lo colocó en la cabeza de inmediato.

—Doña María Manuela…

—Sí, es muy bella, como me dijiste en tu anterior visita —cortó la reina a su nieto. En realidad, lo que le había dicho Juana a Felipe unas semanas antes era que no se confiase sobre lo que le decían acerca de la belleza de su novia, pues si se hacía demasiadas ilusiones y se la imaginaba hermosísima, podría desencantarse al encontrarse con la realidad.

—Vamos a Valladolid, pero antes quería pasar por Tordesillas para que conocierais a mi esposa.

—No se puede negar que eres una Austria —dijo Juana contemplando a su nieta con melancolía—. Te pareces a tu madre, mi Catalina, mi pequeña. —Los ojos de la reina se humedecieron por primera vez en mucho tiempo, cuando recordó que aquella joven era la hija de Catalina, su hija menor con la que había compartido tantos años de cautiverio; su único consuelo hasta que la enviaron a casarse con el heredero del trono de Portugal, que además era hijo de María, su hermana mayor.

—Gracias, señora —balbució María Manuela impresionada ante la que era a la vez su abuela y su tía.

—Bailad. Bailad para mí —dijo la reina de pronto.

—Majestad, no hay música —alegó el marqués de Denia.

—Pues que vengan los músicos y toquen una pavana. Estos dos jóvenes quieren divertirse, y bailar, bailar, bailar.

Desde Tordesillas los dos esposos se dirigieron a Valladolid, pero antes hicieron una entrada triunfal en Simancas, donde los recibieron con las calles principales alfombradas con paños rojos.

Bruselas, fines de diciembre de 1543

El memorial con el relato de la boda de los príncipes Felipe y María satisfizo a Carlos. Tras leerlo lo depositó encima de la mesa del gabinete del palacio de Coudenberg, donde se había instalado el emperador tras derrotar a los franceses.

Por un momento recordó su boda con su prima Isabel, la mujer a la que tanto había amado, y supuso que nunca volvería a amar a otra mujer, aunque sintió la necesidad de volver a estrechar a una entre sus brazos.

Pero, agotado por los viajes y por la campaña militar, en aquellos días de comienzos del invierno Carlos solo quería descansar, aunque los asuntos de Estado seguían cayendo uno tras otro sobre sus hombros.

Junto con el relato de la boda de su hijo se amontonaban expedientes sobre fortificación de fronteras, listados de candidatos para nuevos nombramientos, demandas de ayudas o solicitudes de concesiones de privilegios.

Además la guerra tenía posibilidades de recrudecerse, pues el Parlamento de Escocia había coronado como su reina a María Estuardo, una niña de apenas un año de edad, y a la vez había

decidido anular el tratado de Greenwich que había firmado con los ingleses unos meses antes. El fervor patriótico de los escoceses suponía un contratiempo más, pues significaba que Enrique de Inglaterra tendría que dedicar más tropas a la defensa de la frontera con Escocia, lo que implicaría una menor ayuda en el conflicto contra Francia.

Abrumado ante semejante aluvión de problemas, cartas, memoriales, procesos, informes y oficios, Carlos se distraía asistiendo a torneos y justas. En aquellos días de diciembre se celebraron varios en la ciudad de Bruselas, en los que tomaron parte nobles y señores, pero también algunos aventureros que se ganaban la vida arriesgando la suya en este tipo de combates.

Aquella mañana se despertó tembloroso. Llamó a su ayuda de cámara y le ordenó que hiciera venir enseguida a su médico.

Pablo Losantos, todavía somnoliento, se presentó en la alcoba del emperador. La primera luz del amanecer apenas teñía el horizonte de un hilo de luz plateada.

—¿Qué ocurre, majestad, de nuevo la gota? —le preguntó Losantos al verlo sentado sobre la cama, con la cabeza entre las manos.

—No, no es la gota. Me he despertado empapado en un sudor frío. Fijaos cómo tiemblo.

—Dejadme que os vea, sire.

El médico auscultó a Carlos y, tras una exploración minuciosa, concluyó:

—Es un catarro, majestad. Deberéis permanecer en cama y bien tapado. Tomaréis caldo de gallina muy caliente y leche con miel. En tres o cuatro días estaréis bien.

—Tengo que acudir mañana a Gante, a la reunión de las cámaras. Allí estarán todos los diputados de los Países Bajos.

—Olvidaos de esa cita. Estáis enfermo y, aunque un catarro no es demasiado grave, no debéis viajar en estas condiciones, y menos con este tiempo tan frío y húmedo. Si no curáis bien ese catarro, puede derivar en algo peor.

—Os haré caso por esta vez…

—Y ahora meteos en la cama o la calentura seguirá aumentando.

—Tengo que convocar la Dieta imperial en Espira para fines del próximo mes de enero.

—Pues hacedlo desde la cama —sentenció el médico.

2

PLENITUD

Espira, 20 de febrero de 1544

Carlos de Austria siguió el consejo de su médico. No pudo asistir a la cita de las cámaras de los Países Bajos en Gante, pero curó su catarro y en los primeros días de enero del nuevo año pudo visitar algunas ciudades de Flandes y participar en varias ceremonias.

El día 9 de enero salió de Bruselas camino de Espira para celebrar la Dieta allí convocada. Durante quince días navegó aguas arriba por el río Rin, deteniéndose en algunas ciudades para entrevistarse con nobles y prelados, y recibió al cardenal Farnesio, embajador del papa, con el que acordó que trataría de firmar la paz con Francia y encabezar una alianza de toda la cristiandad contra los turcos.

A fines de enero llegó a Espira, en el sur de Alemania, donde lo aguardaban los miembros de la Dieta. Durante varios días se mantuvieron contactos y conversaciones, misas y ceremonias, pero no fue hasta el día 20 de febrero cuando el emperador declaró abiertas las sesiones de la Dieta imperial.

En esos días de espera, Carlos recibió una nueva carta de su hijo Felipe, quien como gobernador de los reinos de España le comunicaba que Castilla ya no tenía más dinero que aportar al tesoro imperial, que la Hacienda de los castellanos estaba muy menguada y que no podría aportar las cantidades que se le demandaban por parte de la cancillería. El príncipe le rogaba a su padre que pusiera fin a las guerras que estaba librando, sobre todo a la guerra contra Francia, que costaba enormes cantidades de dinero y que estaba llevando a la ruina y a la desesperación a los castellanos. Le informaba además que las sumas de oro y de plata que llegaban de América estaban disminuyendo y que se preveía que esa tendencia seguiría a la baja en los próximos años.

El emperador no parecía tener en cuenta las recomendaciones de su hijo, aunque sí ordenó a su embajador en Francia que iniciara conversaciones formales para tratar de llegar a un acuerdo con Francisco I. La paz se le antojaba difícil, pues el rey de Francia se había retirado derrotado del sur de Flandes y de las fronteras con Alemania, pero ya andaba de nuevo incordiando, ahora en el sur, en el Piamonte y en las costas de Génova y Mónaco. De modo que no tuvo más remedio que escribir al almirante Andrea Doria para que mantuviera la armada en alerta máxima y a las autoridades del Piamonte y el Milanesado para que estuvieran muy atentas y preparadas ante una posible nueva invasión francesa.

Y en cuanto a buscar un acuerdo de paz con los turcos, lo veía imposible, de modo que sería necesario seguir gastando importantes sumas de dinero en la preparación de la guerra contra el Imperio otomano, que se atisbaba muy larga y muy costosa.

El emperador esperaba que los electores, príncipes, nobles, prelados y representantes de las ciudades que asistían a la Dieta de Espira aprobaran todas sus decisiones, porque los problemas se acumulaban.

—Canciller, ¿estáis seguro de que contamos con el apoyo de las ciudades? —le preguntó Carlos a Granvela, que venía de entrevistarse con los delegados de los consejos urbanos de

Alemania, a los que había pedido ayuda. Los representantes de las ciudades no votaban en la Dieta, pero su voz era muy importante.

—La mayoría está a favor de las propuestas de vuestra majestad. Solo algunas ciudades del norte, donde son mayoría los seguidores de Lutero, han puesto objeciones.

—Necesitamos un posicionamiento inequívoco ante la amenaza de Francia. Si don Francisco ve que todas las fuerzas del Imperio están unidas, se achantará y desistirá en su empeño de proseguir con esta guerra. Pero si advierte desavenencias entre nosotros, en ese caso mantendrá su estrategia bélica y la incrementará.

El emperador y su canciller se dirigían en un carruaje a la catedral de Nuestra Señora de la Asunción: una enorme iglesia construida con sillares de arenisca roja al viejo estilo, ya abandonado, y de la que se decía que había sido iniciada hacía quinientos años por el emperador Conrado para ser el templo más grande de la cristiandad. La catedral era el lugar elegido para celebrar las sesiones de la Dieta imperial.

La carroza llegó ante la imponente fachada roja y ocre y el emperador descendió mientras sonaban fanfarrias y clarines. Entró en el enorme templo y se dirigió a las tumbas de los emperadores de Alemania para rendirles tributo antes de comenzar las sesiones.

En la gigantesca nave central esperaban los delegados, colocados según su categoría y rango, en la primera fila de la izquierda los grandes electores, detrás los príncipes y los nobles y luego los miembros de las ciudades, y en la de la derecha los arzobispos, los obispos y los grandes abades.

Carlos subió al estrado de madera que le habían preparado al lado del altar y se dispuso a oír la misa que iba a oficiar el arzobispo de Maguncia. Acabada la ceremonia, el emperador dio un breve discurso y declaró abierta la Dieta.

Acabada su intervención, y cuando se dirigía a cenar, recibió una carta de Juan de Zúñiga en la que le comunicaba que su alteza el príncipe Felipe había enfermado de unas sarnas y que, como estimaba que la había contraído con su esposa la princesa María, había acordado separar a los dos jóvenes y llevarse a Felipe a Cigales, una villa a tres horas de camino al norte de Valladolid, para tratarlo allí y curarlo de dicho mal.

El emperador hizo llamar a Pablo Losantos; quería saber si era grave lo que le contaban de su hijo.

—La sarna es una enfermedad muy molesta, mi señor, pero no suele ser grave si se trata con los remedios adecuados.

—¿Qué molestias son esas? —demandó el emperador.

—Picazón y erupciones en la piel que provocan una necesidad de rascarse sin parar, lo que suele producir heridas y llagas —respondió el médico.

—¿Cómo se cura?

—Lavando con agua fría la zona afectada y aplicando después una mezcla de vinagre, esencia de lavanda y aceite de oliva. Si se procede así durante cinco o seis días, suele desaparecer.

—¿Lo hará así el médico de don Felipe?

—Supongo que sí, majestad.

—Don Juan de Zúñiga se ha llevado a mi hijo a Cigales; me dice que al estar separado de su esposa sanará antes.

—Majestad, esta enfermedad suele contraerse por estar mucho tiempo al lado de una persona que la tiene, o por…

—¿O por qué?

—Por practicar el coito con una mujer afectada de sarna.

—Ordenaré a don Juan que restrinja las relaciones de los príncipes.

—Y decidle de paso que comunique a sus altezas que se laven sus partes íntimas con cuidado y con esa mezcla antes y después de tener relaciones íntimas —indicó Losantos.

Espira, fines de abril de 1544

La noticia de la derrota apenó al emperador. El ejército francés, algo inferior en número a las fuerzas imperiales, había vencido en la batalla de Cerisoles, en el Piamonte.

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¡Éramos superiores en número! —se lamentó Carlos tras recibir el informe de aquella derrota.

—Creo que don Alonso de Ávalos se confió, majestad —el canciller Granvela trató de justificar al marqués del Vaso, el general que había perdido en Cerisoles.

—¡Dios, las cifras de muertos entre los nuestros son terribles! —Carlos apretó los puños.

—Hemos tenido casi seis mil bajas, majestad. Sí, terrible.

—¿Sabéis lo que es eso? El equivalente a dos tercios; dos tercios completos aniquilados en apenas unas horas.

—La batalla de Cerisoles había estado muy equilibrada durante la primera parte. Incluso nuestras tropas habían tomado una buena ventaja, pero un error de estrategia provocó que todo se viniera abajo. El general francés, el conde de Enghien, lanzó su caballería pesada contra el centro de los nuestros, donde había varios regimientos de lansquenetes mezclados con arcabuceros. Esa carga provocó un gran desorden. Tras los hombres de armas llegaron sus arcabuceros, en formación cerrada. Cuando se encontraban a unos pocos pasos de nuestro frente, descargaron todo su poder de fuego y arrasaron nuestras filas, que estaban desordenadas y sin compactar dada la alternancia de picas y arcabuces.

—¿Qué ha sido del marqués del Vaso?

—Ha logrado salir con vida y salvar la de diez mil hombres. Se ha replegado hacia Turín. Pese a las numerosas bajas sufridas, asegura que está en condiciones de recomponer el ejército.

—¿Y los franceses, a cuántos hemos abatido? —demandó el emperador.

—Han perdido unos dos mil hombres.

—Tres por uno… Este desastre no puede volver a repetirse. Otra derrota como esta y perderemos la guerra.

Demasiado duraban ya las sesiones de la Dieta de Espira.

Carlos estaba ansioso porque acabaran cuanto antes, pero los nuncios no se ponían de acuerdo en asuntos esenciales. Los partidarios del papa y los seguidores de Lutero se manifestaban como enemigos irreconciliables, y ni siquiera la mediación directa del emperador o la de sus consejeros servía para calmar los ánimos, que cada día estaban más enconados.

Los reformistas luteranos no querían admitir de ninguna manera que sus Estados y ciudades quedaran bajo la autoridad de Roma. Acusaban al papa y a su Iglesia de haber expoliado durante siglos las riquezas de Alemania, de vivir en la opulencia mientras el pueblo pasaba hambre, de practicar una doble moral y de robar las rentas de campesinos y comerciantes. Decían que Roma era un nido de depravación donde los cardenales mantenían un modo de vida como el más rico

de los príncipes, habitaban los más suntuosos palacios y se rodeaban de las más hermosas prostitutas.

—Roma es un inmenso burdel, y el papa y sus cardenales son sus proxenetas —decían los reformistas del norte, que abogaban por la completa reforma de la Iglesia y el final de los privilegios de las altas dignidades de la curia romana.

—Roma es el centro de la cristiandad y el papa el vicario de Cristo en la tierra —alegaban los católicos, que opinaban que la ruptura de la Iglesia solo beneficiaba a los herejes y a los infieles, a los que denominaban como los enemigos de Dios.

Y entre tanto se producían estas discusiones, el emperador debía atender al gobierno del Imperio y a las noticias que llegaban de España, donde su hijo Felipe procuraba gobernar con toda prudencia y mesura.

Aquel día ratificó una decisión del príncipe, que había ordenado que los hombres casados no podrían viajar a América si no iban acompañados por sus esposas. Felipe le decía a su padre, para justificar este decreto, que España carecía de población suficiente y que muchos deseaban marcharse al Nuevo Mundo para ganar allí tierras y riqueza, y que abandonaban a sus esposas y a sus hijos.

Los problemas se acumulaban en Italia. El papa Paulo III mantenía su ambigüedad y seguía sin condenar la agresión de Francia, a la que el emperador consideraba la única culpable de la guerra entre cristianos; y las ciudades italianas del norte se debatían entre obedecer al emperador o decantarse por el rey de Francia, en tanto los españoles mantenían el dominio del reino de Nápoles, aunque su virrey solicitaba ayuda y demandaba más tropas al emperador ante la amenaza de una invasión turca que preveía inminente.

Espira, principios de junio de 1544

La Dieta imperial estaba a punto de cerrarse sin que se solventara el enfrentamiento entre protestantes y católicos. Pero, al menos, el emperador consiguió que no estallara una guerra en el seno del Imperio y logró cierta calma, lo que le permitió preparar un golpe que esperaba que fuera definitivo contra Francia.

Además el rey Enrique de Inglaterra le había prometido ayuda y envío de tropas. Inglaterra ambicionaba ocupar Escocia y dominar toda la isla. La muerte del rey Jacobo y la subida al trono de su hija María animó a Enrique VIII a invadir Escocia. Varios comerciantes escoceses que se dirigían a Francia fueron arrestados y sus bienes confiscados. El conde de Hertford llegó hasta Edimburgo y quemó la ciudad. Los escoceses colocaron a la reina María a salvo en las tierras del norte y resistieron el ataque; un fervor patriótico se extendió por toda Escocia, donde la mayoría de sus habitantes juraron defender la independencia de la tierra de sus padres hasta la última gota de su sangre.

Entre tanto, Enrique, pese a su enorme barriga y sus dificultades para cabalgar, se vistió una armadura, fue izado al caballo con ayuda de una polea y partió hacia el continente para participar personalmente en la guerra contra Francia; llevaba con él a treinta y cinco mil hombres. Para dar una mayor prestancia a la travesía del canal de la Mancha, el barco real fue aparejado en Londres con velas de paño de oro.

El emperador acababa de regresar de una misa solemne que se había celebrado en la catedral de Espira en memoria de su esposa. A ella había acudido Fernando de Austria, hermano de Carlos y rey de romanos. Tras la ceremonia, Fernando le había recordado la promesa de que

él sería su sucesor en el Imperio; en tanto los reinos de España, las Indias, los Países Bajos y las posesiones en Italia serían para el príncipe Felipe.

Eso era al menos lo que ambos hermanos habían acordado hacía tiempo y Carlos no lo rechazó, pero en su interior estaba rumiando la idea de transmitirle todos sus dominios a Felipe, aun a sabiendas de que ese cambio podría acarrear graves problemas y quién sabe si hasta una cruenta guerra entre los dos hermanos y sus respectivos partidarios.

Carlos estaba construyendo un imperio mundial, al que se sumaban cada año más y más dominios, más y más tierras. Hacía solo unos días que se había investido con el manto imperial para recibir el solemne juramento del comendador de Prusia. Dividir, como estaba acordado, cuantos dominios había logrado reunir rompía por completo el ideal de los Austrias: un solo imperio, un solo rey, un solo Dios.

En estas dudas andaba sumido cuando lo interrumpió el canciller, que lucía eufórico.

—Majestad —informó Granvela a Carlos—, el marqués del Vaso se ha resarcido de la derrota del pasado mes de abril. Ha aplastado a los franceses en Serravalle, en el noreste de Italia, y se han batido en retirada.

—Es la noticia que estaba esperando. Sin ese ejército francés en Italia, la armada de Barbarroja tendrá más difícil seguir castigando sus costas.

—Además, el rey Enrique ha cumplido su parte del tratado y ha desembarcado en Calais con un gran ejército. Francia le ha reconocido la posesión de Boulogne. Nuestra armada ha desembarcado otros cinco mil hombres. El pirata Barbarroja ha salido del puerto de Tolón, donde estaba fondeada su flota, y ha apresado varias galeras francesas. Francia no tendrá el apoyo de la flota corsaria turca.

—¿Dónde está ahora el grueso del ejército de don Francisco? —demandó el emperador.

—Los franceses se han concentrado en Luxemburgo. Si los ingleses y nuestros cinco mil atacan desde el oeste y el ejército imperial lo hace desde Alemania, atraparemos en una tenaza al ejército francés, que estará perdido.

—Enviad una orden al comendador Suárez de Figueroa para que aprovisione la plaza de Mónaco con pólvora, azufre y munición, tal cual nos ha solicitado su señor. Hay que evitar que ese enclave caiga en manos de los turcos o de los franceses.

»Saldremos hacia Luxemburgo en cinco días.

—Antes habrá que cerrar la Dieta.

—Convocad una última sesión en la sala de la casa del Concejo para dentro de cinco días. Para entonces deberán estar listas y firmadas todas las deliberaciones.

La cancillería imperial trabajó con celeridad aquella semana. Se dictaron órdenes a los comandantes de la flota y de los tercios, se enviaron cartas a los consejeros con instrucciones precisas, se reforzaron las guarniciones en las ciudades del norte de Italia y se dispuso en estado de alerta a las tropas desplegadas en el Piamonte.

Valladolid, principios de junio de 1544

Obligado a vivir separado de su esposa y de sus hermanas María y Juana; esa era la orden tajante que había cursado el emperador sobre su hijo el príncipe Felipe.

—¿Por qué no puedo estar todos los días con mi mujer, por qué? —se lamentaba Felipe de Austria, regente de los reinos de España y de las Indias.

—Su majestad cree que si sus altezas están juntos cada día, dada vuestra juventud, podríais llegar a enfermar —alegó Juan de Zúñiga, que había sido comisionado por el emperador para

velar por su hijo y heredero.

—Todos los esposos viven juntos, incluso los que son más jóvenes que yo.

—¿Conocéis la historia de don Juan y de doña Margarita, dos de vuestros ilustres antepasados?

—Sí, el único hijo varón de mis bisabuelos los Reyes Católicos y de la tía de mi padre el emperador.

—Así es. Pero ¿sabéis lo que le ocurrió a ese desdichado príncipe? Pues que murió a los diecinueve años agotado por exceso de relaciones sexuales que mantenía con doña Margarita. Falleció agotado y falto de fuerzas. Es lo que suele ocurrir cuando el varón derrama una y otra vez su simiente sin dejar el tiempo necesario para que su natura se reponga.

»Acabáis de cumplir diecisiete años, alteza, y dentro de un tiempo, cuando vuestro padre sea llamado al seno del Altísimo, ojalá que dentro de mucho tiempo, seréis el soberano más poderoso del mundo. Soportar semejante peso y responsabilidad sobre vuestros hombros requerirá de una fortaleza extraordinaria.

—Yo quiero estar con doña María —insistió Felipe.

—La fogosidad de la juventud empuja a vuestro corazón y a vuestros sentidos, pero pensad en la tarea que os espera. No sois un joven cualquiera y no podéis dejar que os gobierne la pasión. Haced caso a vuestro padre y pensad con la cabeza.

—La principal obligación de un rey es generar descendientes para que no se interrumpa el linaje real y se garantice la continuidad del trono; al menos eso me han enseñado en esta familia, tanto mi padre como vos. ¿Cómo voy a tener hijos si apenas puedo acceder a mi esposa?

—Hace ya más de medio año que os casasteis, habrá tiempo para eso.

—Mi esposa siente lo mismo que yo. Se pasa los días esperando a que me permitáis estar con ella; y luego se queda sola y vuelta a esperar. Sin otra cosa que hacer, está comiendo a todas horas. Desde la primera vez que estuve con ella a esta última ha engordado varias libras.

—Hablaré con sus damas de compañía y con los médicos de vuestra alteza. Tal vez una dieta adecuada…

—Lo que necesita doña María es estar con su esposo, conmigo. ¡Maldita sea!, don Juan, ¿acaso no lo entendéis?

—Claro que lo entiendo. Ya tengo cincuenta y seis años, pero recuerdo bien cuando tenía vuestra edad, pues también he pasado por ella —ironizó Zúñiga—. Vuestro padre el emperador os ordenó que acatarais todas sus instrucciones, tanto las que os diera para el buen gobierno de las Españas como para vuestro comportamiento en la vida privada, y especialmente en lo que se refiere a vuestras relaciones con doña María. Y a mí me indicó, con toda contundencia, que os vigilara en ello.

—Sí, y también me ordenó que os tomara a vos como guía y modelo, y que os hiciera caso en todo.

—Así es. Y recordad que el emperador me ordenó que os hiciera cumplir todas esas instrucciones aunque os enojéis conmigo por ello.

—Don Juan, sois un hombre íntegro y leal; sois el caballero más honrado de estos reinos, pero algún día yo seré rey, como bien habéis dicho.

—Sí, alteza, sin duda que llegará ese día, y entonces podréis castigarme por lo que estoy haciendo si es que os parece que he obrado mal. Pero, hasta ese momento, debo obediencia y fidelidad a vuestro padre, y así obraré en cada momento, mal que os pese, don Felipe.

—Por decisión de mi padre sois el presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Órdenes, además de mi consejero privado, pero yo soy el príncipe de Castilla y de Aragón.

—Lo sois, mi señor, lo sois, pero mientras él viva, o mientras él lo quiera, debo obediencia a vuestro padre, su majestad el emperador.

»Además, si vuestro padre obra de este modo con vuestra alteza es debido al mucho cariño que os tiene y a la alta misión que os ha de encomendar. Si os permitiera todos vuestros caprichos, su majestad sería un mal rey y un pésimo padre. Y sabed que es el más grande y justo soberano del mundo y el mejor padre.

Felipe de Austria y Juan de Zúñiga hablaban en el palacio real de Valladolid, donde el príncipe estaba preparado para que lo vistieran con armadura para participar en el que iba a ser su primer torneo como caballero.

—La armadura está preparada, señor —indicó uno de los pajes del príncipe.

—Vayamos a ello —dijo Felipe.

Los criados le colocaron la armadura completa, una magnífica pieza de color negro con incrustaciones de flores doradas, y un yelmo rematado por un penacho de plumas blancas de un gerifalte.

El torneo se iba a celebrar en la plaza del Mercado de Valladolid y por ser la primera vez que iba a justar el príncipe se había levantado tal expectación que había acudido gente de lugares de hasta treinta millas de distancia de la ciudad para contemplar el espectáculo.

Felipe lidió bien, sobre todo con la espada, la cual manejaba con gran destreza, aunque los caballeros con los que cruzó y rompió lanzas estaban aleccionados para que no le causaran el menor daño y procuraran que las victorias del príncipe no fueran demasiado escandalosas y no se notara el engaño.

De regreso al palacio real, Juan de Zúñiga estaba cariacontecido. Durante la celebración del torneo, al que había asistido con atención vigilando que ningún lidiador se propasara en sus combates con el príncipe, un correo le había dado una información que lo estremeció.

—Señor —le dijo Zúñiga al príncipe, que se recuperaba del esfuerzo comiendo un pedazo de queso y una jarra de vino—, mientras lidiabais en la plaza he recibido un mensaje de parte de don Luis de Osorio. Asegura que su sobrina doña Isabel está preñada y que el padre…, bueno, asegura que el padre de esa criatura sois vos.

Felipe dejó la jarra de vino sobre la mesa y miró a Zúñiga sin manifestar el menor gesto de sorpresa.

—Sí, el padre soy yo —se sinceró Felipe.

—Pero… ¿cómo…?, ¿cuándo…?

—Fue en Cigales, hace tres meses, cuando me curé de aquellas sarnas.

—Supongo que ocurrió durante aquellos días en los que me ausenté para resolver algunos asuntos en Valladolid.

—Así fue.

—¿Sabéis lo que habéis hecho?

—Nada que no hayan hecho muchos otros príncipes y reyes antes que yo.

—Doña Isabel de Osorio es dama de compañía de vuestra hermana doña Juana…

—Es la mujer más hermosa que he conocido. Si pudiera, la haría mi esposa.

—¡Qué estáis diciendo, alteza! —se escandalizó Zúñiga—. Para ello tendría que anularse vuestro matrimonio con vuestra esposa doña María Manuela, y eso supondría un gravísimo conflicto con Portugal, tal vez la guerra.

—Doña María no es solo mi esposa, también es mi prima, y por partida doble. Eso es motivo suficiente para que se decida la nulidad de este matrimonio —asentó Felipe.

—El papa concedió la licencia eclesiástica para que se celebrara vuestra boda; este matrimonio no se puede anular.

—Yo amo a doña Isabel de Osorio y ella me corresponde —aseguró Felipe.

—Tenemos que mantener esto en secreto, alteza, o el escándalo que se desatará será más grande todavía que el… —de repente Zúñiga se calló.

—¿Que cuál, don Juan, mayor que cuál? —inquirió Felipe.

—¡Está bien!, que el que se pudo desatar cuando vuestro padre dejó embarazada a doña Germana de Foix, la que fuera segunda esposa de vuestro bisabuelo don Fernando el Católico y reina de Aragón. ¡Dios mío! —El consejero se echó las manos a la cara; parecía desesperado.

—No habrá tal escándalo.

—Señor, ¿sabéis de quién desciende doña Isabel de Osorio? Es hija de don Pedro de Cartagena, que fuera regidor de Burgos, y nieta de don Pablo de Santamaría, obispo de Burgos.

—Un obispo, por tanto un miembro de la Iglesia.

—Pero antes de bautizarse y hacerse cristiano, ese tal Pablo de Santamaría era un destacado judío; se llamaba Salomón Ha-Leví y era nada más y nada menos que el rabino de la judería de Burgos. Doña Isabel quedó muy pronto huérfana y adoptó el apellido de su familia materna, que sí es de cristianos viejos. ¿Entendéis ahora el escándalo que puede desencadenarse si se conoce que el futuro rey de Castilla y de Aragón tiene un hijo que también lleva sangre judía en sus venas?

»¡El rey de España padre de un judío!

—Doña Isabel quiere tener ese niño.

—Hay remedios para evitarlo. Sé de unas curanderas que pueden preparar un abortivo con mirra, mostaza, ruda, poleo…

—No.

—¿No? Pero, señor…

—Ese niño nacerá. Cuidaos de que se guarde el secreto, como se hizo en el caso de mi hermana doña Isabel, la hija que mi padre tuvo con doña Germana. Ese niño tiene que vivir. Es mi hijo.

—Se hará como decís, alteza, pero os ruego que seáis más prudente en vuestras relaciones.

—En Cigales le entregué una carta a doña Isabel en la que le manifestaba que ella era mi verdadera esposa —confesó Felipe.

—¡Qué! ¿Habéis escrito esa carta de verdad?

—Así es. Y la firmé con mi propia mano.

—¿Dónde está ese documento?

—Lo tiene doña Isabel.

—Pues deberá ser destruido. Se lo haré saber con toda discreción.

—Yo amo a Isabel.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Desde antes de casarme con doña María. Ya estuve con ella en algunas ocasiones cuando visitaba a mis hermanas; allí la conocí.

—¿Ha sido doña Isabel vuestra primera…, vuestra primera relación?

—Sí.

—¿Por qué no me dijisteis nada?

—Porque hubierais hecho todo lo posible para que no volviera a verla.

—Bien. Solventaremos este inconveniente. Y ahora debéis dejar embarazada a vuestra esposa legítima. Hoy más que nunca necesitáis un heredero… legítimo.

»Tendré que informar a vuestro padre de este asunto.

—Haced lo que estiméis conveniente, don Juan.

—Y en cuanto a vuestra esposa…

—Le he dicho a mi esposa que no me gusta cómo está engordando. Lo ha consultado con su madre la reina doña Catalina de Portugal, que le ha remitido una carta desde Lisboa en la que le aconseja que no engorde más y que no haga nada que pueda desagradarme. He visto esa carta y en ella también le dice que no manifieste nunca que tiene celos, porque de ser así puede acabar con la paz de este matrimonio.

El informe de Zúñiga apenas tardó quince días en ser contestado por el emperador, que desde el sitio de Metz ordenó que se mantuviera el distanciamiento entre su hijo y doña María, que solo se les permitiera estar juntos en contadas ocasiones y que aun cuando estuvieran juntos durmieran siempre en camas separadas. Lo que no dijo Zúñiga es que el príncipe había dejado embarazada a Isabel de Osorio. Ya pensaría en cómo contárselo en otro momento. En todo caso, esperaría al nacimiento de ese niño; quizá hubiera suerte y no sobreviviera al parto.

Aquellas instrucciones fueron muy perjudiciales para el príncipe, pues don Felipe comenzó a ver con indiferencia y lejanía a su esposa y se dedicó a salir por las noches de visita por los burdeles de Valladolid, lo que desató todo tipo de rumores y comidillas en la corte.

Enterado de ello, el emperador tuvo que reprender a su heredero por ese comportamiento, pero a la vez recompensó el trabajo de Juan de Zúñiga nombrando a sus dos hijos como capellán y paje del príncipe.

Norte de Francia, línea del frente de guerra, septiembre de 1544

Acabada la Dieta, el emperador se dirigió aguas abajo del Rin hacia Luxemburgo, que fue reconquistado inmediatamente. Carlos decidió lanzar una ofensiva contra París.

A mediados de junio ya se encontraba en la ciudad de Metz, con un cuerpo de tropas de élite de tres mil hombres de armas y cinco mil infantes. Había llevado con él a su sobrino Fernando, de la edad del príncipe Felipe. Las tropas españolas apreciaban mucho a este joven, pues llevaba el nombre de su bisabuelo el rey Católico y de su padre el rey de romanos.

Los de Metz, ciudad libre que se proclamaba neutral, no opusieron la menor resistencia y el emperador la ocupó con el duque de Sajonia y el marqués de Brandemburgo, ambos rodeados de una escolta de soldados alemanes cuyo fiero aspecto amedrentaba a cuantos lo presenciaban.

Algunos nobles, que habían mostrado antaño su fidelidad al rey de Francia, se presentaron ante el emperador en Metz y le rogaron que les concediera el perdón. Estaban condenados a muerte por traición. Fueron indultados, pero a cambio se les pidió que sirvieran con sus hombres durante al menos dos años en el frente de batalla contra los turcos en la frontera de Hungría.

Cada día se presentaban mensajeros ante el emperador con noticias sobre la marcha de la guerra. La armada de Barbarroja estaba causando graves daños en las costas occidentales de Italia, en Cerdeña y en Baleares. Sus naves acosaban las costas, daban un golpe de mano saqueando cuanto podían y se retiraban tan deprisa como habían aparecido. Carlos dio instrucciones para que se reforzaran las defensas de la costa.

Desde el norte llegaban mejores noticias. El rey Enrique encabezaba su ejército y había iniciado una ofensiva en Normandía. Su ejército de treinta mil hombres parecía suficiente para

frenar una posible contraofensiva francesa y distraer tropas del flanco por donde iba a atacar el emperador.

Durante los meses de julio y agosto el ejército imperial fue tomando posiciones entre las ciudades de Metz y Toul, siempre avanzando con las banderas del Imperio desplegadas, delante de una banda de tambores y trompetas que no dejaban de tocar al paso de los soldados.

El progreso de las tropas era interrumpido de vez en cuando por partidas avanzadas del ejército francés, que actuaban de forma rápida, ocultas en los bosques, contra la vanguardia imperial, para retirarse en busca de nuevas posiciones de defensa. En una de aquellas escaramuzas fue alcanzado con un disparo de un falconete el príncipe de Orange. La bala lo hirió de gravedad en el hombro derecho. Fue llevado de inmediato al campamento del emperador.

—¡Rápido, rápido, el príncipe se desangra! —gritó un oficial a la carrera.

Pablo Losantos salió de su pabellón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el médico.

—Esos diablos franceses han alcanzado al príncipe de Orange. Unos camilleros lo traen malherido. Yo me he adelantado para avisaros.

Poco después llegaba el príncipe.

—Avisad a su majestad —ordenó Pablo Losantos a los soldados.

El príncipe tenía el hombro derecho destrozado; había perdido mucha sangre y mostraba el rostro pálido, como cerúleo, y sudaba mucho.

Pablo Losantos logró detener la sangría, pero el corazón de Orange latía con debilidad.

—¿Es grave? —preguntó Carlos, que se presentó en el pabellón médico nada más ser informado.

—Sí, majestad, lo es y mucho. He conseguido parar la hemorragia, pero el príncipe ha perdido tanta sangre que no creo que pueda sobrevivir.

—Haced cuanto sea posible para que viva. ¡Necesito a este hombre!

—Haré cuanto esté en mi mano, señor; pero ahora solo depende de la voluntad de Dios.

El de Orange no pudo aguantar y al día siguiente falleció, tras una larga noche de altas fiebres, convulsiones y sudores.

La ofensiva no se detuvo. Reforzado con ocho nuevas piezas de artillería y dos mil jinetes, el ejército imperial atacó la ciudad de Saint-Dizier. Los sitiados solicitaron una tregua e hicieron saber al emperador que, si en cinco días el rey Francisco no los socorría, le entregarían la plaza, y en garantía de esa palabra se comprometían a entregar rehenes.

Carlos aceptó, pues esperaba la llegada de nuevas tropas y aquellos días de tregua lo beneficiaban. Y así fue, pues dos días más tarde aparecieron diez mil hombres descansados y bien equipados. La ayuda del rey de Francia no llegó y los de Saint-Dizier se rindieron.

El emperador entró en la ciudad con ocho banderas de los tercios españoles con la cruz de Borgoña desplegadas al frente, varios pelotones de soldados de a pie y dos escuadrones de jinetes.

Una semana más tarde, los imperiales siguieron avanzando. Francia parecía perdida, de modo que se iniciaron conversaciones de paz.

El penúltimo día de agosto el señor D’Annebaut, almirante de Francia, se presentó en la localidad de Saint Aman para entrevistarse con el canciller Granvela. Estaba escoltado por un batallón de doscientos jinetes y portaba un salvoconducto emitido un día antes por el propio emperador. El almirante había sido delegado por el rey de Francia para tratar de poner fin a aquella guerra. El canciller imperial estaba rodeado por mil arcabuceros y otros mil caballeros.

Las conversaciones entre el almirante francés y el canciller imperial se extendieron por dos días. Pero Carlos no frenó su avance y el primer día de septiembre la vanguardia imperial se presentó ante la línea de defensa francesa, erigida en el río Marne. A solo tres días de camino hacia el oeste, aguas debajo de aquel río, estaba París.

El emperador ordenó levantar su campamento en medio del campo. Con esa estratagema les estaba diciendo a los franceses que no les tenía ningún temor y que su ofensiva iba en serio; tanto que siguió adelante por la margen izquierda del río Marne, ocupando alquerías y villas, y luego pasó a la cuenca del río Aisne, hasta llegar a la ciudad de Soissons, que fue sitiada y rendida. El cerco se estaba estrechando. París estaba cada vez más cerca.

Las órdenes del emperador eran tajantes. Los soldados debían respetar a las mujeres y no tocar las propiedades de la Iglesia, pero algunos no las cumplieron. Dos lanceros alemanes entraron en la abadía de San Marcelo y robaron un cáliz de plata. Fueron denunciados, juzgados y ejecutados inmediatamente, siendo ahorcados a la puerta de la misma abadía.

El frente francés estaba desbordado por todos los flancos. En París, que Carlos tenía al alcance de la mano, se desató una oleada de pánico. Por la ciudad corría la noticia de que los soldados alemanes y españoles estaban a punto de entrar en ella en cualquier momento y que se iba a desatar una serie de robos, violaciones y calamidades como ya ocurriera años atrás en Roma, cuando esos mismos soldados la saquearon durante varios días. Muchos parisinos, aterrados por los rumores, abandonaron su ciudad y huyeron hacia el sur, sin saber bien qué les esperaba.

Carlos estaba enojado. En su pabellón, guarecido de una fina pero constante lluvia, apretaba con fuerza un informe llegado del frente que sus aliados ingleses habían abierto en el noroeste de Francia.

El plan de guerra era que mientras los imperiales avanzaban desde el norte y el este hacia París, los ingleses lo hicieran desde el noroeste y por el oeste, siguiendo el curso del río Sena. Ambos ejércitos convergerían así en París.

Pero Enrique VIII no cumplió su parte y detuvo sus tropas.

—Los ingleses han decidido no progresar hacia París —se lamentó Carlos.

—Creo, señor —intervino el canciller Granvela—, que el rey don Enrique está celoso de vuestros triunfos y que no desea ver a vuestra majestad entrando triunfal en París.

—Sí, yo creo lo mismo. Don Enrique nos la ha jugado. Supongo que lo que pretende es incorporar a su Corona la mitad occidental de Francia y recrear aquel viejo sueño de sus antecesores de crear un imperio a ambos lados del canal de la Mancha.

—La Gran Bretaña…

—Todas las tierras de los antiguos bretones unidas por el rey Tudor: Inglaterra, Gales, Irlanda, Escocia, en cuanto pueda con ella, y media Francia. Sí, esa es la idea de don Enrique: cumplir el viejo sueño de sus antepasados. El año pasado don Enrique obligó al Parlamento de Londres a que reconociera a su hija Isabel, la única que tuvo con aquella desdichada Ana Bolena, como sucesora de su hermana María, pues el rey inglés no desea que los Estuardo se sienten en el trono cuando él muera.

—Ese Tudor aspira a todo —comentó Granvela.

—También al Imperio —añadió Carlos.

—¿Majestad…?

—Don Enrique siempre aspiró a ser coronado emperador. Esa fue una vieja ambición de los reyes de Inglaterra. Ya sabéis que don Enrique presentó su candidatura para ocupar la sede imperial a la muerte de mi abuelo don Maximiliano.

—Por fortuna, los siete grandes electores alemanes eligieron a vuestra majestad.

—Por dinero, señor canciller, lo hicieron por dinero. Porque estoy seguro de que, si don Enrique hubiera ofrecido lo suficiente, ahora el emperador sería él y no yo —se sinceró Carlos.

—La decisión de don Enrique de no seguir hacia París ha dado nuevas esperanzas a don Francisco —dijo Granvela.

—Y nosotros no tenemos dinero para proseguir con esta guerra. Mi hijo don Felipe dice que, si les pedimos más a los castellanos, habrá una revuelta en todo ese reino. Los aragoneses, como acostumbran, se niegan a pagar, dando largas y alegando todo tipo de excusas. Y los príncipes y ciudades de Alemania andan a la gresca entre su obediencia al papa o a Lutero.

—Señor, nuestras arcas están vacías, pero, si hacemos un último esfuerzo, aunque sea sin la ayuda de los ingleses, acabaremos con Francia y nos haremos con sus tesoros, de esta forma podríamos pagar los gastos del ejército.

—Y si fracasamos —lo interrumpió Carlos— es probable que todo se vuelva en nuestra contra y tengamos que volver a casa con el rabo entre las piernas; incluso podríamos perder todo cuanto hemos ganado hasta ahora.

—Entonces, ¿aceptamos la paz que hace unos días negocié con el almirante D'Annebaut?

—Sí. No hemos conquistado Francia, pero la hemos vencido en el campo de batalla. La paz será honrosa para ambos.

Tras comunicarle esa decisión al almirante francés y este informar a don Francisco, el rey de Francia pidió formalmente la paz al rey de España y emperador de Alemania.

Los debates sobre el fin de la guerra y lo que se debía hacer fueron muy enconados. En el Consejo de Castilla se debatió durante semanas. El cardenal Tavera era partidario de entregar Milán a los franceses y firmar la paz para evitar el enorme gasto que estaba suponiendo aquel conflicto; y con él coincidía el secretario De los Cobos, que consideraba que Francia se contentaría con Milán, pero que no aceptaría recibir los Países Bajos.

Por el contrario, el cardenal de Sevilla pretendía entregar Flandes, alegando que los italianos eran más parecidos a los españoles que los flamencos. Y lo apoyaba el duque de Alba, quien consideraba más peligrosos y desafectos a la causa de España a los hombres de los Países Bajos que a los de Milán.

La ofensiva del ejército imperial se detuvo solo a dos días de París. Tan cerca…

Carlos informó a Enrique VIII sobre sus intenciones de paz y el rey de Inglaterra, que de ninguna manera quería ver al emperador entrando victorioso en París, también aceptó firmar la paz.

Durante cuatro jornadas, delegados de Carlos de Austria y de Francisco I pactaron el fin de las hostilidades y negociaron el tratado.

El acuerdo se cerró el 18 de septiembre en la ciudad de Crépy, donde se acordó el cese inmediato de las hostilidades. Carlos de Austria renunciaba a sus derechos sobre el ducado de Borgoña y Francisco de Francia hacía lo propio con el ducado de Saboya, el reino de Nápoles, Flandes y Artois. Además se acordaba la boda del duque Carlos de Valois, segundo hijo del rey Francisco, con una de las hijas del emperador, o en su defecto con su sobrina Ana de Habsburgo. En el primer caso, la dote serían los Países Bajos y el Franco Condado, y en el segundo, el

ducado de Milán. Por fin, ambas partes se comprometían a prestarse asistencia y ayuda mutua contra los turcos.

La guerra había terminado.

—Es un buen acuerdo, majestad —le dijo Granvela al emperador.

Carlos estaba firmando las actas del tratado y las misivas en las que comunicaba a Castilla, Aragón, el Imperio y los Países Bajos el final de la guerra.

—Tal vez debí haceros caso y entrar en París —asentó Carlos.

—Ahora Francia es nuestra aliada y su rey ha acordado que luchará al lado de vuestra majestad contra los turcos. Esa es una gran hazaña diplomática y la mejor noticia posible para la cristiandad.

—Espero que esta vez don Francisco cumpla su palabra y lo firmado, porque de lo contrario juro que en la próxima ocasión no me detendré hasta que las suelas de mis botas pisen el trono de Francia.

Carlos disolvió el ejército y se dirigió a Flandes para encontrarse con su hermana.

Francisco I firmó el tratado y se retiró a París.

Se había librado una guerra para nada. Para evitar nuevas hostilidades, se ratificó que el duque de Angulema, hijo de Francisco I, se casaría con María, la hija mayor del emperador, o en su caso con una hija de Fernando, el rey de romanos, sellando así una alianza dinástica entre los Austrias y los Valois. En caso de que la novia fuera María, la dote serían los Países Bajos y el Franco Condado, pero si la novia elegida era la hija de Fernando, en ese caso la dote sería Milán.

A cambio, Francisco I se comprometía a devolver las conquistas que había hecho en Saboya y en el Piamonte, y a renunciar a los derechos que alegaba sobre las tierras de Flandes y de Artois.

Por fin, en unas cláusulas que se clasificaron como secretas, el rey de Francia se comprometía a apoyar la política del emperador hacia los protestantes y ayudarlo en la guerra contra los turcos.

La paz con Francia dejaba a Carlos las manos libres para afrontar los dos problemas pendientes más graves que le quedaban: la guerra contra el turco, para librarse del acoso en el Mediterráneo y en las fronteras de Hungría, y retomar de manera decisiva la lucha contra los protestantes, para lo que apoyaría el concilio convocado en Trento por el papa Paulo III.

Las posiciones en el Consejo de Castilla sobre si ceder a Francia los Países Bajos o Milán seguían muy enconadas. Al fin, Carlos se decidió por entregar Milán.

La cosas volvían a estar casi como al principio de la guerra.

Salamanca, octubre de 1544

Tras un año seguido en que no hubo una semana que no lo hiciera, las lluvias remitieron por fin a finales del verano. Tanta agua caída del cielo, con abundante granizo, provocó enormes daños en muchos edificios. En diversas ciudades de Andalucía se llegaron a derrumbar varias casas, incapaces de soportar tanta agua y tanta humedad acumulada.

Luis Losantos consiguió una plaza en la universidad de Salamanca. Había asistido, como le aconsejara Pedro Sánchez Ciruelo, todo un curso a las lecciones de Francisco de Vitoria y tras varias conversaciones con el fraile de la Orden de Predicadores, que ya había cumplido sesenta años, fue designado ayudante, con un pequeño sueldo, pero suficiente para no tener que depender de los ahorros familiares.

No era una plaza de profesor de astrología, como le hubiera gustado, sino de leyes y derecho. Su título de maestro en Artes por la universidad de París era un aval importante, pero fue su determinación y sus ganas por enseñar lo que inclinó a Francisco de Vitoria a nombrarlo su ayudante.

La misión de Luis consistía en iniciar la clase leyendo dos o tres páginas de un libro seleccionado por Vitoria. Lo hacía con voz clara y alta, desde el estrado del aula, tratando de entonar y modular las expresiones para captar la atención de los alumnos. Solía gesticular con las manos, como había visto hacer a sus mejores maestros de París, porque de ese modo los discípulos prestaban mayor atención al lector.

Acabada la lectura del texto elegido, hacía un leve gesto de respeto al maestro y se sentaba en un escabel al lado de la cátedra de Vitoria. Entonces Francisco se levantaba y comentaba la lectura, explicando contenidos, analizando tesis y aportando soluciones a los problemas planteados.

«Derecho», «ley» y «libertad» eran las palabras que más utilizaba Francisco de Vitoria en sus clases, que solía ilustrar con ejemplos prácticos, muchos de ellos traídos de casos reales ocurridos en la conquista del Nuevo Mundo por los españoles.

Mientras Luis Losantos trataba de ganarse un puesto permanente en la universidad de Salamanca, su tía y su hermana habían vuelto a preparar ungüentos, pócimas, jarabes e infusiones. El conocimiento ancestral que tenían sobre hierbas y otras sustancias medicinales venía de muy atrás, de las mujeres de una familia de judíos establecida en las montañas de Alcoy, en el reino de Valencia, una de las cuales, llamada Juana de la Cruz, se casó con Pedro Losantos, el abuelo de Luis y de Isabel.

María e Isabel salían uno o dos días a la semana a recoger plantas que luego trataban y procesaban con cocciones en pucheros y alambiques para destilar sus aceites y jugos.

—Mirad qué traigo —Luis Losantos lucía una amplia sonrisa.

Colocó encima de la mesa de la cocina un pequeño hatillo que desenvolvió con sumo cuidado.

—¿Qué libro es ese? —preguntó María intrigada.

—Un tratado de plantas. Lo escribió Pedanio Dioscórides, un médico griego que trabajó para los romanos en tiempos del emperador Nerón. —Luis abrió el códice con sumo cuidado—. Mirad, tiene dibujos de multitud de plantas, hierbas y flores, y se explica para qué sirven todas ellas; pero está escrito en griego.

—Tú no sabes griego —dijo Isabel.

—No, pero le pediré al maestro experto en esa lengua que lo traduzca. Creo que os será de mucha utilidad. Además, este tal Dioscórides fue médico de las legiones imperiales y acudió a varias campañas militares con el ejército romano. Supongo que tuvo que enfrentarse a muchas heridas de las que se producen en las batallas. Creo que también le será muy útil a nuestro padre, que anda ahora de campaña en campaña siguiendo al emperador don Carlos en sus guerras.

—Es un manuscrito; se copió hace unos cincuenta años. ¿Lo has comprado? —preguntó María.

—No, no tengo tanto dinero. Lo he sacado de la biblioteca de la universidad.

—¿Se puede hacer eso? —demandó Isabel.

—No, no se puede. No se prestan libros porque dicen que el libro que sale de la biblioteca nunca vuelve. Me lo ha dejado el bibliotecario porque se lo he suplicado para que lo vierais, pero tengo que devolverlo esta misma tarde o ambos nos jugaremos el puesto.

—Es una maravilla —comentó María pasando con delicadeza las yemas de sus dedos por encima de una página—. Lástima que no podamos leer lo que dice.

—Bueno, de momento podéis observar los dibujos y tratar de identificar a qué plantas se refiere. Espero que el profesor de griego lo traduzca y podamos conocer el contenido.

Bruselas, fines de diciembre de 1544

Acabada la guerra, el emperador se dirigió a Bruselas pasando por varias ciudades, donde fue agasajado como un héroe. Algunos lo consideraban invencible.

Hizo el viaje muy despacio, deteniéndose en casi todas las ciudades del recorrido, celebrando cada recepción con copiosos banquetes en los que abundaban la cerveza y el vino. Pablo Losantos intentaba que Carlos se moderara en el consumo cada vez que lo veía engullir semejantes cantidades de carne asada y guisada, varias jarras de cerveza y algunas botellas de vino, pero todos sus intentos eran en vano. Hacía varios meses que no tenía ataques de gota, y cuando pasaba algún tiempo sin que esa enfermedad se manifestase, el emperador se olvidaba del dolor e ingería de nuevo comida y bebida en abundancia.

A su mesa no faltaban casi nunca su hermana la reina de Hungría y gobernadora de los Países Bajos, los nobles de cada comarca, cardenales y obispos.

En alguno de los lugares donde abundaba la caza se entretenía uno o dos días cazando aves y venados con ballesta y arcabuz. El médico Losantos le animaba a que hiciera ejercicio, pero cada vez que salía de caza volvía a la residencia de turno con más apetito todavía y devoraba plato tras plato con mayor presteza y ansiedad si cabe.

El día 1 de octubre durmió en su palacio de Bruselas. En pocos lugares estaba tan a gusto como en aquella ciudad, donde disponía del más lujoso de sus palacios. Entre las paredes de Coudenberg, aquellos cortinajes de terciopelo, cortinas de seda con hilo de oro, tapices de lana fina, espejos y piezas de orfebrería que eran verdaderas joyas, se sentía realmente el soberano del mundo.

Algunos días de aquel otoño, siempre acompañado de su hermana y de altos dignatarios de la Iglesia, se dirigía a cazar a los bosques cercanos y volvía a celebrar comilonas con altos personajes de la corte.

Otros días recibía visitas de personajes ilustres, como su hermana la reina de Francia, a la que Francisco I le permitió ir a verlo, pues ambos estaban ya en paz. Leonor tenía cuarenta y seis años. Sus piernas habían engordado de tal manera que tenía dificultades para caminar, y aunque su esposo el rey seguía casado con ella, hacía años que la mantenía alejada de su lado, tan solo la utilizaba en algunas recepciones.

También acudió a Bruselas Carlos de Angulema, el hijo del rey de Francia, a quien tanto apreciaba el emperador, al que llamaba cariñosamente con el apelativo de «hijo» y a quien ya consideraba su yerno.

Aquellos meses solía acudir a justas y torneos, a los que seguía siendo muy aficionado. Y tras cada uno de aquellos juegos, una y otra vez se organizaban banquetes descomunales, donde se servían hasta veinticuatro platos diferentes, todos ellos elaborados por los mejores cocineros de Bruselas. Muchos días, tras una cena propia de gigantes, se celebraban bailes de máscaras al son de los mejores músicos, que interpretaban las nuevas melodías que llegaban de Italia, muy propias para la danza. En ocasiones las fiestas se alargaban hasta bien entrada la noche. Allí acudían princesas, duquesas, marquesas, condesas y damas de alta alcurnia; algunas para darse a ver como elegantes mujeres de la corte; otras en busca de algún joven garañón que las montara y

que supliera la falta de vigor de sus viejos y achacosos maridos. Miembros de los linajes de Lorena, Medon, La Roche, Arschot, Laval y Camerin eran habituales en aquellos banquetes, en los que se derrochaba comida y bebida a raudales.

Era frecuente servir todo tipo de manjares, colocados en seis gradas sobre las mesas, en vajillas de oro y de plata decoradas con incrustaciones de piedras preciosas y perlas en las asas y los mangos. Carlos y sus invitados más importantes comían en una mesa bajo el dosel, en el lugar más destacado de la sala, mientras que en otras mesas se sentaba el resto de los invitados, generalmente separados por procedencia y relevancia de sus títulos. Tras los bailes y antes de retirarse a dormir, era costumbre ofrecer grandes bandejas con sabrosos pasteles y todo tipo de dulces.

No faltaba la celebración de misas solemnes, sobre todo en la catedral de Santa Gúdula, pues el emperador tenía que mostrar su devoción hacia la Iglesia católica y presentarse ante sus súbditos como el más fiel defensor de los postulados de Roma frente a los herejes protestantes.

Aquellos meses de otoño constituyeron una continua sucesión de fiestas, bailes, banquetes, torneos, ceremonias palaciegas y máscaras. En una ocasión, y para despedir a la reina de Francia, que regresaba a París, se celebró un torneo entre catorce caballeros, que cruzaron lanzas dentro del gran salón del palacio de Coudenberg. Nunca se había visto algo semejante: catorce jinetes sobre sus caballos, uno contra otro, primero justando con las lanzas y luego, cinco de a pie, combatiendo con sus espadas dentro del gran salón, con las damas sintiendo el fragor del combate apenas a dos pasos de distancia.

Carlos estaba eufórico. Había vencido, otra vez, a Francisco I, vivía un tiempo de lujos y fiestas continuas, hacía dádivas espléndidas, como los cincuenta mil escudos de oro que se gastó como presente para su hermana Leonor o los cinco mil que le costó un collar de oro macizo todo orlado de piedras preciosas, que le regaló a la duquesa de Lorena como un acto de caballerosa galantería.

—Señor, el papa Paulo ha convocado por fin el concilio ecuménico en la ciudad de Trento. Las sesiones darán comienzo en abril del próximo año. Allí se dirimirá la cuestión de Lutero y su Reforma —anunció el cardenal Granvela.

—¿Ha llegado carta del papa? —preguntó Carlos.

—No, sire. Lo que nos ha enviado Roma es una bula que llama *Laetare Hierusalem*. En ella el papa ordena que dé comienzo el concilio en la ciudad de Trento el día 15 de marzo del próximo año, como le comentaba.

—Llevo esperando la convocatoria de un concilio como este desde hace más de veinte años. Desde aquel día en que el monje Lutero osó plantar cara a Roma y al Imperio en la Dieta de Worms. ¡Ya era hora!, aunque me temo que puede ser demasiado tarde.

—¿Tarde, majestad?

—Sí, tarde. Las tesis de Lutero hubieran sido fácilmente neutralizadas entonces, pero Roma ha dejado crecer este mal y decenas y decenas de ciudades y de nobles alemanes y de otros reinos las han aceptado y las han asumido como propias. Extirparlo ahora de raíz, cuando ya ha crecido tanto, va a ser mucho más difícil y costoso.

—¿No estáis satisfecho con esta noticia? —se extrañó Granvela.

—Claro que lo estoy. Ya os he dicho que hace más de veinte años que la esperaba. Me alegra esta convocatoria, tanto que dispondré que los mejores teólogos de España acudan a ese concilio.

Aquel era un día de finales de noviembre, en la fiesta de San Andrés. El emperador había acudido a la capilla del palacio de Coudenberg para rezar en compañía de cinco caballeros de la Orden del Toisón de Oro y escuchar una misa leída por el obispo de Arrás.

Se acercaban las navidades y Carlos decidió pasarlas en su ciudad natal. Gante estaba completamente pacificada. Aquella revuelta que tuvo que sofocar acudiendo personalmente en cabeza de un poderoso ejército ya solo era un recuerdo en la memoria de sus habitantes. La ciudad había recuperado su prosperidad gracias a las industrias de paño y a la laboriosidad de sus artesanos y sus comerciantes.

Nada más llegar, los vecinos de Gante, que querían congraciarse con su ciudadano más ilustre, le ofrecieron en el palacio de Prinsenhof un banquete. Carlos bebió ocho jarras de una cerveza llamada Crabbelaer, muy dulce. Puso como excusa que quería celebrar la noticia de que su hijo Felipe había dejado embarazada a la princesa María Manuela y que en siete meses iba a ser abuelo.

Esa misma noche se despertó con un intenso dolor en el pie: de nuevo la gota.

El emperador estaba encima de la cama con la pierna al aire y destapado. El simple roce de las sábanas le provocaba un dolor insoportable.

Pablo Losantos se presentó enseguida en la habitación del ala sur del palacio de Prinsenhof, donde dormía Carlos cuando residía en Gante.

—Esta maldita gota. ¡Haced algo, don Pablo!

El médico obvió reiterar las recomendaciones que ya le hiciera su padre años atrás, las mismas que le repetía una y otra vez cuando tras recuperarse de un ataque de gota se olvidaba de las consecuencias de esta y volvía a comer y a beber como un poseso.

—En esta ocasión, majestad, el ataque de gota es más grave que los anteriores y, además, se os ha complicado con lo que creo que es un fuerte reuma. Deberéis guardar reposo absoluto durante un mes al menos y permanecer quieto en la cama. Seguid una estricta dieta: nada de cerveza, nada de vino, nada de carnes de ave, de carnero o de buey; comeréis poco y solo verduras cocidas, algo de pan y un pedacito de queso fresco.

—¿Pretendéis matarme de hambre, don Pablo?

—Pretendo que no os mate la gota, majestad; si mantenéis durante un mes esta dieta, tal vez salgáis vivo de esta.

—No puedo quedarme en la cama como un inválido; hay mucho trabajo que hacer y una guerra que ganar.

—Majestad, esta vez es grave. Tomadlo con calma, os lo ruego.

Los dolores que sufrió el emperador le provocaron un enorme malestar que le impidió tomar decisiones con la urgencia que se requería, tanto que hubo días en los que apenas tuvo fuerzas y ánimo para despachar un solo asunto. Y si Carlos no tomaba decisiones, todo se detenía. Parecía como si el mundo girara a su derredor y fuera él quien lo moviera.

Salamanca, navidades de 1544

El maestro de griego le entregó a Luis Losantos la traducción de algunas de las páginas del manuscrito de Dioscórides, que este se apresuró a detallar a su tía y a su hermana.

Las dos mujeres habían recogido nuevas plantas que incorporar a su herbolario. Algunas de ellas eran utilizadas por los campesinos y los ganaderos de la zona, que les contaron sus propiedades curativas. Las dos mujeres de la familia Losantos conocían unas quinientas plantas distintas con las que elaborar sus remedios.

En Salamanca tuvieron fortuna con los que servían como repelentes de insectos y parásitos. Dado el alto número de estudiantes que se concentraban en la ciudad, había ocasiones en las que se propagaban verdaderas plagas de chinches y pulgas, las cuales provocaban muchas molestias. Las Losantos conocían la elaboración de aceites perfumados para mantener alejados a esos parásitos y, en su caso, bálsamos para aliviar sus picaduras.

—Esto es esencia de pericón, una planta que abunda en las afueras de Salamanca. Mezclada y macerada con aceite de oliva se produce un bálsamo que calma los picores y también las heridas por quemaduras. Es lo mejor para las irritaciones de la piel —le comentó María a su sobrino, que le había pedido algún remedio para mitigar los efectos de una plaga de pulgas que había acribillado a picaduras a los alumnos del colegio de San Bartolomé, el más antiguo de la universidad.

—Esos alumnos os lo agradecerán. La mayoría se ha levantado esta mañana con la piel cosida a pinchazos.

—Llévales estos dos frascos y que se apliquen sobre las zonas irritadas el bálsamo de pericón. Sentirán un alivio inmediato —dijo María.

—¿Cuánto les cobro por ello?

—Seis maravedíes por cada frasco está bien —precisó María.

—De acuerdo. Y aquí tenéis la traducción de algunas páginas del libro de Dioscórides. Se titula *De materia medica*, aunque en la biblioteca lo han clasificado como *Tratado de plantas medicinales*.

—Gracias, hermano. Veremos qué dice ese griego de la malva. Un campesino de un pueblo cercano nos ha asegurado que la infusión de sus flores es muy eficaz para sanar catarros y rebajar la calentura, y que en forma de bálsamo cura los forúnculos y cicatriza enseguida las heridas.

—¿Qué más plantas habéis descubierto en esta tierra?

—La fumaria, que va muy bien para las úlceras de la piel, y el alfilerillo, que sirve para mitigar los dolores de reuma y a la vez para aliviar los picores cutáneos provocados por los insectos —dijo Isabel.

—Llévales a los alumnos de ese colegio uno de estos frascos de aceite de alfilerillo. Quizá no llegue para todos con el bálsamo de pericón. Y cóbrales por ello el mismo precio —añadió María.

—Lo haré, pero tengo dudas sobre el verdadero origen de esas picaduras —comentó Luis.

—¿Y eso?

—El pasado viernes los estudiantes celebraron una fiesta por el fin de año, y muchos de ellos se fueron de picos pardos.

—¿De picos pardos…? ¿Qué significa esa expresión? —se extrañó Isabel.

—Los estudiantes se fueron en busca de troleras, a romperles los zapatos… —dijo Luis a la vez que dibujaba una pícara sonrisa.

—No lo entiendo —dijo Isabel.

—Se fueron de putas, supongo —terció María.

—Sí. Los estudiantes de Salamanca cuando hablan de ir «de picos pardos» se refieren a que van a visitar los burdeles, donde las prostitutas suelen vestir faldas marrones con la parte baja cortada a modo de flecos o picos. Y llaman «troleras» a las putas —precisó Luis.

—¿Y lo de los zapatos? —preguntó Isabel.

—Es el apodo con el que denominan al culo, aunque también al coño de esas rameras. De modo que cuando hablan de «romper zapatos» se están refiriendo a practicar el coito con esas mujeres. Aunque, en realidad, esa frase suele aplicarse a los que practican el acto contra natura.

Los Losantos se miraron tras aquellas palabras de Luis. Por sus gestos estaba claro que los tres habían recordado a Juan Losantos y su trágico final en Toledo.

—¿Sabes algo de vuestro padre? —preguntó María cambiando el tema de conversación.

—Sigue en Flandes con el emperador. Le escribiré hoy mismo una carta. Le contaré sobre lo que enseña ese libro de Dioscórides; tal vez le sea útil para tratar las heridas de los soldados en la batalla, como hizo el médico griego con los legionarios romanos. ¿Queréis que le cuente algo de vuestra parte?

—Dile que lo echamos de menos —dijo Isabel.

—Y que vuelva pronto —añadió María.

Bruselas, mediados de febrero de 1545

Gracias a la dieta, el dolor de la gota había disminuido su intensidad y Carlos de Austria se trasladó a Gante a fines de año para pasar allí las fiestas de Navidad y Reyes. Mediado el mes de enero del nuevo año, regresó a Bruselas.

Durante las fiestas navideñas se saltó la dieta prescrita por Losantos y sufrió un nuevo ataque que le provocó que el dolor aumentara cada día un poco más. Pese a ello, Carlos asistió en Bruselas a un torneo en el que lidiaron importantes nobles de Flandes por ganar los trofeos que ofreció el emperador a los vencedores. Entre ellos había un enano de la corte imperial que fue premiado, con toda burla, por ser el más elegante de cuantos participaron en aquellas justas.

—¡Haced algo, condenado matasanos! —Carlos bramaba como un toro asaeteado en una lidia. Tenía la pierna hinchada como un boto, el dedo gordo del pie inflamado y rojo como de sangre y supuraba un líquido acuoso por la uña.

—Señor, os rogué que observarais la dieta prescrita y que guardarais cama —se justificó Pedro Losantos—. El aspecto de vuestra pierna es más preocupante que nunca. Tendréis que descansar y cumplir una rígida dieta. He conseguido de un boticario de Ámsterdam un nuevo bálsamo que se elabora con las hojas de un árbol de dura madera llamado «palo de Indias» o «palo santo». Crece en la provincia de Guatemala y aseguran que es muy eficaz con ciertas enfermedades. ¿Me autorizáis a aplicarlo en vuestra pierna, majestad?

—¿Lo habéis probado antes?

—Conmigo mismo, señor. Hace semanas que me duelen las rodillas. Ya he cumplido sesenta años, una edad en la que suelen manifestarse dolores articulares, reumas y otras dolencias. Me he aplicado este bálsamo blanquecino y he sentido un notable alivio.

—Está bien. Probaré con ese…

—Palo de Indias, majestad.

—Pues aplicad ese ungüento. Espero que me alivie estos dolores.

—Y cumpliréis la dieta prescrita: nada de carne, embutidos, cerveza, vino…

El emperador no pudo ir a la ciudad de Worms, donde se requería su presencia para tratar la grave situación en que se encontraba Alemania, y tuvo que enviar a su canciller Granvela para solventar los asuntos que no podían demorarse más.

Estando postrado en cama en su palacio de Bruselas, recibió una carta del papa. Lo invitaba a asistir al gran concilio convocado al fin en la ciudad de Trento, en el cual se pretendía dirimir

el enfrentamiento entre la Iglesia de Roma y los partidarios de aplicar las reformas anunciadas por Lutero veinticinco años antes, que seguían provocando un enorme cisma entre los cristianos.

Salamanca, mediados de marzo de 1545

Estaba bien ser ayudante de Francisco de Vitoria, escuchar sus lecciones y leer los textos que seleccionaba para los alumnos, pero Luis Losantos quería ser profesor de astrología.

Muchas noches, cuando el cielo estaba despejado y podían atisbarse todas las estrellas, subía a la azotea de su casa de Salamanca y oteaba el cielo nocturno. Llevaba consigo el cuadrante que le regalara su padre, con el cual realizaba mediciones de las declinaciones de los astros, que pasaba a un cuaderno en el que anotaba todas sus observaciones.

Aquella noche era la del equinoccio de primavera, justo cuando el día y la noche tienen la misma duración. Luis había subido con su cuadrante de Núremberg y su cuaderno de notas a la azotea; su hermana Isabel lo acompañaba.

—Mira, hermanita, ese punto rojo es Marte. Los antiguos lo llamaron así por su dios de la guerra; y ese otro tan brillante y blanco es Júpiter. Son dos de los astros errantes. Si te fijas bien, no emiten destellos, como sí ocurre con todos los demás.

—¿Por qué son diferentes?

—Porque creo que no tienen luz propia.

—¿Y los demás sí?

—Los demás son estrellas, como el Sol. Las estrellas también tienen luz y calor, pero están muy lejos. Los planetas son como la Luna y están más cerca.

—¿Y por qué unas estrellas son más grandes que otras?

—Por la distancia a la Tierra. Vemos más pequeñas las que están más lejos. En París supe de las teorías de un astrónomo llamado Copérnico, que murió hace dos años. Un profesor de astrología que lo conoció nos explicó que Copérnico sostenía que el Sol está en el centro del universo y que la Tierra y todos los demás astros giran a su alrededor.

—Pero eso no es posible. Todos vemos que el Sol sale por el este, recorre el cielo y se oculta por el oeste.

—Sí, eso es lo que parece, pero ese movimiento es engañoso, como ocurre con la superficie de la Tierra, que semeja plana pero en realidad es una esfera. Copérnico ha demostrado que el Sol no se mueve y la Tierra sí. El año pasado, recién fallecido este astrónomo, un amigo suyo editó su obra póstuma. El libro se titula *Sobre las revoluciones de las esferas celestes*, que escribió a lo largo de treinta años de trabajo.

—¿Has leído ese libro? —preguntó Isabel.

—Sí. Hay un ejemplar en la biblioteca de la universidad; lo compraron hace unas semanas. Está editado en la imprenta de Johannes Petreius en Núremberg, la ciudad alemana de donde procede este cuadrante que padre me regaló. Pero en París ya pude leer unos apuntes, a modo de resumen, del libro que tenía el profesor del que te he hablado.

—Lo que dice ese Copérnico va en contra de las enseñanzas de la Iglesia.

—Bueno, Copérnico era un hombre muy inteligente y hábil. Antes de morir entregó su manuscrito a un obispo amigo suyo y además incluyó un preámbulo en el que elogia al papa Paulo, al que dedica su libro.

—La Iglesia lo condenará por herético.

—De momento no lo ha hecho. El libro se puede comprar en cualquier librería; la Universidad de Salamanca lo encargó a un librero en la feria de Frankfurt. Como te he dicho,

Copérnico era muy listo. Para justificar sus teorías sin que fueran condenadas por la Iglesia, alegó que los astrónomos antiguos eran incapaces de precisar las predicciones astronómicas y que así el calendario que crearon contenía inexactitudes. Con sus nuevas mediciones, el calendario es mucho más preciso, lo que conviene a los intereses de la Iglesia.

—¿El calendario…?

—Sí, hermanita. La Iglesia necesita un calendario preciso, pues de ello dependen las fiestas de la Pascua, de Pentecostés, de la Navidad y toda su liturgia. Hace ya tiempo que algunos eclesiásticos se dieron cuenta de que algo no iba bien y que los días se retrasaban con respecto al calendario astronómico. De modo que el papa Julio II le encargó a Copérnico que elaborara un calendario más preciso. Y lo hizo. Entregó sus conclusiones a otro papa, a León X, pero este, miembro de la poderosa familia Médici, no lo consideró oportuno y guardó el original en un cajón. Los antiguos ya habían comprobado que los años y los días no se corresponden. Un año tiene trescientos sesenta y cinco días, pero cada cuatro años hay que añadir un día más. Los antiguos no sabían exactamente por qué, pero Copérnico lo averiguó. Es la Tierra la que tarda algo más de esos días en dar una vuelta completa alrededor del Sol, y por eso hay que añadir un día cada cuadro años: el bisiesto. Pero ni aun así se ajustan los días a los años. Hay que hacer nuevos ajustes porque los días del calendario se están retrasando con respecto a la trayectoria del Sol. Según el calendario de la Iglesia, faltan diez días para el equinoccio de primavera, pero si comprobamos con el sextante la altura del Sol en el horizonte, como he hecho este mediodía, resulta que el equinoccio es hoy.

—Entonces, el Sol está en el centro y todo lo demás gira en su derredor.

—Sí. Copérnico lo explica perfectamente en su libro, pero además estudia las estrellas, los movimientos de los astros y las fases de la Luna. Todo encaja ahora.

Isabel escuchaba con fascinación las explicaciones de su hermano, que iba señalándole en el cielo las estrellas fijas, le enseñaba sus nombres y las constelaciones de las que formaban parte.

—Bien, habrá que ir a dormir. Se ha hecho tarde y hace frío —dijo Pablo.

—¿Me dejarás subir aquí contigo otras noches?

—Claro que sí, pero me ayudarás en mis observaciones.

»Por cierto, quiero decirte una cosa antes de que se entere nuestra tía.

—Dime.

—He conocido a una mujer. Se llama Leonor de Arbués. Es hija de un profesor de matemáticas de la universidad.

—¡Vaya! ¿Es tu novia?

—No, todavía no, pero hemos hablado varias veces y creo que le gusto. Son aragoneses. Su padre daba clases en Huesca antes de obtener plaza en Salamanca.

—Leonor, como nuestra madre, que también era aragonesa.

—Sí, tal vez no sea una casualidad, sino el destino.

Bruselas, fines de marzo de 1545

Abrió el libro con contenida expectación. Hacía meses que esperaba ese momento y no se decepcionó. Todo lo contrario. La obra de Andrés Vesalio, el médico flamenco autor de los *Siete libros sobre la fábrica del cuerpo humano*, le pareció prodigiosa. Sin duda la mejor obra sobre anatomía jamás escrita.

Hacía ya más de cuatro años que había revisado, por encargo del emperador, un manuscrito de aquella obra de Vesalio y había aconsejado su publicación. Ahora, tanto tiempo después, la tenía al fin impresa entre sus manos.

Estaba editada en una imprenta de Basilea en el año 1543 y en esa edición había extraordinarios y precisos dibujos de varias partes del cuerpo, incluso de órganos internos como el hígado o los pulmones.

Se detuvo en la explicación de Vesalio sobre la mandíbula inferior, esa parte del rostro que tantos problemas le causaba al emperador dada su prominencia. El anatomista, que había sido profesor de medicina en París y en Padua, indicaba que esa pieza ósea estaba formada por un solo hueso y que no tenía sujeción alguna salvo los tendones y ligamentos.

Era la primera vez que se editaba un libro de anatomía con semejante profusión de figuras del cuerpo humano. Grandes artistas habían dibujado y pintado huesos y músculos, pero nunca con el detalle y la precisión con los que aparecían en el libro de Vesalio.

Hacía ya dos siglos y medio que la Iglesia había prohibido las disecciones de cadáveres mediante una bula papal llamada, curiosamente, *De sepulturas*. El papa Sixto IV la autorizó de nuevo durante el reinado de los Reyes Católicos, pero Clemente VII la volvió a prohibir hacía de ello quince años.

Mientras se pudo hacer, los cirujanos y los artistas volvieron a diseccionar y a dibujar los órganos de los cadáveres. Pedro Losantos era partidario de que se permitieran esas prácticas, pues conocer cómo era el interior del cuerpo humano favorecía mucho la curación. Sobre todo era necesario para atender a los heridos en el campo de batalla. Los combates con artillería, que año a año mejoraba la técnica de disparo y hacía más eficaz el uso de cañones, morteros y arcabuces, provocaban enormes heridas y horrorosas mutilaciones entre los soldados y para curarlas era imprescindible conocer cómo era el cuerpo bajo la piel: los vasos sanguíneos, las articulaciones de los huesos, la composición y forma de los órganos internos…

—Don Pablo —un criado le interrumpió la lectura de la obra de Vesalio.

—¿Sí…?

—Su majestad requiere de vuestra presencia en palacio.

—Voy enseguida.

Pablo Losantos cerró el libro de anatomía y se dispuso a atender a la llamada del emperador.

El emperador estaba tumbado en la cama, con la pierna en alto sobre una almohada. Después de tres meses de suplicio que le abrasaba por dentro, como si estuviera sometido a un fuego interior imposible de sofocar, los dolores habían remitido en la última semana.

—Don Pablo, estoy bastante mejor. Apenas siento ya dolor en la pierna. Esta noche he dormido de un tirón.

—Veamos, majestad.

Pablo Losantos examinó el pie de Carlos. El aspecto había mejorado mucho en la última semana.

—Podéis tocarla, ya no me duele.

—La hinchazón y el enrojecimiento han desaparecido por completo; la dieta y el bálsamo de palo santo han surtido efecto.

—Estoy curado.

—Pero eso no significa que os abandonéis de nuevo.

—No voy a seguir con la dieta —asentó el emperador—. Basta con que me untéis ese aceite del palo de Indias, o como quiera que se llame.

—Si así lo deseáis, señor, podéis comer de nuevo carne, pero os ruego que lo hagáis con moderación, y lo mismo con la ingesta de cerveza y de vino.

—Dentro de tres días vendrán a verme unos embajadores del rey de Francia, quiero ofrecerles un banquete.

—Haced como gustéis, majestad, pero sed moderado o resurgirá la gota y volverán los dolores.

Alentado por su mejora, enterado de que el embarazo de su nuera la princesa María Manuela evolucionaba muy bien, ante el emperador parecía abrirse un nuevo camino lleno de esperanzas. Sin las molestias físicas que lo habían atormentado desde finales del año pasado, Carlos vislumbraba un futuro halagüeño.

Francia había sido vencida en el campo de batalla y se había cerrado con su rey una paz que parecía iba a ser duradera.

Barbarroja, sobre cuya salud corría el rumor de que no era demasiado buena, había dejado la jefatura de la armada turca en el Mediterráneo y se había retirado a Estambul, donde se había comprado un gran palacio en el que se había instalado para, según había dicho a los comandantes de su flota, escribir un libro con sus memorias.

Aunque se mantenían algunas revueltas en América, sobre todo en el Perú, y ciertos capitanes se resistían a reconocer la autoridad real, el dominio de España se extendía hacia el sur y hacia el norte del Nuevo Mundo, y estaba regulado y garantizado el tráfico de barcos entre España y América, que algunos años llegaba a ser superior a quinientos barcos, más de diez cada semana. Las minas de oro y de plata rentaban buenas cantidades de dinero, aunque la mayoría de ese capital pasaba de largo por España, pues era destinado a pagar los préstamos y los intereses que los banqueros alemanes e italianos hacían cada año a la Hacienda imperial para mantener el ejército empleado en las constantes campañas militares.

Venecia, tras haber abandonado durante un tiempo sus inversiones en la construcción de galeras de guerra y entregar al turco algunas plazas en el Mediterráneo oriental a fin de poder seguir con sus prácticas comerciales, se había comprometido de nuevo con la cristiandad y en sus astilleros se estaban construyendo ciento cuarenta y tres galeras, una flota suficiente como para ayudar a la armada imperial a limpiar el mar de corsarios berberiscos y a mantener a raya a la armada otomana.

Además, el papa había ordenado que dieran comienzo las sesiones del Concilio de Trento, con el que muchos, entre ellos el propio emperador, creían que se acabaría de una vez con el conflicto entre católicos y protestantes surgido desde que Lutero clavara sus noventa y cinco tesis reformistas en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg. Carlos sabía bien que el

auge de los protestantes en toda Europa se debía a la sensación de corrupción y abusos que muchos tenían acerca de la Iglesia de Roma, pero estaba convencido de que la Reforma de Lutero y sus seguidores se disiparía en cuanto se pusiera orden y se hicieran cumplir las normas que se iban a acordar en Trento. Todo estaba listo para que se inaugurara el concilio el 15 de marzo, como estaba previsto en la convocatoria por la bula *Laetare Hierusalem*, pero hubo que retrasarlo unos meses y se fijó para el 14 de diciembre de ese mismo año; un contratiempo menor al que el emperador no dio demasiada importancia.

Sureste de Flandes, 2 de mayo de 1545

A pesar de que no sufría apenas dolores, el emperador no estaba completamente curado de los tres meses consecutivos de dolor y pesadumbre.

La larga enfermedad había consumido buena parte de sus energías; caminaba renqueante y todavía con cierta inseguridad. Pese a todo, decidió abandonar Bruselas y dirigirse a Alemania, donde había convocado la Dieta imperial en la ciudad de Worms.

De paso por Malinas visitó a su sobrino nieto, el hijo del rey de romanos, que estaba enfermo de fiebres tercianas, y a quien estaba cuidando la reina de Hungría. La hermana de Carlos había gobernado con firmeza los Países Bajos en nombre del emperador y se decidió que siguiera ocupando ese puesto.

De camino hacia Alemania, María de Austria acompañó a su hermano en su visita a varias ciudades de Flandes, donde pudieron comprobar que la revuelta de Gante no había dejado ningún rescoldo y que no había ya nadie decidido a seguir el ejemplo de aquellos rebeldes.

Antes de abandonar los Países Bajos, Carlos habló con María de Austria.

—Querida hermana, quedas una vez más al cuidado de los intereses de nuestra familia en estos dominios. Sabes que disfrutas de toda mi confianza y que estás investida de toda la autoridad que te confiere ser mis ojos, mis oídos, mi boca, mi mente y mis manos en esta tierra. Lo que tú decidas bien decidido estará.

—Querido Carlos, no haré otra cosa que velar por el patrimonio del linaje de Habsburgo. Ese es mi compromiso y a él dedicaré todas mis fuerzas. No tengo otra causa en mi vida.

—Hemos cerrado una paz con Francia que garantiza, eso espero al menos, la tranquilidad en la frontera de Flandes, pero recela de don Francisco y no te fíes nunca de él.

—Es nuestro cuñado…

—Yo lo obligué a casarse con Leonor, sí, porque creí que sería suficiente motivo para que no estallase la guerra entre nosotros, pero aceptó ese matrimonio para librarse de la prisión en Madrid. Francisco no ama a Leonor, nunca la ha amado, pero mientras ella sea la reina de Francia…

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación de los dos hermanos.

—Majestad, una carta de Madrid; la envía don Juan de Zúñiga.

Al escuchar ese nombre, Carlos prestó toda su atención.

—Dádmela.

—Señor —el secretario se la entregó y tras una reverencia salió de la sala.

Carlos abrió la carta, que venía cerrada con lacre y con el sello del secretario de su hijo Felipe, y la leyó en silencio mientras su hermana se servía una copita de vino blanco dulce.

—Malas noticias —masculló el emperador.

—¡Vaya!

—Ha muerto el cardenal Tavera, mi mano derecha en Castilla.

—Lo siento. Era un hombre muy eficaz.

—Pero eso no es todo. Don Luis me informa de que su salud no es buena y la de De los Cobos tampoco. En esos tres hombres deposité toda mi confianza para el gobierno de Castilla en mi ausencia y la seguridad de mi hijo, pero ahora uno ha muerto y los otros dos dicen estar débiles y cansados. Y todavía hay más: el príncipe tiene un hijo.

—¿Se ha adelantado el parto de María Manuela? Según las cuentas de sus médicos, todavía faltan dos meses para que se cumpla el embarazo.

—No se trata de la princesa de Asturias —Carlos empleó el título oficial de su nuera.

—¿Cómo? Entonces… ¡Oh, no!

—Felipe ha tenido un hijo, un varón, con una dama de compañía de su esposa, a la que al parecer dejó embarazada pocos meses después de casarse con doña María Manuela. Se llama Isabel de Osorio y es hija de un hidalgo castellano que fue corregidor de Burgos y… de familia de judíos conversos.

—¡No! —exclamó María de Hungría llevándose las manos a la cara.

—Calma, hermana. No es la primera vez que un rey de España se enamora de una judía. Ya ocurrió con don Alfonso de Castilla, que tuvo amores con una judía llamada Raquel, por la cual abandonó a su esposa doña Leonor de Inglaterra. También se dice que una de las abuelas de nuestro abuelo don Fernando el Católico era judía.

—¡Supercherías! ¡Nuestra sangre es limpia, de cristianos viejos! —asentó María de Austria y Hungría.

—También dice don Luis que mi hijo ama a esa mujer y que pretende reconocer a Pedro, al parecer ese es el nombre que le han puesto, como hijo suyo. Bien, he sido abuelo antes de lo previsto —ironizó Carlos.

—Felipe no puede reconocer a ese niño. El heredero de los reinos de España no puede ser padre de un bastardo dos meses antes de que nazca su hijo legítimo. ¡No puede, no puede!

—Tienes razón. Ordenaré que se mantenga esa relación en secreto.

Worms, mediados de junio de 1545

Durante el camino desde Flandes a Worms, buena parte del cual lo hizo navegando aguas arriba del río Rin, como acostumbraba cuando recorría la zona occidental de Alemania, solo pensó en cómo acabar con el cisma religioso que amenazaba con destruir la unidad de la cristiandad.

Su lema «Un solo Dios, un solo emperador» no admitía otra cosa.

Hasta ese momento había tratado de no enfrentarse con las armas con los reformistas protestantes; los había invitado a participar y los había escuchado en diversas asambleas y Dietas imperiales. Incluso, como soberano de ambas partes, había procurado mantener una cierta equidistancia entre católicos y luteranos, aunque no siempre había logrado sus propósitos.

Pero la situación no mejoraba. La política de apaciguamiento de la tensión no funcionaba. Los protestantes no estaban dispuestos a someterse a las exigencias del papa, quien exigía una rendición total y la confesión de todas las culpas por parte de los reformistas. Solo así serían perdonados.

La Iglesia no solo acusaba a los partidarios de Lutero de ser los únicos culpables del cisma que se estaba fraguando, sino que además, en las primeras sesiones ya celebradas en los últimos meses en el Concilio de Trento, al que los seguidores de Lutero se habían negado a acudir, la postura oficial de Roma se había endurecido, y las cosas no parecían ir a mejor, sino todo lo contrario. Ya habían surgido algunas voces en el seno de la Iglesia que pedían mano dura contra

los reformistas, a los que calificaban de herejes y cismáticos. Incluso había quien decía que Lutero no era sino un nuevo enviado del Anticristo, un agente del demonio para destruir la fe verdadera.

Carlos se había cansado y estaba convencido de que si no había manera de que los reformistas regresaran al seno de la Iglesia católica por las buenas y fracasaban las negociaciones iniciadas en el Concilio de Trento, utilizaría su ejército para derrotarlos y someterlos.

Cuando llegó a Worms supo que el papa estaba dispuesto a apoyarlo en todo si el emperador se constituía en el defensor de la Iglesia de Roma, y que aportaría cuantos soldados y dinero pudiera a la causa imperial.

La Dieta de Worms estaba discurriendo a conveniencia del emperador, aunque los protestantes seguían sin acatar las órdenes de la Iglesia de Roma. Carlos se sentía bien, de modo que durante varios días de mayo decidió visitar varias ciudades del sur de Alemania para ganarse la lealtad de sus concejos. Sabía que las negociaciones en el Concilio de Trento no iban bien y que un posible acuerdo entre católicos y protestantes estaba cada día más lejos.

Se entrevistó con miembros de los gobiernos urbanos, señores, nobles y altos eclesiásticos, se reunió con ellos y consiguió la promesa de lealtad del duque de Sajonia y del conde del Palatinado, dos de los siete grandes electores que designaban al rey de romanos y por tanto al ocupante del trono imperial, y regresó a Worms mediado el mes de mayo, convencido de que la mayoría estaba de su lado.

Consideraba que su gran problema radicaba en el Imperio, de modo que no prestó demasiada atención a las revueltas en América, pese a que algunos de sus gobernadores le enviaban cartas avisando que Gonzalo Pizarro, asesino del gobernador del Perú, estaba planeando proclamarse rey de ese territorio, que era considerado una parte más de la Corona de Castilla y León, como lo fuera en su día el viejo reino moro de Granada tras la conquista de los Reyes Católicos. En cualquier caso, si se producía esa declaración de independencia por parte de Pizarro en el Perú, Carlos era consciente de que enviar a todo un ejército, quizá serían necesarios dos tercios completos para sofocar la rebelión y reintegrar el Perú a su Corona, sería una empresa harto complicada y muy costosa.

Las negociaciones se multiplicaron aquellos días en Worms. A la ciudad acudió Fernando de Austria, el rey de romanos, quien participó con Carlos en varias ceremonias. El emperador quería que lo vieran con su hermano y que todos supieran que la familia Habsburgo estaba unida, como siempre lo había estado, más que nunca si cabe.

Fue frecuente verlos en misas y oficios religiosos rezando con piedad, como dos fervorosos católicos. Los Austrias estaban con Roma y el papa estaba con los Austrias; todos deberían comprobarlo.

A fines de mayo el emperador se sintió tan confortado que incluso se atrevió a salir de caza por los bosques cercanos. Hacía tiempo que no practicaba una de sus aficiones favoritas y echaba de menos cabalgar persiguiendo un corzo con la lanza, asaetear un jabalí o apostarse en una vereda a la espera del paso de perdices a las que abatir con el arcabuz.

Volvió a cazar varios días más a lo largo del mes de junio, a la vez que recibía a los diputados de la Dieta, conversaba con los grandes electores, despachaba con los embajadores del rey de Francia y dictaba órdenes para organizar la defensa de la línea del Danubio ante la amenaza de un nuevo ataque de los turcos.

Valladolid, principios de julio de 1545

En el palacio real de Valladolid todo eran idas y venidas aquella tarde. La princesa de Asturias había roto aguas y se había puesto de parto.

—Alteza, el niño viene torcido y en muy mala posición —le informó con pesadumbre el médico que atendía al nacimiento del primer hijo de Felipe.

—¿Qué significa eso? —preguntó el príncipe.

—Que el parto de vuestra esposa será complicado. Tal vez dure varias horas. Haremos todo lo posible para que la criatura nazca bien, pero la princesa…

—¿Qué pasa con la princesa?

—Es primeriza, alteza. Será un parto muy difícil. Las comadronas están masajeando el vientre de doña María Manuela intentando que el niño se dé la vuelta y salga de cabeza. Espero que lo consigan.

Mediada la noche, tras varias horas de parto, el hijo de Felipe de Austria y María de Portugal nació torcido. Varias comadronas ayudaron con sus manos a sacarlo del útero, provocando fuertes dolores a la princesa.

Felipe escuchó el llanto de su hijo y se sintió aliviado, por el momento. El niño había nacido vivo.

—Es un varón, alteza —anunció el médico—. Está sano y completo. Pero la princesa…

Felipe se acercó a ver a su hijo. El niño tenía la piel de color rojizo y el rostro muy arrugado, pero respiraba con normalidad. Luego se dirigió a la cama donde estaba tumbada María Manuela.

El aspecto de la portuguesa no era saludable. El parto había durado varias horas, había sufrido intensos dolores y las comadronas habían tenido que forzar la salida del niño para evitar que se ahogara en el interior de su madre.

—Esposa, ¿qué tal te encuentras?

—Mal, Felipe, mal —la princesa apenas tenía fuerzas para hablar.

—Alteza —medió el médico—, sería conveniente que dejáramos descansar a doña María.

—¿Se recuperará?

—El parto ha sido muy complicado; confiemos en la misericordia de Dios.

Aquellas palabras, lejos de confortar a Felipe, sembraron en él muchas dudas.

Habían pasado cuatro días desde el nacimiento del primer hijo de Felipe, pero la salud de su esposa no mejoraba; al contrario, esa mañana se había despertado empapada en sudor y temblando de frío. Las fiebres puerperales que le sobrevinieron un día después del parto la estaban consumiendo deprisa.

—Alteza, ha aumentado la fiebre de doña María. Le he aplicado cataplasmas de agua salada y ha bebido infusiones de hierbas, pero no mejora. Ni siquiera los paños empapados con agua helada le han rebajado la calentura —se lamentó el médico.

—¿Va a morir? ¿Mi esposa va a morir? —Felipe estaba compungido.

El silencio del médico fue más que elocuente.

Durante esa mañana la princesa no dejó de toser, de sufrir desvanecimientos y delirios. Todos los síntomas hacían presagiar que el final estaba cerca, muy cerca.

Mediada la tarde, el corazón de María Manuela, princesa de Asturias, dejó de latir. Apenas tenía diecisiete años. Su esposo, Felipe de Austria, quedaba viudo solo con unos meses más de

edad. El niño seguía vivo y se amarraba con fuerza al pecho de una muchacha de Simancas que había sido contratada en palacio como ama de cría del infante.

En los días siguientes la mitad de los cortesanos portugueses regresaron a Portugal. Eran casi cien y cobraban el doble que los españoles. Hijos e hijas de nobles que cumplían el papel de pajes y damas de compañía, mozas y asistentes de cámara, servidores de retrete, cocineros y pinches tuvieron que hacer sus equipajes y regresar a su tierra.

Felipe, tras participar en las honras fúnebres, se retiró, como había hecho su padre a la muerte de la emperatriz, a un monasterio cercano a Valladolid. En la abadía de la Aguilera pasó encerrado casi un mes en señal de duelo. En su corazón afligido el recuerdo de Isabel de Osorio lo confortó.

Al palacio real llegaron decenas de cartas de todos los rincones de los reinos de España lamentando la muerte de su princesa, pero alentando al príncipe, declarándole fidelidad y mostrándole toda su confianza.

El secretario Ruy Gómez escribió dos cartas al emperador, entre ellas solo transcurrieron cinco días. Cinco días separaron la alegría de la tristeza. El emperador recibió ambas cartas de España en Worms con esos mismos cinco días de diferencia. En la primera, el secretario Ruy Gómez le daba cuenta del nacimiento de su primer nieto, al que habían llamado Carlos en su honor; y en la segunda le comunicaba el fallecimiento de la princesa de Asturias.

Dos jóvenes mujeres de la casa de Austria, la esposa del príncipe Felipe y la hija mayor del rey de romanos, nuera y sobrina, respectivamente, del emperador, habían muerto en apenas unos días de aquel luctuoso verano, pero al menos Felipe ya tenía un heredero.

Carlos de Austria leyó el memorial enviado desde España por Juan de Zúñiga, en el que le relataba con mayor detalle el nacimiento del infante Carlos, la muerte de la princesa María Manuela y el retiro del apenado Felipe al monasterio al que también llamaban del Abrojo.

La vida seguía su curso.

Isla de Wight, fines de julio de 1545

El rey de Inglaterra acababa de ser informado de que el emperador seguía atascado en Worms, donde los delegados de la Dieta imperial no se ponían de acuerdo sobre la polémica que enfrentaba a católicos y protestantes alemanes.

Enrique VIII estaba escocido por su fracaso en Escocia. Si quería someter de una vez por todas a esos ariscos pelirrojos del norte de Inglaterra y convertirse en soberano de toda Gran Bretaña, debía acabar con la ayuda francesa.

Supuso que, dada su alianza con Carlos de Austria, le sería más fácil, al menos por el momento, ganar nuevas tierras en el continente, en la costa atlántica francesa, que conquistar y domeñar al duro pueblo escocés.

—Hubo un tiempo en que toda esa tierra, desde Calais hasta los Pirineos y desde la línea de la costa hasta las cercanías de París, fueron dominios de los reyes de Inglaterra. Normandía, el Poitou, Aquitania, Guyena…, todas esas regiones fueron feudos de mis antepasados. Volverán a ser nuestras —asentó Enrique Tudor, apoyado en la amura de babor del buque real.

—Estamos en posición de lograrlo, sire. Nuestras tropas han desembarcado con éxito y ya han ganado algunas posiciones. Si el emperador rompe el flanco oriental del frente francés, esta guerra estará ganada —repuso el almirante de la flota inglesa.

—Señor, señor —el canciller llegó apresurado a la altura del rey—. Una flota francesa ha partido de Le Havre, La Rochelle y otros puertos rumbo a Inglaterra.

—¡Qué! ¿Quién ha informado?

—Acaba de llegar un mensaje por señales de uno de nuestros barcos. La flota francesa está formada por unos cuatrocientos navíos y treinta mil soldados, que ahora se dirigen a la costa del sur de Inglaterra.

El rey Francisco I había dado la orden de invadir Inglaterra ante la negativa del rey Enrique VIII de devolverle la plaza de Boulogne, que los ingleses habían tomado el año anterior.

—Debimos llegar hasta París cuando pudimos hacerlo —lamentó Enrique VIII.

Frente a la isla de Wight varios buques ingleses trataban de llevar a los franceses hasta los escollos de la costa, donde se sentían superiores al conocer aquellas aguas. Pero los franceses se mantuvieron en mar abierto y atacaron en una zona de costa más abierta donde podían rodear a la flota enemiga.

Los estrategas franceses habían decidido dar un atrevido golpe de mano en aquella guerra y apostaron por llevar a cabo un desembarco de tropas en la isla de Wight, imaginando que la población les ayudaría y que podrían establecer una sólida cabeza de puente desde la cual invadir Inglaterra.

El desembarco fue un éxito. Dos mil soldados franceses bien pertrechados fueron desembarcados en una ensenada. Sin oposición alguna, los infantes franceses avanzaron por las empinadas laderas hacia el interior de la isla.

Pero los habitantes de la isla de Wight no se rebelaron contra Inglaterra. Al contrario, avisados del desembarco francés, organizaron una milicia y decidieron plantar cara a los invasores. No tenían armas de fuego para todos los defensores, de modo que algunos de ellos tuvieron que emplear arcos; incluso varias mujeres se alistaron para combatir al lado de sus padres, esposos e hijos.

Pero los milicianos no pudieron frenar a los veteranos soldados franceses y se vieron obligados a retroceder y salir corriendo. El capitán que mandaba las tropas estaba demasiado gordo y apenas podía andar, de modo que en medio de la desbandada de sus tropas se le oía gritar que ofrecía cien libras a quien pudiera proporcionarle un caballo. No se volvió a saber de él. Los enfrentamientos siguieron en la isla durante varios días más, hasta que los franceses decidieron abandonarla.

—Tendremos que fletar más barcos, más grandes y con más cañones, o la próxima vez los franceses entrarán en Londres —comentó Enrique VIII a bordo del navío Great Harry, de dos puentes y setenta y dos cañones, que ya era el más grande de todos los barcos de guerra de la cristiandad, al enterarse de lo ocurrido en Wight.

—Señor, construir este barco costó en su día ocho mil libras —comentó el canciller.

—Pues habrá que sacar dinero de donde sea. Inglaterra está en una isla y necesita naves para defender sus costas. Hay que construir barcos y dotarlos con cañones para rechazar cualquier intento de invasión de nuestros enemigos. Construiremos esos barcos y reforzaremos las defensas costeras con nuevas fortalezas.

—¿De dónde sacaremos los recursos para ello?

—De la Iglesia romana; emplearemos las piedras de sus monasterios para levantar nuestras nuevas fortalezas. Lo ocurrido en Wight no puede volver a pasar nunca. Nunca.

Bruselas, fines de agosto de 1545

La Dieta de Worms finalizó a comienzos de agosto sin resultados. Carlos no consiguió que los protestantes alemanes aceptaran las propuestas de Roma y tuvo que clausurarla con la sospecha de que Alemania estaba abocada a una inevitable guerra civil entre protestantes y católicos.

Si todavía le quedaban algunas dudas, aquellas largas sesiones en Worms se las disiparon por completo. Llegar a un acuerdo con los protestantes para que abandonaran sus posiciones y volvieran a la obediencia a Roma era ya imposible, de modo que no quedaba otra salida que someterlos por la fuerza. Para ello necesitaba el apoyo total del papa y acabar la guerra con Francia, de modo que ordenó a sus embajadores en Roma y en París que iniciaran conversaciones secretas para tratar ambas cosas.

El 7 de agosto la comitiva imperial dejó Worms y se embarcó en el puerto del Rin, rumbo a Flandes, donde se reunió con su hermana la reina de Hungría, quien en Lovaina le puso al corriente de cómo estaba la situación en los Países Bajos y le informó del fracaso francés en la fallida invasión de Inglaterra.

En su palacio de Bruselas el emperador yacía recostado en su lecho. Había sufrido molestias en su trasero durante la travesía por el Rin y había pedido a Pablo Losantos que acudiera para curarlo.

—Una fístula, majestad. No parece nada grave, pero hay que curarla antes de que empeore y haya que sajarla —dijo el médico.

—Haced lo que sea preciso. Hoy tengo que acudir a la catedral de Santa Gúdula a la vigilia por los funerales de mi nuera la princesa María Manuela.

—Os colocaré un apósito con bálsamo de áloe y trementina. El olor no es agradable, por lo que es obligado que uséis un perfume. Os escocerá un poco…

—¡Condenado matasanos! —El emperador apretó los dientes con fuerza cuando sintió el escozor que le produjo la aplicación del apósito en la herida.

—Listo. Sentiréis pronto un alivio. Os cambiaré la compresa dos veces al día justo después de que hayáis hecho de vientre, majestad. En una semana no quedará ni rastro de esa herida.

»Y, señor, os querría pedir un favor —dijo Losantos.

—Decidme.

—Hace tiempo que no veo a mi familia; os solicito una licencia para ir a Salamanca, donde ahora viven, para hacerles una visita. Además, mi hijo ha conocido a una muchacha; es hija de un profesor aragonés que enseña en aquella universidad. Desea casarse con ella y me gustaría acudir a la boda.

—Enhorabuena por lo que os toca. Creo que lo merecéis. Hablaremos de ello mañana.

—Como gustéis, majestad.

—Antes de marcharos echad un vistazo a esos papeles; contienen la última lista de libros que ha comprado Juan de Zúñiga para la biblioteca del príncipe —Carlos señaló unas cuartillas encima de una mesa.

—Una compra importante —comentó Losantos.

—Trescientos cincuenta libros de una sola vez. Zúñiga está empeñado en que la biblioteca de mi hijo sea la mejor y la más grande del mundo, aunque para ello tenga que emplear todo el tesoro de Castilla.

—Cicerón, Vitrubio, la *Biblia Políglota* del cardenal Cisneros, el tratado *De revolutionibus orbium coelestium* de Copérnico, Maquiavelo, Pico della Mirandola, Marsilio Ficino, el libro de Johannes Reuchlin sobre cabalística…

—¿Qué opináis?

—Que don Juan de Zúñiga está educando a quien será el soberano más culto del mundo y tal vez de la historia.

—Esas fueron mis instrucciones. Además de leer todas esas obras, mi hijo está siendo educado en el conocimiento del latín, del griego y del hebreo.

—Supongo que don Felipe será capaz de entender todo cuanto se contiene en esos libros.

—Mi hijo posee una memoria prodigiosa. He pasado con él algún tiempo y he podido comprobar que rara vez olvida un nombre, una fecha o un dato.

—Ese don le será muy útil para cuando, Dios quiera que sea tarde, os tenga que suceder en el trono.

—Sí, lo será, pero ahora me preocupa su estado de ánimo. Ha sentido la alegría de ser padre y la tristeza de quedarse viudo en apenas cinco días de intervalo, y con solo dieciocho años.

—Majestad, por cuanto conozco a vuestro hijo, sé que es un joven de fuerte carácter, notable prudencia y firme convicción; sabrá superar ese dolor.

—Yo lo obligué a casarse con su prima hermana —se sinceró Carlos—, aunque tal vez debí dejar que él decidiera quién iba a ser su esposa.

«Una verdad y una mentira en la misma frase», pensó Losantos al escuchar al emperador.

Porque el médico sabía bien que Carlos de Austria había casado a su hijo con su sobrina por la cuantiosa dote que la portuguesa aportaba a las arcas de su tesoro, una cantidad necesaria para seguir luchando, para seguir aumentando las posesiones y los dominios del linaje de Habsburgo.

Unos días después de aquella conversación con el emperador, Pablo Losantos recibió un salvoconducto para viajar a España. El permiso sería efectivo desde el mes de octubre de ese año hasta el de febrero del siguiente, cuando debería incorporarse de nuevo al servicio de médicos de su majestad.

En Bruselas, Carlos continuó preparando los dos grandes asuntos que le habían preocupado ese año: el tratado de paz con Francia para acabar con la guerra y el acuerdo con Roma para liquidar de una vez la Reforma de los protestantes.

A comienzos de septiembre un contratiempo alteró los planes del emperador.

Desde que conoció al joven Carlos, el segundo hijo del rey de Francia, durante su viaje a París, había sentido una simpatía especial por ese muchacho alegre, bromista, confiado y simpático. Y lo había incluido en sus planes de alianzas matrimoniales, preparando su boda con alguna de sus hijas o sobrinas. Pero Carlos de Angulema murió a causa de una epidemia de peste que asoló la ciudad de París durante algunos días de finales de aquel verano.

Apesadumbrado, el emperador ordenó que se celebrara un funeral por el alma de su joven amigo en la catedral de Bruselas. Algunos lo vieron llorar durante la vigilia que siguió a la ceremonia fúnebre. No habría ya ninguna boda que celebrar entre príncipes de España y de Francia, por lo que el Milanesado dejaba de ser moneda de cambio por ese frustrado matrimonio y el emperador quedaba libre de su promesa de entregar ese dominio.

Salamanca, principios de noviembre de 1545

En cuanto tuvo en sus manos el salvoconducto que le permitía viajar a Castilla, Pablo Losantos hizo su equipaje y salió hacia España.

Había cierta tranquilidad en Francia debido a que su rey aceptó iniciar negociaciones secretas de paz, de modo que pensó en un primer momento viajar a España siguiendo la ruta de los peregrinos a Santiago, pero el pasaporte que llevaba encima estaba firmado por un secretario imperial y llevaba el sello de Carlos de Austria. Temió que pudieran confundirlo con un espía y que lo detuvieran en alguna ciudad francesa, pero enseguida se preguntó que qué espía sería tan estúpido como para llevar encima un salvoconducto de ese tipo.

Al final optó por seguir el Camino de los Españoles, que desde Bruselas iba a Luxemburgo, el Franco Condado, Lorena, Suiza, cruzaba los Alpes por los puertos de Saboya y acababa en Génova. Allí tomaría un barco a Barcelona y, luego, por Zaragoza y Soria atravesaría Aragón y Castilla para llegar hasta Salamanca, en tierras del viejo reino de León. Era más largo y costoso, pero estaría más seguro y protegido por los soldados españoles que iban y venían de Italia a los Países Bajos por esa ruta.

Tardó algo más de un mes en hacer el viaje; el paso de los Alpes, donde ya había comenzado a nevar a mediados de octubre, lo entretuvo algunas jornadas más de lo previsto.

Llegó a Salamanca la primera semana de noviembre, tras recorrer cientos de millas a través de tierras, ríos y el mar, cansado a sus más de sesenta años, con los pies tumefactos por la dureza de los caminos, los huesos doloridos por el frío y la humedad y el rostro curtido por el viento y el polvo, pero feliz de saber que al final del viaje lo esperaban sus hijos y su hermana.

Fue precisamente María Losantos la primera que intuyó que su hermano ya estaba cerca. La curandera y herbolaria nunca le había confesado a nadie que, en ocasiones, tenía presentimientos y premoniciones sobre cosas que estaban a punto de ocurrir, como cuando sintió que su hermano Juan había muerto y luego se supo que la Inquisición lo había ejecutado en Toledo, estrangulado con el garrote vil tras ser acusado y condenado por traidor al rey al ponerse del lado de los comuneros, asesino, hereje y cometer pecado contra natura; o cuando presintió la muerte de su padre y de su madre.

—Mi hermano está al llegar —dijo de pronto María poniéndose en pie.

Los dos hermanos, que estaban cenando con su tía, como acostumbraban en su casa de Salamanca, dejaron de sorber sus escudillas de sopas de pan, ajos y huevo y la miraron con atención.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te ha llegado algún aviso? —le preguntó Luis.

—Lo sé —asentó María con pasmosa rotundidad—. Dentro de unos instantes mi hermano estará al otro lado de esa puerta.

Y así fue. No había pasado ni el tiempo que dura media misa cuando unos golpes llamaron a la puerta de la casa de los Losantos.

—¿Es padre? —preguntó Isabel asombrada por la premonición de su tía.

—Por supuesto; ya os lo he dicho.

La muchacha corrió hasta la puerta y la abrió sin preguntar quién llamaba.

La noche había caído sobre Salamanca. Hacía ya un par de horas que el sol se había ocultado y apenas quedaba un mínimo rastro de claridad.

—¡Padre, padre! —gritó Isabel alborozada al ver a Pablo Losantos, cuyo rostro iluminaba un farol que portaba uno de los dos hombres que lo acompañaban.

—Tomad —el médico entregó media docena de monedas a aquellos hombres, que lo saludaron con una reverencia y se marcharon calle arriba entre las sombras de la noche.

—¡Padre! —Isabel se abrazó a Pablo, quien besó el rostro de su hija y acarició sus cabellos; olían a lavanda.

—Mi pequeña Isabel.

—Pablo, por fin estás aquí —lo saludó con un beso su hermana María—. No te esperábamos tan tarde.

—¡Luis, hijo! —Pablo abrazó por último a su hijo, que salió a la puerta tras las dos mujeres.

—He llegado a la ciudad hace una hora. Esos dos hombres me han acompañado hasta aquí. Me alertaron de que no era conveniente caminar solo y sin armas a estas horas de la noche por las calles de Salamanca.

—Me ha parecido que llevaban espadas.

—Claro, son alguaciles.

—¿Cómo has encontrado la casa? —le preguntó Luis.

—Fue fácil gracias a las indicaciones que me diste en tu carta.

—Vamos a la cocina; estábamos cenando cuando llegaste. Tendrás hambre.

—Bueno, comí un buen plato de guiso de carnero hace tres horas en una posada a unas ocho millas de aquí, en el camino que llega desde Valladolid.

—Tenemos sopa de ajos y huevo; te reconfortará. Comienza a hacer frío.

—De acuerdo; sírveme un plato, os acompañaré.

—¿Cómo te ha ido el viaje?

—Sin contratiempo alguno, salvo alguna nevada temprana en el paso de los Alpes.

»Bien, en esta casa solo hay dos mujeres, vosotras dos; así que parece que he llegado a tiempo para tu boda.

—Cuando nos enteramos de que ibas a pedirle permiso al emperador para que te dejara viajar hasta Salamanca, decidí esperar a tu llegada para casarme. Ahora que ya estás aquí celebraremos la boda enseguida.

Así fue. Cuatro semanas más tarde, en la iglesia de San Esteban, Luis Losantos se casó con Leonor de Arbués.

Tras la ceremonia, el padre de la novia saludó a Pablo Losantos.

—Me alegra conoceros al fin. Vuestro hijo me ha hablado mucho de vos —le dijo Domingo de Arbués.

—Yo también me alegro de conocer a un eminente profesor de esta universidad. Creo que vuestra especialidad son las matemáticas.

—Y la geometría. Ambas son disciplinas esenciales para muchas cosas. Vos también sois un afamado médico.

—Un modesto médico de su majestad.

—Para llegar a tan importante cargo se necesitan muchos conocimientos. El emperador no contrataría a su servicio a cualquier licenciado en Medicina.

—Don Carlos me honra con su amistad —asentó Pablo.

—Tengo entendido que vuestro padre también fue médico real.

—En efecto. Sirvió a sus altezas los Reyes Católicos y a sus hijos. Y vos, don Domingo, ¿procedéis de familia de matemáticos?

—No, no, en mi familia no ha habido ningún matemático, pero sí tiene entre sus miembros a algún notable filósofo. ¿No os suena nadie con el apellido Arbués?

—Ahora no recuerdo…

Pablo Losantos mintió. Ya se había dado cuenta de que aquel hombre era familiar de Pedro de Arbués.

—Mi tío, don Pedro, enseñó filosofía en la Universidad de Bolonia y luego fue el primer inquisidor del reino de Aragón. Lo mataron a cuchilladas unos judíos conversos ante un altar de la catedral de la Seo de Zaragoza.

—Lo lamento.

—Sé que procedéis de una familia de conversos, pero no tengáis cuidado, mi hija ha querido casarse con vuestro hijo y yo he dado mi consentimiento a esta boda.

Pablo Losantos apretó los dientes. Nunca se borraría su pasado judío. Nunca.

Bois-le-Duc, diciembre de 1545

Hacía varias semanas que no se ocupaba de las Indias, pero aquellos días no tuvo más remedio que hacerlo.

Aunque América no estaba entre sus prioridades de gobierno, pues había dejado los asuntos de España en manos de su hijo Felipe y el Nuevo Mundo se consideraba como una especie de prolongación de los territorios españoles, el emperador tuvo que despachar varias cédulas sobre la manera de impartir justicia a los indios y sobre el acceso de estos a la propiedad de la tierra, tal cual prometiera en su día a fray Bartolomé de las Casas, el cual había vuelto a América para ocupar el cargo de obispo de la diócesis de Chiapas. No tardaría en desencantarse en su nuevo puesto.

Aquellos días el emperador supo que en un pequeño pueblo al sur del virreinato del Perú, llamado Potosí, había una montaña a la que habían llamado Cerro Hermoso, cuyo interior estaba lleno de plata. Si los primeros informes se confirmaban, aquella mina proporcionaría dinero suficiente para cubrir buena parte de los gastos del Imperio.

Las conversaciones de paz con Francia iban razonablemente bien, pues Francisco I se había dado cuenta de que, si continuaba con aquella guerra, acabaría siendo vencido sin remisión y perdería lo mucho que había ganado hasta entonces.

Para que las negociaciones de paz no se estancasen, decidió tomar la dirección él mismo y se reunió en Flandes con el almirante y el canciller de Francia. Durante varios días del mes de noviembre celebró varias entrevistas con los representantes de Francisco I, a los que agasajó en las ciudades de Brujas, Amberes y Anvers con suntuosos banquetes y fiestas.

Consiguieron llegar a un acuerdo y se logró un alto el fuego; aquel otoño no hubo batallas ni enfrentamientos entre los ejércitos franceses y las tropas imperiales.

—¡No tenía que haberle permitido ir a España! —se lamentaba Carlos tras sufrir un nuevo ataque de gota mediado el mes de diciembre, que lo había dejado postrado en un palacio de la ciudad de Bois-le-Duc, muy cerca de Bruselas.

—Llamaremos a otro de vuestros médicos, majestad —le dijo el canciller Granvela, acongojado ante los gestos de dolor del emperador.

—Losantos es el que mejor sabe curar estos accesos. Escribidle a España para que regrese aquí cuanto antes —ordenó Carlos.

—Le avisaremos enseguida, pero estamos a punto de comenzar el invierno. Don Pablo no podrá estar de vuelta antes de un mes y medio o dos meses.

—¡Cuanto antes! —insistió el emperador.

Durante las semanas que estuvo reunido con los enviados del rey de Francia, Carlos no dejó de comer y beber en los banquetes celebrados con su renovado apetito. Cada uno de aquellos festines, donde se consumieron grandes cantidades de chuletas de buey y de muslos de aves, y paté, empanadas y pasteles de carne de cerdo y de pato, acompañadas de generosas jarras de

cerveza y abundantes botellas de vino y de aguardiente destilado de frutas, supuso abandonar la dieta que le había prescrito Pablo Losantos y que la gota volviese a aparecer.

El acuerdo de tregua por un año pactado con el turco le alivió un poco y envió embajadores a Estambul para que negociaran una paz estable, al menos por siete años.

Pero las noticias que llegaban de Alemania no eran nada esperanzadoras. Los miembros de la Liga de Esmalcalda, donde se agrupaban las ciudades y los nobles afectos a la Reforma de Lutero, se habían reunido en Frankfurt con la intención de elaborar una estrategia común ante la inminencia de un tratado entre el papa y el emperador para acabar con ellos.

Por lo que supo Carlos de los informes de sus espías en Frankfurt, el señor de Hesse era partidario de ir a la guerra, en tanto el príncipe elector de Sajonia, uno de los más influyentes señores de esa la liga, optaba por esperar alegando que no creía que el emperador desatara una guerra en el corazón del Imperio, y menos aún sin haber cerrado la paz con Francia y la alianza con Roma. Ante las discrepancias de los principales miembros de la Liga de Esmalcalda, se optó por dejar de lado, al menos por el momento, la decisión de ir a una guerra abierta y total contra el emperador.

Utrecht, fines de enero de 1546

Con la gota martirizándolo de dolor, Carlos de Austria se trasladó a Utrecht, donde pasó las fiestas de Navidad y Reyes.

Hacía quince años que no se reunía el capítulo general de la Orden del Toisón de Oro, de modo que aprovechó aquellas semanas de calma para celebrarlo en Utrecht. Dio comienzo con un oficio religioso y una vigilia en la catedral por el alma de los miembros difuntos, a los que acudieron vestidos de luto.

El día de Reyes se ofició una misa solemne, a la cual debían asistir los miembros de la Orden del Toisón de Oro con sus uniformes, capas y emblemas, pero el ataque de gota fue tan intenso que el emperador no pudo acudir. Aunque apenas se tenía en pie, hizo un gran esfuerzo por presidir el Consejo de la Orden, que se celebró en su residencia mediada la tarde.

Lo pagó caro, porque en los días siguientes apenas pudo moverse y tuvo que suspender todos los actos de la Orden, que diez días más tarde pudieron reanudarse al experimentar Carlos una leve mejora. Se nombraron veintidós caballeros nuevos para ocupar los sillones vacantes.

En la última sesión del capítulo de la Orden del Toisón de Oro, Carlos informó a los caballeros sobre la situación de las deliberaciones que se estaban produciendo en el Concilio de Trento y la importancia que en ellas estaban teniendo varios teólogos españoles, que daban soporte intelectual a los planteamientos del emperador y de la Iglesia de Roma frente a los reformistas.

Acabada la última reunión, Carlos se entrevistó con el canciller Granvela.

—Sentaos, don Nicolás —dijo, y le señaló el emperador un sillón cerca de la chimenea.

—Gracias, majestad.

—Hace frío esta mañana.

—Ha amanecido con una gran nevada.

—Estos días he notado una mejoría en mis dolores por la gota, pero aun así quiero que vuelva pronto don Pablo Losantos. ¿Sabéis algo sobre su regreso?

—Vuestra carta demandando su vuelta salió con el último correo imperial a España hace quince días. Si no ha habido ningún contratiempo, supongo que estará a punto de recibirla. Debe presentarse en Flandes enseguida, pero no creo que pueda hacerlo antes de un mes.

—Tengo la intención de quedarme en los Países Bajos hasta finales de invierno. A mediados de marzo saldremos hacia la Dieta imperial que hemos convocado para principios de mayo en Ratisbona.

—Estará todo listo, majestad.

—Esa Dieta va a ser decisiva para el futuro del Imperio. Espero que los protestantes acepten las propuestas de los padres del Concilio de Trento, entren en razón y obedezcan a su emperador y al papa, porque en caso contrario les declararé la guerra.

—¡Una guerra entre alemanes!

—Si no acatan mi autoridad, sí. Ya he tenido con ellos demasiada paciencia.

—Una guerra entre los territorios del Imperio animará a Francia a atacarnos de nuevo y los turcos harán lo mismo en el Mediterráneo y en Hungría. ¿Habéis pensado bien, majestad, lo que eso significaría?

—No he pensado en otra cosa en las últimas semanas, don Nicolás. He pasado demasiado tiempo en cama por culpa de esta maldita gota y lo he reflexionado con calma. Si los protestantes no se someten en Ratisbona, iré a la guerra contra ellos. Recordad lo sucedido cuando se produjo la revuelta de Gante; si no la hubiera sofocado con contundencia, ahora todos los Países Bajos serían un hervidero de rebeliones y conjuras. Querido amigo, la vida me ha enseñado que los problemas hay que extirparlos de raíz y cuanto antes, o pueden crecer hasta convertirse en una monstruosidad irresoluble y fatal.

—Como digáis, señor.

—Enviad nuevas cartas a todos los miembros de la Dieta: en mayo, en Ratisbona.

Salamanca, mediados de febrero de 1546

—Buenas tardes, padre —saludó Luis Losantos.

—¿Cómo te ha ido el día?

—He tenido que sustituir a don Francisco de Vitoria en sus clases en la universidad. No se encuentra bien. Esta mañana, al levantarse, ha sufrido vómitos y mareos. ¿Podrías ir a visitarlo?

—Claro. Iré contigo si lo prefieres. ¿Dónde vive?

—Aquí mismo, en el convento de dominicos, junto a la iglesia de San Esteban.

—Vamos ahora si lo prefieres, pero antes quiero decirte algo. Acabo de recibir una carta de la cancillería imperial. Está fechada a finales de diciembre en una ciudad de Flandes llamada Bois-le-Duc. Contiene una instrucción del propio emperador en la que me ordena que regrese a su lado cuanto antes. Ha tenido otro de sus ataques de gota.

—¿Y qué vas a hacer?

—No puedo ni ignorar ni desobedecer una orden directa de su majestad. Tendré que salir de viaje pronto, en una semana a más tardar.

»Pero, bueno, vayamos a ver a don Francisco.

Los dos Losantos se dirigieron al convento de dominicos, en una de cuyas celdas descansaba Francisco de Vitoria.

El fraile clavero les preguntó por el motivo de su visita; una vez informado, les rogó que aguardaran pues quería preguntarle a Vitoria si deseaba recibirlos.

—Señores, don Francisco os espera. Os acompañaré hasta su celda —les comunicó el clavero a su regreso.

Entraron en el convento y cruzaron el claustro, bajo sus asombrosas bóvedas de crucería. Subieron una escalera provisional de madera ubicada en el ala norte del claustro y llegaron a la

zona alta, en una de cuyas celdas estaba don Francisco.

—Podéis pasar —les dijo el clavero, que se retiró enseguida.

Francisco de Vitoria estaba tumbado en la cama, con la espalda apoyada en una almohada y tapado por una manta de lana marrón.

—Don Francisco, os presento a mi padre: Pablo Losantos, médico de su majestad imperial don Carlos.

—Me alegro de conoceros, don Pablo. Mi buen Luis, ¿cómo ha ido la clase de hoy?

—Creo que bien, don Francisco. He pedido al alumno Bartolomé de Medina que leyera un par de páginas de vuestro libro sobre la caridad y la pobreza.

—Quizá hubiera sido más divertido que le hubierais recomendado leer *El lazarillo de Tormes*, un pequeño libro que han publicado en Alcalá y que relata las, a veces divertidas y a veces crueles, andanzas de un joven castellano. El nombre de su autor es un misterio.

—Procuraré leerlo.

—Bartolomé es un buen discípulo, habéis hecho una buena elección, Luis.

—Y luego he explicado la *lectio* de vuestra tesis sobre los inconvenientes en la posesión de bienes en común.

—¿Bienes en común…? —se extrañó Pablo.

—Se trata de una idea de algunos utópicos clérigos, quienes, malinterpretando los Evangelios, creen que no debería existir la propiedad y que todos los bienes de la tierra deberían ser compartidos. Pero yo he escrito que, si los bienes se poseyeran en común y todo fuera propiedad de todos, los hombres más egoístas, malvados y avarientos serían los que sacarían mayores beneficios y provecho. Todos esos, además de los ladrones y de los vagos, no trabajarían y se aprovecharían de la bondad de los demás para su lucro. Y al final eso sería un desastre para todos y llevaría a la ruina a la sociedad. Aunque también sostengo que el bien común ha de estar por encima del bien particular —explicó Vitoria.

—Creo que tenéis razón. No veo contradicción en esos términos —comentó Pablo.

—En mis clases enseño que todos los hombres nacen libres e iguales, porque así lo ha querido Dios.

—Me dice mi hijo que no os encontráis bien. Si me permitís ayudaros… ¿Podríais decirme qué síntomas habéis tenido?

—Hace días que por las mañanas siento vómitos y mareos, pero al menos podía levantarme; hasta ayer, que me subió la calentura y tosí bastante. Al poner un pie en el suelo, sentí cómo me flojeaban las piernas, me trastabillé y estuve a punto de caer. Por fortuna pude vencerme hacia el lado de la cama y evitar un buen golpe contra el suelo.

—Luis, acércame esa lámpara. Abrid bien los ojos, don Francisco. —El médico, ayudándose con la lámpara de aceite que iluminaba la celda, observó los ojos de Vitoria. El teólogo dominico los tenía enrojecidos—. Permitidme que os tome el pulso. Y ahora respirad profundamente.

Losantos percibió un sonido ronco en la respiración del teólogo. Le habían enseñado en la escuela de Salerno que cuando los pulmones sonaban de esa manera al respirar, lo más probable es que estuvieran afectados por una enfermedad que ya describiera el médico griego Hipócrates y siglos más tarde el judío cordobés Maimónides.

—¿Qué me pasa? —preguntó Vitoria.

—Tenéis fiebre y vuestros pulmones emiten un sonido ronco cuando respiráis. ¿Os duele el pecho?

—Sí, hace cuatro o cinco días que siento dolor cuando inhalo aire para respirar.

—Tenéis todos los síntomas de una enfermedad que Maimónides, siguiendo al griego Hipócrates, llamó «neumonía»: fiebre aguda, dolor en el tórax, pulso alterado, tos aguda… No hay otro tratamiento que el descanso. Deberéis guardar reposo absoluto.

—Tengo que ir a Trento —repuso Vitoria.

—Ni lo soñéis, don Francisco. En vuestras condiciones, ese viaje os mataría. Ni se os ocurra.

—Don Carlos me necesita allí. Los teólogos dominicos debemos argumentar en contra de las propuestas de los protestantes. Don Domingo de Soto, uno de los mejores teólogos de nuestra Orden, ya está allí hace varias semanas. Yo debería estar con él.

—¿Me habéis engañado? No hace apenas unos días que sentís este malestar, os ocurre desde hace más tiempo, meses quizá. ¿Me equivoco?

—Está bien; os seré sincero. Sí, tengo estos accesos de fiebre y tos desde el otoño pasado. Por eso no pude ir a Trento con don Domingo. Esperaba que se me pasara y encontrarme bien antes de viajar a Italia para asistir a las sesiones del concilio. Pero no puedo…

—Debisteis descansar cuando sufristeis los primeros síntomas.

—Pensé que se trataba de un simple catarro.

—Guardad cama y reposo absoluto hasta que remita la calentura y el dolor en el pecho. Le dejaré al fraile que nos ha recibido una nota con varias medicinas que deberéis tomar. Y nada de levantarse ni de hacer el menor esfuerzo. Volveré a veros mañana si me lo permitís.

—Os lo agradeceré, don Pablo.

—Tenéis un magnífico convento.

—Aquí se reunieron los Reyes Católicos con don Cristóbal Colón por primera vez. Fue en esa ocasión cuando les explicó que era posible llegar a las Indias navegando siempre en dirección a occidente, siguiendo el curso del sol —terció Luis Losantos.

—Y fue aquí también donde el almirante genovés detalló sus planes de viaje a los teólogos de nuestra universidad —añadió Vitoria.

—Mi madre, tu abuela Juana, asistió en una ocasión a don Cristóbal; fue poco antes de que muriera, en Valladolid. ¿Lo sabías?

—No, nunca me lo habías contado, padre.

—Pues así fue. Padre estaba de viaje y tuvo que ir mi madre a visitarlo.

—Ese hombre tenía razón —intervino Vitoria.

—Sí, y ahora su majestad posee todo un nuevo mundo gracias a él —dijo Luis.

—Le pediré al fraile clavero que os enseñe el salón donde don Cristóbal Colón defendió sus tesis del viaje a las Indias ante varios teólogos de nuestra Orden y profesores de esta universidad. Lo haría yo mismo, pero…

—Vos descansad.

Los Losantos se despidieron de Vitoria, que quedó tumbado en el lecho, y el fraile clavero llevó a los dos al Salón de Profundis, que era el nombre que se daba en el convento de San Esteban a una nave estrecha y larga, con una serie de arcos en su techumbre, donde Cristóbal Colón había explicado sus planes de viajar a las Indias navegando siempre hacia el sol, a través del océano Tenebroso, en vez de dar la vuelta a África, como hacían hasta entonces las naves del reino de Portugal.

Les llamó la atención el pavimento, elaborado con piedras de colores que formaban círculos entrelazados. El clavero les explicó que lo que parecían piedras blancas eran en realidad huesos de vaca, astrágalos convenientemente pulidos y mezclados con verdaderos cantos rodados procedentes del lecho del río Tormes.

Maastricht, 1 de marzo de 1546

Los labios del canciller Granvela dibujaban una leve sonrisa. Su rostro, siempre serio y circunspecto, tenía un aspecto casi jovial. El emperador se dio cuenta de ello enseguida.

—¿Habéis pasado una buena noche? —le preguntó. Carlos desayunaba unas perdices escabechadas y un lomo de venado con salsa de almendras.

—¿Por qué me preguntáis eso, majestad?

—Por vuestro aspecto tan risueño. No es lo habitual.

—Acabo de recibir una esperanzadora noticia: ha muerto Lutero.

Carlos dejó de lado su desayuno.

—¿Qué más sabéis?

—Murió hace dos semanas en su ciudad natal, en Eisleben. La fiebre ha acabado con ese hereje. A estas horas estará ardiendo en el infierno.

—¿Hay ya algunas reacciones?

—Es demasiado pronto para saberlo, majestad. La noticia estará llegando a Inglaterra, Francia y Roma. La muerte de este hombre puede suponer el fin de la Reforma.

—No lo creo, don Nicolás, no lo creo. Hay demasiados protestantes en Alemania que son seguidores de Lutero y han surgido reformadores por todas partes: ese Calvino en Ginebra, Melanchthon, Zwinglio, el propio rey de Inglaterra… No. La reforma no ha muerto con Lutero; habrá que liquidarla con las armas.

—Lutero era el alma de la rebelión contra Roma, sin él, acabar con los reformistas será más fácil.

—No lo sé. A veces los hombres se hacen más fuertes con las adversidades. Recordad la historia del cristianismo: cuando Cristo murió, sus discípulos, que lo habían negado en vida, reforzaron su fe y llegaron a dar su vida por él.

—Pero Lutero no es un nuevo Jesucristo.

—Por supuesto que no, pero para los protestantes es un ejemplo. Además, la semilla que plantó ese hombre ha generado monstruos peores que su progenitor. Hay grupos de protestantes que consideran que sus propuestas eran demasiado blandas; son los que llegaron a llamarlo la Señorita Martin. No, no será tan fácil acabar con la Reforma.

El emperador se había detenido unos días en Maastricht, camino de Ratisbona, donde había convocado la Dieta. Viajaba despacio, deteniéndose en casi todas las localidades del sur de Flandes.

Reemprendió viaje por Luxemburgo, siguiendo el Camino Español, y fue visitando a nobles y obispos. La noticia de la muerte de Lutero se había extendido ya por todas partes y a Carlos le pareció que eran más los que lo lamentaban que los que se alegraban.

Pablo Losantos había salido de Salamanca a fines de febrero y viajó durante todo un mes hasta encontrarse con el emperador en Espira, en el valle del Rin.

Carlos había atravesado todo el occidente de Alemania por el Rin. Ya con Pablo Losantos en su comitiva, se dirigió hacia el curso del río Danubio. El 10 de abril llegó a Ratisbona. Tras dos meses de viaje estaba cansado, muy cansado.

Ratisbona, mayo de 1546

Confortado por los ungüentos y bálsamos que Pablo Losantos le aplicó en piernas y pies, el emperador no hizo otra cosa durante las tres últimas semanas de abril que descansar y dar algunos cortos paseos por la ribera del Danubio.

La Dieta se abrió en la sala dorada del ayuntamiento de la ciudad, pero sin la asistencia de los principales nobles protestantes. Carlos se enfadó por ello. Aquella misma noche tomó una grave decisión: no permitiría que aquellos altivos nobles alemanes se burlaran de él; sería un verdadero emperador, aunque ello le costase la vida.

Una mañana de domingo de mediados de mayo, tras haber asistido a misa, Carlos hablaba con varios de sus consejeros a la portada de la catedral, junto al pilar que sostenía, como si de un dosel se tratara, la puerta principal en medio de las gradas de la escalinata central. La plaza estaba muy concurrida por gentes que salían de misa o que paseaban curiosas para ver al emperador. La primavera se abría paso y se anunciaba con un viento cálido y limpio que soplaba desde las montañas del sur.

Protegido por una escolta de guardias alemanes, los más fornidos y altos del ejército, Carlos detuvo de pronto su mirada en una joven, en la que se fijó durante un instante mientras ella descendía por un lateral de la escalinata entre varias personas más. Notó como si de repente el corazón le diera un brinco.

—Isabel, Isabel… —musitó ante el asombro de sus consejeros.

—Majestad, ¿qué ocurre? —Granvela se preocupó al ver el rostro del emperador, rígido y a la vez ido, como si hubiera visto un espectro.

—¡Es Isabel! ¡Isabel! —exclamó Carlos, que se dirigió hacia la muchacha cuyo perfil apenas había contemplado como una ráfaga.

Los soldados del emperador abrieron paso y Carlos llegó ante la muchacha, que se volvió mirándolo con una absoluta serenidad.

No lo podía creer. Aquel rostro, los ojos, el ademán sereno… Era la mujer más parecida a Isabel que pudiera imaginar.

—Señora —Carlos se dirigió a la muchacha con elegancia—, permitid que os presente mis respetos. Soy Carlos de Austria. ¿Seríais tan amable de darme vuestro nombre?

—¿Por qué debería hacerlo, señor? —preguntó con toda calma.

—Os parecéis mucho a una mujer que conocí hace tiempo.

—¿Quién podría negarle nada al emperador? Me llamo Bárbara Blomberg y estos son mis padres, Wolfgang y Sibila.

—Majestad —el padre de Bárbara se quitó el sombrero e inclinó la cabeza ante Carlos, mientras la madre doblaba la rodilla levemente.

—¿Quiénes sois? —demandó el emperador.

—Somos ciudadanos de Ratisbona. Tenemos una tienda de pieles al lado del mercado, en esa misma calle.

—¿Os dedicáis a la venta de pieles?

—Sí, majestad. Tenemos las mejores pieles de Alemania y también comerciamos con pieles de Polonia y de Suecia: armiño, marta cibelina, zorro gris…

—¿Me venderíais alguna de vuestras pieles? Necesito un buen abrigo para el próximo invierno.

—Por supuesto, majestad.

—Excelente. Mañana a mediodía acudiré a vuestra tienda. Y me gustaría saludar también a vuestra hermosa hija.

—Os atenderemos con gusto, señor.

Aquella noche Carlos apenas pudo dormir. Una y otra vez venía a su cabeza el rostro de Bárbara Blomberg: su mirada serena y firme, sus labios sensuales bien perfilados, su frente amplia y despejada, su andar elegante y distinguido…

Tenía cuarenta y seis años y ya iba para siete que había muerto la emperatriz Isabel. En todo ese tiempo apenas se había fijado en una mujer y no se había preocupado de tener una a su lado, ni siquiera en las noches más solitarias y vacías. Desde que se acostó con Isabel por última vez, ninguna mujer había ocupado su cama. Solo en alguna rara ocasión, a la vista de una mujer muy hermosa, había percibido un cosquilleo en su estómago y cierta inquietud en su cabeza, pero enseguida había recordado a Isabel y sus deseos de llevar a una mujer a su lecho y poseerla se habían desvanecido al instante.

Y así había sido durante siete años, los últimos siete años, hasta aquella luminosa y cálida mañana de mayo en la escalinata de la catedral de Ratisbona.

Era lunes, mediodía; el emperador entró en la tienda de los Blomberg tal cual había anunciado.

—Majestad, bienvenido a nuestra tienda —lo saludó Wolfgang.

«El lobo que se dirige al combate», pensó Carlos; eso era lo que significaba en alemán el nombre del peletero.

—Teníais razón, magníficas pieles. —Carlos acarició una de lobo azul.

—Elegid las que deseéis, majestad. Esa que habéis tocado es de un lobo de las montañas al este de Rusia, en el límite con la remota estepa de Asia. Tengo seis de ellas, suficientes para hacer un buen abrigo. Pero fijaos en estas otras, son de marta cibelina, para mí la mejor piel; claro que hacen falta veinte para confeccionar un abrigo largo.

—No veo a vuestra hija —comentó el emperador mirando a los lados.

—¡Oh!, ha tenido que salir a un encargo.

—Supuse que estaría aquí.

—No tardará en volver.

—Me gustaría invitarla a cenar. Mañana en mi palacio. Decidle que la espero. ¡Ah!, y preparad esas pieles de marta para una capa.

—Como ordenéis, majestad.

A sus cuarenta y seis años Carlos parecía haber recuperado la energía de la juventud. Hacía tiempo que no esperaba una cita con tanta ilusión. No podía quitarse de la cabeza el rostro de aquella mujer.

—Majestad, doña Bárbara Blomberg acaba de llegar —le avisó el secretario.

—Hazla pasar.

El emperador esperaba ansioso a aquella joven que tanta impresión le había causado un par de días antes en la escalinata de la catedral de Ratisbona.

—Señora —la saludó cortés—, os agradezco que hayáis aceptado mi invitación.

Carlos le besó la mano con delicadeza. Olía a un perfume intenso y exótico, tal vez una mezcla de esencias de jazmín y almizcle.

—¿Quién puede negarse si se lo pide el mismísimo emperador de Alemania?

En verdad que aquella joven era hermosa, muy hermosa. Sus cabellos rubios, su rostro sensual, su cuerpo como tallado por el mejor de los escultores… Carlos la miró entusiasmado y

sintió cómo se despertaba su virilidad, aletargada por el paso del tiempo.

—He ordenado que preparen la cena con los mejores manjares de esta ciudad. Espero que os guste. Mi cocinero es uno de los mejores de Europa.

—Y yo espero que esta cena colme todas mis expectativas —dijo Bárbara mirando al emperador con una suficiencia pasmosa.

—Queréis que sirvan la comida ya o…

—Prefiero esperar un poco si no os importa, majestad.

—Como gustéis.

—¿Por qué yo? —preguntó la joven de pronto.

—Bueno, cuando os vi en la puerta de la catedral me impresionó vuestra presencia.

Bárbara se acercó al emperador, que seguía de pie en medio de la sala.

—¿Podéis decirles a vuestros criados que no nos molesten? Os lo ruego.

—Claro, ahora mismo.

Carlos salió un instante y volvió a la sala.

—Cerrad la puerta, majestad.

La joven se había desatado los cordones del corpiño y dejaba a la vista una camisa blanca bajo la cual se intuían unos pechos rotundos.

El emperador se acercó hasta ella y le acarició el rostro. La mirada de Bárbara era tan firme como perturbadora.

—Hace tiempo que no estoy con una mujer —balbució Carlos.

—¿Cuánto tiempo? —Bárbara le acarició el pecho y comenzó a desabotonarle el jubón de seda dorada.

—Desde que murió la emperatriz hace ya siete años.

—¿Ninguna mujer ha ocupado vuestra cama desde entonces? —se sorprendió la joven.

—Ninguna.

—Entonces es cierto lo que se dice —las manos de Bárbara comenzaban a rozar el pecho de Carlos.

—¿Y qué es lo que se dice?

—Que el emperador no volverá a acostarse con ninguna otra mujer nunca. —Una mano de Bárbara se introdujo en el calzón y llegó hasta su destino en la entrepierna de Carlos—. ¡Vaya!, su majestad solo estaba dormido.

Dominado por aquella mujer, Carlos de Austria se dejó llevar.

Las manos de Bárbara acariciaron su pene, que se puso erecto con la fuerza y el vigor de la juventud. A sus cuarenta y seis años de edad, el emperador recuperó la pasión por el amor carnal.

Cuando la penetró con suma facilidad, con demasiada facilidad pues aquella joven no era virgen, movió sus caderas con rapidez y apenas tardó unos momentos en derramarse dentro de Bárbara.

—Hacía tanto… —se justificó Carlos.

—No importa. Tomaos un tiempo. La segunda vez será mejor.

Pasaron una hora abrazados en la cama desnudos. Bárbara le pareció tan bella como Isabel, pero con un cuerpo más rotundo, unos pechos más grandes y turgentes, pero, sobre todo, una voluptuosidad irresistible.

—¿Tenéis hambre? —le preguntó.

—Más tarde, un poco más tarde —respondió la Blomberg, que comenzó a besar el pecho de Carlos y fue descendiendo con sus labios por el vientre hasta llegar al pene, que besó y lamió con destreza.

La segunda erección fue casi inmediata. El emperador volvió a penetrarla, esta vez más despacio, mucho más despacio.

No estaba tan obsesionado por su virilidad como lo había estado su abuelo Fernando el Católico, que acabó sus días atiborrado de cantaridina y devorando alimentos que se consideraban afrodisíacos para incrementar su potencia viril. Pero para cumplir con su joven amante alemana, el emperador ordenó que le sirvieran en las comidas huevos asados, sesos de asno, piñones y guisos aderezados con almizcle y algalia, pues le habían indicado que gracias a esos alimentos aumentaría su deseo y su poderío en la cama.

Ratisbona, principios de junio de 1546

Dos semanas hacía ya desde que Carlos había conocido a Bárbara Blomberg. El emperador parecía un hombre nuevo, alegre, feliz. Incluso su gesto, siempre serio y circunspecto, como su tía Margarita le había enseñado a mostrarse desde niño, era ahora risueño, e incluso dibujaba una amplia sonrisa a pesar de su deforme mandíbula, cuyo prognatismo se acentuaba con el paso del tiempo.

Estaba muy a gusto a su lado, tanto que solía despachar las reuniones con sus consejeros o las sesiones de la Dieta con enorme celeridad para poder pasar todo el tiempo posible junto a Bárbara, que no solo dominaba las artes amatorias, sino también el canto. Cada noche, tras hacer el amor, la joven Blomberg se acurrucaba a su lado y le cantaba dulces melodías de la región. Unas hablaban de amores entre campesinos y otras de luchas entre caballeros y dragones.

Pablo Losantos tenía poco trabajo aquellos días de primavera. La compañía de la joven alemana parecía el mejor bálsamo posible para la salud del emperador. Desde que compartían cama no había vuelto a tener un solo dolor. El médico supuso que el amor era un eficaz remedio para hacer olvidar todas las penas.

Cuando llegaron a Ratisbona, hacía ya casi tres meses, Losantos había pedido un ayudante. La ciudad, aunque el duque de Baviera la había solicitado al papa hacía ya tiempo, carecía de universidad, pero había varios médicos que enseñaban medicina y uno de los alumnos más aventajados, de nombre Hans Adler, fue seleccionado como ayudante de Pablo.

Médico y auxiliar estaban preparando unas infusiones para el canciller Granvela, que se había levantado con ardor en el vientre.

—La mejorana es la hierba más eficaz contra los ardores de estómago —le comentó Pablo a su ayudante—. En algunas zonas de Castilla se encuentra en abundancia, aunque la de más calidad se da en zonas cálidas, cerca del mar Mediterráneo sobre todo. Crece bien en lugares soleados y es conveniente recoger sus hojas durante el mes de junio, antes de que aparezcan las flores, pues en ese caso suele amargar.

—Sabéis mucho de plantas medicinales, maestro —dijo Hans.

—Mi madre conocía todos sus secretos, que han pasado a la familia. Mi hermana María y mi hija Isabel han recogido sus enseñanzas. Viven en Salamanca, donde pienso abrir una botica cuando regrese a España.

—Mi familia posee una botica aquí, en Ratisbona; por eso quiero ser médico, como vos, para conocer todas las medicinas y poder sanar todas las enfermedades.

—Hay algunas que no tienen cura con medicinas.

—¿Son entonces incurables?

—Bueno, quizá existan otros remedios para sanar ciertas afecciones, como la melancolía.

—¿Qué enfermedad es esa?

—Suele ser habitual en algunos grandes hombres. Provoca insomnio, falta de apetito, abatimiento, pereza… Se cura con algunas hierbas, como el diente de león o la hierbabuena, pero sobre todo con la valeriana. Aunque el mejor remedio contra la melancolía es el amor.

—El amor no es ningún medicamento.

—Claro que lo es. Cuando un hombre ama a una mujer es más feliz, siente menos dolores y una mayor sensación de bienestar. Y eso es salud, amigo Hans. Como también lo es el sol. ¿Acaso no estás más contento y te sientes mucho mejor en los días cálidos en los que luce el sol que durante las largas jornadas frías de lluvia y nieve del invierno?

—Tenéis razón. El sol y el amor son dos medicinas. No lo había pensado. ¿Eso es lo que le ha ocurrido al emperador?

—¿Qué dices?

—Lo que todo el mundo cuenta en Ratisbona.

—¿Qué es lo que se cuenta de su majestad?

—Pues que desde que frecuenta la compañía de doña Bárbara está mucho más jovial y más sano, como decís vos, don Pablo.

—¿De eso se habla en la ciudad?

—Sí, maestro. No hay corrillo en el mercado o en las tabernas donde no se comente que su majestad don Carlos se ha enamorado de una puta.

—¡Qué estás diciendo!

—¿No lo sabíais? Pues debéis ser el único, aunque, claro, no sois de aquí.

—Explícate.

—No sé si debo… Quizá debí callarme. Ya me lo dice mi madre: «Mantén la boca cerrada».

—Cuéntame todo lo que sepas de doña Bárbara, y ahora mismo.

—Maestro, tal vez no os guste lo que vais a escuchar.

—Habla inmediatamente.

—Lo haré, pero os ruego que no me castiguéis por ello.

—¡Habla! —insistió Losantos.

—De acuerdo. Bárbara Blomberg es la puta más cara de Ratisbona y la más hermosa, por cierto. Dicen que cuando tenía quince años y sus formas ya eran rotundas, un noble se encaprichó de ella y le ofreció amores. Ella lo rechazó porque era virgen, pero el noble le ofreció a su padre una enorme cantidad de dinero si le facilitaba el acceso carnal a la muchacha. Ese comerciante de pieles estaba arruinado y con muchas deudas. Ama más el dinero que cualquier otra cosa del mundo, de modo que obligó a su hija a acostarse con el noble. Desde entonces, doña Bárbara se ofrece a todo aquel que pueda pagarla.

—¿Es cierto todo eso que me estás contando?

—Tan cierto como que el sol saldrá mañana por el este, don Pablo.

—Pero esa joven solo tiene diecinueve años.

—Edad suficiente para convertirse en la mejor puta de esta ciudad.

—Bien, ahora sigamos a lo nuestro, y recuerda siempre el consejo de tu madre: mantén sobre este asunto la boca completamente cerrada. ¿Entendido?

—Estaré tan callado como una estatua de piedra —dijo Hans Adler.

Ratisbona, mediados de junio de 1546

Enamorado y eufórico al lado de Bárbara, Carlos se creía capaz de cualquier cosa.

Aquel día la sesión de la Dieta imperial había sido corta, muy corta. Un secretario había leído varias cartas en las que los nobles alemanes partidarios de la Reforma anunciaban que ninguno de ellos acudiría a la Dieta. Eran los alineados en la Liga de Esmalcalda, donde se agrupaban los que apoyaban las tesis de Lutero y seguían empeñados en aplicarlas en todo el Imperio, aunque el antiguo monje agustino ya no viviera para guiarlos.

Hacía meses que el emperador había decidido que, si los protestantes no se sometían y aceptaban lo que se dispusiera en el Concilio de Trento, iría a la guerra contra ellos. Había llegado ese momento. El ejército no estaba completamente preparado para desencadenar una gran ofensiva, pero las victorias ante la flamante caballería francesa eran aval más que suficiente para empezar esa guerra.

A Ratisbona había acudido Fernando, el hermano de Carlos, en su calidad de rey de romanos y heredero del trono imperial. El mismo emperador le informó de sus intenciones de desencadenar una guerra total contra los protestantes, a pesar de la riqueza y de los apoyos que tenían y de que tal vez pudieran reunir un ejército más numeroso y mejor armado. Ambos debatieron los planes para la guerra.

Se enviaron cartas cifradas al papa y a Felipe, y no tardaron en regresar los mensajeros con novecientos mil ducados de España y doscientos mil más de Italia.

Carlos firmó un acuerdo secreto con el duque Guillermo de Baviera, partidario de Roma, para que no impidiera el paso libre de las tropas imperiales por su territorio y escribió al papa para ratificar su alianza con la Iglesia católica. Estaba tan decidido a aplastar a los protestantes que ni siquiera le importó que en aquellos días Francia e Inglaterra firmaran la paz, lo que dejaba las manos libres a Francisco I para iniciar una nueva guerra contra Carlos, pese al acuerdo cerrado en Crépy unos meses atrás.

Decidido a hacer la guerra, Carlos esperó unas semanas para declararla formalmente. Necesitaba ese tiempo para organizar las tropas y definir la estrategia de combate.

Pablo Losantos no sabía cómo actuar en un caso tan complicado como el que atañía al emperador y a su amante. Tras haber sido informado por su ayudante sobre el *oficio* al que se dedicaba Bárbara Blomberg, se centró durante varios días en obtener más testimonios, hasta que no tuvo la menor duda de que la hermosa joven era una prostituta.

Dubitativo entre callar y no darse por enterado o contárselo al emperador, optó por pedirle una entrevista al canciller Granvela y confesárselo a él.

—Don Pablo, normalmente soy yo quien os pide una cita cuando mis tripas se rebelan. ¿Qué deseáis? —El canciller recibió a Losantos en el palacio que habitaba, uno de los más de cincuenta construidos por las familias más ricas de la ciudad, casi todos ellos provistos de una torre de piedra a modo de símbolo de poder y de prestigio.

—No sé cómo empezar, señor; se trata de un asunto extraordinariamente delicado.

—¿La salud del emperador?

—No; bueno, no por ahora.

—Explicaos mejor.

—Señor, he recibido una información muy delicada sobre la muchacha con la que se ha encaprichado su majestad.

—Supongo que corren por Ratisbona todo tipo de rumores; yo también he oído algunos.

—Entonces, conocéis el que dice que esa joven dama… —Pablo Losantos inspiró aire con fuerza.

—Esa joven dama es demasiado hermosa, si a eso os referís. Su majestad ha encontrado con ella una segunda juventud. Hacía años que no lo veía tan risueño y creo que eso es bueno.

—Pero…, en fin, iré directo al asunto: es una prostituta.

—Ya lo sé —dijo Granvela con total aplomo.

—Entonces, ¿cómo es posible…? No lo entiendo.

—Sabéis de sobra que tenemos una legión de espías desplegados por toda la ciudad. Conocemos la vida de todas las personas que se acercan hasta don Carlos. ¿Cómo no iba a estar al tanto de que esa joven es una puta?

—¿Y a pesar de todo habéis permitido que se convierta en la amante de su majestad?

—Sí. Cuando el emperador mostró su interés por la Blomberg nos pusimos a indagar sobre su vida, su familia, su pasado y sus costumbres. Fue un banquero de la ciudad quien me confesó que Bárbara se acostaba con algunos de los hombres más ricos de Ratisbona por dinero, por mucho dinero. ¿Cómo creéis si no que un modesto tendero arruinado y cargado de deudas ha podido convertirse en apenas cuatro años en el mayor comerciante de pieles de esta región?

—¿Y no creéis que esta situación es peligrosa?

—Si se mantiene en secreto, en absoluto.

—Se acabará sabiendo. Esta ciudad no es demasiado grande y supongo que será difícil mantener oculta esta relación. ¡Es el emperador!

—Hace mucho tiempo, recién llegado a España, su majestad estuvo dos años durmiendo con su abuelastra, la reina doña Germana. De esa relación nació incluso una hija, doña Isabel, y casi nadie supo lo ocurrido. El secreto se mantendrá también en esta ocasión. De modo que olvidadlo y seguid con vuestro trabajo.

Ratisbona, mediados de julio de 1546

Un ejército de doce mil hombres mandado por el general Octavio Farnesio, nieto del papa Paulo III y esposo de Margarita de Parma, la hija que Carlos tuvo siendo todavía soltero con la dama flamenca Juana van der Gheynst, estaba ya en Alemania a las órdenes del emperador. Era la contribución militar del papado a la guerra que se avecinaba contra los príncipes protestantes.

El emperador acababa de recibir la noticia de que el ejército estaba preparado mientras desayunaba en palacio con Bárbara Blomberg, con la que había pasado la noche.

—¿Vas a ir a la guerra? —le preguntó la joven con la familiaridad que utilizaba cuando estaban los dos a solas.

—Sí. Está decidido. No puedo consentir que los príncipes protestantes cuestionen mi autoridad.

—Creía que a quien no quieren obedecer es al obispo de Roma.

—Roma y el Imperio tienen los mismos intereses y defienden la misma fe —asentó el emperador.

—¿Cuándo te marcharás?

—En cuanto mis generales me avisen de que están preparadas todas las tropas; en un mes, tal vez en mes y medio.

—En ese caso, si la guerra dura mucho tiempo, no verás nacer a tu hijo —dijo Bárbara mientras comía a pequeños bocados un pedazo de pastel de manzana.

—¿Mi hijo…, nacer a mi hijo has dicho?

—Sí. Estoy preñada.

—¿Estás segura?

—Es mi primer embarazo y no tengo experiencia, pero ya he tenido dos faltas del menstruo y siento que tu semilla está creciendo en mi interior.

—¿Lo sabe alguien más?, ¿tu madre? —preguntó el emperador, que no parecía demasiado contento con la noticia.

—No. No le he dicho nada a nadie.

—Tiene que verte mi médico.

—No es necesario. Estoy segura de mi embarazo.

—Don Pablo es un médico extraordinario, de los mejores. En sus manos estarás bien. Quiero que ese niño nazca sano y fuerte. Lo enviaré a que te visite mañana mismo.

—Como quieras.

Bárbara besó a Carlos, quien tenía las mismas dificultades que hacía años para besar a una mujer dada su malformación en la mandíbula inferior.

—Señora, ¿puedo pasar? —Pablo Losantos llamó a la puerta de la estancia del palacio donde lo esperaba Bárbara Blomberg.

—Entrad.

—Señora, perdonad si no me hago entender, pero mi conocimiento del idioma alemán no es demasiado preciso —se excusó.

—Lo habláis bastante bien. Sentaos.

—Gracias. Vengo de parte de su majestad…

—Sé bien a lo que venís.

—Tengo que examinar vuestro estado de salud, señora; es una orden del emperador.

—¿Sabéis que estoy preñada?

—¡Cómo! ¿Embarazada?

—Sí, llevo dentro de mi vientre un hijo.

—Eso no lo sabía. Nadie me ha dicho nada.

—Es un hijo del emperador.

—¿Estáis segura?

—¿Sois tonto o sois un insolente?

—¡Oh!, señora, perdonad mi torpeza. No he pretendido ofenderos.

—Hace dos meses que soy amante del emperador. ¿No lo sabíais?

—Bueno, he oído algunos rumores, pero en la corte no cesan de circular ese tipo de chascarrillos. No se puede prestar atención a todos ellos.

—Pues en este caso es cierto. ¿Y bien?

—Pues supongo que tendré que comprobar que en verdad estáis embarazada.

—¿Y cómo vais a hacerlo?

—Pues como me enseñaron en la escuela de Salerno, donde estudié medicina.

—De acuerdo, podéis empezar.

—Permitidme que os haga algunas preguntas, y os ruego que seáis sincera en las respuestas, señora.

—Adelante.

—¿Habéis notado algún cambio en vuestro pecho?

—Sí. Han aumentado de tamaño un poco, y ya eran de por sí bastante grandes, y noto más sensibilidad en ellos cuando me los acaricia Carlos.

—¿Sentís cansancio y fatiga?

—No demasiado.

—¿Y náuseas y vómitos por las mañanas, al despertaros?

—Sí, desde hace un mes; eso es lo primero que sentí. Sé, por algunas amigas, que esos síntomas son las señales de que estás embarazada. También siento náuseas con ciertos olores y justo después de algunas comidas.

—Y supongo que no tenéis el período…

—La última vez que manché los paños íntimos fue justo una semana antes de conocer al emperador.

—¿Eso fue a comienzos de junio?

—No. En los primeros días de mayo. Desde entonces no he vuelto a tener el menstruo.

—¿Se os había retrasado en alguna ocasión?

—Nunca, desde los doce años, desde la primera vez.

—¿Habéis tenido dolores en el bajo vientre?

—¿En qué zona?

—Aquí —Losantos se señaló su pubis.

—Sí.

—¿Me permitís observar de cerca vuestros ojos y vuestra boca?

—Hacedlo.

Losantos se dio cuenta de que en torno a las mejillas de la joven había aparecido una leve erupción de acné.

—Por último, ¿puedo palpar vuestro vientre? Soy médico, señora.

Pablo recorrió con sus dedos el cuerpo de Bárbara bajo su pecho.

—¿Cuál es vuestro diagnóstico?

—Sí. Estáis embarazada.

—¡Su majestad va a empezar una guerra y me venís con estas, Losantos! —Nicolás Granvela daba vueltas por su gabinete como una fiera enjaulada.

—Señor canciller…

—Ni una palabra a nadie, ni una sola palabra. ¡El emperador ha dejado embarazada a una puta! ¡A una puta! Esa muchacha del demonio sabía bien lo que hacía. Cuatro años follándose a todos los ricos hombres de Ratisbona y llega don Carlos y la deja preñada al primer envite.

—Creo que han sido varios los envites, señor canciller.

—Uno o cientos de ellos, ¡qué más da! ¿Os habéis percatado bien de su estado? ¿Estáis seguro?

—Por completo. Doña Bárbara está embarazada, no tengo la menor duda —afirmó Pablo.

—¿Y si no fuera hijo del emperador? Esa mujer se ha acostado con varios hombres.

—Eso ya no puedo asegurarlo, señor.

—No, maldita sea, no. Ese hijo es de don Carlos. La hemos tenido vigilada todo este tiempo y estamos seguros de que solo ha dormido con su majestad.

—En ese caso, el emperador va a ser padre de nuevo. Si todo va bien, dentro de siete meses —precisó Losantos.

—Informaré al emperador; e insisto: vos no sabéis nada de todo esto.

Ratisbona, fines de julio de 1546

Por si quedaba alguna duda de las intenciones del emperador sobre su actitud firme y contundente hacia Francia y hacia los protestantes, ratificó, de nuevo en secreto, a su hijo Felipe como duque de Milán y declaró proscritos al duque de Sajonia y al príncipe de Hesse, los cabecillas de la Liga de Esmalcalda a la que financiaba Francisco I.

Mediado el verano ya estaban listas las tropas alemanas, italianas, austríacas, españolas y flamencas. Los generales del conglomerado de regimientos y tercios del ejército imperial esperaban la orden de salir en campaña para acabar con los partidarios de Lutero, al que los católicos consideraban un hereje y el causante de los disturbios que amenazaban con partir en dos la cristiandad.

Mientras andaba preparando la guerra, Carlos recibió la noticia de la muerte de Barbarroja. El corsario reconvertido en almirante de la marina otomana había fallecido a comienzos de julio en su palacio del barrio de Pera, a orillas del estrecho del Bósforo, en Estambul, donde hacía un año que se había retirado para dictar sus memorias. Tenía ochenta años.

—Ha sido un adversario formidable. Nos causó graves problemas y muchas bajas —le confesó Carlos a su hermano Fernando, el rey de romanos, que aquellos días había acudido a Ratisbona para coordinar las acciones que desarrollar en la inminente guerra. Los dos charlaban con dos grandes jarras cerveza en la mano.

—Dicen que se cansó de estar tantos años batallando.

—Ha dejado a su hijo Hasán al frente de la flota. Esperemos que no tenga la osadía y la sagacidad de su padre. Nos llegan noticias de que se están celebrando festejos en varias ciudades de Italia y España por la muerte de Barbarroja, que ya estará ardiendo en el infierno.

—¿Es verdad que cuando era joven se dedicaba a fabricar ollas y pucheros? —preguntó Fernando de Austria.

—Eso he oído, hermano, pero quién sabe la verdad…

—Barbarroja…

—Bermejo era el color de su pelo, cosa extraña entre los sarracenos.

—Tal vez fuera hijo de una cautiva cristiana —supuso el rey de romanos.

—Ahora que ha muerto, eso no importa nada.

—Hermano, ¿a qué verdad te refieres?

—A si hubo alguna vez un pacto secreto entre Barbarroja y don Andrea Doria. —El emperador se refería a ciertos rumores que corrían y que él había escuchado de las bocas de varios espías, quienes relataban que los dos grandes almirantes habían acordado en secreto que nunca se enfrentarían en combate en el mar.

—Es verdad que en alguna ocasión yo también he llegado a dudar sobre las verdaderas intenciones de don Andrea, pero el almirante Doria siempre ha sido fiel al Imperio.

—Y lo sigue siendo. No, no creo que existiera ese pacto, pero estoy seguro de que ambos se admiraban.

—Al menos sin Barbarroja al frente de la flota turca será más fácil acordar un tratado de paz con el sultán Soleimán.

—Eso espero. Ya le he enviado una carta con un embajador a Estambul indicándole que apoyo ese tratado y que tú tienes toda mi confianza para firmarlo.

—¿Cómo se encuentra mi sobrino? —preguntó Fernando cambiando de tema de conversación.

—Anda con muletas, pero dice en su última carta que ha mejorado mucho.

—Debe tener cuidado. La inconsciencia de la juventud juega malas pasadas.

El príncipe Felipe se había herido en las dos piernas mientras participaba, con demasiada vehemencia, en un torneo en Valladolid. Durante dos meses tuvo que ayudarse de unas muletas para poder dar algunos pasos.

—Supongo que aprenderá; y, como no hay mal que por bien no venga, me dice que está aprovechando estas semanas, en las que apenas puede moverse, para leer. Creo que es lo que más le gusta: leer. ¿Sabes que posee una biblioteca propia con más de mil libros? Don Cristóbal Calvete y don Juan de Zúñiga le han inculcado la pasión por la lectura.

»Mi fiel Zúñiga… He sentido mucho su muerte. Lo elegí como principal consejero de mi hijo el príncipe Felipe y le confié su educación y su cuidado. Creo que es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida, pero hace poco más de un mes que ha muerto.

A fines de junio había fallecido Juan de Zúñiga, quizá el más leal servidor del emperador, al que había nombrado comendador mayor de la Orden de Santiago en Castilla, regidor perpetuo de Valladolid, capitán de la Guardia Real, ayo del príncipe Felipe, miembro del Consejo de Estado y corregente de España.

—Mi sobrino será un gran rey.

—Hermano —el emperador puso un gesto serio—, mi hijo me sucederá algún día al frente de los reinos de España, pero hace tiempo que te prometí que tú heredarías el Imperio.

—Ese fue nuestro acuerdo secreto, querido Carlos.

—Sí, lo fue, pero no estoy seguro de que sea lo mejor para la casa de Austria. Hay consejeros que estiman que una división de mis dominios sería un error.

Fernando apretó los dientes. Hacía años, tras el nacimiento de Felipe, que ambos hermanos habían pactado un acuerdo por el cual Fernando de Austria, el nieto favorito del rey Católico, el que su abuelo hubiera deseado como su heredero en la Corona de Aragón, sería proclamado emperador a la muerte de Carlos, en tanto Felipe heredaría los dominios de Carlos en España, las Indias, Italia y los Países Bajos. Al escuchar aquellas palabras, dudó sobre las verdaderas intenciones de su hermano mayor.

—Sabes bien, querido Fernando, que lo más importante es la familia. Dejemos ahora este asunto y vayamos a lo inmediato, que es preparar la guerra contra los protestantes.

—De acuerdo, pero prométeme que trataremos tu sucesión cuando acabemos con esos fanáticos seguidores del fantasma de Lutero.

—Tienes mi palabra. Resolveremos ese asunto en una reunión de toda la familia.

—Y ahora, si me perdonas, me retiro. He quedado con mi hija María y su esposo. Debemos preparar nuestro viaje.

—Ha sido una buena boda y un excelente banquete. —María de Habsburgo, hija de Fernando y de Ana de Hungría, se había casado unas semanas antes en Ratisbona con el duque de Clèves, en una más de las alianzas matrimoniales de los Habsburgo.

—Tal vez deberíamos acordar una nueva boda —comentó Carlos.

—¿Cuál?

—La de mi hija María, que ya tiene dieciocho años, con tu hijo Maximiliano.

—¿Nuestros respectivos hijos, esposos?

—Sí. Llevo unos días dándole vueltas a esa idea. Nunca estaría más unida la familia que con ese enlace.

—Como desees.

Los dos hermanos se dieron un abrazo y se desearon suerte.

Cuando se marchó Fernando, Carlos ordenó que nadie lo molestara. Quería estar solo un buen rato.

Se sirvió una segunda jarra de cerveza y se sentó en un cómodo sillón.

Hacía ya más tres meses que vivía un apasionado idilio con Bárbara Blomberg. Habían sido semanas muy intensas, en las que llegó a perder incluso el sentido del tiempo tras pasar varias noches amando a aquella voluptuosa joven.

Se había enamorado como el muchacho que despierta de pronto a la pubertad, con una intensidad emocional instintiva, sin otra razón que una catarata de pasión brotando como un manantial de sensaciones irrefrenables.

Iba a ser padre otra vez. Hizo memoria de sus hijos vivos y muertos: Isabel, la primera, la hija que nunca reconoció porque hubiera sido un escándalo que se hubiera sabido que el rey de Castilla y de Aragón había dejado encinta a su propia abuelastra; Margarita, la hermosa, culta y discreta hija de Juana van der Gheynst, su fiel y eficaz lugarteniente en los Países Bajos, la que le hubiera gustado como heredera de todos sus dominios si hubiera nacido hombre y hubiera sido legítima, la que más se parecía a él; Tadea, la que tuvo con la bellísima Ursolina, aquella dama italiana cuya piel era como de seda; Juana, la que nació de aquella fugaz aventura con la dama de Nassau, la que quedó al cuidado de una de las hijas bastardas de su abuelo el rey Católico en un convento de Castilla, y a la que solo vio en una ocasión; y los hijos de Isabel, su amada esposa: el mayor, Felipe, su heredero, el que garantizaba la continuidad de la dinastía; María, a la que había de casar con su sobrino Maximiliano; Juana, a la que casaría con el príncipe de Portugal; y los otros hijos de Isabel muertos demasiado jóvenes, como Fernando, que apenas vivió un año, o Juan, o los otros dos nacidos y muertos el mismo día de los que ni siquiera recordaba el nombre.

Y ahora, otro retoño suyo latía en el vientre de Bárbara Blomberg…, una prostituta.

Se lo había revelado con toda delicadeza el canciller Granvela. Cuando lo escuchó, Carlos se sintió engañado, perdido, como el niño al que le han quitado su mejor golosina cuando apenas ha saboreado un pedacito. Su golosina.

Pensó y pensó qué hacer con aquella joven que por edad podía ser su hija, a la que cariñosamente llamaba Barbi.

Era tan hermosa…

Paso del Danubio, frente a Ingolstadt, septiembre de 1546

Los protestantes estaban preparados. Desde que decidieran no acudir a la Dieta de Ratisbona, sabían que no había otra solución al conflicto que la guerra abierta contra el emperador.

Habían desobedecido sus órdenes, se habían negado a acatar las resoluciones del Concilio de Trento y no abjuraban de las ideas de Lutero, a pesar de que el reformador ya había muerto.

Carlos dispuso del dinero para la guerra desde mediados de julio y a comienzos de agosto logró reunir a todo el ejército: veinte mil mercenarios alemanes, otros diez mil flamencos, los doce mil italianos del papa Paulo III y los diez mil españoles de los tres tercios viejos, recién llegados de Hungría, Nápoles y Milán, además de diez mil jinetes y unos quinientos artilleros.

El duque de Alba llegó con los tercios y el emperador lo nombró capitán general de todo el ejército, compuesto por algo más de sesenta mil hombres, diez mil caballos y ochenta cañones.

Listo para la batalla, a pesar de que los combatientes protestantes eran más de ochenta mil, salió de Ratisbona a principios de agosto, cuando supo que los cabecillas de la rebelión, el duque de Sajonia y el príncipe de Hesse, andaban concitando la adhesión de nobles y ciudades en las regiones del este de Alemania, cuyas milicias se pasaban en masa a las tropas protestantes.

El 15 de septiembre, tras una serie de hábiles maniobras tácticas, el duque de Alba, que ya capitaneaba las tropas imperiales, y el conde de Buren, que dirigía las tropas de los Países Bajos,

lograron reunirse. Carlos necesitaba algo de tiempo para enfrentarse en campo abierto contra los protestantes. Tenía que preparar una gran batalla y llegar a ella en condiciones de ganarla. Estaba seguro de que, si aplastaba a los sediciosos y lograba capturar a sus dirigentes, el movimiento protestante se disolvería en unas pocas semanas.

Avanzó con cautela Danubio arriba, hasta Ingolstad, por donde cruzó el gran río. Durante esa marcha se fueron agrupando todos los contingentes que acudían a la llamada de su emperador.

—Levantaremos aquí un campamento —ordenó el emperador a la vista de la ciudad de Ingolstadt—. Que los zapadores caven trincheras y fortifiquen las posiciones.

La decisión de Carlos fue acertada, pues la vanguardia logró aguantar una carga de la caballería del duque de Sajonia, que se acercó hasta la inmediaciones del campamento imperial, y una descarga de artillería de más de ochocientos cañonazos.

Nuevos ataques, no tan consistentes, de los reformistas fueron rechazados en los primeros días de septiembre. Los protestantes se vieron obligados a retirarse Danubio arriba hacia Neuburg.

Tiempo. Carlos de Austria necesitaba ganar tiempo hasta que todo su ejército estuviera concentrado y listo para aplastar al enemigo.

Sabía que si los tercios viejos españoles combatían en primera línea de fuego la victoria caería de su lado. Aquellos soldados curtidos en los campos de batalla en el norte de África, en Italia y en el norte de Francia eran invencibles en igualdad de condiciones y número de combatientes.

Habían vencido en Túnez a los fieros corsarios bereberes y habían liquidado a los orgullosos jinetes de la caballería francesa, y ahora podrían con todos aquellos protestantes, muchos de los cuales no eran soldados preparados para el combate, sino milicianos inexpertos reclutados en los talleres y mercados de las ciudades donde había germinado la diabólica semilla de Lutero.

El duque de Alba llegó al fin al frente de los tercios viejos e informó que todo el ejército estaba concentrado y listo para avanzar. Sin esperar un solo día más, Carlos dio la orden de cruzar el Danubio y marchar sobre Neuburg.

Al ver venir sobre ellos a los imperiales formados en posición de combate, las banderas desplegadas y los soldados cantando con fuerza el himno de los tercios, los de Neuburg salieron de la ciudad enarbolando una bandera blanca y se rindieron al duque de Alba.

—Tomad juramento de fidelidad a esas gentes y dejadlas en paz —ordenó el emperador.

—Pero, señor, esos hombres se han rebelado contra vuestra majestad. Merecen un castigo.

—Si juran lealtad, dejadlos libres —asentó Carlos con voz serena y firme.

—Como ordenéis.

—Avanzaremos por el Danubio hasta someter a todas las ciudades de esta región, no podemos dejar ningún reducto enemigo a nuestras espaldas; luego iremos hacia el norte, al corazón de la revuelta. Allí les daremos el golpe definitivo.

—Pero para entonces se habrá echado encima el invierno y las maniobras serán muy dificultosas —dijo el de Alba.

—Dejaremos pasar el invierno y con todo el ejército dispuesto para la batalla, en cuanto remitan los grandes fríos, hielos y nieves, allá por los comienzos de la primavera, lanzaremos una ofensiva con todas nuestras fuerzas y aplastaremos a cuantos han rechazado mi autoridad,

como ya hicimos ocho años atrás al reprimir la revuelta de los habitantes de Gante, mi ciudad natal.

»Nada ni nadie puede retar al Imperio y a España y resultar inmune. Nada. Nadie.

Salamanca, septiembre de 1546

El niño venía torcido.

Luis Losantos y Leonor de Arbués esperaban su primer hijo, que estaba a punto de nacer en casa de Diego de Arbués. De origen aragonés, el padre de Leonor le había dicho a su yerno que en aquel reino era costumbre que los niños nacieran en casa de los abuelos maternos.

Asistida por la tía y la hermana de Luis, Leonor de Arbués se retorcía de dolor en el lecho, mientras su esposo y la partera masajeaban su vientre para intentar darle la vuelta al feto.

—Aquí está la cabeza. Empujad suavemente hacia la izquierda. Yo sujeto esta zona del vientre para ver si podemos colocarlo en buena posición. Hay que darle la vuelta —le dijo Luis a la partera.

—Ojalá lo consigamos.

—Viene de pie. Será un parto difícil. Prepara agua caliente y paños limpios —le indicó Luis a su hermana.

—Hemos traído varios apósitos por si fueran necesarios —dijo María Losantos—, e infusiones de tisana y té de roca. Creo que Leonor lo necesitará.

—No consigo que se dé la vuelta. Parece como si este niño no quisiera salir —dijo la partera.

—Viene de pie. Habrá que sacarlo deprisa —comentó Luis.

—Entre los dos podemos hacerlo.

—Tienes que ayudarnos, Leonor. Empuja con fuerza; yo te guío.

La esposa de Luis asintió con la cabeza, apretó los dientes y, superando su dolor, empujó y empujó.

El niño sacó un piececito, que la partera cogió entre sus dedos y tiró despacio con una mano mientras con dos dedos de la otra intentaba asir el otro pie. Luis Losantos empujaba con sus dos pulgares sobre el pubis de Leonor intentando acercarlo.

—¡Ya lo tengo! —dijo la partera.

—Muerde este pañuelo —le pidió Luis a su esposa.

Poco a poco, el astrólogo y la partera fueron tirando de las extremidades del niño hasta que lograron que saliera el tronco, los brazos y por fin la cabeza.

—¡Es un niño! —exclamó Losantos pleno de gozo—. Nuestro hijo —le dijo a Leonor, que entre lágrimas y gestos de dolor intentó dibujar una sonrisa.

—Aquí está. Tomad a vuestro hijo —habló la partera, que ya había cortado y atado el cordón umbilical.

Luis Losantos dio un cachete al niño en las nalgas y el pequeño rompió a llorar con fuerza.

—¿Está bien, está bien? —preguntó Leonor entre sollozos, mezcla de dolor y alegría.

—Muy bien. Míralo. —El astrólogo colocó al niño sobre el pecho de su madre, que lo acarició y lo besó.

—Dejadnos que lo aseemos. Ahora toca lavarlo. Ayúdame, Isabel —comentó María Losantos.

Habían pasado dos días desde el nacimiento, el niño estaba bien y Leonor se recuperaba de los desgarros sufridos durante el parto.

—¿Cómo vas a llamarlo? —le preguntó María Losantos a su sobrino.

—Diego —respondió Luis.

—No ha habido ningún Diego en nuestra familia. Ese es el nombre del padre de Leonor.

—A nuestro padre le hubiera gustado que lo hubieras llamado Pablo, como él. En nuestra familia el primer nieto siempre ha llevado el nombre del abuelo paterno.

—Lo sé, pero creo que padre no se enojará por ello. Le pondremos su nombre a nuestro segundo hijo.

—Le hubiera gustado estar aquí.

—Sí, me lo comentó en su última carta. Pero el emperador lo necesita a su lado, ahora más que nunca. Padre no me pudo desvelar las razones en su misiva, porque los planes de guerra eran un secreto que se hubiera desvelado si esa carta hubiera caído en manos ajenas. Pero ahora don Carlos ya está en campaña contra los protestantes y le harán falta todos los médicos disponibles para atender a los heridos en las batallas que se avecinan.

Aquel verano falleció Francisco de Vitoria. Luis Losantos los sustituyó en las clases de derecho y leyes, pero seguía aspirando a impartir astrología.

Todo iba bien aquel mes de septiembre, el recién nacido había superado los primeros días, Leonor de Arbués no había tenido las temibles fiebres puerperales y se recuperaba del difícil parto, Luis había comenzado sus clases en la universidad en la cátedra que ocupara hasta su muerte Francisco de Vitoria, y su tía y su hermana ganaban dinero con la venta de sus infusiones, pomadas y bálsamos, hasta que un día…

El rostro de Isabel se tensó como si se hubiera congelado de repente. Habían pasado tres años, tiempo suficiente como para olvidarlo, pero la pesadilla estaba de nuevo allí.

Apoyado en la pared de una casona a pocos pasos de su puerta, José de Béjar dibujaba en su rostro una sonrisa burlona y a la vez lasciva.

Sí, era aquel tipo, el oficial de la Inquisición que la había manoseado en Valladolid cuando se presentaron en su casa los familiares del Santo Oficio para registrarla.

Intentó ignorarlo y evitar su mirada, pero José de Béjar se cruzó en su camino y le cortó el paso.

—Por la sorpresa que refleja tu rostro, veo que no me esperabas —le dijo—. El destino es caprichoso. Supe que te habías marchado de Valladolid y que andabas por Salamanca. Y ¿sabes qué?, pues hace un par de meses el Santo Oficio me ha encomendado que presida el tribunal de esta ciudad; y aquí estoy. Y me dije: ¿seguirá en esta ciudad esa brujita o se habrá marchado con sus pócimas y hechicerías a otro sitio?

—No son hechicerías, sino medicinas para curar enfermedades —bisbisó Isabel sin levantar la vista del suelo.

—Eso lo tendrá que decidir mi tribunal. Y te aseguro que resolverá que lo que hacéis tú, tu tía y tu hermano son pócimas del demonio, salvo que… —El inquisidor se llevó los dedos índice y anular a la nariz y aspiró con fuerza—. Todavía recuerdo tu olor cada vez que huelo mis dedos. ¿Lo recuerdas tú?

»Sé que tu querido hermano ocupa una plaza en la universidad y que aspira a ganarla en propiedad. Para ello necesitará estar limpio de cualquier sospecha de judaizante o de hereje. Y tú

puedes lograr que así sea. Supongo que no necesitas que te diga cómo puedes ayudar a que lo consiga. Basta con que acabemos aquella faena que dejamos inconclusa en tu casa de Valladolid.

»Tendrás pronto noticias mías.

El inquisidor pasó su mano por delante de la falda de Isabel, entre los muslos, sonrió con lascivia y se marchó calle arriba.

El corazón de la muchacha latía como el de un caballo desbocado.

Salamanca, mediados de octubre de 1546

Luis Losantos se dio cuenta enseguida.

Su hermana apenas había probado bocado durante la cena, tenía la mirada perdida y daba vueltas y vueltas con su cuchara a la sopa de su escudilla.

—¿Nos lo vas a contar? ¡Eh!, hermana, te pregunto a ti —precisó Luis con toda naturalidad.

—¡Qué! —se sorprendió Isabel.

—Que si nos vas a decir qué es lo que te pasa. Llevas dos días sin abrir la boca; a saber dónde tienes puestos tus pensamientos.

Leonor de Arbués, que amamantaba a su hijo de poco más de un mes, le acarició la carita mientras María Losantos asintió a las palabras de su sobrino.

—No me pasa nada. ¿Qué me iba a pasar? —habló Isabel.

—Si prefieres no contarlo, de acuerdo, pero, si algo te preocupa o tienes algún problema, es mejor que lo comentes con tu familia —insistió Luis.

María Losantos cogió entonces la mano de su sobrina, la sujetó entre las suyas y cerró los ojos. Intentó captar alguna sensación, una de aquellas premoniciones que de vez en cuando sentía en su interior desde que era una niña, y se estremeció.

—El domingo de la semana pasada vi por las calles de Salamanca a unos condenados por la Inquisición. Era un auto de fe. Dos hombres y cuatro mujeres descalzos, vestidos con sambenitos, esos simples camisones hasta por debajo de las rodillas, y tocados con capirotes con dibujos de diablos y pecadores ardiendo entre llamas, desfilaban con candelas en las manos. Tras ellos caminaban dos plañideras profesionales que proferían grandes alaridos, se mesaban sus cabellos embadurnados de ceniza y se daban golpes en el pecho, y dos docenas más de personas que acompañaban a los reos imprecando insultos hacia ellos. Se dirigían a la iglesia de San Esteban, a oír misa, y se disciplinaban las espaldas con cuerdas de cáñamo trenzadas con nudos.

»Los escoltaban media docena de familiares del Santo Oficio, entre los cuales creí reconocer a quien los mandaba.

—¡Ese canalla de Valladolid! ¿Es por eso, Isabel? ¿Está aquí ese tipejo? —se enardeció Luis Losantos, que recordó de pronto lo sucedido tres años antes en Valladolid.

Isabel bajó la mirada y, aunque intentó evitarlo, lloró.

María soltó sus manos y abrazó a su sobrina.

—Voy a acostar al niño —dijo Leonor, que había acabado de darle el pecho y a la vez encontró una buena excusa para dejar solos a los tres Losantos.

—¡Acabaré con ese cabrón! —exclamó Luis una vez que su esposa hubo salido de la cocina.

—¡No! Irías a la cárcel y te ejecutarían. ¿Qué sería entonces de tu mujer y de tu hijo, y de nosotras? ¿Y de padre? El hijo del médico del emperador condenado por asesinar a un oficial de la Inquisición. Tú morirías y sobre toda nuestra familia caería una inmensa desgracia. Piensa en tu hijo. ¡No lo hagas, Luis, te suplico que no lo hagas!

Ulm, fines de enero de 1546

Había rechazado todos los ataques del ejército protestante, había resistido todos los envites en el curso del Danubio, había ocupado todas las ciudades y había asentado sus posiciones a pesar de las lluvias. El emperador seguía en pie.

La mayoría de los doce mil soldados italianos enviados por el papa desertó, pero Carlos decidió seguir adelante y avanzó con determinación. Durante los meses de octubre y noviembre se cruzaron algunas escaramuzas, siempre favorables a los imperiales, con los enemigos y las tropas dirigidas por el duque de Alba fueron ocupando las ciudades al norte del curso del Danubio. Ante esa progresión, varios nobles y caballeros partidarios de los reformistas acudieron ante el emperador para pedirle perdón postrados de rodillas y ponerse de su lado.

A principios de diciembre las tormentas se desataron con toda furia y comenzó a nevar y a helar como hacía tiempo que no se veía. Varios generales le pidieron al emperador que licenciara las tropas y que se retirara antes de que cayera encima lo más duro del invierno, que algunos campesinos auguraban que sería muy frío, dadas ciertas señales emitidas por las plantas y los animales.

Carlos se negó y esperó a ver qué hacían los generales protestantes.

Desanimados por las derrotas, los abandonos y la perseverancia del emperador, el ejército reformista se disgregó a mediados de diciembre y muchos de sus contingentes se retiraron a sus lugares de origen.

Tras someter Baviera y Suabia, Carlos entró triunfal en la ciudad imperial de Heilbronn, a orillas del río Neckar. Frankfurt, una de las principales plazas de los protestantes, se rindió el mismo día de Navidad. Sus munícipes renunciaron a la Liga de Esmalcalda y le entregaron al emperador doscientos mil escudos a cambio del perdón.

Carlos, aunque enfermo, dolorido y medio paralizado por la gota y la artrosis, había ganado el primer envite, pero le faltaba dar el golpe de gracia en la batalla definitiva.

A fines del mes de enero de 1547 hacía un frío de todos los demonios en el corazón del sur de Alemania. La ciudad de Ulm, agrupada en torno a su gigantesca catedral de piedra y vidrio, estaba congelada bajo una capa de un palmo de nieve helada.

Ulm había caído en poder del emperador y allí se había instalado tras someter a nuevas villas y a muchos más nobles que habían solicitado el perdón durante la fiesta de los Reyes Magos. Caballeros, burgueses y pueblos enteros le prestaron juramento de fidelidad y se arrepintieron públicamente por haberse resistido a su autoridad.

Apenas nadie se atrevía a dar un paso por las calles, pero Carlos, de nuevo martirizado por la gota, ordenó que la vida siguiera como si nada ocurriese y promulgó un edicto por el cual a partir de entonces todas las ceremonias de la corte imperial se regirían según la etiqueta de Borgoña, hiciera calor, frío, nevara o diluviara, aunque se permitiría que se adoptaran en cada lugar los usos y costumbres tradicionales.

Por el palacio municipal de Ulm, en cuya sala grande se instaló el salón del trono, fueron pasando durante la última semana de enero las autoridades y representantes de las ciudades sometidas.

Especial relevancia tuvo la ceremonia de solicitud de perdón por parte de la ciudad de Augsburgo. Sus consejeros municipales, vestidos con sus mejores ropajes pero sin joya alguna

encima, se arrodillaron ante Carlos, con sus gorros de piel en las manos, y con suma humildad solicitaron perdón proclamando que habían sido desleales, a la vez que solicitaban clemencia por sus pecados y sus faltas.

Entre tanto, Pablo Losantos cuidaba del emperador, le proporcionaba medicinas y le aconsejaba qué alimentos tomar. Carlos no le hacía apenas caso, pues en cuanto notaba una leve mejoría de su resentida salud, se tomaba un codillo de ternera guisado con verduras, un lomo de buey o una cuarta de carnero asado, siempre acompañados de tres o cuatro jarras de cerveza bien cumplidas.

El médico mantenía la correspondencia con su familia en Salamanca, a la que hacía llegar una carta cada cuatro o cinco meses a través del correo imperial. Desde luego, en la respuesta de su hijo Luis a su última misiva, que recibió en Ulm mediado el mes de enero, nada le decía de lo que estaba ocurriendo con el oficial de la Inquisición.

Salamanca, mediados de febrero de 1547

—Los demonios están en todas partes y en todo el tiempo. Cada mes tiene su propio diablo: Beliar en enero, Leviatán en febrero, Satán en marzo, Astarté en abril, Lucifer en mayo, Baalberith en junio, Belcebú en julio, Astaroth en agosto, Thamuz en septiembre, Baal en octubre, Hécete en noviembre y Moloch en diciembre —recitó de corrido y con una amplia sonrisa el inquisidor José de Béjar.

—Os felicito. Poseéis una memoria prodigiosa —lo halagó Luis Losantos.

José de Béjar y Luis Losantos tomaban una jarra de vino de Toro en una taberna cercana al colegio de Santiago, el que Alonso de Fonseca, quien fuera arzobispo de Compostela, había fundado treinta años atrás para acoger a los estudiantes gallegos que acudían a la Universidad de Salamanca.

—La mujer es más débil que el hombre. Lo sabe bien el diablo y por eso primero convence a la mujer, para que luego esta corrompa al hombre con sus malas artes.

—¿Os referís a los súcubos? —le preguntó Luis Losantos. El astrólogo llevaba dos meses detrás de José de Béjar, del que se había hecho amigo frecuentando el tribunal del Santo Oficio como profesor de la universidad. Lo había hecho por conveniencia, pues lo que esperaba era el momento propicio para deshacerse del hombre que estaba haciendo sufrir a su hermana.

—Los súcubos son los mismos demonios que adoptan la forma de mujer. No, me refiero a los diablos que imitan la figura del hombre, los íncubos, para aprovecharse de la debilidad de las mujeres, seducirlas, apartarlas de la Iglesia y corromperlas para que luego esas mujeres hagan lo propio con los hombres —explicó José de Béjar repitiendo lo que había leído en el manual de inquisidores.

—Dicen algunos que la mujer es más amarga que la muerte —comentó Luis a la vez que servía más vino a Béjar.

—Mucho más. El hombre es como el sol, luminoso y caliente, y la mujer como la luna, fría y tenebrosa. Así nos hizo Dios. Las mujeres son brujas que siguen al diablo y lo adoran en cuanto este las convence para que lo obedezcan ciegamente. Sé de algunas que utilizan el vello de su pubis para hacer bebedizos y filtros amorosos con los cuales apoderarse de la voluntad de los hombres. He apresado y emplumado como castigo a algunas alcahuetas que se dedicaban a ello.

—¿Estáis casado? —le preguntó Luis Losantos a José de Béjar.

—No. Lo estuve cuando vivía en Valladolid, pero mi mujer falleció al dar a luz a mi primer y único hijo, que también murió en el parto; por fortuna, era una niña. No me he vuelto a casar y nunca lo haré. Ya os he dicho que las mujeres son maléficas; son la esencia del mismo demonio hecho carne.

—Yo lo estoy y tengo un hijo de cinco meses. Afortunadamente es un varón. ¿Me hacéis el honor de brindar por ello? —comentó Luis, que volvió a llenar el vaso del inquisidor con el denso y goloso tinto de Toro.

—Necesito ir a mear; aguardad un momento. —Béjar apuró el vaso y se levantó para ir a la letrina en la parte posterior de la taberna.

Era el momento que esperaba Losantos. Cuando el inquisidor salió de la sala, Luis cogió una bolsita que guardaba en un bolsillo interior de su pelliza, vertió los polvos que contenía en el vaso de Béjar y volvió a llenarlo de vino.

—Ese miserable no volverá a molestar a Isabel —comentó Luis a su tía.

—¡Dios mío! ¿Qué le has hecho? —María Losantos comprendió enseguida lo sucedido.

—No te preocupes. Ha sufrido un paro cardíaco. Un médico lo ha confirmado.

—¿Lo has envenenado? —le preguntó María. Luis calló—. Sí, lo has envenenado.

—Eso ya no importa.

—¡Las adelfas! Por eso me pediste que elaborara un destilado de adelfas.

Cuatro meses antes Luis Losantos le había pedido a su tía que destilara y licuara flores de adelfas que luego secó, solidificó y machacó hasta convertir en los polvos que le había echado al vino de José de Béjar en aquella taberna.

El inquisidor, ahíto de vino, salió tambaleándose, pero pudo llegar a su casa, donde a las pocas horas sufrió una parada del corazón. El cadáver fue encontrado a la mañana siguiente en medio de un charco de vómitos morados. El médico que lo atendió solo pudo certificar que su corazón se había detenido a causa de la ingesta de una gran cantidad de vino.

Ratisbona, 25 de febrero de 1547

Recibió los tres mensajes el mismo día de comienzos de febrero: dos muertes y una nueva vida.

En el primero, el embajador en Londres le comunicaba a Carlos el fallecimiento del rey Enrique VIII de Inglaterra y la subida al trono del rey niño Eduardo, el hijo de Juana Seymour. María, la única hija que sobrevivió de su primer matrimonio con Catalina de Aragón, quedó relegada y bajo sospecha por su condición de fervorosa católica.

En el segundo, un correo imperial anunciaba la muerte en la ciudad de Praga de Ana de Hungría, su cuñada, la esposa de Fernando de Austria, el rey de romanos y sucesor en el Imperio, poco después de dar a luz a una niña. De ese matrimonio habían nacido quince niños en veintidós años; todos sobrevivieron al parto. Aún vivían doce.

Y en la tercera se le hacía saber que estaba a punto de nacer su hijo, el que había engendrado con la hermosa Bárbara Blomberg durante su estancia el pasado año en Ratisbona.

En esos días el emperador no pensaba en otra cosa que en liquidar al duque de Sajonia y al príncipe de Hesse, los dos nobles más importantes de entre aquellos que se mantenían en rebeldía y mostraban su adhesión al bando de los reformistas, como única manera de acabar con la revuelta protestante. La rebelión de los partidarios de Lutero parecía abocada al fracaso, pues

hasta el papa Paulo había decidido clausurar las sesiones del Concilio de Trento y trasladarlas a Bolonia.

Le hubiera gustado asistir al nacimiento de su hijo, pero debía atender a la marcha de la guerra en Alemania y ayudar a su hermano Fernando, quien, tras el duelo causado por la muerte de su esposa Ana, necesitaba apoyo para mantener a raya a los turcos en el curso medio del Danubio.

De modo que llamó a Pablo Losantos y le ordenó que se trasladara de inmediato a Ratisbona para asistir al parto de Bárbara. Le dio instrucciones y plenos poderes para que se hiciera cargo del niño, que de ninguna manera debía quedar bajo la custodia de la madre.

Una semana tardó Losantos en recorrer las algo más de ciento treinta millas que separan Ulm de Ratisbona, a través de campos helados, aunque algunos días ya lució un tímido sol.

—El niño será puesto inmediatamente bajo la custodia de don Adrián Dubois, ayuda de cámara de su majestad, y de su esposa, que actuarán como tutores legales —les explicó Pablo Losantos a los padres de Bárbara, que habían recibido al médico en su casa de Ratisbona, donde la joven Blomberg estaba a punto de dar a luz.

—¿Vais a separar al niño de su madre? —preguntó compungida Sibila Lohman, la madre de Bárbara.

—Es una orden del emperador.

—Pero el niño necesitará tomar el pecho; permitid que al menos los primeros meses esté con mi hija —terció Wolfgang Blomberg.

—Señor, su majestad ha dado una orden y nadie debe cuestionarla. Yo asistiré al parto y, nada más nacer, el hijo de don Carlos será entregado a la custodia de don Adrián y de su esposa. No hay nada más que debatir.

—Mi hija desea tanto ese niño —suspiró Sibila—. Lo cuidaría bien, yo la ayudaría en ello. Por favor, don Pablo, mediad ante el emperador, decidle que su hijo estará en las mejores manos. Os lo suplicamos.

«¿El hijo del emperador en las manos de una puta?», se preguntó Losantos en silencio.

—No. No hay vuelta atrás. La orden de su majestad es tajante. Ese niño no puede quedarse con su madre, de ninguna manera —dijo ahora en voz alta.

—¿Podrá al menos mi hija verlo en alguna ocasión?

—Eso ya no lo sé, señor Blomberg. No puedo decirle nada a ese respecto. Don Carlos no me ha dado ninguna instrucción sobre ello.

—Es un varón. Ha nacido sano y con fuerza. Sobrevivirá —comunicó Pablo Losantos a los padres de Bárbara Blomberg tras el parto.

—¿Os lo vais a llevar ya? ¿Ni siquiera permitiréis que veamos un instante a nuestro nieto?

—Señora… De acuerdo. Podéis entrar en la sala y verlo, pero debo llevármelo de inmediato.

—¿Y la lactancia?

—He contratado para ello a una joven de esta ciudad que acaba de parir y tiene pechos como tinajas. Lo alimentará bien. Vamos, señores, pasad a ver al niño, no hay mucho tiempo.

—Gracias, don Pablo, muchas gracias —dijo Wolfgang.

Pablo entró con los dos abuelos Blomberg a la sala donde dos comadronas habían preparado al niño, al que ya estaba amamantando el ama de cría. La madre no estaba allí. Se había quedado en la cama en la sala del parto. Solo había visto a su hijo durante un instante, de reojo, cuando lo

sacaban de entre sus piernas antes de llevárselo envuelto en un paño y entre sollozos a la otra alcoba.

—Debo marcharme —dijo Losantos.

—Por favor, solo unos momentos más, por favor —suplicó Sibila, que miraba a su nieto desconsolada.

—Aquí tenéis la primera entrega —Losantos le dio una bolsa a Wolfgang Blomberg—. Contiene doscientos florines. Es la pensión que cada año se le asignará a doña Bárbara. Con ese dinero podrá vivir sin estrechuras.

—¿Cada año? —preguntó el comerciante de pieles.

—Cada año, en dos entregas de cien florines, o ducados en su caso, cada una.

—¿Dónde llevaréis al niño?

—Ya os he dicho que se criará con don Adrián Dubois, pero, cuando cumpla un año, si sobrevive, será trasladado a España. El emperador desea que su hijo crezca en sus dominios españoles.

—¿En Castilla?

—O en Aragón, no lo sé. —Pablo no les confesó la verdad: que el emperador quería que su hijo se criase y creciese lejos de su madre.

—Entonces, no volveremos a ver a nuestro nieto —lamentó Sibila.

—Supongo que no. Y además nunca volveréis a hablar de este niño. Nunca. ¿Entendido? Su origen debe ser un secreto. Esos doscientos florines anuales os ayudarán a callar y a olvidar.

Al pronunciar aquellas palabras con tanta frialdad y contundencia, Pablo Losantos sintió un extraño estremecimiento en su interior.

Él no era así; nunca había sido un hombre sin sentimientos, sin afectos, carente de cariño y desprovisto de misericordia y de piedad. Salió a la calle, aspiró aire fresco y lloró.

Dos días después el médico salía de Ratisbona con el hijo del emperador custodiado en una cómoda carreta y en brazos de su ama de cría. No se había registrado en ningún sitio; no constaba en ningún libro aquel nacimiento. No se certificó en ninguna parte que los padres de aquel niño eran Carlos de Austria y Bárbara Blomberg; que era el hijo de un emperador y de una puta.

Mühlberg, 24 de abril de 1547

Tras dejar al hijo de Carlos y Bárbara al cuidado de sus tutores legales, Pablo Losantos regresó al lado del emperador al que dio cumplida cuenta de lo hecho en Ratisbona.

La comitiva imperial había dejado Ulm y Pablo la alcanzó en la ciudad de Nördlingen, donde se había detenido a fines del invierno a causa de un nuevo ataque de gota de Carlos.

Allí permanecieron durante dos semanas, que Carlos aprovechó para estudiar la estrategia militar que seguir contra los protestantes y escribir cartas a sus hermanos María y Fernando en las que les notificaba sus planes. Antes de salir de Nördlingen recibió nuevos juramentos de fidelidad.

Ya repuesto de la gota, siguió adelante al frente del ejército, siempre con las banderas desplegadas y los estandartes en alto, con la obsesión de acabar con el duque de Sajonia y el resto de los rebeldes cuanto antes.

A principios de abril un correo comunicó la muerte de Francisco I de Francia. Lejos de confortarse por la desaparición de su peor enemigo, Carlos de Austria se sintió compungido. Hacía un cuarto de siglo que combatía contra aquel hombre, media vida luchando contra un

enemigo formidable, capaz de acogerlo en su reino con el mayor de los honores y de traicionarlo una y otra vez, de ofrecerle un acuerdo matrimonial entre sus hijos y de invadir sus dominios sin excusa alguna. Pensó también en su hermana Leonor, reina de Portugal y reina de Francia, a la que podría reclamar a su lado ahora que su esposo había muerto.

En el mismo correo se anunciaba la proclamación de Enrique como nuevo rey de Francia. Casado con la intrigante Catalina de Médici, Enrique seguía sin olvidar los años que pasó en Castilla como rehén del emperador.

Los esfuerzos diplomáticos de los embajadores imperiales para atraerse a varios príncipes alemanes habían tenido un notable éxito. Siguiendo instrucciones, habían manifestado que aquella no era una guerra por cuestiones de religión y que no se trataba de castigar a unos herejes, sino a unos rebeldes a la autoridad imperial.

Los protestantes, que acusaban a Carlos de ser un monarca extranjero y de someter a Alemania a un poder ajeno, no se habían atrevido a atacar al emperador el año anterior en Ratisbona, cuando su posición era débil y apenas contaba con efectivos para defenderse, y le habían permitido reforzarse y encontrar nuevos aliados.

A comienzos de la nueva primavera los de la Liga de Esmalcalda decidieron reanudar la guerra. Les habían informado que el ejército imperial solo disponía de unos treinta mil efectivos, la mitad que el otoño anterior, y que el papa Paulo III había retirado sus tropas.

Sometido durante el otoño y el invierno el sur de Alemania, el ejército imperial se había dirigido al norte, donde esperaba librar la batalla decisiva contra el duque de Sajonia. Eran muchos menos que los rebeldes, pero entre los imperiales formaban las mejores tropas, las más preparadas y las de mayor experiencia en combate.

A comienzos de abril llegó Fernando de Austria, que había sufrido algunos reveses en escaramuzas libradas contra el duque de Sajonia, y se recibió una carta de Felipe en la que comunicaba que había convocado a las Cortes de la Corona de Aragón en la villa aragonesa de Monzón y que enviaba dinero para sufragar los costes de la guerra.

Con todo el ejército reunido, los dos hermanos Austrias avanzaron hacia el valle del río Elba; el duque Juan Federico, gran elector y cabeza de los rebeldes, había optado por dejar que el ejército imperial se adentrara en Sajonia para debilitarlo mediante emboscadas y escaramuzas, cortarle los suministros y asestarle el golpe definitivo.

La vanguardia de Carlos alcanzó al ejército de Juan Federico de Sajonia en la localidad de Mühlberg, a orillas del Elba, y ambos bandos se apostaron para la gran batalla, uno a cada orilla del río.

La tarde del 23 de abril el ejército imperial se desplegó a lo largo de la orilla izquierda. Carlos le ordenó al duque de Alba que buscara una zona propicia para cruzar el cauce.

La suerte se alió con el emperador. Una partida de exploradores enviados por el duque de Alba para localizar la mejor zona para atravesar el río se encontró con un campesino que los abordó a la vez que echaba pestes de los protestantes. Preguntado por su enfado, aquel hombre les dijo que le habían robado sus dos caballos y lo habían arruinado. Entonces le preguntaron si conocía algún vado por donde se pudiera cruzar el río a caballo, a lo que aquel individuo les dijo que sí, que él lo cruzaba cada día para ir a cultivar sus campos al otro lado. Los llevó a ese lugar y los exploradores comprobaron que era cierto cuanto decía.

Informado el duque de Alba, este se lo comunicó al emperador, que aquella misma tarde decidió ponerse al mando efectivo del ejército. Tenía un ataque de gota y se le había enrojecido la piel con una aparatosa erupción, pero apretó los dientes, soportó el dolor y se hizo ver a caballo entre sus soldados.

Aquel domingo, 24 de abril, el campamento imperial se había despertado en medio de una densa niebla.

—¡Todos preparados! Hoy libraremos el gran combate —dijo Carlos a la puerta de su tienda entre la espesa niebla.

—Apenas hay visibilidad. ¿Crees que es apropiado iniciar una batalla en estas condiciones? —le planteó su hermano Fernando.

—Debemos aprovechar este momento. Hace un año estábamos perdidos. Solo contábamos con nueve mil soldados, mientras la Liga de Esmalcalda alineaba en sus filas hasta noventa mil. Si nos hubieran atacado entonces, durante la Dieta de Ratisbona, nos hubieran aplastado y ahora no estaríamos aquí.

—Disponemos de los diez mil veteranos de los cuatro tercios viejos españoles, veinte mil lansquenetes alemanes y flamencos distribuidos en cuarenta y cuatro coronelías, unos veinte mil infantes italianos y flamencos, siete mil caballos y quince piezas de artillería. La Liga de Esmalcalda nos supera en número: cuenta con ochenta y cinco mil hombres y más de cien cañones.

—Cada soldado de cada uno de esos regimientos de los tercios vale al menos como dos. Desplegaremos el ejército a lo largo del río como comentamos anoche, cruzaremos el vado que nos reveló ese campesino y, en cuanto se despeje esta niebla, atacaremos de improviso. Estoy seguro de que los sorprenderemos desprevenidos.

Tal como ordenó Carlos, las tropas imperiales fueron tomando posiciones en su orilla.

—Majestad, estamos preparados. Hemos requisado una treintena de barcas para que pasen los infantes, y el vado que nos mostró ese campesino permite que crucen los caballos e incluso los hombres que sepan nadar, o al menos que no le teman al agua, pues hemos comprobado que la máxima profundidad en ese punto apenas llega a la altura del pecho —informó el duque de Alba.

—Gracias, don Fernando; excelente maniobra. ¡Ah!, y que se le entreguen a ese campesino dos caballos en compensación por los que le robaron los protestantes, y además una bolsa con cien ducados. Ordenad a los tercios que comiencen a cruzar el río. Yo iré al frente de la caballería por el vado.

—¿Entre la niebla? Vadear un río tan caudaloso como el Elba ya es muy peligroso de por sí, pero con esta niebla… Lo haremos, majestad, claro que lo haremos —asentó el de Alba.

—Si conseguimos que al menos los tercios viejos crucen esa corriente sin que el enemigo se dé cuenta de ello, tendremos ganada la batalla.

Y lo hicieron.

El duque de Alba pronunció una arenga en la que les dijo a sus hombres que lo que estaban haciendo fue lo mismo que hicieron siglos atrás las legiones de Julio César cuando cruzaron el Rubicón y lograron grandes honores y glorias.

A cubierto de la vista de los protestantes de la Liga de Esmalcalda por la niebla, dos banderas de arcabuceros españoles de los tercios viejos se desnudaron y se metieron en el agua, con los arcabuces, la munición y un hatillo con la ropa alzados sobre sus cabezas para evitar que se mojaran y las espadas y los cuchillos entre los dientes. Avanzaron en silencio por el vado que el día anterior habían cruzado los exploradores, uno tras otro, siguiendo la estela del compañero, con el agua hasta el pecho, y alcanzaron la otra orilla.

Los soldados de los tercios usaron la táctica que conocían como la «encamisada», que consistía en realizar incursiones nocturnas con tropas ligeras y causar al enemigo todo el daño

posible. Los atacantes usaban camisas blancas con un aspa roja destacada para ser reconocidos en la oscuridad por sus compañeros.

Con total rapidez y absoluto sigilo, liquidaron a un grupo de vigías enemigos, se vistieron con las ropas secas y formaron un semicírculo en torno al lugar donde el vado tocaba la orilla derecha del Elba.

Una vez asegurada la cabeza de puente, emitieron el silbido acordado y el duque de Alba dio la orden para que cruzara el resto de la tropa en las barcas, mientras la caballería lo hacía por el vado. Cada jinete llevaba a la grupa a un arcabucero con su arma preparada para disparar.

Con la caballería ya al otro lado, se inició el paso de los infantes y lansquenetes, y con ellos Carlos de Austria a caballo, a cuyo lado iba el campesino que había revelado el paso.

Justo cuando comenzaba a despejarse la niebla, el emperador, su hermano Fernando y el duque de Alba se colocaron al frente de la caballería, que se había reorganizado en escuadrones perfectamente formados, con los herreruelos, los jinetes ligeros armados con lanzas cortas y espadas, arcabuceros a caballo y la caballería pesada acorazada con los reyes de armas.

Todavía no habían pasado todos los soldados cuando comenzó a disiparse la niebla. Era poco antes de mediodía; los primeros rayos del sol se filtraron entre las nubes.

—¡Os lo dije, señores, los hemos cogido desprevenidos! Preparaos para la carga! —ordenó el emperador.

Los de Esmalcalda no esperaban el ataque. Suponían que los vigías destacados junto al vado se percatarían de cualquier intento de cruzar, pero habían sido eliminados sin que ninguno pudiera avisar de la estratagema. A ninguno de sus generales se le había ocurrido que los imperiales iban a ejecutar semejante maniobra. Parecía imposible que estuvieran allí, en su lado del río, como una aparición letal.

La niebla se disipó en apenas media hora bajo el calor de los rayos del sol y los aterrorizados protestantes pudieron contemplar a los soldados imperiales formados en posición de ataque en su orilla, a trescientos pasos de distancia. El duque de Alba se apercibió enseguida del pánico que se estaba extendiendo entre las filas enemigas y mandó cargar a la caballería imperial.

Ante aquel inesperado ataque, los capitanes de los regimientos protestantes comenzaron a gritar órdenes contradictorias, apresuradas y confusas sobre lo que tenían que hacer sus soldados. Con semejante desbarajuste, muchos de ellos entraron en pánico y salieron huyendo en desbandada.

—¡Tras ellos, vamos tras ellos! —gritó el duque de Alba a sus jinetes, que iniciaron la persecución del enemigo que huía.

Recorridas dos leguas a la fuga, el duque de Sajonia echó la vista atrás y contempló cómo los imperiales no tardarían en alcanzarlos. Aprovechando una posición ventajosa en la cima de una suave colina y en la linde de un bosque, dio orden de detenerse, dar media vuelta a los caballos y cargar contra la vanguardia de la caballería imperial, formada por jinetes ligeros húngaros.

Pretendía ganar tiempo para asentar una sólida posición defensiva, reorganizar sus tropas y lanzar una contraofensiva aprovechando su superioridad numérica.

El duque de Alba se percató de la maniobra de la caballería protestante y, aprovechando que discurría de por medio el cauce de un pequeño arroyo, dispuso un escuadrón de arcabuceros a caballo en línea, listos para repeler la contracarga del enemigo, mientras ordenaba a la caballería ligera que se desplegara por los flancos.

Los arcabuceros a caballo colocaron sus armas en posición y apuntaron al frente. Cuando la caballería de la Liga de Esmalcalda estuvo a distancia de tiro, el duque de Alba ordenó que abrieran fuego. La descarga de los arcabuces sonó como un trueno. La vanguardia de la caballería de los protestantes se estampó contra un muro de fuego, humo y metralla.

Decenas de jinetes de las primeras líneas cayeron abatidos y los demás dudaron si seguir adelante al ver los cuerpos destrozados y sangrantes de sus compañeros y los de sus caballos.

El duque de Alba indicó que los trompeteros tocaran carga general. Los jinetes ligeros desplegados en las alas espolearon a sus monturas y salieron al galope como rayos. El propio duque se puso al frente de los jinetes pesados, formados sobre todo por caballeros del reino de Nápoles, y cargó tras los ligeros.

La caballería protestante resultó destrozada y sus infantes, que corrían retrocediendo, quedaron descubiertos y desamparados. Sin capacidad de reacción, arrojaron las armas para aligerarse de peso y salieron huyendo despavoridos.

Para entonces los tercios españoles y los lansquenetes alemanes aparecieron en el campo de la batalla y cargaron sobre los restos del ejército de la Liga de Esmalcalda con una furia desatada.

La victoria de Carlos era total. El ejército rebelde había sido aplastado, más de ocho mil de sus hombres habían caído por solo un par de cientos de bajas entre los imperiales. Todos los dirigentes protestantes estaban muertos o habían huido. Solo el duque de Sajonia había logrado escapar de la masacre y se había refugiado con cuatrocientos de sus hombres en el cercano castillo de Wittenberg.

—Señor —informó el duque de Alba al emperador, que estaba en su tienda con su hermano el rey de romanos—, vuestras armas han alcanzado una victoria total. Todos los cabecillas rebeldes o han sido liquidados o han escapado. Solo se ha salvado el príncipe elector de Sajonia, que se ha refugiado en Wittenberg.

—¡Qué paradojas tiene el destino, Fernando! Fue en ese mismo lugar, en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, donde hace unos años el hereje Martín Lutero clavó sus tesis en contra de la Santa Iglesia Romana. Y ahora es ahí precisamente donde se ha refugiado su mayor defensor, el duque de Sajonia.

Allí también se encontraba Pablo Losantos, que estaba tratando de aliviar los dolores de la gota y el sarpullido de Carlos.

—Hermano —terció Fernando de Austria—, los primeros arcabuceros que cruzaron el río Elba y asentaron una sólida posición en la orilla derecha aguardan fuera.

—Dejad eso ya —le ordenó el emperador a su médico.

—Majestad, o curáis bien esa erupción cutánea o irá a peor —se explicó Losantos.

—De acuerdo, de acuerdo, acabad enseguida.

El médico se apresuró a aplicarle un ungüento de crema de áloe y esencia de malvavisco sobre el rostro, extendiéndolo con cuidado con un paño limpio.

—Esto os aliviará los picores; y os recuerdo que no os rasquéis o será peor.

Acabada la cura, Carlos salió de la tienda entre el duque de Alba y su hermano el rey Fernando.

Los arcabuceros gritaron alabanzas en su honor y alzaron sus sombreros al aire.

—Soldados de los tercios de España, esta victoria no hubiera sido posible sin vuestro esfuerzo y vuestro heroísmo. Vuestra hazaña al cruzar el río y asentar la posición nos dio el

triunfo y quiero recompensaros por ello. Cada uno de vosotros recibirá un traje de terciopelo guarnecido de plata y una bolsa con cien ducados.

Al oír aquella fabulosa recompensa, los arcabuceros de los tercios alzaron los brazos, jalearon el nombre de Carlos y proclamaron fidelidad eterna a su rey y señor.

Mientras eso ocurría, un mensajero se acercó hasta el duque de Alba y le susurró algo al oído. De inmediato se lo transmitió al emperador.

—Señor, el duque de Sajonia ha comunicado que se rendirá a vuestra majestad.

—Soldados, el duque de Alba me acaba de decir que el rebelde Juan Federico de Sajonia se va a rendir ante nuestras armas. Nuestra victoria es total y como prueba de ello ordenaré que sea mostrado cargado de cadenas por las ciudades de Alemania.

—¡Como un trofeo de guerra! —gritó una voz entre los arcabuceros.

—Sí, como vuestro trofeo; la prueba de vuestra victoria en Mühlberg —añadió Carlos entre las aclamaciones de sus soldados.

—Majestad, en ese castillo de Wittenberg está enterrado el maldito hereje Lutero, principal responsable de esta guerra. Permitidnos que abramos su sepulcro y aventemos sus huesos. Que no quede un solo resto de ese pervertido —gritó un soldado.

—No —asentó Carlos con rotundidad.

Los arcabuceros guardaron un denso silencio.

—Pero, majestad, si permitimos que el hereje siga enterrado ahí, ese lugar puede convertirse en un centro de peregrinaje para los herejes —replicó un capitán de arcabuceros.

—Mis amados soldados, yo no he llegado hasta aquí para hacer la guerra a los muertos, sino para derrotar a los vivos. Dejemos que los huesos de Lutero reposen en su tumba, porque su alma ya habrá sido condenada por el Juez Supremo.

Tras recibir y departir un buen rato con los arcabuceros premiados, el emperador regresó a su tienda y, dolorido, se sentó con cuidado en un escabel. Tenía cuarenta y siete años, pero se sentía como un anciano.

Disminuido por el ataque de gota y escocido por la erupción en la piel, Carlos aguantó aquellos días de abril y soportó el dolor sin dar una sola muestra de debilidad ante sus hombres. Estaba en la cima de su reinado y había alcanzado la victoria sobre todos su enemigos: Lutero y Francisco I estaban muertos, Francia no parecía rival, el papa se había resignado ante su éxito, los turcos habían sido frenados en las llanuras de Hungría y, muerto su almirante Barbarroja, el peligro que suponía su armada en el Mediterráneo había disminuido mucho, y las revueltas de los ambiciosos y levantiscos conquistadores en América comenzaban a ser sofocadas.

El Imperio mundial que algunos profetizaban y del que Carlos sería su soberano incuestionable parecía más cercano que nunca.

Wittenberg, fines de mayo de 1547

No podía más. Tantos viajes, tantos esfuerzos, tantas guerras, tantas batallas…

Había vencido a tantos, había perdonado a tantos, que no tuvo demasiados inconvenientes en perdonar también al duque de Sajonia. Se lo habían pedido el marqués de Brandemburgo, uno de los grandes electores, con sus más altos varones, y la propia duquesa de Sajonia, que se presentó en Wittenberg a fines de mayo y se arrojó a los pies de Carlos, que la recibió en su tienda, sollozando y suplicando al emperador que no se llevara a su esposo fuera de Alemania, pues temía no volver a verlo más.

Los defensores protestantes del castillo de Wittenberg, donde había nacido la Reforma protestante, se rindieron al fin y el emperador, algo mejorado de sus enfermedades, decidió perdonar al duque de Sajonia. Al fin y al cabo, la Liga de Esmalcalda estaba desarticulada y descabezada, y ese hombre ya no representaba peligro alguno.

Carlos visitó Wittenberg escoltado por quinientos arcabuceros de los tercios españoles, se entrevistó con el duque y la duquesa de Sajonia y les dio un tiempo para que pusieran sus cosas en regla.

Una mala noticia golpeó al emperador a fines de mayo. En Úbeda, su ciudad natal y donde se había retirado a pasar sus últimos años de vida, acababa de fallecer Francisco de los Cobos, uno de los consejeros en los que el emperador había depositado mayores dosis de confianza.

—Don Pablo, vos sois un hombre experimentado en evaluar la vida de los demás; ¿cuánto creéis que queda de la mía?

—Majestad, no entiendo a qué os referís —se extrañó el médico, que estaba tratando los dolores en el pie que seguía sufriendo Carlos.

—Os he preguntado que cuánto tiempo me queda de vida.

—No puedo saber eso, señor.

—¿Un año, dos, tres…?

—Si me hacéis caso, muchos más, pero, si seguís comiendo carne y bebiendo cerveza en tan grandes cantidades, no creo que lleguéis a Navidad.

—No sé cómo aguanto vuestras impertinencias, Losantos. Ya se lo consentí a vuestro padre y vos seguís sus mismos pasos.

—Yo solo respondo con sinceridad a vuestras preguntas, majestad.

—Tenéis razón. Mi salud no mejorará en el futuro. Lo más probable es que vaya a peor, de modo que debo dejar resuelta mi sucesión cuanto antes.

—Vuestro hijo Felipe es vuestro heredero —asentó Losantos.

—En los reinos de mis abuelos los Reyes Católicos sí, pero para sucederme en el Imperio se necesita la aprobación de los siete grandes electores. Además, le prometí a mi hermano don Fernando que el Imperio sería para él. Un gran dilema, ¿no lo creéis?

—Que vuestra majestad sabrá resolver con sabiduría y prudencia.

—Para la casa de Austria lo más importante es la familia. Siempre ha sido así, por eso hemos crecido tanto desde hace cuatro siglos al menos, desde que mis antepasados se hicieron fuertes en el castillo del Halcón, en el cantón suizo de Argovia, y así debe seguir siendo.

Había que resolver su sucesión, sí, y la mejor manera de hacerlo era con un acuerdo de toda la familia. Para ello resolvió celebrar un encuentro de todos los miembros de su linaje en la ciudad de Augsburgo el próximo otoño, en una Dieta imperial.

Monte de El Pardo, cerca de Madrid, junio de 1547

Los amoríos del príncipe Felipe con la noble Isabel de Osorio preocupaban al emperador. El heredero de la Corona de España tenía ya veinte años e iba siendo hora de buscarle una nueva esposa.

Carlos no era todavía un anciano, pero su salud disminuía con el paso del tiempo, sus enfermedades empeoraban y su fuerza disminuía año a año.

De vez en cuando soñaba con viajar al Nuevo Mundo y pasar allí, quizá en México o en el Perú, sus últimos años de vida, para regresar a morir y ser enterrado en Granada, al lado de su esposa Isabel.

Entre tanto, Felipe aprendía nuevas cosas sobre el gobierno y leía cuantos libros caían en sus manos, aumentando con nuevas compras su ya bien nutrida biblioteca.

Aquellos días de finales de primavera recibió una nota de su padre en la que le indicaba que estaba buscándole esposa y que tuviera en cuenta que los Austrias debían acordar sus matrimonios para beneficio de la dinastía.

—Mi padre me dice que anda escudriñando en las cortes europeas a ver si me encuentra la esposa adecuada —le comentó Felipe a su secretario mientras andaban de caza por las dehesas de El Pardo.

—La decisión que adopte vuestro padre el emperador será la mejor para vuestra alteza; no lo dudéis, señor.

—Los hijos de los reyes no podemos casarnos con las mujeres que amamos —lamentó Felipe—. Yo estoy enamorado de doña Isabel, pero sé que mi padre jamás aceptará que me case con ella.

—Vuestro padre busca para vos una princesa, la hija de un rey, quizá de Francia o de Inglaterra, y así cerrar una alianza.

—Pero Isabel es tan bella…

—En las cortes europeas hay princesas guapísimas que colmarán de dicha a vuestra alteza. Seguro que el emperador elige a la más bella, como ocurrió con el caso de vuestra madre, de la que decían que era la princesa más hermosa de todas.

Una perdiz atravesó el cielo. Felipe la vio venir, alzó su arcabuz, prendió la mecha, apuntó y disparó al ave, que cayó alcanzada por la metralla.

—Buen tiro, alteza. Tenéis una puntería tan precisa como vuestro padre.

—¿Y si le dijera al emperador que deseo casarme con doña Isabel de Osorio —soltó de pronto el príncipe mientras los monteros acudían con los perros a recoger la pieza abatida.

—Ya habéis leído su carta, alteza. Quien se convierta en vuestra futura esposa es una cuestión de Estado; y ahí el emperador dispone de la última palabra.

—Magnífico arcabuz —comentó Felipe observando con detalle su arma de fuego.

—Gracias a estas armas nuestros tercios son invencibles. Ni siquiera la orgullosa caballería francesa puede con ellos.

—Las guerras ya no son como antes. En los libros de caballerías los caballeros luchan entre ellos con armas como la lanza y la espada, cuerpo a cuerpo, usando solo su fuerza, astucia y destreza en el manejo del hierro; pero ahora un arcabucero puede abatir a un caballero a cincuenta pasos de distancia y un solo cañonazo es capaz de matar a una docena de hombres.

—Son los nuevos tiempos, señor; habrá que adaptarse a ellos.

—Espero que mi padre elija bien.

—Lo hará.

Augsburgo, octubre de 1547

Tras su gran victoria en Mühlberg, Carlos se mostró generoso, muy generoso.

Aceptó firmar tratados y acuerdos con algunos de sus viejos enemigos, perdonó la vida al duque de Sajonia, aunque lo mantuvo en prisión y le quitó la potestad de gran elector, que concedió a su primo Mauricio, un príncipe afecto a la causa de Lutero pero que había combatido al lado del emperador, y también perdonó la vida al landgrave de Hesse, aunque lo condenó a prisión perpetua.

Durante la primera mitad del verano recorrió varias ciudades del centro de Alemania, recabando fidelidades, juramentos y homenajes, y llegó a Augsburgo a finales del mes de julio.

Tenía grandes dificultades para caminar, las piernas se le habían hinchado hasta estirar la piel al límite y el dolor apenas le dejaba dormir. Pablo Losantos le aplicó una cura a base de palo de Indias, pero le brotó una nueva erupción, más grave aún que la sufrida en la pasada primavera, y tuvo que rechazar ese medicamento, pues cada vez que lo tomaba se acrecentaba el sarpullido y el enrojecimiento de su piel.

Los problemas económicos volvieron de nuevo a acuciar al tesoro imperial. A fines de junio cinco banderas de uno de los tercios no cobraron sus pagas y los soldados se amotinaron reclamando su salario. Carlos no tuvo más remedio que endeudarse para pagarles, pues amenazaban con encabezar un motín que podía tener imprevisibles consecuencias.

A fines de agosto se firmó el acuerdo de paz con los turcos, pero a cambio el Imperio alemán tuvo que reconocer el dominio del Imperio otomano sobre la mayor parte de Hungría, aceptando el hecho consumado de las conquistas llevadas a cabo por el ejército del sultán Soleimán unos años antes. Tras la conquista de Buda por los otomanos, el número de cristianos residentes en esa ciudad se había reducido a poco más de mil. Carlos solo pudo conservar la región occidental de Hungría, que incorporó como parte del Imperio.

El acuerdo entre Carlos y Solimán se firmó por un plazo de cinco años y se fijaron las fronteras entre sus dos imperios tal cual estaban en ese momento. Fernando de Austria, rey de romanos, renunció al reino de Hungría y accedió a pagar treinta mil ducados anuales por la parte de Hungría que se mantuvo en el Imperio alemán. En el texto del tratado Carlos firmaba como rey de España y no como emperador; el sultán Soleimán lo hizo en cambio como titular del Imperio turco.

Recuperado de sus males gracias a los cuidados de los médicos y a que aceptó cumplir la dieta que le puso Losantos, Carlos se sintió lo suficientemente bien como para salir de caza por los bosques de Baviera, y por ellos anduvo durante las últimas dos semanas de septiembre abatiendo ciervos y jabalíes.

—He convocado esta Dieta por dos motivos —explicó Carlos a su canciller—: para acabar de manera definitiva con la herejía protestante y para dejar zanjada la cuestión de mi sucesión. Una vez resueltos estos dos asuntos, habré cumplido mi misión y podré retirarme a descansar a un lugar tranquilo y alejado, donde pueda ver pasar los días sin otra preocupación que contemplar el decurso del tiempo.

—Todos festejamos vuestros triunfos, majestad, pero todavía estáis en condiciones de gobernar el Imperio —asentó el canciller.

—No. Ya no lo estoy. El paso del río Elba montado en mi caballo fue mi última acción de guerra. Sé que no podré volver a hacer nunca algo semejante. Miradme, canciller, estoy avejentado, cansado, enfermo y dolorido. Soy una rémora para el Imperio. Ya no soy capaz de encabezar una carga de la caballería y día a día mis fuerzas son menores y mi cuerpo más débil. Si consigo que mi hermano y mi hijo se pongan de acuerdo, abdicaré.

—Habéis logrado unificar el Imperio…

—He vencido, pero la amenaza de ruptura no ha desaparecido del todo. Procuré que triunfaran el catolicismo y las tesis del Concilio de Trento mediante acuerdos, pero no lo logré. Tuve que recurrir a una guerra por ello y ahora quiero que se retome la vía del acuerdo y se consiga una solución permanente mediante la negociación y no por la fuerza de las armas.

Carlos miró el reloj. Recordó entonces cómo le fascinó la primera vez que siendo niño descubrió uno de aquellos artilugios mecánicos que eran capaces de medir el paso del tiempo.

Había coleccionado algunos y se había obsesionado por cómo las saetas daban una y otra vuelta en aquellos círculos divididos con números, marcando las horas y el paso inexorable del tiempo.

Acababa de rubricar una carta con instrucciones para el gobierno del Perú, adonde había enviado a su ministro Pedro de la Gasca para que pusiera orden y paz entre los propios conquistadores españoles, que se estaban matando entre ellos, y reprimiera a los rebeldes que se negaban a obedecer a la Corona que él encarnaba. Le pedía a La Gasca que actuara con clemencia si los rebeldes se sometían, pero que aplicara mano dura si se hacía necesario para reponer su autoridad.

En Augsburgo se encontraba bien. Le gustaba aquella ciudad, sus mercados provistos de todo tipo de productos, sus casas de mercaderes ricos, sus comercios bien surtidos, sus talleres de excelentes artesanos y el modo de vida de los burgueses que buscaban en cada detalle lo delicado y elegante de la vida.

Mediado octubre llegó su hermano Fernando y una semana después su hermana la reina de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, en quien tanto confiaba el emperador y a la que salió a recibir a la escalera de la entrada del palacio donde se hospedaba.

A lo largo de varias semanas fueron llegando el resto de los participantes a la Dieta, entre ellos los grandes electores. Todos esperaban resolver de una vez las dudas que se cernían sobre el futuro del Imperio.

Augsburgo, día de Navidad de 1547

Estaba satisfecho. Su hijo Felipe había presidido las Cortes Generales de la Corona de Aragón, celebradas en la villa aragonesa de Monzón como era habitual, y las había sacado adelante con habilidad. El emperador confiaba plenamente en su heredero.

El único inconveniente se había producido durante una discusión que el príncipe había sostenido con fray Bartolomé de las Casas acerca de las Leyes Nuevas de las Indias, con las que el antiguo encomendero reconvertido en fraile defensor de los indios no estaba de acuerdo. El dominico había regresado a España para informar a Felipe y explicarle que la raza de los indios caribes, que eran numerosísimos cuando llegaron los españoles a sus islas, casi se había extinguido y que apenas quedaba un centenar de ellos. Decía De las Casas que, si no se ponía remedio, esta estirpe de seres hermosos y pacíficos se extinguiría por completo, y que esa catástrofe sería culpa de las penas y privaciones a las que los habían sometido los conquistadores españoles.

Cuando Carlos le contó esto a su médico, Pablo Losantos le comentó que en su opinión la enorme mortandad de los indios se debía sobre todo a que no eran lo suficientemente fuertes como para resistir las secuelas de enfermedades como el sarampión y la viruela, que eran la causa principal del elevado número de muertes.

Aquel otoño se había celebrado en Augsburgo una sesión de la Orden del Toisón de Oro, que había finalizado con un gran banquete en el que Carlos volvió a comer en exceso y durante el cual anunció a los caballeros allí congregados que el papa Paulo había propuesto continuar con nuevas sesiones el Concilio de Trento, pues le había informado por carta que creía que era la mejor manera de acabar con el protestantismo.

A comienzos de diciembre murió en un pueblo cerca de Sevilla Hernán Cortés, el capitán que había conquistado México para Carlos. Quienes asistieron a su agonía comentaron que había fallecido tras varias semanas sumido en la amargura y la decepción. Como ya ocurriera muchos años antes con Fernando el Católico, que ni supo ni quiso agradecer los grandes servicios que le

habían prestado hombres como Cristóbal Colón, que le entregó el Nuevo Mundo, o el Gran Capitán, que conquistó para él el reino de Nápoles, en este caso el emperador tampoco se mostró generoso con el más grande de los conquistadores españoles en América.

Por su parte, Pablo Losantos estaba muy preocupado. Cada semana llegaban a Augsburgo noticias de España sobre cómo se estaba endureciendo la persecución contra los que se consideraban que no eran limpios de sangre. La Inquisición estaba investigando y aumentando las pesquisas sobre los judíos conversos, entre ellos la familia Losantos, pero también comenzaba a dudar sobre la sinceridad del bautismo de los moriscos, algunos de los cuales habían sido sorprendidos celebrando cultos en honor al falso profeta Mahoma, rechazando la ingesta de carne de cerdo o guardando las antiguas fiestas de sus antepasados musulmanes.

—Si pretendéis alcanzar un alto puesto en la corte de su majestad tendréis que justificar mediante un expediente vuestra limpieza de sangre —le dijo de pronto uno de los médicos del emperador a Pablo Losantos mientras contemplaban la salida de Carlos y de su hermana de la misa solemne de Navidad que se acababa de celebrar en la catedral.

—No tengo esa intención, don Juan —le confesó Losantos al médico.

—Todo el mundo aspira a medrar en la corte, y más ahora que su majestad anda cada día que pasa más renqueante y débil.

—Yo no tengo otra ambición que servir a don Carlos y velar por su salud.

—El carácter del emperador se ha reblandecido. ¿Acaso no habéis comprobado con qué facilidad perdona a todos los que le han traicionado? Ciudades, nobles, mercaderes…, todos son perdonados por su majestad. Saben de su debilidad y se aprovechan de ella.

—Yo nunca haría eso.

—Amigo Losantos, sois hijo y nieto de judíos conversos y esa situación empieza a ser un inconveniente grave. Supongo que estáis al tanto de cómo el Santo Oficio ha acentuado sus denuncias y cómo se está investigando a todos aquellos que no tienen sangre de cristianos viejos.

—Yo nací de padres cristianos, y me bautizaron con unos pocos días de vida. Cristo nació judío…

—No os comparéis con Nuestro Salvador, don Pablo, pues podrían acusaros de soberbia o de algo peor: de herejía —sonrió Juan con cinismo.

Pablo comprendió que su colega envidiaba la posición que Losantos tenía ante el emperador y que tal vez supusiera que constituía un serio rival por convertirse en el primero de los médicos de su majestad.

Augsburgo, primavera de 1548

Los primeros meses de aquel año del Señor de 1548 discurrieron en la ciudad de Augsburgo entre ceremonias religiosas, banquetes y entrevistas con cardenales, obispos, príncipes, nobles y burgueses.

El emperador le escribió un memorial a su hijo en el que le instaba a defender la fe y favorecer la justicia, reducir a la obediencia de la Iglesia a los alemanes protestantes desviados; acatar las decisiones de la Iglesia de Roma; evitar en cuanto fuera posible toda guerra; confiar en el rey de romanos, su tío Fernando, y en Maximiliano, como debían hacer entre sí los miembros del linaje de Austria; mantener abierta la ruta del océano hacia América y evitar que los franceses enviasen barcos al Nuevo Mundo; y gobernar las Indias con prudencia y justicia.

En cuanto acabó el invierno acudieron a Augsburgo los miembros más destacados de la corte imperial: Carlos, su hermana María de Austria y de Hungría, su hermano Fernando el rey

de romanos, los tres grandes electores arzobispos de Maguncia, de Tréveris y de Colonia, el conde Palatino, el marqués de Brandemburgo, el duque de Sajonia, su sobrino el archiduque de Austria, el príncipe de Piamonte, los duques Felipe de Baviera, de Brunswick y de Alba, el marqués Alberto de Brandemburgo, y con ellos las damas de la más alta alcurnia.

Durante las sesiones de la Dieta se debatió un decreto al que llamaron el Ínterin de Augsburgo cuyas cláusulas se dictaron para gobernar el Imperio de manera provisional en tanto se aprobaran y se hicieran públicas las resoluciones definitivas del Concilio de Trento. En ese tiempo todos los súbditos del Imperio debían respetar la doctrina católica, aunque a los seguidores de Lutero y de otros reformadores se les permitía comulgar en misa bajo las dos especies, el pan y el vino, y a sus clérigos mantener a sus esposas en caso de que se hubieran casado.

Carlos, cada vez más abatido y cansado, envió nuevas instrucciones a Felipe en las que le indicaba lo que debía hacer en el caso de que en los próximos meses tuviera que renunciar a la Corona real de España y a la imperial de Alemania, a la vez que le daba consejos para el buen gobierno que tendría que afrontar como rey.

Pablo Losantos envejecía. El médico pasaba los días esperando las llamadas de Carlos, que se producían de vez en cuando, en las ocasiones en las que el emperador se sentía indispuesto o sufría dolores.

También había asistido de un problema estomacal al duque de Alba, el cual había sido enviado a fines de enero a España para ponerse a las órdenes de Felipe, dado que Alemania estaba en paz y sus servicios como general del ejército ya no parecían necesarios allí, al menos por el momento.

En cada una de sus manifestaciones, Carlos parecía estar al cabo de las cosas de esta vida. Ya no le daba apenas importancia al dinero y se mostraba generoso y desprendido. Incluso le regaló a la duquesa de Lorena su sortija más valiosa: un anillo de oro y brillantes que estaba tasado en seis mil escudos.

Parecía querer desprenderse de los bienes de este mundo, como si estuviera convencido de que se acercaba su hora.

Mediado marzo, María de Austria se despidió de sus hermanos y se fue de Augsburgo. Volvía a Flandes, la tierra donde se sentía mejor y más confortada, a las ciudades donde había pasado su infancia. María era una mujer culta, estaba dotada de una moral íntegra y se había mostrado como una muy eficaz administradora en el gobierno de los Países Bajos, que gracias a su regencia gozaban de una época de extraordinaria prosperidad.

Carlos leyó aquella carta y apretó los dientes. Ahora que parecían solucionarse los conflictos en América con el triunfo sobre los rebeldes del Perú de su enviado Pedro de la Gasca, con el escarmiento y el golpe de autoridad que había supuesto la ejecución de Gonzalo Pizarro y otros rebeldes, y con la conquista del Imperio maya, se avecinaban serios problemas en el seno de su propia familia.

El emperador estaba en su gabinete del palacio de Augsburgo cuando entró Losantos, al que había llamado para que le recetara algún remedio para paliar los dolores que desde hacía unos días volvían a atormentarlo.

—Majestad…

—Pasad, don Pablo, pasad.

—De nuevo han aparecido esos dolores, según me ha dicho vuestro ayuda de cámara.

—Sí, aquí están otra vez.

—Veamos vuestra pierna, señor.

—Otra vez la maldita gota…

—Sí, majestad. Tendréis que volver a la dieta del palo de Indias.

—Ese medicamento me provoca irritaciones en la piel.

—Las procuraré paliar con un bálsamo de áloe, mejorana y aceite de oliva.

—Espero que funcione.

—Creo que aliviará vuestros dolores.

—¿Cuánto hace que no veis a vuestra familia, don Pablo? —le preguntó el emperador.

—Hace ya tiempo, majestad.

—¿La echáis de menos?

—Por supuesto.

—Vuestro hijo ya debe ser todo un hombre. ¿Cómo se llama?; ahora no lo recuerdo.

—Luis, majestad, su nombre es Luis. Y ya tiene veinticinco años bien cumplidos.

—Es mayor que el mío. Felipe cumplió veinte años el pasado mes de mayo.

—También es un hombre.

—Lo es. Ha gobernado en mi ausencia los reinos de España con acierto y prudencia; claro que para ello ha contado con la ayuda de tres de mis mejores consejeros.

»Pero ahora tengo dudas.

—¿Dudáis de don Felipe, majestad?

—No debería contaros esto, Losantos, pero hace tiempo que os conozco y sé de vuestra fidelidad. En esta carta —dijo el emperador y señaló la misiva que acababa de leer antes de que se presentara el médico— mi leal Luis de Ávila y Zúñiga me informa de que mi hijo tiene la pretensión de convertirse en emperador.

—Bueno, es vuestro hijo mayor, vuestro heredero. Supongo que tiene derecho a ello.

—Lo es, pero el Imperio alemán no es hereditario. Son los siete grandes electores quienes con sus votos designan a cada nuevo emperador que se sienta en el trono de Carlomagno.

—Pero vuestra majestad puede convencerlos para que elijan a vuestro hijo.

—Sí, podría hacerlo, pero hace años acordé con mi hermano Fernando que él sería mi sucesor en el Imperio. Se lo expliqué a Felipe cuando era más joven, y no puso ningún reparo a ello, pero se va haciendo mayor y supongo que su ambición crece a la vez que su cuerpo.

»Y esa ambición puede desencadenar un gravísimo conflicto en nuestra familia. No sé qué ocurriría si don Fernando y don Felipe se enfrentaran por el Imperio. Yo soy el cabeza del linaje de Habsburgo y no lo puedo consentir de ninguna manera.

—Vuestro hijo es un joven prudente; hará lo que le ordenéis.

—He logrado que todos los implicados, tanto católicos como protestantes, acepten el Ínterin pactado aquí en Augsburgo y que se ponga en marcha por el momento como norma para mantener la paz entre los dos bandos. Sería un gran fracaso, mi gran fracaso, que esa paz se rompiera, pero no por un enfrentamiento entre católicos y protestantes, sino por una guerra desencadenada por dos miembros de mi familia: mi hijo y mi hermano.

Augsburgo, 31 de mayo de 1548

El secretario imperial estaba preocupado. Hacía meses que los precios no cesaban de subir en España; el del pan y de otros alimentos básicos había aumentado tanto que en algunas ciudades se agolpaban a las puertas de los conventos decenas de indigentes en busca de un plato de sopa con la cual poder matar el hambre.

—Majestad —le comentó—, si siguen subiendo los precios pueden estallar motines en España, sobre todo en algunas regiones de Andalucía y de Castilla.

Carlos, sumido en un extraño ensimismamiento, apenas escuchaba las palabras de su secretario.

Hacía ya un año, poco después de derrotar a los protestantes en Mühlberg, que había perdido muchas ilusiones. Lejos de estar eufórico por aquella victoria, se había sumergido en un vacío interior que lo arrastraba a una permanente situación de melancolía.

—Los delegados de la Dieta aprobaron el mes pasado un fondo especial para atender a las necesidades más urgentes —comentó el emperador.

—No es suficiente, mi señor.

—Mi hijo don Felipe vendrá pronto a mi lado; él se encargará de este asunto.

Carlos acababa de regresar de la misa y la procesión solemnes del día del Corpus, que se habían celebrado por el cardenal de Augsburgo y con la presencia de condes, marqueses, príncipes y grandes señores y caballeros del Imperio, todos ellos portando cirios y vestidos con elegantes y carísimos trajes y adornados con espléndidas joyas. El emperador había asistido bajo palio, que portaban el archiduque de Austria, los dos duques de Baviera, el gran maestre de Prusia y los duques de Brunswick y de Wurtemberg.

Algunos católicos había criticado la actitud de Carlos y le recriminaban que se atribuyera funciones que competían a la Iglesia. No le importó; estaba dispuesto a imponer su voluntad y hacer que todo el Imperio se rigiera por una misma ley, aunque para ello tuviera que enfrentarse con el mismo papa.

—Escribid a España y demandad noticias de mi hijo don Felipe; quiero tenerlo a mi lado cuanto antes.

Salamanca, junio de 1548

Había pasado más de un año desde aquel día en que Luis Losantos envenenó con un destilado de adelfas al inquisidor José de Béjar. Nadie sospechó sobre la verdadera causa de su muerte.

El tipo era un verdadero canalla, pero Luis sentía un extraño remordimiento y muchas noches se despertaba sobresaltado y empapado en sudor. El fantasma del inquisidor aparecía en sus sueños y lo perseguía por las calles de Salamanca, en una carrera frenética que nunca tenía fin.

El astrólogo seguía con sus clases en la universidad y con sus trabajos sobre la influencia de los astros en la vida de las personas, pero la Iglesia, tan influyente en los estudios salmantinos, ya había mostrado su rechazo hacia algunas de esas prácticas y Luis había sido reconvenido en un par de ocasiones por el rector.

En su casa de Salamanca no había grimorios, los libros con fórmulas mágicas que en otro tiempo guardaran los Losantos; pero su tía, la curandera y herbolaria, se las sabía de memoria y se las recordaba a Luis y a su hermana Isabel para que aquella sabiduría ancestral no se perdiera.

María les hablaba de los hombres y mujeres que nacían marcados con ciertas señales que indicaban que estaban dotados de habilidades para la magia.

—Tenemos que andar con sumo cuidado —comentó Luis Losantos a su hermana y a su tía aquella noche durante la cena—. La Iglesia está en contra de todas las artes adivinatorias y me temo que va a endurecer todavía más la persecución contra todo lo que signifique cuestionar sus procedimientos. El rector me lo ha advertido y me ha prohibido que hable de ello en mis clases, y ya es la segunda vez que lo hace.

—Así es. Esta mañana he hablado con la esposa de un familiar del Santo Oficio, de la que me hice buena amiga pues curé de fiebre a una de sus hijas con una infusión que le recomendé. Desde entonces me aprecia y, con gran riesgo de su propia vida, me alerta sobre las actividades de la Inquisición. Hoy me ha revelado que los inquisidores van a perseguir todo tipo de artes adivinatorias. La lista es extensa: se perseguirá a los geomantes, los que leen el porvenir en las líneas de la tierra; a los aerimantes, que tratan de atisbar el futuro según suena el aire; a los piromantes, que ven el futuro en las formas de las llamas; a los hidromantes, que tratan de ver el destino de los que les consultan vertiendo gotas de cera sobre el agua de un vaso; o los abundantes quiromantes, que leen las rayas de la mano y aseguran sacar de ellas conclusiones precisas sobre su dueño. También van a perseguir el arte de la sortiaria, el echar las cartas para leer en ellas lo que le ocurrirá a quien solicita consulta para averiguar su devenir; tampoco quedará fuera de esta condena la onotomancia, que trata de averiguar secretos venideros mediante los números, pues dicen que esto es una treta propia de judíos, como la cábala; y así también acosarán y seguramente encarcelarán a todos cuantos utilicen filtros de amor, a los ensalmadores, a los conjuradores de nublos o a los de las plagas de langostas —explicó María Losantos a sus sobrinos.

—Entonces, no quedará nadie libre de esos inquisidores —terció Isabel.

—Nadie. Nadie que proponga cosas que contradigan lo escrito en la Biblia. Ya lo estamos sufriendo en la universidad. Solo con hablar del día y la noche como referencia nos miran como si estuviéramos pronunciando un conjuro. Hace unos días expliqué en una de mis clases el libro del astrónomo Copérnico titulado *De revolutionibus orbium coelestium*, que demuestra que el Sol es el centro del universo y que los planetas y las estrellas giran en órbitas circulares a su alrededor. Y lo más importante: Copérnico incita a usar la razón frente a la creencia ciega. Alguno de mis alumnos debió ir con este asunto al rector, pues me ha prohibido volver a hablar de ello.

—La Iglesia no soporta que nadie contradiga sus dogmas —puntualizó María Losantos.

—Pero es capaz de permitir que se ciegue a los pájaros porque a algún idiota se le ocurrió decir que así cantaban mejor —terció Isabel, que acariciaba entre sus manos un jilguero, con su carita roja, que le había regalado su hermano y que de vez en cuando sacaba de su jaula.

—Copérnico también supo calcular la duración exacta del año: trescientos sesenta y cinco días, seis horas, nueve minutos y cuarenta segundos…

—¿Todavía no han condenado ese libro de Copérnico?

—Aún no. Pero, por lo que sé, la Iglesia está preparando una lista de libros que quiere prohibir. Si lo hace, no dudo que incluirá el de Copérnico.

—Si lo que afirmaba ese astrónomo polaco es cierto, Josué no pudo detener el Sol cuando nuestros antepasados —dijo María asumiendo el pasado judío de la familia Losantos— combatieron ante las murallas de Jericó al entrar en la Tierra Prometida.

—No, no pudo hacerlo —asentó Luis.

—Y en ese caso, la Biblia, la palabra de Dios, estaría equivocada; y como eso no lo puede admitir, la Iglesia lo perseguirá. También lo harán los protestantes. Lutero conoció la obra de Copérnico poco antes de morir y se opuso a ella, y lo mismo ha hecho otro reformador llamado Melanchthon —lamentó Luis Losantos.

—Deberás cuidar mucho lo que enseñas en tus clases —le aconsejó María.

—¡Qué distinta es Francia! Su rey don Francisco ha prohibido hablar mal de Aristóteles.

Augsburgo, verano de 1548

A comienzos del verano se dio por finalizada la Dieta y en las dos primeras semanas de julio se fueron marchando de Augsburgo muchos de los nobles que habían permanecido con el emperador desde la batalla de Mühlberg. Sus partidarios estimaron que los protestantes estaban definitivamente derrotados y que ya no era necesaria su presencia y la de sus huestes. Se equivocaron.

Carlos despidió a su sobrino Maximiliano, archiduque de Austria, que partió de Augsburgo para ir a España para casarse con María, su prima hermana, la hija del propio emperador. Se había decidido esta boda para unir las dos ramas de la casa de Habsburgo: la principal, encabezada por Carlos, y la de su hermano Fernando, el rey de romanos. El matrimonio entre primos dentro del linaje de los Austrias era tan habitual que lo verdaderamente extraño era que alguno de sus miembros se casara con alguien que no perteneciera a la familia.

Este pacto familiar era la respuesta de Carlos a la alianza matrimonial que habían cerrado Francia y Escocia. El rey Enrique de Francia había acordado casar a su hijo el delfín con María, de solo cinco años, la niña reina de Escocia, cuyas tierras del sur habían sido saqueadas por los ingleses. Una flota francesa viajó hasta Escocia y se llevó a Francia a María, para ser educada en París al estilo francés.

Maximiliano partía hacia España para casarse, pero a la vez para hacerse cargo del gobierno de sus reinos en sustitución del príncipe Felipe, que había sido reclamado por el emperador.

También se marchó Fernando, rey de romanos, que se despidió de su hermano recordándole su promesa de que el Imperio sería para él; y el legado del papa, y los grandes electores, y todos los que habían acudido a la Dieta.

A mediados de julio el emperador se había quedado solo y dio orden a su séquito de salir de Augsburgo. Se encontraba bien de salud, de manera que iría a Múnich y cazaría en los bosques de Baviera durante algunos días. Quizá fuera la última vez que pudiera hacerlo.

Un día, tras regresar de una cacería, Pablo Losantos pidió audiencia al emperador. Hacía ya al menos tres semanas que no había requerido sus servicios médicos. Sin duda el clima templado del verano alemán y la dieta a base de palo de Indias le estaban sentando bien.

—Pasad, don Pablo, pasad y probad este vino de Borgoña, es realmente extraordinario —le dijo Carlos a su médico señalando una botella de cristal sobre una mesa.

—Pero, señor…

—No, no me lo echéis en cara, ni siquiera he probado un sorbo. Me he limitado a oler su aroma.

Losantos se sirvió una copa y lo saboreó. Aquel vino rojo borgoñón era realmente espléndido.

—Excelente, majestad. No creo que os perjudique si tomáis una copa, pero solo una. ¿Os la sirvo?

—Si mi médico es quien la prescribe, supongo que será beneficioso para mi salud.

Losantos sirvió media copa y la entregó al emperador.

—En Borgoña elaboran los mejores vinos del mundo. ¿No lo creéis así?

—No soy un experto en ello, pero, si vuestra majestad así lo asevera, supongo que será cierto.

—Lo es, claro que lo es.

Carlos se echó al coleto la mitad del vino, lo aguantó un momento en la boca y luego lo tragó con deleite.

—Si me permitís, majestad, se trata de doña Bárbara Blomberg.

Al escuchar el nombre de su amante alemana, Carlos mudó el semblante.

—¿Está bien?

—Sí, mi señor. Tal como autorizasteis, se ha casado con don Jerónimo Píramo Kegell, comisario de vuestra augusta hermana la reina María de Hungría, que ha acogido a la pareja bajo su protección.

—¿Y el niño? —Carlos se preocupó por su hijo.

—Ha sido bautizado con el nombre de Jerónimo, como su…

—Su padre legal —precisó Carlos.

—… como su padre legal; sí, majestad.

—Bien. Como ya decidí en su momento, ese niño permanecerá alejado de su madre y al cuidado de don Adrián Dubois, mi mayordomo, hasta que decida qué hacer con él.

—Doña Bárbara está en Bruselas, majestad, y me ha dicho que os comunique que desearía estar con su…, con vuestro hijo.

—De ninguna manera. El niño no debe estar con doña Bárbara.

—Lo ha rogado…

—¿Estáis sordo, Losantos? He dicho que doña Bárbara no debe visitar al niño; de ninguna manera. Y nadie, absolutamente nadie debe saber que ese niño es mi hijo. ¿Entendido?

—Así se ha mantenido hasta ahora, majestad.

—Ni siquiera don Felipe sabe que tiene un hermano.

—Quienes lo sabemos guardaremos vuestro secreto, majestad.

—Así debe ser.

3

EL BRILLO DEL SOL

Valladolid, mediados de septiembre de 1548

Durante aquel verano no dejaron de llegar cartas a España en las que el emperador daba instrucciones para preparar el viaje de su hijo Felipe.

Cada una de ellas estaba fechada en una ciudad distinta, pues Carlos recorrió muchas de las villas alemanas para dejarse ver, ratificar su autoridad y manifestar su triunfo sobre los príncipes protestantes. En algunas ciudades ordenó celebrar misas según el rito católico en iglesias que hacía años que permanecían cerradas al culto.

El 13 de septiembre el archiduque Maximiliano de Austria llegó a Valladolid, donde ya estaba todo preparado para su boda con su prima María.

Entre tanto, el emperador seguía recorriendo Alemania, ahora por el curso del río Rin, camino de Flandes, donde se había fijado el encuentro con su hijo Felipe.

Los dos primos se abrazaron con alegría.

—¿Has tenido un buen viaje? —le preguntó Felipe.

—No ha podido ser mejor, primo —le respondió Maximiliano.

Los dos jóvenes príncipes eran los herederos de las dos ramas de la casa de Austria y ambos habían sido educados en la creencia de que su linaje era lo único importante, y que la permanencia y continuidad de la estirpe de los Habsburgo estaba por encima de todo, incluso por encima de ellos mismos y de sus propias vidas.

Maximiliano portaba una carta del emperador dirigida a Felipe.

—Esta carta me la entregó su majestad, tu padre, para que a su vez te la entregara en mano. Aquí la tienes. —Maximiliano le alargó la carta cerrada y lacrada con el sello imperial—. Me dijo que la abrieras enseguida.

—Lo haré.

Felipe rompió el lacre, sacó el pliego del sobre y leyó.

—¿Dice algo sobre mí? —demandó Maximiliano.

—Sí. Me recomienda que te dé algunos consejos sobre cómo he gobernado estos reinos, pues enseguida te harás cargo tú como gobernador de ellos. Pronto serás el esposo de mi hermana María, con la que compartirás la regencia que ahora yo ostento. Has sido nombrado rey de Bohemia, de modo que tendrás el tratamiento de majestad. Mi padre dice que deberás cumplir tu oficio con justicia, defender estos reinos y asegurar sus fronteras de todos sus enemigos. También dice que se encuentra bien de salud y que no te olvides de ocuparte de la pacificación del Perú, donde hemos tenido en los últimos años algunas revueltas.

—Lo haré con gusto.

—Es mejor que lo hagas con eficacia. Esta carta la firma mi padre, pero lo hace como rey de España al lado de su reina.

—¿Una reina? Pero si el emperador es viudo.

—Sí, España todavía tiene una reina: nuestra abuela doña Juana. Hace años que vive recluida en Tordesillas, en una casona sombría y terrosa, pero sigue siendo la reina legítima de

los reinos de Castilla y de Aragón, aunque las Cortes no han levantado el dictamen que aprobaron hace muchos años y que la inhabilita para ejercer el poder real. Si algún día nosotros reinamos en alguno de estos dominios, lo haremos porque somos sus nietos.

—¿Tú la has visto? ¿Es verdad que está loca?

—Sí. La he visitado en Tordesillas. Creo que no está bien de la cabeza.

—¿Podré visitarla?

—Dentro de unos días serás el regente de estos reinos, de modo que podrás hacer lo que quieras, pero en este caso te recomendaría que pidieras permiso al emperador.

—Agradezco tus consejos, primo.

—Cuídate de los que te adulen demasiado. Ya no hay nadie en esta corte que sea de fiar. Hace ya más de un año que murió don Francisco de los Cobos, el único hombre realmente fiel que he conocido. Claro que gracias a esa fidelidad a mi padre y a mí logró hacerse inmensamente rico. En sus últimos meses de vida lo aquejó una grave enfermedad y se retiró a su ciudad de Úbeda y se dedicó a gobernar sus inmensos dominios señoriales. Ganó una fortuna enorme al obtener concesiones de minas de sal y de oro y plata en nuestras posesiones en América, por su cargo como secretario real y comendador mayor de la Orden de Santiago, por el abastecimiento de carne de Úbeda, por el monopolio de venta de tabaco y por las rentas de sus extensos latifundios. Como puedes comprobar por ti mismo, querido Maximiliano, incluso la lealtad puede comprarse con dinero.

—¿Tabaco? ¿Qué es el tabaco? —preguntó el archiduque.

—Una planta del Nuevo Mundo. Sus hojas se dejan secar y se enrollan a manera de un tubo al que se prende fuego y se aspira el humo, o se queman en una pipa de madera, piedra o cerámica. Algunos también las machacan hasta convertirlas en polvo que esnifan por la nariz.

—Extraño…

—Dicen que tiene propiedades medicinales y que sirve para calmar situaciones de ansiedad y desasosiego. Nuestros soldados vieron cómo lo consumían los indios y algunos los imitaron. Su consumo está creciendo mucho. Quienes prueban el tabaco no pueden dejar de seguir haciéndolo. De los Cobos se dio cuenta de ello y ganó mucho dinero con esta planta.

—Muy listo el señor De los Cobos.

—Lo era. Mi padre me recomendó que siempre siguiera sus consejos. Por desgracia, su hijo y heredero don Diego, marqués de Camarasa, no tiene su inteligencia.

—¿No queda entonces nadie en quien pueda confiar durante mi gobierno en España?

—Don Luis de Ávila y Zúñiga sería tu mejor consejero, pero mi padre le ha pedido que me acompañe en mi viaje a Europa. Combatió a su lado en Mühlberg y lo tiene en gran estima.

—¿Cuándo viajarás?

—Mi padre quiere que me encuentre con él en los Países Bajos antes de mediados de otoño, de modo que saldré de Valladolid dentro de quince días. Antes quiero visitar Zaragoza y el monasterio de Monserrat, a cuya Virgen el emperador le tiene gran devoción. En Barcelona o en alguno de los puertos de la costa catalana embarcaré rumbo a Génova y seguiré hacia Flandes por el Camino de los Españoles. Es la ruta más segura, según me ha dicho don Luis de Ávila.

El penúltimo día de septiembre llegó una carta del emperador a Valladolid. Iba dirigida a Luis de Ávila y Zúñiga, a quien le agradecía sus desvelos y su lealtad.

Tres días después, tras despedirse de su hermana María y de su primo y cuñado el archiduque Maximiliano, que quedaban como gobernadores de todos los reinos de España, el príncipe Felipe y Luis de Ávila salían de Valladolid camino de Barcelona. Ese mismo día se

dispuso que la etiqueta de la corte de Borgoña rigiera y se aplicara en todos los actos solemnes en los reinos de la Corona de España.

Nadie se preocupó por la reina Juana, que seguía sola y encerrada en la casona de Tordesillas.

Castellón de Ampurias, fines de octubre de 1548

El viaje del príncipe Felipe a los Países Bajos tenía un fin. El emperador había tenido una premonición tras sentir cómo se agravaba su enfermedad. Había soñado que moriría pronto y quería dejar unidos para siempre los Países Bajos a la Corona de España, por lo que decidió legarlos a Felipe. Por eso lo llamó y le ordenó que acudiera a Flandes a reunirse con él. Quería que sus súbditos flamencos lo conociesen y lo jurasen como soberano.

Además, María de Hungría, la hermana del emperador que gobernaba en su nombre los Países Bajos, tampoco se sentía bien y le había pedido a Carlos que la liberara de su cargo para que pudiera retirarse a descansar tras tantos años de trabajos y fatigas al frente de esos territorios.

El emperador tenía que resolver todos esos dilemas y buscar un sustituto que supliera con la misma eficacia, garantía y solvencia a María al frente del gobierno de las provincias flamencas. Pero para ello tenía que contar con la voluntad y acuerdo de Felipe, pues no en vano lo iba a proclamar señor de esa tierra.

Felipe salió de Valladolid y viajó por el camino real hasta Zaragoza y Barcelona; antes de llegar a esta ciudad se dirigió al monasterio de Monserrat, donde pasó un par de días. Desde Barcelona se dirigió por tierra hasta Castellón de Ampurias; muy cerca, en el puerto de Rosas, estaba anclada la flota que lo iba a trasladar a Génova.

—Señor —le dijo Luis de Ávila a Felipe en el palacio de Castellón de Ampurias donde se alojaban—, ha llegado una carta de su majestad el emperador en la que os reitera el consejo de que tengáis cuidado y mantengáis vigilados a los moriscos de Valencia, y que renovéis el mandato en Tordesillas al marqués de Denia.

—Eso deberá hacerlo mi primo don Maximiliano; ahora es él el gobernador de España. Hacedle llegar esas órdenes.

—Vuestro primo es un joven inteligente. Hará bien su trabajo.

—Mi padre se lleva muy bien con sus hermanos don Fernando y doña María; espero que estas relaciones familiares sigan con tan armoniosa sintonía cuando falte el emperador.

—Se mantendrá, señor, no lo dudéis. El matrimonio entre vuestra hermana y vuestro primo no ha hecho sino estrechar más aún los lazos de unión entre los miembros de la casa de Austria.

—Pero ni yo ni mi hermana habíamos conocido a nuestro primo antes de esta boda. Ahora lo conozco y he visto lo que expresan sus ojos.

—¿Y qué expresan, señor? —preguntó Luis.

—Ambición. Maximiliano desea heredar el título de rey de romanos que mi padre le dio al suyo. Y ese título implica ser sucesor al trono del Imperio.

—Vuestro padre le prometió a su hermano don Fernando que él sería el emperador, pero que después el título pasaría a ser vuestro.

—La unidad de los dominios de la casa de Austria no debería romperse, ni siquiera de manera ocasional. Yo soy el hijo mayor del emperador y, en consecuencia, debo ser también su heredero universal, tanto en los reinos de España como en el Imperio, en los Países Bajos y en todos los dominios de Italia. Maximiliano deberá aceptarlo. Y como miembro relevante de la casa de Austria, yo le concederé título y honores. Mi tía la reina de Hungría ha manifestado su

voluntad de dejar de ser gobernadora de los Países Bajos, Maximiliano podría ocupar ese puesto, pero siempre bajo la obediencia debida al cabeza de la familia, y ese seré yo cuando mi padre falte en este mundo. Así es la ley y la costumbre. Así se ha hecho grande el linaje de Habsburgo —sentenció Felipe.

—También dispone su majestad que se permita pasar a las Indias a cien esclavos negros, propiedad de don Rodrigo Saavedra. Esos negros son necesarios para trabajar en el Nuevo Mundo, pues los indios no aguantan ciertas tareas que son para ellos demasiado duras —contestó Luis de Ávila y cambió de tema. Quería evitar que el príncipe se enfadara recordando que su tío Fernando era el rey de romanos y el sucesor por tanto al Imperio.

—Mucha gente se está haciendo muy rica con el comercio con las Indias —pareció quejarse Felipe.

—También arriesgan mucho, señor.

—Algún día habrá que regular ese mercado. La Corona de España y el Imperio necesitarán mucho dinero para seguir haciendo frente a los turcos, a Francia y a los herejes protestantes.

—Los protestantes ya han sido derrotados por su majestad don Carlos en Mühlberg. Y además ha muerto su faro, ese tal Lutero. No creo que se atrevan a un nuevo levantamiento. Ya han recibido lo suyo.

—No estéis tan seguro, don Luis. Hace siglos que la Iglesia sufre la sangría de ver cómo se sucede una herejía tras otra. Los luteranos han sido derrotados, sí, pero sigue habiendo, por lo que sé, muchos focos herejes en toda la cristiandad: en Francia, en Inglaterra, en la misma España… Dejadme esa carta.

—Aquí la tenéis, alteza —dijo Luis de Ávila, y entregó la carta de Carlos a Felipe.

—«Serenísimo príncipe, nuestro caro y amado hijo…» —leyó.

—Vuestro padre os ama más que a nadie en este mundo.

—Y yo corresponderé a ese amor como debe hacerlo un buen hijo y un miembro ejemplar del linaje de Habsburgo.

—No me cabe duda.

—¿Sabéis que esta será la primera vez que salga de los reinos de España?

—Claro que lo sé, alteza. Vuestro padre así lo ha decidido ahora. Cree que ha llegado el momento de que conozcáis nuevas tierras y nuevas costumbres. Es bueno para quien va a ser el dueño del mundo.

—Bien, es hora de partir hacia Génova. Dad la orden al almirante de la flota para zarpar en cuanto lo permita el mar, nuestro mar. Veamos cómo es esa parte del mundo.

El séquito del príncipe Felipe lo formaban quinientas personas, tantas como las que seguían en cada uno de sus viajes al emperador. Y llevaban con ellos tapices, muebles, vajillas de oro y plata, candelabros y toda una retahíla de enseres de lo más variado.

El coste de aquella caravana de nobles, consejeros, eclesiásticos, secretarios, pajes, soldados, músicos, bufones, cocineros, criados, muleros y demás gentes era enorme; cada día se gastaban varios miles de maravedíes en mantener el cortejo y cuantos servicios requería aprovisionarlo.

En el puerto de Rosas cincuenta y ocho galeras y otras tantas naves de transporte y auxiliares estaban preparadas para llevar a Génova a don Felipe. Mandaba aquella flota el almirante Andrea Doria, que a punto de cumplir ochenta y dos años seguía al frente de la armada imperial en el Mediterráneo.

La flota llegó a Génova sin más contratiempo que una pequeña tormenta a la altura de Marsella y la noticia de que se había reforzado la frontera de Navarra ante una nueva amenaza de

invasión francesa.

En la galera capitana de Andrea Doria, además de Felipe viajaron Luis de Ávila con Juan Calvete, el maestro de gramática del príncipe, que día a día se ganaba su confianza y actuaba más como su consejero que como su profesor, y el fiel Luis de Requesens, el mejor amigo del príncipe.

Dadas las noticias que llegaban sobre una posible nueva guerra con Francia, Andrea Doria ordenó que el centenar de embarcaciones navegara muy junto y en permanente estado de alerta. En cuanto algunas naos, más lentas que las galeras de combate, se retrasaban, el convoy entero esperaba para reagruparse. Por ello tardaron todo un mes en completar la travesía desde Rosas a Génova, cuando lo habitual era hacerla en una semana.

Bruselas, navidades de 1548

A fines del mes de octubre, tras presidir una reunión de los Estados Generales de los Países Bajos, el emperador asistió a un banquete en el que consumió grandes cantidades de carne roja y seis jarras de cerveza. Esa misma noche tuvo un ataque de gota, otro más, tan doloroso y fuerte que lo dejó paralizado de la mano derecha y dos días después de la izquierda.

El dolor era tan intenso que le impedía incluso sostener la pluma para firmar documentos, de modo que tuvo que ser el secretario Francisco de Eraso quien rubricara los diplomas y las cartas imitando la firma de Carlos, con su autorización.

El médico Pablo Losantos, que seguía al emperador en todo momento, le puso una dieta severa y le dijo con todos sus respetos que, si no seguía en esta ocasión sus recomendaciones de manera severa, se iría de regreso a España y no volvería a prestarle sus servicios, aunque ello le costara la cárcel. Nunca nadie le había hablado antes así al dueño del mundo.

Carlos se tragó su arrogancia por una vez y obedeció a su médico.

Durante el mes de noviembre fue recibiendo noticias día a día del viaje de su hijo Felipe, que compartía con Pedro Losantos, quien cada mañana y cada tarde visitaba al emperador y presenciaba cada una de las comidas que ingería, controlando personalmente las cantidades y el tipo de alimentos que tomaba.

El dolor por la gota era tal que Carlos ni siquiera pudo salir de su palacio de Coudenberg a recibir a sus dos hermanas, las reinas viudas de Francia y Hungría, que acudieron a visitarlo a Bruselas.

Además de la gota, en la segunda semana de diciembre Carlos sufrió un acceso de fiebres cuartanas, justo el día que recibió la noticia de su enviado a América, Pedro de la Gasca, sobre el final de la rebelión en el Perú y la completa sumisión de esas tierras a la Corona de España.

Los partidarios del rebelde Gonzalo Pizarro habían sido decapitados y los príncipes descendientes de Atahualpa, el último emperador de los incas derrotado y ejecutado por Francisco Pizarro, o habían muerto o habían renunciado a cualquier derecho al trono del Perú o habían aceptado el dominio del rey de España y se habían bautizado y abrazado las prácticas cristianas.

Solo las protestas sobre la represión y la brutalidad de los españoles denunciadas por fray Bartolomé de las Casas, que había regresado el año anterior a España, enturbiaron las noticias que llegaban a Bruselas sobre la situación en América. El fraile dominico seguía acusando a los conquistadores de ser los culpables de que en aquellos días apenas quedasen cien indios caribes vivos de los varios millones que habitaban las islas del mar Caribe cuando cincuenta años antes llegaron a ellas los españoles.

En el palacio de Coudenberg, con Carlos algo mejorado de sus muchos achaques, el canciller Granvela informaba al emperador.

—Majestad, el viaje de vuestro hijo don Felipe discurre como estaba previsto. Llegó sin percance alguno a Génova y desde allí se ha dirigido a Alemania por Ferrara, Trento, Innsbruck y Augsburgo. Todas las ciudades por las que ha pasado le han rendido homenajes y dedicado entradas triunfales. En todas ellas ha sido reconocido como vuestro heredero y futuro señor.

Nicolás de Granvela tenía sesenta y cuatro años; con muy poco pelo en el cráneo pero una larga y abundante barba, canosa y dividida en dos largos brotes, parecía más un profeta bíblico que el canciller del Imperio.

—Quiero que conozca bien todas las ciudades que le sea posible visitar en Alemania antes de encontrarse conmigo en Bruselas —asentó Carlos.

—Así se está haciendo, señor. —Lo que Granvela no le contó al emperador es que su hijo se había comportado de modo soberbio en Génova, mostrándose distante y poco amable con las autoridades de la ciudad, a las que trató en todo momento con menosprecio.

—Don Felipe es un auténtico Austria.

—Lo es, majestad, lo es.

—Por eso he dictado nuevas instrucciones para que cuando le toque, que no será muy tarde, gobierne estos dominios. He decidido, tal cual se acordó en la Dieta imperial, poner las diecisiete provincias de los Países Bajos en sus manos y desvincularlas del Imperio. Además, mi hijo recibirá la herencia de la casa de Borgoña, que yo recibí de mi padre don Felipe a través de mi abuelo el emperador Maximiliano y de mi abuela doña María de Borgoña.

»Ahora solo espero llegar a un acuerdo definitivo con esos tercos protestantes y que mi hijo pueda iniciar su reinado en paz.

—Espero que lo logremos, majestad —dijo Granvela.

—Mi hijo sabe que tiene que mantener la unidad de la familia. Hace unos meses le ratifiqué a mi hermano don Fernando que él sería mi sucesor en el Imperio. Ya se lo había prometido hace muchos años, cuando nos separamos tras estar un tiempo juntos al encontrarnos por primera vez en Castilla. Don Fernando se crio en España con nuestro abuelo el rey Católico, quien estuvo a punto de dejarle en herencia los reinos y Estados de la Corona de Aragón. Los españoles lo preferían a él como rey antes que a mí, pues don Fernando había nacido en España, hablaba ese idioma que yo desconocía por completo cuando llegué y era el favorito del Católico.

—Pero vos erais el primogénito…

—En el Imperio no rigen las mismas leyes sucesorias que en España. Mi hermano será el emperador y mi hijo el rey de romanos. Don Fernando regirá el Imperio a mi muerte y a la suya pasará a manos de don Felipe. Así lo he dispuesto y así debe ser.

—¿Estará de acuerdo su alteza el príncipe?

—Deberá estarlo. No puede desobedecerme. No lo hará. Nunca. Don Fernando será el emperador, y como tal, don Felipe le rendirá pleitesía y obediencia.

»El duque de Alba es el garante de mi voluntad y vos, don Nicolás, su custodio.

A pesar del dolor y de la enfermedad, Carlos estaba satisfecho. Las relaciones con el papa Paulo III habían mejorado mucho, la alianzas con Inglaterra y Portugal estaban aseguradas, una nueva guerra con Francia podía afrontarse con éxito y la familia estaba unida pese a que el príncipe Felipe no estaba dispuesto a renunciar al Imperio ni a sus derechos dinásticos.

Bruselas, fines de enero de 1549

A comienzo de año había pasado varios días en la cama con temblores a causa de la calentura y de los dolores de la gota, pero el día de la Epifanía se había levantado para asistir a una fiesta que organizó uno de sus consejeros aragoneses y dos semanas después acudió a presenciar un torneo en compañía de sus dos hermanas y de varias damas de la corte, antes de celebrarse una boda de dos nobles en la que Carlos actuó de padrino y Leonor y María de madrinas. Hubo después de la ceremonia un gran baile de máscaras y un banquete, en el cual, medio a escondidas, Carlos se trajinó una buena jarra de cerveza.

Aquella mañana había nevado y las charcas y las fuentes estaban heladas. Carlos desayunaba en una pequeña habitación del palacio de Coudenberg, ante una chimenea en la que chisporroteaban varios leños que caldeaban la estancia con un agradable fuego.

Estaba muy delgado y débil, pero al menos los fuertes dolores de unas semanas atrás habían remitido.

—¡Leche, galletas y lentejas estofadas! ¡Este no es el desayuno de un emperador! —protestó Carlos.

—Hermano, si no quieres que vuelva a atormentarte la gota debes seguir la dieta que te ha prescrito tu médico napolitano —le dijo su hermana Leonor, la que fuera reina de Portugal y reina de Francia.

—No es napolitano. Es castellano, hijo de un converso toledano que también me asistió, y antes a nuestro abuelo don Fernando. Se llama Pablo y estudió en la escuela de Salerno, en el reino de Nápoles; por eso algunos de sus colegas dicen que es de Nápoles.

—Aseguran algunos que esa escuela es la mejor para aprender medicina, de modo que sigue sus consejos, hermano.

—Y eso es lo que estoy haciendo, pero al menos podría dejarme tomar alguna cerveza.

—Si lo haces, recaerás otra vez —comentó María.

—¿Qué sabes de Felipe? —demandó Leonor.

—Sigue su viaje por Alemania. Ayer recibí una nueva carta, en esta ocasión del duque de Alba. Desde Milán, donde mi hijo fue recibido como su señor, atravesaron los Alpes antes de las grandes nevadas y andan ahora por Innsbruck y Heidelberg. Supongo que los alemanes se asombrarán a la vista del séquito que acompaña al príncipe, que incluso lleva a su propio maestro de música, el ciego Antonio de Cabezón.

—¿Y cuándo llegará nuestro sobrino a Bruselas? —preguntó María.

—A comienzos de la primavera. Antes de que llegue debo tener resuelta la cesión del dominio de los Países Bajos para Felipe. Ya hemos decidido que sean un Estado independiente, separados del Imperio.

—A nuestro hermano Fernando no le gustará eso —supuso Leonor.

—Pues deberá aceptarlo. Fernando se queda con el Imperio. El papa ya ha mostrado su acuerdo con las decisiones que adoptamos en Augsburgo; hace unos días recibí aquí en palacio a sus nuncios, que así me lo confirmaron. Además, el santo padre me ha dado las gracias por poner orden en Alemania y acabar con los rebeldes reformistas.

—¿Cómo lo están haciendo Maximiliano y María como gobernadores de España? —preguntó Leonor.

—De momento no han tenido ningún problema en esos reinos. Además, allí está el arzobispo Silíceo, quien ya fue consejero de Felipe. Es un veterano y hábil político y no consentirá que esa joven pareja haga algo incorrecto.

Bruselas 1 de abril de 1549

Por fin llegó el anuncio que el emperador tanto esperaba.

El séquito del príncipe Felipe estaba cerca de Bruselas. Si no había ningún incidente, el heredero de Carlos de Austria entraría en la ciudad el primer día de abril.

En las últimas semanas la cancillería imperial no había parado un instante: se habían emitido instrucciones a Fernando para que mediara en las disputas entre Polonia y Lituania por el dominio de Prusia, se habían confirmado privilegios a ciudades que habían entregado cuantiosas sumas de dinero al tesoro imperial, se habían regulado el comercio y la venta de paños en las ferias y mercados, y había otorgado el hábito de las Órdenes militares a varios caballeros.

Además, a causa de la insistencia de Pablo Losantos, el emperador había iniciado una nueva dieta a base de palo de Indias. El médico le había dicho que solo sería eficaz si la seguía durante mucho tiempo.

El último día de marzo la comitiva del príncipe Felipe se encontraba a las puertas de Bruselas. Justo el día anterior, y tras cuatro años en el pudridero, el cadáver de la princesa María Manuela, la portuguesa que fuera esposa de Felipe de Austria, fue depositado en la Capilla Real de Granada con los Reyes Católicos.

Carlos envió a numerosos nobles y altas damas a recibir a su hijo, a la espera de su entrada triunfal en la ciudad.

Por fin llegó el primero de abril. Carlos, nervioso y a la vez alegre, intentó levantarse de la cama, pero sintió un fuerte pinchazo en el pie derecho y un latigazo de dolor le recorrió toda la pierna. No podría bajar a recibir a su hijo a la puerta de palacio, pero lo esperaría en la gran sala ansioso por darle un fuerte abrazo.

Felipe entró en Bruselas mediada la mañana bajo efímeros arcos triunfales de madera y cartón decorados con paños, banderolas y enramadas. El cielo estaba encapotado, pero al menos no llovía; de vez en cuando se abría un claro entre las nubes que dejaba pasar unos tímidos rayos de sol.

Felipe fue recibido a la puerta de palacio por Leonor y María, sus dos tías, además de príncipes, duques y condes de los Países Bajos, que se inclinaron ante él como si ya fuera el verdadero dueño del mundo. Les devolvió el saludo cortésmente y subió la gran escalera del palacio de Coudenberg deprisa, dejando atrás a sus dos tías, que no pudieron seguir las zancadas del joven Felipe, pero tratando de mantener la compostura regia que se esperaba del heredero del rey de las Españas.

Al entrar en el salón del trono siguiendo las indicaciones del chambelán, Felipe vio al fin a su padre, al cual se acercó corriendo y se arrodilló al llegar ante él. Carlos lo cogió por los hombros, Felipe se incorporó y ambos se abrazaron entre sollozos de alegría.

—¡Seis años han pasado desde que nos separamos! Y han ocurrido tantas cosas… ¡Hijo mío, tenía tantas ganas de abrazarte! ¡Al fin estás aquí!

—Jamás sentí felicidad semejante, mi amado padre, como la que he tenido al contemplar vuestro rostro —dijo Felipe.

—Por las carta que me enviaban Alba y Ávila sé que has tenido un buen viaje.

—Lo ha sido, majestad. Todas las ciudades han organizado ceremonias y fiestas para anunciar mi llegada. En todas ellas he oído cómo celebraban vuestro imperio, aclamaban vuestro gobierno y vitoreaban vuestro nombre.

»Tras seis meses por Italia y Alemania al fin estoy a vuestro lado; ha merecido la pena tan largo viaje.

—Estás magnífico, hijo mío. Todas esas ciudades y todas esas gentes que te han visto han comprobado que los Austrias tendrán al frente de la familia a un nuevo gran señor. Y vosotras, hermanas, acercaos —les dijo a Leonor y María, que habían llegado a la sala jadeando tras su sobrino.

Padre e hijo se miraron a los ojos. Carlos tenía cuarenta y nueve años, pero parecía mayor: un anciano lleno de achaques, con la espalda corvada y los ojos vidriosos y amarillentos. Su hijo lo contempló con detenimiento y observó que su cabeza estaba como hinchada, su torso antaño poderoso era raquítico, las piernas le temblaban y apenas lograban sostenerlo de tan débiles como las tenía, y en su mandíbula inferior aún resaltaba más su exagerado prognatismo a causa de la delgadez extrema de sus enjutas mejillas.

Felipe era un joven vital de veintidós años en la plenitud de la vida: fuerte, hermoso, lleno de salud y pleno de energía.

—Mi hijo dará grandes glorias a la casa de Borgoña —dijo Carlos.

—¿Borgoña, nuestro hermano ha dicho Borgoña? —le preguntó Leonor al oído a su hermana María.

—Sí, Borgoña. Hace ya algún tiempo que Carlos habla de la casa de Borgoña como la propia.

—Somos Austrias —asentó Leonor.

—Y también Borgoñas. Fíjate bien en nuestro emblema, hermana —María le indicó con un gesto de la cabeza un gran tapiz donde lucía el enorme escudo del emperador—, media Europa es nuestra.

Bruselas, fines de mayo de 1549

Hacía ya dos meses que don Felipe había llegado a Bruselas con su amplia comitiva. De inmediato fue proclamado por su padre como duque de Limburgo, Güelves, Brabante y Luxemburgo, conde de Gante, Hainault y Namur y señor de Malinas y Tournai. Casi todos los títulos nobiliarios de los Países Bajos recaían sobre él.

Durante varias semanas el príncipe fue agasajado con banquetes y ceremonias fastuosas, y presentado a los hombres más notables de Flandes. Carlos no dejaba de resaltar las virtudes de su hijo: su valor, su arrojo, su don de lenguas, su sabiduría, su destreza en el uso de las armas… Un día aseguró que no había caballero más fuerte, valeroso y gentil en todo el mundo y que nadie era capaz de derrotarlo en un combate singular.

Y para demostrarlo a todo el pueblo de Bruselas, el emperador organizó un torneo en el que pagó una buena suma de dinero a los lidiadores para que se dejaran vencer por su hijo y cayeran abatidos en la lid sin hacerle el menor daño a Felipe.

Así se convino.

Aquella tarde de primavera el sol brillaba con tanta fuerza que Bruselas más parecía una ciudad a orillas del mar Mediterráneo que una urbe del sombrío y grisáceo norte.

Felipe se había equipado para el torneo con la más brillante de las armaduras y se había colocado una cimera de gala adornada con plumas de halcón teñidas de rojo.

Entre los contendientes del príncipe, todos ellos convenientemente alertados para que se dejaran derribar por la lanza de Felipe, estaba Luis de Requesens, el que fuera en su juventud paje de confianza del emperador y que ahora servía como el más fiel de los consejeros y amigos.

El campo de justas había sido engalanado con enramadas, banderolas de Flandes, gallardetes de colores y cintas de plata y oro. En una tribuna destacada se había colocado el

emperador con sus dos hermanas, vestidos los tres con ropajes de extraordinario valor, collares de oro y piedras preciosas y broches de esmeraldas y rubíes.

—Este es el poder de los Austrias —comentó ufano el emperador señalando a sus hermanas a la multitud que se agolpaba alrededor del palenque.

—¡Mirad, ese es Felipe! —exclamó María de Hungría al ver a su sobrino salir a la palestra sobre su caballo blanco, con su armadura dorada y su yelmo con las plumas rojas bajo el brazo.

El príncipe arreó a su caballo, que aceleró el trote hasta llegar a la altura del palco imperial, donde lo detuvo con un enérgico tirón de las riendas.

—Majestad, augustas señoras —se dirigió a su tías—, os ofrezco mi brazo en el combate en este torneo y os ruego que me permitáis portar vuestros colores.

Felipe alargó la lanza y puso la punta cerca de las dos mujeres, que ataron sendas cintas en ella.

—¡Luchad en buena lid, gentil caballero! —gritó Leonor rememorando algunas de las frases de las novelas de caballerías que tantas veces había leído en aquellas tardes solitarias, cuando fue reina de Francia, despechada y humillada por su esposo el rey Francisco.

Un agudo toque de trompeta señaló el inicio del torneo.

Felipe se enfrentó a dos campeones que cayeron abatidos por su lanza al primer envite. Algunos espectadores, habituados a presenciar los torneos, se dieron cuenta de que el combate estaba amañado y que los rivales del príncipe heredero, los dos formidables guerreros, fueron desmontados con suma facilidad.

En el palco, los tres hermanos jaleaban cada triunfo de Felipe, que tras cuatro victorias consecutivas se retiró a su tienda a descansar.

Entonces le llegó el turno a Luis de Requesens, que salió al campo con una armadura negra orlada con hilo de plata y un yelmo con penacho amarillo.

Requesens derribó a dos rivales con destreza. No en vano, era uno de los mejores caballeros de España.

Se disponía a retirarse a su tienda cuando al otro lado del campo apareció un caballero con armadura plateada y cimera redonda, muy simple, sin ninguna pluma, emblema o escudo que lo identificara.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó Requesens a uno de sus escuderos.

—Lo ignoro, señor. Tal vez sea uno de esos ufanos jóvenes flamencos dispuestos a ganar fama en estos torneos.

Al otro lado del campo el caballero de la armadura plateada alzó su lanza retando a Requesens.

—Pues sea quien sea va a recibir su merecido.

Luis de Requesens alzó su brazo admitiendo el reto de su contrincante, se bajó la visera del casco y enristró la lanza.

El emperador aceptó el duelo y dio al maestro de armas la señal para que comenzara aquel combate.

El caballero anónimo espoleó su corcel, un hermoso alazán de ollares blanquecinos, y salió a todo galope al envite con Requesens. Luis enristró su lanza, apretó los muslos sobre la silla de su montura y arrancó al encuentro con su retador.

El choque de los dos caballeros produjo un estruendo atronador. La lanza del de la armadura plateada fue hábilmente desviada por el escudo de Requesens, que se inclinó hacia la derecha y propinó un contundente golpe con la suya en la cabeza de su oponente. El tremendo golpe lo

desmontó y su casco salió volando por los aires hasta caer al lado de la tribuna imperial a la vez que el derrotado se desplomaba como un fardo sobre la arena del palenque.

Sus cabellos rubios quedaron al descubierto y Carlos se dio cuenta enseguida de que el caballero abatido era su propio hijo.

—¡Es Felipe! —gritó el emperador, que corrió a socorrerlo.

El príncipe yacía inmóvil en el suelo, tendido y desmadejado como si estuviera muerto.

—¡Dios!, yo no lo sabía, yo no lo sabía… —balbució Requesens al comprobar que había derribado a su amigo y señor. Luis echó pie a tierra y acudió al lado del emperador, que ya había cogido a su hijo y lo sostenía por los hombros.

—¿Está muerto? —preguntó Carlos angustiado.

—No, majestad, respira; vuestro hijo respira —repuso Pablo Losantos, que al ver correr al emperador había acudido presto a auxiliar al príncipe.

—Yo no lo sabía, no lo sabía… —repetía una y otra vez un compungido Requesens.

—Permitidme, señor… —Pablo Losantos se hizo cargo del cuerpo de Felipe. Le auscultó el pecho y comprobó aliviado que su corazón latía acelerado pero con normalidad. Luego examinó su cabeza y comprobó que no había ninguna herida ni efusión de sangre.

—¿Vive? Entonces, ¿mi hijo vive?

—Sí, mi señor. Solo está desmayado por el fuerte golpe recibido en la cabeza. El yelmo le ha salvado la vida.

Entonces llegaron las dos hermanas de Carlos, con las faldas remangadas hasta las rodillas, y tras ellas varias damas de compañía, criados, bufones y algunos soldados de la guardia.

El médico, con ayuda de dos hombres, le quitó la armadura al príncipe y logró reanimarlo.

Felipe abrió los ojos y miró a su alrededor confuso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con gesto extraño.

—Que te has llevado un buen golpe en la cabeza, insensato. ¿Cómo se te ha ocurrido cambiarte la armadura? —le recriminó su padre.

—Quería combatir con don Luis sin que supiera que se enfrentaba a mí.

—Y casi te cuesta la vida.

—Tenía que correr ese riesgo; soy un Habsburgo —asentó Felipe con orgullo.

—Eres un imprudente. Hoy has podido dejar sin heredero a los reinos de España.

—Acercaos, don Luis —le ordenó Felipe a su amigo y consejero.

—Perdonadme, mi señor, no sabía que quien lucía esa armadura plateada era vuestra alteza.

—No tengo nada que perdonaros, amigo. Habéis luchado y vencido en buena lid; os felicito por ello. Pero la próxima vez os venceré —asentó Felipe con absoluta determinación.

Luis de Requesens suspiró aliviado.

En los días siguientes se sucedieron nuevos torneos y justas, y un solemne funeral por el décimo aniversario de la muerte de la emperatriz Isabel, al que acudió Carlos acompañado de su hijo. Había pasado ya una década de aquel terrible suceso, pero el emperador seguía añorando al que había sido, y seguía siendo, el único amor verdadero de su vida.

Gante, mediados de julio de 1549

Como algunos consejeros del emperador habían supuesto, la revuelta de los reformistas no había acabado pese a su derrota en Mühlberg.

Algunos príncipes de las regiones del norte de Alemania habían logrado recomponer el movimiento que encabezara Lutero y otra guerra se atisbaba en el horizonte. El emperador volvía

a necesitar dinero para armar un nuevo ejército.

Pero de momento era feliz, a pesar de sus achaques, al lado de su hijo, cuyos cabellos rubios y cierto corte del rostro le recordaban a su esposa muerta.

Pasaban los días entre fiestas, banquetes, torneos, procesiones y ceremonias, en las que Felipe, superado el susto que le causó el combate con Requesens, volvió a combatir con los mejores caballeros de Flandes, todos ellos convenientemente avisados de que se tenían que dejar derrotar cuando lidiaran con el príncipe heredero.

Carlos aprovechaba los convites en los que había menos invitados para dar consejos de gobierno a su hijo. Solía hacerlo en presencia de sus dos hermanas, que contribuían a explicarle sus experiencias de cómo eran las gentes de Portugal, Francia, Hungría y Flandes, que tan bien habían conocido.

—Mantén la paz con Francia siempre que te sea posible. Dudo que ese reino vuelva a tener un soberano tan mentiroso y traidor como don Francisco, del que jamás debí fiarme. La paz con los franceses es necesaria para que la cristiandad se mantenga unida contra los turcos, que son nuestros verdaderos enemigos y a los que hay que combatir hasta erradicar su amenaza.

»Y guarda siempre la alianza con Inglaterra, Escocia, a pesar de que esta nación es aliada de Francia, y Dinamarca, que pronto será una de las grandes potencias de la cristiandad.

»Europa debe recibir tu atención principal, pero no te olvides del gobierno de las Indias. Los españoles que allí se han instalado han ganado para nosotros muchas tierras y riquezas, tan necesarias para sostener los muchos retos que se avecinan. Preocúpate por los indígenas y procura que sean tratados como hombres y no como bestias. Haz que se cumplan las nuevas leyes de las Indias que aprobamos hace seis años y nombra para los cargos de virreyes y adelantados a los más leales y eficaces.

Aquellos días de verano la familia imperial estaba en Gante, la ciudad natal de Carlos. Recorría todas las ciudades de Flandes, pues el emperador estaba empeñado en que todos conocieran a su hijo, que iba a ser el señor de ese territorio.

Carlos, Felipe, Leonor y María presenciaban en Gante un juego de cañas. Varios caballeros colocados en dos hileras a unos diez pasos de distancia se lanzaban cañas ligeras a modo de lanzas. En una de las manos portaban escudos pequeños con los cuales trataban de desviar las cañas. Algunas golpeaban los cuerpos de los caballeros, pero gracias a sus armaduras no les causaban el menor daño.

—Quiero participar en ese juego —dijo Felipe de pronto.

—¿Ya estás repuesto de tu caída en Bruselas? —le preguntó su padre.

—Lo estoy.

Felipe bajó a la plaza donde se realizaba el alarde, vistió una armadura y se colocó en fila en uno de los dos bandos. Enseguida se mostró muy hábil y con extraordinaria puntería en el lanzamiento de las cañas, lo que fue celebrado por todos.

Tras el torneo, el concejo de Gante ofreció un gran banquete a la familia imperial. Los tiempos en los que sus ciudadanos se habían rebelado contra su emperador parecían ya completamente olvidados.

El resto del verano continuaron los viajes y visitas por las regiones y ciudades de los Países Bajos. En cada uno de los lugares visitados, Carlos imponía que las autoridades juraran lealtad a Felipe como heredero. Lo hacían a regañadientes, porque consideraban al príncipe como a un extranjero y, en secreto, renegaban de él y consideraban que no era su legítimo señor.

La comitiva de los Austrias, a los que acompañaban el duque de Alba, Luis de Requesens, varios amigos y consejeros de Carlos y de Felipe, nobles, damas de compañía de las reinas

Leonor y María, una nutrida guardia de soldados y un centenar de pajes, criados, cocineros y muleros, siguió visitando ciudades de los Países Bajos durante el resto del verano y en todas se exigía prestaran juramento de fidelidad al príncipe Felipe.

Algunos de esos días se dedicaron a la caza, presenciaron torneos, asistieron a representaciones de batallas, recibieron homenajes y celebraron más y más banquetes. En ninguna ciudad faltaron los vítores al príncipe; pero eran forzados. No era el señor que querían los habitantes de los Países Bajos. No, definitivamente no lo era.

Rotterdam, fines de septiembre de 1549

La rica y próspera ciudad de Amberes los acogió con un despliegue de efímeros arcos triunfales en los cuales colgaban telones pintados en los que se comparaban las figuras de Carlos y Felipe de Austria con los reyes bíblicos David y Salomón y con los héroes mitológicos Atlas y Hércules.

Nunca se había visto nada semejante. Aquellas escenografías de Amberes eran la mayor de las pompas jamás ofrecidas a gobernante alguno en los Países Bajos. Incluso se organizó un gran torneo en el cual se representaron los caballeros y los combates tal cual se narraba en el *Amadís de Gaula*, el libro más famoso de caballerías de todos cuantos se habían escrito.

Y tampoco faltaron justas y torneos, en los que cada ciudad ponía más empeño en superar a la anterior, siempre seguidos de banquetes y bailes.

Carlos regresó a Bruselas a fines de septiembre y se llevó con él a Pablo Losantos. Tantos fastos, tantas ceremonias, tantas recepciones y tantos convites habían sido demasiado para su cuerpo enfermo. Estaba tan agotado que apenas podía mover los pies; tenía que desplazarse en una silla que portaban cuatro fornidos soldados de su guardia.

Volvió a aparecer la gota y, otra vez, el dolor. El dolor.

Felipe siguió con su viaje, ahora sin su padre, pero acompañado por los duques de Alba y de Feria, por las tierras del norte, en la región de Holanda. En Rotterdam visitó la casa de Erasmo y se detuvo ante su estatua de madera.

—¿Señores, habéis leído la obra de Erasmo? —les preguntó a los duques de Alba y de Feria.

—No, alteza —respondió el de Alba, mientras el de Feria también lo negaba con la cabeza.

—Pues deberíais hacerlo. Fue el hombre más lúcido de su tiempo. Un personaje tan brillante bien merecería ser recordado con una estatua de piedra y no de madera. Cuando yo sea señor de estos dominios, así lo ordenaré.

—Vuestro padre el emperador ha decidido que seáis vos, alteza, el señor de los Países Bajos. No será tarea fácil gobernar estas tierras —dijo el de Alba.

—¿Por qué, don Fernando?

—Porque estas gentes os consideran un extranjero y a nadie le gusta que lo gobierne un extraño.

—Mi padre lo era cuando llegó a España. Ni siquiera sabía hablar nuestro idioma.

—Y por eso tuvo problemas para hacerse con el control de esos reinos. Los comuneros en Castilla y los agermanados en Valencia se levantaron contra su majestad y a punto estuvieron de arrojarlo del trono. Si vuestra abuela la reina doña Juana hubiera aceptado la propuesta de los comuneros, es posible que ahora fuera ella la soberana ejerciente y todo fuera distinto —explicó Fernando Álvarez de Toledo. El duque de Alba, además del mejor general del emperador, era un duro político.

—Supongo que, como le ocurrió a mi padre en Castilla y en Aragón, yo también tendré que soportar intrigas y traiciones —dijo Felipe.

—Nunca faltan insidiosos a la sombra del poder, alteza. Nunca —asentó el de Alba.

Bruselas, diciembre de 1549

Piras de papeles, libros, informes y células se amontonaban sobre la mesa de trabajo del emperador en su gabinete del palacio de Coudenberg.

Se acercaban las fiestas de la Navidad bajo un cielo gris que de vez en cuando dejaba caer algunos copos de nieve. Hacía frío. El cuerpo de Carlos se resentía año a año cuando llegaba el invierno y los huesos y las articulaciones, inflamadas por los repetidos ataques de gota, le dolían como si estuvieran siendo corroídos desde dentro por una legión de diminutos demonios.

Había vuelto a ser abuelo, ahora de su hija María, que el primero de noviembre había parido su primer hijo, una niña a la que llamaron Ana, y de Maximiliano, su sobrino.

Aquella mañana estaba leyendo una carta remitida desde Alcalá de Henares por el profesor Francisco López de Gómara, un sacerdote que había sido capellán de Hernán Cortés hasta la muerte del conquistador de México y que ahora estaba escribiendo una historia general de las Indias. El historiador le pedía al emperador permiso para consultar los informes que los virreyes y adelantados de la Corona de España en América habían enviado a su majestad. También le decía que nunca había estado en las Indias, de modo que pretendía escribir ese libro con los documentos remitidos por los conquistadores.

Solicitaba autorización para revisar las cartas de los partidarios de Diego de Almagro y de Francisco Pizarro, que se habían enfrentado en la cruenta guerra civil entre españoles por la conquista y gobierno del Perú, que a punto había estado de dar al traste con tan gran empresa; y también los expedientes incoados por la muerte de Francisco de Pizarro, cuyo relato tanto había impactado a los que lo leyeron en su tiempo.

En eso estaba el emperador cuando el canciller Granvela le presentó un documento recién redactado.

—Majestad, aquí está el decreto por el cual declaráis a vuestro hijo el príncipe don Felipe como heredero y señor de las diecisiete provincias de los Países Bajos. Solo falta vuestra firma.

El emperador cogió el documento, lo puso sobre la mesa, sujetó la pluma, la mojó en el tintero y firmó al pie del escrito: «Yo el rey». La firma empezaba en la zona baja del documento y subía de pronto hasta acabar casi sobre la última línea del escrito. Los rasgos eran inseguros y temblorosos, con discontinuidad en el trazo y vacilación en algunas de las letras, de gran tamaño.

—Será un buen rey —musitó Carlos.

—Bastará con que intente parecerse a vuestra majestad.

—¿Se han recibido noticias de cómo va la elección del nuevo papa?

Carlos se refería al proceso que se había iniciado hacía un mes, tras la muerte del papa Paulo III. El viejo pontífice había muerto un mes antes, poco después de suspender las sesiones del Concilio de Trento, y la Iglesia andaba revuelta en busca de un sustituto.

—Nuestro embajador en Roma cree que el cónclave de cardenales elegirá al fin al cardenal Giovanni Maria Ciocchi del Monte.

—Debemos evitarlo. El nuevo papa debe ser nuestro candidato, el cardenal don Juan Álvarez de Toledo. —El emperador había apostado fuerte por este cardenal, obispo de Burgos e hijo de don Fadrique, segundo duque de Alba.

—Será difícil, muy difícil. Los cardenales franceses e italianos son mayoría y ya se han puesto de acuerdo para apoyar al cardenal Del Monte. Además, como presidente que ha sido de las sesiones del Concilio de Trento, ha logrado un gran predicamento en algunos cardenales indecisos, que también van a votar por él.

—Bien, parece que no podremos evitar su elección como sucesor del papa Paulo.

—El cardenal Del Monte fue nuestro prisionero durante el saqueo de Roma. Si al fin es el elegido, tal vez desee vengarse por ello.

—Si eso ocurre, ya lo abordaremos en su momento. Y ahora dejemos esto, he citado a don Antonio Moro para que me haga un retrato, otro más.

—Es un gran artista —dijo Granvela.

—Tiziano es superior. Incluso sus colegas lo consideran el mejor y lo llaman «el sol entre las estrellas» —asentó el emperador.

—Sí, el cuadro en el que os pintó el año pasado sobre el caballo en la batalla de Mühlberg es extraordinario.

—Mi hermana doña María acertó al encargarlo.

—Y Tiziano ha sabido captar el ideal de los caballeros de Borgoña.

—Ese cuadro se colocará en el palacio que se está construyendo en Granada. Espero que ese arquitecto…

—Machuca, don Pedro Machuca —precisó el canciller.

—Machuca, sí, que lo acabe cuanto antes. Mi deseo es ir a Granada antes de morir y que mis restos descansen para siempre en esa ciudad, con los de mis abuelos los Reyes Católicos, mi padre don Felipe y mi esposa Isabel… —Se detuvo un momento, pensativo, y volvió a hablar—: Isabel. Granada, Isabel; nunca he sido tan feliz como aquellos meses en Granada y nunca lo volveré a ser.

Carlos quedó sumido en una profunda melancolía al recordar aquellos meses del año 1526, cuando vivió la más intensa y apasionada historia de amor al lado de su esposa Isabel, amándose hasta el amanecer bajo los techos de filigranas imposibles del palacio de los reyes nazaríes. Aquellos meses fueron los más dichosos y placenteros de su vida.

Granada, la Alhambra, el lugar donde concibió a su hijo Felipe, el lugar donde nunca había vuelto, el lugar donde había sido más feliz, el lugar al que solo quería volver para morir.

Tordesillas, enero de 1550

Los campos helados al otro lado del curso del río Duero constituían su único horizonte.

Desde el mirador de la casona de Tordesillas, la reina Juana, arrebujada en un cobertor de piel de lobo, miraba a lo lejos, con los ojos perdidos en la llanura escarchada.

Ya había cumplido setenta años, tantos que algunos de sus criados la consideraban la mujer más vieja del mundo. Aquella hermosa y vital jovencita que fue enviada por sus padres los Reyes Católicos a Flandes para casarse con el más hermoso de los príncipes se había convertido en una anciana que llevaba casi medio siglo encerrada.

Juana, la reina legítima de Castilla, la mujer que había soportado el más largo de los encierros, el más duradero de los cautiverios. Juana, la reina, la hija de reyes, la madre de reyes, reinas y emperadores. Juana de Castilla y de Aragón, la que pudo ser la mujer más poderosa del mundo, miraba al horizonte meridional como si allá en la lejanía pudiera aparecer en cualquier momento la figura elegante y altiva de su esposo, el rey Felipe, a quien tanto había amado, quien tanto la había amado, el mismo que tanto la había despreciado.

El débil sol invernal caldeaba tímidamente el mirador. Juana escuchó de pronto una canción y salió de su ensimismamiento. Se incorporó del sillón donde solía pasar algún tiempo en las horas más cálidas del día, calentándose bajo el sol, y se asomó para ver de dónde procedía aquel canto.

Cerca del puente, ya en el lado del río próximo a la casona, contempló a un grupo de gente que en torno a tres carretas avanzaba hacia Tordesillas.

Una de sus damas de compañía se asomó y tras observar al grupo le dijo a la reina:

—Son gitanos, majestad.

—¿Gitanos?

—Sí, gitanos. Dicen que proceden de Oriente. Hace ya unos años que llegaron a Castilla. Vagan de un sitio a otro, sin quedarse nunca más de una semana. En algunas ciudades han causado problemas y ha habido concejos que les han prohibido atravesar sus puertas.

—Parece gente alegre.

—No se dedican a nada concreto: bailan y cantan, comen y beben, a veces roban…

—Entonces son como los nobles de estos reinos —ironizó Juana.

—Mi señora…

—Callad un momento; quiero escuchar sus cantos.

Juana aguzó el oído y pudo escuchar una de las alegres canciones de los gitanos, que acompañaban con acompasadas palmas.

—Deberíamos entrar en palacio, señora. Las nubes están cubriendo el cielo deprisa, tal vez nieve muy pronto.

—No, esperad. Esos gitanos cantan como los pájaros, libres como los pájaros, alegres como los pájaros. La gente que canta así no puede hacerle mal a nadie.

La dama hizo un gesto enérgico a un criado que se mantenía cerca y este se fue en busca del marqués de Denia.

Luis de Sandoval, el marqués encargado por el emperador de la custodia de su madre en Tordesillas, apareció enseguida en el mirador.

—Majestad, es hora de que os retiréis. El cielo se está cubriendo y hace frío. Debéis cuidar vuestra salud —dijo el de Denia.

—¿Habéis escuchado cantar a esos gitanos? Cantaban a la libertad.

—Sí, majestad, los he oído. Pero no creáis sus palabras, no son buena gente.

—Yo creo que sí. Ordenad que les entreguen de mi parte un puñado de monedas. Sus canciones me han hecho sonreír.

—Lo haré, pero ahora os ruego que entréis en palacio o caeréis enferma.

Una violenta racha de viento acabó por cerrar las nubes y de ese encuentro surgió un rayo que cayó apenas a un centenar de pasos de la casona, levantando un enorme estruendo.

—El rayo es una señal de Dios —comentó la reina.

—Vamos, majestad, entremos en palacio —la conminó el de Denia asustado por el rayo.

—Solo es un relámpago, don Luis. No temáis nada, yo sé cómo protegernos de la tormenta. —La reina Juana comenzó entonces a entonar una canción en latín—: *Christus vincit, Christus regnat, Christus me defendere*.

Y cogió con su mano un amuleto contra las tormentas que llevaba colgado del cuello, un escapulario en forma de bolsita de cuero con una cadenita de oro. Contenía un pedacito de pergamino con la oración del *Agnus Dei*.

Bruselas, febrero de 1550

La gota volvía a atormentarlo. Se había saltado la dieta durante los banquetes de las fiestas de Navidad; había vuelto a beber grandes cantidades de cerveza y a comer enormes tajadas de buey asado.

Pablo Losantos ya no sabía qué hacer ni qué decirle al emperador. Una y otra vez, durante más de veinte años, le había recomendado que se cuidara, que hiciera dieta, que dejara de beber tanta cerveza y tanto vino y que no comiera tanta carne y tantas salsas. Pero todos aquellos consejos habían resultado inútiles.

Aquella mañana de febrero el emperador apenas se podía mover. Cada vez que intentaba cambiar de posición en la cama sentía como si le estuvieran serrando las articulaciones con una sierra de hierro rusiente.

—Sois el peor paciente del mundo, majestad —le dijo Losantos, que ya había decidido rendirse y dejar que Carlos hiciera lo que le viniera en gana.

—Y vos el médico más impertinente que conozco —le espetó.

—No hay cura para la gota si no os priváis de cuanto os perjudica.

—Al menos haced algo para aliviarme el dolor. Para eso os pago.

—No puedo hacer milagros.

—Intentadlo al menos.

—Os prepararé una infusión de tila, mejorana y cáñamo. Os aliviará el dolor, pero…

—Pero qué…

—Es probable que os provoque cierta dependencia y no podáis dejar de consumir esa bebida.

—¿Cáñamo habéis dicho?

—Sí, majestad, cáñamo, la planta con cuyas fibras se fabrican velas para las naves, vestidos y cuerdas.

—¿Estáis borracho, Losantos?

—No, mi señor. Del cáñamo también se extrae un aceite que tomado con moderación calma el dolor, pero que si se abusa de él provoca delirios y alucinaciones. Mi madre me enseñó a usarlo, y a ella se lo enseñaron su madre y su abuela. Lo aprendieron hace mucho tiempo en las montañas de Alcoy, una ciudad en el reino de Valencia. Los sarracenos consumían el aceite de cáñamo desde hacía tiempo, aspirando el humo que desprende al quemarlo.

—¿Tenéis ese aceite de cáñamo?

—No, pero sé cómo destilarlo.

—Pues hacedlo enseguida. Ya no soporto este maldito dolor.

—Si consigo cáñamo, dispondré del aceite pronto.

—Haced lo que sea; tenéis mi autorización, cueste lo que cueste.

»Y ahora, retiraos. Voy a seguir dictando mis memorias.

—¿Estáis escribiendo un libro? —preguntó Losantos.

—Sí. Hace ya dos años, después de la victoria en Mühlberg, que comencé a dictar mis recuerdos a mi ayuda de cámara y secretario privado, el señor Guillermo van Male.

—Las leeré con gusto si algún día se publican, majestad.

—¿Sabéis, Losantos?, no me mueve el deseo de alcanzar gloria literaria, sino de que se conozca la verdad. He leído algunas historias durante estas semanas que he permanecido postrado en cama y he comprobado que algunos historiadores no relatan los hechos tal como fueron, sino según convenga a sus intereses.

—¿Lo haréis como Julio César? El emperador de Roma también escribió sobre sus campañas militares en la conquista de la Galia.

—He leído a Julio César.

—Hay historiadores que os comparan con él. Y también os llaman César, el césar Carlos.

—Son aduladores.

—Vuestra majestad es el dueño de un imperio mucho mayor que el que gobernó Julio César.

—Pero el romano conquistó la Galia en ocho años y yo no he podido hacerlo en tres guerras. Tampoco he logrado acabar por completo con la herejía protestante ni con la amenaza turca que sigue acechando a la cristiandad.

—Pero habéis detenido a esos demonios en el Danubio y en el Mediterráneo.

—Debí haber hecho más: encabezar una nueva cruzada, tomar Argel, liberar a todos los cautivos cristianos, ir hasta Jerusalén, entrar triunfante en esa ciudad santa y postrarme de rodillas ante el Santo Sepulcro. Ya no podré hacer nada de eso. Nada.

Losantos miró el rostro del emperador. Era un hombre agotado. Su rostro enjuto, su mandíbula inferior saliente, sus dientes mellados con algunas ausencias, sus ojos amarillentos y tristes, y su barba hirsuta y blanquecina revelaban signos evidentes de su decadencia física.

—Con vuestro permiso, majestad…

—Preparad ese aceite de cáñamo cuanto antes.

Tras dictar media docena de cuartillas a Guillermo van Male, Carlos le dijo que por ese día era suficiente y pidió que llamaran a su presencia a su hermana María y a su hijo Felipe, las dos personas en las que más confiaba.

No tardaron en presentarse en el dormitorio del emperador en el palacio de Coudenberg, donde residía esas semanas la familia imperial.

—¿Cómo te encuentras hoy, hermano? —le preguntó María.

—Aquejado de tantos dolores que apenas he podido dormir.

—Lo lamento, padre —dijo Felipe.

—Ese matasanos de Losantos me ha dicho que va a prepararme un jarabe o algo así con aceite de cáñamo, que según parece tiene la propiedad de calmar el dolor. Pero os he llamado para despachar algunos asuntos de los que conviene que estéis enterados.

»Felipe, acércame esos papeles.

—Sí, padre. —El príncipe le entregó lo que le había indicado.

—He decidido nombrar como presidente del Consejo de Estado a don Enrique de Toledo; es un hombre muy competente y te será leal. También he ordenado que se confisquen todos los bienes que pertenecieron a Gonzalo Pizarro y todos sus secuaces que se rebelaron con él y contra nuestra Corona en el Perú. Además, he decidido que se haga público al fin tu nombramiento como duque de Milán; Ferrante Gonzaga será tu representante y gobernador del Milanesado, y te prestará juramento de lealtad por ello.

—Gracias, padre.

—Y acabo de recibir la noticia de que el cardenal Del Monte ha sido elegido en el cónclave como nuevo papa por los cuarenta y ocho miembros allí congregados; ha adoptado el nombre de Julio III.

—No es el hombre que tú querías como nuevo pontífice. Del Monte no nos tiene a los Austrias en aprecio —terció María.

—No, no nos aprecia. Fue nuestro rehén hace tiempo, cuando mis tropas saquearon Roma.

—Lo sé.

—Habrá que llegar a un acuerdo con él. Enviaremos a don Luis de Ávila y Zúñiga como comendador de la Orden de Alcántara y nuestro embajador a Roma para que se ponga a sus pies.

—Don Luis es un hábil diplomático y un hombre muy leal a nuestra familia —asentó Felipe.

—Por eso lo elegí a él para que te educara.

»Ahora vayamos a comer.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó María a su hermano.

—Sí. Me encuentro algo mejor y tengo apetito. Me apetece mucho una buena jarra de cerveza. Han traído un par de barriles de la abadía de Grimbergen de una variedad nueva de color blanquecino. Mi maestro cervecero ya la ha probado, dice que tiene un aroma como a cilantro y que es extraordinaria. Ardo en deseos de catarla —comentó Carlos.

—Yo prefiero el vino —dijo Felipe.

—Tenemos un excelente vino rojo de Borgoña.

—Deberías beber menos, hermano —añadió María.

—¡Vaya!, hermana, te pareces a ese condenado Losantos, que siempre anda con la misma cantinela: «Majestad, no bebáis tanto; nada de cerveza; no comáis carne de buey ni de faisán; nada de nada, solo verduras, legumbres y frutas». ¡Quién puede vivir comiendo naranjas, melocotones, duraznos y peras!

Acabada la comida, Carlos se retiró a su habitación. Había comido y bebido demasiado y no estaba teniendo una buena digestión.

María y Felipe se quedaron solos en el comedor de palacio.

—Si tu padre sigue bebiendo y comiendo de ese modo, pronto serás rey de España.

—Estoy preparado para ello y también para sentarme en el trono imperial —afirmó Felipe.

—Ese puesto está reservado para tu tío Fernando. Así se lo prometió Carlos. Es un acuerdo de familia que debes respetar.

—También se acordó que yo sería el sucesor de mi tío como rey de romanos y luego su heredero en el Imperio.

—Y así será. Ya conoces la máxima que rige en nuestra familia: el linaje de los Austrias es lo más importante, más que cada uno de nosotros.

—Lo sé, por eso quiero lo que me pertenece.

—Y nadie va a quitártelo, sobrino, nadie, pero debes ser paciente y respetar lo acordado en la familia.

—Siempre lo he hecho, pero no sé si mi tío Fernando está dispuesto a aceptarlo.

—¿Por qué dices eso? —le demandó María.

—Porque creo que mi tío ambiciona que sea su hijo, mi primo Maximiliano, su sucesor en el Imperio.

—¿Estás seguro?

—Sí. Conocí a Maximiliano cuando vino a España a hacerse cargo de mi puesto como gobernador y a casarse con mi hermana, y pude observar en sus ojos la ambición. He visto esa mirada en muchos hombres y siempre es la misma.

—Hablaremos de ello más adelante, pero has de saber que debemos evitar una ruptura en la familia. Cuando llegue el momento, alguien deberá ceder.

—Cuando llegue el momento —repitió Felipe.

—Por cierto, querido sobrino, hace ya tiempo que murió tu esposa y ya ha concluido el plazo del luto por su muerte. ¿Has pensado en volver a casarte?

—Mi padre me preguntó por eso hace unos días. No, no lo he pensado —mintió Felipe.

—Pues hay quien dice que ya lo has hecho en secreto con esa dama castellana… ¿Cómo se llama?

—Isabel. Supongo que te refieres a doña Isabel de Osorio.

—Sí, esa dama. Tu padre me ha hablado de ella. Se enfadó mucho cuando supo que la habías dejado embarazada y que pensabas casarte con ella. ¿Tanto la amas?

—Sí, la amo. Es una mujer muy hermosa.

—En ese caso, acuéstate con ella cuantas veces quieras, hazle el amor cuando te apetezca, déjala preñada cada año, pero no se te ocurra hablarle de matrimonio. Los Austrias no nos casamos por amor, sino por razón de Estado.

—Yo amo a esa mujer —asentó Felipe.

—Eres un joven de sangre caliente que necesita una mujer en su cama. Mañana te presentaré a una dama hermosísima, es flamenca pero de padre español. Se llama Catalina, Catalina Lainez. Tal vez te haga olvidar a esa Isabel de Osorio.

Bruselas, mayo de 1550

Catalina Lainez sabía colmar los deseos de Felipe de Austria. Cada noche el príncipe se olvidaba de su amada Isabel de Osorio mientras le hacía el amor a la dulce Catalina. El joven Felipe había encontrado en su nueva amante un remanso de sosiego en medio de aquella turbulenta primavera.

Como algunos consejeros del emperador habían supuesto, los protestantes no se resignaron a dejar de defender sus ideas y sus reivindicaciones tras la derrota de Mühlberg. No. A finales de febrero los duques de Mecklemburgo y de Prusia y el marqués de Kustrin acordaron crear una nueva liga que aglutinara a todos los protestantes.

Lo hicieron en la ciudad de Königsberg, un puerto comercial en el mar Báltico. A esta liga se unieron pocas semanas después los príncipes de Hesse, Brandemburgo y Sajonia.

—Alteza, alteza —el ayuda de cámara de Felipe llamó a su señor, que andaba en la cama con Catalina.

—¿Qué ocurre? Anoche di orden de que no se me molestara hasta mediodía.

—Es vuestro padre, mi señor. Requiere vuestra presencia de inmediato.

El príncipe se incorporó del lecho y miró a su lado. Catalina Lainez yacía desnuda, apenas cubiertas sus piernas por una sábana de seda. Era hermosa, de estrechísima cintura, anchas caderas y pechos firmes y rotundos, ni grandes ni pequeños, perfectos para ser acariciados.

—¿Os tenéis que marchar precisamente ahora? —dijo la joven mientras acariciaba los muslos del señor de los Países Bajos.

—Mi padre me reclama, pero esta noche volverás a ser mía.

Felipe tosió y sintió una punzada en la espalda, a la altura de los pulmones.

La besó, se vistió deprisa y acudió al encuentro con el emperador.

Cuando Felipe llegó al gabinete donde solía trabajar Carlos, Leonor de Austria y María de Hungría ya estaban allí. Leonor, la hermana mayor, permanecía sentada, pues sus piernas hinchadas apenas le permitían aguantar de pie. Había perdido buena parte de su belleza legendaria, pero mantenía la altivez de los tiempos en los que fue consecutivamente reina de Portugal y reina de Francia. Solo otra Leonor, la que fuera duquesa de Aquitania en el siglo XII, podía presentar semejantes credenciales.

María, la quinta hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, no era la más bella de sus hermanas ni la más agraciada, pero era la más culta y la más inteligente. Tras la muerte de su esposo el rey Luis de Hungría en la batalla de Mohács contra los turcos, había renunciado a volverse a casar, pese a que había pedido su mano el rey Jacobo de Escocia. Había decidido entregar el resto de su vida al servicio de su hermano el emperador.

Desde que enviudó vestía de manera austera y discreta, había gobernado los Países Bajos con prudencia y eficacia, se había ocupado de sus sobrinas, había acogido en su corte a su hermana Leonor cuando esta se marchó de Francia tras la muerte de su esposo el rey Francisco I, y se había convertido en los últimos años en la mejor consejera de Carlos. Era la única que se atrevía a llevarle la contraria al emperador, incluso en presencia de otras personas.

—Esos traidores dicen que luchan por la libertad de Alemania y de los alemanes. ¿Libertad? ¿Qué libertad aducen? —Carlos clamaba ante sus hermanas María y Leonor por las noticias que llegaban de la nueva liga de Königsberg, que se había constituido para sustituir a la de Esmalcalda.

—Esos señores quieren que se impongan las tesis de Lutero porque no soportan al papa de Roma, pero sobre todo quieren que liberes al landgrave de Hesse y que salgan de Alemania los tercios viejos españoles —dijo María.

—Perdonad, padre, mi retraso, estaba… —intentó alegar Felipe.

—Sé bien dónde estabas. Siéntate y escucha. —Felipe besó a sus dos tías y se sentó al lado de Leonor—. Dice tu tía que los alemanes no quieren ver en su tierra a los tercios viejos españoles. ¿Qué opinas tú, hijo? —le preguntó Carlos.

—Que tiene razón. En mi viaje por Alemania pude comprobar en no pocos lugares que la población recela de los soldados españoles. No los ven como aliados, sino como una especie de fuerza de ocupación de su país, como si hubieran sido invadidos por tropas enemigas.

—Y tu nombramiento como señor de los Países Bajos no ha hecho sino contribuir a que ese resquemor aumente —indicó María.

—¿Estás diciendo que me he equivocado al nombrar a Felipe para ese cargo? —preguntó Carlos.

—Tal vez, hermano, tal vez —dijo María—. Escuchad. Al vincular la suerte de los Países Bajos a España y no al Imperio, los alemanes han entendido que tienes la idea de segregar nuevos territorios para debilitarlo. Y, además, tienen muchas dudas sobre la sucesión imperial.

—Creo que ya dejé ese asunto arreglado. Nuestro hermano Fernando me sucederá en el Imperio y luego cederá él ese trono a Felipe —asentó Carlos.

—No será tan fácil tu sucesión. Los príncipes alemanes son avaros, egoístas y solo atienden a sus intereses y a sus bolsillos. Y los nobles de los Países Bajos son una pandilla de borrachos, adúlteros, iracundos y violadores. No nos podemos fiar ni de unos ni de otros —María se expresó con toda rotundidad.

—En la Dieta imperial que he convocado en la ciudad de Augsburgo para este verano dirimiremos estos asuntos de una vez por todas. El Imperio no puede sumirse en una nueva guerra. Todas nuestras fuerzas deben unirse contra los otomanos, con los que estamos en tregua,

pero que no dudo que no tardarán en atacarnos de nuevo. Hemos de aprovechar que tenemos de nuestro lado a varios reyezuelos del norte de África —dijo Carlos.

De repente, Felipe se puso a toser.

—¿Estás enfermo, sobrino? —le preguntó Leonor.

—Hace un par de días que tengo molestias en el pecho y me duele la espalda —dijo el príncipe.

—Que te vea el médico. Haré que llamen a Losantos —dijo Leonor.

—Respirad hondo, alteza —le pidió Pablo Losantos a Felipe—. ¿Es aquí donde os duele? —le señaló una zona de la espalda, justo en la zona inferior de los músculos dorsales.

—Sí, ahí.

—Voy a colocar mi oreja en vuestra espalda; volved a respirar hondo cuando yo os diga.

El príncipe inspiró y soltó el aire varias veces siguiendo las indicaciones de Losantos.

—¿Suficiente?

—Sí. Tenéis pleuresía —concluyó—. Deberéis guardar reposo durante varios días.

—Debo volver a España enseguida.

—Pues lo siento, alteza, pero, si no queréis que se agrave vuestra enfermedad, os recomiendo que retraséis ese viaje dos o tres semanas, hasta que haga mejor tiempo.

»¿Os habéis expuesto a la humedad de esta tierra? —le preguntó.

—¿A qué os referís?

—Alteza, la pleuresía suele manifestarse cuando los pulmones inhalan aire frío y húmedo.

—Bueno, hace unos días anduve de noche rondando a alguna dama, con varios amigos. Bebimos vino, cantamos bajo sus ventanas, nos divertimos… La noche era fresca, pero nuestros cuerpos estaban demasiado calientes por el vino. Sentí calor y estaba un poco sudoroso, de modo que me quité la capa y anduve un buen rato sin ella, hasta que sentí algo de frío sobre los hombros.

—Pues esa es la razón de vuestra tos y de vuestro dolor en la espalda y en el pecho. No volváis a hacerlo, alteza. Os aplicaré un ungüento de ortigas y de hierbabuena que os aliviará. Sentiréis calor, pero no os destapéis por ello o se agravará vuestra dolencia.

—¿Cómo está mi hijo? —le preguntó Carlos a Pablo Losantos.

—Tiene inflamados los pulmones, majestad. Si se cuida, sanará pronto.

—Tiene que regresar enseguida a España.

—No debe hacerlo antes de dos semanas. Necesita ese tiempo para recuperarse.

—Está bien. ¿Y mi otro hijo?

—Don Juan Dubois y su esposa lo cuidan bien, majestad. Crece sano y fuerte.

—Oficialmente será el hijo de don Jerónimo de Píramo Kegell, con quien se casará doña Bárbara. Lo nombraré comisario del ejército imperial. Se instalarán aquí en Bruselas a las órdenes de mi hermana la reina de Hungría, que quedará de nuevo como gobernadora de los Países Bajos mientras esté ausente don Felipe. He decidido que el pequeño Jerónimo, pues mi hijo se llamará como su padre legal, vaya a España. Se harán cargo de él doña Ana Medina y su esposo don Francisco Massy, el tañedor de viola de la capilla imperial. Una vez en España lo entregarán a don Luis de Quijada, mi mayordomo de mayor confianza, y a su esposa doña Magdalena de Ulloa, quienes lo cuidarán como si fuera su propio hijo.

—Se hará como vuestra majestad disponga.

—Don Pablo, vos sois conocedor de este secreto, que debe guardarse como tal para siempre. He tenido varios hijos fuera del matrimonio, pero solo antes de casarme con doña Isabel y después de que ella muriera. Sabéis bien que mientras ella vivió jamás conocí a otra mujer, no hubiera podido hacerlo. Soy rey de España y emperador de Alemania, y debo comportarme como mis súbditos esperan de mí. He reconocido como hijas mías a Margarita de Parma, la que tuve con doña Juana van der Gheynst, a doña Tadea, a la que engendré con Ursolina della Penna, aquella hermosa italiana, y a doña Juana, la hija de la dama de Nassau. Pero no pude hacerlo con doña Isabel, la hija que tuve con doña Germana, la que fuera esposa de mi abuelo el rey Católico. De haberlo hecho se hubiera levantado un gran escándalo en la corte. ¿Os imagináis? La viuda de don Fernando preñada por su propio nieto. Y tampoco puedo reconocer al hijo que me ha dado doña Bárbara.

«No, claro que no. El emperador no puede reconocer que ha tenido un hijo con la puta más cara de Ratisbona», pensó Losantos.

—¿Qué más ordenáis que haga, mi señor?

—Que le digáis a doña Bárbara que se case con don Jerónimo y que se venga a vivir con él aquí a Bruselas. Deberá estar siempre vigilada. Y encargaos personalmente de que disponga de la renta anual que ya acordamos.

—Os agradezco la confianza que habéis depositado en mí, majestad.

—Sois de los pocos hombres en quien todavía puedo confiar.

—Aunque sigáis sin hacer el menor caso de mis consejos como médico.

Con los cuidados de Pablo Losantos, Felipe de Austria curó de su pleuresía y a fin de mayo estuvo en disposición de viajar de regreso a España.

Para despedir a su sobrino, María de Hungría organizó un gran banquete, al final del cual se reunió con Carlos, Leonor y Felipe.

—Ha llegado la hora de tu partida, hijo. Regresas a España, a tus reinos, y vuelves a gobernar la tierra de los Reyes Católicos; hazlo con la prudencia y sabiduría con la que ellos lo hicieron y con el sentido de la justicia que te he enseñado —le dijo el emperador.

—Ve con Dios, y que él te guarde siempre, sobrino. —María abrazó a Felipe y lo besó en las mejillas—. Guardaré estos tus Estados de los Países Bajos hasta que regreses, como hice con tu padre.

—No pueden estar en mejores manos, querida tía.

—Cuídate mucho. Tal vez vaya a verte a España pronto —le dijo Leonor.

—Si vienes, te agasajaré como mereces.

—En tu viaje de regreso he dispuesto que pases por Trento. El papa Julio ha decidido que se reanuden las sesiones del concilio. Allí te recibirán los padres conciliares. Las resoluciones de Trento serán muy importantes para el futuro de la cristiandad, de modo que escucha cuanto te digan y aprende cuanto puedas. La religión católica es la mejor argamasa para mantener unidos a los españoles. No lo olvides. De modo que aborta cualquier atisbo de herejía antes de que se convierta en un grave problema.

»En Génova te encontrarás con tu primo Maximiliano y tu hermana María, que ya disponen de la orden de abandonar el gobierno de España y dejarlo de nuevo en tus manos.

»Y ve pensando en buscar una esposa. España no puede tener un rey soltero y un solo heredero al trono.

—Lo haré.

—Te mantendré informado de cuanto ocurra y de lo que decidamos en la Dieta de Augsburgo.

—Solo quiero mis derechos y cumplir vuestra voluntad —asentó Felipe.

Padre e hijo se dieron un fuerte abrazo. Al emperador se le humedecieron los ojos. Tal vez, pensó, era aquella la última ocasión en que vería a su hijo.

Augsburgo, verano de 1550

El último día de mayo Carlos se despidió de sus dos hermanas y salió de Bruselas camino de Augsburgo. Abandonó la ciudad a caballo, pero antes pasó por la plaza del Mercado donde se despidió del pueblo, que manifestó su pesar por la marcha del emperador.

Atravesó Flandes camino del curso del Rin y embarcó en un navío con el que remontó la corriente por Bonn, Coblenza y Maguncia, recibiendo en audiencia a príncipes, nobles y altos eclesiásticos.

Se encontraba mejor de salud y aún se detuvo en Espira para cazar durante un par de jornadas. Allí, para su alegría, lo esperaban su hijo Felipe, que había retenido su camino de regreso a España para acompañarlo en las últimas etapas, y su hermano Fernando.

El día 8 de julio llegó a Augsburgo, donde hizo una entrada triunfal acompañado por su hijo, su hermano y su vasallo el rey moro de Vélez.

Durante todo el mes de julio Carlos, Fernando y Felipe prepararon los asuntos que se iban a tratar en la Dieta donde se iba a dirimir el futuro del Imperio. A fin del mes de julio, Carlos decidió que ya era hora de que su hijo continuara camino de regreso a España y lo despidió insistiendo en que se detuviera en Trento, como le había recomendado cuando salió de Bruselas.

Así lo hizo. Felipe viajó a Innsbruck y desde allí atravesó los Alpes, asistió a alguna de las sesiones del concilio y cruzó el norte de Italia para embarcar en Génova, donde lo aguardaban su primo Maximiliano y su hermana María, tal cual estaba convenido, antes de zarpar rumbo a España. Pero lo que más anhelaba Felipe era llegar cuanto antes a Castilla para volver a encontrarse con Isabel de Osorio, la mujer a la que tanto amaba. Para entonces ya había olvidado a la dulce Catalina Lainez, con la que compartió aquellas noches de cama y amor en Bruselas.

En esos días, la armada imperial mantenía intensos combates en varias plazas de corsarios en el norte de África, desviando así la atención de sus galeras de guerra.

No se encontraba bien. El canciller Granvela había sufrido algunos fuerte dolores en el vientre desde que llegó con el emperador a Augsburgo. Pablo Losantos lo había visitado en un par de ocasiones y comprobó que el deterioro del canciller era un proceso que se estaba acelerando en las últimas semanas. Pese a todo, Nicolás de Granvela seguía trabajando sin descanso al servicio del Imperio.

—Majestad, buenos días —saludó Granvela a Carlos, quien acababa de regresar de una partida de caza que había durados varias jornadas por los bosques de Baviera, en compañía de su duque.

—Buenos días, don Nicolás.

—Os encuentro con muy buen aspecto, señor.

—El aire de los bosques bávaros y el ejercicio me han sentado bien. ¿Cómo estáis vos?

—Sigo con algunos dolores en el vientre, pero algo mejor que hace una semana —mintió Granvela.

—Esta tarde despacharemos los asuntos más urgentes. Ahora me gustaría que comiéramos juntos; mi cocinero ha preparado un guiso con la carne de uno de los ciervos que abatimos en la cacería.

—Será un placer acompañaros, majestad.

Tras la comida, Carlos de Austria y Nicolás de Granvela se sentaron ante un buen montón de papeles.

—Este año la cosecha en España ha sido mejor que los dos anteriores; de manera que el precio del trigo no será tan elevado y no habrá ni hambrunas ni revueltas por ello —comentó Granvela.

—Es una buena noticia.

—Además, nuestro ejército está obteniendo grandes victorias en el norte de África. Si consiguiéramos echar de allí a los turcos…

De repente Granvela se torció de dolor, se venció a un lado del sillón y cayó al suelo.

—¡Don Nicolás, don Nicolás! ¡Ayuda, ayuda! —gritó el emperador, que acudió a levantar a su canciller.

Los soldados que guardaban la puerta entraron a la carrera y alzaron en volandas al canciller, que apenas podía balbucear algunas palabras.

—El vientre, el vientre… —se quejó Granvela.

—¡Llamad a don Pablo Losantos, deprisa!

El médico acudió enseguida.

Auscultó al canciller, palpó su vientre hinchado y observó sus ojos amarillentos.

—Es el hígado, majestad. No creo que don Nicolás lo supere.

—¿Va a morir?

—Eso solo depende de Dios. En mi opinión, creo que sí, que no resistirá más allá de unos pocos días. Tiene el hígado inflamado y los síntomas que presenta son muy adversos.

Nicolás Perrot de Granvela, gran canciller del Imperio, murió el 21 de agosto, justo al amanecer. Durante años había sido el consejero íntimo del emperador y uno de sus más leales amigos. Cuando Pablo Losantos le comunicó la muerte de Granvela, Carlos de Austria se sumió en una sincera pena. Lamentó el fallecimiento del amigo, pero también lo muy necesarias que hubieran sido su experiencia y su saber en las negociaciones que se iban a entablar de inmediato en Augsburgo.

Augsburgo, septiembre de 1550

No se ponían de acuerdo. Durante las dos últimas semanas de agosto Carlos y su hermano Fernando discutieron sobre el asunto de la sucesión al frente del Imperio. El pacto sellado hacía tiempo entre los dos hermanos dejaba en manos de Fernando la herencia imperial, pero este debía entregársela a su muerte a su sobrino el príncipe Felipe y no a su hijo Maximiliano.

Pero ni Felipe estaba dispuesto a renunciar al imperio a favor de su tío, aunque solo fuera durante su tiempo de vida, ni Maximiliano admitía que fuera relegado a ser un simple gobernador de España, de los Países Bajos o de alguna región fronteriza del Imperio. El hijo de Fernando pretendía ser emperador a la muerte de su padre y Felipe lo mismo, incluso antes de que muriera su tío. El desencuentro entre la familia Habsburgo era creciente y no parecía nada fácil llegar a una solución pactada que todos pudieran asumir.

Además, la revuelta de los protestantes, lejos de amainar, seguía creciendo y cada vez eran más los nobles y las ciudades que perdían el miedo a una nueva represalia del emperador, al que consideraban un viejo cansado y enfermo, carente de energía para poner en marcha una nueva campaña militar como ocurriera hacía varios años.

Ante lo enrevesado de la situación, Carlos decidió llamar a su hermana María de Hungría para que actuara como mediadora en el conflicto familiar.

María, que se había quedado en Bruselas cuando se marcharon su sobrino y su hermano, llegó a Augsburgo el 10 de septiembre. Aquel mismo día se entrevistó con Carlos y Fernando.

—Queridos hermanos, desde muy pequeños nos enseñaron que la familia es lo más importante. Por eso lamento mucho que hayamos llegado a esta situación. Hay que resolver este conflicto de la manera más beneficiosa para nosotros —les dijo María.

—El acuerdo ya estaba cerrado hace tiempo: yo soy tu sucesor en el Imperio. Pero ahora tu hijo Felipe pretende que rompamos este pacto y aspira a ser él el próximo emperador —alegó Fernando.

—Eso es precisamente lo que acordamos, pero también decidimos que Felipe te sucedería a ti y ahora es tu hijo Maximiliano quien se ha metido de por medio y reclama ser tu heredero. Yo te ofrecí mis derechos al trono imperial, pero con la condición de que tú los cedieras a su vez a Felipe y no a Maximiliano —recordó Carlos.

—Felipe ha demostrado una ambición desmedida. Ha sido él quien ha puesto en peligro nuestra unidad y lo ha hecho conspirando para convertirse en emperador, en contra de lo pactado por vosotros dos —intervino María.

—Es Maximiliano quien está conspirando para que nuestro acuerdo estalle en mil pedazos —asentó Carlos—. Yo soy el emperador y debo ser el primero en cumplir lo pactado, y en ello se incluyen los derechos de mi hijo Felipe al Imperio, después de ti, hermano, es cierto, pero la herencia imperial le corresponde a Felipe y no a Maximiliano.

—Yo soy el rey de romanos, título que ostenta el heredero al Imperio. Así me lo prometiste. Hermano, nadie te quiere más que yo, nadie, y nunca me enfrentaré a ti, por ningún motivo, pero cometerás una enorme injusticia si no cumples tu palabra. Felipe es mi sobrino y lo quiero como a mi propio hijo, por eso te propongo que sea nombrado vicario del Imperio en Italia…

—No —zanjó Carlos rotundo—. Yo te pido a ti, como mi heredero en el Imperio, que escribas a los siete grandes electores y les propongas que designen como tu sucesor a Felipe y no a tu hijo Maximiliano, como sé que algunos están intrigando para ello.

—Escuchadme ambos —terció María—. También yo sé que hay quienes pretenden que Fernando renuncie al Imperio, entre ellos muchos nobles españoles que desean que Felipe sea el emperador cuando tú faltes, querido Carlos. Y es Felipe quien está detrás de todos ellos.

—¿Qué propones, hermana? —le preguntó Fernando.

—Que ratifiquéis vuestro acuerdo. Tú, Fernando, serás emperador y Felipe rey de las Españas; cuando seas coronado, nombrarás a Felipe tu heredero en el Imperio.

—¿Y si Fernando muriera antes que yo? —dijo Carlos.

—En ese caso, y como Felipe tiene heredero en España, Maximiliano sería el sucesor de su primo en Alemania —resolvió María.

La gobernadora de los Países Bajos era el miembro más lúcido de la familia Habsburgo. Su papel de mediadora en aquel conflicto era fundamental, pues parecía la única que podía evitar que se desencadenara una guerra civil por el Imperio entre las dos ramas de los Austrias.

—Estoy de acuerdo —asintió Fernando.

—Yo también, pero siempre que aceptes que, si Felipe tiene un segundo hijo, los derechos al Imperio pasarán a ese niño y no los mantendrá Maximiliano.

—Sea —Fernando apretó los dientes.

—Todo arreglado entonces —dijo Carlos.

—Todo no. Falta que lo aprueben Felipe y Maximiliano. Y creo que no será fácil —supuso María.

Dos semanas estuvo en Augsburgo la reina de Hungría. A fin de septiembre regresó a Bruselas con la labor de mediadora cumplida, pero dudosa de la duración de aquel acuerdo entre sus hermanos.

Valladolid, octubre de 1550

El acuerdo al que habían llegado Carlos y Fernando por mediación de su hermana María en Augsburgo se conoció en Valladolid mediado el mes de octubre.

Felipe y Maximiliano habían viajado juntos, aunque en galeras diferentes, desde Génova hasta Barcelona, y desde allí se habían dirigido a Valladolid, donde Felipe recuperó su condición de gobernador de todos los reinos de España, que había dejado en manos de Maximiliano y de su esposa María cuando partió para visitar el Imperio y Flandes, viaje que algunos ya calificaban como *felicísimo*.

—El almirante Andrea Doria parece inmortal —comentó Felipe a su primo y cuñado Maximiliano y a su hermana María mientras comían un asado de cordero en el palacio real de Valladolid—. Ha vuelto a vencer a los corsarios en Túnez, ha ocupado un par de plazas y ha liberado a numerosos cautivos.

—Supongo que ya se habrán empleado en esas batallas los nuevos mosquetes; son armas más eficaces que los arcabuces —indicó Maximiliano—. Si conseguimos armar todos los tercios con suficientes mosquetes, derrotaremos en todos los combates a los turcos y a los franceses. Ante el poder de fuego de un mosquete, la caballería francesa no tiene nada que hacer.

—Cuando sea emperador, mi primera decisión será aplastar al Imperio turco —asentó Felipe.

—Mi padre será el próximo emperador —adujo Maximiliano, que apretó los dientes y miró a su esposa; María bajó la mirada.

—En España no aceptan el reparto que se ha hecho en Augsburgo. Los españoles desean que sea yo el emperador.

—No es eso lo que han acordado nuestros padres.

—Ese acuerdo no tiene mi consentimiento. Yo soy el heredero de la casa de Austria y es a mí a quien compete su jefatura cuando mi padre falte o abdique —Felipe miró a su primo con sus tristes ojos azules.

—No es lo acordado —insistió Maximiliano—. Con tu permiso, primo, me retiro.

Maximiliano miró de nuevo a su esposa, que permaneció sentada. Airado, dio media vuelta y salió del comedor.

—Tu esposo es un hombre muy ambicioso.

—Es un buen hombre —asentó María— y te aprecia mucho.

—No lo suficiente como para renunciar al Imperio que me corresponde.

Al día siguiente de aquel desencuentro, Maximiliano le envió una carta a su primo indicándole que deseaba viajar a Alemania para encontrarse con su padre, ya que, una vez Felipe

había vuelto a España, su labor como gobernador había acabado y ya nada tenía que hacer en estos reinos.

Felipe concedió el permiso de salida de España a Maximiliano, que se marchó el primero de noviembre.

De inmediato, el príncipe viajó a la ciudad de Toro, donde se había instalado su amante Isabel de Osorio con su hijo Pedro. Allí también estaba Juana, la hermana pequeña de Felipe, a la que Carlos había decidido casar con el príncipe Juan Manuel, heredero de Portugal e hijo del rey Juan III y de Catalina de Austria, la menor de todos los hijos de Juana la Loca.

Augsburgo, diciembre de 1550

El otoño había traído a Carlos un nuevo ataque de gota.

Ni siquiera pudo salir del palacio que habitaba para asistir a un torneo y tuvo que presenciarlo desde una ventana.

El dolor quedó mitigado en algo por la noticia de los casi cuatro millones de ducados en oro que habían llegado al puerto de Sevilla procedentes de las Indias y que pasaron al tesoro imperial.

Los protestantes seguían empeñados en cuestionar su autoridad, de modo que en el mes de noviembre reunió a los Estados Generales de Alemania y les mostró su enorme enojo y su deseo de que los rebeldes fueran castigados de inmediato. Ordenó que se armara una tropa, que costó cien mil florines, y que se dedicaran otros sesenta mil cada mes para pagar a los soldados destinados a reprimir la rebelión de los luteranos.

—La rebelión de los príncipes alemanes se acabaría si se designara a un heredero alemán al trono del Imperio —le dijo Fernando a su hermano Carlos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó molesto el emperador.

—Que yo soy tu heredero y Maximiliano debería ser el mío. Los alemanes aceptarán a mi hijo, pero no al tuyo, al que consideran un extranjero.

—Hermano, hemos de dejar claro quién es el emperador, ¿tú o yo?

—Tú lo eres ahora, yo lo seré después…

—Y luego Felipe, y tras él, Maximiliano. Eso es lo acordado.

—Podemos y debemos cambiar ese acuerdo —insistió Fernando.

—No.

—Debemos hacerlo por el bien de la familia y por la continuidad de los Austrias al frente del Imperio. ¿No te das cuenta, hermano? Los alemanes no quieren que los gobierne un extranjero y Felipe lo es.

—Retírate —ordenó tajante Carlos.

—¿Cómo…? —se sorprendió Fernando.

—Ya me has oído. Retírate. Te lo ordena tu emperador.

Fernando apretó los dientes, inclinó ligeramente la cabeza y salió del gabinete.

Durante varias semanas de finales del otoño los dos hermanos no volvieron a hablarse. La tensión entre los dos pilares de la casa de Austria parecía abocada a un enfrentamiento muy grave, tanto como para poner en peligro su hegemonía como dinastía reinante en la cristiandad.

A comienzos del mes de diciembre, tras celebrar la fiesta de la Orden del Toisón de Oro por San Andrés, llegó a Augsburgo el príncipe Felipe, y una semana después lo hizo Maximiliano. María de Austria, embarazada de Maximiliano, se había quedado en España como gobernadora de todos su reinos.

Carlos recibió a su sobrino a mediados de diciembre; el emperador seguía sin hablarse con su hermano.

—Querido sobrino, ¿cómo se encuentra mi hija? —le preguntó Carlos.

—Doña María os dará pronto un nuevo nieto, majestad —respondió Maximiliano.

—Otro vástago de los Habsburgo. Bien hecho.

—¿Cómo os encontráis vos, señor?

—Esta gota me martiriza de vez en cuando. Estoy cansado y apenas tengo fuerzas para seguir sosteniendo nuestros dominios. Creo que está llegando el momento de dejar este trabajo en manos más jóvenes y fuertes.

—¿Me habéis hecho llamar para eso?

—A ti, a tu padre y a don Felipe. Antes de retirarme debo dejar resuelta mi sucesión. Y tu padre no me lo está poniendo nada fácil. ¿Sabes que hace ya varias semanas que tuvimos una discusión y desde entonces no nos hemos dirigido la palabra?

—Lo sé. Me lo contó anoche mientras cenábamos.

—Se empeña en que tú seas su sucesor en el Imperio, en contra de lo que acordamos hace tiempo: que tras mi muerte o mi renuncia tu padre sería el emperador, pero que a él lo sucedería Felipe y tú sucederías después a don Felipe. Eso fue lo acordado y debemos respetarlo todos.

—Mi padre dice que un español no puede ser emperador de Alemania.

—¿Español? Sí, don Felipe nació en España, pero conoce bien Alemania. Anduvo dos años por el Imperio y ahora está aquí otra vez.

—Yo sí soy alemán —asentó Maximiliano—. Nací en Viena y he vivido en estas tierras hasta que me enviasteis a España para casarme con doña María y ser su gobernador en ausencia de mi primo Felipe.

—Eso demuestra la confianza que tengo en ti, y espero que sepas devolvérmela.

—No lo dudéis, tío.

—Los Austrias no debemos enfrentarnos nunca entre nosotros. Nunca. Demasiados enemigos tenemos ya como para pelearnos entre los miembros de la familia.

—En lo que de mí dependa, nunca iniciaré una pelea con mi primo don Felipe.

—Eso espero. Estos días celebraremos varias reuniones familiares. Es preciso dejar claro y sin la menor duda que la familia permanecerá unida pase lo que pase. Espero que lo consideres así.

—¿Hablaréis con mi padre, majestad?

—Sí, le enviaré una carta hoy mismo. Quiero que asistamos los cuatro juntos el día de Navidad a misa y que hagamos una ofrenda en común. Los alemanes deben vernos unidos, como una sola voluntad. Esa es nuestra fuerza.

Augsburgo, 31 de enero de 1551

La tensión entre los dos hermanos se había rebajado durante las fiestas de Navidad. Carlos había vuelto a hablar con Fernando, pero este no acababa de aceptar del todo lo acordado previamente.

Se necesitaba otra vez la mediación de María de Hungría, quien, llamada por su hermano a Bruselas, llegó a Augsburgo la tarde del primer día de enero.

El día de Reyes, tras la misa solemne, se celebró un suntuoso banquete en el que participó casi toda la familia de los Austrias, además de los grandes electores, los arzobispos de Tréveris y de Maguncia. Carlos presidió la mesa, con su hermano Fernando a su derecha y su hermana María a su izquierda, en tanto el príncipe Felipe y el archiduque Maximiliano, rey además de Bohemia, fueron colocados en lados opuestos, uno enfrente del otro.

Acabado el banquete, Carlos sufrió un grave ataque de gota. Pablo Losantos acudió para atenderlo. El emperador sentía tanto dolor como si lo estuviera torturando el más cruel de los familiares de la Inquisición.

—Señora —Losantos se presentó ante María de Austria—, vuestro hermano el emperador está muy grave. Deberíais venir a verlo.

María de Hungría y Pablo Losantos acudieron a pie ligero ante la cama de Carlos.

El emperador deliraba. Acababa de sufrir un fuerte ataque de epilepsia, semejante a aquellos que tenía de joven, cuando perdía incluso el sentido tras ser sacudido por convulsiones.

—¿Corre mi hermano peligro de muerte? —preguntó María angustiada.

—Está grave, pero creo que aguantará este envite. Esta mañana ha sufrido dos ataques nerviosos, le duele la cabeza y tiene asma. El flujo de sangre es denso y muchas zonas de la piel presentan un sarpullido consecuencia de la irritación. Está sufriendo mucho, pero su majestad es capaz de aguantar el dolor como jamás he visto a nadie que lo soportara. Es un hombre forjado con voluntad de hierro.

María se acercó a la cama donde reposaba su hermano.

El emperador tenía los ojos cerrados, pero se intuía un rictus de dolor y derrota; de su boca entreabierta salía una saliva oscura y maloliente que caía por la comisura del labio y resbalaba por su cuello.

La gobernadora de los Países Bajos cogió un paño y limpió la saliva de su hermano.

—Haced cuanto sea para que su majestad no sufra —se dirigió María a Losantos.

—Hago cuanto puedo, mi señora.

—El mundo sigue necesitando a este hombre, la cristiandad lo necesita, el Imperio lo necesita, todos lo necesitamos.

—Sí, señora.

—Mi hermano siempre ha confiado en vuestros servicios, no lo defraudéis.

—Creo que nunca lo he hecho. —Losantos calló que el emperador casi nunca había atendido a sus consejos, que se había saltado las dietas que le había prescrito, que a pesar de los reiterados ataques de gota seguía comiendo y bebiendo como si le fuera la vida en ello; y en verdad que le iba, pero por exceso.

Augsburgo, 9 de marzo de 1551

Sin duda alguna, María de Austria y Hungría era la persona más inteligente de la familia. Respetada por todos sus hermanos, su mediación en el conflicto entre Carlos y Fernando, y por extensión entre Felipe y Maximiliano, estaba siendo decisiva para evitar el estallido de un gravísimo enfrentamiento.

Aquel invierno en Augsburgo se sucedieron largas tandas de entrevistas entre todos los miembros de la familia, solo interrumpidas por celebraciones religiosas, torneos y copiosos banquetes en los que se servían exquisitos manjares, deliciosos vinos y corría abundante la mejor cerveza.

Aquellas sesiones se habían planteado como una Dieta imperial, pues lo que se decidiera en Augsburgo en aquellos meses iba a ser decisivo para el futuro del Imperio.

Todos procuraron sacar el máximo partido en su propio beneficio y maquinaron cuanto pudieron para ello. Carlos quería que su hijo Felipe fuera el siguiente emperador y procuró convencer a su hermana María para que a su vez esta lo hiciera con Fernando, pero este se negó amenazando con desatar incluso una guerra si era preciso; Fernando pretendía excluir a Felipe de la herencia imperial y que quedara libre el paso a su hijo Maximiliano; y María templaba los ánimos de unos y otros buscando el beneficio de la familia y procurando evitar la guerra entre sus dos hermanos y sus dos sobrinos.

Las conversaciones se alargaban demasiado y algunos de los nobles allí presentes, que apenas intervenían como meras comparsas en los debates, comenzaron a cansarse. Un grupo de ellos se presentó a principios de febrero ante el emperador y le solicitó que pusiera fecha para el final de la Dieta; le conminaron a hacerlo añadiendo que, para ellos, el preferido como futuro emperador era Fernando, de modo que, si no se decidía pronto un orden sucesorio, serían ellos quienes podrían atreverse a proclamar al nuevo dueño del Imperio.

Carlos, cansado, débil y enfermo, fijó el 14 de febrero como día para clausurarla, lo que se hizo tras una sesión que celebró a las cuatro de la tarde. Habían transcurrido casi siete meses y medio desde que el emperador la inauguró aquel cálido día de finales de julio del año anterior.

En los días siguientes se cerraron los acuerdos entre la familia de Austria gracias a la intervención de María: Fernando, el rey de romanos, sería el sucesor de su hermano Carlos al Imperio; Felipe sería rey de España, señor de los Países Bajos y de Italia, y además sucedería a Fernando como rey de romanos y, por tanto, como heredero del trono imperial; una vez convertido en emperador a la muerte de Fernando, Felipe designaría a su primo Maximiliano como rey de romanos y sucesor en el Imperio.

Por fin, el día 9 de marzo Carlos, Fernando, María, Felipe y Maximiliano se sentaron en torno a una mesa en el palacio imperial de Augsburgo. Las negociaciones se habían cerrado dos días antes, de manera que solo se trataba de ratificar los acuerdos pactados.

Carlos se incorporó de su sillón con gesto dolorido. Con la mayor solemnidad que pudo, habló:

—Yo, Carlos, emperador del Sacro Imperio Alemán y rey de las Españas y de las Indias, declaro que mi hermano don Fernando es mi sucesor en el Imperio y mi hijo Felipe, mi heredero en los reinos de España —dicho esto se sentó.

Entonces se levantó Fernando de Austria.

—Yo, Fernando, declaro que acepto lo dispuesto por mi hermano don Carlos y proclamo como mi heredero en el Imperio a mi sobrino don Felipe.

A continuación se sentó y le tocó el turno a Felipe.

—Yo, Felipe, príncipe de España, señor de los Países Bajos y de Italia, acepto la designación como heredero de los reinos de España hecha por mi padre el emperador don Carlos, y como sucesor de mi tío don Fernando, a su vez heredero del título imperial; y proclamo que nombro mi heredero a los derechos del Imperio, para cuando corresponda, a mi primo el archiduque don Maximiliano.

Por fin, habló Maximiliano.

—Yo, Maximiliano, hijo de don Fernando, acepto la designación de sucesor en el Imperio de mi primo don Felipe para cuando me corresponda.

Acabada aquella especie de juramento de los cuatro varones, María de Hungría se levantó de su asiento y habló:

—Queridos hermanos y queridos sobrinos, hoy estoy muy feliz. Nuestra familia ha sabido, una vez más, permanecer unida. Todos habéis dado muestras de un gran amor y todos habéis renunciado a vuestros intereses en favor de los de nuestra casa común. Habéis obrado como nos enseñaron nuestros padres y nuestros abuelos.

»Con vuestra firma, queda cerrado este acuerdo —zanjó María.

Maximiliano se mostró compungido; tenía la misma edad que su primo Felipe, de modo que no había garantía alguna de que aquel acuerdo pudiera llegar a cumplirse, al menos en lo que a él respectaba.

Felipe tampoco estaba contento; había presionado a su padre para ser designado su sucesor en el Imperio, pero no había logrado su propósito y, además, dudaba de que Fernando cumpliera su parte y lo nombrara sucesor cuando faltara Carlos.

Los dos tenían razón en sus dudas. Aquel acuerdo nunca llegaría a cumplirse.

Augsburgo, verano de 1551

Con la llegada de la primavera, los miembros de la casa de Austria reunidos aquellas largas semanas en Augsburgo se fueron marchando de la ciudad.

El hijo de María y de Maximiliano nació a fines de marzo en Valladolid y fue un niño al que llamaron Fernando. Era nieto de Carlos y de Fernando a la vez.

El Concilio de Trento había reanudado sus sesiones y el almirante Doria seguía obteniendo victorias en la guerra en el mar contra los turcos y los corsarios berberiscos.

Felipe se quedó con su padre algunas semanas más, y ambos acudieron juntos a las vigilias y al funeral que cada año se celebraba en recuerdo del aniversario de la muerte de la emperatriz Isabel, a la que Carlos seguía añorando y echando en falta.

Mediado marzo, Felipe sintió algunos dolores en el costado, que fueron tratados por Pablo Losantos. No era nada grave, pero se retrasó un par de semanas su partida hacia España. Por el contrario, el emperador se sintió muy mejorado, e incluso salió de caza durante toda una jornada por los bosques cercanos a Augsburgo.

A fin de mes llegó el día de la marcha de Felipe. Padre e hijo se despidieron entre grandes signos de pena y Carlos le dio su palabra de que lo acordado se cumpliría y que él sería, algún día, el emperador.

En el momento de partir, Carlos le entregó a su hijo una carta en la cual lo nombraba gobernador de los reinos de Castilla y León, de Aragón, Navarra y Granada, con el mandato de que los administrara con justicia y buen gobierno y que viviese en esos reinos por todo el tiempo.

A mediados de junio recibió un informe de sus agentes en Trento. El príncipe Felipe se había detenido allí por unos días, como le recomendara su padre, para asistir a las sesiones del concilio, pero no había aprendido demasiado.

—Su alteza lo está pasando muy bien en Trento —comentó Carlos tras leer el informe.

—Majestad, con todo el respeto que os debo, todo el mundo conoce lo que ocurre en esa ciudad —le comentó Pablo Losantos, que le estaba aliviando con emplastes los dolores por la hinchazón de los tobillos.

—¿Vos lo sabéis, don Pablo?

—Trento es una fiesta, majestad. Los asistentes al concilio celebran cada noche banquetes interminables, tras los cuales se organizan bailes de máscaras en los que participan decenas de hermosas mujeres. Mi señor, Trento se ha convertido en una orgía permanente.

—Yo he enviado ahí a mi hijo, y con doscientos mil ducados de renta.

—¡Doscientos mil ducados! —se asombró Losantos.

—Sí, esa es la nueva asignación anual que he decidido para atender los gastos de su casa.

Con todo ese dinero, Felipe, que amaba la música, podía pagar a una orquesta con un clavicordio, varias trompetas, tamborinos, violines, laúdes, gaitas, ministriles y cantantes que amenizaban cada noche con un concierto las cenas de su alteza, y que lo acompañaban a todas partes.

A fines de julio envió una carta a Maximiliano, que ya se encontraba en Valladolid con su esposa, para que saliera de España por Barcelona y se dirigiera a Génova para esperar allí a Felipe, y que tuviera cuidado en la travesía, pues le habían informado que había galeras piratas navegando por esas aguas. Le decía que había ordenado a Andrea Doria que acudiera con sus galeras de guerra para escoltarlo como correspondía a su título de rey de Bohemia.

A fines de aquel verano se declaró una nueva guerra con Francia. El rey Enrique II estaba convencido de que el poder de Carlos era tan grande como su ambición y que no dudaría en atacar a Francia para intentar conquistarla. Por ello envió embajadores a Estambul para firmar una alianza con el sultán otomano, quien aceptó de inmediato y ordenó a su mejor almirante, Sinán Bajá, que tomase Trípoli, en el norte de África, que continuaba en manos del emperador, y atacase el puerto de Malta, que se había entregado a la Orden de San Juan. Trípoli cayó, pero Malta resistió amparada en sus poderosas murallas.

El rey de Francia también acordó un pacto con el papa Julio III. Una vez logrados estos apoyos, declaró la guerra, considerando que era el momento oportuno a causa de los achaques y la mala salud de Carlos y los velados enfrentamientos entre los Austrias, apenas resueltos con lo acordado en Augsburgo. Aprovechando todas esas circunstancias, el francés buscó la firma de un acuerdo con los príncipes protestantes alemanes, con el fin de reunir a su lado a todos los enemigos de los Austrias.

Innsbruck, finales de noviembre de 1551

A principios del otoño Carlos recibió en Augsburgo una carta desde Flandes. La firmaba su hermana María.

Comenzaba informándole que Bárbara Blomberg se había instalado en Bruselas con su esposo, nombrado comisionado del ejército imperial en los Países Bajos. Por supuesto que la hermana del emperador nada decía de que esa mujer había sido su amante y era la madre de su hijo secreto.

También le indicaba que sus espías le habían informado que varios príncipes alemanes estaban conspirando para derrocarlo. Entre ellos destacaba a Mauricio de Sajonia, al cual Carlos consideraba un leal amigo. No quiso creerla, pero era cierto. La liga de Königsberg se estaba reforzando con nuevos miembros, varios de ellos confesos leales al emperador en público, pero que en la clandestinidad tramaban una conspiración para sustituirlo al frente del Imperio.

Carlos decidió que había llegado el momento de dejar Augsburgo. A comienzos de noviembre la corte se trasladó al fin a Innsbruck. Esta ciudad, en la región de Austria, era el punto de paso del Camino Español, que atravesaba los Alpes desde el norte de Italia para adentrarse en el sur de Alemania y de allí hacia los Países Bajos.

Ya en Innsbruck recibió varias cartas en las que numerosos príncipes alemanes le solicitaban que pusiera en libertad a los nobles que mantenía presos desde la batalla de Mühlberg. Entre los firmantes estaban Mauricio de Sajonia, el rey de romanos, el duque de Baviera y el rey de Dinamarca.

Ver a su propio hermano entre los que reclamaban la libertad de los rebeldes confundió a Carlos. Por su cabeza cruzaron pensamientos contradictorios, e incluso supuso que lo que le había avisado su hermana era cierto y que se estaba gestando una gran conspiración contra él.

Madrid, mediados de diciembre de 1551

Nada más llegar a España, el príncipe Felipe, que había sido jurado como heredero de Navarra, estuvo algunas semanas en Barcelona en casa de su amigo Luis de Requesens, en tanto Maximiliano se dirigió a Valladolid al encuentro con su esposa María.

Un mes después se entrevistaron en Zaragoza, adonde Maximiliano acudió con su esposa y sus dos hijos: la pequeña Ana, de dos años, y Fernando, recién nacido. Entonces, Felipe ni siquiera podía sospechar que muchos años más tarde aquella niña pequeña, su sobrina, a la que tuvo aquellos días en brazos en el palacio de la Aljafería de Zaragoza, se convertiría en su cuarta y última esposa.

El felicísimo viaje por Europa había dejado en el príncipe una agradable sensación de calma, felicidad y asueto. Tantas celebraciones, tantos agasajos, tantos torneos, tantas fiestas, tantos banquetes, tantas noches de amor con Catalina Lainez y las noches de bailes y orgías en Trento parecían como un sueño.

En Zaragoza se despidió de su hermana María y de Maximiliano, que tras dos años de ejercer la regencia en los reinos de España regresaban a Alemania, mientras Felipe partió hacia Valladolid, recorriendo el camino en cortas y lentas etapas, como si no quisiera llegar nunca a su destino.

Ya en Valladolid apenas se detuvo un día, porque enseguida partió hacia la ciudad de Toro, donde lo aguardaba Juana, su hermana pequeña, que cuidaba de su hijo Carlos, de seis años de edad. Pero sobre todo donde también estaba esperándolo su amante Isabel de Osorio, con el hijo de ambos, el pequeño Pedro, de cinco años, al que reconoció como sobrino.

Felipe ardía en deseos de enseñarle a Isabel las nuevas artes amatorias que había aprendido de Catalina Lainez en Flandes, y sobre todo de las experimentadas cortesanas italianas que habían pasado por su cama en Trento.

Permaneció diez días en Toro, celebró un gran torneo en el castillo de Torrelobatón en el que justaron sesenta caballeros y durmió todas las noches con Isabel, a la que dejó de nuevo embarazada. Una de aquellas noches, Felipe le volvió a prometer a la Osorio que un día la convertiría en su esposa. Nunca más, en el resto de su vida, volvería a tener una semana de descanso.

Los asuntos de gobierno no podían esperar más. Durante semanas Felipe los había desatendido, de modo que se vio obligado a regresar a Valladolid y recuperar el tiempo perdido.

La guerra con Francia y la caída de Trípoli en manos de los turcos fueron motivos suficientes para abandonar su vida relajada en Toro y regresar a Valladolid. Allí se encontró, además, con los graves disturbios que habían estallado en América, donde los hermanos Contreras habían encabezado una revuelta contra la Corona de la región de Panamá al grito de «¡Libertad, libertad!». Uno de ellos, de nombre Hernando, se había proclamado *capitán de la libertad* y había planeado liquidar a todos los leales al rey de España, comenzando por el propio obispo de Nicaragua.

En el Perú también andaban revueltas las aguas. El capitán Lope de Aguirre, al que algunos consideraban un loco, había sido arrestado acusado de infringir las leyes que protegían a los indios, a los cuales se les había permitido trabajar en las minas y poseer sus propias haciendas.

Aguirre había sido azotado en público por la justicia real y había jurado vengarse por semejante afrenta.

Para resolver los problemas en América, Felipe hizo caso de los consejos que le había dado Pedro de la Gasca, el ministro que envió el emperador a pacificar el Perú en 1547, y que logró acabar con la revuelta de los Pizarro.

También tomó consejo de fray Bartolomé de las Casas, el obispo de Chiapas que había vuelto a España desencantado por no haber logrado que se aplicara su doctrina de defensa de los derechos y el bienestar en las relaciones con los indios. De las Casas, que había renunciado a su cargo de obispo, estaba aquellos días en Valladolid, donde había conseguido una plaza en el colegio de San Gregorio que los dominicos tenían en esa ciudad, disputando una dura controversia con Juan Ginés de Sepúlveda sobre si era lícito o no sostener una guerra para la conquista de las Indias.

Felipe otorgó a fray Bartolomé el título de procurador de los indios y le asignó la función de ser el transmisor ante su corte de todas las quejas y agravios que denunciaran los pobladores indígenas de América por los abusos a los que los sometieran los españoles.

—Trasladaré mi corte a Madrid —comentó Felipe a Juan Calvete, su antiguo maestro de gramática, convertido ahora en consejero privado.

—Valladolid ha sido una de las sedes reales donde se han celebrado Cortes desde los tiempos de vuestros bisabuelos los Reyes Católicos —precisó Calvete.

—Mi padre dudó entre Granada y Toledo, pero nunca se decidió por ninguna de esas dos ciudades. Él ha sido quien me ha recomendado esta villa: Madrid. Yo también creo que es el lugar más adecuado. Fijaos en este mapa —Felipe le mostró a su maestro un atlas con un mapa de la Península ibérica—: Madrid está en el centro, equidistante de Galicia, Cataluña, Valencia y Andalucía. Sí, Madrid es el mejor sitio para la corte.

—En Madrid no hay un palacio digno de vuestra alteza; y ni siquiera tiene el título de ciudad. Madrid es una villa.

—Pero disfruta de un aire más saludable, un clima más dulce y mejores aguas que Valladolid. Está decidido, trasladaré allí mi corte.

Y así lo hizo. A lo largo del mes de diciembre las quinientas personas que integraban la corte del príncipe Felipe se desplazaron hasta Madrid.

Hubo que afrontar algunas obras en el alcázar real, a fin de acondicionarlo como residencia, al menos por el momento.

Felipe miraba hacia la sierra por la ventana de la fachada norte del alcázar. Aquella noche previa a la Navidad había nevado y las montañas habían amanecido completamente blancas.

Un viento seco del sur había disipado las nubes y en el cielo azul, limpio y cristalino, brillaba un cálido sol amarillo. La luz de un día soleado de invierno en España era más luminosa y clara que cualquiera de los días despejados del verano en Flandes, pensó Felipe, que imaginaba una y otra vez la manera de conseguir hacerse con el Imperio sin quebrantar la voluntad de su padre, sin romper el pacto acordado en Augsburgo con su tío y su primo y sin desatar una guerra en la familia.

—Alteza —el maestro de Felipe pidió permiso para entrar en la cámara.

—Pasad, pasad, don Juan. ¿Habéis traído la lista que os pedí ayer?

—Sí, aquí está —Juan Cristóbal Calvete le entregó un cuadernillo con una retahíla de nombres de libros y sus autores.

—¿Todos estos? —se extrañó el príncipe al comprobar de un vistazo el número de títulos.

—Y más que se añadirán en los próximos meses, según me ha comunicado personalmente don Fernando Valdés, el inquisidor general.

—Pues casi todos estos títulos están en mi biblioteca. En consecuencia, ¿debo ordenar que los quemen? —ironizó Felipe—. ¿Y debo ordenar que os encarcelen como mi maestro de gramática y responsable de haberme recomendado la lectura de todos ellos? ¿Me condenará a galeras la Inquisición por haberlos leído?

—La Inquisición no se atreverá a meterse con vuestra alteza.

—¿Ni siquiera por los cuadros que he encargado a Tiziano?

—No os entiendo, alteza.

—Durante mi estancia en Augsburgo esta pasada primavera encargué a ese pintor veneciano una serie de siete cuadros basados en escenas de la *Metamorfosis* de Ovidio, libro que vos me recomendasteis encarecidamente.

—Sí, creo que su lectura es esencial para la educación de un príncipe.

—Pues Tiziano está pintando para mí esas escenas con mujeres desnudas, como la de Dánae, la hermosa amante en cuyo vientre Júpiter, convertido en lluvia de oro, fecundó al héroe Perseo. ¿Creéis que lo permitirá la Inquisición?

—Creo que, si son para vuestra alteza, los inquisidores no pondrán el menor reparo. Y menos todavía viniendo de un pintor al que su majestad el emperador ha nombrado caballero de la Espuela de Oro.

Salamanca, enero de 1552

Una capa de dos dedos de nieve helada cubría las calles de Salamanca aquella mañana de enero.

Unos fuertes golpes sonaron en la puerta de la casa de los Losantos. Luis acudió presto a abrirla y no le gustó lo que vio al otro lado. Cuatro familiares de la Inquisición, bien abrigados con sus tabardos y gorros negros, no era precisamente un buen augurio.

—¿Sois vos don Luis Losantos, profesor de la universidad? —le preguntó uno de aquellos tipos.

—Sí, lo soy. ¿Qué desean vuesas mercedes?

—¿Viven aquí las mujeres llamadas María e Isabel Losantos?

—Sí, esta es su casa. Son mi tía y mi hermana.

—Pues deben venir con nosotros.

—¿Por qué?

—Han sido acusadas de prácticas heréticas y de elaborar pócimas mediante sortilegios y hechicería.

—Mi tía y mi hermana son herbolarias. Laboran infusiones y pomadas para calmar los dolores, nada más.

—Eso no nos compete a nosotros. Tenemos órdenes de conducirlas ahora mismo ante el tribunal del Santo Oficio.

—Todavía están en la cama; es muy temprano.

—O vienen por las buenas o las llevaremos a la fuerza.

—Aguardad un momento.

María e Isabel Losantos fueron conducidas al tribunal del Santo Oficio de Salamanca. El fiscal leyó un pliego de acusaciones en el que se culpaba a las dos mujeres de brujería.

Sentadas en un banco de madera, tía y sobrina se miraban asustadas ante los tres miembros del tribunal, sin poder explicarse a qué venía todo aquello y sin saber siquiera quién las había denunciado.

—¿Quién de las dos es María Losantos? —preguntó el juez que presidía el tribunal.

—Yo lo soy.

—Se te acusa de brujería.

—¿Por qué? ¿Quién nos acusa de semejante mentira? —demandó María.

—Limítate a responder a las preguntas del tribunal —dijo el presidente.

—Pero…

—María Losantos, ¿desde cuándo eres bruja?

—Yo no soy bruja.

—¿Quién es tu maestro?

—¿Maestro…? Yo no tengo ningún maestro.

—¿Por qué te hiciste bruja?

—No soy bruja, ¡no soy bruja! ¿Qué locura es esta?

—¿Qué tipo de juramento has prestado a Satanás?

—Señor, pero ¿qué está pasando aquí?

—¿Dónde consumaste tu unión carnal con el íncubo? —El que presidía el tribunal de tres jueces leía de manera cansina y con voz muy baja el manual de inquisidores—. ¿Cuáles han sido los demonios que han participado en tus aquelarres?

—No sé de qué nos estáis hablando. Jamás hemos tomado parte en ningún aquelarre.

—¿Cuáles fueron los alimentos que consumisteis en el aquelarre?

—Ya os he dicho que no sé nada de eso. —María contestaba mientras Isabel miraba a su tía sin entender nada de cuanto acontecía a su alrededor.

—¿Y qué música sonó?

Un secretario tomaba acta de las respuestas.

—¿Música? Señor, ¿de qué estáis hablando? —María comenzaba a angustiarse.

—¿Qué te dio tu íncubo a cambio de fornicar con él?

—¡Yo no he fornicado con nadie!

—Dejadle al descubierto los hombros —ordenó el juez a los dos oficiales que escoltaban las mujeres.

Con malos modos, le bajaron a María la blusa quedando sus hombros al aire.

—¿Qué estáis haciendo? —protestó María Losantos.

—No tiene ninguna marca —dijo uno de los oficiales tras revisar la piel de los hombros de María.

—¿En qué parte de tu cuerpo te dejó la marca tu íncubo?

—No tengo ninguna marca de ningún íncubo.

—Enséñala o te desnudaremos por completo —indicó el juez.

—Os repito que no tengo ninguna marca.

—Desnudadla.

Los dos oficiales le quitaron toda la ropa a María.

—No tengo ninguna marca —sollozó María avergonzada y humillada.

—Y a ella también.

Los oficiales procedieron a desnudar a Isabel.

Las dos mujeres, desnudas ante el tribunal, se cubrieron el sexo y los pechos con las manos.

—No tienen marcas —comprobó uno de los oficiales.

El juez se levantó de su asiento y examinó con detalle la piel de las dos mujeres.

—Rapadles la cabeza.

Los oficiales cogieron sendas tijeras y les cortaron el pelo a las dos. Luego les afeitaron la cabeza con una cuchilla.

—¡Aquí están! —exclamó con euforia señalando tres pequeñas pecas que María tenía en el occipital—. ¡Y aquí la de esta otra bruja! —indicó una mancha en forma de almendra en la zona superior del cráneo de Isabel.

—¿Qué daño habéis hecho a las personas? —intervino otro de los jueces.

—No hemos hecho daño a nadie. Tan solo curamos enfermedades con nuestros remedios —alegó María desconsolada y completamente atorada.

—¿A cuántos niños habéis hechizado?

—¡Dios mío! —clamó Isabel entre sollozos.

—¿Quiénes son vuestros cómplices?

—No tenemos ningún cómplice…

—¿Cómo voláis por los aires? —insistió el juez.

—¿Volar…? No podemos volar —replicó María.

—¿En qué forma se os apareció el diablo?

—Jamás hemos visto a ningún diablo.

—Aunque lo autorizó el papa Inocencio IV hace ya trescientos años, no hace falta aplicar tormento alguno a estas dos brujas. Por el momento que queden encerradas hasta que este tribunal dicte sentencia definitiva.

—¿Qué? ¡No hemos hecho nada de cuanto nos acusáis! ¡Nada! —clamó María en vano.

—¡Lleváoslas! ¡Y agradeced que no ordene que os aten con cuerdas de cáñamo mojadas y os estiren en el torno hasta descoyuntar todos vuestros huesos —ordenó el juez.

—¡Nada! ¡No hemos hecho nada! —se oyó decir a María Losantos mientras salían de la sala de interrogatorio arreglando las ropas con las que se habían vuelto a vestir.

Apenas dos días después de ser condenadas a prisión, Domingo de Arbués, suegro de Luis Losantos, le informó que la Inquisición también iba a por él. Lo había citado ante la puerta principal de la catedral vieja, junto a la cual se estaba construyendo una nueva, mucho más grande aunque en el viejo estilo que ya no estaba de moda.

—Debes marcharte de Salamanca. Hazlo pronto porque el Santo Oficio anda tras de ti y no pasará mucho tiempo antes de que dicten la orden de apresarte.

—No puedo dejar a mi tía y a mi hermana encerradas aquí sin hacer nada.

—Vete o tendrás muchos problemas. —Aquel hombre hablaba en serio—. Recoge tus cosas y huye cuanto antes de Salamanca, si es que en algo aprecias tu vida. Nada puedes hacer por esas dos mujeres.

—De acuerdo; nos marcharemos…

—Mi hija y mi nieto no irán contigo —asentó Domingo de Arbués.

—¿Qué estáis diciendo? Son mi esposa y mi hijo.

—Ella no quiere volver a verte.

—No me iré sin Leonor y sin Diego.

—Este matrimonio será anulado. Esta misma mañana se han ido de tu casa.

—¿Dónde están? —se desesperó Luis Losantos.

—En un lugar seguro.

—Entonces… ¡Claro, ahora lo entiendo! ¡Habéis sido vos quien ha denunciado a mi tía y a mi hermana!

—¡Márchate de aquí y no vuelvas jamás si quieres conservar tu vida!

—Pero ¿por qué? ¿Por qué habéis hecho esto?

—¿Por qué…? Tu raza de judíos malditos asesinó a don Pedro de Arbués, mi ilustre antepasado. Sois una ralea de víboras que no merece vivir.

—En ese caso, no entiendo por qué me avisáis y permitís que huya.

—Me lo ha pedido Leonor; eres el padre de su hijo, que es mi nieto. Solo a ella le debes la vida. Márchate de aquí antes de que me arrepienta de la promesa que le hice y te lleve yo mismo ante el tribunal del Santo Oficio.

Las palabras de Domingo de Arbués sonaban rotundas. No cabía duda de que aquel hombre sería capaz de cumplir sus amenazas sin pestañear.

—Amo a Leonor; amo a vuestra hija.

—No volverás a verla.

Luis Losantos se desesperó. Corrió hasta su casa y la encontró vacía. Un par de familiares de la Inquisición estaban en la puerta. Lo que le dijeron no dejó lugar a ninguna duda: o se marchaba de inmediato de Salamanca o ardería en la hoguera por prácticas adivinatorias y demoníacas. Si al día siguiente a esa hora seguía en la ciudad, lo apresarían y lo condenarían a muerte.

Intentó averiguar el paradero de su esposa y de su hijo, pero fue en vano. Se los había tragado la tierra. Nada podía hacer. La amenaza de aquellos dos tipos era contundente. Probablemente incluso habrían falsificado pruebas para condenarlo sin defensa alguna.

Luis Losantos dejó Salamanca mediado el invierno. Ni siquiera acudió a la universidad para recoger algunas de sus cosas y despedirse de sus colegas.

No sabía dónde ir, de manera que pensó que lo mejor sería acudir al lado de su padre, que seguía como médico del emperador, y contarle lo ocurrido. Quizá pudiera intervenir ante el emperador y arreglar la terrible situación en la que los habían metido. Sabía que aquello le partiría el corazón.

Innsbruck, febrero de 1552

Mediado el mes de enero, los príncipes protestantes alemanes, con Mauricio de Sajonia a la cabeza, firmaron en el castillo de Chambord una alianza con el rey Enrique II de Francia.

En ese tratado los alemanes renunciaban a las ciudades de Cambrai, Metz, Toul y Verdún, que aunque pertenecían al Imperio no hablaban alemán, sino francés, y las cedían, pese a no tener competencia alguna para ello, al rey de Francia, que organizó un ejército para hacerse cargo de esas plazas.

Una gran conspiración se estaba cerrando sobre Carlos y su cabecilla era Mauricio de Sajonia, que había logrado engañarlo con todo tipo de tretas. Avejentado, cansado y enfermo, Carlos no se había dado cuenta de la conjura que se estaba tramando contra él y seguía paralizado en Innsbruck, sin la menor capacidad de reacción ante lo que se le venía encima.

Entre tanto, Mauricio de Sajonia continuaba ganando adeptos, reclutando tropas, aumentando el número de soldados a sus órdenes y acercándose hacia Innsbruck.

Ni siquiera las advertencias que mediante cartas y correos cifrados su hermana María y su hijo Felipe le enviaban desde Bruselas y desde Madrid eran acicate para que el emperador despertara de su letargo y reaccionara en defensa del Imperio.

En el palacio imperial de Innsbruck, construido por el emperador Maximiliano, abuelo de Carlos, al abrigo de las montañas, Carlos meditaba a la vista de los ejemplares disecados de caza en la sala de trofeos de su abuelo.

Allí se presentó Pablo Losantos, en el cual comenzaban a hacer mella la edad y el frío del invierno alpino.

—Mi señor, aquí estoy.

—Don Pablo… Os he llamado para pediros consejo.

—¿De nuevo la gota, majestad?

—No, no es la gota, sino mi sobrino Maximiliano. He enviado a mi médico don Cornelio a que lo visite, pues se ha sentido muy enfermo estos días y al parecer no se fía de su propio médico.

—¿Queréis que yo también acuda a visitarlo?

—No será necesario. Prefiero que estéis conmigo. Nunca se sabe cuándo volverá a aparecer esa maldita gota. Pero además quiero que sepáis algo importante: la Inquisición ha incoado un expediente contra vuestra hija y vuestra hermana en Salamanca.

—¿¡Cómo!?

—Las han acusado de brujería.

—¡Eso es falso! ¿Quién ha podido cometer semejante injuria?

—Ya sabéis que cuando la Inquisición no quiere revelar el nombre de sus confidentes se limita a decir que ha sido un denunciante anónimo.

—¿Qué ha sido de ellas? —se angustió Losantos.

—Están presas en el convento de los dominicos, en espera de que el tribunal dicte sentencia sobre su caso.

—Majestad, os he servido con toda mi lealtad durante años, os ruego que me permitáis viajar a Salamanca.

—He imaginado que me lo pediríais, por eso os he hecho llamar. Don Cornelio es un excelente médico. Creo que con él estaré bien atendido. Os autorizaré para que hagáis ese viaje y os quedéis, si ese es vuestro deseo, en España.

—Os lo agradezco, señor.

—Hace unos días recibí una carta de mi hijo don Felipe en la que me trata como *rey y emperador* y se califica a sí mismo como *muy humilde hijo de su majestad*. Con ese mismo correo venía otra carta del concejo de Salamanca en la que se me informaba sobre el asunto de las dos mujeres de vuestra familia. He pensado que deberíais estar con vuestra hija.

—Gracias, gracias, mi señor. —Losantos se arrodilló ante Carlos y le besó la mano entre sollozos.

—Alzaos, don Pablo. En estos días de invierno los puertos de los Alpes están cubiertos de nieve, pero entiendo que queréis llegar a Salamanca cuanto antes.

—Si me concedéis autorización, saldría ahora mismo.

—¿Qué edad tenéis?

—Pronto cumpliré sesenta y ocho años, majestad.

—Debéis ser uno de los hombres más viejos del mundo. Si os encontráis con fuerzas para atravesar los Alpes en pleno invierno, os concederé permiso esta misma semana.

—Gracias de nuevo, majestad. Volveré…

—No. No volváis.

—Pero, señor…

—Quedaos con vuestra familia.

—Tengo que atenderos. Vuestra majestad lo acaba de decir: la gota aparece una y otra vez.

—Don Cornelio me atenderá bien. Marchaos en cuanto estéis listo. Ordenaré al secretario que prepare vuestro salvoconducto. Y deseo que vuestra hija y vuestra hermana queden libres. No creo que sean unas brujas.

4

MALOS TIEMPOS

Innsbruck, fines de marzo de 1552

A fines de marzo el ejército de los protestantes alemanes estaba en condiciones de ocupar Innsbruck. Solo entonces se dio cuenta el emperador del engaño en el que había caído y la trampa que le habían perpetrado.

El católico rey de Francia, aliado desde hacía meses con los protestantes, había salido en campaña hacia la Lorena con un ejército de treinta y cinco mil soldados, con la intención de someter esa región del Imperio e incorporarla a Francia, tal cual le habían prometido los príncipes protestantes. El ejército turco avanzaba hacia Croacia, a la vez que su armada asolaba las costas de Italia en combinación con la flota francesa, que había bloqueado en Génova las galeras de Andrea Doria. Los príncipes alemanes proclamaron en un manifiesto la recusación del emperador.

Mauricio de Sajonia se encontraba a las puertas de Augsburgo. Si conseguía ocupar esa ciudad, su próximo objetivo sería Innsbruck. Mandaba un ejército de treinta mil hombres y tenía la intención de apresar al emperador y acabar con el dominio de los católicos en Alemania. Los franceses eran dueños de Metz y Verdún, Fernando de Austria negociaba con los protestantes en contra de los intereses de Carlos y se comprometía a firmar con ellos un acuerdo por el cual, en nombre del emperador, se garantizaba la libertad de culto para los seguidores de Lutero.

—¡Ese traidor! —clamó Carlos cuando supo que el duque Mauricio de Sajonia estaba a las puertas de Augsburgo—. ¡Ha formado su propio ejército con dinero del Imperio a mis espaldas!

—Majestad, deberíais escapar de esta ciudad. En cuanto el duque tome Augsburgo, y no viene precisamente con buenas intenciones, vendrá por vos. Si os captura, el Imperio estará perdido —le dijo Antonio Perrenot de Granvela, el hijo del que fuera su gran canciller.

—Todos mis enemigos juntos de nuevo contra mí: Francia, los turcos, el papa, los protestantes… —se lamentó el emperador, que ya no se fiaba de nadie.

—No tenemos efectivos para hacer frente al duque de Sajonia; no hay otra alternativa que huir mientras se pueda.

Carlos estaba enfermo y débil. Dudaba sobre qué hacer. Desde luego carecía de tropas para aguantar siquiera el primer envite del de Sajonia.

—No. Resistiremos aquí. Pedid inmediatamente ayuda a mi hermano don Fernando y a mi hijo don Felipe. Entre ambos pueden enviar un ejército que detenga al traidor de don Mauricio.

Los mensajeros salieron de Innsbruck con las peticiones del emperador. Solicitaba desesperadamente hombres, dinero, armas…, todo aquello que fuera necesario y útil para defenderse del inminente ataque de los rebeldes protestantes. No sabía que el duque de Sajonia no tenía intención de hacerlo preso y que había confesado a sus allegados: «No tengo jaula para un pájaro tan grande».

Tordesillas, primavera de 1552

El marqués de Denia no podía más. La reina Juana se había comportado en las últimas semanas con una soberbia como nunca antes había demostrado, pero sobre todo se la había visto todos los días mascullar una especie de letanía en una lengua incomprensible.

—Está endemoniada; esta mujer ha sido abducida por un diablo. Satanás, Belcebú o Leviatán han entrado en su cuerpo y la han poseído. —Luis de Sandoval, el marqués, se expresaba así ante el clérigo jesuita Francisco de Borja, que se había desplazado desde Madrid por orden del príncipe ante la angustiosa llamada del carcelero de la reina.

—Vamos a ver a su majestad —comentó el jesuita mientras subían de dos en dos las escaleras de la casona de Tordesillas.

Al llegar ante la puerta de la sala donde se encontraba recluida la reina, el marqués de Denia hizo el ademán de pasar delante.

—Perdonad, señor marqués, pero preferiría ver a la reina a solas; esa es la orden de don Felipe.

—Como gustéis.

El de Denia abrió la puerta con la llave que portaba en la mano girándola dos veces en la cerradura.

—Os lo agradezco, don Luis.

—Si tenéis algún problema con la reina, gritad; dejaré apostados dos guardias en la puerta.

—¿Qué problema podría tener con su majestad?

—Bueno, sin saber por qué y sin causa aparente alguna, a veces se comporta con una violencia extrema. Si se enfada, es capaz de coger cualquier objeto que se halle a su alcance y golpear con él a quien se encuentre cerca, sea quien sea.

El de Denia empujó la puerta, indicó al jesuita que ya podía entrar y la cerró tras él.

La reina de Castilla y León estaba de pie, plantada en medio de la estancia. Miraba a lo lejos, con los ojos como perdidos, hacia un horizonte imposible.

—Majestad…, majestad —insistió Francisco de Borja sin obtener respuesta alguna por parte de doña Juana. La estancia apenas estaba iluminada por una ventana enrejada—. Majestad, ¿me escucháis, podéis oírme?

—Claro que puedo oíros. No estoy sorda todavía.

—Entonces, ¿por qué no me habéis contestado?

—¿Acaso sois un personaje tan importante como para que vuestra reina os dedique su tiempo?

—Me envía vuestro nieto don Felipe, gobernador de los reinos de España…

—¿Gobernador? —lo interrumpió la reina.

—Por decisión de su majestad don Carlos.

—¿Y vos quién sois?

—Mi nombre es Francisco de Borja; hace tiempo, a la edad de doce años, fui paje de vuestra hija doña Catalina y estuve en este palacio a vuestro servicio. Tal vez os acordéis de ello.

—¿Y qué hacéis aquí?

—Me envía vuestro nieto don Felipe para ver si necesitáis alguna cosa —mintió el jesuita.

—Vos no habéis venido para nada de eso.

—Mi señora…

—Por vuestros hábitos deduzco que sois clérigo.

—He sido duque de Gandía y virrey de Cataluña, pero mi esposa murió hace seis años y entonces decidí entrar en la Iglesia y tomar el hábito de la Orden de la Compañía de Jesús.

—Sí, he oído hablar de esa nueva Orden… ¿Tú, tú eres Francisco? —le preguntó de pronto Juana.

—Francisco de Borja.

—Mi sobrino… Tú eres nieto de mi medio hermano don Alonso, aquel hijo que nació de aquella doña Aldonza, a la que preñó mi padre, y al que nombró arzobispo de Zaragoza.

—Y también soy bisnieto del papa Alejandro Borja —asentó Francisco.

—El pontífice que dio a mis padres el título de Reyes Católicos. Bien, supongo que has venido a comprobar si realmente estoy loca o simplemente poseída por algún demonio.

—¡Oh, no! ¡No, majestad! —volvió a mentir.

—Ni estoy loca ni endemoniada. No hagáis caso de lo que diga sobre mí el marqués de Denia. Me odia demasiado porque, siendo mi carcelero, él es también un prisionero en esta celda de barro.

El jesuita se acercó unos pasos hacia la reina con toda cautela, y sintió un olor rancio y acre. Al contemplarla más de cerca y a la luz de la ventana, observó que la reina tenía el vestido sucio y raído, con los bordes del cuello y las mangas deshilachadas. Estaba muy delgada y se le marcaban los pómulos y los huesos de la mandíbula, como si llevara varios días sin comer. Por debajo de la capucha se distinguía un pelo grasiento, como a mechones deslavazados.

Francisco sintió pena de su tía. Se acercó un poco más. El olor a orines era casi insoportable. Era evidente que hacía tiempo que la reina no se había lavado.

—No, mi señora. No estáis loca, claro que no. Pero, si me lo permitís, me gustaría hablar con vuestra majestad de nuestra familia.

El jesuita hablaba con voz dulce y cadenciosa. Hacía años que nadie la había tratado con aquella dulzura. La reina se emocionó y dejó caer un par de lágrimas.

—¿Sabéis que tengo dificultades para caminar? —le confesó.

—¿Y cómo es eso, señora?

—Porque no me dejan salir de esta casona; apenas puedo caminar y por eso tengo las piernas como paralizadas.

—¿Queréis que caminemos mientras hablamos?

—No me dejan salir de aquí.

—Podemos hacerlo en esta misma habitación. Es lo suficientemente larga como para dar… veinte, quizá veinticinco pasos antes de dar la vuelta —calculó el jesuita.

—Hagámoslo.

Durante un buen rato la reina de Castilla y el jesuita fueron y vinieron, una y otra vez, por la sala.

Juana habló de sus padres los Reyes Católicos: de cómo eran, de cómo se comportaban con ella cuando era pequeña, de cómo la enviaron a casarse con el príncipe más bello del mundo a un país del norte, de los suntuosos palacios de piedra y cristal en los que allí vivió, de sus hijos, de sus nietos…

—Mi señora, soy sacerdote, ¿queréis que os confiese? Me han dicho que lleváis mucho tiempo sin hacerlo. Os sentará bien. Confiad en mí.

—De acuerdo, me confesaré —asintió Juana.

Madrid, primavera de 1552

—Vuestra abuela ni está loca ni endemoniada, alteza —informó Francisco de Borja a Felipe en cuanto regresó a Madrid de su visita a Tordesillas.

—¿Estáis seguro?

—Completamente seguro. Su majestad doña Juana es una mujer cuerda y cabal. Todas las acusaciones que se han vertido sobre ella acerca de su posible posesión diabólica son infundadas.

—No dictaminaron eso las Cortes de Toro hace mucho tiempo.

—Sé bien, alteza, lo que se resolvió en aquellas Cortes.

—¿Qué queréis decir?

—Que nuestro común bisabuelo, el rey don Fernando, no se comportó bien con su hija, vuestra abuela doña Juana.

—Guardad vuestra boca, don Francisco, que seamos primos no os faculta para hablarme así.

—Perdonadme, don Felipe, pero simplemente tratando a doña Juana con respeto y con paciencia ha vuelto a la razón. He logrado que se confesara e incluso que comulgara. Ahora está en gracia de Dios.

—¿Habéis obrado un milagro?

—Si eso es lo que ha ocurrido con doña Juana, ha sido obra de Dios. Doña Juana vuelve a asistir a los oficios religiosos, se comporta con normalidad y no ha mostrado ningún signo de comportamiento violento. Su majestad nunca recibió el trato que merecía: se la ha dejado sufrir en silencio, se la ha encerrado en una prisión sin causa alguna, se la ha privado de cualquier motivo de alegría y se la ha humillado como si se tratara de una apestada. Y pese a todo ello, sigue cuerda y sabe bien lo que hace.

—Si nuestra abuela fue apartada del trono de Castilla es porque estaba enferma de melancolía y carecía de las facultades precisas para reinar —asentó Felipe en defensa de las decisiones que habían tomado su bisabuelo, su abuelo y su padre con respecto a Juana la Loca.

—Si algún día, que lo dudo, doña Juana tuvo algún trastorno, la prisión no lo agravó lo suficiente. Nadie en su lugar hubiera resistido lo que ha soportado la reina. Nadie.

Aquel mismo día llegó a Madrid la desesperada llamada del emperador pidiendo ayuda. Felipe reaccionó con prontitud. Requisó todo el dinero que pudo y en apenas un mes logró enviar a Carlos medio millón de ducados. Sus agentes recorrieron a uña de caballo las ciudades y villas más populosas de León y Castilla voceando que los franceses y los herejes protestantes amenazaban a su rey y que era necesaria la ayuda de todos los hombres de sus reinos. Para conseguir el apoyo de los territorios de la Corona de Aragón, convocó Cortes Generales en la villa de Monzón.

Muchos hombres del común se alistaron en las banderas de las compañías que se levantaron para el reclutamiento de tropas; los nobles y el clero movilizaron a sus mesnadas y ofrecieron dinero para salvar al rey, a la vez que en todas partes se gritaban consignas contra el rey de Francia, a quien se tildaba de traidor y felón.

En Innsbruck, el emperador estaba desesperado. Todo parecía perdido. Carlos remitió una carta a su hermana diciendo que, al fin, y tras convencerse de que no podía resistir el ataque de las tropas del duque de Sajonia, había decidido huir de Innsbruck y buscar refugio en la ciudad de Ulm, más fácil de defender. También le escribió a su hermano Fernando, dándole libertad para negociar la paz con el duque de Sajonia. A ambos les revelaba que, si no tenía más remedio y no recibía tropas y dinero a tiempo, se iría a las montañas con el pequeño grupo de leales que todavía permanecían a su lado y se escondería en los bosques y en los montes, combatiendo como lo harían los rústicos ante un enemigo muy superior.

Innsbruck, 7 de abril de 1552

Hacía tres días que las tropas del duque de Sajonia habían tomado Augsburgo. Ya nada se les oponía hasta las puertas de Innsbruck.

—Mañana los protestantes estarán aquí, majestad. No os pueden capturar. No pueden hacerlo —expuso Granvela.

—Tenéis razón. Saldré de este castillo esta misma noche. Me acompañarán cinco hombres, solo cinco —asentó Carlos—; así no levantaremos sospechas. El duque de Sajonia debe tener espías por todas partes. Pero antes tomad nota: enviad una carta a mi hermano don Fernando relatando lo que está ocurriendo y mis intenciones de ir a Flandes, y otra a mi hermana la reina María de Hungría con los mismos contenidos.

—¿Quiénes son los hombres que habéis decidido que acompañen a vuestra majestad?

—Mis chambelanes Andelos y Rosenberg, mi ayudante Van Male y dos criados. Que estén preparados una hora antes de media noche. Es entonces cuando saldremos de este castillo.

Aquella tarde se hicieron todos los preparativos para la huida del emperador. A las once de la noche estaban listos los elegidos, pertrechados con sus caballos y algo de comida.

Carlos se presentó en el patio del castillo de Innsbruck envuelto en grueso abrigo de piel negra.

—Majestad, ya podéis partir —dijo Granvela.

—Aquí hay seis hombres. Os dije que solo cinco.

—El sexto es el barbero del señor Rosenberg; es el mejor luchador con espada…

—He dicho cinco. Que ese barbero se quede aquí —sentenció Carlos.

Carlos subió a su caballo con la ayuda de dos hombres. Tenía la mitad derecha del cuerpo como paralizada y en la otra mitad sentía dolores en los codos y las rodillas, y un molesto hormigueo en las piernas y los pies.

—Anoche nevó —le previno Granvela.

—Eso significa que dejaremos nuestras huellas sobre la nieve. Será muy fácil seguir nuestras marcas —añadió Carlos.

—Vuestros caballos pueden arrastrar unas ramas para borrarlas.

—No. Cabalgaremos a toda la velocidad que nos sea posible.

—¿Hacia dónde, majestad?

—Hacia Flandes.

Por una puerta semioculta junto a un torreón del castillo, los seis hombres salieron al galope sobre sus caballos. En cuanto estuvieron fuera del castillo arrearon a sus monturas e iniciaron una alocada cabalgada hacia ninguna parte.

Carlos iba el primero. Montaba un caballo bayo de gran alzada, largas patas y enorme pecho. A su lado cabalgaba Rosenberg, sobre un alazán bayo, y detrás lo hacían los otros cuatro hombres sobre sus caballos pardos.

Al salir del castillo, el emperador les había dado la orden de cabalgar hacia la localidad de Füssen, cuyo camino esperaba que se mantuviera despejado y libre de soldados del duque Mauricio.

Se equivocó.

La nieve caída ese mismo día había cubierto el suelo y los cascos de los caballos levantaban pellas de barro y nieve, dejando un rastro que hubiera podido seguir sin la menor dificultad el más inepto de los rastreadores.

Cabalgaron hasta bien pasada la mitad de la noche y llegaron a las cercanías de Füssen justo cuando clareaba la albada.

Rosenberg tiró de las riendas y frenó a su caballo en seco.

—¡Alto, alto! —gritó al resto de la partida—. Allá a lo lejos he visto flamear un estandarte. Es el del duque Mauricio de Sajonia. Sus hombres nos han cerrado el paso. Alguien ha debido revelar nuestra salida de Innsbruck.

Carlos frenó a su caballo, miró a su chambelán y luego al frente. Sí, a una cierta distancia se podía ver una bandera ondeando al viento. Sin duda era la del duque de Sajonia. El paso estaba cortado.

—Alguien se ha ido de la lengua —comentó Carlos.

—¿Y qué hacemos ahora, majestad?

—Con nuestra ruta de huida cerrada, no tenemos otra salida que dar media vuelta y regresar al castillo de Innsbruck. Si no ha habido ningún grave contratiempo, las tropas del duque de Alba avanzan en nuestra ayuda. Tenemos que volver. Regresemos a Innsbruck. Nos haremos fuertes en el castillo y aguantaremos hasta que lleguen los tercios de Alba —dijo el emperador.

Cabalgaron toda la mañana de vuelta: los caballos destrozados y los músculos doloridos y agotados. Las sombras de los jinetes de Mauricio de Sajonia se acercaban como espectros infernales.

Pasado el mediodía, entre la nieve, que comenzaba a fundirse, y el barro, Carlos de Austria y sus cinco hombres regresaron a Innsbruck. Agotado y casi a punto del desvanecimiento, el emperador ni siquiera pudo descender por sí mismo de su montura. Tuvo que ser ayudado por dos soldados. El dueño del mundo no era en esos momentos sino un viejo cansado, enfermo y abatido.

Salamanca, mediados de abril de 1552

Pablo y Luis Losantos se cruzaron en el camino. Cuando el médico llegó a la casa de Salamanca se la encontró vacía.

Esperaba hallar a su hijo Luis, pero allí no había nadie. Corrió entonces hasta el convento de dominicos, donde el emperador le había dicho que estaban recluidas su hermana y su hija.

—¿Qué buscáis aquí? —le preguntó el portero.

—Soy Pablo Losantos, médico de su majestad imperial don Carlos. Sé que mi hija y mi hermana están presas en este convento. Deseo verlas.

—No estoy autorizado para dejaros entrar.

—Soy médico del emperador. Dejadme verlas u os meteréis en un buen lío.

Ante la contundencia de las palabras de Pablo, el portero dudó.

—Aguardad un momento.

—Daos prisa.

El portero regresó en apenas unos instantes.

—Me dice el prior que saldrá enseguida para hablar con vuesa merced.

—Esperaré.

Al cabo de un cuarto de hora salió un dominico de mediana edad, corta estatura, gruesa barriga y abundante papada.

—Señor, me dicen que preguntáis por dos de las reas de la Inquisición.

—Son mi hermana María Losantos y mi hija Isabel. Quiero verlas.

—Eso no va a ser posible, señoría.

—Soy Pablo Losantos, médico privado de su majestad el emperador.

—Sí, sí, ya me han informado sobre vuestra identidad, pero no puedo romper las normas del Santo Oficio, ni siquiera por alguien tan relevante como vos. Claro que si tenéis autorización expresa de su majestad…

—No. No la tengo. Pero sí llevo encima un salvoconducto firmado de su puño y letra.

—No es suficiente. Os aconsejo que acudáis al Tribunal del Santo Oficio, tal vez allí os concedan ese permiso.

—Al menos informadme sobre cómo se encuentran.

—Están bien las dos.

Pablo Losantos apretó los dientes, dio media vuelta y salió del convento. Se juró a sí mismo que volvería pronto.

No tardó en enterarse de que su hijo Luis se había marchado de Salamanca, precisamente a su encuentro, y que sus cartas y ellos mismos se habían cruzado en el camino.

Logró entrar en la casa gracias a que las autoridades municipales le concedieron permiso para romper la vieja cerradura y colocar una nueva.

Procuró hacerse con toda la información sobre lo ocurrido, para lo cual acudió a la universidad y a varios colegas médicos de la ciudad, pero lo único que pudo recabar es que su hijo se había marchado de Salamanca sin dar ninguna explicación.

Buscó entonces a su consuegro, el doctor Domingo de Arbués, a quien esperó a la salida de una de sus clases.

Al ver a Pablo Losantos, el matemático dio un respingo.

—¡Qué sorpresa, don Pablo! No os hacía por estos lares.

—Supongo que vos sabéis lo que ha ocurrido.

—Solo sé que vuestro hijo se marchó de aquí hace unas semanas. Nada más.

—Sois su suegro.

—Ese matrimonio nunca debió celebrarse. Mi hija no quiere volver a ver a vuestro hijo.

—¿Y mi nieto? ¿Qué habéis hecho de él?

—Mi hija Leonor y mi nieto Diego están bien cuidados.

—Os los habéis llevado de aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo habéis podido hacer esto?

—Olvidad este asunto, don Pablo, y regresad con el emperador. Es lo único que podéis hacer.

—No creí que tras vuestras amables palabras de antaño se escondiera un corazón tan miserable.

Toro, 4 de mayo de 1552

Era feliz con Isabel de Osorio, que volvía a estar embarazada.

Felipe pasaba unos días en la ciudad de Toro, al lado de su amante Isabel de Osorio. El pequeño Pedro, el primer hijo de Felipe e Isabel, correteaba alrededor de su padre, quien le hacía carantoñas. Isabel los observaba sentada en un escabel de cuero repujado. Su vientre estaba muy hinchado; solo le faltaba mes y medio para dar de nuevo a luz al segundo hijo engendrado en ella por Felipe de Austria.

—Mi padre no consiente que nos casemos —le dijo Felipe, una vez que logró apaciguar la energía del pequeño Pedro.

—Me gustaría tanto ser tu esposa legítima…

—En mi corazón ya lo eres.

—Casémonos sin el permiso del emperador —dijo Isabel.

—No, eso no puede ser. Necesitamos su consentimiento y no lo dará.

—¿Por qué?

—Porque en mi familia el matrimonio es una cuestión de Estado. Los Austrias no nos casamos con quien amamos, sino con quien decide el cabeza del linaje; y ese es mi padre el emperador.

—Tengo un documento firmado por ti en el que afirmas que soy tu esposa.

—Y lo eres, Isabel, lo eres, pero nadie creerá ese documento si el emperador no lo certifica.

»Mi padre tiene muchos problemas. Está intentando llegar a un acuerdo con los príncipes rebeldes luteranos para evitar que se rompa el Imperio. No cesa de pedirme que consiga más y más dinero de estos reinos para sufragar los enormes gastos del ejército. Me ha pedido que vaya a Alemania el duque de Alba para combatir a los franceses y me temo que pronto me pedirá que me case con una princesa de Francia o de Inglaterra como aval para certificar un acuerdo de paz.

—Dile a tu padre que eres feliz conmigo.

—La felicidad de uno solo de nosotros no justifica la renuncia a los ideales que encarna el linaje de Habsburgo.

—Tu padre cederá…

—No. Y yo no puedo ignorar o desobedecer sus órdenes. Soy su heredero en los reinos de España. Le he pedido que me nombre heredero del rey de romanos, que ahora es mi tío Fernando, y que implica ser el heredero del Imperio. Si desobedeciera sus órdenes perdería toda mi herencia.

Isabel se resignó. Felipe la amaba, pero su ambición era más grande que su amor, y ella nada podía hacer para cambiarlo.

Innsbruck, 19 de mayo de 1552

Mes y medio llevaba encerrado el emperador en el castillo de Innsbruck tras su fracasado intento de fuga de comienzos del mes de abril. A su llamada había acudido su hermano Fernando, pero sin apenas tropas.

Carlos envió cartas a su hermana para que se preparara para la guerra contra Francia y contra los protestantes, en las que le daba instrucciones para que no librara una batalla salvo que fuera absolutamente necesario.

Estaba asediado y cercado por las fuerzas del duque de Sajonia, que en cualquier momento podía ordenar un ataque a la ciudad. Carlos le ofreció celebrar una entrevista, y el duque aceptó, pero no iría Mauricio en persona, sino sus representantes.

El emperador recibió a los delegados del duque de Sajonia en el castillo y les propuso que rompieran la alianza que mantenían desde hacía meses con el rey de Francia, pues consideraba que ese acuerdo sería muy perjudicial para toda Alemania.

Les prometió que si acordaban la paz liberaría a los príncipes rebeldes que mantenía presos, pero que a cambio deberían renunciar a sus creencias religiosas y aceptar los postulados de la Iglesia de Roma.

Los embajadores se marcharon mediada la tarde sin hacerle al emperador ninguna promesa.

Al día siguiente Mauricio de Sajonia avanzó sobre Innsbruck al frente de sus tropas.

—Se acerca el ejército del duque de Sajonia, hermano. Ha derrotado y rebasado a nuestras tropas leales que guardaban los pasos hacia la ciudad. No podremos contenerlo —avisó Fernando.

—¿Hay noticias de nuestra hermana? —preguntó el emperador.

—Bastante tiene María con defender la frontera sur de Flandes ante la amenaza del rey de Francia.

—¿Qué propones?

—Dudo sobre cuál es la mejor opción que debemos tomar. Si nos enfrentamos a don Mauricio de Sajonia con las escasas fuerzas que tenemos, seremos completamente derrotados. Yo soy partidario de que lleguemos a un acuerdo con el duque.

—¿No recibiremos ninguna ayuda?

—No. Estamos solos. Nuestros espías nos han informado que mañana el ejército rebelde tomará Innsbruck, que se va a entregar sin resistencia y que asaltará este castillo si no nos rendimos sin condiciones. Los defensores están aterrorizados, hermano. Han escuchado que sufrirán terribles consecuencias si no se entregan y siguen luchando a tu lado.

—Esta noche escaparemos —asentó el emperador.

—Lo intentaste hace unas semanas y no…

—Esta noche lo lograré. ¿Vendrás conmigo? —insistió Carlos.

—Iré.

Todo estaba preparado para la huida. Otra vez.

Mediada la noche de aquel jueves, en el patio del castillo estaban listos todos los miembros de la corte imperial que habían decidido acompañar a Carlos en su huida.

—¡Deprisa, deprisa! —gritó Fernando muy alterado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carlos.

—El duque de Sajonia se acerca. Alguien ha debido revelar nuestro plan y ha decidido adelantarse. Se encuentra a menos de dos millas y viene con un poderosísimo contingente de tropas dispuesto a entrar en esta fortaleza esta misma noche.

—¡A los caballos, todo el mundo a los caballos! —ordenó Carlos.

Los cortesanos subieron a sus monturas con toda precipitación y se pusieron en marcha.

Abandonaron el castillo por uno de los portillos laterales, mientras a lo lejos se veía el flamear de cientos de antorchas que se acercaban amenazantes.

Carlos estaba tan impedido y enfermo que ni siquiera podía montar a caballo. Fue subido a una litera a toda prisa, sin siquiera tiempo para recoger en su cámara la ropa, pues la tropa del duque se encontraba a punto de entrar en la fortaleza.

La litera del emperador arrancó a tirones y emprendió la fuga colina abajo, junto con los cortesanos que habían decidido huir con su soberano y ligar su suerte a la suya.

Ya lejos del castillo, como a una legua de distancia, encendieron antorchas de brea y paja para alumbrar el pedregoso camino por el que se habían fugado.

En un recodo, Carlos miró hacia atrás. Nadie los perseguía, pero en la lejanía podía atisbarse cómo luces lejanas iluminaban los muros de la fortaleza que había sido su último refugio en Innsbruck.

Abandonado por buena parte de sus súbditos, dudoso de la actitud de su hermano Fernando y esperanzado por el buen gobierno de su hermana en los Países Bajos, Carlos ordenó que se

pidiera auxilio inmediato a su hijo Felipe.

Pero el rey de Francia, en cuanto supo de las tremendas dificultades del emperador y de su huida de Innsbruck, redobló su ofensiva sobre las tierras fronterizas del norte de su reino, que se propuso incorporarlas para siempre.

Acosado por los protestantes, el emperador se alejó de Innsbruck caminando día y noche, sin apenas tiempo para descansar y reponer fuerzas. Enseguida supo que Innsbruck se había entregado sin lucha a Mauricio de Sajonia y que se le habían ofrecido todo tipo de provisiones y suministros.

Villach, mediados de octubre de 1552

A fines de mayo, avanzando sin parar, la comitiva imperial llegó a la ciudad de Villach, en la región de Carintia, fuera ya del alcance de los rebeldes protestantes. Por fin pudo detenerse y descansar durante unos días.

De inmediato puso en marcha nuevos planes. Aprovechando los dos millones de ducados recaudados por su hijo Felipe en España, dio instrucciones para que el duque de Alba organizara un nuevo ejército basado en un núcleo de cinco mil españoles, al que pronto se sumaron treinta y seis mil infantes y seis mil jinetes alemanes, otros dos mil jinetes polacos y cuatro mil italianos.

Al frente de este contingente de tropas, reunidas de manera tan urgente en la región de Baviera, y a las que se unieron otros grupos hasta alcanzar la cantidad de sesenta y cuatro mil hombres y catorce mil caballos, se puso el duque de Alba, recién llegado desde España, pues el emperador no estaba en condiciones físicas de ostentar el mando supremo.

—Acudiremos a liberar Metz —ordenó el emperador al duque de Alba.

—Antes deberíamos adiestrar estas tropas, majestad —propuso el duque.

—Ya le he dicho a mi hermana que iremos hacia Flandes enseguida. No obstante, intentaré de nuevo llegar a un pacto con el duque de Sajonia. He citado a sus embajadores en la ciudad de Passau; espero que allí cerremos un acuerdo.

Desde Villach el emperador continuó camino hacia el norte de Francia bordeando el lago Constanza a mediados de julio. Allí se fueron sumando nuevos contingentes de caballería alemana y polaca, e infantes italianos y españoles.

Las negociaciones de Passau se cerraron con un acuerdo entre el rey de romanos y el duque de Sajonia que suponía la puesta en libertad del landgrave de Hesse, que seguía preso en Bruselas desde la batalla de Mühlberg, y la libertad de culto para todos los súbditos del Imperio, a los que se permitiría profesar libremente la doctrina de Lutero sin sufrir por ello persecución alguna.

Carlos seguía enfermo. Era angustioso para los más leales al emperador verlo viajar en su litera, sufriendo a cada paso, dolorido, agotado y a punto de desfallecer a cada momento, pero manteniendo la férrea voluntad de seguir adelante, un día y otro, firmando documentos, dando órdenes, dictando instrucciones y reglamentos.

Todos los días despachaba la correspondencia que intercambiaba con su hermano Fernando y su hermana María, preparando la gran campaña que se avecinaba en la guerra contra Francia. María lo mantenía permanentemente informado de la situación en la frontera de Flandes y de los preparativos que estaba poniendo en marcha.

A mediados de agosto el emperador entró en Múnich, donde se detuvo por cuatro días antes de ir a Augsburgo. María, como gobernadora de los Países Bajos, se negó a liberar al señor de Hesse, según las condiciones del tratado firmado en Passau, y exigió más garantías para su puesta en libertad. Sin duda, la reina de Hungría era la más inteligente y sagaz de todos los miembros de la familia Habsburgo. Si hubiera nacido hombre…

A comienzos de septiembre se mantenían las negociaciones y se acordó liberar al fin al landgrave de Hesse, pero con la condición de que dejara a sus hijos como rehenes. María de Austria seguía sin fiarse.

Entre tanto, despacio, de etapa en etapa, el emperador seguía avanzando hacia el norte, ahora por el curso del río Rin. Aquellos días, cuando se encontró algo mejor de sus dolores, le pidió a su ayuda de cámara Van Male que tomara pluma y papel y dedicó varias horas a dictarle sus memorias, sobre todo en los días de navegación corriente abajo sobre las aguas del Rin.

En Augsburgo le llegó un libro titulado *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V,* que firmaba Luis de Ávila y Zúñiga, el maestro de su hijo Felipe. En aquel texto se glorificaban la figura y las acciones militares del emperador.

—Sabéis, don Guillermo —le comentó Carlos a su copista—, el gran Alejandro el Macedonio protagonizó mayores hazañas que yo, pero no tuvo tan buen cronista.

A finales de octubre Carlos cayó de nuevo enfermo al poco de salir de Estrasburgo, donde le hicieron generosos regalos, y tuvo que aguardar varios días inmóvil para ver si mejoraba de sus males. La gota lo atormentaba. El dolor lo atenazaba de tal modo que apenas podía siquiera hablar, pero los escasos momentos en los que remitía, seguía dando órdenes y demostrando su capacidad de mando y su voluntad de hierro.

Mediado octubre, el dolor lo aquejaba como un terrible tormento. Apenas podía moverse. Cada paso, cada movimiento, constituía una verdadera pesadilla; pero tenía que seguir adelante, siempre adelante. Era el emperador, el dueño del mundo, y no podía dejar que la enfermedad de la gota lo detuviera y con él se detuviera todo el Imperio. No podía.

Salamanca, fines de julio de 1552

Lo intentó. Visitó al presidente del tribunal de la Inquisición, a varios miembros del consejo municipal de Salamanca e incluso imploró la mediación del obispo, pero no logró el permiso para poder ver a su hija y a su hermana.

Desesperado, escribió una carta al emperador pidiéndole amparo y rogándole que interviniera en este asunto.

Algunas noches soñaba con los tormentos que podían estar sufriendo María e Isabel, y se despertaba con convulsiones y empapado en un sudor frío. Veía en sus pesadillas a su hija atada en el potro mientras sus carnes estaban siendo desgarradas; contemplaba impotente a su hermana, sujeta con cuerdas al torno que giraba y estiraba sus miembros hasta descoyuntarlos; incluso, como si se tratara de un fantasma, se veía a él mismo colgado de poleas, mientras unos verdugos le rasgaban la piel a tiras con unos garfios de hierro rusiente.

La angustia le produjo palpitaciones y el corazón le latía de manera muy alterada; tan pronto se aceleraban sus pulsaciones cual los cascos de un corcel a la carrera como se ralentizaban hasta casi detenerse.

Aquella mañana salió a la calle dispuesto a todo. Fue en busca de su consuegro, al que no encontró en su casa. Era pleno verano y no había clases en la universidad, de modo que no supo dónde buscarlo.

Al pasar por el mercado contempló los puestos de vendedores de telas, que pregonaban que ya habían recibido paños de lana de Flandes de gran calidad y a buen precio.

—Esa es la ruina de estos reinos —escuchó decir a un comerciante, que se quejaba de la nueva situación—. Nuestras ovejas producen la lana que se envía a Flandes y a Italia a quince reales por arroba, y nos la devuelven en forma de paños, alfombras y tapices de Arrás o de Gante a quince ducados, y de rasos de Florencia, terciopelos de Génova o telas de Milán a veinte ducados la arroba.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Losantos al comerciante.

—Por supuesto que lo es. Tengo un telar en Medina del Campo y he tenido que cerrarlo porque no puedo competir contra esos precios. No sé cómo el emperador consiente que ocurran estas cosas.

»Aquí los nobles desprecian el trabajo y el comercio. Viven de rentas y no quieren saber nada de la industria. Y así es cómo estas tierras se empobrecen y se arruinan mientras Flandes e Italia prosperan.

Losantos se alejó dejando aquel comerciante mascullando su mala fortuna.

Sus pasos lo llevaron hasta la puerta del convento de dominicos, donde estaba la cárcel de la Inquisición. Dudó si entrar, pero al fin, como se había prometido a sí mismo, lo hizo.

Tomó aire con fuerza y avanzó decidido hacia la entrada.

De pronto sintió una fuerte presión en el pecho. Intentó acercar las manos, pero no pudo. Un espasmo le recorrió el brazo y le subió hasta el cuello y el rostro. Se dobló acuciado por un intenso dolor en el abdomen. Notó que apenas podía respirar. Un sudor frío le empapó todo el tronco. Y, tras unos instantes de agonía, su corazón se partió, como abierto en canal por un afilado cuchillo rusiente.

Y cayó al suelo como un fardo.

Valladolid, agosto de 1552

Nunca sería un buen rey. Nunca.

Felipe leía un informe sobre su hijo y heredero, el infante Carlos, que a sus siete años era un muchacho poco hablador, contrahecho y cruel. Estaba al cuidado de Silíceo, el arzobispo de Toledo, un hombre mayor que ya había sido preceptor del propio Felipe.

Dejó el informe sobre la mesa de su despacho y cogió una carta, que había abierto esa misma mañana. Su amante Isabel le escribía diciéndole que se encontraba bien tras el parto de su segundo hijo, nacido a comienzos de julio, al que habían bautizado con el nombre de Bernardino. Le decía que lo echaba de menos y que tenía muchas ganas de volver a abrazarlo. Se despedía de Felipe con la frase «Isabel, tu amantísima esposa».

El anuncio de la presencia de Bartolomé de las Casas despertó de su ensoñación a Felipe.

—Alteza, agradezco vuestra presteza en recibirme —lo saludó con una reverencia el fraile dominico y obispo de Chiapas, que había llegado a Sevilla unas semanas antes con veinte misioneros.

—No será un buen rey —le confió Felipe de Austria a De las Casas, que se había presentado aquella tarde en el palacio real de Valladolid para la audiencia que se le había concedido.

—¿Cómo decís, señor?

—Mi hijo Carlos no será un buen rey.

—Vuestro hijo aprenderá…

—Dios no le ha dado el don de la inteligencia —se sinceró Felipe—. Pero decidme, don Bartolomé, ¿qué os trae por aquí?

—Señor, acabo de editar varios escritos, entre ellos una *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que me gustaría que leyerais con atención.

—Sí, ya me han comentado vuestras denuncias sobre el comportamiento de los conquistadores en las Indias, pero también me han dicho que algunas de vuestras críticas son exageradas.

—No lo son, alteza. Los indios no tienen ni maldades ni actúan con dobleces. Son personas pacíficas, humildes y pacientes. También son débiles y mueren de cualquier enfermedad o por no poder soportar los trabajos más duros. Los indios son ovejas, mi señor. Los españoles se comportan como lobos. Los han matado, despedazado y atormentado. Las islas del Caribe, antaño llenas de indígenas, están ahora despobladas. Y la causa de la muerte de muchos indios es la ambición de oro de los españoles. Ha habido muchos robos y asesinatos, e incluso se llegó a quemar a algunos de ellos en parrillas en la isla La Española.

—Las guerras tienen estas cosas, don Bartolomé.

—No es una guerra, sino una matanza.

—Creo que Juan Ginés de Sepúlveda, con quien sé que habéis debatido durante estos dos últimos años sobre este asunto, no opina como vos.

—Así es. Para ese debate se creó la Junta de Valladolid. Ahí hicimos el debate y yo lo gané. Argumenté los miles de muertos entre los indios; solo en Cholula los conquistadores mataron a treinta mil. En Guatemala se emplearon feroces perros adiestrados para matar a los varones indios, mientras sus mujeres eran entregadas a nuestros soldados para que estuvieran contentos, olvidando así sus deberes como cristianos.

—Si es como decís, ordenaré que se elaboren unas instrucciones para que se trate a esos indios con benevolencia y caridad.

—Alteza, también sería conveniente que no se permitiera el pasaje a las Indias a todos aquellos que no sean naturales de Castilla y de Aragón, y que se expulse a los que están ya allí y no son nativos de esos reinos.

»Y que se permita el embarque de mujeres, sobre todo las esposas de los que van al Nuevo Mundo. A los españoles no les gustan las caras planas ni las narices chatas de las indias, y mucho menos aquellas que se deforman la cabeza; prefieren a las hembras de aquí. En cambio, las indias se inclinan por los españoles antes que por los hombres de su raza.

—Mi padre cree que esa medida despoblaría Castilla y Aragón.

—Pero es muy importante que vayan las mujeres con sus esposos. Y, además, no son muchos los naturales de vuestros dominios que viajan a América; apenas tres mil este año, sobre todo extremeños y andaluces, y ni siquiera todos se quedan allí. Algunos regresan a España.

—Lo tomaré en consideración.

—También debería regularse el comercio de esclavos negros.

—La mano de obra de los negros es necesaria para algunos trabajos duros que los indios no soportan —alegó Felipe.

—Pero los banqueros alemanes, sobre todo la banca Welser, hace contrabando con los esclavos.

—Mi padre, el emperador, y yo mismo hemos autorizado a los Welser a transportar esclavos de África al Nuevo Mundo.

—Pero no todos los esclavos son comercializados según esos permisos.

Salamanca, agosto de 1552

El médico solo pudo certificar la muerte de su colega Pablo Losantos. Su corazón había dicho basta y se había detenido.

María e Isabel fueron condenadas por la Inquisición. El tribunal del Santo Oficio las encontró culpables de practicar hechicerías y brujería. Con su padre muerto y su hermano Luis en Alemania, no tenían a nadie que las defendiera.

—Este tribunal considera que hay pruebas suficientes que demuestran que sois brujas al servicio del demonio. La bula papal *Cum ex apostolatus officio* expresa sin lugar a dudas que hay que castigar a cuantos incurran en cisma de herejía o la favorezcan, y vosotras dos lo habéis hecho.

—¡No somos brujas, no lo somos! —protestó María Losantos.

—Sois brujas y teníais una escuela de brujería en vuestra propia casa. Hay testimonios que aseguran que llevabais de noche a niñas de cinco años para adiestrarlas en vuestras malas artes; os han visto transformaros en perros y gatos; sois remendadoras de virgos; intentáis ver el futuro de acuerdo con el demonio; y han escuchado cómo os jactabais de adivinar el futuro consultando las manos y los anillos, y mediante la interpretación de los sueños.

—¡No es verdad; todo eso es falso! —negó María, mientras Isabel callaba y mantenía la cabeza agachada y la mirada clavada en el suelo.

—¡Calla, bruja! —le ordenó el juez—. Por vuestros pecados y vuestras acciones diabólicas, os condenamos a morir en la hoguera.

La sentencia del tribunal cayó sobre las dos mujeres Losantos como la más pesada de las losas.

—Dicen que eran dos brujas nacidas hombres y que se castraron para hacerse mujeres y arrastrar a muchos hombres al pecado —comentaba un fulano mientras los cuerpos de María e Isabel Losantos ardían en la pila de leña. Poco antes habían sido paseadas por las calles de Salamanca tocadas con sendas corozas en forma de capirotes cónicos y vestidas con sendos sambenitos. Como medida de gracia y piedad, las habían ejecutado con garrote por orden de la Inquisición, para que fueran quemadas ya muertas. A la mayoría de los condenados a la hoguera les cortaban la cabeza o los estrangulaban con garrote antes de quemarlos, para impedir que durante el tiempo en que seguían vivos mientras ardían pudieran proferir todo tipo de blasfemias.

—Copulaban con el demonio, que visitaba su casa en forma de un gran macho cabrío con cuernos y alas negras —decía otro.

—Fabricaban pócimas diabólicas con ungüentos de menjuí, ámbar, algalia y almizcle, que luego mezclaban con piel de sapo, sebo de víbora y grasa de niños a los que sacaban la manteca —añadía un tercero.

—Yo vi a las dos en varias ocasiones por las orillas del Tormes. Llevaban una cesta en la que recogían plantas y flores. Buscaban belladona, cincoenrama y acónito. ¡Plantas del diablo! —intervino una mujer que no cesaba de santiguarse a la vista de las llamas de la hoguera.

—Se embadurnaban con barro del río manos y pies, y hacían conjuros a la orilla del Tormes —intervino el primero.

—Sí, yo vi cómo esas dos brujas preparaban un conjuro con habas para que una doncella quedara seducida por un viejo demonio. Invocaron para ello a san Pedro, san Pablo, Santiago, el portal de Belén, la casa santa de Jerusalén, el mar, el cielo y las estrellas —mintió aquella mujer.

Los cuerpos de María e Isabel eran un montón de cenizas y huesos calcinados cuando tras varias horas ardiendo en la hoguera se extinguieron las llamas y se apagaron las brasas y los rescoldos. La plaza de San Martín, un enorme espacio a las afueras de la Puerta del Sol, se fue vaciando de los centenares de curiosos que habían acudido a presenciar la quema de las dos brujas. Un par de sayones pagados por el concejo salmantino recogieron los restos de la hoguera en unos serones, los cargaron en una carreta y los arrojaron a las aguas del Tormes poco antes del anochecer de aquella larga y calurosa tarde de verano.

Cerco de Metz, otoño de 1552

En cuanto supo de los problemas que Carlos de Austria atravesaba en su enfrentamiento con los protestantes y su delicada situación en Innsbruck, el rey Enrique II de Francia aprovechó para ocupar las ciudades imperiales de Metz, Toul y Verdún, en las cuales se hablaba francés.

Carlos había travesado toda Alemania, con riesgo de su propia vida, para recuperar esas ciudades y demostrar que seguía siendo el dueño del Imperio.

Había viajado durante seis meses reuniendo tropas, consiguiendo dinero y preparando la guerra contra Francia, y lo había hecho a pesar de los ataques de gota y de los fuertes dolores que lo aquejaban, con mayor o menor intensidad, todos los días.

A mediados de octubre realizó un último y enorme esfuerzo para poder llegar al frente del ejército hasta Metz; las fuerzas le fallaron y tuvo que detenerse por un par de días. Pero apretó los dientes, superó el dolor con su enorme voluntad y puso cerco a esa ciudad el 23 de octubre.

Aquellos días de otoño la lluvia anegó los campos y los caminos del norte de Francia y del sur de Flandes. El emperador no podía dar un paso más y permaneció quince días inmovilizado

en la localidad de Thionville, entre Metz y Luxemburgo.

Por fin, el 10 de noviembre se dirigió a Metz y formalizó el asedio de esta ciudad, aunque enseguida regresó a Thionville, donde se asentó de nuevo. Sufría dolores tan intensos que era incapaz de sostener una pluma en su mano para firmar una carta.

Llovía sobre la región de Thionville. El duque de Alba acababa de llegar del asedio de Metz. Había estado inspeccionando las fortificaciones que se habían levantado en las dos últimas semanas para apretar el cerco sobre la ciudad que dominaban los franceses.

El emperador estaba postrado en una cama de un castillo a dos leguas de Thionville. Tenía la mano derecha agarrotada por la gota y las articulaciones doloridas e hinchadas; el más mínimo roce le provocaba un dolor insoportable.

—Majestad, el cerco está completado. Hemos instalado el campamento a la vista de la ciudad, en lo que ha quedado de la abadía de San Clemente —informó el de Alba.

—Iré a verlo esta misma semana.

—Vuestra majestad debería guardar reposo hasta recuperar la salud.

—Vos no sois médico, don Fernando. En cierto modo me recordáis a don Pablo Losantos. Ojalá ese hombre no hubiera muerto y estuviera aquí ahora. Es el único que se atrevía a decirme lo que tenía que hacer. —Carlos ya conocía la muerte de su médico, por un ataque al corazón, el pasado verano en Salamanca.

Tal cual se había empeñado, el 24 de noviembre el emperador montó a caballo e inspeccionó el asedio de Metz.

La oferta de rendición que se envió a los sitiados no causó efecto; decidieron seguir resistiendo. Les había llegado noticia de que el emperador carecía de recursos económicos como para seguir pagando a las tropas si el asedio se prolongaba por algún tiempo, y además les informaron que el rey Enrique de Francia había ratificado la alianza con los príncipes protestantes y con el duque Mauricio de Sajonia. Eso significaba que en cualquier momento podían acordar el envío de un ejército para romper el sitio de los imperiales.

Mediado diciembre, cuando Carlos estaba dispuesto a que el asedio se intensificara para preparar la toma de Metz, la gota se recrudeció con más fuerza si cabe. Carlos no podía sostener con su mano ni el más liviano de los objetos. No podía calzarse ni vestirse ni siquiera coger una cuchara para tomar un plato de sopa. Era un inválido.

¡Si al menos estuviera allí su hijo! Felipe había sido jurado heredero por las Cortes de Navarra, andaba esos días en las Cortes de la Corona de Aragón en Monzón y había tomado como lema «El mundo no es suficiente».

«El mundo no es suficiente», buen lema para que el hijo continuara el reinado del padre, que se había fijado como motivo *Plus Ultra*, «Más allá». Sí, tenía razón Felipe, pensó Carlos, ni siquiera el mundo conocido era suficiente para las ambiciones de los Austrias.

Campamento de Metz, principios de enero de 1553

El dolor, la enfermedad, el frío, la nieve y la humedad vencieron al emperador. Aquel domingo, primer día del nuevo año, Carlos decidió levantar el asedio de Metz. Era su gran fracaso. El fracaso del dueño del mundo.

El duque de Alba dirigía las operaciones de retirada del ejército imperial.

—Señor, el emperador ha salido del campamento. Ya camina hacia Bruselas con su escolta —le anunció a don Fernando Álvarez de Toledo un capitán de los tercios viejos.

—En ese caso, que comiencen a retirarse todos los hombres, por líneas y en orden. Primero los que ocupan las posiciones más cercanas a los muros de Metz; pero que esperen a que caiga la noche.

—¿En la oscuridad? —preguntó el capitán.

—Sí. No quiero que los franceses contemplen nuestra retirada.

El de Alba inspiró una bocanada de aire y sintió cómo el frío del relente inundaba sus pulmones.

Nunca antes se había retirado. Nunca había tenido que renunciar a una conquista. Pero era una orden directa del emperador y no podía hacer otra cosa que obedecer, tragarse su orgullo y levantar el asedio.

Pensó que tal vez, si el emperador mejoraba de sus dolencias o si el príncipe Felipe venía desde España y se hacía cargo de las operaciones en esta guerra, volverían a intentar tomar aquella plaza de Metz. Por el momento aquel fracasado asedio se había convertido en una triste derrota. Y lo peor es que el prestigio que los tercios se habían ganado en tantos combates, en tantas batallas, en tantas acciones militares, estaba a punto de resquebrajarse.

—Apenas podemos mover los cañones, señor —avisó un comandante artillero al duque.

—¿Qué es eso? —preguntó el de Alba.

—Están clavados en el barro y cuesta un esfuerzo enorme desplazarlos unos pocos pasos. Y aunque pudiéramos moverlos, no habrá modo de llevarlos con el ejército, al menos mientras los caminos estén llenos de este lodo pegajoso —explicó el comandante.

El duque de Alba había dado la orden de retirar los cañones de las zanjas y parapetos que se habían construido para ubicar la artillería en el asedio de Metz.

—Tiradlos al río —ordenó el duque.

—Señor, son treinta cañones…

—Tiradlos al Mosela. Es mejor que sus aguas se traguen nuestros cañones a que queden en manos de los franceses.

—Treinta cañones… —lamentó el comandante.

—Hacedlo con sigilo y en plena oscuridad de la noche, y comprobad que quedan completamente hundidos en el cauce del río.

La orden de abandonar los cañones provocó el pánico entre los soldados imperiales. Muchos de ellos, que se habían enterado del levantamiento inmediato y nocturno del asedio, creyeron que un gran ejército francés acudía al socorro de los sitiados en Metz. Centenares de soldados entraron en pánico, abandonaron sus pertrechos y sus armas y salieron huyendo de los campamentos, desertando de sus puestos.

Conforme veían escapar a sus compañeros, otros tantos centenares los imitaron y salieron en estampida de sus trincheras y campamentos. Amparados en la oscuridad y las sombras de la madrugada, los desertores abandonaron sus posiciones y dejaron tras de sí a los centenares de heridos e impedidos, que apenas podían moverse por ellos mismos.

Al amanecer del segundo día de enero, el panorama era un verdadero desastre. Los campamentos y las posiciones que habían ocupado las tropas imperiales habían sido desalojados sin el menor orden. Los que habían podido salir por su pie se habían marchado sin mirar atrás y los que no podían moverse habían quedado desamparados a su suerte, abandonados en tiendas y pabellones a merced del enemigo.

El viento del norte movía la nieve acumulada sobre el campo en los días previos al levantamiento del cerco y parecía anunciar una tragedia inminente.

El duque de Alba llegó como pudo a Thionville, donde se había refugiado el emperador. Se presentó ante Carlos con el rostro compungido y cariacontecido, lleno de barro y con muestras de cansancio y sueño. No había dormido en toda la noche dirigiendo en medio del caos la retirada de los hombres más enteros.

—Majestad, muchos de nuestros hombres han desertado esta pasada madrugada —le anunció el de Alba—. Propongo que persigamos a esos traidores, los capturemos uno a uno y les apliquemos la justicia real.

—No, don Fernando, no. Dejad que se vayan. Ya se ha derramado demasiada sangre.

—Pero, majestad…

—Dejadlos ir en paz. Que vuelvan a sus casas, con sus familias. Ya no hay remedio a este fracaso.

—Si no castigamos a los desertores, si los dejamos marchar impunes, su ejemplo cundirá y otros muchos pueden hacer lo mismo en el futuro.

—Dejadlos, don Fernando, dejadlos…

El fracasado asedio a Metz se convirtió en un enorme fiasco para el ejército y el tesoro imperial. Había costado cuatrocientos mil ducados a las arcas del erario. Muchos habían muerto de frío y por enfermedad; veinticinco mil habían desertado, casi la mitad del total de las tropas que habían iniciado el asedio; y, para escarnio del propio emperador, sus hombres habían abandonado los treinta cañones, la mayoría de la impedimenta y a seiscientos compañeros heridos.

El emperador, paralizado por el dolor, la enfermedad y el bochorno, permaneció diez días en Thionville, sin atreverse a dar un solo paso, incapaz de emitir una sola orden.

Solo una acción valiente del duque Manuel Filiberto de Saboya, que al frente de un pequeño ejército de soldados imperiales derrotó a los franceses, que se retiraron hacia el sur, palió en algo la infinita tristeza que embargó aquellos días el corazón de Carlos de Austria.

Salamanca, mediados de abril de 1553

La guerra con Francia y el crudo invierno le impidieron regresar a Salamanca antes de primavera. Cuando lo hizo, mediado abril, ya era tarde. Demasiado tarde.

Luis Losantos ni siquiera pudo visitar la tumba de su padre. Pablo Losantos había sido enterrado en una fosa común, en algún lugar en los alrededores de la iglesia de San Martín, en tanto las cenizas de su tía María y de su hermana Isabel estarían depositadas en el fondo del río o quizá habrían llegado hasta el océano, arrastradas corriente abajo por las aguas del Tormes y del Duero.

Tampoco pudo recuperar su casa. La Inquisición la había incautado y vendido a un noble zamorano que se había hecho con ella por un bajo precio gracias a una buena bolsa de dinero que le había entregado bajo mano al oficial del Santo Oficio encargado de la venta.

Desesperado, con los ojos empapados en lágrimas, vagó como un espectro por las calles de Salamanca, hospedándose cada día en una posada de mala muerte, entre estudiantes, malhechores y comerciantes sin escrúpulos.

En menos de un año lo había perdido todo: su familia, su esposa, su hijo, su casa…, hasta su propio nombre. Pensó en ir en busca de su suegro y obligarle a confesar dónde había escondido a su esposa y a su hijo, a golpes si era necesario. Pero consideró que no ganaría nada con ello.

Incluso es posible que lo estuvieran esperando familiares del Santo Oficio para apresarlo, acusarlo de ser hereje o criptojudaizante, meterlo en la cárcel y quién sabe si incluso ejecutarlo, como habían hecho con sus dos familiares.

Por fin, decidió marcharse de Salamanca e ir a Valladolid. Quizá allí pudiera pasar desapercibido y comenzar una nueva vida.

Bruselas, fines de abril de 1553

Desde Thionville el emperador se trasladó a duras penas hasta Luxemburgo, donde guardó cama durante dos semanas más, aquejado por la gota y sin poder moverse.

Se puso de nuevo en marcha a fines de enero y, avanzando muy despacio, al fin llegó a Bruselas el día 6 de febrero. Con miedo a que los franceses decidieran invadir Flandes, Carlos convocó una reunión de los Estados Generales en el palacio de Coudenberg, a la que asistió su hermana la reina de Hungría.

En las semanas siguientes Carlos se encerró en sus habitaciones privadas del palacio. Rechazaba cualquier visita, no quería ver ni hablar con nadie, contestaba a los pocos criados que les permitía acercarse con rudeza, pasaba las horas manipulando su colección de relojes, que desmontaba y montaba pieza a pieza una y otra vez. A veces lloraba como un niño. No podía soportar su fracaso en Metz.

Pasado un tiempo se dedicó a dictar cartas a todos sus aliados para darles cuenta de la situación y de la guerra con Francia, aunque su estado era tan lamentable que ni siquiera tenía fuerza para firmarlas.

—Por primera vez en mi vida dudo de la fidelidad de nuestro hermano —le confesó Carlos a María de Hungría. Los dos hermanos tomaban en un gabinete del palacio de Coudenberg una escudilla de chocolate caliente, una bebida traída de América de la que se decía que poseía cualidades vigorizantes.

—Fernando nunca te traicionaría. ¿Por qué muestras ahora esa vacilación hacia él?

—Porque desea por encima de cualquier otra cosa en este mundo que su hijo Maximiliano sea el que lo suceda al frente del Imperio, y no mi hijo Felipe, como acordamos en el pacto de familia.

—Fernando cumplirá lo estipulado. Sabes que es un hombre de palabra —asentó María.

—Tal vez, pero Maximiliano es un joven ambicioso. Al ser de la misma edad que Felipe, no tiene ninguna garantía de que su primo muera antes que él para así convertirse en el nuevo emperador.

—¿Tienes alguna prueba para dudar de Fernando?

—Me dicen que ha hablado con el duque Mauricio de Sajonia, ese traidor, y que ha negociado al margen de mis instrucciones.

—No te fíes de las habladurías que corren por ahí. Esta corte está llena de conspiradores que son capaces de idear cualquier patraña para medrar a tu sombra.

—La confianza es muy importante para gobernar. Si no confías en tus consejeros, ¿en quién vas a hacerlo?

—Pero la confianza ciega puede llevarte al desastre. ¿No recuerdas acaso las veces que confiaste en la palabra del rey Francisco, nuestro cuñado? Y tantas veces cuantas te dio su palabra, la incumplió.

—Yo siempre he cumplido lo acordado. Los Austrias nos hemos ganado la lealtad de nuestros súbditos porque hemos sabido cumplir con nuestras obligaciones como señores.

—Querido hermano, tú has dedicado toda tu vida al engrandecimiento de nuestro linaje; has trabajado para hacer que el nombre Habsburgo sea respetado en toda la tierra y has luchado por ello hasta arriesgar tu propia vida y dejarte la salud. Esta familia te debe mucho, la cristiandad entera te debe incluso su propia supervivencia, pero no puedes seguir soportando tú solo el peso de todos estos dominios. Y me temo que no hay nadie capaz de sustituirte en ello.

—¿Qué quieres decir, María?

—Que obligues a Felipe a aceptar el acuerdo de familia.

—Mi hijo lo cumplirá.

—Hermano, Fernando recela de las intenciones de Felipe. Si busca acuerdos con el duque de Sajonia es porque está convencido de que Felipe ambiciona heredar el Imperio sin que antes pase por sus manos, como está acordado.

—Mi hijo no es un conspirador.

—No, no lo es, pero ambiciona el Imperio. ¿Qué príncipe no lo haría? Pronto cumplirá veintiséis años; a esa edad tú ya eras rey de toda España, de las Indias y emperador de Alemania. Y él solo es el príncipe heredero de las posesiones de nuestros abuelos los Reyes Católicos. Mira esta moneda —dijo María de Hungría, que le mostró a su hermano un ducado de oro—: IOANA ET KAROLUS REGES. En las monedas están tu rostro y tu nombre junto a los de nuestra madre. Felipe está lleno de ambición y de fuerza, y quiere ser algún día lo que eres tú.

—Nuestra madre… —bisbisó el emperador—. Hace mucho tiempo que no la veo. La última vez… ¿Cuándo fue la última vez?

Carlos pareció sumirse en sus más profundos recuerdos. María calló. La gobernadora de los Países Bajos no quería recordar a su madre la reina de Castilla y de León. No quería.

Llovía sobre Bruselas. La tímida luz del sol matizada y difusa por las nubes grises y el monótono repiqueteo de la lluvia sobre las vidrieras creaba un ambiente de melancolía en el comedor privado del palacio de Coudenberg.

Carlos acababa de despachar con su tesorero, que le había transmitido muy malas noticias. La Hacienda imperial arrastraba enormes deudas. Para evitar el colapso de las finanzas eran necesarios al menos tres millones de ducados, y no había manera de lograr reunir esa cantidad.

Los súbditos hispanos del emperador, sobre todo los castellanos, estaban tan esquilmados que no podía exigírseles ni una pieza de plata más; de América seguían llegando oro y plata, pero no en las cantidades que se requerían para mantener los enormes gastos de la administración. Además, la mayor parte de ese dinero iba a parar directamente a manos de los banqueros y prestamistas de la Corona, que se enriquecían año a año y veían crecer sus fortunas de manera proporcional a como aumentaban las deudas del Imperio.

Además, Carlos seguía gastando dinero sin reparar en las advertencias que una y otra vez le hacían sus consejeros. Mantener la corte y el ejército era muy caro, pero también lo era sostener las rentas y privilegios que cada año se concedían a la nobleza y a la Iglesia. En esos días, a pesar del fiasco económico, el emperador había decidido aumentar hasta seiscientos mil ducados la dote de su hija la infanta Juana, como generosa aportación a su matrimonio con el príncipe Juan de Portugal.

—Estamos a punto de la bancarrota —le comentó Carlos a su hermana, que acababa de llegar para comer juntos.

—Lo sé. Me lo ha comentado el tesorero.

—Necesitamos reforzar nuestra alianza con Inglaterra. Nuestro embajador en Londres ha informado que la salud del joven rey Eduardo ha empeorado. Hace meses que está enfermo, pero parece que no vivirá demasiado tiempo. Solo tiene quince años y sigue soltero y sin hijos, de manera que la próxima reina de Inglaterra será María.

—¿María, nuestra prima María? —dijo la reina de Hungría.

—La hija de Enrique VIII y de nuestra tía Catalina de Aragón. María ya tiene treinta y siete años, pero sigue soltera. Si se convierte en reina de Inglaterra será un buen partido para quien se case con ella; y ese afortunado será mi hijo Felipe.

—¡Felipe!

—Sí, Felipe. Si muere Eduardo sin heredero varón, y es lo que parece que va a ocurrir muy pronto, María será la reina de Inglaterra, y quien se case con ella será el rey.

—Los nobles ingleses odian a Roma, y María es católica. No lo permitirán.

—Mis agentes en Inglaterra conseguirán que María sea la nueva reina en cuanto fallezca Eduardo.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente seguro.

Valladolid, mayo de 1553

Las medidas contra los que la Iglesia consideraba herejes se endurecieron. Incluso los seguidores del antaño prestigioso Erasmo de Rotterdam fueron perseguidos y reprimidos.

Felipe decidió ponerse del lado de la Inquisición. Además no solo aprobó todas sus propuestas, sino que ordenó que la Casa de Contratación de Sevilla no concediera pasaporte y visado para cruzar el Atlántico y viajar a las Indias a quienes no certificaran por escrito que eran de familia de cristianos viejos. Así lo comunicó a Sevilla y a los virreinatos de Nueva España y del Perú.

Acababa de firmar los nuevos capítulos para uso de la Inquisición de Castilla, tal cual le habían propuesto los miembros del tribunal del Santo Oficio de Valladolid. Había dispuesto el número de familiares de la Inquisición que había de haber en las ciudades de Sevilla, Toledo y Granada, no más de cincuenta; cuarenta en las de Valladolid, Cuenca y Córdoba; treinta y veinte en otras medianas, hasta un máximo de diez en aquellas que no superaran los tres mil vecinos, y cuatro en los pueblos más pequeños.

La Inquisición se había convertido en una institución tan poderosa que ni siquiera la monarquía de los Austrias era capaz de cuestionar sus decisiones. El también llamado Tribunal del Santo Oficio había logrado organizar tal estructura en todos los territorios de las Coronas de Castilla y de Aragón que se creía capaz de doblarle el pulso al rey si se empeñaba en ello.

—Los aragoneses no admitirán tan fácilmente los nuevos capítulos de la Inquisición —comentó Gonzalo Pérez, consejero de Felipe.

—Deberán hacerlo —asentó Felipe.

—Sus fueros defienden la inocencia de los acusados en tanto no sean condenados en firme por un tribunal.

—Pues tendrán que cambiar esos fueros.

—Tienen más de tres siglos, alteza.

—Los tiempos cambian, don Gonzalo. Estos reinos han sido gobernados desde que los unieron mis bisabuelos los Reyes Católicos según las leyes, fueros y ordenanzas de cada uno de

ellos, lo que obliga a que cada rey los jure en cada uno de los territorios. Quizá haya llegado el tiempo de cambiar todo eso.

—No creo que las Cortes de Aragón o las de Cataluña lo admitan.

—España tiene muchas amenazas comunes. Divididos en varios reinos, con jurisdicciones, haciendas y monedas diferentes, el gobierno se hace más difícil e ineficaz. Es probable que algún día no muy lejano tengamos que enfrentarnos a una invasión del ejército turco, cuya armada merodea nuestras costas y busca información entre los moriscos levantinos, que se han bautizado hace medio siglo, pero que siguen alimentando en su corazón el fuego de su falso profeta Mahoma. Su sultán gobierna un imperio unido, pero mi padre lo hace sobre un mosaico de reinos y señoríos muy diverso.

—El emperador ha sabido mantener unidos todos esos territorios y los ha defendido bien.

—Pero sería mucho mejor si sobre todos ellos, además de un único soberano, rigiera una sola ley.

Luis Losantos había conseguido que un antiguo médico amigo de su padre lo tomara como ayudante en Valladolid. Intentó pasar desapercibido, limitándose a cumplir con su trabajo y a no hacer preguntas ni a dar respuestas.

Penaba su dolor por sus familiares muertos y lloraba cada noche en su lecho al recordar a su esposa y a su hijo, de los que hacía tiempo que no tenía la menor noticia. Le daba una y otra vez vueltas a la cabeza procurando adivinar dónde los habría llevado su suegro. Supuso que lo más probable es que los hubiera enviado a Aragón, su tierra natal, donde el linaje de los Arbués tenía varios miembros destacados, o quizá a Andalucía o a Valencia.

Volvió a sus estudios de astrología y redactó horóscopos para algunos nobles y comerciantes, que le pagaron con generosidad sus augurios.

Era una práctica peligrosa, pues en la ciudad se había detectado una célula de luteranos, a los que la Inquisición estaba investigando, y se ponía bajo sospecha a cualquiera que no siguiera la ortodoxia fijada por Roma en el Concilio de Trento.

Bruselas, agosto de 1553

La noticia de la muerte del rey Eduardo de Inglaterra se mantuvo oculta durante cinco días, el tiempo necesario para preparar el ascenso al trono de su hermana María.

La nieta de los Reyes Católicos fue entronizada en Londres el 19 de julio, entre las reticencias de muchos nobles que habían mostrado su frontal rechazo a que una católica fiel a la Iglesia romana fuera coronada reina de Inglaterra.

Las negociaciones que Carlos entabló para acordar el matrimonio de su hijo parecieron rejuvenecerlo. Con la llegada del verano había mejorado de su enfermedad, y aunque seguía sufriendo dolores, se sentía con más energía.

—Felipe se casará con la nueva reina de Inglaterra —sentenció Carlos.

—No es rey; sería un matrimonio desigual —alegó la gobernadora de los Países Bajos.

—Lo será.

—¿Vas a abdicar como rey de España?

—En su momento, pero por ahora no. Daré a Felipe uno de mis títulos reales. Lo designaré rey de Nápoles.

—Felipe pensaba casarse con la princesa de Portugal. Incluso ha enviado una carta aceptando ese matrimonio. Este cambio puede desatar una guerra con Portugal.

—Uno de mis agentes en la corte de Felipe me avisó a tiempo de ese envío. Hemos logrado interceptar al correo que llevaba esa carta a Lisboa antes de que atravesara la frontera en Badajoz. No habrá tal guerra.

Unos golpes sonaron en la puerta del gabinete donde los dos hermanos conversaban.

—Majestad, un parte urgente, muy urgente —anunció Guillermo van Male, su fiel ayuda de cámara.

—Traedlo —ordenó Carlos, que desdobló y leyó el billete de papel.

—¿Buenas noticias? —preguntó María de Hungría al contemplar el rictus de Carlos.

—Ha muerto Mauricio de Sajonia.

—Vaya, los príncipes protestantes acaban de perder a su principal cabecilla.

—Sí. Sin el duque al frente, supongo que renunciarán a seguir con su rebeldía.

—No estés tan seguro de ello, hermano. Las ideas de Lutero han calado muy hondo en algunas regiones de Alemania; será difícil erradicarlas.

—La liga de los rebeldes se ha disuelto —añadió Carlos.

—Puede formarse una nueva; ya lo han hecho en dos ocasiones.

—Pero ahora no contarán con la ayuda de Francia. Una vez Felipe se convierta en rey de Inglaterra, los franceses deberán dedicar toda su atención a cuidar sus espaldas y dejarse de aventuras en Alemania. Le escribiré a Fernando para que se ocupe de ello.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó María.

—Sí. Tal vez sea el chocolate. Debí tomarlo antes. Pero ahora hay que acordar la boda de Felipe y María cuanto antes.

Bruselas, finales de 1553

Aquel otoño fue muy intenso para la diplomacia del Imperio. Carlos envió varias veces embajadores de su plena confianza para cerrar el acuerdo matrimonial entre su hijo Felipe y su prima María, que se hizo oficial a fines de otoño.

Siendo una niña, María había sido ofrecida como esposa al mismísimo Carlos, cuando este buscaba novia entre las princesas de Europa, pero ese matrimonio se frustró porque intervino el rey Francisco de Francia alegando que la princesa de Inglaterra era la prometida de su hijo el delfín.

—A tu hijo no le agrada su futura esposa —comentó María de Hungría.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Carlos.

—Porque lo ha manifestado en público delante de mucha gente. Cuando recibió la noticia de que se tenía que casar con su tía, preguntó a los que la conocen por cómo era, y tras enterarse de que nuestra prima no es muy agraciada, se limitó a repetir una frase del embajador Ruy Gómez de Silva: «Mucho Dios es menester para tragarse ese cáliz».

—Nuestra prima María Tudor tal vez no sea la mujer más bella del mundo ni la más joven, pero eso no importa ahora. Esta boda es necesaria y Felipe cumplirá con su deber. No es obligatorio que se enamore de ella, basta con que le haga un hijo.

—Querido hermano, nuestra prima inglesa es muy fea, y aunque tiene treinta y siete años, todos cuantos la conocen afirman que parece una vieja.

—Yo no la recuerdo así.

—Cuando estuviste en Inglaterra, María era una niña. Además, tiene once años más que Felipe.

—Esta boda ya está acordada y se celebrará de todos modos. Enviaré una carta a Felipe ordenándole que se case con María y renunciaré al reino de Nápoles, cuyo título le concederé. La reina de Inglaterra se casará con un rey.

—¿Y tú qué harás después?

—Estoy cansado, y aunque estos últimos meses me he encontrado algo mejor, la maldita gota siempre vuelve. Estoy seguro de que me sorprenderá otra vez y me encontrará con menos fuerzas.

—¿Has pensado en abdicar?

—Sí.

—¿Y adónde irás?

—Pienso retirarme a un sitio tranquilo en España. He preguntado por varios lugares y me han dicho que existe una región en el norte de Extremadura, al pie de una sierra, donde corren unos aires frescos y limpios y unos arroyos de agua transparente, como de cristal. Protegida de los vientos del norte, no es demasiado fría ni húmeda en invierno y no sufre los abrasadores calores del verano meseteño. Allí se alza un monasterio que construyeron unos frailes jerónimos hace más de cien años, que puede ser apropiado para respirar en paz mis últimos soplos de vida. Le he pedido a mi hijo que envíe un hombre de su confianza para que visite ese lugar y me informe sobre si es adecuado para lo que pretendo.

—Yo iré contigo, y nuestra hermana Leonor también vendrá con nosotros.

—No. No quiero mujeres en ese monasterio.

—Iremos contigo.

—No, María, no habrá mujeres en mi retiro, ni siquiera vosotras, mis hermanas.

Aquel otoño fue ejecutado en la ciudad de Ginebra el médico Miguel Servet, tras un juicio que duró varias semanas. Acusado y condenado por herejía, había escrito un libro titulado *Restitución del cristianismo* en el que llamaba a los cristianos a volver a la verdadera religión de Cristo. Aseguraba que la Iglesia de Roma era la gran ramera, el papa su mentor y la curia de cardenales una banda de malhechores corruptos. Ese médico, originario del reino de Aragón, había logrado escapar de la Inquisición católica francesa, pero había caído en manos de Calvino, el severo reformador que gobernaba en Ginebra, y había sido quemado vivo por hereje y por practicar la adivinación mediante la astrología.

Cuando le comentaron la ejecución de Servet, Carlos apenas podía recordarlo, pese a que había estado a su servicio algunos años, como ayudante del secretario Juan de Quintana, y había asistido a su coronación solemne en Bolonia.

La preocupación del emperador era ahora la ofensiva que los turcos habían lanzado sobre la frontera oriental del Imperio; un ejército otomano de ochenta mil hombres avanzaba por el curso del Danubio amenazando con llegar hasta Viena. Carlos escribió a varios príncipes protestantes advirtiéndoles del peligro que se cernía sobre la cristiandad y los conminaba a permanecer unidos en defensa de la cristiandad.

Bruselas, principios de 1554

Aliviado con la leve mejoría de las últimas semanas, en aquellas navidades Carlos volvió a comer en exceso.

Tras el copioso almuerzo del día de Reyes se retiró a su gabinete en el palacio de Coudenberg, se sentó en el sillón de su mesa de trabajo y sacó de un cajón la cajita de madera forrada de terciopelo rojo que siempre llevaba consigo. La abrió con cuidado y extrajo la cruz de oro de su difunta esposa, la besó, cerró los ojos e imaginó que estaba a su lado, en un jardín de hierbas y flores aromáticas, y que ella lo miraba con aquellos hermosos ojos azules, y lo besaba, lo besaba, lo besaba…

La realidad era muy distinta de los sueños. La Hacienda del Reino de Castilla tenía un déficit enorme, la Inquisición española había iniciado una persecución hacia los erasmistas y reprimía con dureza cualquier crítica a la Iglesia y sus dogmas, las deudas lo atosigaban, los turcos amenazaban, los protestantes crecían… El mundo que había construido su dueño parecía a punto de venirse abajo.

A fines de enero llegó a Bruselas una carta de Felipe. Carlos llamó a su hermana María, su gran consejera, y se la leyó.

—«Sacra católica cesárea majestad…». —Así comenzaba el escrito de su hijo.

—Felipe acepta casarse con María de Inglaterra —comentó aliviada María al finalizar su hermano la lectura.

—¿Acaso esperabas otra cosa? Ese muchacho obedecerá cuanto le ordene. Es un Austria y sabe que su obligación es defender los intereses de la familia y cumplir mi voluntad como cabeza de nuestro linaje. Y esos intereses pasan ahora por casarse con nuestra prima.

—Te pide consejo para la boda, pues cuando se celebre ese matrimonio, Felipe, futuro rey de España, se convertirá en rey de Inglaterra.

—¿Podías haber imaginado alguna vez algo semejante?

—No será fácil, hermano. Parte de la nobleza inglesa no aceptará esta boda.

—Eso poco importa ahora. Una vez que se haya celebrado el enlace, ya nos encargaremos de acabar con esos intrigantes. Escribiré a Felipe indicándole que cuando se case con María jure guardar las leyes y derechos de Inglaterra, y que lo haga con tal convicción que quienes estén presentes no tengan la menor duda de que lo hace con absoluta sinceridad y de corazón.

—En Inglaterra hay muy buenos actores. No lo creerán —dijo la gobernadora de los Países Bajos.

—Sí que lo harán. Felipe debe prepararse para lo que le espera.

—¿A quién nombrarás regente de los reinos de España en ausencia de Felipe?

—No confío en ella, pero Felipe insiste en que sea su hermana, mi hija Juana. Acaba de perder a su esposo, que ha muerto y la ha dejado embarazada. Felipe dice que lo hará bien.

—Mi sobrina, pese a su juventud, ha demostrado su valía en otras ocasiones, y además ama a su hermano.

—Tu sobrina se parece mucho a ti, pero tú me inspiras mucha más confianza que mi propia hija.

—Las mujeres de la casa de Austria somos lo mejor de esta familia —bromeó María.

—Lo sois, ya lo creo que lo sois.

Salvadas todas las reticencias y concedida la dispensa del papa para que pudieran casarse dos parientes en grado tan cercano como el de tía y sobrino, María de Inglaterra y Felipe de Austria se unieron como esposos por palabras de presente el 6 de marzo de 1554, pero en las capitulaciones matrimoniales se estipulaba que Felipe debía acudir personalmente a Inglaterra para celebrar el matrimonio.

María Tudor, que meses atrás no había mostrado demasiado interés por ese matrimonio ni por ningún otro, nunca antes se había casado y nada le atraían los hombres, pero comprendió que

necesitaba engendrar un hijo que la sucediera en el trono y mantuviera la presencia católica al frente de la Corona de Inglaterra. No conocía a Felipe, salvo por un retrato que le había entregado el embajador de España en Londres, pero se alegró mucho cuando se lo describieron como un joven vital y bien parecido, y más aún cuando recibió como regalo de bodas de su esposo un colgante con un enorme diamante engarzado en oro y una perla del tamaño de un huevo de paloma, que tenía un valor de veinticinco mil ducados.

Bruselas, mayo de 1554

Caía una fina lluvia, como de hilos de seda, sobre el palacio de Coudenberg. Carlos estaba leyendo un largo informe enviado desde Valladolid por su hijo Felipe.

María de Hungría acompañaba al emperador.

—Nuestra madre ha empeorado de su demencia —comentó Carlos.

—La soledad no es buena medicina —asentó María.

—Un confesor llamado Francisco de Borja la ha vuelto a visitar por orden de Felipe. Madre se ha quejado de que no le dejan rezar, de que le quitan su libro de horas de las manos y de que incluso los criados se burlan de ella.

—Eso no lo puede consentir el marqués de Denia. Nuestra madre sigue siendo la reina de Castilla.

—Pero también dice este informe que nuestra madre escupe sobre las imágenes sagradas y que incluso ha llegado a orinarse en la pila de agua bendita, y que cuando la llevan a oír misa no sigue las oraciones, sino que responde a gritos lo que le viene en gana en cada momento, provocando grandes escándalos. Ha ordenado que tiren unas velas porque apestaban, a pesar de que eran velas bendecidas, lo que algunos consideran que es un signo de estar endemoniada.

—¡Díos mío!

—Sufre delirios, insulta a sus damas de compañía, la esposa del conde de Miranda y la del comendador mayor de Castilla, de las que dice que son fantasmas; y las acusa de ser brujas empedernidas y de prepararle ensalmos y encantamientos para atormentarla y hacerse con su alma. Ha pedido que la Inquisición las persiga y las condene por brujería.

—Si no le gustan esas dos damas, debería tener otras.

—Felipe ha obrado con inteligencia. Ha ordenado al marqués de Denia que le diga a nuestra madre que esas dos mujeres han sido castigadas y que han sido apartadas de su servicio. Además se han rociado con agua bendita todas las paredes del palacio de Tordesillas, para limpiarlo de cualquier conjuro. Y esa simulación ha dado resultado. Doña Juana se ha tranquilizado y ha vuelto a escuchar misa con todo decoro.

—Siento tanta pena por nuestra madre… —lamentó María.

—También se ha enviado a otro clérigo, fray Luis de la Cruz se llama, que según parece es muy diestro en espantar hechizos. La reina sufría alucinaciones y pesadillas en las que un enorme gato de algalia devoraba a su madre, nuestra abuela Isabel la Católica, y mordía a su padre, el rey Fernando. Y decía que, para hacerle daño, sus damas habían introducido a ese gato en el palacio de Tordesillas, donde estaba escondido aguardando el momento para devorarla a ella también.

—Hay quien asegura que el gato es uno de los animales en los que se encarna el diablo.

—Supersticiones. Nuestra madre está enferma de la mente y ahora su salud se empieza a resentir. Los médicos que la han atendido han comprobado que tiene un edema en las piernas, que se han inflamado, y se le han abierto unas llagas tan profundas que no hay manera de cerrar, lo que le provoca grandes dolores y sufrimientos. Francisco de Borja llegó a confesarla y a

administrarle la extremaunción, creyendo que su muerte era inminente, pero, milagrosamente, nuestra madre recobró la lucidez de pronto. Al parecer, este clérigo le ha dicho que su nieto Felipe iba a ser rey de Inglaterra y que la abuela del rey de Inglaterra no podía presentarse sucia y desgreñada.

—Espero que Dios la acoja en su seno —se limitó a comentar María de Hungría.

—A todos nos ha de llegar ese momento. El mío no está muy lejos. Se avecina un nuevo combate contra Francia este mismo verano, y yo quiero participar en esa guerra. Por lo que pudiera ocurrir en la batalla, he decidido que es hora de hacer testamento, y deseo que seas la primera en conocer sus términos.

Carlos dejó sobre la mesa el informe sobre su madre la reina Juana la Loca y cogió otros papeles que tenía al lado, escritos de su puño y letra. Los trazos de la escritura eran inseguros, dibujados con dudas e imprecisiones, como si su autor apenas supiera trazar las letras, aunque en realidad se debía al dolor en las articulaciones que en muchos momentos incluso le impedía siquiera sostener una pluma.

—Tienes todavía muchos años por delante. Los Austrias somos duros, hermano; no es fácil acabar con nosotros.

—Pero la muerte es inevitable. Escucha mi testamento y dime luego tu opinión.

—Adelante —dijo María, que se acomodó en el sillón y se dispuso a escuchar a su hermano.

—«Conociendo que no hay cosa más cierta a los hombres que la muerte…».

Durante un buen rato, Carlos de Austria, emperador de Alemania y rey de España, tras encomendarse a la Virgen y a todos los santos para que intercedieran por él ante la Santísima Trinidad, fue desgranando las cláusulas de su testamento.

—¿En Granada, ahí quieres que reposen tus restos? —le preguntó María al acabar la lectura.

—Quiero ser enterrado en la Capilla Real de Granada, junto a nuestros abuelos los Reyes Católicos y a mi padre el rey Felipe, y que a mi lado se deposite el cuerpo de mi esposa la emperatriz Isabel.

—¿Sigues amándola? —preguntó María.

—No he dejado de hacerlo un solo día desde que la conocí en Sevilla. Aquellos seis meses que vivimos en Granada fueron los más felices de toda mi vida. Y quiero que mis huesos reposen junto a los suyos hasta el fin de los tiempos en esa ciudad en la que tanto nos amamos.

Disponía además que se rezaran misas por su alma, que se repartieran diez mil ducados como limosna para los frailes mercedarios, con los cuales liberaran cautivos cristianos en poder de infieles, otros diez mil para casas a mujeres pobres y otros diez mil más para pobres vergonzantes. Mandaba que se pagaran todas sus deudas, aunque para ello hubiera que vender joyas y muebles de su propiedad.

—¿Y Felipe? —demandó María.

—Designo como heredero de todos mis dominios hispánicos, italianos y mediterráneos, de las Indias y de los señoríos de Borgoña, Brabante y los Países Bajos a mi hijo Felipe y le ordeno que sea temeroso de la ley de Dios y que favorezca a la Inquisición. Pero, si muere antes Felipe, el heredero será mi nieto don Carlos, y si este falleciera también, entonces se suceda según derecho, precediendo el hijo mayor al menor y el varón a la hembra dentro de la casa de Austria.

—Felipe será rey de Inglaterra, ¿lo has olvidado?

—Confirmo el matrimonio de Felipe con la reina María de Inglaterra, cuyo hijo, si lo hubiera, heredará en ese caso Borgoña y los Países Bajos, que perderá el infante don Carlos.

Además, María se ha proclamado por su cuenta reina de Francia, de modo que no será necesario incluir una alianza contra ese reino, pues nuestra prima tiene el derecho a reclamarlo.

La obsesión del emperador porque los dominios de los Austrias permanecieran siempre en el seno de la familia lo llevó a incluir varias cláusulas sobre la transmisión de la herencia a sus hijas, en caso de que no hubiera otra descendencia, y después a su hermano Fernando y a sus hermanas.

—La sucesión dentro del linaje de Habsburgo queda asegurada y bien atada —comentó María.

—También reconoceré como propia a mi hija Margarita, la que tuve con doña Juana van der Gheynst antes de casarme con doña Isabel.

—¿Y al hijo que tuviste con esa joven de Ratisbona? ¿Cómo se llamaba…?

—Bárbara. Bárbara Blomberg —precisó el emperador.

—¿También vas a reconocer a ese hijo? —le preguntó María.

—En mi testamento no, pero sí lo haré en una carta privada que enviaré a Felipe con instrucciones para que cuide de él. Mi hijo debe saber que tiene un hermano. Le informaré de que ahora está al cuidado de don Luis Quijada y de su esposa doña Magdalena de Ulloa, que este verano se instalarán en Villagarcía, y de que debe mantener el secreto de mi paternidad hasta después de mi muerte. Tú, hermana, serás la principal garante de mi última voluntad.

—En tu testamento has puesto el interés de nuestra dinastía por encima de los reinos que forman tu Corona.

—Sí. Por eso cedo los Países Bajos y Borgoña a Felipe; mi hijo debe ser la cabeza de la rama principal de la casa de Austria.

—Nuestro hermano Fernando no aceptará. Él considera que le corresponden esos dos territorios, además del Imperio.

—Fernando me ha decepcionado. Ha pactado con los príncipes protestantes a mis espaldas.

—Pero nunca te ha traicionado.

—Está decidido: los Países Bajos y el resto de la herencia de Habsburgo serán para mi hijo Felipe. Mi hermano Fernando deberá conformarse con el Imperio. Convocaré una Dieta imperial y expondré con toda claridad este asunto. Es la única manera de que Alemania se pacifique.

La firma solemne del testamento del emperador tuvo lugar en el palacio de Coudenberg, en Bruselas, el día 6 de junio del año del Señor de 1554, en presencia de los miembros del Consejo de Estado, que actuaron como testigos y firmaron los cuatro cuadernillos originales, dos en latín y dos en lengua castellana.

El propio Carlos signó los cuatro documentos con la fórmula «Yo el Rey» y luego mandó timbrarlos con los sellos pendientes de Castilla, de Aragón y de los Países Bajos.

En el texto se citaban todos los títulos que a lo largo de su vida había atesorado Carlos de Austria: emperador de los romanos y de Alemania; rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Mallorca, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, de la India, y de las islas y tierra firme del mar Océano; archiduque de Austria; duque de Borgoña, de Brabante, de Lotaringia, de Carintia, de Carniola, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, de Atenas y Neopatria; conde de Estiria, de Flandes, del Tirol, de Augsburgo, de Artois, de Borgoña, del Palatinado, de Hainaut, de Holanda, de Zelanda, de Ferruete, de Friburgo, de Namur, de Rosellón, de Aufania; landgrave de Alsacia; marqués de Borgoña, de Oristán y de Gociano;

príncipe de Cataluña y de Suabia; señor de Frisia, de la Marca, de Pordenone, de Vizcaya, de Molina, de Salinas, de Trípoli y de Malinas.

El dueño del mundo.

La Coruña, 12 de junio de 1554

Las órdenes e instrucciones de Carlos a su hijo Felipe eran claras. Debía poner rumbo a Inglaterra para casarse con la reina María Tudor y dejar a su hermana Juana, de tan solo diecinueve años, como gobernadora de los reinos de España.

Felipe, obediente, había salido de Valladolid a comienzos del mes de junio. Había visitado el monasterio de Yuste, donde se estaban comenzando a hacer las obras para convertirlo en la última residencia del emperador, tal cual le había ordenado que hiciera. Desde Yuste, y tras dar instrucciones para el gobierno a su hermana Juana, Felipe había viajado hasta el puerto gallego de La Coruña para embarcar en cuanto fuera posible. Allí lo esperaban el duque de Alba, el de Medinaceli y varios condes, secretarios y consejeros.

—Mi padre el emperador no confía en mi hermana doña Juana; siempre la ha considerado una joven caprichosa —comentó Felipe a la vista de la flota fondeada en el puerto de La Coruña, lista para zarpar en cuanto soplara el viento propicio para navegar hasta Inglaterra.

—Señor, vuestro padre es un extraordinario gobernante —dijo el duque de Alba.

—Lo es, lo es, pero mi hermana lo hará bien en mi ausencia.

—Es una armada formidable. Con ella podríamos conquistar cuanto resta del mundo —añadió el de Alba a la vista de la flota.

Ciento veinticinco navíos de diferentes portes formaban aquella magnífica armada.

El emperador había dispuesto que no se ahorraran gastos para el viaje de su hijo a Inglaterra. La llegada a su nuevo reino debía impresionar a los ingleses.

—De momento tomaremos posesión pacífica de Inglaterra, don Fernando.

—Lo haréis como su rey.

—Solo mientras permanezca casado con mi tía. He renunciado a demasiadas cosas para sentarme en el trono de Inglaterra; espero que haya merecido la pena.

Felipe se refería a que el Parlamento inglés había aprobado su matrimonio con María, pero con estrictas condiciones, entre ellas que Felipe solo pudiera ejercer como rey mientras permaneciera casado con María, que si nacía un hijo, ese niño heredaría Inglaterra y los Países Bajos, pero no los reinos de España, y que Felipe siempre defendería los intereses de Inglaterra.

—Inglaterra bien vale una boda —dijo el duque.

—Yo no voy a Inglaterra a una fiesta nupcial, sino a librar una cruzada. El destino nos trata a los reyes como el viento a las hojas secas. —Felipe ya lo era de Nápoles por designio de su padre y de Inglaterra por su boda con María Tudor—. Nacemos marcados por la gracia de Dios para sentarnos en el trono, pero luego el destino juega con nosotros y nos conduce por sendas inesperadas, convirtiéndonos en sus esclavos. Cuando yo ya había enviado un correo para casarme en segundas nupcias con la princesa de Portugal, llegó la orden de mi padre para que lo hiciera con mi tía, la reina de Inglaterra: una mujer once años mayor que yo.

—Majestad, sois un hombre afortunado, y ese destino al que aludís, que yo creo que es la voluntad de Dios, os ha de dar muchas más satisfacciones. Ya tenéis un hijo que asegura vuestra herencia…

—Mi hijo don Carlos es un joven veleidoso —se sinceró Felipe para asombro del duque de Alba.

—¡Eh!, pero, señor…

—Mi hijo es un niño caprichoso. Ha crecido mimado y demasiado consentido. Y yo soy el culpable, pues no he estado a su lado para corregirlo como debía. No, no pongáis esa cara de sorpresa, don Fernando. Conozco lo que se dice de él en la corte de Valladolid. Nació zurdo y bien sabéis que se consideran agentes del demonio a los que se manejan con la mano izquierda. Por eso he ordenado que le aten esa mano a la espalda, para que se acostumbre a usar la derecha, la mano de Dios. Pero se niega, se tira al suelo, patalea, muerde a sus criados… He autorizado a mi hermana a que lo castigue, con azotes si es preciso, si durante mi ausencia no se comporta como debe hacerlo un príncipe cristiano.

—Solo tiene ocho años, majestad —intentó justificarlo el duque de Alba.

—El mes que viene cumplirá nueve. Me han informado que le gusta asar liebres vivas y que incluso ha llegado a cegar a un caballo por mero capricho. Para evitar que siga por ese camino, he decidido que supervise su educación el maestro Honorato Juan, que tiene mi autorización para adquirir libros para la biblioteca de mi hijo, como mi padre hizo conmigo. Le he indicado que compre libros de historia de Castilla, de Aragón y de Portugal, de medicina, de astronomía y de cartografía.

—Buena decisión, señor.

—Mi padre el emperador, lo sabéis bien, no vivirá mucho tiempo, y yo mismo podría morir en la travesía que mañana iniciaremos hacia Inglaterra. Carlos es mi heredero, mi único heredero. No quiero imaginar qué sería de nuestros reinos con él al frente.

Felipe aspiró una profunda bocanada del aire húmedo que soplaba en el puerto de La Coruña y contempló las naves. Sabía bien que su único hijo era un cretino retrasado y que no sería, si así lo deparaba el futuro, un buen rey.

Winchester, 25 de julio de 1554

La travesía desde La Coruña al puerto inglés de Southampton duró siete días.

Felipe se mareó nada más zarpar y tuvo que permanecer en cama las primeras tres jornadas de navegación, pero pronto se recuperó y pudo disfrutar de los últimos cuatro días de viaje.

Seis navíos ingleses acudieron ante las costas de la isla de Wight para recibir a su futuro rey. Desde allí navegaron junto a la flota española hasta el puerto de Southampton, donde la arribada de los ciento veinticinco navíos españoles despertó una gran expectación. A la vista de aquella flota, los marinos ingleses se congratularon porque España fuera su aliada y no su enemiga.

Llovía como si se hubieran rasgado los cielos. El desembarco de los españoles tuvo lugar en medio de un aguacero que dejó empapados a todos los miembros del séquito de Felipe.

Allí lo esperaba el embajador del emperador en Londres, con una carta en la que Carlos le comunicaba a su hijo que iba a dirigir en persona la guerra contra Francia, que sería la última antes de retirarse al monasterio de Yuste, y le pedía que le enviara cuanto dinero pudiera para sufragar los gastos de la campaña militar, pero a la vez le prohibía que fuera a Flandes, le ordenaba que permaneciera en Inglaterra y que consumara el matrimonio con la reina María.

Era pleno verano, pero no dejó de llover durante todo el camino que la delegación española, compuesta por trescientos miembros, recorrió desde Southampton a Winchester, en cuya catedral se iba a celebrar la ceremonia nupcial.

Felipe, el duque de Alba y todos los señores del séquito tuvieron que secarse, cambiarse de ropa y arreglarse. Luego se dirigieron a la catedral, donde Felipe se arrodilló ante el altar y rezó

durante un rato.

—¿Estáis listo, señor? Vuestra esposa os aguarda en el palacio real —le dijo al oído el duque de Alba, que portaba una bolsa de cuero rojo con los documentos firmados por el emperador aprobando esa boda y nombrando a su hijo rey de Nápoles.

—Lo estoy. Vamos a ello.

María Tudor estaba nerviosa. Uno de sus consejeros, que había ido a recibir a Felipe a Southampton, se había adelantado a la comitiva camino de Winchester y le había descrito a la reina que el príncipe de España no era muy alto, pero tenía un rostro bien parecido: la frente ancha y lisa, los ojos azulados tirando a grises, la nariz recta y elegante, de aspecto muy varonil, la barbilla fina y estrecha, de aspecto delicado, y el pelo de la barba y de la cabeza amarillos de tan rubios. Describió sus andares como propios de la dignidad de un príncipe, sus pasos y porte rectos y firmes, proporcionado el tamaño del cuerpo con la longitud de los brazos y las piernas, como un modelo perfecto para los mejores artistas.

Cuando se encontraron en el palacio, los reales novios se saludaron con un beso y se sentaron en sendos escabeles para conversar. Se había convenido que María hablara en francés, lengua que conocía bien, y que Felipe lo hiciera en castellano; ambos no hablaban bien la lengua en la que se expresaba el otro, pero la entendían perfectamente. María Tudor había sido educada por su madre la reina Catalina, la hija menor de los Reyes Católicos, y todavía recordaba muchas palabras y frases en castellano.

—Mi señora y reina —dijo Felipe, que procuró comportarse con la máxima cortesía—, es un gran honor convertirme en vuestro esposo.

Felipe besó la mano derecha de María, que con la izquierda jugueteaba con el colgante del brillante y la perla.

—El honor es mío, señor. Quiero además agradeceros este espléndido regalo.

—Esa joya es fiel reflejo de la mujer que la lleva.

—Encargaré al pintor Hans Eworth que incluya este colgante con el diamante y la perla en el retrato que me está haciendo.

—Se llama La Peregrina y está considerada como la perla más hermosa del mundo. Sois digna de esa joya.

Felipe mintió. María Tudor era mucho más fea y estaba mucho más envejecida que el rostro del cuadro que le habían enviado a España.

Además, tenía algunos dientes mellados y ennegrecidos, y le apestaba el aliento. A la vista de su esposa, Felipe entendió el verdadero significado de las palabras que el embajador Ruy Gómez de Silva había escrito al secretario del emperador, Francisco de Eraso, cuando conoció a la reina María en persona para proponerle el matrimonio con Felipe: «Para hablar con vuesa merced, mucho Dios es menester para tragar este cáliz». Así de poco agraciada y ajada era la reina de Inglaterra.

Amaneció el 25 de julio, fiesta del apóstol Santiago; solo dos días después del primer encuentro de María y Felipe. Todo estaba preparado en la catedral de Winchester para la boda: el templo decorado con tapices y banderolas, el sitial de los reyes junto al altar mayor engalanado con paños de seda y brocados, el obispo vestido de pontifical, los prelados del reino de Inglaterra

con casullas y dalmáticas bordadas con hilo de oro y de plata, y los nobles y caballeros ingleses y españoles con sus trajes de gala.

En la primera fila ante el altar formaba Juan Rodríguez Figueroa, consejero de Estado, que portaba el documento escrito en latín con el sello imperial pendiente en el que Carlos renunciaba al Reino Nápoles y al ducado de Milán y se los entregaba a su hijo Felipe, que desde ese momento podría intitularse como *rey* y *majestad*.

María y Felipe entraron en la catedral vestidos con riquísimos ropajes. La reina lucía la corona de Inglaterra sobre su cabeza y en el pecho el impresionante colgante con el diamante y la perla que le había regalado su novio.

En el órgano sonaba un excelente *Magnificat*, compuesto e interpretado por Antonio de Cabezón, el músico ciego, maestro de capilla de Felipe, que se había llevado consigo a Inglaterra. Los músicos ingleses presentes en la catedral se asombraron ante el virtuosismo del maestro Cabezón.

Al llegar ante el altar, los novios ocuparon sus sitiales. El obispo, que esperaba en pie, los saludó y luego se dirigió a Figueroa, al que invitó a leer el documento del emperador.

Con voz firme y rotunda, el consejero tradujo la carta imperial a la lengua inglesa:

—«… y otorgo a mi hijo Felipe, príncipe heredero de todos los reinos de España, de las Indias, de Borgoña y de los Países Bajos, los títulos de rey de Nápoles y duque de Milán…».

El obispo cogió el documento de manos de Figueroa y lo entregó a un sacristán. De inmediato se dirigió a los reyes, volvió a saludarlos y les preguntó:

—Majestades, ¿habéis venido a este santo lugar libremente y sin coacción alguna?

—Sí —respondieron los dos al unísono.

—María, reina de Inglaterra, ¿aceptas a Felipe como esposo?

—Acepto.

—Felipe, rey de Nápoles y duque de Milán, ¿aceptas a María como esposa?

—Acepto.

—Os deseo que seáis muy felices —el obispo les tomó las manos y las entrelazó.

Acabada la misa nupcial, los reyes se pusieron en pie delante del altar, escoltados por cuatro hombres de armas vestidos con armaduras de alarde, que proclamaron a Felipe y a María, en latín, inglés y francés, con todos sus títulos y honores.

—«… por la gracia de Dios, rey y reina de Inglaterra, Francia, Nápoles, Jerusalén, Irlanda, defensores de la sacra y católica fe, príncipes de las Españas y de Sicilia, archiduques de Austria, duques de Milán, de Borgoña y Brabante, condes de Habsburgo, Flandes y el Tirol…».

Tras la misa, los reyes ofrecieron al pueblo de Winchester varios toneles de vino y unas artesas llenas de bizcochos, y se dirigieron de la mano al palacio real, donde se celebró el banquete de bodas.

Durante todo el día se festejó el real enlace en la ciudad de Winchester con bailes, justas y juegos, que se amenizaron con juglares, trompetas y tamborinos hasta bien entrada la madrugada.

Renty, 13 de agosto de 1554

La noticia de la boda de María y Felipe llegó al emperador en Bruselas mientras estaba preparando la guerra contra Francia.

Carlos envió un correo a su hijo prohibiéndole que fuera a combatir a su lado, como era su intención, y le conminaba a quedarse en Inglaterra y cumplir con su deber de marido.

A fines de julio el emperador salió de Bruselas y se dirigió a Namur, al encuentro con el ejército francés, que avanzaba en busca de asentar sus posiciones por la región de Cambresis, a muy pocas millas de la frontera sur de Flandes.

A principios de agosto el ejército imperial estaba listo para la batalla y comenzó a desplegarse hacia las posiciones francesas, que rodeaban la localidad de Renty.

El 13 de agosto los imperiales, dirigidos por el duque de Saboya, comenzaron el ataque por los flancos, en tanto el emperador avanzaba con el grueso del ejército por el centro. Carlos tenía la intención de derrotar por completo y someter de manera definitiva al rey Enrique de Francia, y le ofreció una batalla decisiva.

Enrique dudó y ordenó una retirada con orden, pero envió a algunos de sus regimientos a batirse con los tercios españoles para asegurar su repliegue. La batalla se libró al pie de un collado, a la vista de la ciudad de Renty, en cuya cima se habían asentado los franceses.

Cinco banderas de infantes alemanes y otras cinco de arcabuceros españoles con algunos hombres de armas de la caballería pesada y varias piezas de artillería iniciaron el ataque al montecillo. Un regimiento de trescientos jinetes imperiales, todos sobre caballos negros, cargaron contra los franceses con apoyo de la infantería.

Los franceses que defendían aquella posición elevada huyeron, pero la caballería francesa dio media vuelta y cargó contra los confiados españoles y alemanes que habían ocupado el montecillo, pero creyendo que la victoria ya estaba de su lado habían descuidado la defensa.

Las bajas por cada lado rondaban las tres mil. Enseguida los franceses proclamaron su victoria y alzaron sus banderas. Enrique no quiso seguir el combate y se retiró aquella misma noche, en medio de una densa niebla, hacia París, donde anunció que las armas de Francia habían derrotado a las del emperador.

La gota, el dolor y el padecimiento volvieron a atormentar a Carlos.

—Estoy cansado. No puedo seguir adelante. Si no me faltaran las fuerzas perseguiría a ese francés hasta el corazón de París —lamentó Carlos, que apenas podía dar un paso sin ayuda.

—Majestad, dadme la orden y yo mismo entraré en París en vuestro nombre —le pidió el duque de Saboya.

—Perseguid a don Enrique, yo vuelvo a Bruselas —se limitó a decir el emperador.

El duque de Saboya tomó la palabra y arrasó las comarcas francesas entre Calais y Cambresis, llegando hasta el Hainaut, quemando y destruyendo cuanto encontró a su paso.

Y así estuvo varias semanas, hasta que a mediados de diciembre el duque de Saboya ocupó la ciudad de Cambray, donde aseguró la frontera y licenció a parte de su ejército.

Londres, fines de noviembre de 1554

Mientras el duque de Saboya asolaba el norte de Francia, Carlos penaba su enfermedad y su dolor en la ciudad de Arrás, adonde a duras penas pudo llegar tras retirarse del campo de batalla aquejado una vez más por la gota.

A sus cincuenta y cuatro años parecía un viejo. Calvo, desdentado, doblado por la artrosis y atormentado por el constante sufrimiento, necesitaba ayuda para moverse. Pese a ello, mantenía una voluntad férrea y seguía dando instrucciones y órdenes para el gobierno de sus dominios, que seguían creciendo en las Indias y en Asia.

Pero ya no tenía ganas de participar en ninguna guerra. No podía.

Habían sido demasiados años de campañas militares, combates, batallas, muertes y sangre. A su edad, la energía y el vigor que lo habían acompañado en su juventud se habían esfumado

como la niebla bajo los rayos de un sol ardiente. No podía más. No podía.

Agotado, ordenó que le enviaran a su hijo Felipe un poema en latín en el que el cabeza de la casa de Austria se decantaba por la paz y el amor antes que por la guerra y la pelea:

Bella gerant alii;
tu, felix Austria, nube;
namque Mars aliis,
dat tibi regna Venus.
(Queden para otros las guerras;
tú, feliz Austria, cásate;
porque los reinos que Marte da a otros,
a ti te los da Venus.)

Tras la boda, Felipe había visitado la sala del castillo real de Winchester, en una de cuyas paredes colgaba la Tabla Redonda, la mesa alrededor de la cual se decía que el rey Arturo se reunía con sus caballeros.

Cuando el mayor del castillo le explicaba esta historia al nuevo rey de Inglaterra, Felipe recordó el *Amadís de Gaula* y las aventuras de este caballero, que con tanto interés había leído cuando era un joven adolescente en Valladolid.

Se mordió los labios, porque le hubiera gustado estar al lado de su padre en la batalla de Renty y dirigir una carga de caballería como las que se describían en las novelas del rey Arturo o en el *Amadís*.

Estaba preocupado por las noticias que llegaban de Flandes, con su padre el emperador impedido por la gota, caminando despacio hacia Bruselas, adonde le costó llegar casi dos meses desde Renty, un camino que en condiciones normales se hacía en cuatro o cinco días.

Tras más de dos meses de luna de miel por la campiña inglesa, llegado el otoño Felipe y María entraron en Londres el 9 de octubre.

El rey había cumplido con su principal tarea y había consumado el matrimonio. No le gustaba su esposa, era demasiado fea y estaba muy envejecida, pero Felipe había asumido su papel y debía cumplirlo. Era el rey. Ya habría tiempo para disfrutar del amor y del cuerpo de jóvenes y hermosas mujeres. ¿Quién se lo iba a impedir? Era el rey.

Por el contrario, María Tudor, que en los primeros días no estaba segura de su relación sexual con su esposo, e incluso sintió fuertes dolores al perder la virginidad a sus treinta y ocho años, cada día aparecía más feliz y ansiaba que llegara la noche para hacer el amor con Felipe, al que veía como el hombre más apuesto del mundo.

Lo que más deseaba María Tudor era darle un hijo a su esposo, un niño que uniera los linajes de Habsburgo y de Tudor, un nieto de Carlos de Austria y de Enrique de Inglaterra; ese sí que sería el verdadero dueño del mundo.

La obsesión de la reina de Inglaterra por quedarse embarazada era enfermiza. A mediados de septiembre, cuando le correspondía menstruar, dejó de hacerlo. Unos días más tarde sintió que se le hinchaba el vientre.

—Creo que estoy embarazada —anunció la reina a Felipe mientras cenaban en el palacio real de Londres.

—¿Estás segura?

—¿No te has fijado en mi vientre? Hace una semana que está crecido y además siento náuseas al levantarme por la mañana. Mis damas de compañía que han tenido hijos dicen que son

los síntomas de un embarazo.

—¿Has hablado con los médicos?

—Esta mañana les he contado cómo me siento y creen que sí, que estoy preñada. ¡Un hijo, Felipe, vamos a tener un hijo!

El rey y la reina de Inglaterra hablaban en una mezcla de latín, castellano y francés, una especie de lengua nueva con palabras de esas tres, que usaban para entenderse cuando estaban a solas.

—Anunciaremos tu embarazo. Inglaterra tendrá el esperado heredero —dijo Felipe.

—Tendré que hacer testamento. Es mi primer parto y a mi edad puede ser peligroso. Propondré al Parlamento que te designe como regente en caso de que yo muera al dar a luz.

El anuncio del embarazo de la reina corrió por toda Europa, para disgusto del rey de Francia, que veía en ese futuro niño una gran amenaza para sus dominios.

Pero todo se vino abajo a fines de noviembre, cuando la reina María comenzó a menstruar y los médicos de la corte certificaron que se había tratado de un falso embarazo.

Londres, 26 de diciembre de 1554

Las cartas que desde Bruselas Carlos envió a su hijo a Londres durante aquel otoño no anunciaron buenas noticias.

El emperador se mostraba abatido y sin otro deseo que retirarse cuanto antes a un lugar tranquilo y alejado de cualquier preocupación mundana.

Por el contrario, Felipe ardía en deseos de convertirse en rey de España y no renunciaba, a pesar de los pactos de familia acordados entre los miembros de la casa de Austria, a llegar a ser emperador antes de que lo hiciera su tío Fernando, que desde Viena vigilaba la amenaza de los turcos a la vez que pactaba con los príncipes alemanes su elección como emperador a la muerte, o abdicación en su caso, de su hermano Carlos.

Con Felipe a su lado, María Tudor se sintió más fuerte para devolver a Inglaterra a la senda del catolicismo, que se había abandonado cuando su padre el rey Enrique VIII decidió romper con Roma.

A comienzos de diciembre se ordenó recuperar las leyes contra la herejía promulgadas hacía más de ciento cincuenta años y que Enrique VIII había ordenado abolir, se persiguió a los más destacados anglicanos, que es como empezaban a ser conocidos los miembros de la Iglesia de Inglaterra; casi un millar de ellos se marcharon al exilio.

Pese a lo cual, el catolicismo se topaba con muchos problemas para volver a implantarse.

—Inglaterra volverá a ser católica —asentó la reina María.

—Para ello hará falta dinero, mucho dinero —replicó Felipe, que, a través de los cristales, miraba cómo caía la nieve sobre Londres aquella mañana del día siguiente al de Navidad.

—Reginald Pole se encargará de ello. Para eso lo hemos nombrado arzobispo de Canterbury, aunque el papa no está de acuerdo.

—Pero lo necesitaremos. Necesitaremos la ayuda de todos los católicos, pues el papa prefiere la alianza con Francia y con Escocia —comentó Felipe—. He convencido a los más influyentes miembros del Parlamento para que aprueben mi plan de culminar la conquista completa de Irlanda y de llevar a esa isla colonos ingleses, y que envíen tropas a los Países Bajos si allí fueran necesarias.

—El Consejo de la Corona tal vez no lo acepte.

—Deberás convencer a los consejeros para que lo aprueben —asentó Felipe.

—Lo haré. Haré lo que me digas.

María se acercó a su esposo y comenzó a acariciarle la entrepierna. Lo amaba y quería quedarse embarazada, un embarazo de verdad, y no aquella ridícula situación del pasado otoño. Quería demostrarle que podía ser madre, la madre de sus hijos.

—Tenemos que ir al Parlamento —le dijo Felipe, a la vez que se separaba con toda delicadeza de su esposa—. Hoy me juran como rey de Inglaterra.

Esa misma mañana se reunían los comunes en sesión solemne en el Parlamento de Westminster. Felipe sería jurado como rey de Inglaterra, pero había exigido que su nombre precediera al de la reina: *King's and Queen Excellent Majesties* (Sus excelentes majestades el rey y la reina) era la fórmula propuesta por los consejeros de Felipe para anunciar a los monarcas, encabezar los documentos o las fórmulas protocolarias.

A cambio, los parlamentarios demandaban a Felipe que respetara al autonomía de la reina, que residiera en Inglaterra y que no interviniera en los asuntos ingleses. Le recordaron al príncipe de España las cláusulas matrimoniales que había firmado, según las cuales debía respetar la independencia del reino de Inglaterra, defender todos los derechos y privilegios del pueblo inglés, no detraer dinero del tesoro para sufragar los gastos de las guerras de España o del Imperio y procurar mantener la paz con Francia.

Felipe aceptó. Pero ese mismo día presentó su escudo heráldico como soberano de Inglaterra, que incluía además las armas de los reinos de España, todo ello sostenido por las garras del águila de San Juan, la misma que habían utilizado los Reyes Católicos. Y además creó su propio Consejo de Indias en Hamptom Court.

Tras la sesión del Parlamento, Felipe regresó a palacio malhumorado. Le habían obligado a ratificar lo acordado antes de su boda: si nacía un hijo del vientre de María Tudor, ese niño heredaría el trono de Inglaterra, los Países Bajos y Borgoña; si María moría siendo el niño menor de edad, la educación de ese príncipe correría a cargo del Consejo de Estado y no de su padre el rey Felipe; si María fallecía antes que Felipe, el rey debería abandonar Inglaterra y renunciar a cualquier derecho sobre su trono; pero si era Felipe el que fallecía primero, María recibiría una dote de sesenta mil libras anuales.

No era un buen acuerdo, pero no había tenido otro remedio que aceptarlo. Ya habría tiempo y ocasión para arreglarlo.

Bruselas, febrero de 1555

Sentado en un cómodo sillón y tapado con una manta, el emperador se había limpiado los dientes con un fino estilete de oro que usaba para ese menester y dormitaba tras la comida.

María de Hungría leía a su lado un libro de horas. De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba a su hermano. El césar, otrora lleno de energía y de vitalidad, capaz de encabezar un ataque de los tercios españoles en Túnez, de atravesar media Europa a uña de caballo o de dirigir una carga de caballería en Mühlberg, era un hombre viejo y acabado. Sintió cierta lástima.

La gobernadora de los Países Bajos cerró el libro, se levantó y se acercó a Carlos. Cogió el borde de la manta y la estiró para taparle el pecho. El emperador abrió los ojos.

—Me he quedado dormido —musitó Carlos.

—Necesitas descansar. Sigue durmiendo. Yo velaré tu sueño.

—Es hora de que deje el trono. No tengo fuerzas para seguir al timón de esta nave. Hace falta un nuevo timonel, más joven, más fuerte.

—No te preocupes por eso, hermano. Tu sucesión está asegurada. Felipe lo hará bien, será tu digno sucesor.

—Ya le he cedido Nápoles y Milán, pronto le transmitiré las Coronas de Castilla y de Aragón, pero Felipe también quiere el Imperio y no puedo dárselo. Le prometí a nuestro hermano Fernando que sería para él y debo cumplir mi palabra.

—Tu hijo lo entenderá. Ya lo aceptó cuando llegamos al acuerdo de familia en Augsburgo. Además, será emperador cuando falte Fernando.

—Sí, eso fue lo acordado, pero temo que los alemanes no admitirán a un español como su emperador.

—Fernando nació en España, en Alcalá de Henares, ¿no lo recuerdas?

—Sí, pero ha vivido desde que tenía quince años en Alemania y todos lo consideran un alemán. ¡Qué ironías tiene el destino! Cuando llegué a España con diecisiete años, nadie me consideró español; los alemanes nunca me han tenido por uno de los suyos; y los flamencos se han llegado a rebelar contra mí, los de Gante nada menos, los vecinos de la ciudad donde nací. A veces pienso que no soy de ningún sitio.

—Eres el dueño de medio mundo, hermano. El mundo es tu ciudad —asentó María, que tapó a su hermano con la manta y lo besó en la frente.

Carlos cerró los ojos y volvió a dormirse.

Tordesillas, abril de 1555

El marqués de Denia, carcelero de doña Juana en Tordesillas, había ordenado que la asearan y le cambiaran la ropa a la fuerza si fuera preciso. Disponía de autorización expresa para ello del propio rey Felipe.

La reina de Castilla y León se había negado a que la lavaran y había dado grandes voces y alaridos. Tenía una pierna paralizada, el cuerpo lleno de llagas sangrantes y úlceras purulentas que le provocaban un intenso dolor al menor movimiento, el pelo tan ralo que se le veía la piel del cráneo entre los cabellos, sufría de fuerte calentura y vomitaba de inmediato cuanta bebida y comida ingería.

Aquel día la había visitado de nuevo Francisco de Borja, el único hombre que le transmitía cierta sensación de sosiego y confianza, y también el teólogo Domingo de Soto, el más notable profesor de la Universidad de Salamanca, que tras mantener una larga conversación con la reina resolvió que aquella mujer enferma y loca sí podía recibir la extremaunción, pero no la comunión, pues era capaz de escupir y profanar la sagrada forma.

Aquella madrugada del 22 de abril, día de Viernes Santo, un manto de oscuridad cubría la ciudad de Tordesillas. La reina agonizaba en su lecho. Junto a ella estaba Francisco de Borja, que rezaba el rosario al borde de la cama.

—¡Don Francisco!, ¿estáis ahí? —preguntó la reina entre delirios.

—Sí, majestad.

—Me siento morir.

—¿Queréis confesar?

—No. No tengo nada de lo que arrepentirme —asentó Juana.

—En ese caso, os daré la extremaunción.

Francisco de Borja preparó la bandejita de plata con los dos recipientes que contenían los santos óleos, bendecidos el día anterior en la misa de Jueves Santo. Se colocó la estola sobre los

hombros, se persignó y trazó la señal de la cruz en la frente y las manos de la reina, a la vez que pronunciaba la oración canónica:

—«Que por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, el Señor te ayude con la gracia del Espíritu Santo para que quedes libre de todos tus pecados, te conceda la salvación y te conforte de la enfermedad. Amén».

—Jesucristo crucificado sea conmigo, ¡ayúdame! —exclamó Juana un momento antes de cerrar los ojos.

Su respiración era lenta pero acompasada. Francisco de Borja la supuso dormida y salió de la alcoba.

El jesuita volvió dos horas más tarde. Por la ventana podía atisbarse una leve claridad. Comenzaba a despuntar el alba sobre los campos de Castilla.

Juana la Loca parecía dormida, pero no respiraba.

—¡Majestad, majestad! —Las palabras de Francisco de Borja resultaron inútiles.

La reina de Castilla y León había muerto sola, completamente sola. Tenía setenta y seis años.

—Proceded a redactar el inventario de cuantos bienes haya en esta casa —le ordenó el marqués de Denia a Luis Ferrer, tesorero real y mayordomo en Tordesillas.

—Señor marqués, ¿debo anotar todas las incidencias acontecidas en los bienes de doña Juana?

Los dos hombres se miraron dubitativos. Ambos sabían que el rey Fernando el Católico y el emperador Carlos se habían llevado en varias ocasiones la mayor parte del tesoro de su hija y madre.

—Limitaos a tomar nota de cuanto hay en este palacio, don Luis.

—Así lo haré, señor marqués. Pediré la ayuda de don Alonso de Ribera, camarero de la reina, él guarda el libro con la relación de todas las posesiones que fueron de doña Juana y que ahora le corresponden a su hijo el emperador don Carlos.

El inventario detallado se contenía en un grueso libro de seiscientos folios donde estaban anotados los vestidos, joyas, vajillas, sedas, alfombras, tapices, toallas y resto del ajuar de la reina.

De los numerosísimos objetos de oro y de plata y de las abundantes joyas que años atrás había depositados en la casona de Tordesillas, apenas quedaba un cáliz de plata sobredorada, que la reina había dispuesto que se donara al monasterio de Santa Clara de Tordesillas. Todo lo demás se lo habían llevado su padre y su hijo.

—Habrá que informar a su majestad don Carlos de todo cuanto falta con respecto al último inventario —le dijo don Luis Ferrer al marqués de Denia.

—¿Y qué le decimos, que su abuelo y él mismo han saqueado durante cuarenta y seis años el tesoro de la reina? No podemos hacer eso.

—Pero si don Carlos pide explicaciones…

—Descuidad. No lo hará. Mañana mismo escribiré al emperador una carta que le llevará en mano el contador real. Le diré que la reina ha muerto en la pobreza y que todos sus servidores estamos sumidos en una gran pena.

—Esta mujer no debió ser tratada de esta manera. Ha muerto en la más absoluta soledad. Ninguno de sus cinco hijos que le han sobrevivido y ninguno de sus nietos ha estado a su lado en

sus últimos momentos. Casi medio siglo encerrada, aislada del mundo, sin más contactos con el exterior que los que autorizaban primero su padre y luego su hijo…

—Cuidad vuestras palabras, don Luis. La reina doña Juana carecía de capacidad mental para actuar libremente, así lo dictaminaron las Cortes de Castilla y León —asentó el marqués de Denia.

—Pero nunca dejó de ser la soberana legítima de estos reinos. Nunca se atrevieron a despojarla de su título. Y si estaba loca, o la volvieron loca…, nunca lo sabremos.

El marqués envió una nota dando cuenta de la muerte de la reina a Juana de Austria, la regente de Castilla en ausencia de su hermano Felipe, al propio Felipe, que andaba con su nueva y vieja esposa en Inglaterra, y al arzobispo de Sevilla e inquisidor general.

Apenas se le rindieron honras fúnebres en Tordesillas. El cuerpo mortal de la reina se depositó en el cercano monasterio de Santa Clara, hasta que se quedaran los huesos y la piel en el pudridero y se llevaran a la Capilla Real de Granada, para volver al lado del de su esposo tantos años después.

El emperador organizó unas modestas exequias fúnebres en Bruselas alegando que no se haría un gran funeral de Estado hasta que no estuviera presente su hijo Felipe. El rey de romanos, Fernando, su segundo hijo, pagó varias misas de sus propios fondos en la catedral de Augsburgo. Su nieta Juana, gobernadora de los reinos de España, asistió en la iglesia de San Benito de Valladolid a unos funerales acompañada de su sobrino, el díscolo Carlos, ambos vestidos de negro, doña Juana en el coro alto para no ser vista, y el joven Carlos junto al túmulo funerario, al lado de los consejeros del reino.

A fines de abril, Carlos, vestido de luto por la muerte de su madre y con el único ornato del collar del Toisón de Oro, pronunció un largo discurso en el palacio real de Bruselas; apenas podía sostenerse en pie. Tuvo que hacerlo apoyado en el hombro de Guillermo de Orange, al que había nombrado miembro del Consejo de Estado. Todos los que lo escucharon percibieron que estaban presenciando el final de toda una época.

Valladolid, principios de mayo de 1555

Hacía ya dos años que Luis Losantos se había instalado en Valladolid.

Seguía ganándose el pan como auxiliar del médico que fuera amigo de su padre, al que acudió en busca de ayuda cuando dejó Salamanca.

Y también continuaba, pese a que era una práctica peligrosa y la Iglesia ya había prohibido la astrología judiciaria, ganando un dinero extra elaborando horóscopos a los nobles, aristócratas y comerciantes de Valladolid, que no dudaban en pagar una buena bolsa de maravedíes por disponer de su propia carta astral elaborada por Luis Losantos.

Su fama de astrólogo llegó hasta oídos de la infanta doña Juana, la regente de Castilla e hija del emperador, que lo llamó un día de mayo para conocer a quien muchos consideraban un verdadero augur capaz de predecir el porvenir.

—De modo que sois vos quien adivina el futuro: el hijo del que fuera médico de mi padre el emperador —comentó Juana de Austria al ver ante ella, en el palacio real de Valladolid, a Luis Losantos.

—No adivino el futuro, alteza, pues esa facultad solo pertenece a Dios. Pero procuro averiguar si el destino de cada uno de nosotros está escrito en las estrellas fijas y en los astros errantes, como hicieron numerosos sabios de la Antigüedad y como ya predijeron los santos profetas —alegó Losantos.

—Atinada respuesta. Sois astuto, don Luis. La Iglesia condena como hereje a todo aquel que se atreva a predecir el futuro, pues, como bien decís, solo Dios conoce lo que sucederá. No obstante, ¿seríais capaz de tratar de averiguar el mío? —le preguntó Juana—. Tengo curiosidad en ello.

—No puedo hacerlo, alteza, como ya os he dicho, carezco del don de la adivinación, pero sí podría elaborar vuestra carta astral, siempre que supiera vuestro lugar, día y hora de nacimiento.

—Madrid, en el alcázar real, el día 24 de junio del año del Señor de 1535, a las ocho de la mañana.

—Me pondré a ello, señora.

No se podía negar que Juana de Habsburgo y Portugal era una verdadera Austria. Bella, de rostro delicado y facciones elegantes, gestos serios y ademanes majestuosos, se había quedado viuda al poco de casarse con el príncipe Juan Manuel, heredero del reino de Portugal. Su esposo había muerto un par de semanas antes de que Juana diera a luz al príncipe Sebastián, al que había dejado en Lisboa con apenas unas semanas de vida para irse a Castilla y hacerse cargo de la regencia en ausencia de su hermano Felipe.

Dos semanas más tarde, Luis Losantos entregó su horóscopo a Juana de Austria.

Le explicó que había nacido bajo el signo de Cáncer y le vaticinó que su etapa de regente en el gobierno de Castilla sería fructífera y recordada como muy benéfica para ese reino. Además, le auguró que sería madre de reyes, como ya lo era nieta, hija, hermana y nuera.

Juana lo tomó en serio y le prometió que lo recomendaría a su hermano Felipe, que andaba muy interesado en la astrología y en la alquimia.

Londres, fines de mayo de 1555

—Quizá deberíamos aplicar en Inglaterra lo mismo que mi padre hizo en Alemania en la llamada Paz de Augsburgo: proclamar la libertad religiosa de los Estados, pero no de los individuos —le dijo Felipe a María Tudor.

—Inglaterra debe ser católica —asentó la reina.

—Los anglicanos están más firmes de lo que pudiera parecer y la Iglesia de Roma está débil. Tras la muerte del papa Julio, su sucesor el papa Marcelo solo duró veintidós días como sumo pontífice. Y el recién nombrado, Paulo, tiene ochenta años. No creo que dure demasiado en el Vaticano. Supongo que dentro de poco volverá a reunirse el cónclave para elegir a otro papa. Esta situación de interinidad no es buena para la Iglesia.

—Ordenamos ejecutar en la hoguera a varios de sus cabecillas, entre ellos a los obispos Ridley y Latimer, a los que vio arder el arzobispo de Canterbury, lo que provocó que renunciara a la herejía y aceptara la fe católica. Son los anglicanos los que han estado detrás del intento de asesinato que casi acaba con tu vida en Westminster hace unas semanas.

—No estoy seguro. Creo que ha sido ese grupo de parlamentarios que no admite que yo sea su rey —comentó Felipe, contra cuya vida habían atentado en el pasado mes de marzo—. Quizá aplicando medidas de gracia acaben aceptándome. Ya he liberado de su arresto domiciliario a tu hermana Isabel y ordenaré que se libere a varios nobles presos en la Torre de Londres. Diré que es una gracia de Dios y de su Iglesia católica; tal vez así dejen de rechazarla.

—Los ingleses somos muy celosos de nuestra independencia. Te admitirían de buen grado si aprendieras nuestra lengua —dijo María.

—Hago cuanto puedo. Incluso he participado esta semana en varios combates a espada en un torneo. ¡Y los he ganado todos! —dijo Felipe muy ufano.

—Debes cuidarte. Vas a ser padre —le anunció María—; y esta vez es cierto. Mira mi vientre abultado. Ahora sí siento palpitar dentro de mí la vida de tu hijo.

Tras el embarazo frustrado del otoño anterior, la reina había vuelto a tener síntomas de embarazo esa primavera. Felipe albergaba dudas sobre si su esposa estaba realmente encinta. El anterior anuncio había provocado un verdadero ridículo que había hecho correr chistes y burlas por las tabernas de Londres sobre el embarazo imaginario de la reina.

María Tudor estaba convencida de que en esta segunda ocasión era cierta su preñez; incluso ordenó que se celebrara en la catedral de Londres un oficio de acción de gracias por ello. Algunos rumores que corrieron por Europa llegaron a afirmar que María ya había dado a luz a un hijo de Felipe.

Apretó los dientes. Felipe de Austria tenía un plan para convertirse en rey efectivo de Inglaterra. Si aquel embarazo provocaba la muerte de su esposa en el parto, dejaría de ser rey de Inglaterra, pues solo lo era en tanto consorte de María. Pero, si la nueva reina era la princesa Isabel Tudor y se casaba con ella, en ese caso volvería a ser rey efectivo.

Londres, fines de julio de 1555

Pasaban las semanas y el anunciado parto de la reina de Inglaterra se demoraba. Demasiado.

Felipe llegó incluso a consultar a alquimistas y astrólogos sobre el futuro. Su futuro. Mostró especial interés y confianza en las opiniones de John Dee, nombrado astrólogo real de Inglaterra, al que encargó la realización de su horóscopo personal. Dee era un tipo curioso; seguidor del mallorquín Ramón Llull, decía ser además mago y alquimista, y aseguraba que era capaz de comunicarse con los ángeles mediante unas extrañas piedras.

A mediados de julio la reina tenía el vientre muy hinchado, pero no mostraba la menor señal de dar a luz. Sus damas de compañía trataban de consolarla y aconsejarla, aunque conforme pasaba el tiempo parecía que aquel embarazo tampoco era real. Entre los embajadores de las cortes europeas en Londres circulaba el rumor de que el vientre de la reina no albergaba ninguna criatura, pese a los signos externos que mostraba el cuerpo de María Tudor.

Mediado el mes de julio, la reina sintió unos dolores como de parto. Después de tantas dudas quizá fuera cierto en esta segunda ocasión y el hijo tan esperado sí estaba en camino.

Los médicos atendieron a María, que se acostó entre dolores creyendo que había llegado el momento de parir. Tras unos espasmos, su vientre se hundió de pronto. Del útero de la reina no salió ninguna criatura, sino una gran cantidad de un líquido viscoso.

Cuando se supo la noticia del nuevo parto frustrado, las chanzas y bromas volvieron a correr por los palacios y las tabernas de Londres.

«El embarazo de la reina no ha sido tan certero como pensábamos», ironizó el embajador de Francia.

«Los embarazos de María Tudor solo terminan en viento», comentó el de Venecia.

«La reina dice que va a parir, pero se tira un pedo», se bromeaba en las tabernas más populares como The Pope’s Head (La Cabeza del Papa), un *pub* propiedad de la Iglesia, The Potter (El Cacharrero) o The Jolly Farmer (El Granjero Feliz).

—¡Es un castigo de Dios por haber permitido y tolerado que los herejes florezcan en mi reino! —exclamó la reina María, que prometió aplicar mano dura contra los partidarios de la Iglesia anglicana—. Nunca debí transigir ante los protestantes y jamás debí mostrar comprensión hacia ellos. Jamás.

—Mi padre me necesita en Flandes —anunció Felipe a su esposa—. Está paralizado en Bruselas. Debo ir junto a él.

—¿Me vas a abandonar ahora precisamente cuando más necesito tu compañía?

—El emperador está enfermo; no puede hacerse cargo del gobierno. Tengo que acudir a cumplir con mis deberes como hijo y heredero.

—¡No te vayas! ¡No podré soportar tu ausencia! ¡No me dejes sola! ¡No me dejes! —le suplicó María.

—Debo ponerme al frente del ejército imperial. Los franceses están a punto de iniciar una nueva guerra y si la ganan se adueñarán de Flandes, y quién sabe si de todos los Países Bajos, que perderíamos para siempre.

—¡Quédate conmigo! Enviaremos tropas a Flandes en auxilio de tu padre…

—Debo ir personalmente. Soy el heredero de la casa de Austria. Es mi deber.

María se sintió desolada. Supuso que aquello era el fin. No había podido darle un hijo a Felipe, tal vez lo único que le hubiera atado a su lado. Y ahora se marchaba, quizá para siempre. No podría soportarlo. ¡Estaba tan enamorada de aquel hombre!

Bruselas, principios de septiembre de 1555

Aunque ya lo había decidido unos días antes, el 2 de agosto Felipe de Austria amenazó con abandonar Inglaterra si el Parlamento le seguía negando el ejercicio de los plenos poderes como rey. También había pedido que lo proclamaran rey de España y de Inglaterra, por ese orden, pero los parlamentarios alegaron que el título de *King of Spain* no existía, a pesar de que era así, rey de España, como se dirigían a Felipe, para no llamarlo rey de Inglaterra.

Sus propuestas no fueron aceptadas, de modo que Felipe recogió sus pertenencias y a comienzos de septiembre abandonó Londres rumbo a Flandes.

La situación en el Imperio era complicada. La Dieta imperial reunida en Augsburgo había acordado una resolución por la cual se aprobaría en breve el establecimiento de la paz religiosa en el Imperio mediante una fórmula por la que cada príncipe elegiría el credo religioso que estimara oportuno, que sería de obligado cumplimiento por todos los habitantes de su dominio.

—¡Hijo!, ¡hijo! —El emperador no pudo evitar emocionarse cuando vio entrar a Felipe en la sala del trono del palacio de Coudenberg.

—Aquí estoy, padre. Nada debéis temer, señor.

Ambos se abrazaron con efusión ante los consejeros de ambas cortes.

—Contigo aquí presente me siento confortado; aunque me temo que los Austrias hemos perdido Inglaterra.

—Todavía soy su rey —alegó Felipe.

—Te pedí que te quedaras allí. Debiste someter ese reino.

—Los ingleses no aceptan a reyes extranjeros, a menos que renuncien a sus raíces y se proclamen fieles solo a Inglaterra. Yo soy un Habsburgo y no puedo rechazar mi linaje. Por eso me he marchado de esa isla.

—Siéntate. Tenemos mucho de lo que hablar.

Durante un par de horas el emperador le contó a su hijo lo cansado que se encontraba y sus deseos de retirarse a España y descansar cuanto le quedara de vida en la tranquilidad del apartado monasterio de Yuste, que el propio Felipe había inspeccionado antes de partir para su boda en Inglaterra.

Le comentó que había decidido contratar como médico de la corte al prestigioso Andrés Vesalio, que hacía tiempo le recomendara Pablo Losantos.

Carlos le recordó uno a uno sus diez viajes a los Países Bajos, nueve a Alemania, siete a Italia, seis a España y cuatro a Francia; su campaña en Túnez, su victoria en los campos de Mühlberg e incluso su atribulada huida de Innsbruck entre la nieve y la tormenta.

Nada le dijo de América, de la que a Carlos solo le interesaban la plata y el oro que llegaban de sus minas; ni de las costas de África, donde los turcos habían reconquistado la plaza de Bujía, la que con tanto esfuerzo se tomara en tiempos de Fernando el Católico y defendiera el propio Carlos de Austria.

Bruselas, palacio de Coudenberg, 25 de octubre de 1555

Las deudas con los banqueros alemanes e italianos eran enormes. Los ingresos de aquel año apenas llegaban al millón y medio de ducados, pero se debían siete millones, lo correspondiente a cinco años, nada menos. El Imperio era un monstruo insaciable que devoraba cuantos recursos caían en sus fauces; nunca había suficiente dinero para pagar la legión de consejeros, secretarios y criados, a los miles de soldados de los tercios y los gastos suntuarios en los que se dilapidaban fortunas extraordinarias año a año.

El momento de la abdicación había llegado. Carlos no podía más y no se sentía con fuerzas para otra cosa que dejar el gobierno de todos sus dominios en manos de su hijo Felipe y de su hermano Fernando. Había llegado la hora de retirarse de la vida pública.

El día 22 de octubre renunció como gran maestre de la Orden del Toisón de Oro, honor que también concedió a Felipe, y tres días más tarde convocó con toda solemnidad su acto de abdicación como soberano.

La ceremonia se había preparado con todo el boato de la etiqueta de la corte de Borgoña, la más refinada de Europa. En el gran salón del palacio de Coudenberg se alineaban Felipe, sus tías la reina María de Hungría y Leonor de Portugal y de Francia, príncipes, nobles, secretarios y consejeros del reino de España y del Imperio.

Solo faltaban Fernando de Austria, su hermano menor, el heredero del Imperio, con quien mantenía una notable frialdad desde que sospechara que no era todo lo fiel que le había prometido en otros tiempos, y Maximiliano.

Carlos apenas podía caminar. Entró en el gran salón apoyado en el hombro de su fiel Guillermo de Orange. Vestía un traje de terciopelo negro, como de luto, y el único ornato que portaba era el gran collar del Toisón de Oro.

Se acercó despacio hasta la cabecera del salón, entre las inclinaciones de cabeza de sus súbditos, y se sentó en el trono. Al lado habían dejado un bastón.

El consejero Luis de Ávila y Zúñiga le entregó las gafas, que Carlos se colocó con cuidado, pues ya no podía leer sin ellas, se levantó del trono apoyado en el bastón con la mano derecha y en el hombro del príncipe de Orange con la izquierda, y se dispuso a leer el que iba a ser el discurso más importante de su vida.

Delante de toda la corte, el emperador comenzó a hablar en francés:

—A la muerte de mi abuelo el emperador Maximiliano, recibí la dignidad imperial. No era mi pretensión mandar sobre tantos reinos, ni ambicionar tantos dominios, sino regirme por la defensa del bien común de mi patria alemana, de mis señoríos de Flandes, de la concordia de toda la cristiandad y de la defensa contra el turco.

»No he podido hacer todo cuanto pretendía. La herejía de Lutero y de otros, la envidia de algunos príncipes y la traición de otros me llevaron a meterme en guerras y conflictos que nunca quise. Me esforcé por pacificar mis dominios y por ello viajé en varias ocasiones a Alemania, Italia, España, Inglaterra, Francia y África, y he trazado tantos caminos que ya ni siquiera recuerdo cuántas millas he recorrido.

»En mis actos de gobierno me he equivocado en algunas ocasiones por el ímpetu de la juventud, la poca experiencia y la flaqueza como humano que soy. Ahora certifico que nunca pretendí agravar a nadie y pido perdón por si alguien se ha sentido ofendido por cuanto he hecho o he dicho.

»Es tiempo de dejar el gobierno en manos más fuertes y cuerpos más jóvenes. De nuestra libre voluntad, cedemos y traspasamos a nuestro hijo Felipe el señorío de los Estados de los Países Bajos. —Entonces se giró hacia Felipe, que lo escuchaba con atención y ojos vidriosos. Carlos lloraba.

»Hijo —continuó—, nunca olvides que lo más importante ha de ser el amor hacia tus súbditos, el cuidado del gobierno y la defensa de la fe católica.

En ese momento, emocionado y debilitado a la vez, las piernas le flaquearon.

—¡Padre! —Felipe se asustó al ver el rostro del emperador, ajado, amarillento y como mortecino.

—Quedad con Dios, hijos míos, quedad con él, que en el alma os llevo atravesados —musitó el césar con un hilillo de voz.

—Sentaos, majestad, sentaos —le dijo el príncipe de Orange, que lo ayudó a volver al trono.

Con la ayuda del de Orange y de Felipe, el emperador tomó asiento y suspiró profundamente. Sus ojos seguían empapados en lágrimas.

Jadeaba de cansancio; apenas podía respirar y su mirada lacónica reflejaba una tristeza infinita.

—A ti, Felipe, otorgo la soberanía sobre los Países Bajos, y a mi amado hermano Fernando, rey de romanos, le concedo mis derechos al Imperio.

El discurso de aceptación de Felipe, que no dominaba ni la lengua francesa ni la flamenca, tuvo que ser pronunciado por Antonio Perrenot de Granvela.

—Señor y padre —habló Granvela en nombre de Felipe—, admito y acepto con todo honor el gobierno y señorío de esos Estados y prometo que dedicaré todas mis fuerzas y pondré todo mi empeño para la justa administración y defensa de ellos, incluso con mi propia vida si fuera necesario.

»Juro que velaré por la fe católica y que gobernaré con equidad y justicia, y que guardaré y haré guardar los privilegios, leyes y costumbres antiguos de cada provincia.

Acabado su discurso de aceptación, Felipe se acercó a su padre y lo abrazó.

Entonces María de Hungría se adelantó unos pasos y habló:

—Mi hermano y señor, durante muchos años he dedicado grandes trabajos al gobierno y administración de los Países Bajos, tanto en la paz como en la guerra. Ahora, viéndome ya en esta edad, os pido que me permitáis acompañaros a España. He hecho cuanto he podido y espero que mi sobrino ejercerá bien su gobierno.

Felipe ya era señor de los Países Bajos y, como tal, cabeza principal de la casa de Austria; pronto sería rey de Castilla, León, Aragón, Valencia, las Indias, duque de Borgoña…, y ya lo era de Inglaterra e Irlanda: el hombre más poderoso del mundo; pero no era emperador. No había

logrado convencer a su padre para que revocara los acuerdos de familia pactados en Augsburgo y retirara la herencia imperial a Fernando, como reclamaba.

Tres días más tarde Felipe fue jurado como señor de los Países Bajos por los representantes de todas sus provincias, quienes le besaron la mano y le ofrecieron su lealtad.

Bruselas, casita del parque del palacio de Coudenberg, 16 de enero de 1556

No fue un otoño placentero, pero al menos se había impuesto cierta calma tras unos años tumultuosos.

Inglaterra había vuelto a la obediencia de la Iglesia romana, Felipe renunció al Imperio y aceptó que fuera su tío Fernando el nuevo emperador, Francia parecía resignada, los turcos habían sido detenidos en Hungría y los príncipes protestantes alemanes estaban tranquilos con el acuerdo cerrado en Augsburgo.

Ahora el enemigo estaba en Roma. Tras apenas tres semanas de pontificado, había muerto el papa Marcelo II y su sucesor Paulo IV había sido designado como cabeza de la Iglesia católica en el cónclave celebrado a fines de mayo de 1555, en el cual habían participado cincuenta y seis cardenales; solo tres de ellos eran españoles y ninguno alemán. La mayoría de los electores eran italianos y franceses, enemigos de España y del Imperio.

Paulo era el principal detractor de Carlos de Austria dentro de la Iglesia. Se había declarado enemigo acérrimo y se alió con el rey de Francia, al que animó a reiniciar la guerra. Durante ese otoño procuró enemistar a todos los soberanos de la cristiandad contra el emperador y para ello no dudó en usar todo tipo de argucias; entre otras, denunció en un consistorio celebrado en el Vaticano que Carlos de Austria tenía ascendientes musulmanes y judíos y que, por tanto, su sangre era impura y no debía seguir al frente de ningún reino cristiano.

Aquella mañana de mediados de enero hacía mucho frío. El emperador había dormido en una casita en el parque de Coudenberg, que era más cálida y confortable que las amplias y solemnes estancias del palacio.

Estaban citados al acto de renuncia de Carlos a los reinos de España, por carta sellada y firmada por el propio emperador, Felipe, el duque Filiberto de Saboya, María de Hungría, Leonor de Austria y varios consejeros de la corte.

—Señores, damas, caballeros, su majestad imperial os ha citado esta mañana para dar cuenta pública de su renuncia a Castilla, León, Aragón y demás dominios de España, y traspasar sus derechos sobre estos reinos y Estados a su hijo don Felipe, rey de Nápoles, de Sicilia y de Inglaterra. Es deseo de su majestad don Carlos retirarse al monasterio de Yuste y buscar allí la paz de Dios —habló Francisco de Eraso, secretario del emperador.

Eraso se volvió hacia Carlos, agachó la cabeza en señal de respeto y se retiró a un lado.

El emperador se levantó con gran esfuerzo del sillón, se puso las gafas y leyó su renuncia:

—Me hallo impedido y enfermo debido a tantos años de esforzados trabajos y continuas guerras… Por ello, renuncio a todos mis poderes sobre los reinos de España, de las Indias y de los Países Bajos, y transmito todos mis poderes sobre ellos a mi hijo don Felipe.

Felipe se acercó a su padre, se hincó de rodillas y le besó la mano, a la vez que aceptaba la donación. El emperador, tembloroso, firmó su renuncia, que confirmó en testimonio de verdad Francisco de Eraso.

—Dad cuenta —ordenó Carlos— de mi renuncia a todas las ciudades y reinos. En cuanto sea posible, partiré para España. Me acompañarán mis hermanas doña Leonor y doña María.

Unos días después llegó una copia del documento de renuncia a Valladolid, donde estaban la princesa Juana y Carlos, el hijo de Felipe. El concejo de Valladolid ordenó levantar pendones en una solemne ceremonia en la plaza Mayor, ante un estrado en el que estaba sentado el infante Carlos, ya príncipe de España, al que le entregaron un pendón que movió con ayuda de su ayo, pues todavía era muy joven, al grito de «¡Castilla, Castilla por el rey don Felipe nuestro señor!».

Castillo de Windsor, abril de 1556

Echaba de menos a Felipe. María Tudor miraba a través de los cristales emplomados de una ventana del castillo de Windsor, donde solía acudir en algunas ocasiones para huir de los humos y los malos olores de la ciudad de Londres.

Recordaba a su joven esposo y las noches de amor que había vivido a su lado. Y añoraba tenerlo junto a ella, que le hiciera el amor y la dejara preñada, porque necesitaba un hijo de Felipe, un heredero que continuara la dinastía de los Tudor, ahora unida a la de Austria, y evitara que la Corona de Inglaterra cayera en poder de su media hermana Isabel, la hija de Ana Bolena, o, lo que era peor, en el de María Estuardo, la joven reina de Escocia, cuyos partidarios reclamaban para ella la Corona de Inglaterra y planeaban casarla a sus catorce años con el delfín de Francia, uniendo así esas tres Coronas.

Felipe, preocupado por cuanto ocurría en Inglaterra en su ausencia y con pocas ganas de regresar a ese país húmedo y lluvioso, escribió a su esposa aconsejándole que comprometiera a su media hermana Isabel con el duque Filiberto de Saboya.

María olió la carta de Felipe y luego la apretó contra su pecho. Allí estaba estampada su firma, la había tocado con su mano, la había rozado con su piel…

—Lo que propone mi esposo no es posible —le dijo la reina de Inglaterra a su consejero Simon Renard, que la acompañaba en esos momentos—. Mi hermana Isabel no admitirá casarse con el duque de Saboya y, aunque lo hiciera, el Parlamento no ratificaría esa boda jamás.

—Majestad, nuestros parlamentarios son fáciles de convencer, pero su convencimiento resulta caro —dijo Renard.

—¿Qué más quiere esa pandilla de egoístas? Si incluso he consentido que se queden con las propiedades que requisaron a la Iglesia católica y a sus monasterios. A saber cuántos de ellos están implicados en la traición que se ha perpetrado contra mí.

María Tudor se refería al complot que varios parlamentarios y nobles ingleses habían tramado para deponerla del trono aprovechando la ausencia de Felipe. La reina había sido avisada a tiempo de la conspiración y había ordenado apresar a los cabecillas de la conjura. El arzobispo Tomás Cranmer, principal impulsor de la reforma protestante con el rey Enrique VIII, y otros implicados habían sido ejecutados, pero un puñado de ellos había logrado huir y se había refugiado en Francia, desde donde estaban planeando una invasión de Inglaterra con tropas francesas.

—Estos son los nombres de los condenados y ejecutados, majestad —el secretario le entregó un listado de casi trescientas personas, la mayoría quemadas en la hoguera en las últimas semanas.

—¿Todos han sido ejecutados?

—Todos, señora, pero, si me permitís que os dé mi opinión…

—Hablad.

—Considero que ya son demasiados los ejecutados. Si se sigue quemando a ingleses, puede estallar una revuelta contra vuestra majestad. —Simon Renard calló que a la reina algunos ya la

llamaban con el apodo de María la Sangrienta (*Bloody Mary* en inglés) por tanta sangre derramada.

—El nuevo arzobispo de Canterbury rezará por ello —dijo la reina, que había nombrado como prelado más importante de Inglaterra a Reginald Pole en sustitución del ejecutado Cranmer.

—Quizá no sean suficientes la oraciones de un arzobispo para apaciguar a los insatisfechos.

—Se calmarán si engendro un heredero; lo necesito, o el trono de Inglaterra caerá de nuevo en manos de los anglicanos.

—Está vuestra hermana Isabel…

—Isabel… Isabel solo va a misa porque la obligo a ello. Creo que, cuando yo falte, si ella se convierte en reina de Inglaterra no dudará en perseguir a los católicos. Incluso he pensado en nombrar como mi heredera a mi prima Margarita Douglas; ella sí que es una católica convencida.

Bruselas, fines de primavera de 1556

En la guerra contra Francia se alcanzó una tregua y se dispuso la firma de un tratado de paz por cinco años. Carlos aprovechó aquellos días de calma de finales de enero para abdicar también como emperador y ceder a su hermano Fernando el dominio de los territorios austríacos de los Habsburgo y el derecho al título imperial.

Fernando fue elegido emperador de inmediato. Se cumplía así el pacto de familia sellado en la ciudad de Augsburgo con la mediación de María de Hungría, la mujer de más preclara inteligencia de todo su linaje. De lo que no había duda era de la garantía de sucesión del hermano desterrado de España, pues Fernando tenía quince hijos de su matrimonio con Ana de Hungría. Felipe acató el pacto firmado cinco años atrás y aceptó que su tío fuera el emperador; pero le recordó que él era el siguiente en la lista para sentarse en el trono de Carlomagno y logró que su padre lo nombrara vicario del Imperio en Italia, lo que suponía colocarlo el primero en el orden de sucesión, por delante de Maximiliano, el hijo mayor de Fernando.

—Quiero viajar a España cuanto antes, aunque deseo despedirme de mi hijo; quizá, solo lo sabe Dios, nunca vuelva a verlo —comentó Carlos al canciller Antonio Granvela—. Deseo encontrarme cuanto antes en la paz del monasterio de Yuste, que he elegido para mi retiro, y descansar para siempre, cuando llegue el momento de mi muerte, en Granada, al lado de mi esposa doña Isabel.

—¿Añoráis Granada, majestad?

—Sí. Añoro esa ciudad que en otro tiempo quise convertir en cabeza de mis dominios y a la que nunca regresé, quizá porque tuve miedo de no volver a ser tan feliz como fui aquellos meses de hace ya tanto tiempo.

—Debe ser una ciudad muy hermosa.

—No hay otra igual. Ahora hay allí, en medio de los palacios de los reyes moros, un palacio erigido en mi honor y para mi mayor gloria. Alguna vez he tenido la tentación de acudir a verlo, pero enseguida me he quitado esa idea de mi cabeza. Ese palacio quedará vacío para siempre, pues nunca podrá ocuparlo la única mujer que debió hacerlo.

Acababa la primavera, Carlos de Austria renunció al dominio de Borgoña y del Franco Condado, pero no lo hizo al condado de Charolais, pues en ese caso hubiera revertido al rey de Francia, tal cual se había acordado en la paz de Cambrai.

Felipe, tal cual le recomendó su padre, nombró a su media hermana, Margarita de Parma, la hija que Carlos tuvo con Juana van der Gheynst, regente y gobernadora de los Países Bajos.

Resultó una acertada elección.

5

EL OCASO

Flesinga, 15 de septiembre de 1556

El 8 de agosto Carlos de Austria salió de su palacio en Bruselas; nunca volvería a Coudenberg.

Como si se resistiera a abandonar su tierra natal, pasó el resto del mes en Gante, despidiéndose de cuantos quisieron dar su adiós al que había sido el dueño de medio mundo.

—¿No te importa que el papa te haya excomulgado? —le preguntó Leonor, su hermana mayor, la que tantas cosas le había enseñado cuando eran unos niños en Bruselas bajo el atento cuidado de su tía Margarita.

—No. Este papa es nuestro enemigo, pero pasará y vendrá otro con el que nos llevaremos mejor —dijo Carlos, al que Paulo IV había excomulgado un mes antes.

—Un rey cristiano excomulgado no tiene derecho a gobernar sus reinos. Sus tierras se ponen en interdicto y cualquiera puede reclamarlas; el rey de Francia, por ejemplo

—¿Crees que a alguien le importa lo que diga el papa sobre este asunto?

—Tienes razón. No importa.

—Nos haremos a la mar en cuanto sople el viento favorable del norte.

—Los tres juntos de nuevo —se alegró Leonor—, como aquellos felices años cuando de niños jugábamos en la nieve. ¿Recuerdas aquel trineo que nos regalaron aquellas navidades? —preguntó Leonor.

—Sí, parece que lo estoy viendo. Contigo y con María sobre aquel trineo me creía el capitán del más prodigioso de los navíos surcando el más lejano de los mares.

El camino por tierras de Flandes hasta el puerto fue lento, muy lento. La comitiva de Carlos y sus dos hermanas tardó quince días en embarcar en el puerto de Flesinga, donde esperaban perfectamente armadas y pertrechadas varias decenas de naves.

—Todo listo; en cuanto sople el viento del norte, zarparemos —anunció Carlos a sus hermanas, con las que contemplaba el trajín que había en el muelle, donde los marineros estaban ultimando los trabajos para el embarque.

Un correo llegó en ese momento con una carta.

—Majestad, una misiva urgente de vuestro hijo don Felipe.

Carlos abrió la carta y se le alegró el rostro.

—Buenas noticias, supongo, por cómo se ha iluminado tu semblante —comentó Leonor.

—Muy buenas; dentro de dos días vendrá Felipe a despedirse.

Felipe llegó a tiempo, justo cuando el viento cambió y empezó a rolar favorable a la navegación hacia el sur.

—¡Felipe, hijo! —Carlos y su heredero se abrazaron—. Temí no poder despedirme de ti y que nunca jamás volviera a verte.

—Aquí estoy, padre.

—Dejo mis dominios en buenas manos. Confío en que sabrás conservarlos y administrarlos bien.

—Los defenderé de cualquier enemigo, como siempre hizo vuestra majestad, incluso de ese petulante papa, al que el duque de Alba va a poner en su sitio. He enviado al ejército a su mando a que ocupe sus posesiones. Contamos con la neutralidad de la Serenísima República de Venecia y la ayuda de la de Génova.

—En ese caso, tú también serás excomulgado.

—Ya lo estoy, ya lo estoy.

Ese mismo día llegaron su sobrino Maximiliano y su esposa doña María desde Austria para despedirse de Carlos, cuyos ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

Sesenta embarcaciones de Vizcaya, Guipúzcoa, Asturias y Flandes fondeaban en el puerto, listas para la travesía a España. Se iba el emperador. No volvería.

Laredo, 28 de septiembre de 1556

La agreste costa de los cántabros apareció en el horizonte meridional como una orla azul oscuro recortada bajo el cielo celeste, completamente despejado, sobre el mar turquesa, sumido en una calma poco habitual en esas aguas.

—España… —musitó Carlos recostado en una litera en el castillo de popa, donde tomaba el sol acompañado por sus hermanas Leonor y María.

—¿Has echado de menos esta tierra? —preguntó Leonor.

—Su calor y su sol —bisbisó el emperador—. Un viejo como yo agradece los cálidos rayos de este sol de España.

—Te irá bien este clima —añadió María.

Carlos estaba flaco y cansado. Los huesos del rostro se marcaban rotundos y afilados bajo una barba rala y canosa que apenas disimulaba su acentuada desproporción mandibular.

La nave se acercó al puerto de Laredo. Carlos fue alzado en una litera, pues ni siquiera podía caminar, por seis fornidos soldados de su guardia que lo bajaron a tierra. Allí aguardaba Luis Méndez de Quijada, su mayordomo, convertido en ayo y tutor de Jeromín, el hijo que Carlos tuvo en Ratisbona con la bella Bárbara Blomberg.

La travesía había transcurrido con un tiempo sereno y un cielo despejado, pero nada más desembarcar se levantó un viento frío y húmedo del oeste que barrió el puerto y obligó a acelerar las faenas.

—¡Majestad, bienvenido a España! —lo saludó Quijada.

—¿Dónde está el comité de recepción? —preguntó extrañado el emperador, que desde lo alto de su litera contempló el entorno del puerto de Laredo, donde no había nadie esperándolo. A un lado formaba una escueta guardia de alabarderos, apenas un puñado de soldados que custodiaban la seguridad del que había sido dueño del mundo, y unos pasos atrás se alineaba el séquito de unas ciento cincuenta personas que lo habían acompañado, a él y a sus hermanas, desde Flandes.

—Aquí no ha venido nadie más, señor.

—¡Bajadme al suelo! —ordenó Carlos a sus porteadores.

—Hermano, no debes caminar, todavía estás débil —se adelantó Leonor.

—¡Nadie! ¡No hay nadie esperándome! ¡Nadie! —Carlos se incorporó apoyándose en el brazo de su mayordomo.

—Traed la silla de manos de su majestad —ordenó Leonor.

Cuatro hombres acudieron presurosos con la silla.

—Nadie, nadie… —balbució Carlos.

—No habrán podido llegar a tiempo —intentó justificar las ausencias María de Hungría.

—Nadie. No hay nadie esperando al hombre que ha regalado a esta tierra un imperio y un mundo nuevo. Nadie. No hay nadie para recibir al hombre que ha detenido la amenaza de los turcos. Nadie. No hay nadie para acoger al hombre que ha salvado la cristiandad de los que pretendían liquidarla. Nadie. No hay nadie.

Carlos estaba malhumorado, pero apenas tenía fuerza para manifestar su enojo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de la soledad en la que suelen sumirse los que lo han tenido todo y han perdido el poder.

—Vamos, hermano, parece que va a llover —le dijo Leonor.

Sobre el horizonte las nubes se desarrollaron deprisa y alcanzaron pronto la costa, empujadas por un fuerte viento del noroeste. Lo que hacía unos momentos era un mar en calma y un cielo despejado se tornó en una tormenta. El cielo se oscureció y comenzó a llover sobre Laredo.

Al atardecer la tormenta arreció. Olas de la altura de seis hombres golpearon las naves fondeadas en el puerto. La que había llevado a Carlos y a sus hermanas desde Flesinga a Laredo fue sacudida por una ola gigante que la zarandeó, arrancó las amarras y la arrastró mar adentro hasta hundirla a media milla de la costa.

—El cielo está de parte de su majestad. Ha esperado a que don Carlos desembarcara para llevarse a las profundidades del mar esa nave —comentó Luis Méndez.

Tres días permanecieron en Laredo mientras se organizaba la comitiva para partir hacia Burgos, donde sí se había previsto recibir a su majestad y a sus reales hermanas como correspondía.

Camino de Laredo a Valladolid, octubre de 1556

Dos semanas tardó la comitiva imperial en recorrer el camino de Laredo a Burgos.

En Medina de Pomar Carlos recibió una cesta con los manjares más exquisitos de Castilla. La enviaba Juana desde Valladolid, como presente a su padre.

—Mi hija tiene buen gusto: truchas en escabeche, queso, jamón, morcilla, chorizo, torta de nueces, vino… —comentó Carlos a la vista de los alimentos que contenía la cesta—. Tengo hambre. El aire de España me ha despertado el apetito. Servidme todas esas viandas. ¡Deprisa! —ordenó Carlos a su cocinero.

—¿Todas, majestad? —preguntó el cocinero sorprendido.

—Todas.

—¿No vas a compartirlas con tus hermanas? —le preguntó Leonor.

—No. Son un regalo de mi hija para mí; solo para mí.

—¿Ni siquiera con don Luis? —inquirió María.

—No. Y retiraos todos. Deseo comer a solas. —Carlos parecía un niño pequeño, egoísta y caprichoso a quien le hubieran regalado un juguete.

Carlos se zampó todo el contenido de la cesta, a pesar de su prognatismo, de la falta de algunos dientes y del dolor de la gota.

Acabado el banquete en solitario, apenas podía moverse. Tenía el estómago tan lleno que tuvo que aflojarse las calzas. Sintió cómo lo invadía un sopor irresistible; se apoyó en la mesa,

puso la cabeza entre los brazos y se quedó dormido.

Cuando despertó sintió una arcada y enseguida le vino a la boca una sensación de vómito. No pudo evitarlo y devolvió todo cuanto había comido.

Sus criados tuvieron que esmerarse en limpiar los vómitos del emperador, esparcidos por toda la sala. El olor a vino fermentado, escabeche y queso era nauseabundo. Alguno de los criados también vomitó.

Tres días tuvieron que permanecer en Medina de Pomar hasta que se recuperó del empacho. En cuanto el estómago del emperador se asentó y cesaron las diarreas, se restableció el camino hacia Burgos.

El cortejo atravesó las tierras de Palencia. El emperador alternó unos tramos sobre la silla de manos y otros sobre la litera. Llegó a Burgos bien avanzada la noche del día 13 de octubre, de modo que hubo que esperar al día siguiente para proceder a la recepción por parte de las autoridades municipales.

El oficial de mayor rango que encabezaba el comité burgalés de bienvenida era Pedro Fernández de Velasco, condestable de Castilla y León, que ofreció una comida en la que se sirvieron excelentes truchas, huevos escalfados, asado de carne de venado y embutidos. Carlos, ya restablecido de sus problemas estomacales causados por el escabeche, devoró una docena de truchas, una vuelta de chorizo y dos melones medianos en sazón.

En el camino de Burgos a Valladolid se hospedó en las casas y palacios más notables, y por fin se acercaron a cumplimentar a Carlos varios nobles y altos prelados, que le besaron las manos y le juraron lealtad, a pesar de que ya no era ni el dueño del mundo ni el emperador de Alemania, ni siquiera el rey de Castilla y de Aragón.

Antes de llegar a Valladolid, Carlos se dirigió a Villagarcía de Campos, donde Luis de Quijada y Ana de Mendoza criaban a Jeromín, el hijo que había tenido con Bárbara Blomberg.

Contempló cómo jugaba su hijo en el patio del castillo, pero no habló con el muchachito, de once años ya, ni dejó que lo viera. Se alegró al comprobar que estaba sano, fuerte y vital.

En la villa de Cabezón, junto al río Pisuerga, a poco más de dos horas de distancia de Valladolid, fue recibido por su nieto Carlos, el hijo de Felipe y de María Manuela de Portugal, heredero del trono de los reinos de España.

El emperador tuvo una penosa impresión de su nieto, de la misma edad que Jeromín, pero de aspecto débil y enfermizo. El pasado verano había enfermado de malaria y, aunque se había curado, le volvían de vez en cuando las fiebres y calenturas, lo que provocaba unos cambios muy bruscos en su estado de ánimo.

A la entrada de la villa de Cabezón aguardaba el joven Carlos, con cara de bobo pero de mirada maliciosa.

—Bienvenido a Castilla, abuelo —le dijo su nieto, cuyos ojos desvelaban un carácter colérico e inestable.

—Mi querido nieto, dame un abrazo.

Al conocerlo, el emperador se sintió embargado por una gran decepción; y más aún al recordar a Jeromín, que había visto jugar el día anterior. Sus dos hermanas se dieron cuenta enseguida de la triste y penosa primera impresión que le había causado Carlos a su abuelo, y ambas se cruzaron miradas entre compungidas y pesarosas.

—¿Cómo está mi señor padre, el rey? —preguntó el muchacho.

—Don Felipe se encuentra bien y te envía sus saludos y un gran abrazo. Pronto vendrá a España.

—¿Con su novia inglesa? —preguntó el joven Carlos.

—Doña María ya es su esposa. Tu padre es rey de Inglaterra.

—Pues yo lo seré también.

—Mira, estas son tus tías: las reinas Leonor y María.

—¿Sois reinas? ¿De dónde?

—Yo lo soy de Portugal y de Francia —dijo Leonor.

—Y yo de Hungría —añadió María.

—¡Ah! Yo seré rey de España, y de Inglaterra, y emperador como tú, abuelo.

Ya asentados en una casona de Cabezón, Carlos fue informado de que el padre de una joven criada demandaba justicia real por abusos cometidos por el infante.

Se trataba de un acto de sadismo protagonizado por el hijo de Felipe, que había hecho azotar a esa muchacha por un simple capricho.

Tras pensarlo un rato, el emperador ordenó que se le diera al padre de la criada una bolsa de monedas por valor de mil quinientos maravedíes, es decir, cuatro ducados. No era mucho dinero, pero sirvió para compensarlo por la paliza que por capricho del nieto había recibido la joven.

—No me gusta ese muchacho —le confesó María a su hermana Leonor.

—Lleva el mismo nombre que nuestro hermano; es su nieto y el futuro rey de Castilla y de Aragón —repuso Leonor de Austria.

—Ese chico es un malcriado y un maleducado. Tiene cara de alunado. Felipe debió estar más atento a su crianza —asentó María.

—Pues habrá que educarlo mejor.

—Supongo que ya te has dado cuenta. Es un retrasado. Nunca será un buen rey.

Se detuvieron para comer en Cabezón más tiempo del previsto y llegaron a Valladolid bien entrada la noche.

En esa ciudad fue recibido por su hija Juana, que le ofreció al día siguiente una solemne recepción, juegos y un torneo en su honor.

—Padre —le dijo Juana al emperador en un receso del torneo—, me gustaría que conocierais a un hombre muy especial. Es el hijo de Pablo Losantos, el que fuera vuestro médico privado.

—¿Losantos…? Sí, claro, don Pablo fue el único hombre sobre la tierra que se atrevió a llevarme la contraria. Me dijeron que murió en Salamanca hace un tiempo. ¿Su hijo está aquí?

—Sí. Hace ya casi cuatro años que trabaja como ayudante de uno de los médicos más prestigiosos de la ciudad y, además, es astrólogo —le confesó Juana de Austria y Portugal.

—La Iglesia ha prohibido la práctica de la astrología.

—Sí, pero ¿quién no desea conocer su futuro?

—Llama a ese hombre.

Juana envió a uno de los criados en busca de Luis Losantos, a quien la regente de Castilla le había ordenado que aguardara su llamada por si el emperador quería recibirlo.

—Aquí está. Mi señor padre, este es Luis Losantos, un hombre interesante —lo presentó Juana.

—Majestad, soy vuestro más leal súbdito. —Losantos colocó una rodilla en el suelo ante Carlos.

—Alzaos, don Luis. Mi hija me ha dicho que sois capaz de adivinar el futuro.

—No quisiera desmentir a su alteza, pero tan solo soy un humilde observador del cielo.

—Supongo que sabéis que la Iglesia condena la astrología.

—Tampoco soy astrólogo, majestad. Me limito a estudiar el decurso de las estrellas y los astros.

—Dadme una prueba de ello.

—Humm… Majestad, el día 27 de septiembre del próximo año, pasada una hora y media de la media noche, con la Luna en la constelación de Aries, habrá un eclipse de Luna.

—¿Estáis seguro?

—Si me lo permitís, majestad, os lo escribiré en un papel para que no se os olvide.

—Hacedlo. Será divertido.

El criado trajo un papel, tintero y pluma.

Luis Losantos escribió:

«El día 27 de septiembre del año del Señor de MDLVII, poco después de la una de la madrugada, la Luna se ocultará en un eclipse. Luis Losantos. En Valladolid, a 16 de octubre del año MDLVI».

—Guardaré este papel y veremos si estáis en lo cierto —dijo Carlos—. Y si lo es, enviaré a por vos y lo recordaremos juntos.

—Será un gran honor para mí, majestad.

—Si sois como vuestro padre, merecerá la pena charlar un buen rato.

—Nos veremos dentro de un año y hablaremos de ello, señor.

—¿Tan seguro estáis de que se producirá ese eclipse?

—Como que mañana saldrá el astro rey —asentó Luis Losantos.

El emperador comenzó a sentirse mejor de salud; ya no lo atormentaban los dolores por la gota y parecía como si hubiera rejuvenecido veinte años de golpe. Quizá fuera el clima seco y frío de Castilla, o la sensación de volver a la tierra a la que llegó como rey con apenas diecisiete años, o tal vez el recuerdo de las tardes de amor en Valladolid en el palacio de Germana de Foix, la reina viuda de Aragón, o años más tarde las noches al lado de Isabel, su bella esposa, la gran pasión de su vida.

En Valladolid disfrutó de las últimas reuniones con su familia. Había decidido que a Yuste iría él solo.

—Os quedaréis aquí, en Valladolid —les ordenó Carlos a sus hermanas.

—Queremos ir contigo a ese monasterio —replicó Leonor.

—No. He ordenado que en el monasterio no haya mujeres. No se podrán acercar a una distancia inferior de dos tiros de ballesta de los muros de Yuste. La que lo haga será castigada con pena de cien azotes. No habrá mujeres.

—Ese es el castigo que se aplica a los ladrones. Nosotras somos tus hermanas —terció María.

—Ni siquiera vosotras podréis vivir en Yuste.

—¿Con quién irás entonces a ese cenobio?

—Con muy pocos. Se quedarán en esta ciudad todas las personas del cortejo, salvo mis dos médicos, dos barberos y un pequeño grupo con mis asesores más allegados y una docena de

criados, todos hombres. Serán las únicas personas que me acompañen en mi último retiro.

—Pero… —intentó intervenir en vano Leonor.

—Dispondré que se libren doce mil ducados al año para los gastos ordinarios, que administrará el prior de Yuste.

—Es poco dinero —adujo María.

—En este último tiempo de mi vida es más valioso un humilde regalo de Cristo que todos los tesoros del mundo.

Casi dos semanas después de su llegada a Valladolid ordenó partir hacia Yuste. Citó a todos los miembros de su familia, comió con ellos y los despidió uno a uno con efusivas muestras de cariño: sus hermanas Leonor y María, su hija Juana y su nieto Carlos.

Juana, la gobernadora de Castilla, torció el gesto cuando se enteró de que sus tías se quedarían en Valladolid. No las quería junto a ella, sobre todo a María, pues sabía que ella y Felipe no se llevaban bien desde la reunión de familia celebrada en Augsburgo, pero no tenía más remedio que aceptar la orden de su padre.

Salió del palacio real tras la comida, y a pesar de que fueron muchas las personas que querían acompañarlo hasta unas cuantas millas de la ciudad, Carlos no permitió que nadie lo hiciera.

Llovía.

Jarandilla de la Vera, otoño de 1556

Hizo noche en Medina del Campo, en el palacio del banquero Rodrigo de Dueñas, que quiso agasajar a su ilustre invitado ofreciéndole una cena fastuosa servida en recipientes y vajillas de plata y oro.

—Majestad, este brasero es de oro macizo —le indicó el banquero.

—Debe ser muy caro —comentó el emperador.

—Lo es, señor, lo es. Y lo que ahí arde son palos de canela de Ceilán. Dicen que su olor es el más…

—Yo lo encuentro desagradable —se apresuró a comentar Carlos.

—¿De-desagradable, majestad? ¡Pero si es la sustancia más aromática que existe en el mundo! Aunque, si os molesta, ordenaré que lo apaguen de inmediato.

—Quiero retirarme a dormir. Estoy cansado —dijo Carlos.

—Claro, mi señor, como deseéis. Permitid que os bese la mano…

—No, dejadlo así. —El emperador no permitió que el banquero cumpliera su deseo.

—Como gustéis. —Rodrigo de Dueñas se sintió azorado ante las palabras secas y el tono brusco del emperador.

—Mañana, antes de marcharnos, pasadle la cuenta por el coste de vuestros servicios a mi asentador.

—Pero no puedo cobrar nada a vuestra majestad. Para mí ha sido un honor hospedaros en mi casa.

—Pagaré mi hospedaje —zanjó Carlos la conversación antes de retirarse a su aposento.

Ya en el lecho, dio gracias a Dios porque de aquí en adelante ya no tendría que recibir más visitas ni acudir a más recepciones.

En los primeros días de noviembre continuó camino hacia la sierra entre bosques de hojas caducas que cubrían los senderos como una alfombra de seda amarilla. En la cabecera de un río de aquellas montañas le dijeron que abundaban tanto las truchas que resultaban muy fáciles de capturar. Se detuvo a pescar algunas, que se sirvieron durante la cena.

El 12 de noviembre atravesó el puerto de Tornavacas por el camino nuevo, a ratos en la litera, a ratos en la silla de manos, en medio de una intensa tormenta de nieve que se desató aquella misma mañana al tiempo del alba.

Al culminar el puerto, justo cuando comenzó a descender hacia el lado de Extremadura, encaramado a hombros de uno de sus hombres más fuertes, Carlos de Austria dijo:

—Este es el último puerto que flanquearé antes del definitivo, el de la muerte.

La comitiva descendió por el fértil valle del Jerte hasta la villa de Tornavacas y allí dejó el curso del río para tomar rumbo sur hacia Jarandilla de la Vera, adonde llegó ese mismo día 12 cansado y con frío, pero aliviado por encontrarse ya muy cerca de su último destino.

Unos jinetes al servicio del conde de Oropesa lo escoltaron el último trecho del camino. Las obras que Felipe había encargado en el monasterio todavía no estaban acabadas, de modo que el emperador debería esperar en el castillo del conde hasta que pudiera instalarse en Yuste.

Don Fernando Álvarez de Toledo, cuarto conde de Oropesa, esperaba a Carlos a las puertas del castillo.

—Es un inmenso honor que hayáis decidido hospedaros en mi casa, majestad —le dijo el conde.

—Y yo os lo agradezco. He retrasado mi viaje todo cuanto he podido. Me aseguraron que las obras estarían listas este otoño, pero ya sabéis cuán lentas son algunas cosas en esta tierra. Hace una semana me dijeron que no se acabarían hasta fines del invierno.

—Señor, esta es vuestra casa; podéis morar en ella todo el tiempo que necesitéis.

El emperador se instaló en el castillo. No tardó en ordenar que lo llevaran a Yuste para comprobar personalmente cómo iban los trabajos.

Apenas estuvo en Yuste un par de horas un día de finales de noviembre. La casa que le estaban construyendo seguía en obras y no estaría lista al menos hasta dos meses después.

Al regreso del monasterio Carlos convocó al centenar y medio de servidores que lo habían acompañado desde Valladolid. Ya no necesitaba tantos. Formados en el patio del castillo del conde de Oropesa, los alabarderos de la guardia imperial se cuadraron al ver llegar al emperador. Estaban equipados con sus armas reglamentarias: espada toledana al cinto, alabarda de seis pies con asta de madera y hachón y punta de hierro, cascos cónicos apuntados con visera, coraza, calzas a rayas rojas y amarillas y zapatos de cuero. Mantenían la cabeza alzada, la barbilla apuntando al frente, orgullosos de servir al dueño del mundo.

—Majestad, la guardia imperial está formada —anunció el capitán.

—Señores —afirmó Carlos—, este ha sido vuestro último servicio. Quedáis liberados de todo juramento de fidelidad. Podéis marcharos y podéis entrar a las órdenes de cualquier otro señor.

Un murmullo corrió entre las filas de los alabarderos.

—¡No! —gritó uno de los guardias—. Yo no serviré a ningún otro hombre. No podría hacerlo tras haberlo hecho a las órdenes de vuestra majestad.

Aquel alabardero rompió la fila, se acercó hasta Carlos y depositó sus armas a sus pies.

—¡Yo tampoco! —exclamó otro, que hizo lo mismo.

—¡Ni yo!

—¡Tampoco yo!

—¡Yo no puedo servir a nadie más!

Y así, uno a uno, todos los componentes del escuadrón de la guardia imperial fueron depositando sus alabardas ante don Carlos, que los miraba con los ojos humedecidos y la mandíbula temblando de emoción.

—Recoged vuestras armas —ordenó el emperador.

—No podemos hacerlo, majestad. Esas armas han combatido por vuestra causa, han derramado sangre enemiga para vuestra gloria, han batallado en vuestro nombre, a vuestras órdenes y bajo vuestras banderas. No combatirán por ningún otro señor —dijo el capitán de la compañía—. Juramos lealtad a vuestra majestad con estas armas en la mano; no juraremos por nadie más.

Carlos apoyó su mano en el hombro del capitán.

—Jamás ningún rey tuvo a sus órdenes a mejores soldados que vosotros.

—¡Viva don Carlos! —gritó el capitán.

—¡Viva! —respondieron los alabarderos como una sola voz.

—¡Viva el emperador! ¡Viva el rey!

—¡Viva! ¡Viva!

—Majestad, si alguna vez necesitáis a cualesquiera de nosotros, acudiremos sin dudarlo a vuestra llamada.

—Lo sé. Pero ahora debéis marchar. Un hogar os espera.

De los ciento cincuenta servidores y soldados con los que había llegado a España, Carlos solo se quedó con veintidós, entre ellos su médico Mathis, su confesor Juan de Regla, su secretario Gaztelu, su ayuda de cámara Van Male, al que dictara cinco años atrás sus memorias mientras surcaban las aguas del Rin, y Juanelo Turriano, con sus ingenios, relojes y autómatas. Al resto lo despidió con grandes honores.

Monasterio de Yuste, fines de febrero de 1557

Había vuelto a comer con un apetito voraz; los nobles de la región y la gente del pueblo le enviaban los más deliciosos manjares de la zona, que Carlos engullía con avidez. Le gustaba tener la mesa repleta de alimentos, jarras de cerveza elaborada por su propio maestro cervecero y panes recién horneados por su panadero.

Poco antes de las navidades había vuelto a tener un ataque de gota y tuvo que guardar reposo. Se acordó entonces de Pablo Losantos y lamentó no tenerlo a su lado para que le regañara y le pusiera una dieta, como hiciera en tantas otras ocasiones.

Dolorido y quejoso, apenas salió del castillo durante los dos meses más crudos del invierno.

Pese a no ejercer ya como rey y emperador, Carlos seguía recibiendo noticias de sus antiguos dominios. Supo por una carta de su hija Juana que los franceses habían roto la tregua una vez más y había estallado otra guerra con Francia. Le pedía consejo. Le respondió que no esperara a que se produjera un ataque francés y que enviara tropas a la frontera de Navarra y a Fuenterrabía.

Supo, y aprobó, la marcha del duque de Alba sobre Roma para forzar la paz con el papa Paulo IV, su enemigo, que publicó una bula en la cual condenaba como relapsos a todos los que no creyeran en el dogma de la Trinidad, negaran la divinidad de Jesucristo, su concepción por obra del Espíritu Santo y la virginidad de la Virgen María.

El 3 de febrero el césar Carlos, como lo llamaban todavía, se despidió de su anfitrión y se desplazó sobre una litera desde el castillo del duque de Oropesa en Jarandilla de la Vera al monasterio de Yuste, a siete leguas de la ciudad de Plasencia, en cuyo obispado se erigía.

Las obras ya estaban terminadas, los muebles, los tapices flamencos y las alfombras en su sitio y los aparatos astronómicos y la colección de relojes desembalados y colocados en vitrinas y estantes. El escudo con el águila imperial había sido ubicado en un lugar destacado justo el día anterior a su llegada.

Los caballos que tiraban del carruaje hicieron un último esfuerzo para remontar la cuesta que conducía hasta el monasterio. El emperador descendió por su propio pie.

Eran las cinco de la tarde y el sol ya declinaba en el horizonte occidental. Carlos contempló el pequeño palacio construido anexo al ala meridional del monasterio, un edificio de dos plantas, la superior para habitar en el invierno y la inferior durante el verano. La casona se abría a un agradable jardín, en el que todavía no lucían las flores, en torno a un estanque diseñado por Juanelo Turriano.

Enseguida acudieron unos criados con una silla de mano en la que se sentó. Fue llevado en volandas hasta la puerta de la iglesia, donde lo esperaban los monjes jerónimos con su prior al frente. Ya ante el altar, Carlos asistió a una función religiosa y acabada la misma pasó a tomar posesión de su morada.

El apartamento de la segunda planta estaba pegado a la pared meridional de la iglesia, formado por seis salas: tres en el lado sur, la de audiencias más grande que las otras dos, y otras tres con una pequeña estancia en el norte, separadas por un pasillo central con dos puertas en ambos extremos este y oeste.

La traza del palacete de Yuste era obra del arquitecto Antonio Villacastín, que había dicho que se había inspirado en el palacio de Prinsenhof en Gante. Carlos lo dudó. Aquel edificio no era lujoso ni grande, ni impresionaba a quien lo contemplaba, pero las habitaciones eran cálidas y confortables.

Además, el lugar donde estaban ubicados el monasterio y el palacete se hallaba alejado de zonas pobladas y se respiraba tranquilidad y silencio. El pueblo más cercano era Cuacos de Yuste, a un cuarto de legua hacia el sur, donde se instalaron los criados.

La comarca era abundante en aguas limpias y frescas, las frutas de la región eran sabrosas y variadas, el clima sano y los vientos saludables. Buen sitio para morir.

—Vuestra cama está lista, majestad —le dijo Luis de Quijada, que acompañaba al emperador.

—Esa es mi alcoba —dijo Carlos, que reconoció el lugar por los planos que le habían mostrado y por la visita realizada dos meses antes.

—Está caldeada por el fuego de una chimenea.

—¿Ya están preparadas las dependencias para mis servidores?

—Sí, majestad. Se han habilitado habitaciones en el lado norte de los dos claustros.

—¿Y el paso a la iglesia?

—Podéis ver el templo desde aquí mismo. Desde esa pieza —señaló el secretario Quijada— se accede al altar mayor y por ahí podéis salir al claustro y a la huerta sin pisar las dependencias de los monjes. Se ha construido una rampa para llegar hasta esa misma puerta a caballo o en una carreta, si fuera necesario.

»Anexas al claustro nuevo están las habitaciones de vuestro barbero, los criados, el maestro cervecero, el panadero y el relojero Juanelo, tal como ordenasteis. Todo ha quedado cerrado con puertas para que nadie entre en este lugar sin vuestro permiso. Ni siquiera los monjes pueden acceder a estos aposentos, aunque un par de ellos os visitarán cada día por si necesitáis que os confiesen o que os asistan espiritualmente.

»Desde vuestra ventana se contempla el jardín, sin nada delante que interrumpa la vista.

—Yo no pedí eso, pero me agrada que se haya contemplado así en la traza final de esta casa.

—A quinientos pasos en esa dirección —el secretario señaló hacia el sur— se ha levantado una capillita por si queréis dar un paseo y rezar en el altar de la ermita. Todo el camino está flanqueado por castaños, de manera que darán muy buena sombra en verano.

—¿Os parece esta casa la morada de un emperador? —preguntó Carlos.

—No, majestad, pero es lo que vos solicitasteis. Si os parece que no es suficientemente…

—Lo es, claro que es suficiente. Esto es precisamente lo que yo quería.

Monasterio de Yuste, primavera de 1557

Todos los relojes de su colección debían tocar a la vez. Carlos estaba obsesionado con que todos los relojes de su casa estuvieran sintonizados en la misma hora y minuto y que anunciaran las horas al unísono. Decía que así le recordaban al sonido de las campanas de Gante.

Aquella mañana había recibido a un grupo de autoridades municipales de los pueblos más cercanos al monasterio, que se habían acercado hasta allí para prestarle fidelidad y jurarle lealtad. El emperador los había recibido vestido de negro, con el collar del Toisón de Oro colgado al cuello.

Tras aquella entrevista esperaba el embajador del rey Juan III de Portugal, que venía con cartas de ese monarca para acordar ciertos asuntos familiares, pues Juana, la hija de Carlos, era la madre de Sebastián, el nieto del rey y heredero del trono portugués.

Carlos había pedido conocer a su sobrina, la infanta María, hija de su hermana Leonor y del rey Manuel I. Cuando Leonor se marchó de Portugal al poco de la muerte de su esposo para volver a casarse, ahora con el rey Francisco I de Francia, su hijita María se había quedado en Lisboa. Leonor no había visto a su hija desde que la dejó con apenas unos meses en el palacio real de Lisboa a cargo de su medio hermano el rey Juan III y de su hermana la reina Catalina, esposa de Juan.

Había renunciado a todo el poder, pero seguía siendo la cabeza del linaje de los Habsburgo.

Aquella primavera pasó horas y horas pescando truchas, ranas y anguilas. Por las tardes se sentaba en la cocina y él mismo adobaba aceitunas, que metía en frascos con aceite, vinagre y ajo.

Revisaba personalmente la comida que llegaba a su casa en el monasterio y le gustaba llevar la cuenta de las perdices de Gama, las longanizas de Tordesillas, el salmón adobado al estilo nórdico, los arenques y las anchoas en salazón y las ostras frescas llegadas de Portugal en carretas, que se enfriaban durante el camino con la nieve guardada desde el invierno en las neveras.

Él mismo cultivaba melones en un huertecillo junto al jardín y devoraba en temporada las gustosas cerezas del valle del Tiétar. Y bebía sin medida jarra tras jarra de cerveza, vino en unas copas que solo él podía usar y un aguardiente al estilo flamenco llamado «brandewijn», que se destilaba en un alambique en el mismo monasterio y del cual tomaba un par de copitas tras cada comida.

Ni su edad ni sus enfermedades habían hecho disminuir su apetito; ni siquiera lo hicieron las complicaciones intestinales que sufría todas las semanas, y que intentaba paliar con purgantes, trementina y enemas. A veces, cuando se sentía demasiado lleno y no le cabía en el estómago una pizca de comida más, se provocaba él mismo el vómito para dejar un hueco en el estómago y seguir comiendo.

Las paredes de la cámara donde dormía estaban cubiertas de paños y doseles de terciopelo negro, pues Carlos quería manifestar el luto y el dolor que sentía por las muertes de su madre y de su esposa.

Pese a estar retirado de los asuntos mundanos, a Yuste seguían llegando cartas de Felipe, en las que demandaba el consejo de su padre. Incluso se había desviado por Yuste la ruta de los correos que semanalmente llevaban cartas de Madrid a Lisboa.

Dedicaba una hora cada tarde a leer la Biblia, en una edición francesa traducida por protestantes y comprada en París por dos escudos, para lo cual había sido autorizado por la Inquisición, pues Carlos no sabía latín y no podía entender la versión de san Jerónimo llamada la Vulgata.

Aquella tarde estaba revisando algunos papeles. Le llamó la atención un pequeño billete doblado que guardaba en una cajita de plata con la tapa de marfil. Lo desplegó y leyó: «El día 27 de septiembre del año del Señor de MDLVII, poco después de la una de la madrugada, la Luna se ocultará en un eclipse. Luis Losantos. En Valladolid, a 27 de septiembre del año MDLVI».

Recordó entonces aquel encuentro a fines de septiembre del año pasado con Luis Losantos y decidió no olvidar mirar al cielo la noche señalada en ese papel.

Londres, verano de 1557

A principios de primavera Felipe regresó a Londres. Su intención era convencer a su esposa María para que Inglaterra se aliara con España en la guerra contra Francia.

—Querida esposa, si la flota inglesa ataca las costas de Francia, mi ejército en Italia, que manda el duque de Alba, atacará por su retaguardia, y podríamos alcanzar la victoria.

—Felipe, sabes que quiero complacer todos tus deseos. Si de mí dependiera, nuestra flota ya estaría asediando Francia, pero mis consejeros y la mayoría de los miembros del Parlamento se oponen.

—¡Esos bastardos!

—Alegan que Inglaterra se beneficia del comercio con Francia y que si estallara la guerra entre nuestros dos reinos los intereses de los comerciantes resultarían perjudicados y se acabarían sus ganancias. Hemos sufrido durante varios años malas cosechas y carecemos del grano suficiente para alimentar a nuestro pueblo; sin el trigo francés, los ingleses pasarían hambre.

»Además, los juristas del Parlamento aducen que si declaráramos la guerra a Francia se incumpliría nuestro acuerdo matrimonial.

Aquellas palabras de María a su esposo pronto fueron papel mojado.

En el mes de junio el noble Tomás Stafford, sobrino del ejecutado Reginald Pole, que ambicionaba la Corona inglesa y pretendía destronar a María Tudor, desembarcó en Inglaterra

con ayuda de tropas francesas, y entonces no hubo más remedio que declarar la guerra a Francia.

—He ordenado a mi ejército que invada Francia —le confesó Felipe a María—. Tengo que estar a su lado en la batalla.

—¿Eso quiere decir que te marchas?

—Sí. Debo estar junto a mis hombres. Zarpo en tres días hacia Flandes.

—¿Volverás a Inglaterra?

—Soy su rey —asentó Felipe.

—No has contestado a mi pregunta.

—Solo Dios conoce lo que acontecerá en el futuro.

—No volverás. —María tomó la mano de Felipe y se la llevó a la mejilla.

Seguía amando a aquel hombre y no quería que se alejara de su lado. No quería.

Felipe viajó a Bruselas y ordenó la inmediata invasión de Francia.

El ejército, integrado por los tercios españoles y compañías de soldados alemanes, flamencos, valones, borgoñones, polacos, ingleses e italianos, entró en Francia y aplastó a los franceses en la batalla de San Quintín, librada en esta localidad a mitad de camino entre París y Bruselas el día 10 de agosto, festividad de San Lorenzo.

Felipe no estuvo en la batalla de San Quintín. Quien había dirigido las tropas en su nombre fue Filiberto, duque de Saboya. Cuando le comunicaron la victoria, Felipe sintió una mezcla de alegría y a la vez de pena, pues hubiera deseado estar allí.

Se apresuró a escribir una carta a su padre para explicarle por qué no había dirigido personalmente aquel combate, a la vez que le informaba de su intención de erigir un gran monasterio en España para festejar tan gran victoria.

Mientras el duque de Alba bombardeaba Roma y acosaba al papa, Felipe mantenía abierto el camino hacia París. Si se decidía a dar la orden de avanzar, en cuatro o cinco días los tercios españoles entrarían en la ciudad del Sena y Francia estaría derrotada para siempre.

No lo hizo.

Monasterio de Yuste, fines de agosto de 1557

La victoria en San Quintín fue muy festejada en Yuste, pero no había tiempo para celebraciones. Además, varios oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla fueron apresados por robar dinero de las arcas reales y el emperador le ordenó a su hija Juana que los metiera en las mazmorras del castillo de Simancas. Tampoco ayudó a festejar la alegría por San Quintín el que fueran descubiertos sendos focos de protestantes en las ciudades de Valladolid y Sevilla. Carlos le escribió a Felipe recomendándole que lo pusiera en manos de la Inquisición y que le diera al Santo Oficio todos los medios para reprimir a los seguidores de Lutero en España.

Luis de Quijada le anunció que tras la muerte del rey Juan III de Portugal, fallecido el 11 de junio, la infanta doña Juana había manifestado su intención de dejar Valladolid y desplazarse a Lisboa.

Su hijo Sebastián, de tres años de edad, era ahora el rey y ella quería ejercer la regencia en Portugal. Tenía la experiencia de haber sido regente de Castilla en ausencia de su hermano Felipe y se sentía con fuerzas para hacerlo en Lisboa.

La regente de Portugal era Catalina, la esposa de Juan III, tal cual había dejado ordenado en su testamento, pero Juana creía tener derecho a la custodia de su hijo, el que había tenido con el príncipe Juan Manuel, quien murió a los dos años de haber contraído nupcias.

—No —se plantó Carlos—. Doña Juana no irá a Lisboa. La voluntad del rey don Juan se cumplirá. Mi hermana Catalina seguirá siendo la regente de Portugal hasta que mi nieto don Sebastián alcance la mayoría de edad.

—Doña Juana ha solicitado que le permitáis visitar Yuste para explicar su decisión —comentó Quijada.

—Escribidle negando esa petición. No habrá mujeres en Yuste. No he permitido que vinieran mis hermanas y tampoco lo hará mi hija.

—Majestad, doña Juana ha enviado cartas y emisarios a Portugal solicitando que sea recibida como regente.

—He dicho que se quedará en Valladolid. Es lo que más conviene.

—Su alteza la princesa doña Juana alega que su hijo don Sebastián no goza de buena salud y dice que los cuidados de una madre la mejorarían. Si muere don Sebastián, la casa de Avís se extinguirá —señaló Quijada.

—Si mi nieto don Sebastián falleciera, quedaría un heredero: mi nieto don Carlos, el hijo de don Felipe y de doña María Manuela. Y en ese caso se unirían las Coronas de España y Portugal: toda Hispania bajo un mismo rey, el viejo sueño de mis abuelos los Reyes Católicos hecho realidad.

»Haremos las gestiones oportunas para que las Cortes portuguesas reconozcan a don Carlos como heredero del trono hasta que don Sebastián tenga un hijo, que dada su corta edad será dentro de varios años, si es que eso ocurre.

—Por supuesto, señor. ¿Desea algo más vuestra majestad?

—Sí. Quiero conocer a Jeromín —asentó Carlos.

—¿A…, a Jeromín…?

—No me queda mucho tiempo de vida. Deseo conocer a mi hijo. Hacédselo saber a vuestra esposa. Y que nadie le diga quién es en realidad hasta que esté aquí.

—Era un secreto, señor. ¿Queréis revelarlo ahora?

—No. La visita de mi hijo se hará con total discreción; cuidad personalmente de ello, don Luis.

—¿Cuándo deseáis que traigamos a Jeromín a vuestra presencia?

—Cuanto antes.

Norte de Francia, septiembre de 1557

España estaba en bancarrota. Las cartas de reclamación de abono de deudas y devolución de préstamos se amontonaban en las mesas de los secretarios de Hacienda. Felipe había decidido suspender todos los pagos mientras buscaba alguna solución al desastre financiero.

Estaba tan agobiado por lo que se le venía encima que durante su estancia en Bruselas Felipe decidió hacer testamento. Dejaba todos sus reinos a su hijo don Carlos, que seguía en Valladolid con su tía la regente Juana.

Conforme iba creciendo y cumpliendo años, el joven Carlos no mejoraba. A pesar de disponer de buenos maestros y de que le gustaban los libros, su carácter voluble y caprichoso lo hacía insoportable. Era un cretino.

Además, su aspecto físico le provocaba no pocos complejos. Tenía un hombro más alto que otro, una incipiente joroba, las piernas de diferente longitud, tartamudeaba al hablar y sufría brotes periódicos de fiebres cuartanas. Pero era el heredero.

Tras la victoria en San Quintín el rey Felipe se puso al frente de sus tropas, que durante cinco semanas saquearon todo el norte de Francia, comenzando por la propia ciudad ante cuyos muros se había librado la batalla.

—El rey don Enrique pide la paz —anunció su secretario a Felipe, que estaba en su pabellón de campo cotejando unos mapas de la región que se extendía entre San Quintín y la costa del mar del Norte.

—¿En qué condiciones? —demandó el rey de España.

—Los franceses proponen retirar su ejército y renunciar a todas las reivindicaciones territoriales sobre Italia, además de aceptar vuestra soberanía sobre Nápoles y Milán, ratificar la posesión de Parma y Piacenza para don Octavio Farnesio y doña Margarita de Parma, acatar el dominio de los Médici sobre Florencia y devolver los territorios de la casa de Saboya al señor duque don Manuel Filiberto.

—¿Qué piden a cambio?

—Que vuestra majestad retire los tercios de territorio francés y se vuelva a las fronteras que había entre Flandes y Francia antes de esta guerra.

—Aceptadlas.

—Señor, podemos llegar hasta París. Francia está derrotada. Nadie puede detener ahora a los tercios en su camino triunfal —propuso el duque de Saboya.

—Tras la victoria en San Quintín me opuse a ocupar París. No. Hasta aquí hemos llegado.

Felipe calló que carecía de recursos para proseguir con aquella guerra.

Había intentado recaudar fondos para acabar de una vez por todas con Francia, pero no había logrado nada. Hasta los prelados de la Iglesia española se habían negado a prestar dinero al rey, pese a que en la demanda de fondos se alegaba que irían destinados a derrotar a los herejes luteranos y de otras confesiones cristianas que se estaban multiplicando también en Francia, y a que el emperador había escrito personalmente a algunos de ellos demandándoles esa ayuda económica para su hijo.

Los préstamos de los banqueros genoveses ayudaron a mitigar el desastre. Los bancos de los Grimaldi, Spinola y Bonvisi evitaron que la catástrofe financiera fuera total.

Felipe pudo renegociar sus deudas, ofreciendo como garantía juros y títulos de deuda pública, aunque muy pocos se fiaron.

La banca Fugger sufrió las peores consecuencias del impago de los préstamos. Antón Fugger le recordó a Felipe las palabras que su padre, Jacobo, le había escrito en una ocasión al emperador, cuando Carlos de Austria quiso liberarse del agobio de las deudas con los Fugger: «Es bien sabido, y puedo hacerlo patente, que vuestra majestad imperial no hubiera obtenido sin mi ayuda la Corona del Imperio, lo que puedo probar por medio de los manuscritos de los comisarios de vuestra majestad imperial. Y que no he hecho esto en ventaja mía demuestra que, de favorecer a Francia en perjuicio de la casa de Austria, hubiera adquirido grandes bienes y riquezas que se me habían ofrecido. Los perjuicios que habrían resultado de ello para la casa de Austria quedan bien patentes para la alta inteligencia de vuestra majestad».

Felipe no supo qué contestar al banquero de Augsburgo, que ganaba verdaderas fortunas con los cargamentos de oro y plata que llegaban de América, con las concesiones comerciales obtenidas en Chile y el Perú, con las especias y con las explotaciones mineras.

Pese a sus quejas ante el rey Felipe, Antón Fugger era el hombre más rico del mundo. Aquel año su fortuna personal superaba los cinco millones de florines.

Yuste, 27 de septiembre de 1557

No se había olvidado.

Poco después de la medianoche el emperador pidió que lo llevaran a un lugar despejado en los alrededores del monasterio desde donde pudiera ver bien la Luna.

Sus criados creyeron que estaba desvariando y que se le había ido la cabeza, no en vano se decía que a los locos les gustaba mirar a la Luna, pero obedecieron.

Hacía una noche agradable, apenas había nubes y la Luna lucía esplendorosa sobre las estribaciones occidentales de la sierra de Gredos.

—Veamos si ese hombre tenía razón —comentó Carlos, sentado en la silla de manos en la que sus criados lo habían llevado hasta un claro en el bosque, a unos seiscientos pasos del monasterio de Yuste.

A la hora que Luis Losantos había indicado casi un año antes, la Luna comenzó a ocultarse tapada por la sombra de la Tierra.

Valladolid, principios de octubre de 1557

Como le había indicado Luis Losantos, Juana de Austria había contemplado el eclipse, pero también lo habían hecho algunos miembros de la Inquisición, alertados por un denunciante anónimo que se refería a Losantos como hereje, judaizante y mago, capaz de ocultar la Luna con sus hechizos.

En algunos círculos de Valladolid se había corrido el rumor de que el médico ayudante Luis Losantos no solo practicaba la astrología, sino que también frecuentaba la compañía de algunos de los sospechosos de herejía a los que vigilaba la Inquisición.

Aquella tarde, portando un papel en el que figuraba una denuncia anónima, seis oficiales del Santo Oficio se presentaron en la casa donde vivía Luis Losantos, lo detuvieron y lo llevaron al convento de dominicos, donde ya estaba preparado el tribunal.

Lo sentaron en una banqueta de madera delante de los tres jueces, que comenzaron el interrogatorio siguiendo el manual de inquisidores escrito por los frailes dominicos Eimeric y Peña.

—¿Vuestro nombre es Luis Losantos, hijo del médico judío Pablo Losantos? —preguntó el juez.

—Ese es mi nombre, pero mi padre era cristiano. Nació de padres cristianos y fue bautizado como tal —respondió Luis mostrando seguridad y aplomo.

—Pero provenís de una familia de judíos conversos.

—Sí, mis antepasados lo fueron, pero mis abuelos corrigieron ese error.

—La sangre judía no se pierde nunca. Os han visto bañándoos en el río.

—Lo hago a menudo para limpiar mi cuerpo.

—Los judíos practican la *teuila*, un baño con el que dicen limpiar su cuerpo, pero que en realidad es un rito para ratificar su judaísmo. El judío responde *baal tessuva*, que significa en lengua hebrea «sal del pecado». ¿Habéis practicado esa ceremonia?

—Ya os he dicho que no soy judío. Nací en una familia cristiana, estoy bautizado y cumplo con los preceptos de la Santa Madre Iglesia —reiteró con serenidad Losantos.

—Los judíos relapsos frotan con arena la cabeza, frente, pecho y manos del bautizado para borrar así la señal del bautismo, y luego lo sumergen tres veces en el agua para renegar de Cristo, volver al judaísmo y jurar la ley de Moisés. ¿Lo habéis hecho así? —insistió el juez.

—No.

En ese momento entró en la sala del tribunal un sayón. Portaba una nota que entregó al juez.

El inquisidor desplegó el billete de papel y lo leyó en silencio. Al acabar la lectura se le mudó la expresión del rostro.

Monasterio de Yuste, mediados de octubre de 1557

La mula en la que había viajado Luis Losantos desde Valladolid superó con fuerza la última rampa del camino que subía desde la villa de Cuacos al monasterio de Yuste.

Al ver el edificio, suspiró aliviado y sonrió. Hacía apenas una semana había estado a punto de ser condenado por la Inquisición, pero una oportuna carta del emperador lo había salvado. Todavía recordaba con nitidez la faz del juez cuando leyó la misiva de Carlos en la que requería la presencia inmediata de Luis Losantos en Yuste. El inquisidor se tuvo que tragar sus palabras y ordenó la inmediata puesta en libertad de Losantos antes de romper con sus propias manos el papel con la denuncia anónima.

Dos guardias comprobaron el salvoconducto que portaba Luis Losantos y le indicaron dónde debía dirigirse en espera de que lo recibiera el emperador.

—Sois un mago. Teníais razón —le dijo Carlos—. El eclipse se produjo exactamente el día y a la hora que predijisteis.

—En la constelación de Aries, como os dije. Y muchas gracias, majestad, pero no se trata de magia, sino de ciencia.

—Sentaos, Losantos. Os he llamado para cumplir la promesa que os hice en Valladolid, pero también para que seáis mi astrólogo.

—La Iglesia prohíbe…

—Dejaos de monsergas —lo interrumpió Carlos—. Fijaos en estas estancias. Relojes, relojes, relojes… El tiempo, don Luis; el tiempo es lo importante. Y vos los sabéis predecir. Os pagaré cinco ducados cada mes. ¿Aceptáis?

—Pero, señor, yo no sé predecir el futuro, no puedo…

—Limitaos a responder a mi pregunta: ¿aceptáis ser mi astrólogo?

—Claro que sí, ¿cómo podría negarme a un deseo de vuestra majestad?, pero…

—Bien. Os instalaréis en la villa de Cuacos. De momento comenzad a elaborar mi horóscopo y el de mi hijo don Felipe. Me comentó mi hija doña Juana que solo necesitáis para ello el lugar, el día y la hora de nuestros nacimientos.

—Así es.

—Pues tomad nota: yo nací en una letrina, sí, en una letrina, no pongáis esa cara de extrañeza, del palacio de Prinsenhof, en la ciudad de Gante; eran las dos de la madrugada del día 24 de febrero del año 1500.

Había pasado un mes desde que el emperador le ordenara a Luis de Quijada que llevara a su hijo Jeromín a Yuste.

Magdalena de Ulloa, la esposa de Quijada, puso reticencias a que esa visita se realizara, pero no podía negarse a los deseos del emperador, y cedió.

Había criado a aquel muchacho, lo había educado, lo había visto crecer y hacerse un joven fuerte y decidido; le había tomado el mismo aprecio que si fuera su verdadero hijo y temía que el emperador se lo arrebatara de sus brazos.

Luis de Quijada recibió al niño en Ratisbona nada más haberlo traído al mundo la bella Bárbara Blomberg. Había controlado la educación del joven Jeromín, que fue criado durante sus primeros cinco años por el músico Francisco Massy, un tañedor de vihuela de la capilla de música del emperador, y por su esposa Ana de Medina, una rica propietaria, quienes se hicieron cargo del niño a cambio de cincuenta ducados anuales.

El emperador nunca se había olvidado de su último hijo, al que quería conocer antes de morir. En un codicilo secreto firmado en el mes de junio de 1554, que solo podía leer el príncipe Felipe, Carlos de Austria reconocía la paternidad de Jeromín y le pedía a su primogénito que, llegado el momento en que él faltara, lo reconociera como hermano y miembro del linaje de Habsburgo.

Al cumplir los cinco años, Jeromín fue recogido por Luis de Quijada en su castillo de Villagarcía de Campos, cerca de Valladolid, donde se estaba educando con maestros que le enseñaban latín, teología, equitación y esgrima. Al poco de trasladarse a Yuste, el emperador le dijo a Quijada que se estableciese en la villa de Cuacos con su esposa y que llevase con él a Jeromín. Quería tener lo más cerca posible a su hijo menor.

—Jeromín, tienes que saber algo muy importante. Hoy vas a conocer al emperador don Carlos, el hombre más poderoso del mundo. —Luis de Quijada viajaba con Jeromín en una calesa, que traqueteaba por el camino que desde la villa de Cuacos subía hasta el monasterio de Yuste.

—¿El emperador…? ¿Voy a conocer al emperador?

—Sí. Por eso vamos vestidos de esta guisa tan elegante y postinera. Don Carlos vive retirado del mundo en un pequeño palacio en ese paraje del bosque y ha pedido que vayamos a su presencia. Desea hablar contigo.

—¿Conmigo…? ¿Qué quiere de mí el emperador?

—Va a revelarte un secreto muy importante.

—¿Qué secreto, padre?

—Me ha ordenado que no te diga nada. Quiere que lo sepas de su propia voz. Es probable que te extrañe lo que va a decirte su majestad y que te sientas confundido y desorientado. Incluso es probable que creas que estás soñando y que lo que estás viviendo no es real, pero, créeme, hijo, que cuanto te diga don Carlos será cierto.

—Padre…

—No. Escucha algo más. Tu… madre y yo te queremos mucho y te seguiremos queriendo. No lo olvides nunca. Nunca.

Por fin llegaron al monasterio. Varios criados se aprestaron a cumplimentar a Luis de Quijada y a Jeromín, que descendieron de la calesa y subieron a pie la rampa hacia el palacio.

—Buenos días, don Luis, su majestad el emperador os aguarda —saludó el mayordomo.

Entraron en la planta alta del pequeño palacete y aguardaron unos momentos en el pasillo.

—Ya sabes lo que te he enseñado. Cuando estés delante del emperador quédate donde te indique el mayordomo, luego te inclinas ante su majestad y no hables si no te pregunta. ¿Entendido?

—Sí, padre.

Luis de Quijada acarició el pelo castaño rojizo de Jeromín y le sonrió.

—Vuesas mercedes pueden pasar —anunció el mayordomo.

El emperador estaba en la sala grande del ala sur sentado frente al ventanal. La cálida luz de las primeras semanas del otoño bañaba su figura de un tono dorado. Tenía la mirada perdida en el horizonte y parecía no esperar otra cosa que la llegada de la muerte.

Jeromín se detuvo en medio de la sala, donde le señaló el mayordomo, y Luis de Quijada lo hizo dos pasos más atrás.

Carlos de Austria giró despacio la cabeza hasta fijar sus ojos en el muchacho, que con el sombrero en la mano esperaba con rostro muy sereno y ademán seguro para su corta edad.

—Así que tú eres Jeromín —dijo el emperador—. Acércate. —El joven dio tres pasos y se colocó a dos de distancia de su padre—. Más cerca.

Jeromín se puso al alcance de la mano de Carlos.

—A vuestras órdenes, majestad —dijo con tono firme.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, señor. Sois el césar don Carlos, rey de España y de las Indias y emperador de Alemania.

—¿Y qué más?

Jeromín dudó. Le habían enseñado lo que debía decir, pero no sabía qué responder a esa nueva pregunta.

—El hombre más poderoso del mundo —añadió al fin.

—También soy tu padre.

Al oír aquellas palabras Jeromín abrió los ojos y la boca y se giró hacia Luis de Quijada, que asintió con la cabeza.

—¿Mi padre? Mi padre es don Luis —balbució.

—No. Tú eres el menor de mis hijos. Naciste hace doce años en una ciudad de Alemania que se llama Ratisbona y te envié a España para que te cuidaran y te educaran. Hasta hoy he mantenido esto en secreto, que deberá seguir guardándose hasta mi muerte.

—¿No sois mi padre? —le preguntó a Luis de Quijada.

—Su majestad es tu verdadero padre, Jeromín. —El rostro de Quijada mostraba cierta consternación.

—¿Y mi madre?

El emperador le indicó a Quijada que podía seguir hablando.

—Doña Magdalena no es vuestra madre. No, alteza, no somos vuestros padres, pero os hemos criado y os queremos como si lo fuéramos. —Luis de Quijada comenzó a dirigirse a su ahijado con la reverencia propia con la que se trataba a los hijos del rey.

—¿Y quién es mi madre?

—Una hermosísima mujer de Ratisbona. Su nombre es Bárbara Blomberg. Un día, a no muy tardar, la conoceréis.

—¿Todo esto es cierto? —preguntó Jeromín.

—Lo es, hijo, lo es. Cuando naciste tuve que dejarte al cuidado de don Luis y de doña Magdalena de Ulloa. En Alemania había una guerra y quería protegerte —mintió Carlos—. He redactado un documento para tu hermano don Felipe, el rey, para que te acoja como miembro de

nuestra familia y te eduque conforme merece un príncipe de nuestro linaje. Y en mi testamento añadiré una cláusula para que conste mi paternidad. Pero ahora debes guardar este secreto y seguir viviendo con don Luis y doña Magdalena como lo has hecho hasta ahora. Residirás en la villa de Cuacos hasta que llegue el momento en que seas destinado a ocupar un alto puesto en la corte con tu hermano el rey Felipe.

Carlos extendió el brazo y acarició la mejilla de Jeromín.

—Majestad, yo no sabía…

—No se puede negar que eres un verdadero Austria y que también has heredado algunos hermosos rasgos de tu madre: los ojos, la nariz, la frente…

Al emperador le gustó la primera impresión de su hijo. Era fuerte, sano, bien parecido, proporcionado, firme y sereno en la expresión y moderado y discreto en el hablar.

Pensó entonces en su nieto Carlos, tan diferente. Y masculló su mala suerte por que Jeromín no fuera su hijo legítimo, pues valía mucho más que el hijo de Felipe.

—Don Luis, seguid educando a mi hijo como a un príncipe.

—Jeromín es un verdadero príncipe, majestad. —Quijada le hizo un amable guiño a su ahijado, que le devolvió una franca sonrisa.

En un rincón de la sala, con absoluta discreción, Luis Losantos observaba aquella escena. Carlos le había autorizado a asistir a aquel encuentro y le había indicado que se fijara bien en ese muchacho pues también debería hacerle el horóscopo. El astrólogo sabía bien quién era aquel Jeromín antes de conocerlo, pues su padre, Pablo Losantos, había sido unos de los pocos hombres que habían conocido el gran secreto del emperador y lo había compartido con Luis.

Monasterio de Yuste, diciembre de 1557

El emperador volvió a ver a su hijo Jeromín en dos ocasiones más en aquel otoño. En ambas ratificó que era más inteligente y capaz que el necio de su nieto Carlos, contrahecho, malicioso, caprichoso y malvado.

Por el contrario, Jeromín era inteligente y educado, prudente y mesurado, sereno y ecuánime. Sería mejor rey que Carlos, pero no podía acceder al trono, su condición de bastardo se lo impedía.

Como cabeza de la casa de Austria, a lo que no había renunciado, Carlos seguía teniendo la potestad de decidir sobre el destino de sus hermanas, que le escribían cartas solicitando que les permitiera ir a visitarlo.

Leonor le decía que quería pasar sus últimos años a su lado y que le consintiera ir a vivir al monasterio, o al menos a la villa de Cuacos, para poder verlo en algunas ocasiones. Pero Carlos seguía sin permitir que ninguna mujer pisara Yuste ni sus inmediaciones.

Aquella tarde, con las cumbres de la sierra ya cubiertas por las primeras nieves, el emperador acariciaba el gato de angora de pelo blanco que hacía unas pocas semanas le había regalado su hija Catalina, junto con un papagayo de Indias de plumas verdes, rojas y azules.

Juanelo Turriano le estaba enseñando un reloj de cristal que acababa de construir, en el que figuraba la inscripción *Ut me fugientem agnoscam*, en la que se daba a entender que las cosas pasan fugitivas.

—El tiempo es lo único invencible —comentó Carlos a la vista del reloj.

—Fijaos, majestad, también marca las horas del sol y las de la luna.

En realidad Juanelo Turriano se llamaba Giovanni de Cremona, llevaba veinticinco años al servicio de Carlos y había fabricado relojes prodigiosos, autómatas, pájaros metálicos que parecían volar suspendidos de cables e ingenios admirables.

Su mayor logro había sido un autómata con figura y tamaño de un hombre que había construido en Toledo y que era capaz de salir de casa, ir a por el pan y al palacio episcopal en busca de comida. En cuanto se la entregaban, el autómata regresaba a casa de Juanelo. En Toledo todos lo conocían con el nombre de Hombre de Palo. Eran muchos los vecinos que se arremolinaban para ver caminar a aquel autómata de hierro por las calles de Toledo, con su andar mecánico y a tirones, pero nadie se explicaba cómo Juanelo había sido capaz de hacerlo funcionar. Se hizo tan famoso que los toledanos incluso llamaron a una de sus calles como la del Hombre de Palo.

—El sol, la luna, las estrellas… son inmutables, pero la gloria del mundo es efímera y pasa tan deprisa como una estrella fugaz —reflexionó Carlos.

—La vuestra permanecerá por siempre en la historia.

—Mirad ese cuadro, Juanelo.

Carlos señaló un gran lienzo conocido con el nombre de *La Trinidad*, obra de Tiziano, que el emperador había llevado con él a Yuste.

—Una obra propia de un genio —comentó Juanelo.

—Tiziano lo es. Fijaos en esa pintura: la Trinidad, la Virgen María, el rey David, los grandes profetas…, y mi familia. Ese soy yo —señaló una figura vestida con una túnica blanca, con las manos oferentes ante la Santa Trinidad—, y a mi lado está mi esposa doña Isabel, y esos son mis hijos don Felipe y doña Juana, y esas mis hermanas Leonor y María.

»Este cuadro está basado en la obra de san Agustín *La ciudad de Dios* y hace alusión a la gloria que obtienen los bienaventurados.

—Vos y vuestra familia lo sois, majestad.

—Lo mandé traer conmigo porque es el mejor recuerdo que tengo de mi familia.

No era el único. Carlos también se había llevado a Yuste varios retratos de sus familiares, incluso uno de su hija ilegítima Margarita de Parma. Y hasta otro del que fuera su cuñado y gran enemigo el rey Francisco I de Francia.

Carlos se levantó con esfuerzo y se acercó hasta una vitrina donde había varias cajitas de plata. Abrió una de ellas y sacó un pequeño retrato de la emperatriz, de apenas un palmo de tamaño.

—Fue la mujer más bella del mundo —bisbisó Carlos al contemplar el rostro pintado de su esposa.

Monasterio de Yuste, fines de enero de 1558

Pese a las derrotas en el campo de batalla del año anterior, los franceses se habían repuesto y habían ocupado la plaza de Calais, la última posesión inglesa en el continente.

María Tudor lamentó la pérdida de esa ciudad. Hacía cinco siglos, desde que Guillermo el Conquistador se coronara rey de Inglaterra, que los ingleses habían poseído ciudades y tierras en territorio continental. Poco a poco los habían ido perdiendo. Calais había sido el último dominio inglés en el continente. Ya no les quedaba nada.

Cuando llegó a Londres la noticia de la caída de Calais, la reina comentó con tristeza: «Cuando esté muerta y se descubra mi pecho, encontrarán a Calais dentro de mi corazón».

La pérdida de esa ciudad también se lamentó en Yuste, pues al fin y al cabo era una plaza que perdía Felipe como rey de Inglaterra, y así lo hizo constar el emperador.

Estaba adormilado. Carlos descansaba aquel mediodía de principios de febrero en la silla especial que le había fabricado Juanelo. A través de los cristales de la galería entraba el sol de invierno, que caldeaba la estancia y la convertía en un agradable y cálido lugar.

—Majestad, la comida está servida —anunció el mayordomo.

—¿Qué ha preparado Adriano? —demandó el emperador citando por su nombre al cocinero.

—Guiso de anguilas con cardo, legumbres estofadas, pierna de cordero en salsa de miel, pastel de perdiz y confitura de frutas rojas en almíbar.

—Vayamos a ello.

Carlos se sentó a la mesa y comenzó a degustar la pierna de cordero.

—¿Os sirvo cerveza, majestad, o preferís vino tinto? Es de Valladolid, el mejor de la cosecha del año pasado.

—¡Qué demonios…! Esta carne no sabe a nada. ¡Ya le habéis dicho a Adriano que suprima las especias! ¿No es así?

—Mi señor, con todos mis respetos, ya no sabemos qué hemos de hacer para satisfacer el gusto de vuestra majestad. Supongo que ni siquiera os complacería un guiso hecho con los mejores relojes.

—¿Guiso de relojes? Sois un impertinente. Debería mandar que os azotaran. Pasadme un pedazo de pan. Al menos Pelayo —así se llamaba el panadero— sí sabe hacer su trabajo.

—Majestad, disponemos en la cocina de las mejores especias: canela de Ceilán, pimienta de Cochinchina, benjuí y jengibre de Sumatra, nuez moscada de Banda, alcanfor, ruibarbo y

almizcle de China, clavo de las islas Molucas… Una sola libra de algunas de estas especias vale más de cien ducados en Londres.

—Entonces soy yo el que está perdiendo el gusto.

Jeromín volvió a Yuste a comienzos de aquel mes de febrero. Carlos estaba muy feliz cada vez que veía a su hijo menor.

«¡Ojalá fuera él el heredero de Felipe!», pensaba una y otra vez, lamentando que su nieto Carlos fuera el sucesor.

Le gustaba enseñarle su colección de relojes y las armas que guardaban en Yuste.

—Mira, Juan —Carlos prefería llamar a su hijo con ese nombre que con el de Jeromín—, esta ballesta la fabricó Juan Blanco, mi mejor armero.

—Es muy bonita —dijo Jeromín.

—Está hecha con acero, hierro, madera y hueso.

—¿La habéis usado en la guerra, majestad? —le preguntó Jeromín.

—Podía haberlo hecho, pero es una ballesta para la caza. Un día de esta próxima primavera, si me recupero de este maldito dolor, te llevaré a cazar y usaremos esta ballesta. Es muy precisa y está perfectamente equilibrada.

—Nunca he ido a cazar.

—Pues comenzaremos cazando perdices y liebres, y cuando te hagas mayor perseguiremos jabalíes y venados. Te gustará.

Badajoz, fines de enero y febrero de 1558

Desde que su hermano decidiera abdicar, Leonor y María habían pedido acompañarlo a su retiro en Yuste, pero el emperador seguía prohibiéndoles residir en el monasterio.

Las dos reinas viudas habían decidido vivir como ricas cortesanas y alojarse en un palacio. Las dos habían soportado pruebas muy duras en sus vidas y solo querían pasar sus últimos años en tranquilidad.

Leonor se había casado a los veinte años, en contra de su voluntad, con el rey Manuel I de Portugal, un hombre treinta años mayor, y cuando se quedó viuda lo hizo, por orden de su hermano Carlos, con el rey Francisco I de Francia, que la trató con desprecio y la relegó al olvido. En su juventud había sido una mujer hermosa, de cabello rubio y sedoso como el de su abuela Isabel la Católica, pero a sus casi sesenta años tenía las piernas gruesas como troncos y asma crónica. Su piel estaba lívida, los labios los tenía azulados y respiraba con dificultad.

Separada a la fuerza de su hermano Carlos, al que tanto amaba, Leonor había pedido reunirse con su hija María, a la que no había vuelto a ver desde que la dejara en Lisboa con tan solo seis meses de edad.

Las cartas que el emperador había enviado un año antes a Portugal pidiéndole al rey Juan III que permitiera viajar a su sobrina María a España para reunirse con su madre habían surtido efecto al fin y el portugués autorizó ese encuentro. Pero Juan III murió en julio y tuvo que negociarse de nuevo el viaje de María a España.

Se acordó que el encuentro de María con su madre Leonor se produciría a finales del mes de enero en la ciudad de Badajoz.

—Por fin podré volver a ver a mi hija. Era tan pequeña cuando me tuve que ir de Portugal… —Leonor estaba entusiasmada, a la vez que nerviosa, ante la proximidad del encuentro con su hija. Durante todos esos años solo se habían comunicado por carta.

—Querida hermana, permíteme que te haga una pregunta que quizá te resulte incómoda. Te pido perdón por ello. ¿Es cierto que fuiste la amante de don Juan y que por eso tuviste que marcharte de Lisboa dejando allí a tu hija? —le preguntó María de Hungría.

—Eso fue una insidia que hizo correr por Lisboa un embajador de Polonia al que rechacé sus requerimientos amorosos, hermanita —Leonor era la mayor y se permitía ese tratamiento con sus hermanos—. Me acababa de quedar viuda del rey Manuel; ese embajador supuso que yo necesitaba un hombre y quiso meterse en mi cama. Despechado porque lo rechacé, era rudo, borracho y apestaba a vino, se inventó esa mentira de mis amores con el hijo de mi esposo, e incluso llegó a decir que yo estaba embarazada de don Juan, mi hijastro. No era cierto, pero el polaco ya había hecho el daño que pretendía, de modo que el nuevo rey me ordenó que me marchara de Portugal para acallar esos rumores.

—Hermana, ¡cuánto has debido sufrir! —María la abrazó con fuerza.

—Treinta y siete años separada de mi hija. Treinta y siete años ansiando que llegara el instante de volver a ver a mi pequeña. Treinta y siete años. —Una lágrima resbaló por la mejilla de Leonor.

Las dos hermanas de Carlos esperaban en Badajoz a María de Portugal, que se encontraba en la ciudad de Elvas aguardando el momento acordado para cruzar la frontera.

Era tal como la había imaginado y como la reflejaban los cuadros: rubia, de ojos color azul celeste, hermosa, vital… Allí estaba María. Leonor de Castilla y de Aragón, la primogénita de Juana la Loca, la única mujer que había sido reina de Portugal y reina de Francia, contempló a su hija y lloró treinta y siete años después.

María iba acompañada por su tía la reina Catalina de Portugal, la hermana pequeña de Leonor y de María de Hungría.

—Madre, me alegro de veros —dijo María de Portugal con un tono tan frío que a Leonor le pareció que se le helaban las venas.

—¡Hija mía, hija! No sabes cuánto te he echado de menos. —Leonor la abrazó y le besó las mejillas. María no mostró expresión alguna.

Durante varios días las tres hermanas Habsburgo, Leonor, María y Catalina, y María de Portugal convivieron en Badajoz. Hablaron, comieron, dieron largos paseos por las riberas del río Guadiana y recordaron viejos tiempos.

Pero madre e hija, Leonor y María, no se entendieron. La princesa de Portugal estaba dolida y airada porque no había podido casarse con su primo el rey Felipe, seis años más joven, como tiempo atrás le habían asegurado que lo haría.

¡Lo había imaginado tantas veces! Pero, al fin, el emperador había decidido casar a su hijo con María Tudor, la vieja y fea tía inglesa, la solterona. La portuguesa se sentía despreciada y creía que su madre no había defendido sus planes de matrimonio con Felipe con la energía necesaria.

—Me abandonaste cuando tenía seis meses y luego no me apoyaste para convertirme en esposa de mi primo Felipe y en reina de España. Yo estaba prometida a Felipe, yo era su novia, y

tú no hiciste nada en mi favor. Nada —le recriminó María a su madre.

—Hija, lo siento mucho. Mi hermano Carlos cambió de opinión en el último momento y decidió que Felipe se casaría con la reina de Inglaterra. Yo no pude evitarlo.

—Fui despreciada de niña y lo he vuelto a ser de mujer.

—Por favor, quédate conmigo en Castilla; viviremos felices, recuperaremos los años perdidos. Ven conmigo, hija. Hablaré con mi hermano Carlos y buscaremos un esposo que te haga feliz, un príncipe o un rey.

—No. No pisaré la tierra de Castilla como doncella pudiendo haberlo hecho como su reina.

—Hay un hermoso palacio en Guadalajara donde podemos vivir juntas. Será nuestra corte.

—No es posible eso que propones, madre. No es posible. Quiero volver a Portugal. Espero ser feliz allí. Aquí no lo sería jamás.

Leonor sintió que su corazón se rompía en pedazos. Tantos años esperando aquellos momentos para volver a perder a su hija de nuevo.

Así eran las mujeres de la casa de Austria y así debían seguir siendo. Desde muy niñas a todas ellas les habían enseñado que nacían y vivían para la mayor gloria del linaje de Habsburgo. Las cuatro que aquellos días convivieron en Badajoz sabían bien cuál era su misión en la vida y la cumplieron. No debían hacer otra cosa. No podían.

Talavera la Real, 25 de febrero de 1558

La reunión de las cuatro mujeres de la casa de Austria en Badajoz, tres reinas y una princesa, acabó mal. Pese a las súplicas de Leonor para que su hija se quedara con ella en España, María de Portugal se negó.

El último día, antes de que María y Catalina regresaran a Lisboa, la infanta portuguesa rechazó a su madre. Volvió a recriminarle que la había abandonado siendo una niña de seis meses y que la había condenado primero a la soledad de crecer sin una madre a su lado, y ya mayor a la soltería por no apoyar su boda con Felipe. Le espetó que ningún príncipe europeo querría como esposa a una mujer de treinta y siete años que había sido despreciada y humillada de semejante manera.

María ni siquiera quiso besar a su madre cuando se despidieron en Badajoz.

Leonor y María de Hungría, apenadas y llenas de tristeza, salieron de Badajoz de vuelta a Guadalajara, donde se habían instalado ante las reiteradas negativas de Carlos a acogerlas en Yuste.

Solo habían caminado una docena de millas cuando, a la vista de la villa de Talavera, Leonor, que no había dejado de llorar en todo el día, sintió una fuerte presión en el pecho. Apenas podía respirar, el aire le llegaba con mucha dificultad a los pulmones y su corazón palpitaba muy deprisa.

Juan de Jaraba, el médico de las dos reinas que viajaba con ellas, la examinó.

—Vayamos a esa villa —dijo—. No podemos seguir adelante. La reina necesita descansar.

El carruaje aceleró la marcha y entró en Talavera la Real. La reina Leonor fue llevada a la mejor casa de la villa, propiedad de la familia hidalga de los Tovar, que estaba ubicada en la plaza Mayor.

María de Hungría no se separó un solo instante de su hermana mayor, que pasó seis días en cama, con las piernas hinchadas, el corazón desbocado y la respiración entrecortada.

—María, hija, mi pequeña, mi niña… —deliraba Leonor, que no podía contener su angustia por el rechazo que había sufrido en Badajoz.

—Señora —Juan de Jaraba habló con María de Hungría—, siento informaros que vuestra hermana puede fallecer en cualquier momento.

—¡Oh!, ¿no hay nada que se pueda hacer por ella?

—Ha llegado la hora en que Dios la acoja en su seno.

Esa misma mañana, a mediodía, el corazón de Leonor de Austria, reina de Portugal y de Francia, la hija mayor de Juana la Loca, se detuvo.

Las vísceras de la hermana del emperador Carlos se enterraron delante del altar mayor de la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, en Talavera la Real, y su cuerpo fue llevado a Mérida, donde quedó depositado en espera de que Carlos dispusiera dónde debían reposar sus restos.

María de Hungría lloró desconsolada la muerte de su hermana, a la que tanto quería. Habían crecido juntas en los palacios de Prinsenhof y Coudenberg, habían compartido sueños y miedos, ilusiones y fracasos. Se habían separado cuando su hermano decidió que debían casarse con reyes de otras naciones para sellar acuerdos políticos en interés de la casa de Austria; lo habían hecho en contra de sus deseos, porque habían sido educadas para ello, para obedecer y cumplir su misión en beneficio de la familia. Pero habían vuelto a reunirse en Bruselas, cuando Leonor se quedó viuda por segunda vez a la muerte de su esposo el rey Francisco de Francia, y habían vivido juntas desde entonces. Ahora la muerte las separaba para siempre.

Monasterio de Yuste, 1 de marzo de 1558

Carlos sintió cómo se le encogía el corazón cuando le comunicaron la muerte de su hermana mayor.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó compungido y con los ojos humedecidos.

—Según dicta el informe de don Juan de Jaraba, el médico de vuestras hermanas las reinas, el corazón de doña Leonor de detuvo a causa de un ataque —informó Luis de Quijada.

—¿Dónde está su cuerpo?

—Las vísceras se han enterrado en la iglesia parroquial de Talavera la Real, la villa donde falleció, y su cuerpo está en el pudridero de Mérida en espera de que vuestra majestad dicte dónde ha de ser enterrado.

—Disponed lo necesario para que sea trasladado aquí, a Yuste, en cuanto sea posible.

—Sí, majestad —asentó el secretario.

—Escribid a mi hermana doña María para que venga a verme cuanto antes y a mi hijo el rey don Felipe dándole cuenta de la muerte de su tía la reina de Francia.

—¿Y a doña María de Portugal? Es su hija…

—Sí, escribid también a Lisboa. No he visto a mi sobrina, a María. Pedí al rey de Portugal que la dejara venir, pero ha regresado a Portugal sin que pudiera conocerla.

Carlos consideró por un instante que quizá debió haber ratificado la boda de Felipe con la infanta María, como se había acordado en un primer momento. Había preferido a la reina de Inglaterra como esposa de su hijo, pero no se arrepentía por lo hecho. Los miembros de la casa de Austria, tanto hombres como mujeres, debían casarse con quien más favoreciera los intereses familiares. No había lugar para el sentimiento cuando se trataba de convertir a su linaje en el dueño del mundo.

Londres, abril de 1558

La firma de la reina de Inglaterra quedó estampada en el documento secreto.

—¡Hecho! —se limitó a comentar tras escribir su nombre.

—Es una buena decisión, majestad —le dijo su secretario.

—Eso espero. Acabo de sellar un acta en la cual cedo al rey de Francia mis derechos sobre la Corona de Escocia en caso de que yo muera sin descendencia. ¿Os parece una buena decisión?

—Es la mejor manera de evitar una guerra con Francia, señora.

—Mi esposo el rey Felipe no estará de acuerdo —supuso María Tudor.

—Majestad, con todo mi respeto, don Felipe está preocupado por sus asuntos en España, en Italia y en Flandes; Inglaterra no forma parte de sus prioridades.

Y era cierto. Felipe había renunciado de hecho a influir en la política inglesa. Había fracasado en su intento de ejercer el poder efectivo, y su papel de rey consorte no despertaba en él la menor consideración.

—Pero no por eso deja de ser el rey de Inglaterra.

—Solo en cuanto es vuestro esposo, señora. El Parlamento lo ha dejado muy claro en todas sus resoluciones al respecto.

Veinte días más tarde de que María Tudor firmara ese documento, María Estuardo, la joven reina escocesa que vivía exiliada en Francia, se casó en París con el delfín Francisco, que fue proclamado rey consorte de Escocia.

Entre tanto, María Tudor todavía albergaba alguna remota esperanza de volver a ver a su esposo, pero Felipe no deseaba volver a Inglaterra. Había fracasado en su intento de convertirse en rey efectivo, había perdido su arriesgada apuesta ante el Parlamento inglés y ahora estaba obligado a jugar con otras cartas.

Monasterio de Yuste, fines de primavera de 1558

Había pasado la mañana despachando correspondencia para su hija Juana, que le demandaba consejos sobre qué hacer con los herejes luteranos que se habían descubierto en Valladolid y en Zamora, y para su hijo Felipe, al que alentaba a castigar a los luteranos a la vez que le pedía que procurara obtener todo el dinero posible para afrontar los gastos de la Hacienda real.

—Si tuviera salud para ello, yo mismo iría a Valladolid y estrangularía con mis manos a esos herejes. O acabamos pronto con todos ellos o se convertirán en una plaga. Espero que Juana se ocupe de esos traidores como merecen. Deben ser quemados vivos y todos sus bienes confiscados —masculló Carlos al sentarse para comer.

Sobre la mesa del emperador se habían dispuesto pasteles de anguila, empanada de lamprea, ostras vivas traídas desde la costa de Santander en cajas enfriadas con nieve y hielo de los neveros ubicados a lo largo de todo el camino, anchoas en salazón, sardinas en escabeche, truchas fritas del río de Yuste, embutidos de Extremadura, espárragos cocidos, varios tipos de quesos, cerezas, fresas con nata y frutas confitadas.

Carlos de Austria comenzó a devorar las fresas con nata, las cerezas recién cogidas y una compota de manzana, y después fue degustando el resto de aquellos manjares. Le faltaban varios dientes, lo que sumado a su prognatismo le dificultaba masticar, pero se las ingeniaba para no dejar sobre el plato ni un solo pedazo de comida.

—No ha dejado una sola migaja para nosotros —comentó uno de los dos criados que le habían servido el banquete al emperador.

—Seis jarras de cerveza se ha bebido para poder pasar por la garganta esas viandas. Toda una familia podría alimentarse durante una semana con lo que su majestad se ha trajinado hoy —dijo el otro.

—¿Sabes qué están comiendo los pobres de Cuacos?

—Hace semanas que no voy a esa villa.

—Pues cualquier cosa que se mueve o que se cultiva va a la cazuela. Migas de pan negro aderezadas con sebo de cerdo, gachas, altramuces o garbanzos son un manjar, y topos, culebras, ranas, lagartos e incluso perros y gatos acaban en las ollas aderezados con laurel, romero, tomillo o cualquier otra hierba. Una olla con un guiso de lo que sea para desayunar y unas migas para irse a dormir con la sensación de tener la tripa llena.

—Baja la voz, que si te escuchan decir esto te pueden castigar y echarte de aquí. Al menos al servicio del emperador no pasamos hambre. Toma. —El criado le enseñó a su compañero un trapo que contenía algo oculto.

—¿Qué es?

—Empanada de lamprea. Una verdadera exquisitez. Lo he cogido sin que ni el cocinero ni el camarero de su majestad se dieran cuenta.

Desenvolvió el pedazo de empanada del trapo, lo partió por la mitad y ambos criados la saborearon con deleite.

—Es bueno ser rey —comentaron casi al unísono.

Sisando un poco de longaniza, un puñado de harina, los restos de un manojo de nabos, unas rebanadas de pan, alguna cebolla, la cabeza de un carnero, la costra de algunos quesos o unas berzas, los criados de palacio podían alimentar a sus familias e incluso ganarse algunos favores de mujeres pobres que acudían a la villa de Cuacos para conseguir aquellas sobras de comida a cambio de entregar su cuerpo para solaz de los más desaprensivos.

Bruselas, julio de 1558

Tras enterarse de las decisiones tomadas por su esposa la reina de Inglaterra, Felipe decidió que nunca volvería a ese país.

Los problemas económicos acuciaban a la monarquía hispana. La quiebra de la Hacienda real era de tal magnitud que Felipe, aconsejado por sus más fieles colaboradores, pensó en cerrar los mercados hispanos al resto de Europa como medida para evitar que los españoles se quedaran sin dinero ante la necesidad de comprar productos esenciales que no se podían conseguir en España.

Felipe comentaba con su secretario un memorial enviado por el contador Luis de Ortiz, en el que se hacían importantes consideraciones sobre lo que estaba ocurriendo en los reinos de España.

—Tiene razón, don Luis de Ortiz, los españoles somos pocos. Francia y Alemania tienen más de quince millones de habitantes cada una, y en España ni siquiera llegan a los seis millones —lamentó el rey.

—Y son muchos los españoles, sobre todo andaluces y extremeños, que quieren marchar a América en busca de fortuna, majestad —repuso el secretario.

—No lo podemos permitir. Si se van todos los que lo pretenden, los campos de Castilla y de Aragón, ya bastante despoblados, quedarían tan vacíos de gente que no habría manos para cultivar las tierras.

—España es un milagro —comentó el secretario.

—Lo es. Un puñado de hombres han logrado conquistar el Nuevo Mundo.

Felipe obvió comentar que en el memorial se indicaba que Castilla aportaba dos millones de ducados para mantener los tercios y pagar los costes de las guerras de la casa de Austria y que los castellanos pagaban rentas por todo y abonaban impuestos hasta por los productos alimenticios más comunes.

Una arroba de lana costaba quince reales en el mercado de Medina del Campo, pero, una vez elaborada en los talleres de Flandes o de Italia en forma de paños, alfombras o tapices, volvía a España al precio de más de quince ducados. El contador indicaba en su informe que los soldados de los tercios se equipaban de armas fuera de España, donde apenas se fabricaban, y que tampoco se aprovechaban de manera conveniente y eficaz los recursos que llegaban de las Indias, cuyos mayores beneficios acababan en las manos de los banqueros alemanes y genoveses.

En España apenas se elaboraban productos. Solo los moriscos sabían transformar las materias primas en mercancías: los moriscos aragoneses hacían cerámica con el barro, los granadinos tejidos de seda con los gusanos de la morera, y los aragoneses y valencianos edificios de ladrillo y muebles de madera. Los moriscos eran además los que más crecían, pues en cada familia morisca nacían el doble de niños que en las de los cristianos viejos.

El rey de España pensó que, de seguir así, andando el tiempo habría más moriscos en sus reinos hispanos que cristianos viejos, y entonces llegarían los turcos, con los que grupos de moriscos tenían ya tratos secretos, y ocuparían España, como ya lo hicieran sus antepasados árabes ocho siglos y medio atrás.

A lo que no prestó atención fue a la denuncia que le enviaron algunas autoridades de la Corona de Aragón, que protestaban por la apropiación que estaba haciendo en Castilla de los territorios de la Corona de Aragón. Acompañaban esa carta de protesta con una copia manuscrita de un libro en catalán titulado *Coloquios de la insigne ciudad de Tortosa*, obra en un tal Cristòfor Despuig, escrito el año anterior, y donde se criticaba esa actitud de los castellanos.

Monasterio de Yuste, mediados de agosto de 1558

Pese a todo, en Alemania los luteranos estaban ganando terreno. Las medidas tomadas por el papa contra los herejes y los protestantes habían provocado el efecto contrario al pretendido. Los consejeros católicos de Carlos le pedían que instara a su hijo Felipe y a su hermano Fernando, como rey y emperador, respectivamente, a que intervinieran de manera mucho más contundente contra los protestantes.

Las ideas de Lutero habían llegado hasta Castilla y León. En Valladolid, Salamanca, Zamora y otras ciudades la Inquisición había descubierto la presencia de círculos secretos en los que se enseñaban y seguían las doctrinas de Lutero.

A la amenaza de los protestantes se sumaba la creciente actividad que se había detectado en el Imperio turco. Un informe de un espía al servicio de España alertaba sobre la construcción de una flota de galeras de guerra en los astilleros de Estambul y la velada intención del sultán otomano de invadir la isla de Cerdeña. Los turcos habían tomado la plaza de Civitella y amenazaban con atacar Nápoles y Roma.

Pero las tropas de Felipe habían vuelto a vencer a los franceses, ahora en la batalla de Gravelinas; Francia estaba forzada a pedir la paz.

Carlos le escribió a su hijo Felipe anunciándole que los procuradores de las Cortes de Castilla y León siempre habían estado del lado de sus reyes y que podía contar con ellos en estos momentos de extrema gravedad.

Aquella noche de agosto ya no hizo tanto frío como las anteriores. El rey se despertó con buen tono y pidió que viniera su barbero a afeitarlo y a recortarle el pelo.

—Majestad, a vuestras órdenes —saludó Nicolás, que hacía ya tiempo que servía al emperador como barbero.

—Córtame el pelo bien rasurado, que ya han vuelto los calores, y aféitame —le indicó.

—Como gustéis.

El barbero se puso a lo suyo. Afiló la navaja, aplicó el jabón perfumado en el rostro de Carlos y comenzó su faena.

—Nicolás, ¿a que no sabes qué estoy pensando en estos momentos? —le preguntó.

—No puedo saberlo a menos que me lo digáis. ¿Qué estáis pensando, mi señor?

—Tengo ahorradas dos mil coronas y creo que las voy a dedicar a pagar con ellas mis honras fúnebres. ¿Qué te parece?

—Majestad, no deberíais preocuparos por vuestros funerales. Sabed que, si vuestra majestad falleciese, Dios lo difiera muchísimo tiempo, vuestros siervos costearíamos las honras fúnebres como merece el dueño del mundo, que no ha habido señor más justo ni más honrado que vuestra majestad.

—No seas necio, Nicolás, que no es la misma cosa para un hombre llevar la candela delante que llevarla detrás.

—No os entiendo, mi señor.

—Pues que una cosa es prometerle en vida lo que se va a hacer con uno cuando muera y otra distinta es cumplirlo tras su muerte.

—Vuestros súbditos cumpliremos…

—No prometas nada, Nicolás. Será mejor que antes de morir disponga que esos dos millares de coronas se destinen para comprar las velas y los cirios y para pagar las honras y oraciones de mi sepelio que verme enterrado sin honores y ceremonias.

Carlos ya no creía en sus médicos. Ni siquiera rezar lo consolaba. Su desesperación por tanto dolor le había empujado a rodearse de amuletos con piedras preciosas, como había leído que se hacía en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, una obra de teatro de gran éxito en la que Celestina, una vieja alcahueta, remendaba virgos e intermediaba entre enamorados. Así, llevaba encima gemas de lapislázuli y una sortija con aguamarina contra la gota, otro anillo de granate engastado en oro contra las llagas y un brazalete de oro contra las hemorroides.

Cuando se quedó a solas sacó de un cajón de su escritorio el horóscopo que le había enviado Luis Losantos. Había nacido bajo el signo de Piscis, un signo de agua marcado por la responsabilidad. Responsabilidad.

Ojalá tuviera más tiempo. Tiempo.

Si pudiera echar el tiempo atrás. Si pudiera…

Monasterio de Yuste, 30 de agosto de 1558

Apenas le dio importancia. No era la primera vez que le picaba un mosquito, una pulga o una chinche. Durante las campañas militares que había llevado a cabo a lo largo de su vida era normal resultar acribillado por aquellos parásitos.

A las pocas horas, la zona de la piel donde había recibido la picadura se le inflamó y enrojeció. Le dolía la cabeza y sentía una extraña calentura como nunca antes había experimentado. Aquel mes de agosto había comenzado con varios días seguidos mucho más fríos de lo habitual, pero en la última semana cambió el viento rolando del sur, subieron las

temperaturas y el calor se hizo sofocante. Con el calor y la humedad, de las charcas y estanques surgieron entonces nubes de mosquitos, y la gente de la región comenzó a enfermar. Varios hombres, entre ellos cuatro criados del emperador, murieron por la fiebre en aquellos días.

Luis Losantos comprobó que los enfermos habían sido picados por mosquitos y supuso que ambas circunstancias estaban relacionadas de alguna manera.

Carlos había comido aquel día de agosto en la terraza, al sol, con vistas al estanque. Nada más rematar un pedazo de queso con mermelada de fresas silvestres sintió un escalofrío que le recorrió desde la nuca y bajó por toda la espalda. Enseguida le sobrevino la fiebre y unos convulsos espasmos y fuertes temblores. Luis Méndez de Quijada ordenó que llamaran al médico.

Enrique Mathis y Cornelius acudieron enseguida. Estaban en la cercana aldea de Cuacos. Los acompañaba Luis Losantos, que les estaba ayudando en la asistencia a varios enfermos de calentura en ese pueblo.

—¿Qué le ocurre a su majestad? —preguntó Mathis.

—Se ha sentido muy enfermo nada más acabar su comida. Tiene temblores y una calentura muy alta.

—Veámoslo.

Carlos estaba tumbado en la silla camilla que le habían fabricado para que pudiera descansar con la mayor comodidad posible.

—Señor, señor —el médico se dirigió al emperador, que mantenía los ojos cerrados—. ¿Cómo os encontráis?

—Mal, don Enrique, muy mal. Esta zona del cuerpo me arde —balbució señalando su pierna derecha; su aspecto era el de un hombre al borde del colapso.

—Dejadme que la vea.

Tenía la pantorrilla derecha enrojecida y la piel le ardía justo en la zona donde le había picado el mosquito. Carlos solía dormir algunos días con las piernas destapadas, pues no podía soportar el dolor que le causaba el simple roce de una sábana.

—Aplicaremos una sangría a esa zona —dijo Mathis tras observar la pantorrilla enrojecida e inflamada.

—¿Estáis seguro, don Enrique, que esa es la mejor solución? —preguntó Luis Losantos.

—Lo es. La sangría elimina los malos humores que se acumulan en la sangre —dijo Mathis.

—Siempre escuché a mi padre, que estudió medicina en la escuela de Salerno, que las sangrías eran muy perjudiciales para los enfermos, que lo que provocan no es precisamente su curación, sino un agravamiento al debilitarlos —adujo Losantos.

—Vuestro padre estaba equivocado. Ese método es el que usan los sarracenos —terció Cornelius.

—Un médico italiano y cristiano llamado Jerónimo Frascatori ha publicado en Venecia un libro en el que rechaza el uso de la sangría y recomienda tratar enfermedades como la sífilis con guayaco y mercurio…

—Tengo sed, dadme agua, agua —pidió el emperador.

—Majestad, no podéis beber en tanto no acabe la sangría.

Mathis y Cornelius ignoraron las recomendaciones de Luis Losantos y procedieron a extraerle un cuartillo de sangre al emperador, que seguía pidiendo algo de beber.

Tres horas más tarde, acabada la sangría, los médicos permitieron que le sirvieran a Carlos una jarra de cerveza, que se bebió con avidez.

El señor Van Male, su ayuda de cámara de confianza, quiso apoyarlo para subir a la litera, pero Carlos protestó diciendo que no era un inválido. Lo hizo solo, pero resbaló y dio con el rostro contra el suelo. Perdió dos de los ya escasos dientes que aún conservaba y tuvo que alimentarse solo con líquidos durante una semana.

—Supongo que es grave —le comentó Luis de Quijada a los médicos.

—Sí, pero creo que sanará —dijo Mathis.

—Escribiré una carta a su alteza doña Juana. Como hija de don Carlos y regente de Castilla y León debe conocer cómo se encuentra su padre.

—Claro, pero decidle que no corre peligro de muerte —añadió Cornelius.

Quijada asintió, pero cuando aquella misma noche se puso a redactar la carta para doña Juana, la informó sobre las palabras del médico, pero también le comentó que, a su entender, su majestad parecía más grave de lo que decía su médico. «Siento que hay más peligro en la enfermedad y estado de su majestad que lo que los médicos nos cuentan», escribió.

En la semana siguiente lo sangraron en dos ocasiones más, como lo hubieran hecho unos falsos curanderos, y le administraron unos purgantes que acabaron por estropearle el estómago y los intestinos.

La fiebre no remitía. Se alternaban en el cuerpo del emperador momentos de calentura con periodos de frío, que duraban el doble de tiempo y lo consumían lentamente. Había perdido su apetito voraz y hablaba con una voz casi ininteligible de tan quebrada. Era un anciano impedido y lisiado que ni siquiera podía sostener una pluma en sus manos.

Las sangrías no hicieron, como había indicado Luis Losantos, sino empeorar la salud y debilitar al emperador, que deliraba cuando la fiebre alcanzaba su más alto nivel.

Además, las sangrías le provocaron nuevos achaques, mayor debilidad y nuevas enfermedades; aparecieron las hemorroides, el estreñimiento, las piedras en el riñón, se le inflamaron las amígdalas, la rinitis y el asma; sufrió indigestiones y le sobrevinieron algunos ataques de epilepsia, los que en ocasiones había sufrido cuando era más joven, pero que en los últimos años habían remitido; y se acentuó la gota, siempre la gota, esa enfermedad que lo había acompañado y martirizado durante toda la segunda mitad de su vida.

Monasterio de Yuste, 9 de septiembre de 1558

Se sabía cerca de la muerte; más cerca que nunca.

—Don Luis, me queda muy poco tiempo de vida. Deseo ver de nuevo a mi hijo Juan.

—¿Juan? —se extrañó Quijada, que le estaba leyendo un libro al emperador.

—Jeromín; aunque yo prefiero llamarlo Juan.

—Mañana mismo lo traeré de nuevo a vuestra presencia, señor.

—Y quiero ser enterrado en un ataúd de madera, el más sencillo que podáis encontrar.

—Señor, no vais a morir…

—Se me va la vida a borbotones. Estas fiebres acabarán muy pronto conmigo. Pero continuad leyendo, don Luis.

—«… Adán fue creado el viernes, sexto día de la creación, en el año 3960 antes del nacimiento de nuestro señor Jesucristo. Le sucedió su hijo Seth, y luego Enos… y luego aconteció el Diluvio en el año 1305 antes del nacimiento de Cristo… Y fueron los antepasados

del césar Carlos los reyes de Troya, que fue fundada en 1477 antes de Nuestro Señor por un descendiente de Atlante, rey de Hispania; y el último de ellos, Príamo, murió el año 1177 antes de Cristo, el de la destrucción de esa ciudad… Y es don Carlos de Austria descendiente por vía paterna de los reyes merovingios, del emperador Carlomagno y de los emperadores otones, del linaje de los Habsburgo de Alemania, y del primer duque de Austria. Y por sus abuelos maternos los Reyes Católicos, es don Carlos descendiente de don Pelayo…» —Luis de Quijada continuó leyendo el manuscrito elaborado por Luis de Sandoval en el que se glosaban los hechos y hazañas del emperador.

Carlos se quedó dormido. Con la boca entreabierta, pues apenas podía ya cerrarla dado su deterioro y su deforme mandíbula inferior, dejaba entrever la carencia casi absoluta de dientes.

Quijada dejó de leer y se quedó un buen rato mirando al que fuera el dueño de medio mundo.

Cuando despertó al cabo de casi dos horas, el emperador se sintió mejor. Seguía con fiebre, pero al menos el dolor de la gota había remitido un poco.

—Llamad al escribano, don Luis, quiero añadir un codicilo a mi testamento.

Al poco llegó el notario, quien en presencia de Luis de Quijada y cuatro testigos más comenzó a copiar el dictado del emperador.

—Quiero ser enterrado bajo el altar de la iglesia de este monasterio, con medio cuerpo fuera de la mesa de oficiar, para que cuando el sacerdote diga misa, tenga sus pies justo sobre el lugar bajo el cual estén ubicados mi cabeza y mi pecho. Y que se traiga el cuerpo de mi esposa la emperatriz Isabel desde Granada a esta iglesia de Yuste. Deseo que se labre un retablo de alabastro en el cual se coloque el cuadro *La Trinidad* del pintor Tiziano, que algunos llaman *El Juicio Final*. A los lados de dicho altar se tallarán dos figuras de bulto, una mía y otra de mi esposa, ambas envueltas como en lienzos, descalzas y arrodilladas en posición de rezar hacia el altar. Hágase así salvo que a mi hijo el rey le pareciese otra cosa, pero que siempre me entierren junto al cuerpo de doña Isabel.

»También es mi voluntad…

Bruselas, mediados de septiembre de 1558

Felipe había pasado el verano guerreando contra el ejército francés en la frontera de Flandes y Francia.

Estaba contento porque había logrado varias victorias y había conseguido que españoles, alemanes y holandeses peleasen juntos contra los franceses.

Felipe y su canciller despachaban en el palacio de Coudenberg un grave asunto. Los hijos de los conquistadores muertos en América demandaban de la Corona una pensión, que no era posible abonar ante las graves dificultades que atravesaba la Hacienda real.

El tesorero había remitido un informe en el que concluía que el emperador, tras su abdicación, había dejado una deuda de algo más de veinticinco millones de ducados, que no se podía saldar ni sumando a todas las alcabalas los diferentes tributos que se recaudaban en España.

También informaba sobre el saqueo a que había sido sometido durante años el rico tesoro que doña Juana había llevado a Tordesillas al inicio de su largo cautiverio. Fernando el Católico primero y luego el emperador Carlos habían requisado para pagar sus campañas militares casi todo este tesoro.

Felipe ordenó que se investigara qué había pasado con tantas riquezas como se detallaban en el primer inventario que se elaboró al llegar doña Juana a Tordesillas. Se interrogó a todos los sirvientes, en algunos casos bajo amenazas y algunos golpes, que contaron cómo habían sido expoliados todos aquellos bienes por orden del bisabuelo y el padre de don Felipe.

Lo único que quedaba de las cuantiosas riquezas de doña Juana era un pequeño cofrecito de plata con algunas joyas y una bolsa con un puñado de monedas de oro.

Las noticias que llegaban de Yuste lo entristecieron. Su padre estaba muy grave y no parecía capaz de superar la enfermedad que lo consumía.

También llegaban inquietantes nuevas de Londres, donde la reina María Tudor se había sumido en una profunda depresión que agravó su ya delicado estado de salud. Ante lo que parecía un fatal e inminente desenlace, Felipe le escribió una carta a su esposa instándola a que reconociera a su media hermana Isabel como heredera.

A comienzos de ese año María había vuelto a creer que estaba embarazada, y así lo había confesado a sus damas de compañía en Londres. Estaba tan convencida de que esta vez iba en serio que llegó a dictar un testamento en el cual disponía que, si ella fallecía durante el parto, su esposo Felipe sería el regente del reino hasta la mayoría de edad del hijo de ambos. Pero, como en la primera ocasión, se trataba de un falso embarazo.

—Señor —le dijo el canciller Antonio Perrenot a Felipe—, vuestra esposa la reina se muestra renuente a reconocer a doña Isabel como heredera.

—Espero que el conde de Feria la convenza —asentó Felipe—, para eso lo hemos enviado a Inglaterra.

—Majestad, creo que doña María tiene una sospecha…

—¿Qué insinuáis?

—Creo que supone que, en caso de fallecer, pretendéis desposaros con su hermana, y que por eso no la confirma como su heredera.

El canciller tenía razón. Felipe estaba informado de la grave enfermedad de su esposa, que llevaba varios meses sufriendo fuertes dolores de cabeza, altas fiebres, pérdida de visión y constantes mareos, y había pensado en casarse con Isabel para seguir siendo rey de Inglaterra.

Desde agosto, María vivía recluida en el palacio de Saint James, procurando no contagiarse de una epidemia que asolaba Londres.

—Si doña María muere, dejaré de ser rey de Inglaterra. Y si la sucesora de mi esposa, como algunos nobles pretenden, es María Estuardo, la reina de Escocia, se irán al traste todos nuestros planes de aislar a Francia. Por eso tenemos que convencer a mi esposa para que nombre heredera a doña Isabel y que lo haga cuanto antes. Poneos a ello enseguida.

—Sin falta, majestad —asentó Perrenot.

Isabel Tudor, que acababa de cumplir veinticinco años, seguía soltera. En Inglaterra no se le conocían amoríos a la hija de Ana Bolena, de modo que la llamaban la Princesa Virgen.

—Si muere doña María e Isabel se convierte en reina, me casaré con ella y volveré a ser rey de Inglaterra —asentó Felipe.

Monasterio de Yuste, mediados de septiembre de 1558

Nada más ponerse el sol un águila negra se posó sobre el tejado de la iglesia del monasterio de Yuste. Allí permaneció inmóvil durante más de una hora hasta que, al final del ocaso y ya con la última claridad desaparecida en el horizonte oriental, emitió cinco agudos chillidos, remontó el vuelo hacia poniente y desapareció entre las copas de los árboles.

María de Hungría había llegado a Yuste aquella misma tarde. Dado el grave estado de salud de su hermano, se le había concedido un permiso especial para romper la prohibición de que hubiera mujeres en el monasterio. Estaba en la habitación del emperador con el inquisidor Fernando de Valdés y el confesor fray Juan de la Regla.

—Se acerca mi final —bisbisó Carlos de Austria al escuchar el chillido del águila.

—Solo es un águila, majestad, solo eso —dijo Valdés.

—No. Es el espíritu de alguno de mis antepasados, que acude para requerir mi presencia al otro lado. Sé que vendrá todas las noches a reclamar mi alma, hasta que vuele con ella al más allá.

—Carlos, hermano…

—Apenas me queda tiempo —Carlos interrumpió a María—. Llamad al señor arzobispo —se refería a don Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo—, deseo que venga a mi lado cuanto antes. He de comunicarle algunas de las decisiones que he tomado en mi testamento y deseo saber nuevas de mi hijo el rey don Felipe.

—Hermano, ese hombre detenta la mitra de Toledo. No es buen cristiano; suele pronunciar sermones de contenido herético.

—Vuestra hermana tiene razón, señor. Don Bartolomé acostumbra a manifestar ideas que están muy cerca de las que defiende el grupo de herejes luteranos de Valladolid. Cuando se dictó sentencia contra ellos, el arzobispo de Toledo se mostró muy blando, tanto que parecía que estaba más cerca de lo que propugnan los herejes que de los mandatos de la Santa Madre Iglesia.

Valdés hizo un gesto cómplice a fray Juan de la Regla. El confesor del emperador lo entendió y terció en el asunto.

—Majestad, eso es cierto. El arzobispo no condenó con la energía suficiente y necesaria a los herejes de Valladolid.

—¿Qué importa eso ahora? —balbució el emperador, que sentía cómo se le iba la vida por momentos.

Llamaron al médico, que acudió enseguida.

El médico Mathis hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Señora —le bisbisó al oído a María—, su majestad agoniza. Su estado es irreversible y su vida es solo cuestión de la voluntad de Dios.

El emperador sudaba y temblaba a la vez de frío. La fiebre lo estaba consumiendo. Por algunas llagas supuraba humores espesos y viscosos, el mentón estaba desencajado por completo y la artritis le impedía mover las manos.

Apenas podía tragar un bocado, tenía la mente ofuscada y confusa y perdía la consciencia por momentos.

Monasterio de Yuste, atardecer del 20 de septiembre de 1558

A pesar de las sospechas de herejía que pesaban sobre él, el arzobispo de Toledo se presentó en Yuste el día 20 de septiembre al atardecer.

—Majestad, el cardenal Carranza ha llegado —le anunció el ayuda de cámara.

—Hazlo pasar de inmediato.

Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, entró en la habitación del emperador, que yacía en la camilla que le habían fabricado para que descansara con la mayor comodidad posible.

—Mi señor, aquí estoy —adujo el cardenal, cuyas cejas pobladísimas destacaban sobremanera en un rostro de piel oscura, ojos negros muy vivaces, nariz ligeramente torcida,

labios finos y mentón poderoso. Lucía barba y bigotes completamente canos.

—Hace varios días que os hice llamar. Habéis tardado demasiado —protestó el emperador con ademán adusto.

—Solo hace mes y medio que desembarqué en Laredo, mi señor, ni siquiera he podido acudir a tomar posesión de mi sede arzobispal de Toledo. He venido en cuanto me ha sido posible.

—Sentaos a mi lado —le pidió Carlos.

—Os lo agradezco. Vengo muy cansado del camino. —El arzobispo tomó asiento en una silla a la cabecera de la camilla del emperador.

—¿Cómo está mi hijo el rey Felipe?

—Goza de buena salud, majestad, y anda deseoso de poder encontrarse con vos aquí en España. Vuestro hijo no piensa en otra cosa que en prestar un buen servicio a vuestra majestad y a estos reinos.

—¿Y cómo se encuentra el asunto de los herejes de Valladolid?

Aquella pregunta cogió desprevenido al arzobispo.

—Lo que ahora importa es vuestra salud, señor. Estos son momentos para que vuestra majestad mantenga la esperanza en Cristo. Todo lo demás carece de importancia y es una burla.

Carlos miró con recelo al cardenal y calló.

Durante varios minutos nadie dijo una sola palabra. El arzobispo Carranza, el inquisidor Valdés, el confesor De la Regla y María de Hungría se cruzaron miradas cargadas de recelo.

Carranza entendió que había llegado el momento de retirarse.

—Majestad, la última etapa del camino hasta Yuste ha sido larga y cansada. Os rogaría que me permitierais retirarme a descansar.

Carlos asintió. El cardenal de Toledo se incorporó, hizo una reverencia y salió de la habitación.

—¿Lo habéis escuchado, majestad? Sus últimas palabras han sido las propias de un hereje —intervino el confesor De la Regla.

—A mí me han parecido de simple consuelo —balbució el emperador, que apenas tenía fuerzas para articular más palabras.

—Ese hombre no es de fiar. Ha pasado mucho tiempo entre herejes, quizá lo hayan convencido con sus embustes —dijo Valdés, cuya enorme frente despejada coronaba una cabeza grande y redonda. El inquisidor, que había sido profesor de derecho canónico en la Universidad de Salamanca, era un hombre tenaz, estaba obsesionado con la herejía y veía herejes por todas partes.

—Que no le falte una pensión a doña Bárbara —habló de pronto el emperador.

—¿Cómo…?

—Doña Bárbara Blomberg, la madre de mi hijo don Juan, que no le falte nunca una pensión, que no le falte —reiteró.

—Yo me encargaré de ello —dijo María.

—Hermana, tú debes volver a hacerte cargo del gobierno de los Países Bajos. Te necesitamos allí.

—Iré donde tú me ordenes.

El águila regresó para posarse de nuevo sobre el tejado de la iglesia del monasterio, como cada atardecer de cada uno de los cinco días anteriores.

Monasterio de Yuste, madrugada del 21 de septiembre de 1558

El emperador pareció atravesar unos momentos de lucidez, pero de pronto, pasada la medianoche, el rictus de la muerte se dibujó en su rostro.

Luis Losantos se colocó en un extremo de la habitación, procurando pasar inadvertido entre la docena de personajes importantes que había en la estancia. Permanecía allí por deseo expreso del emperador, que había decidido que su astrólogo, el hijo del médico que tantas veces lo había atendido, estuviera presente. Losantos se asomó a la ventana y vio la figura del águila posada sobre el tejado; su figura formidable se recortaba en el cielo oscuro entre las estrellas. Por un momento desplegó las alas y pareció querer iniciar el vuelo hacia lo más profundo y oscuro de la noche.

Losantos recordó a su esposa Leonor y a su hijo Diego, cuyo paradero seguía desconociendo. Se prometió a sí mismo que en cuanto falleciera el emperador dedicaría toda su vida a encontrarlos.

Despertaron al arzobispo de Toledo con prisas. Le avisaron que el emperador se estaba muriendo y reclamaba su presencia. Carranza se levantó del lecho donde hacía unas pocas horas se había retirado para dormir en la zona reservada a los monjes. Se vistió ligero con su hábito y se dirigió a las habitaciones del emperador.

—Me dicen que su majestad agoniza. Necesita la extremaunción —adujo el cardenal al llegar a los aposentos donde moraba Carlos de Austria.

—Ya se la he dado —dijo el confesor De la Regla, que se interpuso en el camino del arzobispo.

—No estará de más que también lo haga yo. Un emperador bien merece la bendición de un príncipe de la Iglesia. ¿Me permitís el paso?

Juan de la Regla miró con recelo a los ojos al cardenal. Estaba envidioso de aquel hombre que había logrado notables éxitos en el Concilio de Trento, lo que lo había encumbrado al cardenalato. Al fin, tras unos tensos instantes, se apartó a un lado.

—¿Quién sois? —preguntó Carlos un tanto desorientado al percibir la presencia del arzobispo.

—Carranza, majestad. Me habéis llamado. Permitidme que os dé la extremaunción.

—¡Ah, don Bartolomé, coged esa cajita de madera y acercádmela —dijo el emperador señalando un objeto que había encima de una mesa. La misma de la que no se había separado en los últimos veinte años.

—Aquí la tenéis, majestad.

—Abridla.

Juan de la Regla se extrañó. El emperador jamás había permitido que nadie abriera esa cajita.

El cardenal levantó la tapa con sumo cuidado. Pudo comprobar que contenía un crucifijo y un pedazo de vela.

—¿Deseáis tomar estos objetos?

—Sí. Dadme el crucifijo. Fue el que tuvo en sus manos mi esposa doña Isabel en el momento de su muerte.

—¿Y la vela?

—Es un pedazo de cirio bendito que los monjes del monasterio de Monserrat consagraron para mí. Supongo que mi vida debe consumirse a la vez que se gasta esa vela. Encendedla.

El cardenal Carranza se apresuró a prender la mecha del cirio, cuya llama comenzó a lucir en la penumbra de la alcoba.

El cardenal se persignó, se colocó en pie junto a la cama del emperador y dijo:

—Si vuestra majestad tiene dificultades para escuchar lo que digo, intentad leer este libro —dijo Carranza, quien llevaba una biblia en sus manos—, y si tampoco podéis hacerlo, buscad en vuestro corazón y en vuestra memoria. Depositad toda vuestra confianza en Cristo, que murió por todos nosotros. Nuestro Señor sabe que vuestra majestad ha propiciado grandes beneficios en esta tierra para la Iglesia católica, y en justa correspondencia, os recompensará eternamente con grandes dones en el cielo. Con el auxilio de Dios nada podéis temer, ni al demonio ni al pecado. Depositad toda esperanza en Jesucristo y sabed que vuestra alma irá al reino de los cielos, pues habéis recibido los sacramentos de la Santa Madre Iglesia y estáis en paz con Dios.

Le colocó en las manos el crucifijo de Isabel y procedió a impartir la extremaunción.

Juan de la Regla miró a Fernando de Valdés, que asintió. Al confesor esas palabras del arzobispo le parecieron heréticas, pues daban a entender que, como sostenían los protestantes, para salvar el alma era suficiente con la fe y no eran necesarias las obras.

—Sostened la vela bendecida de Montserrat, majestad —le pidió el cardenal.

Carlos lo intentó, pero ni siquiera tuvo fuerzas para sujetarla.

Entonces, al ver la extrema debilidad del emperador, Luis de Quijada se santiguó, tomó la vela y la sostuvo en alto.

Todos los presentes en la sala comenzaron a rezar en latín:

Si iniquitates observaveris, Domine,
Domine, quis sustinebit?
Quia apud te propitiatio est,
et propter legem tuam, sustinui te, Domine.
Sustinuit anima mea in verbo eius;
speravit anima mea in Domino.
A custodia matutina usque ad noctem,
speret Israel in Domino.
Quia apud Dominum misericordia
et copiosa apud eum redemptio.
Et ipse redimet Israel
ex omnibus iniquitatibus eius.
(Si los pecados consideras, Señor,
¿Señor, quién se salvará?
Porque la gracia está contigo,
y por tu ley te busco, Señor.
Mi alma aguarda en su palabra;
espera mi alma en el Señor.
Desde el comienzo de la mañana hasta la noche
aguarda Israel al Señor.
Porque en el Señor hay misericordia,
y en él habita la redención.
Él redimirá a Israel
de todos sus pecados.)

A continuación, el cardenal de Toledo comenzó a entonar en latín el salmo ciento treinta de David, que llaman *De profundis*, «Desde el abismo»:

De profundis clamavi ad te, Domine.
Domine exaudi vocem meam.

Fiant aures tuae intendentes
In vocem deprecationis meae…

Luis Losantos lo tradujo en su cabeza:

(Desde lo más profundo te llamo, Señor.
Señor, ¡oye mi voz!
Escuchen tus oídos
los ruegos de mi voz…).

El astrólogo permanecía callado en un rincón de la estancia observando cuanto acontecía a su derredor.

Haciendo un esfuerzo extraordinario, Carlos de Austria alzó la cabeza y miró el crucifijo de Isabel, que mantenía entre sus manos, lo besó con tranquilidad y con sus últimas energías lo apretó contra su pecho entornando los párpados.

—¡Ay, Señor! —exclamó como si se tratara de un suspiro. Enseguida abrió los ojos, miró a todos y cada uno de los que se encontraban en la alcoba y añadió—: Ya es tiempo, ya es el tiempo. ¡Ay, Jesús! —Lentamente fue cerrando los ojos, como despidiéndose de la vida que con tanta intensidad había vivido.

El dueño del mundo exhaló su último aliento a la vez que se apagó la llama del pedacito de vela de Monserrat, de cuya Virgen era un fiel devoto.

El emperador había muerto.

Todos permanecieron inmóviles.

Tras un largo rato sin que nadie moviera un solo músculo, Luis Losantos miró el reloj favorito del emperador: marcaba las dos. Entonces sintió un extraño presagio y se desplazó muy despacio hacia la ventana. La noche era oscura y el cielo estrellado se había cubierto de nubes. Buscó la sombra del águila en el tejado, pero ya no estaba allí.

De repente se abrió un claro entre las nubes y asomó una luna menguante que iluminó con un tenue reflejo de plata la fachada sur del monasterio de Yuste. Debajo de la ventana de la sala donde yacía el cadáver de Carlos de Austria había brotado una azucena que el emperador había plantado con sus propias manos unas semanas antes.

Luis Losantos sonrió.

El espíritu del dueño del mundo seguía vivo.

EPÍLOGO

Los cinco hijos del matrimonio de Juana la Loca y Felipe el Hermoso fueron reyes y reinas.

Carlos de Austria, emperador y rey, murió a las dos de la madrugada del 21 de septiembre de 1558. Su hijo, el rey Felipe II, que estaba en esos momentos en los Países Bajos, no se enteró de la muerte de su padre hasta varias semanas más tarde.

Leonor, reina de Portugal y de Francia, había muerto en febrero de ese mismo año.

María, reina de Hungría y gobernadora de los Países Bajos, murió un mes después de que falleciera su hermano el emperador.

Los otros dos hijos que quedaban vivos fallecieron; en 1564 el emperador de Alemania y rey de romanos, Fernando, y en 1578 la reina Catalina de Portugal.

Carlos de Austria fue enterrado en el altar de la iglesia del monasterio de Yuste, donde permaneció durante varios años hasta que su hijo Felipe II ordenó trasladar sus restos al monasterio del Escorial. Allí volvió a encontrarse con el cadáver de su esposa la emperatriz Isabel, trasladado desde Granada.

María Tudor, reina de Inglaterra, murió el 17 de noviembre de 1558. La sucedió su media hermana Isabel I. Felipe II dejó de ser rey de Inglaterra, pero en 1580 se convirtió en rey de Portugal.

La rama española de la casa de Austria gobernó España, la América española, las islas Filipinas y otras del océano Pacífico, buena parte de Italia y la mitad de los Países Bajos hasta el año 1700, cuando al morir sin heredero directo Carlos II el Hechizado, el último soberano de la rama española de este linaje, estalló la guerra de Sucesión, que entronizó a la casa de Borbón.

La rama alemana de la familia Habsburgo gobernó el Imperio alemán hasta 1780; su última emperatriz fue María Teresa I. Pero el Sacro Imperio Romano Germánico sobrevivió hasta 1806, cuando el emperador Francisco II lo convirtió en Imperio de Austria y luego en Imperio Austro-Húngaro, hasta su disolución definitiva en 1918, al final de la Primera Guerra Mundial.

Carlos I de España y V de Alemania fue el hombre más poderoso del mundo en el siglo XVI y uno de los grandes emperadores de todos los tiempos.

APÉNDICES

NOTA DEL AUTOR

Con esta tercera entrega acaba esta trilogía dedicada a la vida de Carlos de Austria (1500-1558).

El primer volumen, *El vuelo del águila* (Planeta, 2016), comienza el mismo día de la muerte de Isabel la Católica, en Medina del Campo el 27 de noviembre de 1504, y finaliza en enero de 1519, cuando su nieto Carlos, ya rey de las Coronas de Castilla y León y de Aragón, recibe la noticia de la muerte de su abuelo materno, el emperador Maximiliano I, y asume que el próximo hombre en sentarse en el trono de Carlomagno va a ser él.

El segundo, *El mundo en sus manos* (Planeta, 2017), se inicia en las primeras semanas de 1519, con Carlos de Austria a punto de convertirse en emperador, y acaba a fines de la primavera de 1539, con el emperador recluido en un monasterio llorando la muerte de su esposa Isabel.

Esta tercera entrega, *El dueño del mundo* (Planeta, 2019), recorre los últimos veinte años de la vida de Carlos (1539-1558), de la plenitud de sus rutilantes victorias militares frente a Francia y a los protestantes, a su decadencia física, su abdicación en Bruselas y su retiro y muerte en el monasterio extremeño de Yuste.

Además de los hechos y vida del emperador, en esta nueva entrega vuelven a protagonizar la ficción los miembros de la familia Losantos, ahora con el médico Pablo Losantos, que cuidará de los frecuentes ataques de gota del emperador; de su hijo Luis, que aspira a ser un afamado astrólogo; y de María e Isabel Losantos, las herbolarias que tendrán que sufrir las denuncias y los abusos de la Inquisición por su actividad como sanadoras y por el nunca olvidado pasado judío de la familia.

Como en las dos entregas anteriores, estoy en deuda con muchos amigos y colegas. En el proceso de documentación me he encontrado con decenas y decenas de nuevos ensayos, crónicas y colecciones documentales de historiadores que han estudiado esta época y a estos personajes; sin esos trabajos, que incluyo en la bibliografía y de los que me he aprovechado con no poco egoísmo, esta trilogía hubiera sido inviable.

He seguido y sigo disfrutando de la amistad y la maestría de historiadores y escritores a los que admiro y procuro emular, sobre todo de José Calvo Poyato, Juan Eslava Galán, Gisbert Haefs, Jesús Maeso, Toti Martínez de Lezea, Santiago Posteguillo, Javier Sierra, Margarita Torres, Antonio Pérez Henares, Rosario Raro, Sebastián Roa o Luis Zueco. Escuchándolos y leyendo sus obras he aprendido mucho sobre cómo construir y escribir una novela histórica.

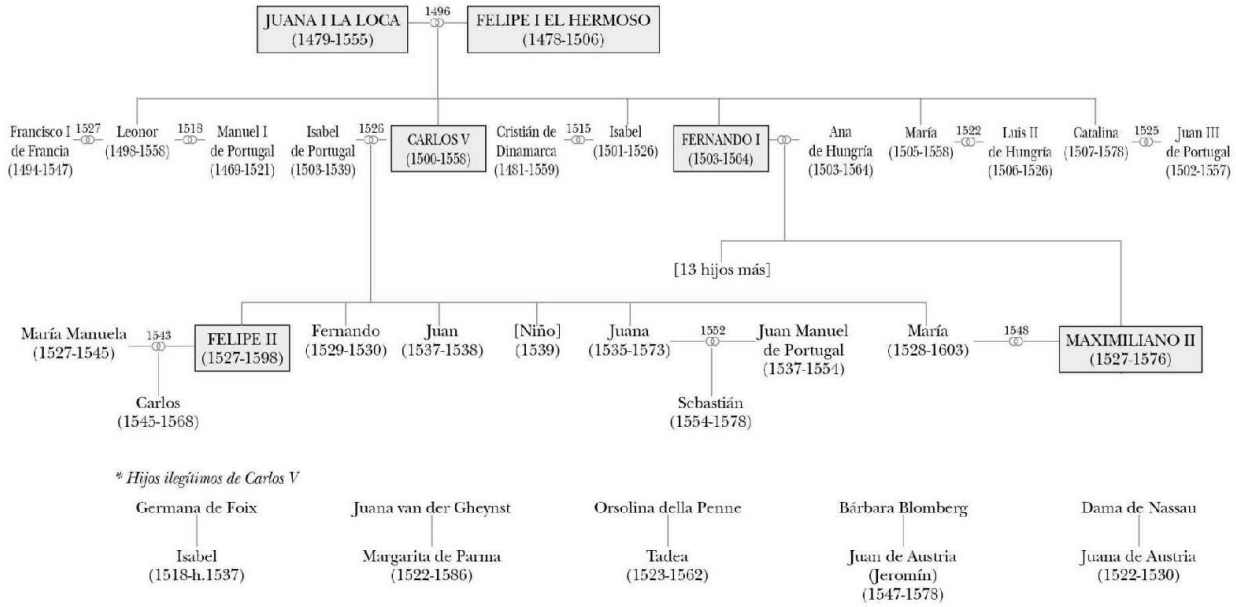
Esta trilogía no hubiera sido posible sin el trabajo y el cariño de mis editoras en Planeta, Raquel Gisbert y Purificación Plaza, que me soportan con su obligado estoicismo, mejoran el texto con sus acertados consejos y me empujan con su gratificante vigor para que sacuda mi pereza y siga adelante.

Muchas gracias también a los trabajadores de la editorial Planeta, que cuidan los detalles y mantienen firme la editorial.

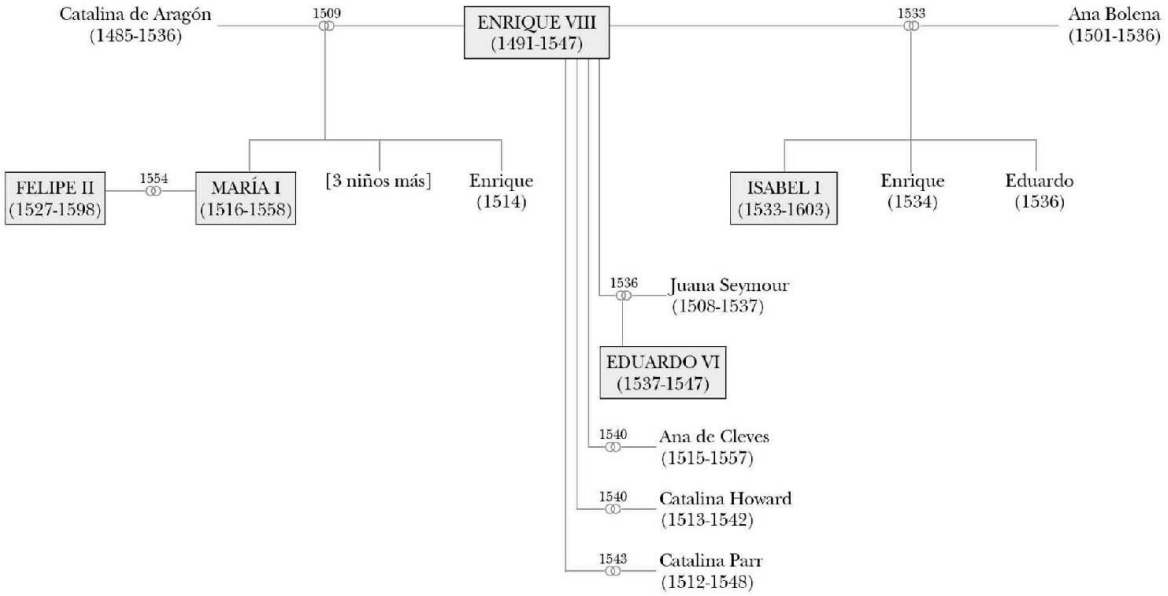
Pero mi mayor agradecimiento es para los lectores de esta saga, que me han enviado numerosos mensajes de aliento y me han reconfortado con su apoyo. Seguiremos juntos en los libros mientras ellos quieran.

ÁRBOLES GENEALÓGICOS

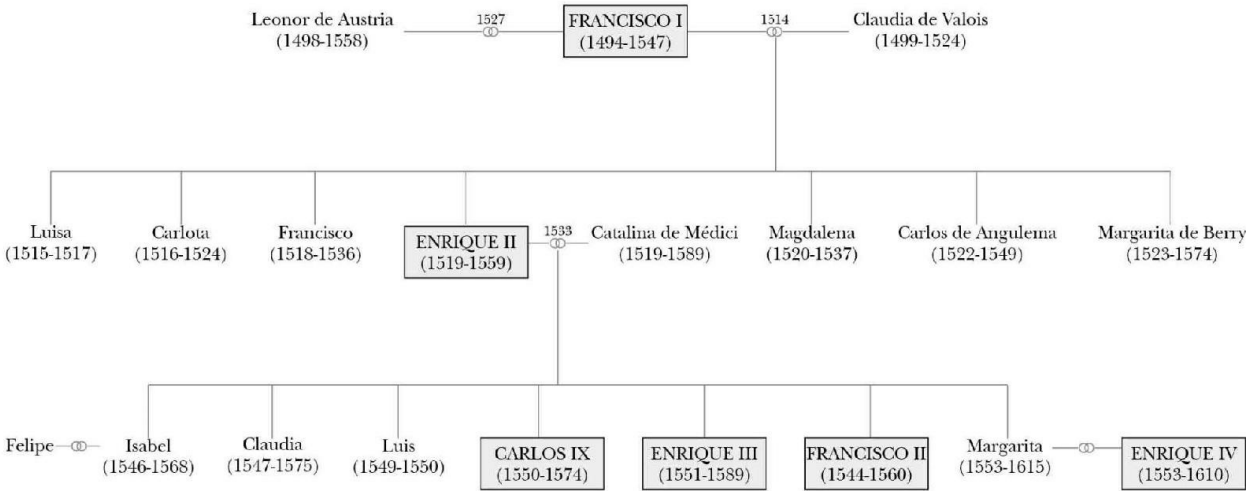
GENEALOGÍA DE LA FAMILIA DE CARLOS DE AUSTRIA (1478-1558)



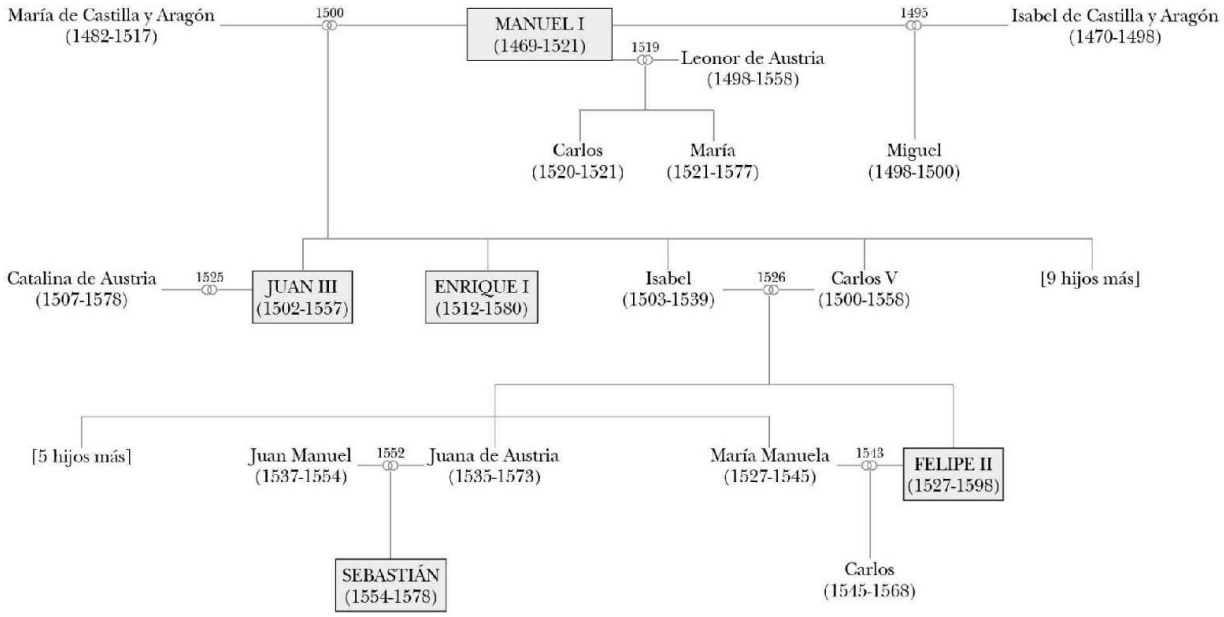
GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE INGLATERRA (1491-1558)



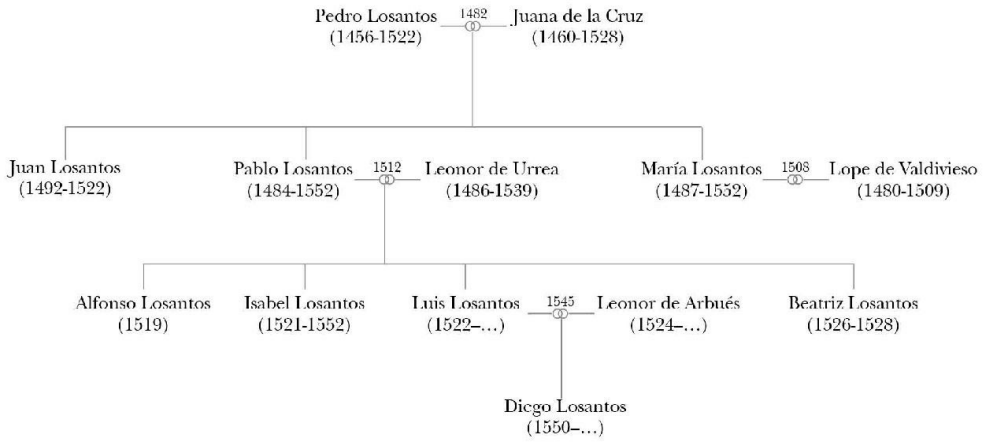
GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE FRANCIA (1494-1559)



GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE PORTUGAL (1469-1557)



GENEALOGÍA DE LA FAMILIA LOSANTOS (1456-1558)



PRINCIPALES PERSONAJES HISTÓRICOS

—**Ana de Hungría** (1503-1547): esposa de Fernando I de Austria.
—**Andrea Doria** (1466-1560): almirante general de la Armada de Carlos V en el Mediterráneo.
—**Antonio Perrenot de Granvela** (h. 1517-1586): canciller y consejero real.
—**Barbarroja Jaireddín** (1475-1546): corsario; almirante de la Armada del Imperio otomano.
—**Carlos de Gante o de Austria** (1500-1558): hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; archiduque de Austria (1506), rey de España y de las Indias occidentales (Carlos I desde 1516) y emperador de Alemania (Carlos V desde 1519).
—**Carlos de Angulema** (1522-1545): hijo del rey Francisco I de Francia.
—**Catalina de Austria** (1507-1578): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Juan III y reina de Portugal (1525-1557).
—**Enrique II** (1519-1559): rey de Francia (1547-1559); esposo de Catalina de Médici.
—**Enrique VIII** (1491-1547): rey de Inglaterra (1509-1547); esposo de Catalina de Aragón.
—**Felipe II** (1527-1598): hijo de Carlos V y de Isabel de Portugal; rey de España (1554-1598).
—**Fernando I de Austria** (1503-1564): hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; emperador de Alemania (1554-1564).
—**Francisco I** (1494-1547): rey de Francia (1515-1547).
—**Francisco de los Cobos** (1477-1547): consejero y secretario de Estado de Carlos V.
—**Francisco Pizarro** (1478-1541): conquistador del Perú.
—**Germana de Foix** (1488-1536): sobrina de Luis de Francia, esposa de Fernando el Católico y reina de Aragón (1505-1516).
—**Hernán Cortés** (1485-1547): conquistador y gobernador de México.
—**Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba** (1507-1582): tercer duque de Alba; consejero y general de Carlos V.
—**Isabel** (1518-1539): hija de Germana de Foix y Carlos V.
—**Juan III** (1502-1557): rey de Portugal (1521-1557).
—**Juan Manuel (**1537-1554): príncipe heredero de Portugal, hijo de Juan III y Catalina de Austria; esposo de Juana de Austria y padre del rey Sebastián de Portugal.
—**Juana de Austria** (1535-1573): hija de Carlos V; esposa del príncipe Juan Manuel de Portugal.
—**Juana la Loca** (1479-1555): hija de los Reyes Católicos; archiduquesa de Austria, reina de Castilla y de León (1504-1555) y de Aragón (1516-1555); madre de Carlos V.
—**Juana van der Gheynst** (1500-1541): amante de Carlos V; madre de su hija Margarita de Parma.
—**Leonor de Austria** (1498-1558): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Manuel I y reina de Portugal (1519-1521); esposa de Francisco I y reina de Francia (1527-1547).
—**Luis de Sandoval** (h. 1500 - h. 1570): marqués de Denia; carcelero de Juana la Loca.
—**Luis Méndez de Quijada** (¿-1570): mayordomo de Carlos V; tutor de Juan de Austria.
—**Lutero** (1483-1546): Martín Lutero; fraile agustino impulsor de la Reforma protestante.

—**Margarita de Parma** (1522-1586): hija natural de Carlos V y Juana van der Gheynst.
—**María de Austria y Hungría** (1505-1558): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Luis II y reina de Hungría (1522-1526).
—**María de Austria** (1528-1603): hija de Carlos V; esposa de Maximiliano II y emperatriz de Alemania.
—**María Manuela** (1527-1545): esposa del príncipe Felipe y madre del príncipe Carlos; hija de Juan III de Portugal y de Catalina de Austria.
—**Maximiliano de Austria** (1527-1576): hijo de Fernando I de Austria y de Ana Jagellón; esposo de María de Habsburgo, hija de Carlos V.
—**Nicolás de Perrenot, señor de Granvela** (1484-1550): consejero y canciller de Carlos V.
—**Paulo III** (1468-1549): Alejandro Farnesio; papa de la Iglesia (1534-1549).
—**Guillermo de Orange** (1533-1584): teniente general y gobernador de Flandes.
—**Soleimán el Magnífico** (1499-1566): sultán del Imperio otomano (1520-1566).
—**Tadea de Austria** (1523-1562): hija natural de Carlos V y Orsolina della Penna.

PRINCIPALES PERSONAJES DE FICCIÓN

—**Isabel Losantos** (1521-1552): curandera; hija de Pablo Losantos.
—**Leonor de Arbués** (n. 1523): esposa de Luis Losantos.
—**Luis Losantos** (n. 1522): hijo de Pablo Losantos; astrólogo.
—**María Losantos** (1487-1552): curandera; hermana de Pablo Losantos.
—**Pablo Losantos** (1484-1552): médico real.

CRONOLOGÍA

—**1539**: Instrucciones de Carlos V a Felipe II.
—**1540**: Dieta de Worms; Carlos cede a Felipe el ducado de Milán.
—**1541**: Dieta de Ratisbona; desastre de Carlos V en Argel.
—**1542**: Guerra con Francia.
—**1543**: Boda de Felipe y María de Portugal; regencia de Felipe; instrucciones de Palamós.
—**1544**: Carlos V invade Francia; paz de Crépy.
—**1545**: Inicio del Concilio de Trento.
—**1546**: Guerra de Esmalcalda; muere Lutero.
—**1547**: Victoria de Carlos en Mühlberg; mueren Francisco I y Enrique VIII.
—**1548**: Instrucciones de Carlos sobre política exterior; Dieta e *Interim* de Augsburgo.
—**1549**: Segregación de los Países Bajos del Imperio; Felipe, heredero de los Países Bajos.
—**1550**: Pacto de sucesión de la familia Habsburgo.
—**1551**: Felipe, regente de los reinos de España.
—**1552**: Guerra con Francia; Carlos V huye de Innsbruck; paz de Passau.
—**1553**: Muere Eduardo VI de Inglaterra; María Tudor nueva reina; Carlos V sitia Metz.
—**1554**: Boda de Felipe y María Tudor, reina de Inglaterra.
—**1555**, 22 de abril: Muere Juana la Loca; Carlos cede la soberanía de los Países Bajos a Felipe.
—**1556**: Carlos abdica; dominios hispanos a su hijo Felipe y el Imperio a su hermano Fernando.
—**1557**: Bancarrota de la Hacienda real.
—**1558**, 21 de septiembre: Carlos V muere en Yuste.

BIBLIOGRAFÍA

Crónicas

ANTONIO, Nicolás, *Biblioteca Hispana Nueva o de los escritores españoles que brillaron desde el año MD hasta el de MDCLXXXIV*, edición de F. Pérez Bayer, Madrid, 1999.

ÁVILA Y ZÚÑIGA, Luis de, *Comentario de la guerra de Alemania hecha por Carlos V, máximo emperador romano, rey de España, en el año de MDXLVI y MDXLVII*, ed. de F. Xavier y García, Madrid, 1767.

BEAS MIRANDA, Miguel, *Estudios en la época de Carlos V: Crónica de Florián de Ocampo*, ed. Universidad de Granada, 1988.

BELLÉRE, J. (ed.), *Rerum a Carolo V Caesare Augusto in Africa bello gestarum Commentarii elegantissimis iconibus ad historiam accommodis illustrati authorum Elenchum equorum monumentis hoc opus constat, sequens pagella indicabit*, Antuerpiae, 1555.

CALVETE DE ESTRELLA, Juan, *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Felipe*, ed. Bibliófilos Españoles, Madrid, 1930.

CASAS, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destruición de las Indias*, ed. Cátedra, Madrid, 2007.

CIEZA Y LEÓN, Pedro, *Descubrimiento y conquista del Perú*, Istituto Storico Italiano per l'età Moderna e Contemporánea, Roma, 1979.

CLOVIO, Giulio, y otros, *Triunfos del emperador Carlos V*, 2 vols., ed. Brokarte, Madrid, 1991.

De rebus hispanorum gestis ad novum orbem Mexicumque accurante Regia Historiae Academia, Madrid, 1780.

DOLCE, Lodovico, *Vita dell'Imperatore Carlo Quinto*, Venecia, 1561.

EL INCA GARCILASO DE LA VEGA, *La conquista del Perú*, ed. Atlas, Madrid, 1944 (1617).

GARCÍA CERECEDA, Martín, *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del emperador Carlos V e Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia desde 1521 hasta 1543*, 3 vols., Madrid, 1873-1876.

GIRÓN, César, *Crónica del Emperador*, ed. de J. Sánchez Montes, ed. CSIC, Madrid, 1964.

GONZAGA, Luigi, *Cronica del soggiorno di Carlo V in Italia*, ed. G. Romano, Milán, 1892.

GOVIO, Paulo, *Libro de las historias de Carlos Quinto de España*, Valencia, 1562.

JEREZ, Francisco de, *Verdadera relación de la conquista del Perú*, Madrid, 1947.

JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo, *El Antijovio*, ed. R. Torres Quintero, Ed. Voluntad, Bogotá, 1952.

LIECHTENSTEIN, H. K. von, *Libro de horas de Carlos V*, ed. Casariego, Madrid, 1994.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Anales del emperador Carlos V*, ed. de R. B. Merriman, Clarendon Press, Oxford, 1912.

— *Guerras de mar del Emperador Carlos V*, ed. Sociedad Estatal, Madrid, 2000.

— Francisco, *Historia general de las Indias*, ed. Linkgua, Barcelona, 2004.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Décadas del Nuevo Mundo*, Ed. Bajel, Buenos Aires, 1944.

MEJÍA, Pedro, *Historia de Carlos V*, ed. J. de la Mata Carrizo, Espasa Calpe, Madrid, 1945.

MENA, Cristóbal de, *Relaciones primitivas de la conquista del Perú* (1534), Ed. Raúl Porras Barrenechea, Lima, 1967.

Relación del sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1934.

RESENDE, García de, *Vida e feytos d'el Rey Dom João segundo*, ed. de E. Verdelho, CELGA, Coímbra, 2007.

SÁENZ DE CASES, María del Carmen, *La imagen literaria de Carlos V en las crónicas castellanas*, ed. Edwin Mellen Press, Spanska, 2009.

SANDOVAL, Prudencio de, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, ed. de Carlos Seco Serrano, 3 vols., Atlas, Madrid, 1955-1956.
SANTA CRUZ, Alonso de, *Crónica del emperador Carlos V*, ed. de R. Beltrán y Rózpide y A. Blázquez y Delgado-Aguilera, 5 vols., Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, Madrid, 1920-1925.
SEPÚLVEDA, Juan Ginés de, *Cartas de Sepúlveda a Felipe II*, Madrid, 1846.
— *De rebus gestis Caroli V*, 2 vols., ed. Ayuntamiento de Pozoblanco, 1995 y 1996.
— *Historia de Carlos V*, ed. de E. Rodríguez y Baltasar Cuart, 2 vols., Salamanca, 1995-1996.
TRUJILLO, Diego de, *Relación del descubrimiento del Perú* (1571), Atlas, Madrid, 1964.
VEGA, Garcilaso de la, *Historia general del Perú*.
VERA Y FIGUEROA, Juan Antonio de, *Epítome de la vida i hechos del invicto enperador (sic) Carlos V*, ed. Universidad de Valencia, 2000.
ZAPATA, Luis, *Carlo Famoso*, Valencia, 1566 (Badajoz, 1981).
ZÁRATE, Agustín de, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Diego Miranda, Lima, 1944.
ZÚÑIGA, Francisco de, *Crónica de Carlos V*, ed. de D. Pamp de Avalle-Arce, Ed. Crítica, Barcelona, 1981.
ZÚÑIGA, Francisco de, *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, ed. Universidad de Salamanca, 1989.

Colecciones documentales

ANNATRA, Bruno (ed.), *Carlo V: Fonti. Scritti di storici*, 2 vols., ed. Nuova Italia, Florencia, 1974.

— *Carlo V: Memorie. Firenze*, ed. Nuova Italia, Florencia, 1977.

BRADFORD, W. (ed.), *Correspondenc of the Emperor Charles V and his ambassadors at the Courts of England and France*, Londres, 1850.

BRANDI, Karl (ed.), *Berichte und Studien zur Geschichte Karls V*, 20 vols., Gotinga, 1930-1942.

— *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, 42 vols., Madrid, 1864-1884.

CORTÉS, Hernán, *Cartas de la conquista de México*, ed. Sarpe, Madrid, 1985.

DRUFFEL, August von (ed.), *Beiträge zur Reichsgeschishte 1546-1551*, 4 vols., Múnich, 1873-1896.

EIMERIC, Nicolau, y PEÑA, Francisco, *El manual de los Inquisidores*, ed. Muchnick, Barcelona, 1983.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (ed.), *Carlos V: Memorias*, Madrid, 1960.

— (ed.), *Corpus documental de Carlos I (1516-1539)*, 5 vols., ed. Universidad de Salamanca, 1973-1981.

GHISLAIN LE GLAY, André Joseph (ed.), *Correspondance de l'empereur Maximilian et de Marguerite d'Autriche, sa fille*, 2 vols., París, 1839.

KAGAN, Richard L., *Los cronistas y la corona* [versión en castellano de Pablo Sánchez León (tr.)], ed. M. Pons, Madrid, 2012.

LANZ, Karl (ed.), *Correspondenz Kaiser Karls V. Aus dem kgl. Archiv und der Bibliothèque de Borugogne su Brüssel*, 3 vols., Leipzig, 1844-1846.

— *Staatspapiere zur Geschichte Kaiser Karls V*, Stuttgart, 1845.

MALE, G. Van (ed.), *Lettres sur la vie intérieure de l'empereur Charles Quint*, Bruselas, 1843.

— *Registro de cancillería de Carlos V*, ed. CSIC, Madrid, 1966.

RODRÍGUEZ VILLA, Antonio, *El emperador Carlos V y su Corte, según las cartas de don Martín de Salinas, 1522-1539*, Madrid, 1903.

SÁENZ DE CASES, María del Carmen, *Trento, un problema: la última convocación del Concilio (1552-1565). V Fuentes*, ed. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2000.

— *La imagen literaria de Carlos V en las crónicas castellanas*, ed. Edwin Mellen, Spanska, 2009.

SEPÚLVEDA, Juan Ginés de, *Cartas de Sepúlveda a Felipe II*, Madrid, 1846.

VANDENESSE, J. de, *Itinéraire de Charles-Quint de 1506 á 1531: Journal des Voyages de Charles-Quint, de 1514 á 1551*, 2 vols., ed. de L. P. Gachard, Bruselas, 1874.

Ensayos

ACOSTA, Vladimir, *El continente prodigioso. Mitos e imaginario medieval en la conquista americana*, ed. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1992.

ALBI DE LA CUESTA, Julio, *De Pavía a Rocroi*, ed. Balkan, Madrid, 1999.

ÁLVAR EZQUERRA, Alfredo, *El César Carlos: de Gante a El Escorial*, ed. T. F., Madrid, 1998.

ÁLVAR EZQUERRA, Alfredo, *La Emperatriz. Isabel y Carlos V. Amor y gobierno en la corte española del Renacimiento*, ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.

— y DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *La sociedad española en la Edad Moderna*, ed. Itsmo, Madrid, 2005.

ANGLÉS PAMIES, Higinio, *La música en la Corte de Carlos V*, ed. CSIC, Madrid, 1965.

ARAM, Bethany, *La reina Juana: gobierno, piedad y dinastía* [versión en castellano de Susana Jákfalvi (tr.)], ed. Marcial Pons, Madrid, 2001.

ARNOLDSSON, Sverken, *Los orígenes de la leyenda negra española*, ed. El Paseo, Madrid, 2018.

ATKINSON, James, *Lutero y el nacimiento del protestantismo*, [versión en castellano de Ana de la Cámara (tr.)] ed. Alianza, Madrid, 1971.

BABELON, Jean, *Charles Quint*, Société d'Éditions Françaises et Internationales, París, 1947.

BARBERÁ, Carmen, *Juana la Loca*, ed. Planeta, Barcelona, 1992.

BALLESTEROS, Ernesto, *Carlos V: Reforma y Contrarreforma*, ed. Hiares, Laredo 1984.

BATAILLON, Marcel, *Erasmo y España*, ed. FCE, México, 1966.

BAUER, W., *Die Anfänge Ferdinands I*, Viena-Leipzig, 1907.

BAUMGARTEN, Hermann, *Geschichte Karls V*, 3 vols., Stuttgart, 1885-1892.

BELENGUER CEBRIÁ, Ernest, *El Imperio Hispánico, 1479-1665*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1995.

— (ed.), *De la unión de coronas al Imperio de Carlos*, 3 vols., ed. Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, Madrid, 2001.

— *El Imperio de Carlos V: las coronas y sus territorios*, ed. Península, Barcelona, 2002.

BELENGUER CEBRIÁ, Ernest, *Historia de la España moderna. Desde los Reyes Católicos a Felipe II*, ed. Gredos, Barcelona, 2011.

BENNASSAR, Bartolomé, *La Inquisición española: poder político y control social*, ed. Crítica, Barcelona, 1981.

— *La España del Siglo de Oro*, ed. Crítica, Barcelona, 2001.

— *Hernán Cortés, el conquistador de lo imposible*, ed. Temas de Hoy, Madrid, 2002.

— *La España de los Austrias (1516-1700)*, ed. Crítica, Barcelona, 2010.

BÉRENGER, Jean, *El Imperio de los Habsburgo* [versión en castellano de Godofredo González (tr.)], ed. Crítica, Barcelona, 1993.

BERMEJO CABRERO, José Luis, *Poder político y Administración de Justicia en la España de los Austrias*, ed. Ministerio de Justicia, Madrid, 2005.

BERNABÉ PONS, Luis Fernando, *Los moriscos. Conflicto, expulsión y diáspora*, ed. Catarata, Madrid, 2009.

BERNAL, Antonio-Miquel, *Monarquía e imperio*, ed. Planeta, Madrid, 2007.

BERTOMEU MASIÀ, M. J., *La guerra secreta de Carlos V contra el papa: La cuestión de Parma y Piacenza en la correspondencia del cardenal Granvela*, ed. Universidad, Valencia, 2011.

BERZAL DE LA ROSA, Enrique, *Los comuneros, de la realidad al mito*, ed. Sílex, Madrid, 2008.

BLOCKMANS, W., *Carlos V. La utopía del imperio*, [versión en castellano de M.ª José Calvo (tr.)], ed. Alianza, Madrid, 2000.

BOOM, G. de, *Charles Quint, prince des Pays-Bas*, La Renaissance du Livre, Bruselas, 1952.

BOUZA ÁLVAREZ, Fernando, *Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias*, ed. Temas de Hoy, Madrid, 1996.
BOUZA ÁLVAREZ, Fernando, *Los Austrias mayores. Imperio y monarquía de Carlos V y Felipe II*, ed. Temas de Hoy, Madrid, 1996.
BRANDI, Karl, *Carlos de Europa, emperador de Occidente*, ed. Nacional, Madrid, 1942.
— *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial* [versión en castellano de Manuel Ballesteros Gaibrois (tr.)], Editora Nacional, México, 1943.
BRAUDEL, Ferdinand, *Carlos V*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969.
— *Carlos V y Felipe II* [versión en castellano de Mauro Armiño (tr.)], ed. Alianza, Madrid, 2000.
BUCHOLTZ, Franz Bernhard, *Geschichte der Regierung Ferdinands des Ersten*, 9 vols., Viena, 1831-1838 (2.ª ed. Graz, 1968-1971).
BUENDÍA, José Rogelio, *La España imperial: Renacimiento y Humanismo*, ed. Planeta, Barcelona, 1995.
BUYREU, Juan J., *La Corona de Aragón de Carlos V a Felipe II. Las instrucciones a los virreyes bajo la regencia de la princesa Juana (1554-1559)*, ed. Sociedad Estatal, Madrid, 2000.
CABADO, A., y ZOPPI, E., *España: El Imperio de Carlos V*, ed. Promoción y Ediciones, Madrid, 1985.
CADENAS Y VICENTE, V. de, *Discurso de Carlos V en Roma en 1536*, ed. CSIC, Madrid, 1982.
— *Doble coronación de Carlos V en Bolonia*, ed. CSIC, Madrid, 1985.
— *Hacienda de Carlos V al fallecer en Yuste*, ed. CSIC, Madrid, 1985.
— *Dos años en la vida del Emperador Carlos V (1546-1547)*, ed. CSIC, Madrid, 1988.
— *Carlos de Habsburgo en Yuste*, ed. Instituto Salazar y Castro, Madrid, 1990.
CADENAS Y VICENTE, V. de, *Concilio de Trento en la época del emperador Carlos V*, ed. Instituto Salazar y Castro, Madrid, 1990.
— *Diario del emperador Carlos V*, ed. Instituto Salazar y Castro, Madrid, 1992.
CARANDE THOVAR, Ramón, *Carlos V y sus banqueros*, 3 vols., ed. Crítica, Barcelona, 2000.
CARDAILLAC, Louis, *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*, ed. FCE, México, 1979.
CARO BAROJA, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa: religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1983.
CARRASCO, Rafael, *La empresa imperial de Carlos V*, ed. Cátedra, Madrid, 2015.
CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo, *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*, ed. Ariel, Barcelona, 1998.
CARRILLO DE ALBORNOZ Y MUÑOZ DE SAN PEDRO, José Miguel, *Carlos V, la espada de Dios*, ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
CASANOVA TOLODÍ, Ubaldo, *Las primeras Cortes Catalanas de Carlos I (Barcelona, 1519-1520)*, ed. Mayurqa, Palma, 1981.
CASTELLANO CASTELLANO, J. L., y SÁNCHEZ MONTES GONZÁLEZ, F. (coords.), *Carlos V. Europeísmo y universalidad*, 5 vols., Madrid, 2001.
CASTILLA SOTO, Josefina, y RODRÍGUEZ GARCÍA, Justina, *Historia Moderna de España (1469-1665)*, ed. Uned, Madrid, 2011.
CERVERA MORENO, César, *Los Austrias. El imperio de los chiflados*, ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.
CHABOD, Federico, *Carlos V y su imperio*, ed. FCE, Madrid, 1992.

CHAUNU, Pierre, *La España de Carlos V* [versión en castellano de E. Riambau Saurí (tr.)], 2 vols., ed. Península, Barcelona, 1980.
CHECA CREMADES, Fernando, *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, ed. Taurus, Madrid, 1987.
— *Tiziano y la monarquía hispánica*, ed. Nerea, Madrid, 1994.
— *Carlos V*: *La imagen del poder en el Renacimiento*, ed. Iberdrola, Madrid, 1999.
— *Carlos V a caballo en Mühlberg, de Tiziano*, ed. T. F., Madrid, 2000.
CIERVA, Ricardo de la, *Los secretos de Carlos V*, ed. Fénix, Madrid, 2000.
DELFOSSE, Rudolf, *Die Jugend Karl V*, Gotinga, 1923.
DELUMEAU, Jean, *La Reforma*, ed. Labor, Barcelona, 1977.
DÍAZ PASCUAL, Carlos, *Carlos V, tanto imperio*, ed. Betania, Madrid, 2000.
DÍAZ TRECHUELO, María Lourdes, *Francisco Pizarro, el conquistador del fabuloso Perú*, ed. Anaya, Madrid, 1988.
DICKENS, A. J., y JONES, W. R. D. JONES, *Erasmo*, ed. Acento, Madrid, 2002.
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Los judeoconversos en España y América*, ed. Itsmo, Madrid, 1971.
— *De Carlos V a la Paz de los Pirineos. 1517-1660*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1974.
— *Desde Carlos V a la paz de los Pirineos*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1974.
— *Historia de los moriscos*, ed. Alianza, Madrid, 1978.
— *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, ed. Ariel, Barcelona, 1980.
— *El siglo XVI. Economía, Sociedad, Instituciones*, en *Historia de España Menéndez Pidal*, ed. Espasa Calpe, Madrid, 1989.
— *Los judeoconversos en la España Moderna*, ed. Mapfre, Madrid, 1993.
— *El Antiguo Régimen, los Reyes Católicos y los Austrias*, ed. Alianza, Madrid, 2006.
DURME, Maurice, *El cardenal Granvela (1517-1586): Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II*, ed. Fundación Española de Historia Moderna, Madrid, 2000.
EDWARDS, John, y LYNCH, John, *Edad Moderna: «El auge del Imperio, 1474-1598*» [versión en castellano de Jordi Beltrán y Juan Faci (tr.)], ed. Crítica, Barcelona, 2005.
ELLIOT, John H., *La España Imperial (1469-1716)* [versión en castellano de J. Marfany], ed. Vicens-Vives, Barcelona, 1979.
— *El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650* [versión en castellano de Rafael Sánchez Mantero (tr.)], ed. Alianza, Madrid, 1984.
— *España y su mundo (1500-1700)* [versión en castellano de Ángel Rivero Rodríguez y Xavier Gil Pujol (tr.)], ed. Alianza, Madrid, 1990.
ERLANGER, Philippe, *Carlos V* [versión en castellano de Manuel Morera (tr.)], ed. Palabra, Madrid, 2000.
FERDINANDY, Miguel de, *Carlos V: su alma y su política*, ed. Áltera, Madrid, 2005.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Carlos V: Memorias*, ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1960.
— *Política mundial de Carlos V y Felipe II*, ed. CSIC, Madrid, 1966.
— *La sociedad española del Renacimiento*, ed. Anaya, Salamanca, 1970.
— *Charles V. Elected emperor and hereditary ruler* [versión en inglés de J. A. Lalaguna (tr.)], ed. Thames and Hudson, Londres, 1975.
— *Carlos V, un hombre para Europa*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1976.
— *España y los españoles en los tiempos modernos*, ed. Universidad de Salamanca, 1979.
— *Testamento de Carlos V*, ed. Nacional, Madrid, 1982.
— *Carlos V*, ed. Anaya, Madrid, 1988.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, 2 vols., ed. Gredos, Madrid, 1989.
— *El siglo XVI. Economía, Sociedad, Instituciones*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1989.
— *La España del emperador Carlos V*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1990.
— *Poder y sociedad en la España del Quinientos*, ed. Alianza, Madrid, 1995.
— *Carlos V, el césar y el hombre*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1999 y 2003.
— *Carlos V: Un hombre para Europa*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1999 y 2014.
— *Juana la Loca, la cautiva de Tordesillas*, ed. Espasa, Madrid, 2000.
— *El imperio de Carlos V*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2001.
— *Carlos V, emperador del viejo y nuevo mundo*, Espasa Calpe, Madrid, 2001.
FICHTNER, P. S., *Ferdinand I of Austria: The Politics of Dynasticism in the Age of the Reformation*, ed. Boulder-Columbia University Press, Nueva York, 1982.
— *Ferdinand I. Wider Türkennot und Glaubensspaltung*, Graz, 1986.
FORONDA y AGUILERA, Manuel, *Estancias y viajes de Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Madrid, 1914.
FUCHS, A., y KOHLER, A. (eds.), *Kaiser Ferdinand I. Aspekte eines Herrscherlebens*, ed. Aschendorff Verlag, Múnich, 2003.
GACHARD, M., *Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste: lettres inédites 3*, ed. C. Muquardt, Bruselas, 1854.
GARABITO GREGORIO, G., *La formación de un Imperio. Carlos V: biografía joven*, ed. Casals, Barcelona, 2001.
GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *Las Germanías de Valencia*, ed. Península, Barcelona, 1975.
— *La leyenda negra. Historia y opinión*, ed. Alianza, Madrid, 1992.
— (coord.), *Historia de España: siglos XVI y XVII: la España de los Austrias*, ed. Cátedra, Madrid, 2003.
GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (coord.), *El imperio de Carlos V: procesos de agregación y conflictos*, ed. Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 2002.
GARCÍA GÓMEZ, Juan, *Carlos V a la mesa*, ed. Bremen, Toledo, 2000.
GARCÍA HERNÁN, Enrique, *Políticos de la monarquía hispánica (1469-1700). Ensayo y diccionario*, ed. Mapfre, Madrid, 2002.
GARCÍA SIMÓN, Agustín, *El ocaso del emperador Carlos V en Yuste*, ed. Nerea, Madrid, 1995.
GARCÍA SOORMALLY, Mina, *Magia, hechicería y brujería. Entre la Celestina y Cervantes*, ed. Renacimiento, Sevilla, 2011.
GARCÍA-VILLOSLADA, Ricardo, *Martín Lutero*, ed. BAC, Madrid, 1976.
GARGANTILLA, Pedro, *Enfermedades de los reyes de España. Los Austrias*, ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
GIL, Juan, *Mitos y utopías del Descubrimiento. El Dorado*, 3 vols., ed. Alianza, Madrid, 1989.
GIMÉNEZ MARTÍN, Juan, *Tercios de Flandes*, ed. Falcata, Madrid, 1999.
GÓMEZ DE CULLA, Daniel, *Carlos V*, ed. Daniel Gómez de Culla, Burgos, 2000.
GÓMEZ-SALVADO SÁNCHEZ, Mónica, *Fastos de una boda real en la Sevilla del Quinientos. Estudio y documentos*, ed. Universidad de Sevilla, 1998.
GONZÁLEZ CREMONA, Juan Manuel, *Carlos V: Señor de dos mundos*, ed. Planeta, Barcelona, 1992.
GONZÁLEZ SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis, *El aprendiz de cortesano de Felipe II (1527-1546). La formación de un príncipe del Renacimiento*, ed. CSIC y Polifemo, Madrid, 2013.

GOODWIN, Robert, *España, el centro del mundo. 1519-1682*, ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.
GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio, *Las comunidades como movimiento antiseñorial*, Editorial Planeta, Barcelona, 1973.
HABSBURGO, Otto de, *Carlos V: Un emperador para Europa*, ed. Edaf, Barcelona, 1992.
HACKETT, Francis, *Las mujeres de Enrique VIII*, 2 vols., ed. Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1976.
HEMMING, John, *En busca de El Dorado* [versión en castellano de Xavier Laviña (tr.)], Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983.
HERAS BALBÁS, Esteban de las, «Mujeres en la vida del emperador Carlos V», *Ideal*, Edición Granada, 3 de noviembre de 2015.
HERNÁNDEZ PALACIOS, Antonio, *Carlos V*, ed. Sociedad Estatal, Madrid, 1999.
HERNÁNDEZ YÁÑEZ, Jesús, *La España de Carlos V*, ed. Apóstrofe, Barcelona, 1999.
HILGER, W., *Ikonographie Kaiser Ferdinands I (1503-1564)*, Viena, 1969.
IBÁÑEZ DE IBERO, Carlos, *Carlos V y su política mediterránea*, ed. CSIC, Barcelona, 1962.
IMBER, Colin, *El Imperio otomano. 1300-1600* [edición en castellano de Jordi Cotrina Vidal (tr.)], Ediciones B, Barcelona, 2004.
JOVER ZAMORA, José María, *Carlos V y los españoles*, ed. Rialp, Madrid, 1987.
JUDERÍAS, Julián, *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, ed. Nacional, Madrid, 1967.
JUNCEDA AVELLÓ, Enrique, *Ginecología y vida íntima de las reinas de España (I)*, ed. Temas de Hoy, Madrid, 1991.
KAMEN, Henry, *La Inquisición española*, ed. Crítica, Barcelona, 2013.
— *La sociedad europea 1500-1700*, ed. Alianza, Madrid, 1987.
KELLENBENZ, Hermann, *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560* [versión en castellano de Manuel Prieto Vilas (tr.)], ed. Junta de Castilla y León, Valladolid, 2002.
KENISTON, Haywar, *Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V* [versión en castellano de Rafael Rodríguez-Moñino Soriano (tr.)], ed. Castalia, Madrid, 2004.
KOENIGSBERGER, H. G., *El imperio de Carlos V en Europa*, ed. Sopena, Barcelona, 1970.
— *La práctica del imperio*, ed. Alianza, Madrid, 1989.
KOHLER, Alfred, *Antihabsburgische Politik in der Epoche Karls V. Die reichsständische Opposition gegen die Wahl Ferdinands I. zum römischen König und gegen die Anerkennung seines Königstums (1524-1534)*, ed. Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1982.
— *Carlos V. 1500-1558. Una biografía* [versión en castellano de Cristina García Ohlrich (tr.)], ed. Marcial Pons, Madrid-Barcelona, 2000.
— (coord.), *Carlos V / Karl V. 1500-2000*, ed. Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2001.
— *Ferdinand I. 1503-1564. Fürst, König und Kaiser*, ed. Beck C. H., Múnich, 2003.
—, HAIDER, B., y OTTNER, Ch. (eds.), *Karl V. 1500-1558. Neue Perspektiven seiner Herrschaft in Europa und Übersee*, ed. Verlag der österreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena, 2002.
KONETZKE, Richard, *América Latina. II. La época colonial* [versión en castellano de Pedro Scaron (tr.)], ed. Siglo XXI, Madrid, 1976.
LACARRA, María Jesús, y CACHO BLECUA, José Manuel, *Lo imaginario en la conquista de América*, ed. Oroel, Zaragoza, 1990.

LACARTA, Manuel, *Carlos V*, ed. Sílex, Madrid, 1998.
LAFERL, Ch., *Die Kultur der Spanier in Österreich unter Ferdinand I (1522-1564)*, Viena, 1997.
LAPEYRE, Henry, *Las monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales* [versión en castellano de José Manuel Cuenca (tr.)], ed. Labor, Barcelona, 1969.
LAPEYRE, Henry, *Carlos Quinto*, ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1972.
LARA, Eva, y MONTANER, Alberto (coords.), *Señales, portentos y demonios: La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, ed. Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, Salamanca, 2014.
LAVALLÉ, Bernard, *Francisco Pizarro y la conquista del Imperio inca* [versión en castellano de Sandra Recarte (tr.)], ed. Planeta, Barcelona, 2007.
LEWIS, D. B. Wyndhan, *Carlos de España, emperador de Occidente* [versión en castellano de C. Muñoz (tr.)], ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1942.
LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *La imagen del Rey: Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*, ed. Espasa Calpe, Madrid, 1992.
LIVI BACCI, Massimo, *Los estragos de la conquista. Quebranto y declive de los indios de América* [versión en castellano de Antonio Martínez Riu (tr.)], ed. Crítica, Barcelona, 2006.
LOADES, David, *The Reign of Philip and Mary*, ed. Davenant, Oxford, 2001.
LOADES, David, *Tudor Queens of England*, ed. Continuum, Londres, 2009.
— y DUFF, Eamon (eds.), *The Church of Mary Tudor*, ed. Ashgate Publising, Aldershot, 2006.
LOPE HUERTA, Arsenio, *Fernando I de Habsburgo*, ed. Brocar, Alcalá de Henares, 2002.
— *El último hijo de Juana la Loca*, ed. Reino de Cordelia, Madrid, 2002.
LOVETT, A. W., *La España de los primeros Habsburgo (1517-1598)* [versión en castellano de Montserrat Rubió i Lois (tr.)], ed. Labor, Barcelona, 1989.
LLORCA, B. S. J., *Predicadores, alumbrado e Inquisición en el siglo XVI*, Madrid, 1973.
LUCAS-DUBRETON, J., *Charles Quint*, ed. Fayard, París, 1960.
LYNCH, John, *España bajo los Austrias: Imperio y absolutismo: 1516-1558*, ed. Península, Barcelona, 1982.
— *Los Austrias (1516-1598)*, ed. Crítica, Barcelona, 2000.
— *Carlos V y su tiempo* [versión en castellano de María Pons (tr.)], ed. Crítica, Barcelona, 2000.
— *Los Austrias, 1516-1700* [versión en castellano de Juan José Faci (tr.)], ed. Crítica, Barcelona, 2003.
— *Edad Moderna: auge del imperio, 1474-1598*, ed. Crítica, Barcelona, 2005.
— (coord.), *Monarquía e imperio. El reinado de Carlos V*, ed. El País, Barcelona, 2007.
MACDONALD, Stewart, *Charles V: Ruler, Dynast and Defender of the Faith, 1500-1558*, ed. Hodder & Stoughton, Londres, 1992.
MADARIAGA, Salvador de, *Carlos V*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1988.
MALTBY, William S., *El gran duque de Alba: un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, ed. Turner, Madrid, 1985.
MARAVALL, José Antonio, *Las Comunidades de Castilla, una primera revolución moderna*, ed. Alianza, Madrid, 1994.
— *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, ed. BOE, Madrid, 1999.
MARCH, José M., *Niñez y juventud de Felipe II*, 2 vols., ed. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1941-1942.
MÁRQUEZ, Vicente María, *Mujeres de acción en el Siglo de Oro*, ed. Castalia, Madrid, 2006.
MARTÍN GÓMEZ, Antonio L., *El Gran Capitán: las campañas del duque de Terranova y Santangelo*, ed. Almenara, Córdoba, 2000.

MARTÍN LOBO, Manuel, *Carlos V. Un católico en la vida pública*, ed. Fundación Universitaria San Pablo, Madrid, 2000.
MARTÍN RUBIO, María del Carmen, *Carlos V, Emperador de las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, ed. Atlas, Madrid, 1987.
MARTÍNEZ GIL, Fernando, *En torno a las Comunidades de Castilla*, ed. Universidad de Castilla La Mancha, Cuenca, 2002.
MARTÍNEZ MILLÁN, José, *Felipe II (1527-1598). Europa y la monarquía católica*, 2 vols., ed. Parteluz, Madrid, 1998.
— (coord.), *La corte de Carlos V*, 3 vols., 5 tomos, ed. Sociedad Estatal, Madrid, 2000.
— (coord.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, 2 vols., Madrid, 2001.
MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, *Los soldados del rey. Los ejércitos de la monarquía hispánica (1480-1700)*, ed. Actas, Madrid, 2008.
— *Historia militar de la Europa Moderna*, ed. Síntesis, Madrid, 2017.
MATA CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de la (ed.), *Historia del emperador Carlos V*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1945.
MATA CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de la (ed.), *La boda del Emperador*, ed. Ayuntamiento de Sevilla, 1997.
MAZARÍO COLETO, María del Carmen, *Isabel de Portugal. Emperatriz y reina de España*, ed. Escuela de Historia Moderna, Madrid, 1951.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *La idea imperial de Carlos V*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1941.
— *Un Imperio de paz cristiana*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1966.
MERRIMAN, R. B., *Carlos V el Emperador y el español en el Viejo y Nuevo Mundo*, ed. Alianza, Madrid, 1991 (1940).
MOLINA MARTÍNEZ, Miguel, *La leyenda negra*, ed. Nerea, Madrid, 1991.
MORGADO GARCÍA, Arturo, *Demonios, magos y brujas en la España moderna*, ed. Universidad de Cádiz, 1999.
MOSHER, Sally E., *People and their contexts: A Chronology of the 16 Century World*, ed. Exlibris, Madrid, 2001.
MUÑOZ MACHADO, Santiago, *Sepúlveda, cronista del emperador*, ed. Edhasa, Barcelona, 2012.
NADAL, Jordi, *España en su cenit. 1516-1598: un ensayo de interpretación*, ed. Crítica, Barcelona, 2001.
NAVASCUÉS PALACIO, Pedro (ed.), *Carolvs V Imperator*, ed. Lunwerg, Barcelona, 1986.
NORWICH, John J., *Cuatro príncipes*, ed. Ático de los Libros, Barcelona, 2017.
PARKER, Geoffrey, *Felipe II. La biografía definitiva*, ed. Planeta, Barcelona, 2010.
PASTOR, Beatriz, *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*, ed. Edhasa, Barcelona, 2008.
PÉREZ, Joseph, *Carlos V, soberano de dos mundos*, ed. Temas de Hoy, Barcelona, 1999.
— *Los comuneros*, ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2001.
PÉREZ, Joseph, *Carlos V*, ed. Temas de Hoy, Madrid, 2010.
— *La leyenda negra* [versión en castellano de Carlos Manzano (tr.)], ed. Gadir, Madrid, 2012.
PÉREZ MARTÍN, María Jesús, *María Tudor. La gran reina desconocida*, ed. Rialp, Madrid, 2008.
PÉREZ BUSTAMANTE, Rogelio, y CALDERÓN ORTIGA, José Manuel, *Felipe I*, ed. Diputación Provincial de Palencia, 1995.
PFANDL, Ludwig, *Juana la Loca, la madre del emperador Carlos V. Su vida, su tiempo, su culpa* [versión en castellano de Carla Arregui (tr.)], ed. Palabra, Madrid, 1999.

PIQUERAS VILLAALDEA, María Isabel, *Carlos V y la emperatriz Isabel*, ed. Actas, Madrid, 2000.
PRAWDIN, Michael, *Juana la Loca, su vida, su tiempo, su culpa* [versión en castellano de Eduardo Valentí Fiol (tr.)], ed. Espasa-Calpe, Barcelona, 1984.
PRESCOTT, William H., *Historia de la conquista del Perú* [versión en castellano de Rafael Torres Pabón (tr.)], ed. Machado, Madrid, 2006.
QUATREFAGES, René, *Los tercios*, ed. Ministerio de Defensa, Madrid, 2016.
RADY, Martyn, *El emperador Carlos V*, ed. Alianza, Madrid, 1991.
— *Carlos V*, ed. Altaya, Madrid, 1999.
RANDA, Alexander, *El imperio mundial* [versión en castellano de Antonio Simón Pensado (tr.)], ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1967.
RASSOW, Peter, *Die Kaiser-Idee Karls V. dargestellt an der Politik des Jahre, 1528-1540*, Berlín, 1932.
— *El mundo político de Carlos V*, ed. Afrodisio Aguado, Madrid, 1945.
— *Karl V. Der Kaiser des Mittelalters*, Muster-Schmidt, Gotinga, 1957.
REDONDO CANTERA, María José, y ZALAMA RODRÍGUEZ, Miguel Ángel, *Carlos V y las artes. Promoción artística y familia imperial*, ed. Universidad de Valladolid, 2000.
RESTALL, Matthew, *Los siete mitos de la conquista española* [versión en castellano de Marta Pino Moreno (tr.)], ed. Paidós, Barcelona, 2009.
RINCÓN GARCÍA, Wilfredo, *Francisco Padilla*, ed. Cipsa, Madrid, 1987.
RÍO PARRA, Elena del, *Una era de monstruos: representaciones de lo deforme en el Siglo de Oro español*, Madrid, ed. Iberoamericana, Madrid, 2003.
RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Gattinara, Carlos V y el sueño del Imperio*, ed. Sílex, Madrid, 2005.
— *La edad de oro de los virreyes: El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*, ed. Akal, Madrid, 2011.
— *La monarquía de los Austrias*, ed. Alianza, Madrid, 2017.
RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José, *Breve historia de los tercios de Flandes*, ed. Nowtilus, Madrid, 2015.
RODRÍGUEZ LÁZARO, Jesús, y USERO ABELLÁN, Adolfo, *Carlos V*, ed. Bruguera, Barcelona, 1983.
RODRÍGUEZ-SALGADO, María José, *Un imperio en transición: Carlos V, Felipe II y su mundo*, ed. Crítica, Barcelona, 1992.
RODRÍGUEZ VILLA, Antonio, *El emperador Carlos V y su corte, según las cartas de don Martín de Salinas, 1522-1539*, ed. Fortanet, Madrid, 1903.
ROGERS, J. M., y WARD, R. M., *Süleyman the Magnificent*, ed. British Museum, Londres, 1988.
ROMANO, Ruggiero, y TENENTI, Alberto, *Los fundamentos del mundo moderno* [versión en castellano de Marcial Suárez (tr.)], ed. Siglo XXI, Madrid, 1975.
RUIZ, Teófilo F., *Historia social de España. 1400-1600*, ed. Crítica, Barcelona, 2000.
RUBIO, María José, *Reinas de España. Las Austrias*, ed. La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.
SÁEZ ABAD, Rubén, *La batalla de Villalar*, ed. Almena, Madrid, 2015.
SÁNCHEZ LORO, Domingo, *La inquietud postrimera de Carlos V*, 3 vols., Cáceres, 1945, 1947 y 1953.
SÁNCHEZ MONTES, Juan, *Actitudes del español en la época de Carlos I*, Sevilla, 1951.
— *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, ed. Universidad de Granada, 1995.
SANTOS, R. E. dos, *Carlos V, Brasil y Portugal*, ed. Brand, Madrid, 2000.
SCHNEIDER, R., *Bartolomé de las Casas frente a Carlos V*, ed. Encuentro, Madrid, 1979.

SCHEUBER, Yolanda, *Carlos, el futuro emperador. Juana la reina, loca de amor*, ed. Nowtilus, Madrid, 2007.
SEBASTIÁN, Santiago, *El arte en la época de Carlos V*, ed. Publicaciones Españolas, Madrid, 1958.
SEIBT, Ferdinand, *Karl V. Der Kaiser und die Reformation*, ed. Siedler, Berlín, 1990.
SEIPEL, W. (ed.), *Kaiser Ferdinand I. 1503-1564. Das Werden der Habsburgermonarchie*, ed. Skira, Viena, 2003.
SERRAO, Joaquim Veríssimo, *O seculo de ouro: 1495/1580*, ed. Verbo, Lisboa, 1980.
SOISSON, Jean-Pierre, *Carlos V*, ed. El Ateneo, Madrid, 2005.
SOTILLOS, Eugeni, *Carlos V*, ed. Toray, Asunción, 1985.
TAUSIET, María, y AMELANG, James S. (eds.), *El diablo en la edad moderna*, ed. Marcial Pons, Madrid, 2004.
TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio, *Así murió el Emperador: la última jornada de Carlos V (Yuste, 21 de septiembre de 1558)*, ed. Universidad Pontificia de Salamanca, 1994.
TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio, *Paulo IV y Carlos V: la renuncia del Imperio a debate*, ed. Fundación Universitaria Española, Madrid, 2001.
TERLINDEN, Charles de, *Carolus Quintus. Kaiser Karl V. Vorläufer der europäischen Idee*, Iñigo von Oppersdorff, Zúrich, 1978.
THOMAS, Hugh, *El Imperio español de Colón a Magallanes* [versión en castellano de Víctor Pozanco (tr.)], ed. Planeta, Barcelona, 2003.
— *El Imperio español de Carlos V* [versión en castellano de Carmen Martínez Gimeno y Jesús Cuéllar (tr.)], ed. Planeta, Barcelona, 2012.
TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América: El problema del otro*, ed. Siglo XXI, México, 1987.
TRACY, James D., *Holland under Habsburg Rule, 1506-1566: The Formation of a Body Politic*, ed. Universidad de Berkeley, California, 1990.
— *Emperor Charles V, Impresario of War: Campaign Strategy, International Finance and Domestic Politics*, ed. Universidad de Cambridge, 2002.
TYLER, Royall, *El Emperador Carlos V*, ed. Juventud, Barcelona, 1987.
VACA DE OSMA, José Antonio, *Carlos I y Felipe II, frente a frente*, ed. Rialp, Barcelona, 1998.
VALES FAILDE, Javier, *La emperatriz Isabel*, Madrid, 1917.
VANDENESSE, Jean de, *Collection des Voyages des Souveraines des Pays-Bas*, ed. de L. P. Gachard, Bruselas, 1874.
VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, y MORENO MENGÍBAR, Andrés, *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*, ed. Akal, Madrid, 1997.
VÉLEZ, Iván, *El mito de Cortés*, ed. Encuentro, Madrid, 2017.
VERDEJO LÓPEZ, C., *Carlos V*, ed. Ramón Sopena, Madrid, 1968.
VILAR SÁNCHEZ, Juan Antonio, *Carlos V. Emperador y hombre*, ed. Edaf, Madrid, 2015.
VIVANTI, Corrado, *Le Guerre di Religione nel Cinquecento*, ed. Laterza, Roma, 2007.
VV. AA., *Charles Quint et son temps*, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1959.
VV. AA., *Karl V. Der Kaiser und Seine Zeit*, ed. Böhlau, Colonia-Gratz, 1960.
VV. AA., *El Consejo de Indias en el siglo XVI*, ed. Universidad de Valladolid, 1970.
VV. AA., *Las relaciones de sucesos en España (1500-1750): actas del primer coloquio internacional*, ed. Universidad de Alcalá de Henares, 1996.
VV. AA., *La época de Carlos V y Felipe II*, 5 vols., ed. Espasa Calpe, Madrid, 2000.

VV. AA., *La fiesta en la Europa de Carlos V*, ed. Sociedad Estatal, Madrid, 2000.
VV. AA., *Fernando I. Un infante español emperador*, ed. Universidad de Valladolid, 2003.
VV. AA., *Ferdinand I* (catálogo de la exposición celebrada en Viena), Viena, 2003.
VV. AA., *Los inventarios de Carlos V y la familia imperial*, ed. Fernando Villaverde, Madrid, 2010.
WALTHER, Andreas, *Die Anfänge Karls V*, ed. Duncker & Humblot, Leipzig, 1911.
WIESFLECKER, Hermann, *Kaiser Maximilian I. Das Reich, Österreich und Europa an der Wende der Neuzeit*, 5 vols., R. Oldenbourg, Viena, 1971-1986.
YNDURÁIN, Domingo, *Humanismo y Renacimiento en España*, ed. Cátedra, Barcelona, 1994.
YUN CASALILLA, Bartolomé, *Marte contra Minerva. El precio del imperio español, c. 1450-1600*, ed. Crítica, Barcelona, 2004.
ZALAMA, Miguel Ángel, *Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas*, en *Estudios y Documentos*, 58, ed. Universidad de Valladolid, 2000.
— *Juana I. Arte, poder y cultura en torno a una reina que no gobernó*, ed. Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2010.

Los Austrias III. El dueño del mundo
José Luis Corral

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Jill Battaglia - Arcangel

© José Luis Corral, 2019

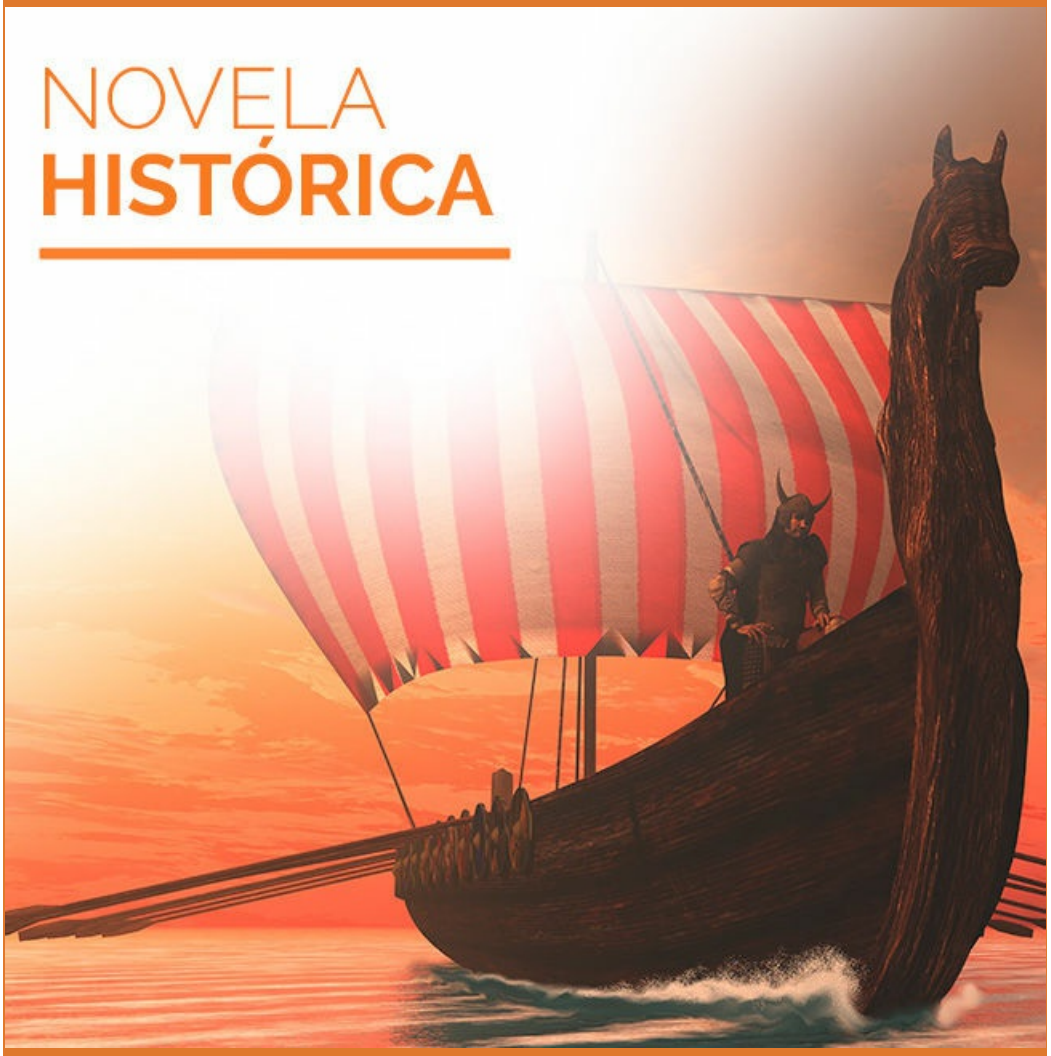
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20593-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!